FERNANDA W. BORGES &
B. PELLIZZER

LA BALADA DE LA BANDOLERA



Fernanda W. Borges
B. Pellizzer

LA BALADA DE LA BANDOLERA

Traducido por
B. Pellizzer
Anna Torres



OceanofPDF.com

LA BALADA DE LA BANDOLERA
Todos los derechos reservados
©2020 Editora Raredes

OBRA ORIGINAL:
A BALADA DA BANDOLEIRA: HIGH NOON
Todos los derechos reservados
©2019 Fernanda W. Borges
©2019 B. Pellizzer

Adaptación de portada: Denis Lenzi
Composición digital: Editora Raredes

Editora Raredes apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo, está respaldando a los autores y permitiendo que continuemos publicando libros para todos los lectores.

Editora Raredes
Rua Pedro Frankenberger, 281
Bela Aliança – Rio do Sul – SC
Brasil
CEP 89.161.313
editora.raredes@gmail.com

OceanofPDF.com

Índice

Índice

AGRADECIMIENTOS

DEDICATORIA

SOBRE BALADAS, BANDOLEROS Y MALDITOS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

- La Bandolera
- El Maldito

CAPÍTULO 2

- Cuatro lunas en el cielo

CAPÍTULO 3

- La hija pródiga

CAPÍTULO 4

- La Reina del Camino

CAPÍTULO 5

- Dr. Jekill y Mr. Hyde

CAPÍTULO 6

- La cura

CAPÍTULO 7

- La banda
- Diana – La Cazadora:
- Pele – El volcán

CAPÍTULO 8

- La Banda y el Héroe
- Jack *the* Artek – El Gran Oso
- Jake *the* Bacchus (JB) – el enólogo:

CAPÍTULO 9

- Legión

CAPÍTULO 10

- Genio de la Medicina

CAPÍTULO 11

Ruan antes del Maldito
CAPÍTULO 12
Grietas, brechas, caos…
CAPÍTULO 13
El *daemon* que no nació
CAPÍTULO 14
Madres y hermanas
CAPÍTULO 15
Rogelio antes del «Manos Benditas»
CAPÍTULO 16
Marysolymar
CAPÍTULO 17
Yo soy tú
CAPÍTULO 18
Oh, Pretty Woman…
CAPÍTULO 19
Febo
CAPÍTULO 20
Retribuciones de las Némesis
CAPÍTULO 21
High No… Oh, ¡no way!
CAPÍTULO 22
Matar o Morir
CAPÍTULO 23
La Vila se retira
CAPÍTULO 24
¡Suéltate el pelo, amazona!
CAPÍTULO 25
A la posteridad
EPÍLOGO
CAPÍTULO 1
El Bandolero

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

AGRADEZCO A LA BANDOLERA, porque este libro se inició gracias a su imagen, que salió de la nada y se metió por mis ojos, justo después que he terminado el manuscrito «*Os Esquecidos*»: yo le vi a esa hermosa joven caminando en una vía de ferrocarril, llevando una guitarra mientras cazaba al «maldito», todo para poder equilibrar las consecuencias de un gran mal y, finalmente, darle sentido a su vida.

Tan pronto como la visión clara y significativa de la Bandolera apareció en mi pantalla mental, recordé a mi escritor favorito de suspenso y ficción paranormal, el maestro Stephen King. Todos los que nos aventuramos en este maravilloso universo de escritura de ficción que trata sobre mundos paralelos o multiverso, le debemos muchas gracias a él, mi musa y modelo para admirar.

Por último, pero no menos importante, agradezco a la escritora y socia de esta creación, B. Pellizzer, por aceptar contar esta historia conmigo. Cada una tenía una parte de la trama; sentí que no había forma de escribirla sola, porque nuestra «balada» tiene mucho que ver con dualidades y asociaciones; y, para mi satisfacción, por una extraña «coincidencia», ambas llegamos a la conclusión de que B. tenía el complemento de la «contraseña» que abriría nuestro mayor tesoro; una era la cerradura, la otra, la llave; juntas —y solamente juntas—, logramos abrir el cofre.

¡Gracias por aguantarme durante todo el proceso, B.!

F.W.B.

TENGO MUCHAS PERSONAS A LAS QUE AGRADECERLES. De hecho, mi lista crece y crece con cada libro, pero me quedaré en lo básico, ese tío para quien, algún día, tendré que dar mucho dinero (¡ayudadme a hacerme rica!), mi amigo Rogério Rodrigues da Silva. No hay libro que yo escriba que no tenga un dedo o dos de prosa con este tipo. Él me centra, me concentra, me saca de la caja.

Gracias, Fernanda, por la invitación. Escribir este libro fue una de las experiencias más interesantes que he tenido. Aprendí, me enojé, me enamoré, y todo lo sentí demasiado. Esta historia, ahora, es parte de mi

historia, parte de mi propia vida, ha vivido conmigo, caminado conmigo y se lo debo a ti.

B. Pellizzer

OceanofPDF.com

DEDICATORIA

A MIS DOBLES, estén donde estén, haciendo lo que estén haciendo, sea lo que sea. ¡Un brindis por todas nosotras!

A mi amigo eterno, Rezende, que cruzó el portal de la vida dejando mucha nostalgia. Sé que siempre me animaste y ahora estás en el merecido descanso en el Paraíso. ¡Gracias por todo!

Fernanda W. Borges.

PARA MI MUSA, mi fuente de inspiración y la razón por que yo escribo: RAS. Para siempre y en todos los días.

B. Pellizzer

OceanofPDF.com

SOBRE BALADAS, BANDOLEROS Y MALDITOS

BALADA (*s.f.*):

1. Composición musical de ritmo lento, instrumentación suave y carácter íntimo y expresivo, de asunto generalmente amoroso.
2. Composición poética tradicional del norte de Europa, de estrofas iguales entre las que se intercalaba un estribillo y que solía contar de manera sencilla sucesos legendarios y populares.
3. Composición musical antigua en que se musicaba alguna de estas composiciones poéticas.

BANDOLERA (*s.f.*):

1. Tira o correa que cruza el pecho y la espalda desde un hombro hasta la cadera opuesta y sirve para llevar colgada un arma de fuego, o una bolsa o morral.
2. *Bandolera* es el femenino de bandolero.

BANDOLERO (*s.m.*):

1. Persona que antiguamente asaltaba o robaba en caminos o lugares despoblados, y generalmente formaba parte de una banda.

MALDITO

1. (*adj.*) Que ha sido maldecido.
2. (*adj.*) Que es malvado o perverso.
3. (*s.m.*) Persona castigada por la justicia divina.

OceanofPDF.com

1.

PRÓLOGO

PARECE QUE FUE EN OTRA VIDA. Bueno, a depender del punto de vista, realmente lo fue. Otra vida, otra existencia, otro tiempo, otra... realidad. ¿Importan las etiquetas? ¿Importa cómo llamamos el intervalo de conciencia entre un existir y otro? Si a ustedes les importa, elijan el nombre que les haga felices. Es solo un nombre; es solo una ilusión.

Prefiero llamarlo aventura.

Una aventura nunca imaginada para mí en mi vida sin sal; en mi mediocre existencia, una existencia casi tan mediocre como la gente con la que yo vivía; gente que, si no trataba de dañarme por el simple placer que uno tiene de arruinar la vida a sus semejantes, tampoco me ayudaba.

Si quieren saber, el ser humano es mierda.

¿Están conmocionados ustedes con mi palabrota?

No. No con la palabrota. A lo mejor lo que les conmociona es la revelación; pero, entre nosotros, esta revelación no es una sorpresa. En el fondo, todos ya lo saben. En el fondo, en algún momento, cada ser humano mira a su prójimo, mira su propia imagen en el espejo y se da cuenta —aunque por un breve momento— de que es una mierda, un montículo grande y maloliente de excremento quienes si creen importantes. Demasiado importantes.

Tuve que pasar por la experiencia más salvaje y surrealista de mi corta vida para comprender que somos verdaderas langostas en el Universo.

No, no soy pesimista. Ya fui. Hoy soy una mujer madura y realista que enfrenta los hechos en lugar de lamentarlos; que compra la pelea. Una mujer que descubrió que las lágrimas, al contrario de lo que muchos creen, no lavan el alma, solo hacen un gran desorden, se tapan las narices (la mía con seguridad), hacen que los ojos se pongan rojos (¡Ahhh! Ojos rojos... ¡Me gustan! Pero, no por las lágrimas) y no arreglan ni siquiera una jodida cosa. Nada.

Me traicioné a mí misma. No en la forma que ustedes pueden imaginar o intentar adivinar. No. Me traicioné de una manera tan concreta, tan palpable que…

Tal vez debiera empezar de otra manera, tal vez debiera comenzar con lo que aprendí de esa aventura, para hacerles comprender que no importa el

amor que creamos que vivimos, no importa cuán perfecto parezca ese amor o pasión; el verdadero amor, el que debemos cultivar, el más importante de todos, es el amor que uno tiene por sí mismo, por quien es. No es que los otros amores no sean importantes, es solo que… ¡Dios! ¡Qué difícil está explicar las cosas que me llevaran tiempo entender!

La pendeja aquí solo aprendió las cosas que quiere enseñar cuando se vio entre la vida y la muerte, sangrando; cuando se dio cuenta de que su propia vida se desvanecía lentamente dejando suficiente tiempo para que la desesperación se hiciera cargo. Ah, la desesperación que sentí al verme morir…

No, yo no experimenté una experiencia fuera del cuerpo. Lo siento, pero realmente no me haré entender, tal vez tampoco debiera comenzar a contar esta historia de esa manera.

Veamos si lo aclaro: me vi casi muerta, pero cuando sucedió, yo estaba en mi cuerpo, llorando de tristeza, de miedo y, lo que es peor, de remordimiento.

Qué la culpa no le hace a un alma perdida, ¿verdad? Lloramos a nuestros muertos, les traemos flores, pero no lo hacemos en nombre del amor, lo hacemos por la culpa. Culpa por todo lo que no dijimos, no hicimos, por el tiempo que no pasamos juntos. Todo es culpa. ¿Por qué no podemos hacer lo correcto mientras todavía hay tiempo?

No sé, creo que nuestra naturaleza es esta: destructiva, depredadora.

Langostas.

Grandes, verdes, ruidosas y devoradoras langostas.

Y aquí estoy, divagando de nuevo, porque no quiero confesar que no sé cómo les contar esta historia. Lo que sucede es que intenté contarla antes, y créanme, todo sucedió para que ella se perdiera en el tiempo: los archivos se disiparon, desaparecieron de las nubes; los medios fueron destruidos por mis perros; los cortes de energía precipitaron durante la actualización de datos; en resumen, sucedió todo lo que pudo suceder para que esta historia solo pudiera estar en mi memoria. Hubo tantos incidentes que, por un tiempo, tuve miedo de contarla; sabía que algo andaba mal.

Entonces pensé que *ELLA* no quería que yo compartiera mi aprendizaje, quería que lo dejara en el pasado. Pero me equivoqué. *Ella* quería que yo compartiera esta lección, pero quería que fuera a su manera. De dónde viene, la palabra escrita no es tan valiosa como la palabra

hablada; los encantamientos deben ser pronunciados por los labios, no confinados a pergaminos.

Cuando su poderosa voz vino a mi mente y ella explicó cómo se debería contar esta historia, entendí el tamaño de mi desafío, y es por lo que estoy sentada aquí, ahora, contándoles esta historia. Justo yo, que siempre he sido tan tímida que podría ser considerada débil. Todavía tengo mis recaídas, a veces me encuentro frágil y desprotegida, y es cuando *ella* se hace cargo y me salva.

Pero ¡cálmense! Se les diré quién es *ella*, ¡se lo juro! De hecho, *ella* está muy ansiosa. Puedo sentir, en cada poro de mi piel, su ansiedad, su hambre, su deseo de contarles esta historia y hablarles sobre *él* y todo lo que *él* ha desarrollado hasta el día de hoy para ayudarla.

Él, un hombre de la ciencia, poseedor de muchos conocimientos.

Tanto conocimiento ha ayudado, pero no ha sido suficiente, y ahora sabemos la razón. Faltaba la especia, faltaba el toque final, faltaba la parte que le pertenecía a *ella*.

La magia

¿Yo? Yo he aprendido que no hay magia más poderosa que la que trata con las palabras, la que cuenta historias. Cuando contamos historias, construimos universos enteros.

Aunque, hoy, no necesitamos construir un universo, solo necesitamos resetear la vida, y ustedes son parte de eso ahora.

Aquí está nuestra historia.

Todo empezó...

OceanofPDF.com

THIS WAY!



OceanofPDF.com



CAPÍTULO 1

La Bandolera

High Noon!

EL GRAN HECHIZO.

Mediodía, la hora programada para el duelo, el punto más alto del sol, el momento de la confrontación.

Hubo persecución, disparos, traición… y… ¿qué más? De repente, se encontró tendida en un camino abandonado, cerca de un cruce de una vía de ferrocarril bastante antigua. No sabía en qué país o mundo estaba. Recordaba que había estado cazando al Maldito en… ¿un desierto? Tal vez. Un desierto tendría sentido. Sabía que los recuerdos se verían perjudicados por un tiempo, pero el desierto era predecible, casi cierto, porque todo en su vida parecía ser un desierto, y ella se preguntaba por qué.

Lo pensó un poco más y decidió que a lo mejor hubiera sido en una playa. Recordaba la arena fina.

Pero ¿por qué no estaba segura?

Recordaba que, antes de ser arrojada en ese camino, el calor era intenso, raras veces sintió una brisa agitar su largo y liso cabello negro; cuando llegaba una brisa cualquiera, la obligaba a protegerse los ojos porque, aunque suave, el viento arrastraba mucha arena.

¡Ah!, esa arena no dejaba sus pensamientos…

La medidora del tiempo, cuyos finos granos movían los relojes de arena que, en su mundo, se vendían junto con modernos relojes digitales. Unos compraban el primero, otros preferían el último, pero todos estaban allí, funcionales y dispuestos en los estantes, en una demostración fascinante y aterradora de que el Tiempo simplemente está.

Se dio cuenta de que estaba sucia y herida. La piel estaba enrojecida en los hombros y en los brazos, la camisa a cuadros con las mangas enrolladas hasta los codos estaba rota en varias partes, era más trapo que

ropa; la molestaba, así que se la tiró. Le quedó solo una camiseta sin mangas que dejaba la parte superior de su pequeño cuerpo expuesta al sol abrasador.

Sentía que se le picaban la nariz y los pómulos. Se llevó una mano a la cabeza y se dio cuenta de que ya no tenía el sombrero. ¿A dónde se había ido su sombrero? No recordaba mucho, pero eso era correcto: llevaba un sombrero cuando lanzó el grito de batalla. A lo mejor lo había perdido durante la persecución…

¡Demonios! Ella necesitaba el sombrero.

Sintiendo el aguijón de las quemaduras, empezó a caminar sin saber qué dirección debía tomar en ese camino aparentemente interminable en medio de la nada. Tambaleaba. Después de unos minutos, sintió frío. ¿Frío? ¿En ese lugar tan ardiente como el infierno? A lo mejor tenía fiebre. El lugar estaba muy caluroso, pero no más caluroso que el lugar de la persecución donde ella había perdido las huellas de… ¿De quién?

No se sentía bien y no sabía a quién recurrir, no tenía un teléfono para llamar… ¿a quién?

Podría usar su mente, la telepatía funcionaría, pero estaba débil y, además, ¿a quién llamaría? ¿No podía recordárselo o no había nadie a quien llamar? Ella no estaba segura. La arena en su rostro y la ausencia de uno que pudiera acompañarla mostraba, con manzanitas, por qué ella siempre había considerado su vida como un gran desierto. Todos se habían ido.

Ella estaba sola.

Siempre había tenido que lidiar con la soledad.

Pero ¿desde cuándo le molestaba la soledad?

Estaba confundida. Descubrió que nuevas tierras la afectaban gradualmente. Sucedía —decían las leyendas—, con casi todos de su espécimen. Estaba siendo su primer viaje; ella había sentido la sacudida y se sorprendió de haber sobrevivido.

Comenzó a murmurar una canción. Le dolían los labios agrietados, pero continuó porque creía que la música es un bálsamo que ayuda a aliviar el dolor externo e interno. Era una canción antigua de su propia tierra, una balada para viajeros solitarios que combinaba con el paisaje de abandono, desolación e incertidumbre; que combinaba con la arena y el espíritu de la errante.

En su paso vacilante, siguió caminando. No pasó un solo caballo o carruaje; no había alma viviente para saludar y pedir un aventón. Pero… ¿a

dónde iría? Como había perdido el rastro del a quien recordaba, a veces como maldito, a veces como canalla, su memoria la traicionaba. No podía recordar por qué estaba persiguiendo a ese ser, pero sabía que necesitaba encontrarlo, y cuando eso sucediera, cumpliría su misión y ganaría su libertad. Ella no necesitaba recordar las razones, solo necesitaba hacerlo. Necesitaba encontrar al Maldito. No podría ser difícil.

Solo encontrarlo, pensó y se echó a reír. Fue una risa amarga, una risa que viene cuando uno se da cuenta de la realidad. Encontrar al hijo de una desgraciada madre era casi imposible.

—¡Malditoooo! —gritó a nadie. La ira que salió con ese grito parecía capaz de golpear al enemigo solo por la fuerza de su voluntad.

No podía actuar racionalmente tan enojada, necesitaba calmarse, poner su mente en su lugar, hacer una cosa a la vez. Decidió controlar su ira controlando su respiración. Buscó un lugar fijo donde pudiera concentrar su atención, pero no había nada más que la vía férrea que serpenteaba hacia el horizonte, luego cerró los ojos, ignoró el aguijón de la piel y, con el pulgar de su mano derecha, cubrió su fosa nasal derecha y respiró profunda y lentamente por la fosa nasal izquierda, sostuvo el aire mientras intentaba sentir ese mundo, se conectó con el paisaje, exhaló por la misma fosa nasal y volvió a respirar el aire, sostener por un momento, luego, con el dedo anular de su mano derecha, cubrió su fosa nasal izquierda y exhaló por su fosa nasal derecha. Y así lo hizo varias veces: alternando sus fosas nasales, inhalando por una, exhalando por la otra, y haciéndolo tantas veces como creyó necesario para conectarse consigo misma y con el cálido suelo sobre el que pisaba.

Estaba en control otra vez. Podría trazar un plan y una ruta para encontrarlo y matarlo.

Evoé![1]



Dos hombres y una mujer de mediana edad se inclinaban sobre ella, que se había desmayado.

—¡Miren nada más! ¡Cómo se ve mal esta pinche chica! —dijo la mujer—. ¡Y esas quemadura! Pronto se ve que es una chava de valor, ha logrado caminar todo este camino y todavía sigue viva…

—Debe tener veinte años, si acaso —dijo uno de los hombres mientras masticaba tabaco.

—¡‘Tá bonita, la morra! —dijo el otro, recibiendo una mirada de regaño de la mujer. El masticador de tabaco lo miró de reojo, pero no se molestó en regañarlo.

—Vamos a meterla adentro pa’ que no empeore —dijo la mujer.

Era una mujer de cuerpo fuerte, pero envejecida por años de duro trabajo. Intentó levantar a la chica desmayada, pero se dio cuenta de que ella pesaba mucho más de lo que parecía.

—¡Cuánto pesa esta chinga! Parece un hombre... y ¡de los grande! —evaluó la mujer—. ¿Ustedes no me van a ayudar? ¿Neta? —Se puso las manos en las caderas, y el hombre que masticaba tabaco escupió su chicle y se agachó junto a la mujer para levantar a la chica.

Apenas habían comenzado a levantarla cuando la chica saltó y gritó como si tratara de defenderse. Los tres retrocedieron, no porque le tenían miedo, solo querían que supiera que eran amigos. Los ojos de la chica eran de uno color miel, preciosos, pero, al mismo tiempo, asustados y amenazantes; y los tres podrían jurarlo que esos ojos se habían puesto rojos por unos segundos antes de «apagarse».

Fueron unos pocos segundos. Suficientes segundos para asustarlos, pero no suficientes como para ahuyentarlos. Cada uno, en su propio pensamiento, consideraba los ojos rojos como un hecho imposible.

—¿Quiénes sois? —preguntó la chica de ojos peculiares. Su voz era ronca y agrietada.

—Soy Talita —dijo la mujer, extendiéndose para saludarla, pero la chica permaneció en el suelo sin devolverle el saludo.

Talita retiró su mano; la chica, todavía con las espaldas en el suelo, volvió la mirada hacia los dos hombres.

—¿Y vosotros?

Los hombres se encogieron de hombros y no respondieron de inmediato, a lo mejor todavía estaban ocupados mirando a los ojos, yo no sabría decirles. Hay hechos que solo puedo decir de sus recuerdos, pero una cosa lo sé: se dieron cuenta de que, cuanto más tranquila se quedaba la chica, menos… exótico se les parecía el tono de sus iris.

—Te desmayaste cerca de mi taberna. Nosotros solo queremos ayudarte, no nos tengas miedo —dijo Talita, mirando hacia un

establecimiento comercial remoto que, a diferencia del ferrocarril, no parecía encajarse en ese escenario.

—¿Taberna? —preguntó la chica. Se puso difícil ponerse de pie, pero rechazó la ayuda que le ofreció el hombre que la había dicho hermosa. Sé, por sus recuerdos, que no le gustó su aspecto.

—Soy la dueña. Es un bar simple, pero me gusta llamarlo taberna. Lo hace bonito, ¿verdad? —Talita sonrió con simpatía, y la chica la estudió brevemente y sin emoción.

La estaba evaluando. Sintió que era alguien en quien podía confiar, al menos en parte. Cuantificó esa parte en un cincuenta por ciento; lo cual era un honor. El cincuenta por ciento era el porcentaje máximo de confianza que uno podría obtener de ella. Entrecerró los ojos un poco: era su forma de sonreír a los desconocidos.

—Realmente necesito algo de beber —dijo y, tambaleándose, empezó a caminar hacia la entrada de la taberna.

Era una construcción de madera que se parecía mucho a las casas tradicionales suizas. No coincidía, a ninguna manera, con el escenario.

Talita la siguió, y los dos hombres, curiosos, hicieron lo mismo. La tabernera abrió el refrigerador para obtener agua mientras la chica se sentaba en uno de los taburetes altos comúnmente utilizados por borrachos a quienes no les gustaba salir del tablero mientras tomaban sus tragos, y que se quedaban allí hasta que Talita los sacaba con la ayuda de una escoba; le ofreció un vaso de agua y dejó la botella y un poco de hielo al lado, pero la chica miró esa oferta sin comprenderla.

—Dijiste que tenías sed… —justificó Talita.

—Me refería a otro tipo de bebida. —La mirada febril debería hacerla más frágil, pero, por el contrario, le daba un visual imponente, amenazante, incluso varonil. Talita inclinó la cabeza, sin creer en lo que escuchara.

—¿Qué tipo?

—¡Tequila!

Talita empujó el vaso con agua hacia la joven, que primero miró el vaso y luego a Talita.

—Pero ni ‘toy loca como para servir alcohol a una que ‘taba casi muerta en el camino. En cuanto estés bien, puedes beber tanto tequila como quieras. Si pagas por ello. Mientras tanto, ‘tá bueno quedarte con este precioso líquido llamado agua, que casi no existe más.

La joven reflexionó por un momento y se llevó el vaso con agua a los labios heridos, bebió el contenido sin detenerse para respirar. Talita observó el líquido bajar a través del movimiento de su garganta. La chica cerró los ojos, su expresión era de alivio y de placer; los abrió y miró a la tabernera, que sonreía triunfante.

—Toma más —dijo Talita—, lo necesitas. Y no cobro por el agua—. Guiñó un ojo cuando la chica llenó el vaso por segunda vez.

—¡Gracias! —dijo la extranjera respirando pesadamente. Talita sonrió y empezó a limpiar el mostrador con manchas de comida y bebida. Mientras miraba, la muchacha preguntó—: ¿Qué lugar es este? —Escaneó la habitación en busca de una señal o letrero. No era la ubicación que buscaba, era el idioma.

Ella tenía un don natural para entender cualquier idioma hablado, pero nunca se ponía segura de que si lo que escuchaba estaba en su idioma o en otro. Era un regalo que todos sus compatriotas poseían, pero que utilizaban poco por falta de oportunidades. Sin embargo, cuando se trataba de escribir, a diferencia de la mayoría de los de su raza, no podía traducir tan fácilmente, necesitaba más tiempo; por lo tanto, algo escrito podría ayudarla a descubrir el idioma y eso sería una pista de dónde estaba; pero no había menú ni letrero.

—Esta es la Vila del Buen Retiro —respondió Talita—. ¿Cómo te llamas?

—No me acuerdo. —De hecho, ella no recordaba. Sabía quién era, simplemente no recordaba su nombre—. Vila del Buen Retiro… Nunca he oído hablar…

—No te pegues tan fuerte. En un ratito te acuerdas. —A pesar de tratar de tranquilizar a la muchacha, la mirada de Talita mostraba preocupación—. Así que estás perdida. Lo sé que, de aquí, no eres… yo conozco a todos.

—Ni de aquí ni de allí —gritó Jorge, el del tabaco, que estaba jugando cartas con el otro.

—¡No! No soy de aquí, ni de allí o de allá, no me acuerdo, no lo sé… —respondió con voz firme, luego recordó lo que le importaba—: Oye, a lo mejor podéis ayudarme: estoy buscando a un macho…

Fue interrumpida por la risa del malvado. Mostrando su sonrisa con pocos dientes en una boca que exudaba mal aliento, él se levantó de la mesa. Jorge sacudió la cabeza desaprobando el comportamiento de su

compañero. Talita se levantó con las manos en las caderas. El hombre maloliente se detuvo junto a la extranjera, que lo miraba con cara de pocos amigos.

—¡Por supuesto! —dijo. La voz pastosa exudaba una iniquidad que disgustaba a la misteriosa joven. Ella se encrespó y su voz salió fuerte:

—Por supuesto ¿qué?

—Que buscas a un macho. ¡Órale! ¿Por qué no dijiste antes, mi chula?

—¡Cállate, Welber! —Talita salió de detrás del mostrador con la intención de sacar al pesado, pero la muchacha se levantó y abandonó la taberna. Welber la siguió, riéndose.

—Oye. Yo puedo convencer a Talita pa' que abra un burdel pa' que tu tengas todos los machos que desees, chulita.

—¡Vete, Welber! — gritó Talita; ella parecía irritada y fue tras él y la muchacha.

La forastera no parecía preocupada por Welber. Estaba preocupada por algo más. Buscaba a algo y estaba tan concentrada en su búsqueda que ni siquiera recordaba el desafortunado comentario hecho por él, hasta que sintió la mano áspera en su hombro y el aliento podrido en su rostro. Su expresión cambió: sus ojos se estrecharon, sus labios temblaron. Welber ni siquiera vio lo que lo golpeó. Hoy, puedo decirles que lo que él sintió fue algo así como la fuerza de al menos cinco hombres jóvenes, grandes y con ganas de una buena pelea.



—¡Virgen Santa! ¡Mi madrecita de Guadalupe! ¡Ma' tá' fuerte esa vieja! —Talita miraba con asombro a la forastera que había vuelto a buscar lo que quiera que estuviera buscando e ignorando a Welber, caído donde ella lo había arrojado.

—¿Dónde aprendiste eso? —Jorge abofeteó a Welber en la cara, mientras él gemía y murmuraba palabras sin sentido—. ¿Artes marciales?

Ella se volvió hacia los tres, que la miraban como si fuera una aparición, y frunció el ceño.

—Ah, no lo sé… A ver, no habéis visto… —Se interrumpió porque, justo en la entrada de la taberna, en el mismo lugar donde ya había pasado

dos veces, se quedaba lo que ella estaba buscando—. ¡Vaya! ¡Así que estás aquí!

Cayó de rodillas junto a una vieja guitarra apoyada contra la pared frontal del establecimiento. Talita miró el instrumento, boquiabierta. Unos segundos antes, no había nada en ese lugar.

—¿Eso es tuyo? —preguntó, mientras la forastera acariciaba el brazo del instrumento con una mirada concentrada y llena de placer.

Lentamente, la desconocida levantó la cabeza, miró a Talita, sonrió y respondió:

—¡Ahora sí!

—Pero la ‘tabas buscando… y no ‘taba ahí, luego, en seco, ya ‘taba ahí, como una aparición. La guitarra es tuya ¿o no?

—No era. Ahora es—. Se levantó. Parecía bien dispuesta a pesar de la piel quemada. Sostuvo la guitarra a su lado y dijo solemnemente, casi con orgullo—: ¡La robé!



El Maldito

AHORA, NECESITO PRESENTARLES AL MALDITO. Es cierto que no estuve presente en los eventos que se les voy a narrar, aunque puedo hacerlo con precisión. No se preocupen ustedes por cómo sé esta historia, les prometo que todas las dudas les serán aclaradas.

El Maldito era funesto y, al mismo tiempo, seductor. Aparentaba treinta años como humano, pero sus ojos tenían el peso de los siglos. Era alto, delgado, con músculos definidos. A pesar del bronceado que lo hacía lucir saludable, su piel era más clara que la de su acosadora.

Al igual que su perseguidora, también tenía el pelo negro y liso; llegaba a los hombros y siempre estaba atado en una coleta. A todo momento llevaba un cigarrillo hecho a mano entre sus labios finos; sus dientes eran muy blancos, pero su sonrisa no era alegre, algunos dirían que esa sonrisa era… opresiva, como si quitara la alegría a cualquiera que la mirara.

Él lucía esa sonrisa tiránica mientras pensaba en su perseguidora y recordaba todo lo que habían pasado juntos, y como él había sido el

responsable de la pérdida de su alegría. Nuevamente, les pido que no insistan en que les aclare cómo he podido llegar a conocer tan profundamente los pensamientos del Maldito, todo se aclarará si me prestan su atención y tiempo.

A diferencia de la muchacha desorientada cuyos recuerdos estaban confundidos, el Maldito recordaba muy bien, no solo la persecución, sino toda la historia que había vivido con ella, todo el daño que le había hecho y toda la tristeza que había disparado sobre su vida. No es que ella fuera un pozo de felicidad antes de conocerlo, pero él sabía muy bien lo que había hecho, y sabía que ella nunca se recuperaría.

Casi amanecía y él deambulaba por una gran ciudad cuyo nombre aún no conocía. Entró en un club de *striptease* para relajarse. Necesitaba divertirse y, para qué más estaban las hembras, ¡las bonitas, por supuesto! ¿qué no para alegrar a los machos? Inspeccionó el lugar con su fría sonrisa mientras examinaba los carteles de las chicas que iban se presentar. Pagó por una actuación exclusiva en la que la *stripper* bailaba en una habitación reservada para uno cliente que no podría tocarla.

El guardia de seguridad lo examinó de arriba a abajo, emitiendo un mensaje silencioso: no le había gustado el tipo trajeado con jeans y chaqueta de cuero negro, y que justo había acabado de elegir a Lalá, una morena con rasgos mexicanos y cabello negro.

El Maldito evaluó a la bailarina: se parecía a su acosadora. Ignoró la cara fea del guardia de seguridad, le sonrió y arrojó una moneda a sus pies. El guardia dio un paso adelante y pisó la moneda, diciendo:

—¡Métetela por el culo!

De la boca del Maldito salió una carcajada. Lalá se puso tensa, sin saber si entraba en la habitación privada o esperaba. Para ella y para el guardia de seguridad, ese cliente era suicida; no tenía suficiente físico para enfrentar al gorila. Pero el Maldito, ignorando el enorme pie que escondía la moneda, respondió:

—¡Al oro, no se debe metérselo al culo, compirri!

—¿Que qué?

—Quédate con la moneda. Si todavía quieres meterla en un culo, mejor que sea en el tuyo. —Entró en la habitación con la asustada Lalá, que cerró a la puerta y dejó al guardia de seguridad, asombrado, afuera.

El guardia quitó el pie de la moneda sin poder entender lo que estaba viendo: no era la misma moneda que el cliente le había arrojado; se había

convertido en una antigua y pesada moneda de oro sólido.



Las reglas estaban claras y se extendían en avisos que colgaban por todo el club: no estaba permitido tocar a las danzarinas. Podía leer muy bien las advertencias, no tenía los mismos problemas de lectura que su acosadora. Lo que los propietarios y empleados de ese establecimiento no sabían, era que él no seguía las reglas.

No se impedía que las bailarinas del club nocturno hiciesen programas con los hombres que pagaban las danzas, pero si iban a extender el trabajo, deberían hacerlo afuera. «¡Esto no es un putero!», solía decir Nick, el dueño del lugar. Era un hombre bajo, de aspecto amenazante, estilo Al Capone, que siempre vestía un traje beige anticuado. A pesar de la mala cara, el Señor Nick no era un tipo violento, se basaba en su apariencia para imponerse el respeto y en los grandes y fuertes guardias de seguridad que había contratado para hacer el trabajo pesado si fuera necesario. Su negocio era de familia. Ahí solamente estaban permitidas la desnudez y la danza.

Él, el Maldito, podría haberle propuesto a Lalá que fueran a un motel, pero ¿qué tipo de diversión sería? Ir a un motel equivaldría a no romper las reglas. Él quería que fuera allí, en el establecimiento del Señor Nick.

Mientras, afuera de la habitación, el guardia de seguridad mordía la moneda de oro y ensanchaba los ojos, el Maldito estaba jugando su juego de seducción con Lalá, quien estaba en ropa interior realizando su coreografía en una silla de hierro. Rodeaba la silla mientras mostraba curvas casi tan hermosas como las de su perseguidora indomable a quien él no podía sacar de la cabeza. Miraba a la bailarina como si fuera una diosa a la que adoraba.

Cualquiera que los viera no diría que el mortal era la bailarina que estaba presumiéndose; cualquiera que los viera no pensaría que el venerado debería ser él, aunque él fuera el mayor sinvergüenza como hubiera dicho su perseguidora. Su mirada parecía adoradora, pero él estaba sondeando a su presa. Se preparaba para hacer su propia voluntad cuando tuvo un sentimiento extraño. Intentó no mostrarlo, pero ese sonido… esa canción —si se podía decir así— entró en sus oídos e invadió su interior haciéndolo

olvidar la distracción que había planeado para sí mismo. Era la guitarra. *Ella ya encontró la guitarra*, pensó y sonrió con esa sonrisa amenazadora.

—¿Qué pasa? —preguntó Lalá. Su sonrisa estaba llena de malicia. La música del estéreo había terminado, y ella admiraba su cuerpo desnudo en el espejo—. ¿No te gusta lo que ves?

—Me gusta… —dijo. La voz era suave y varonil al mismo tiempo, sería capaz de derretir a las mujeres más frías—. Pero creo que puedes hacerlo mejor…, Lalá.

—No puedo aquí, ya sabes. —Lalá se portaba como una chica tímida, lo que divertía al Maldito, aunque ese sonido de cuerdas desafinadas que solo él podía escuchar comenzaba a enojarlo.

—Conmigo puedes hacer lo que quieras. —Abrió sus manos con dos monedas de oro, una en cada. Lalá ensanchó los ojos; conocía el metal por su brillo, tenía olfato, sabía que esas monedas valían mucho.

Ella intentó hablar, pero se vio arrancada de su silla y apoyada contra la pared. Él la empujaba con su cuerpo mientras mostraba las monedas que brillaban en la penumbra de la habitación. Lalá sonreía. Parecía emocionada, tal vez por el oro, tal vez por el hombre, no tengo forma de saberlo. Pero ella tampoco tenía forma de saber del peligro que la rodeaba en ese momento.

El Maldito no era el tipo que hacía permutas o donaciones, él arrebataba los objetos de sus deseos. Cuando quería algo, extendía la mano y lo tomaba para sí. Había entrado en ese lugar para satisfacer su necesidad de placer, pero las notas musicales que provenían de la guitarra lo hicieron revisar sus prioridades y, en ese momento, quería otra parte del cuerpo de Lalá: sus ojos. Aunque sabía quién tocaba las notas, necesitaba saber dónde estaba y, más aún, necesitaba saber cómo era posible que estuviera viva.

Con Lalá frente a él, apoyada contra la pared, el Maldito presionó su propio cuerpo contra el de ella. Parecía lleno de deseo, pero ya no era el sexo que él quería. Los planes habían cambiado. Necesitaba mirar a través de ella para llegar a la tramposa perdedora que lo perseguía; los ojos de la danzarina lo llevarían a su cazadora que tocaba esa guitarra como una afrenta, un desafío, una amenaza.

—Es la primera vez que lo hago aquí —dijo Lalá con voz suave—. Si el señor Nick se entera, me va a correr.

Él puso su mano derecha entre las piernas de Lalá, y ella gimió. Mientras la masturbaba, la giró para que mirara al espejo. Se colocó detrás de la bailarina, sus caricias parecían volverla loca, y ella lo demostraba con gemidos cada vez más constantes. Se mordió los labios, puso los ojos en blanco, buscó el cuerpo del Maldito apoyando su espalda contra el pecho de él, presionando el trasero contra su rígida pelvis. Estiró las manos hacia atrás y lo sostuvo por las caderas, parecía querer más. Con los ojos cerrados, apoyó la cabeza sobre su hombro derecho, como si buscara un beso. Ella estaba entregada.

El Maldito rozó los labios sobre su cuello expuesto mientras que, con su mano derecha, sostenía su cabello firmemente por la nuca. Lalá dejó escapar un breve suspiro, su cuerpo se estremeció; El Maldito llevó la cabeza de la bailarina hacia el espejo. Cuando ella sintió el imperativo de esa mano fuerte en la parte posterior de su cuello, Lalá retiró las manos de sus caderas y las apoyó en el espejo.

—¡Ábrete los ojos! —ordenó. La voz era suave, pero su autoridad era incuestionable.

Obedeciendo a las órdenes del amante, la bailarina abrió los ojos y miró al espejo, se inclinó aún más para que sus caderas se pusiesen evidentes; pero el Maldito no pasó su tiempo admirando la hermosa silueta de la muchacha doblada y vestida con solamente un par de tacones. Mientras que, con su mano izquierda, le daba placer a la danzarina, mantenía su mano derecha firmemente en la parte posterior de su cuello, para que ella no apartara la vista del espejo.

—¿Te gusta, Lalá?

—¡Sí, no pares!

—Mantén los ojos abiertos y muéstramelo.

Sin titubear, Lalá se miró al espejo.

En la imagen reflejada, la danzarina se vio a sí misma, sus ojos llenos de deseo, su boca temblando de placer, sus dientes mordiendo sus propios labios mientras que el cliente se levantaba detrás de ella, alto, resuelto, con la mano izquierda metida entre sus piernas.

Pero sus ojos se quedaron distantes, como si hubieran perdido el foco. El cuerpo de la danzarina todavía se retorcía, tal vez como el pescado que salta en la sartén mientras se fríe, pero sus ojos decían que ella ya no estaba allí.

Sé dónde estaba la mirada de Lalá, porque en el espejo apareció la imagen de un humilde bar dicho taberna por su dueña; una casa de estilo suizo al lado de una carretera. El cuerpo de Lalá seguía temblando, pero la contemplación del Maldito miraba fríamente la escena del abandono. La estaba buscando a ella, a su cazadora, su acosadora, la Bandolera.

Cuando la encontró, dejó escapar una sonrisa inicua. Ella también estaba sentada frente a un espejo. Al fondo, el Maldito notó una habitación simple; ella también estaba vestida simplemente, hasta femenina, y tocaba la guitarra.

—Tú no te rindes, ¿verdad? ¡Perra callejera! ¡Zorra inmunda! —Pasó la lengua sobre uno de los caninos superiores, y la imagen en el espejo lo miró directamente a los ojos, como una advertencia de que ella también podía verlo.

El sonido que se escapaba de la guitarra no podía ser considerado música, estaba muy lejos de ser agradable. Era incómodo, él lo odiaba. Odiaba ese sonido casi tanto como odiaba a la perra que lo tocaba.

En la habitación del club nocturno, todavía sostenía la nuca de Lalá con una mano, mientras la otra se sumergía dentro ella. Un dedo, dos dedos, tres. Las notas de guitarra a un lado del espejo, los gemidos de Lalá al otro, y esa mano que se movía cada vez más rápido.

Cuando la danzarina alcanzó el placer, su cuerpo molido, casi flácido, colgaba como un muñeco de trapo por la mano derecha del Maldito que todavía la sostenía por el cuello. Él soltó la masa inanimada que se había convertido en el cuerpo de Lalá, y fue posible escuchar el ruido sordo que su cuerpo produjo cuando tocó el suelo; se limpió su mano izquierda sobre sus pantalones y dijo:

—Lalá, ¡estuvo muy bueno! Solo que ahora necesito resolver el problema de cierta zorra. Negocios primero, placeres después. —Acunó su mano sobre una mesita de noche, y cuando la retiró, había muchas monedas de oro—. Creo que cubre los gastos del hospital, incluso si el daño es irreversible.

No puedo decirles cuánto tiempo estuvo Lalá inconsciente, ni puedo especificar cuál fue su reacción cuando volvió a la conciencia; no podría decirles si lloró, si gritó, si clamó por sus dioses; pero una cosa les puedo decir: después de esa noche, ella nunca más volvió a ver.



Lo que el Maldito y su acosadora, cada uno en un mundo diferente, aún no sabían, es que su duelo tendría serias consecuencias para mundos diferentes, porque, para que viajasen, había sido necesario abrir varios pasajes que no habían sido completamente cerrados.

Cerca del camino donde la Bandolera había caído, había una raya muy delgada de luz naranja que no era accesible a los ojos humanos; en la ciudad de donde ella había escapado, sucedía lo mismo; y, por supuesto, en su tierra natal, donde se había abierto el pasaje, colgaba esa raya naranja, no tan invisible como lo era para nosotros los humanos. Era una invitación; el anuncio de una oportunidad.

El hecho de que los ojos humanos no pudieran ver esos cortes verticales brillantes no los hacía menos importantes o peligrosos. En realidad, cualquier humano desprevenido podría ser absorbido por una de estas aberturas y terminar en otro mundo.

Gracias a una de esas grietas finas, vista solo por los ojos más atentos del mundo de la Bandolera y del Maldito, una muchacha humana terminó en tierras desconocidas después de ser atraída por la apertura. Sabiendo lo que sé hoy, puedo decirles con seguridad que la joven no pudo hacer nada más que gritar pidiendo ayuda antes de desaparecer por la brecha que se ensanchó para recibirla y se estrechó nuevamente apenas ella pasó, arrojándola en un mundo extraño, al pie de un pasaje que no podía ver y, por lo tanto, no tenía forma de usarlo para regresar.

Todavía en este viaje accidental, puedo decirles que esta joven fue recogida por un hombre llamado Raúl que, con el pretexto de darle la bienvenida y protegerla como hija, la capturó y encarceló.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 2

Cuatro lunas en el cielo

La forastera estaba alojada en la vieja habitación de la hija de Talita, Irene. De Irene también era la ropa que llevaba. No recordaba su nombre, no llevaba ninguna identificación ni siquiera un teléfono. No es que un teléfono hubiera hecho diferencia en esa tierra donde las torres habían sido destruidas hacía mucho tiempo y el deslizamiento aumentaba y progresaba a una velocidad aterradora, pero la forastera no llevaba nada más que esa guitarra que había aparecido sin una explicación razonable.

Tan pronto como se acomodó, tomó su guitarra, se sentó frente al único espejo en la habitación y empezó a rasguear. No era una canción. De ninguna manera. Pero sus dedos recorrieron las cuerdas con confianza y determinación. Tal vez fuera prudente permanecer en silencio, esconderse hasta que su fuerza se restableciera por completo, pero sintió la necesidad de comunicarle al sinvergüenza que la había enviado a ese mundo que parecía estar acabando que estaba viva.

No podía ver a través del espejo como su contendiente, pero estaba segura de que él la vería, así que, cuando tocó, miró a un lugar imaginario sobre sus propios ojos. La idea de que podría estar mirándola en ese mismo momento encendió la furia que la había acompañado en su viaje por los mundos. Cualquiera que viera esa mirada tendría miedo.

Talita lo tuvo.

Al menos, eso fue lo que le pareció a la extraña, cuando notó la presencia de la posadera dentro de la habitación. La chica sin nombre pensó que incluso Talita no sabía por qué había hecho eso: dar la bienvenida a una extraña que no recordaba su identidad y que llevaba una guitarra robada.

—Podemos elegir un nombre provisional para que tenga cómo llamarme —dijo la joven, queriendo aliviar la tensión que veía a los ojos de la mujer.

Talita se cruzó de brazos pensativa y no pudo evitarlo.

—Prefiero llamarte por tu nombre real. ¿La neta que no te acuerdas, o tienes miedo de decírmelo?

—¡Yo no tengo miedo a nada! —dijo ella y, en un estallido, cruzó la habitación y se sentó en la cama de Irene. La mueca de dolor reveló cuánto punzaba la piel quemada.

—¡Ya! Ya me di cuenta de que no tienes miedo. Hasta me gustó la lección que diste en el verme de Welber. ¡Fue merecido!

—Rata de alcantarilla…

—¡Sí! No es un tipo que me gusta, pero él gasta bien en la taberna y no es tan tonto como pa' meterse conmigo. Me tomo mi escoba y la quiebro en medio de sus cuernos. —Como la forastera no expresó ninguna emoción o reacción a ese comentario, Talita continuó su investigación—: Mira, no me quiero meterme en tu vida, pero debes tener una familia buscándote.

—Yo soy mi familia.

La dureza de su mirada no fue a propósito; yo les puedo garantizar que esa forastera no tenía intención de lastimar a Talita; la mirada dura que le dirigió a la anfitriona fue solo un retrato de quién era.

Dura, porque necesitaba serlo.

Fuerte, porque necesitaba serlo.

—Lo siento por ti, mija —lamentó Talita.

—¿Siente por qué?

—Porque no tienes a una familia.

—No le dije que no tengo familia, dije que soy mi familia. Estar sola es una opción —mintió.

Las circunstancias la habían llevado a la soledad; permanecer sola había sido una opción.

—Pa' mí, da lo mismo. Pero, vamos a pasar a tu nombre falso.

Pensó un rato, a lo mejor estaba analizando la cara de la forastera para saber qué nombre le caería mejor. Al observar la amable mirada de la posadera, la joven se hice como que pronta a confesarse.

—No es que no quiera decirse mi nombre… Es que, de donde vengo, sabemos que cuando decimos nuestro nombre en voz alta, somos más fáciles de rastrear.

Aunque no lo entendió, Talita asintió con la cabeza. No sabía qué significaba eso de ser rastreada por su nombre, pero se las arregló para comprender que la joven se estaba escondiendo, y eso la hizo sentir aprensión.

—Así que estás huyendo y tienes miedo de ser rastrillada.

—Se lo dije, no lo tengo miedo a nada. —Ella mantuvo su voz baja y controlada, pero estaba claro que se había aburrido—. Y no soy la cacería en esta historia, pero sería estúpido dejar que el objetivo me alcance primero.

La forastera pensaba en el poder de un nombre. Ni el espejo podría, por sí solo, hacer que el Maldito supiera exactamente dónde estaba. Pero el nombre…

—Tú me pareces ser mayor de edad, y ya te dije que no quiero meterme en tu vida, así que prométeme que no me traerás problemas. Vivo aquí desde chamaquita, todo el mundo me conoce.

—Así será.

—Estoy a favor de la paz, y tú apareciste aquí de una manera muy rara, y te llevas a esa guitarra fantasma que dijiste que te has robado… Así que, mija, dime, ¿me voy a tener problemas contigo?

—No. Y no tengo intención de abusar de su hospitalidad, señora. Tengo la intención de quedarme solo por esta noche. —Miró de cerca a Talita y se tumbó de lado en la cama—. Ya no tiene que preocuparse por lo que me acaba de decir, no me ofende. Agradezco la sinceridad.

—Entonces la pasaremos bien.

—Gracias por la ropa.

—Es de mi hija Irene…

Sin más preguntas y sin preocuparse por su anfitriona, la joven cerró los ojos. Talita titubeó por unos momentos, pero luego se fue y cerró la puerta.

Tan pronto como se encontró sola, la desconocida abrió los ojos. Se levantó y examinó su propia imagen en el espejo. Parecía disgustada cuando se vio en ese vestido que no coincidía con su personalidad; aun así, estaba agradecida con la posadera por renunciar a esa ropa, o todavía estaría en su ropa sucia con arena, sudor y guerra. Aún se tomó un momento para recordar la pelea que la había arrojado a ese mundo y al Maldito, pero decidió que no quería empañar ese vestido con los recuerdos del sinvergüenza.

Sin encender la luz, porque no quería llamar la atención, empezó a abrir los cajones. Quería saber más sobre la antigua dueña de esa habitación y de esa ropa. No era algo que normalmente haría, pero el nombre de la muchacha, Irene, la había molestado. Era demasiado similar al nombre de la

otra, y sabía que no podía ser solamente una coincidencia. De Irene, la forastera solo sabía el grado de tristeza que mostraban los ojos de Talita cuando pronunciaba su nombre.

Encontró fotos de Talita con una mujer joven de pelo rubio, casi rojo, piel clara y pecas en su cara ovalada. Era Irene, sin duda; tenía algunas características de su madre. Escogió una de las fotos, la sostuvo firmemente entre las manos y cerró los ojos; quería capturar algo sobre la historia de madre e hija.

Era un método que solía utilizar cuando cazaba. Elegía el objeto de su caza y aprendía sobre su historia, su carácter, las debilidades que podría usar para capturar a su presa. No es que Irene fuera una cacería, pero esa era la única forma en que sabía cómo averiguar acerca de alguien. Rastrear, cazar, buscar, investigar… Para ella, todo era lo mismo.

Después de enfocarse, surgieron visiones del pasado. Vio a Irene con Talita en la taberna; vio a la chica saliendo mientras Talita le dijo algo. No podía escuchar lo que decían, solo veía las escenas, pero estaba muy claro que la madre le aconsejaba a su hija. Irene sonrió y parecía que estaba tratando de tranquilizar a su madre. Después de eso, las imágenes cambiaron, y la forastera vio muchos carteles, eran imágenes de Irene siendo reproducidas por una máquina; demasiadas copias, demasiadas reproducciones, luego vio todas esas copias de fotos clavadas en los postes, vitrinas, paredes y murallas de la ciudad. Debajo de las imágenes, el título «DESAPARECIDA» en letras ofensivamente grandes. Vio a coches de policía; vio a Talita llorando. Sabía que esos eventos se habían pasado desde hacía mucho tiempo; y entendió que Talita comenzaba a creer que su hija estaba muerta. Intentó ver lo que había sucedido entre el momento en que Irene se despidió de su madre y el momento en que Talita finalmente se dio cuenta de que su hija no regresaría, pero no tuvo éxito y eso se lo hizo extraño.

—Ella sigue viva, Talita —dijo en voz baja—. Una lástima que no he conocido a la otra para asegurarme de que son iguales.

Segura que Irene y la otra eran iguales la forastera no estaba, pero que Irene estaba viva, ella lo sabía. Apartó las fotos y se acostó, colocando sus manos dobladas debajo su cabeza. Después de unos minutos de intenso trabajo mental, tratando de comprender ese mundo y lo que podría haberle pasado a Irene, exhausta, se durmió profundamente.



Ruan, el Maldito, no estaba tan cansado como su cazadora, por lo que decidió conocer el mundo en el que se encontraba. Aunque ese mundo no pareciera tan distinto del suyo, él sabía que una mirada más cercana a todas las diferencias era esencial. Y había muchas diferencias, la más sorprendente de las cuales, era la luna. Estaba llena y, para los ojos humanos, preciosa, pero no era nada comparado con las lunas de su tierra natal. Se echó a reír, sintiendo un inmenso desprecio por ese lugar. *¿De que vale un cielo sin cuatros lunas brillando una al lado de la otra*?, pensó. Para el Maldito, esa luna solita era nada más que una burla del firmamento.

Continuó caminando por las calles que estarían desiertas si no fuera por los mendigos y los ladrones que, misteriosamente, no se le acercaban; algunos de esos ladrones incluso cruzaban la calle para no toparse con él.

También se dio cuenta de que no había magia en ese lugar. Lo que siempre le había parecido tan natural se consideraba sobrenatural para esas criaturas. Eran seres incompletos con habilidades atrofiadas. Y ello estaba genial para él. El único problema que veía era que *ella* pronto notaría la deficiencia y sería una piedra en su zapato. Además de no detectar ningún rastro discernible de poder mágico, Ruan no podía saber qué tipo de criaturas eran, solo entendió que eran de una especie diferente a la suya. Pensando en las razones para la falta de magia, culpó a la luna, madre de brujas y magos. Por otro lado, pensó que, si fuera por la luna, él mismo debería haberse visto afectado cuando hizo el cruce, pero su magia estaba muy bien.

En ese momento de descubrimiento, Ruan no tenía forma de saber que, en el mundo en el que se encontraba, no todas las criaturas ignoraban la existencia de la magia. Algunas de esas criaturas la buscaban todos los días, incluso se suponía que algunos la dominaban.

Así que, a pesar de pensar el firmamento aburrido, y pensar absurda la limitación de las criaturas que no tenían ningún poder que los distinguiera, no pasó mucho tiempo para darse cuenta de las ventajas de estar en ese lugar. Una de las razones por las que había traicionado a su gente fue porque no veía ninguna ventaja en vivir en un mundo donde todos lidiaban con la magia, donde todos habían nacido con ella y sabían sobre la

existencia de otros mundos, pero no la aprovechaban, no hacían uso de sus habilidades

Era ambicioso, quería más, necesitaba más, y en su propio mundo, todos parecían ajustarse a lo que habían recibido del Universo, obedecían las leyes, vivían en armonía consigo mismos, con sus dones, sus compañeros y los demás mundos. Por supuesto que había leyendas sobre rebeldes que pensaban como él y habían ido en contra del sistema, pero nunca había conocido a ninguno de ellos. Él creía que su mundo era una tierra donde existía mucho poder, pero estaba poblada por seres mediocres que buscaban una igualdad irritante que lo asfixiaba. Sabía que muchos estaban de acuerdo con él, pero nadie quería pagar el precio de la rebelión, y eso lo frustraba.

Sé que estoy divagando nuevamente, pero si les digo estas cosas, les digo porque necesito que comprendan la personalidad y las motivaciones de Ruan; motivaciones que me fueron reveladas mucho más tarde, para que pueda decírselos ahora.

Volviendo al Maldito, él tenía sed de poder, quería ser más grande, quería ser mejor y pagaría cualquier precio por ello. No. Yo miento. De hecho, lo que Ruan realmente quería era dominar sin tener que pagar ningún precio, sin tener ninguna consecuencia. No solo tenía la intención de romper las reglas, quería crear sus propias reglas, quería ser un dios, y los dioses no pagan por nada, los dioses no tienen que obedecer las reglas. Los dioses son adorados y, desde el alto de sus tronos, solo esperan los sacrificios.

Los compatriotas de Ruan sabían que la dominación de otros mundos era posible, pero creían que, si lo hacían, el equilibrio se rompería y habría consecuencias que podrían envolver la destrucción de su propio mundo.

Para el Maldito, la balanza universal era aburrida.

Temer consecuencias desconocidas, solo imaginadas, era aburrido.

La gente de su mundo era aburrida.

Pensaba que tanta amabilidad, tanto deseo de vivir en armonía y de manera equilibrada, era solo otro nombre para pereza.

Quería acabar con esa igualdad, esa depresión, ese… aburrimiento; quería colonizar otros mundos, otros universos, imponer su voluntad, su ley, sus poderes; quería gobernar.

Cuando tomó la decisión de explorar los mundos, el proceso de destruición comenzó automáticamente, la balanza universal resultó ser real.

No estoy diciendo que Ruan fue el único responsable de todo lo que sucedió luego de su decisión; después de todo, las leyendas de las que hablé sobre los rebeldes que lucharon contra el sistema no eran solo leyendas. Antes del Maldito, hubo otros exploradores, otros viajeros interuniversales, otros pioneros, si lo desean, con el mismo poder salvaje. Los signos de este desequilibrio, los cambios, aunque graduales, ya eran visibles. Y fue cuando ella, la Bandolera, empezó a seguir su rastro.

Ella y la guitarra.

Ruan sabía que pronto tendría que hacer la travesía porque había sido desenmascarado y, aunque era astuto y había aprendido a dominar a cualquier otra persona en su mundo, sabía que cuando sus compatriotas se unieran y se volvieran contra él, la derrota sería inevitable. Contra uno, dos, tres, él era invencible; contra una multitud, no. Para la multitud, necesitaría la guitarra.

Creo que he podido resumir todas las razones relevantes, hasta el momento, para que la Bandolera forajida en la taberna de Talita y el Maldito hayan luchado y caído en mundos diferentes. Volvamos a la primera noche de Ruan en ese mundo desconocido para él, cuyo firmamento se jactaba de una luna llena solitaria. Todavía tengo mucha historia que contarles.

Estaba pasando por un muelle cuando vio a dos mujeres altas. Olfateó, literalmente, como un lobo, y sacudió la cabeza, molesto. No eran mujeres, eran travestis. Las dos travestis —una negra y una pelirrojo—, lo cercaron sin ceremonias. Los volúmenes que saltaban de entre sus piernas podrían romper sus faldas cortas y apretadas.

A Ruan no le gustaban las travestis. Le iban bien las hembras y otros machos, pero no se sentía atraído por esos seres mixtos, como se los llamaba en su mundo; sin embargo, todavía estaba bajo la influencia de la lujuria que había sentido y no había podido aliviar con Lalá, así que solo se tomó el tiempo necesario para abrir su sonrisa opresiva. En su mente, ya se había formado un plan. Necesitaba el alivio sexual, y si todo lo que tenía era una travesti… bien, que así fuera. Tendría un doble propósito: liberarlo de la tensión sexual y poner a prueba sus habilidades en ese nuevo mundo de solo una luna.

Miró malévolamente a la travesti pelirroja. Hizo un gesto despidiendo a su colega negra, que se retorció y maldijo, molesta por haber perdido al cliente que, además de ser guapo, parecía tener dinero.

Ruan preguntó sobre el valor del programa. Cindy —así se llamaba la pelirroja— respondió y amplió su sonrisa más descarada. Ruan la había elegido porque se parecía más a una mujer que la otra: era pequeña y tenía rasgos casi delicados. Esas características serían muy útiles para su experimento. Si no funcionaba, se libraría de la travesti y volvería a intentarlo.

No tardaron en llegar a un motel. Dispuesto a poner fin a toda la lujuria reprimida, Ruan usó el cuerpo de Cindy para cerrar la puerta de la habitación. No le gustaban esos híbridos masculinos y femeninos, pero realmente necesitaba vengarse de su acosadora contaminando su memoria con otro cuerpo, por lo que aplastó la boca de Cindy mientras imaginaba la boca de la otra. Pero esa boca estaba desacertada, estaba demasiado grande, su piel estaba demasiado áspera. Quería la boca de una hembra delicada, rodeada de piel suave y femenina. Cuando su boca se movió sobre la boca de Cindy, sintió sus labios se suavizaren y ganaren volumen. Escuchó el aliento roto que salió de su boca pequeña y suave. Pocas cosas le daban tanta satisfacción como sentir un suspiro femenino de placer.

Pasó las manos sobre el pecho plano de la travesti. Esperaba encontrar un par de senos llenos con los que pudiera llenar sus palmas, por lo que los hizo crecer, izquierdo y derecho al mismo tiempo, para que se encajaran perfectamente en sus manos grandes y fuertes. Los amasaba, los apretaba, les chupaba los pezones con deseo.

Cindy se retorcía con la espalda contra la puerta. Miró hacia abajo para observar el trabajo de la lengua húmeda que ella sentía correr por sus senos y se sorprendió por lo que vio, pero tal vez lo tenga botado en cuenta de la lujuria que sentía; tal vez lo tenga pensado que se había disfrazado de mujer durante tanto tiempo que estaba empezando a imaginar cosas. No sé qué fue lo que hizo que Cindy ignorara el par de senos que encontró cuando miró hacia abajo, pero sí sé que cerró los ojos y echó la cabeza hacia el borde de la puerta, permitiendo que Ruan gateara, con su boca, por su cuello expuesto mientras acariciaba los pezones mojados con saliva con los dedos.

—Eres el platillo más delicioso que he probado en mi vida —dijo Cindy—. ¡Quiero tragarte entero, *baby*!

La voz afectada de la travesti molestaba a Ruan. Quería una hembra completa, dulce, suave, blanda, incluso en su voz. Así que puso su mano sobre el cuello de la pelirrojo, la levantó por el gollete hasta que sus perfiles

quedasen cara a cara. Frotó suavemente su pulgar sobre la manzana de Adam y sintió que disminuía. Cuando terminó, miró a los ojos de Cindy, y el orden estaba implícito en su mirada: «¡Hazlo!»

Cindy bajó lentamente. Su espalda rozaba la puerta mientras su boca descubría el torso bien definido del cuerpo de Ruan y sus ágiles dedos abrían su camisa. Se arrodilló en el suelo, desabrochó los pantalones del Maldito y dijo, con su nueva y dulce voz femenina:

—No te olvidarás de esta noche, *honey*.

Ruan miró hacia abajo. Él quería admirar esa boca pequeña y recién formada mientras chupaba su polla. Sostuvo a Cindy por el pelo. No le gustó. Era un pelo equivocado, seco, antinatural. De esa maraña, solo el color lo complacía. Se arrancó la peluca y la tiró. Cindy estaba tan distraída que ni siquiera se dio cuenta. Luego, bajo los dedos del Maldito, mechones de cabello cobrizo brotaron sobre el cuero cabelludo de la travesti. Eran suaves y sedosos, tenían la textura perfecta para su toque exigente. La jaló por su cabello nuevo y la arrojó, boca abajo, sobre la cama redonda y blanca.

Deslizó las manos por la espalda de Cindy y se subió la falda hasta la cintura. Puso su mano derecha entre sus piernas hasta que sintió que el volumen desaparecía y se convertía en una entrada ardiente y húmeda, luego deslizó sus dedos por el camino aceitado. Sabía que los pocos vellos allí eran del mismo color del cabello.

Pequeños gemidos escaparon de la pequeña y delicada boca de Cindy. Con un movimiento único y ágil, Ruan la giró sobre la espalda y admiró su creación: era una hembra hermosa y perfecta, con senos firmes y pezones rosados, cintura delicada y caderas anchas. Sus pocos vellos púbicos solo existían en cantidad suficiente para que el Maldito pudiera verlos en punta.

—Cierra los ojos —dijo.

Cindy obedeció. Se permitió sentir la boca decidida y las fuertes manos deambularen por todo su cuerpo en caricias que, a pesar de conocidas por ella, despertaban placeres totalmente nuevos. Sintió que su barriga se retorcía y su cuerpo se contraía en espasmos llenos de deseo.

Ruan deslizó su lengua dentro de ella, presionó sus nalgas: quería darle placer a su creación. Luego puso todo su cuerpo sobre Cindy y, lentamente, suavemente, casi como si, si eso fuera posible, la amase, la penetró por primera vez mientras observaba su delicado rostro con labios rosados y boca pequeña transformarse en una máscara extravagante

diseñada por la voracidad, pelo deseo de sentir que había más del Maldito dentro de ella.

No hace mucho tiempo, me reuní con Cindy y, por curiosidad, le pregunté cómo era posible que no hubiera notado toda la transformación, cómo era posible que no hubiera sentido que estaba diferente mientras lo sentía dentro de ella. Fue entonces cuando me confió que, mientras se estaba debajo del cuerpo de Ruan, se había sentido extrañamente protegida y al mismo tiempo vulnerable. Nunca había sentido algo así en su vida. En ese tiempo, ya había perdido la cuenta de cuántos programas había hecho o con cuántos hombres había estado, pero ese hombre estaba diferente a los demás.

Ella sentía que iba y venía, y sabía que era diferente de las otras veces. Todo parecía encajarse de manera diferente, en diferentes ángulos, para proporcionar diferentes placeres, pero no tuvo tiempo ni ganas de medir esas diferencias, porque estaba demasiado ocupada sintiendo placer.

El Maldito entraba y salía, y ella quería más. Cuanto más tenía, más quería. Deseando se mantuvo, hasta que sintió una oleada de placer indecente en su vientre, perdió el control sobre su cuerpo y su torso se inclinó como que intentando acercarse a Ruan. Cuando pensó que había recuperado el control, sintió otro espasmo. Tan pronto como su tronco subió, sostuvo al Maldito por los hombros y lo envolvió con los brazos alrededor de su espalda. Sintió una repentina necesidad de estar cerca de él, como si necesitara eso para sentirse amada, así que esperó a que los espasmos de su cuerpo y las pulsaciones de su corazón se calmaran pegada al físico perfecto de ese extraño hombre sin preocuparse, sin tratar de entender lo que estaba sucediendo.

Cuando su cuerpo se calmó, apoyó la espalda sobre el colchón. Ruan se sentó al borde de la cama, encendió un cigarrillo, inhaló y sopló humo hacia arriba.

—Puede que no lo creas, *honey*, pero ha sido la mejor *night* de mi vida —dijo Cindy.

—Yo te creo. —Se levantó, se puso los pantalones y la camisa, se echó la chaqueta sobre el brazo derecho, sacó dos monedas de oro del bolsillo y las arrojó sobre la cama.

Cindy se levantó también. No prestó atención al oro arrojado sobre la sábana, porque sus ojos estaban fijos en uno de los muchos espejos que cubrían las paredes. Con los ojos muy abiertos, se tocó los senos. Se miró

de nuevo en el espejo. Lentamente, movió su mano extrañamente pequeña por su vientre y la tocó entre sus piernas.

—¿Qué me hiciste?

Sin paciencia, Ruan se le tocó la frente con la punta de sus dedos.

Salió por la puerta dejando un cuerpo femenino desnudo acurrucado en el piso de la habitación, dos monedas de oro en la cama y una pequeña mancha de sangre en la sábana.



Talita se levantó temprano. A las cinco de la mañana ya estaba cuidando el granero, luego abrió la taberna que, por los días, funcionaba como una panadería. Eran tiempos difíciles en ese mundo: la comida se escaseaba, los animales se morían y los cultivos se marchitaban; la mujer hacía todo lo posible para sobrevivir y mantener a su negocio.

Su invitada también se despertó temprano, y Talita pronto se dio cuenta de que la muchacha había revisado los cajones de Irene.

—Mis pantalones están destruidos —dijo la desconocida—. ¿Me presta estos shorts?

Talita miró la pieza de ropa que había sido de su hija, su mirada parecía contar el tamaño del anhelo que sentía.

—Sí… Pero… Yo he estado pensando… a lo mejor podríamos irnos al centro de la ciudad pa’ comprarte una ropita nueva.

—Lo aprecio muchísimo su ayuda y su interés, señora, pero debo irme. No puedo perder más tiempo aquí. Cada minuto es precioso.

—*Mija*, a ver… las cosas que te dije anoche… —Talita parecía incómoda—. Las he pensado mejor, sé que eres una buena chica y no me meterás en *pobrema*, ¿verdad? Quédate unos día más, al menos hasta esas quemadura se curaren.

—No deseo molestarle ni darle gastos. Aprecio la hospitalidad, pero debo adelantarme. No tiene nada que ver con lo que me ha dicho ayer.

Talita frunció los labios, parecía decidida a convencer a la chica de que se quedara. Tal vez era su deseo de tratar de hacer por alguien lo que esperaba que estuviesen haciendo por su hija.

—En cuanto a los gastos, si quieres, puedes ser mi ayudante en la taberna. ‘Toy necesitando a una pa’ ayudarme; y se ve que tú necesitas

muchas cosas. No te puedes irte solo con la ropa puesta y una guitarra.

—Es todo lo que necesito. —Ella sonrió a medias y miró a su anfitriona que parecía muy preocupada. Ya ni siquiera recordaba cómo era tener a alguien preocupado por su bienestar—. Pero, bueno... Si realmente usted necesita ayuda, puedo quedarme unos días más.

—¡Ajá! Así que vámonos a vender los panes. Luego te llevaré al centro comercial.

Trabajaron durante dos horas, hasta que el movimiento de la panadería se detuvo. Cuando Talita se preparaba para cerrar las puertas y marcharse, notó que la muchacha colgaba la guitarra sobre su hombro.

—¿Vas a llevar la guita?

—Nunca me separo de ella desde que se ha convertido en mía—. Vio el asombro de Talita y lo modificó—: Tiene un valor sentimental, y mientras esté conmigo, está todo bien.

—¡Ya! Ya veo… A ver… No entiendo qué quieres decir, pero… —Sacudió la cabeza y entrecerró los ojos—. ¡Arre! ¡Vámonos! Por cierto, Jorge ya nos espera, él es que va a manejar hoy. No lo tengo los documentos.

—¿Por qué?

—Porque el lugar donde solía hacer estas cosas ya no existe desde que se le cayó una bomba en el edificio… Fueran tantas bombas en tantos lugares… ¡Oh, mijita!, si supieras… Toda esta tierra era tan hermosa… Me duele el corazón ver todo desaparecer. Tantas luchas… tantos conflictos…

—¿Qué conflictos?

—No quiero hablar de eso ahora. —Sacudió la cabeza como si tratara de sacudir a las lágrimas en sus ojos, miró a su invitada, se encogió de hombros y preguntó—: ¿Vamos?

—¡Sí! ¡Vámonos! Usted sabe si ¿puedo obtener un mapa del mundo por allá? ¿O un globo?

—Sí, en la papelería.

—¿Puede prestarme el dinero?

—¡Por cierto que sí, mijita!

—Trabajaré junto a usted día y noche, realmente necesitaré dinero. El mapa puede ser módico, pero tengo la necesidad de comprarme algo que no será. Perdí a las dos que tenía conmigo cuando llegué.

—¿Las dos qué?

—Pistolas.

—¿Pistola cómo quien dice *revórve*?

—Pistola cómo quien dice pistola, del tipo que se puede usar para disparar —respondió con naturalidad, mientras se acomodaba en el asiento trasero del todoterreno e ignoraba la cara de asombro de Talita.



Por fin, el Maldito había tenido una buena noche de sexo. Estaba exhausto, no por el sexo, sino por la cantidad de energía que había tomado para transformar a Cindy. No fue una sorpresa que tuviera éxito; o que, sí, fue una sorpresa, fue ella no haber notado el cambio antes que todo estuviera terminado. No sentía culpa por dejarla sola e inconsciente en esa habitación de motel: sexualmente satisfecho, no tendría la paciencia para la crisis nerviosa que seguramente vendría.

Cindy… su Cenicienta… Excepto por el hecho de que ese encanto no se terminaría a la medianoche. La transformación había sido un éxito; solo no estaba seguro de que Cindy pensaría lo mismo cuando despertara y volviera en sí. Pero eso tampoco le molestaba, había hecho lo necesario para satisfacerse, y lo que Cindy pensase o sintiese al respecto le importaba un pepino. Ella quería ser mujer, ¿no?

Frente al mar, en una playa muy hermosa en una ciudad frenética, no ocupó ninguno de sus pensamientos con preocupaciones inútiles como la danzante que había dejado ciega o el extravesti inconsciente en una habitación cualquiera de un motel cualquiera. Eran solo muestras de su superioridad sobre los seres de ese mundo.

La experiencia con Cindy le había dado, además del alivio sexual, la certeza de tener el control total de sus habilidades psíquicas y mágicas. Había llegado el momento de formular su plan, decidir dónde y cómo empezaría. Para eso, necesitaba conocer mejor la historia de ese mundo y, precisamente, del lugar en donde estaba.

Aunque ese mundo fuera muy, muy similar al suyo, sabía que pequeñas diferencias podrían llevarlo a la cima o derribarlo. También sabía que la Bandolera, si hubiese logrado salir del mundo al que él la había tirado, ya estaría investigando esas mismas diferencias, y el juego entre los dos se decidiría en pormenores. Siempre los detalles, las minucias, los gestos casi imperceptibles definían las victorias o las derrotas.

Su oponente era incansable al igual que él, y nada la detendría hasta que lo encontrara y le pusiera el cañón de una pistola en la nariz. Pensó en lo útil que sería tener esa guitarra, especialmente para el primer paso que pretendía dar: encontrar el doble de su cuerpo en ese mundo. Encontrar su duplo, o doble, como les llamaban en algunos mundos, era primordial para que Ruan tuviera éxito en sus planes sin perder demasiado tiempo y sin agotarse.

Cauteloso, el Maldito había investigado el mundo en el que su acosadora había sido arrojada y sabía que ello se estaba acercando al fin. Los dobles, tanto de él como de ella, ya no existían en ese universo, por lo que ella no tendría ninguna ventaja sobre él a menos que lograra cruzar y salir de allí, cosa que, en opinión de Ruan, era imposible: su acosadora no tendría el elemento esencial para el sacrificio.

Por supuesto, él no sabía que estaba equivocado. Doblemente equivocado, en realidad. Primero, porque no sabía que los portales no habían sido cerrados; y segundo, porque la Bandolera, sí, encontraría el elemento para el sacrificio.

Y aquí estoy me avanzando nuevamente.

Volvamos al Maldito.

Entró en una gran papelería ubicada frente a una plaza que, como todo el lugar, estaba frenética y llena de criaturas que iban y venían de la playa. Era un lugar tropical, donde la sensualidad parecía tan natural para los nativos como la magia para sus compatriotas. Le sonrió a la recepcionista, quien le devolvió la sonrisa, encantada por el charme de Ruan.

—¿Puedo ayudarte? —ella preguntó.

—¡Sí! ¿Tienes un mapa del mundo y un mapa de la ciudad?

—¡Por supuesto que sí! —Sonrió más abiertamente, y fue detrás del mostrador, en donde comenzó a mostrar los mapas en varios modelos y tamaños—. ¿Eres turista?

—Se pude decir… —Tomó los dos mapas y miró el de la ciudad de Río de Janeiro—. Ipanema, estoy en Ipanema…

—Así es… —Sonrió, encantada.

Si esa vendedora supiera lo que sé hoy, no estaría tan encantada con la sonrisa del Maldito. Tal vez la sorprendiera saber que, en el mundo del que él venía también existía un Río de Janeiro; quizás la sorprendería las

similitudes que existían entre esos dos Río de Janeiro, al mismo tiempo que la sorprenderían todas las diferencias.

Las diferencias son importantes, ¿saben? Los detalles son decisivos, ya les dije. De hecho, toda la guerra entre el Maldito y la Bandolera se decidiría en detalles. Pensando solo en los dos Río de Janeiro, hoy me doy cuenta de lo importante que fueran las minucias en el desarrollo de toda la historia. Cada uno de esos Río de Janeiro era único, a pesar de que eran iguales y solo estaban ubicados en diferentes frecuencias. Cada una de esas versiones del mismo lugar, era exactamente el mismo lugar, cuyas sutilezas marcarían la diferencia en su futuro y en el comportamiento de sus habitantes.



En el hospital, Cindy necesitó ser sedada: su trastorno rayaba la locura. Los médicos y las enfermeras temían que pudiera lastimar a alguien o a sí misma. El psiquiatra había visto casos de prostitutas golpeadas o violadas por clientes, pero nunca había visto una reacción como esa. Cindy simplemente negaba su condición de mujer, gritaba que era una travesti y que había sido mutilada. No fuera por los exámenes, el psiquiatra habría concluido que se trataba de una trans operada que tenía perdido el recuerdo de la cirugía de cambio de sexo.

—Le hicimos una ultra, además de otros exámenes, y ella tiene todos los órganos femeninos internos, incluso, está ovulando —dijo el ginecólogo a su colega psiquiátrico.

—¿Qué lleva a una prostituta a inventar una historia tan sin ton ni son? —preguntó la enfermera jefa.

—Parece esquizofrenia, pero necesito evaluarlo mejor —dijo el psiquiatra.

—Llevaba los documentos de un cierto Cristiano Soares y dijo que es él, que usa Cindy como nombre de guerra —susurró la enfermera jefa al psiquiatra, tratando de evitar que la paciente escuchara sus consideraciones.

—Sí, yo he visto a la identidad de Cristiano. Ella se parece un poco a él… deben de ser hermanos.

Le sonrió a Cindy, quien lo miraba; se presentó, habló durante unos minutos y, cuando salía de la enfermería, el psiquiatra ordenó a la enfermera

que llamara al oficial de policía del hospital, ya que creía que la víctima estaba en estado de shock por una violación.

—No puedo entender lo que pasó. ¿Cómo podría ser prostituta si justo perdió su virginidad? —dijo la enfermera, que estaba atónita.

—A algunas prostitutas no le gustan el sexo convencional; a lo mejor ella seguía virgen, pero hacía otras cosas… Es inusual, pero…

—No lo creo… Dijo que tiene veinticinco años; creo que sea difícil que todavía fuera una virgen, especialmente debido a sus modales. Habla y se comporta como alguien de la noche y de las calles.

—Voy a pasar el caso a la policía.

—La identificarán digitalmente y te dirán quién es este Cristiano. Es posible que haya robado su identidad, aunque creo que estén relacionados.

Lo que surgió de la participación policial en el caso de Cindy fue descubrir que sus huellas digitales eran, en realidad, de Cristiano Soares, aunque ningún médico pudiera explicar cómo una mujer tenía las huellas de un hombre. Al buscar el lugar a la calle donde Cindy había afirmado que trabajaba, sus amigos confirmaron a la policía que conocían a una travesti llamada Cindy y que su verdadero nombre era Cristiano, pero no sabían nada acerca de una hermana, y se los dieron, a la policía, la descripción del último cliente a salir con Cindy.

La travesti que la acompañaba esa noche y que había sido ignorada por el cliente galán aceptó la invitación del policía para que fuera a comisaria reconocer a Cindy. Al ver a una mujer con cabello naturalmente rojo y sedoso en la cama psiquiátrica, Nélio —también conocida como Charlene Dayane—, sacudió la cabeza.

—¡No! ¡Esa no es Cindy! Cindy era muy femenina, pero no engañaba a nadie, se podía ver que era una travesti. ¡Esta vieja es una mujer! —A pesar de ser un hombre negro muy alto y fuerte, Nélio se expresaba de una manera que lo hacía parecer aún más afeminado que la antigua Cindy. Nélio, sí, quería despertarse un día y descubrir que era una mujer. Si el Maldito la hubiera elegido a ella en lugar de Cindy, muchas de las cosas que sucedieron en el transcurso de esta historia podrían no haber sucedido.

—¡Charlene! —Cindy gritó con su nueva voz cuando vio a su amiga a través de la puerta de cristal.

—Ella te conoce —dijo el policía con un tono de voz serio. Nélio lo miró asustado y, desmontando excesivamente debido al nerviosismo, dijo:

—No sé quién es esta mujer, ¡se lo juuuuuuro! Es similar a Cindy, pero no es ella. Ella debe de ser una prima, no lo sé…

—¡No! Esta chica fue identificada por las huellas digitales. Ella es Cindy… es decir, Cristiano.

Ustedes deben estar se preguntando por qué estoy aquí desperdiciando su tiempo contando la historia de una travesti que cayó en la trampa del Maldito. Pero se les prometo que Cindy tiene un papel clave en esta historia. Además, fue la primera señal de que el caótico reinado de Ruan en Río de Janeiro —el nuestro Río de Janeiro— apenas empezaba.



Mientras tanto, nuestra Bandolera, cuyo verdadero nombre era Marysol, se había identificado como Lolla para Talita, y atraía mucha atención en el comercio de Vila del Buen Retiro. Talita la presentó como una sobrina lejana. Los moceríos torcían el cuello para mirarla; las mujeres torcían la nariz por envidiarla.

—¡Mujerzuela! —dijo la esposa del cartero, refiriéndose a los atuendos de Lolla.

—No es cierto… ¡Está demasiado malhumorada para la zorridad! ¿Viste las botas y la camisa? Creo que ella participa en rodeos —respondió la directora de la escuela primaria, un poco más condescendiente con la extraña.

Después de las compras, se detuvieron para descansar en una heladería donde Lolla eligió un helado de pistacho y decidió hablar del tema espinoso de la hija de Talita.

—¿Qué le pasó a Irene?

—Ella… —tartamudeó Talita—. Un día se fue de casa y nunca más… Hace tres años… La buscamos como locos, nadie sabía lo que se pasaba. No me gusta hablar de eso, ya acepté lo peor.

—¿Cree que se murió? —Lolla prestaba atención a Talita, pero sus ojos cazadores se movían rápidamente de un lado a otro, como si prestaran atención a cualquiera que entrara o saliera de la heladería.

—¿Qué más puedo pensar? —preguntó con tristeza—. Mi hija era ama de casa, estaba estudiando, una chica tranquila. Si estuviera viva, ya

habría logrado marcarme. Cuando te encontré, desmayada y dolida, he pensado en ella… Fue allí, en ese mismo lugar, donde desapareció.

Marysol levantó las cejas y, sin moderación, sostuvo la muñeca de Talita sobre la mesa.

—¿¡Qué!? ¿Quiere decir que ese cruce fue el último lugar donde la vieron?

—Ella se estaba esperando a unas amigas, se iba a tomar un aventón. Yo tenía un ojo encima… 'tuve al pendiente casi todo el tiempo… Te lo juro que solo entré por dos minutos para atender a un cliente… Solo dos minutos… Cuando regresé y ya no la vi, pensé que sus amigos ya se la habían llevado, pero nunca más volví a verla… Mi hija… Mijita.

Los ojos de Talita traicionaban su dolor, pero Marysol parecía ignorar el duelo de la pobre mujer.

—¡Lléveme allá!

—¿Eh?

—Necesito ver algo.

Llevaron sus compras al todoterreno donde Jorge se apoyaba y mascaba el tabaco; Marysol pensó en lo bien que le caería un cigarrillo de paja; por suerte, Jorge tenía uno. Se apoyó contra el todoterreno al lado del hombre y tragó de buena gana. Él la miró con curiosidad. Marysol no coincidía con ese lugar, ni con la gente pacífica de Vila del Buen Retiro. Con ese cigarrillo de paja en la boca, parecía más un viejo pistolero de cine que una buena chica de campo; su intensa mirada contrastaba con el rostro juvenil y dulce.

—¿Recuerdan de cuando les dije que estaba buscando a un macho?

—Sí, pero Welber se lo recuerda más —respondió Jorge en tono de broma, mientras Talita se reía—. Si la Virgen me hubiera dado una hija, hubiera yo querido que ella supiese defenderse como tú.

Marysol no lo podía comprender el porqué de la risa o por qué una hembra debería aprender a pelear.

—Ese macho a que estoy buscando puede tener que ver, incluso sin saberlo, con la desaparición de su hija, Talita.

—¿Cómo? —Talita palideció y tomó a Marysol por los hombros en un gesto suplicante.

—¡Cálmese! —Marysol se separó—. Necesito volver al cruce para estar segura.

Marysol sabía que no existían coincidencias, y el nombre de Irene, juntamente con el hecho de que había desaparecido en el mismo lugar donde Marysol había caído en ese mundo, bueno… los humanos diríamos que fue demasiada coincidencia. Todo actúa en perfecta sincronía, incluso los hechos caóticos.

Talita miró a Jorge en busca de ayuda, pero él estaba tan perplejo como la posadera, por lo que todos entraron en el todoterreno y, después de acomodarse adecuadamente, Marysol dijo:

—Solo estoy segura de una cosa: su hija no está muerta, Talita. Y la encontraremos; es cuestión de tiempo.

Marysol estaba segura de que Irene estaba viva, pero no estaba segura de que ella tendría tiempo de encontrarla. Ese mundo de Vila del Buen Retiro estaba cerca del fin, y todos, incluso ella, se estaban quedando sin tiempo. Hubiera querido saber cuánto tiempo aún le quedaba, hubiera querido tener las garantías. A pesar del poco tiempo que había pasado con Talita, se había encariñado de la posadera, o por lo menos, lo más próximo de encariñarse que uno de su especie podía llegar, y quería hacer algo por ella y su hija. Sin embargo, sus preocupaciones fueron mitigadas por un fuerte hormigueo en la parte posterior del cuello cuando el todoterreno pasó frente a un gran terreno repleto de lápidas. Ella identificó el olor y no le gustó.

—¿Es este el depósito de difuntos?

—¡No deberías hablar así de los muertos! Necesitan respeto —Talita la regañó—. Se dice cementerio.

—Es solo que, en mi mundo, nuestros muertos son convertidos en polvo y arrojados al aire.

—¿Queman a todos los muertos? —preguntó Talita, interesada.

—Sí —respondió ella y, una vez más, miró hacia atrás y vio la pared descompuesta del cementerio; sintió un intenso escalofrío. Una lágrima amenazó brotar de sus ojos. Marysol no dejó caer a esa lágrima. No se permitió llorar, especialmente sin saber la razón, pero no tardaría en descubrirla.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 3

La hija pródiga

DEJEMOS UNA COSA CLARA en caso de que alguien, tal vez, todavía tenga dudas sobre lo que se ha informado hasta ahora: Marysol y Ruan vinieron de otro universo… uno paralelo, ¿saben? Multiversos, creo que ya hayan escuchado algo a respeto. Asustador, extraño, maravilloso, piensen como quieran… De todos modos, ellos no eran como nosotros, pero no solamente porque habían venido de otro mundo; y pronto llegaré a esta otra diferencia.

Es cierto que nosotros, pobres mortales encarcelados en cuerpos de carne que creemos que son nuestro propio ser, pero que la sabiduría universal nos ha demostrado ser solo prisiones orgánicas, no podemos concebir viajes interdimensionales excepto a través de nuestra imaginación limitada. Pero, del lugar donde provienen esos personajes, es posible viajar entre mundos. No diría que es tan simple y sencillo como lo es para nosotros los mortales viajarnos entre diferentes ciudades, pero ellos saben que es viable y no todos se quedan con secuelas. Algunos lo hacen con tanta naturalidad que se podría decir que duele. No es la naturalidad con la que lo hacen que duele, lo que duele es la envidia que seres limitados como nosotros somos capaces de sentir de este tipo de habilidad.

Después de todo, ¿quién no querría vivir en un mundo dominado por la magia, en el que todas las cosas son posibles, en el que uno puede elegir el universo y la realidad en la que vivirá?

Este era el tipo de libertad de que disfrutaban Marysol y Ruan. Sin embargo, a pesar de que podían viajar entre mundos, a pesar de que tenían un número infinito de universos dispuestos a recibirlos, a pesar de que tenían un amplio conocimiento de los misterios que impulsan a los seres vivos en sus diferentes versiones, y aunque ellos mismos podían conocer varios de sus propios diferentes versiones, ellos estaban atrapados. Atrapados para una pelea que había cruzado todas las fronteras.

Viajar puede ser agotador. Nosotros, que dependemos de los medios de transporte, nos cansamos, a veces nos confundimos con los cambios de zona horaria, imagínense lo que puede hacer, a uno, un viaje entre mundos. Aún que a dos tipos experimentados como Marysol y Ruan.

Marysol, por ejemplo, en este punto de la historia, aún no se había dado cuenta de que estaba en un mundo diferente al mundo en el que Ruan se encontraba. Solo sabía que necesitaba encontrarlo y eliminarlo antes de que su propio mundo se derrumbara. Tal como el mundo de Talita, el mundo de Marysol y Ruan tal vez tuviese poco tiempo, a causa de todo lo que había sucedido entre ellos dos. Solo restaba saber cuándo sería el deslizamiento final. Las leyendas sobre las consecuencias de alterar el equilibrio universal parecían ser ciertas, los signos estaban demasiado evidentes, y Marysol ya comenzaba a creer que era posible, sí, que un mundo se extinguiera, así que temía por el suyo.

Ella tenía poco tiempo. El problema era que su naturaleza como rastreadora y cazadora la hacía querer descubrir el paradero de Irene, un desvío que no podía permitirse si quisiera encontrar a Ruan. Aun así, no dudó y no cuestionó si sería capaz de cumplir las dos misiones, cada una relevante en diferentes realidades. Marysol solo tenía que hacer lo que se había propuesto hacer.

En el cruce, les pidió a Talita y Jorge que la dejaran en paz y, prometiendo que regresaría lo antes posible, volvió sobre el camino que había tomado el día que perdió las huellas del Maldito. Ella sentía que había algo allí. Marysol había cruzado el portal en ese camino desde donde caminó por un tramo no demasiado largo hasta que no pudo aguantar más y Talita la encontró. Irene se había ido por tres años, pero eso no significaba mucho. El factor tiempo era bastante flexible cuando estaban involucrados los portales entre los mundos. Al otro lado del ferrocarril, estaba el lugar donde Marysol había caído. No quería acercarse demasiado, pero necesitaba acercarse lo suficiente para poder ver la brillante veta vertical que aún brillaba.

—¡Todavía está abierto!

Posicionó la guitarra y miró directamente al portal. Pensó en Irene, se centró en las fotos que había visto y tocó algunas notas. Permanecía enfocada mientras la melodía algo fatalista y extraña resonaba en la inmensidad. Sabía que Irene estaba cerca, tenía que estarlo. No podía ser

una coincidencia que ella hubiese caído ahí, en el mismo lugar donde la hija de Talita había desaparecido.

Tocó, tocó… esperó… tocó un poco más, pero no pasó nada. Al regresar a la casa de Talita, Marysol confirmó sus sospechas. La caminata desde el portal hasta el cruce había le tomado unos pocos minutos, pero para Talita y los demás se había pasado casi tres años.

Talita corrió hacia Marysol cuando la vio regresar, se llevó las manos a la boca y le gritó a Lolla, que saludó y aceleró su paso hacia la tabernera.

—¿Me demoré?

—¿Si te demoraste? ¿Me ‘tás tomando el pelo? —gritó Talita—. Sumiste por casi tres años. ¿Por qué me hiciste eso?

Marysol respiró hondo y miró a su alrededor. La taberna estaba diferente: la pintura estaba gastada y la cerca blanca al costado del terreno estaba rota. El paisaje estaba más árido.

—Solo me tomó media hora —respondió Marysol, mientras miraba a una persona que salía de la taberna y caminaba hacia ellas.

—¿Media hora? ¿Media hora? ¡‘Tás loca! Pasé tres años miserables llenándome de maldiciones por haberte dejado irte a buscar a mi Irene… Yo… yo… —Enfurecida, ella le dio la espalda, pero cambió de opinión, se dio la vuelta y continuó hablando—: No te tomo por el cuello, porque pareces bien… —Prestó atención a la muchacha y, confundida, murmuró—: Las quemaduras… Sigues con las mismas quemaduras… y la ropa… es la misma.

Después de tres años, se suponía que esas quemaduras solares mejorarían o, por lo menos, que ella se cambiara de atuendo. Pero, como con los ojos rojos cuando la vio por primera vez, Talita acomodó esa coincidencia en su mente consciente, y decidió que era solo una impresión, a lo mejor, la chica se había metido en otro problema y se quemado una segunda vez. Diferentes quemaduras en diferentes momentos, que solo se veían iguales.

—Como le dije —explicó Marysol—, puede que le haya tomado un tiempo, pero fue rápido para mí. Sé que no me entiende…

—Cuando te fuiste ese día, Jorge y yo volvimos aquí. Estaba oscuro y no tornabas, me preocupé mucho y fui al cruce nuevamente. —Talita sonrió, pero había algo inquietante en su rostro, como si quisiera ser feliz pero no pudiera. Miró a la puerta principal de la taberna, Marysol siguió su mirada. Irene estaba parada allí, observando a Marysol—. Salí del cruce y

caminé en la misma dirección que tú, y ella vino hacia mí como un milagro. Mi pequeña, mi chamaca, mijita volvió a casa…

Marysol miró a Irene, que estaba sonriendo mientras bajaba las escaleras, y reconoció su aura. La Bandolera se mantuvo seria; Irene sostuvo su mirada con igual intensidad y, antes de extender la mano, Marysol dijo sin rodeos:

—¡Esta no es su hija, Doña Talita!



No hace falta decir que Talita no aceptó con gusto esa declaración. ¿Con qué derecho esa extraña, a quien había recibido con tanto gusto en su hogar, a quien incluso le había ofrecido un trabajo, tenía la audacia de decir que su Irene, que había estado desaparecida tantos años y ahora estaba justo frente a ella, no era su hija? El corazón de la madre sintió la ofensa, y la hospitalidad de la posadera fue al pantano. Irene oía el monólogo —ya que una discusión implicaría dos personas hablando— hasta que Talita concluyó con un «Creo que debes irte», que fue aceptado sin quejas ni sufrimiento por parte de Marysol, quien seguía mirando a Irene. La hija de Talita no dijo nada, ni para defenderse ni para calmar a su madre.

Lo único que Marysol quería antes de irse era sus pantalones rotos, porque quería devolverle a Talita la ropa que se le había prestado. Pero Talita, que no era mezquina, insistió en entregar las cinco blusas y los dos jeans que había comprado para Marysol.

Talita, aunque muy molesta por la actitud de Lolla hacia Irene, sentía que le debía algo a esa extraña. Estaba agradecida por la buena fortuna traída por ella: su hija había regresado milagrosamente.

La cara de la tabernera parecía mostrar tristeza cuando vio Lolla tomar el camino y le pidió a Jorge que la llevarla a la ciudad, pero la Bandolera recusó el aventón, así que Talita le entregó los mapas que había comprado hacía tres años, a lo que Marysol asintió con la cabeza. Jorge llegó masticando su tabaco y le entregó a la muchacha un sombrero de vaquero. Ella miró el regalo con admiración y gratitud: había llegado en un buen momento.

—Para no freírte los sesos bajo este sol infernal —explicó Jorge.

Marysol aceptó la oferta y se ajustó el sombrero sobre la cabeza. Temía por esas criaturas que habían sido sus anfitriones, pero necesitaba encontrar al Maldito, y sabía que no sería fácil. Ya empezaba a sospechar que estuviesen en mundos diferentes, y que no sería a través del portal que había llegado a esa aldea que podría alcanzarlo. Si entrara en ese portal, regresaría a su propio mundo, lo que no podría hacer hasta que consiguiera la cabeza de Ruan.

Tomó el camino para cumplir su misión llevándose con ella la preocupación por aquellos a quienes había apreciado, pero complacida de haber descubierto ese portal antes de su partida, porque pudo ocultarlo con un simple hechizo. Al menos en ese cruce, nadie más desaparecería.



La primera gran sorpresa que Ruan tuvo en nuestro mundo fue descubrir que somos humanos. Él ya había escuchado sobre nuestra especie. Era un ser estudiado y conocía todas las leyendas sobre nosotros, lo que pasaba era que no creía que existiéramos. Los seres humanos habitábamos el imaginario de los de su especie. Tan pronto como superó el susto, utilizó la observación para comprendernos.

Sabía que, en nuestro mundo, las criaturas pensantes no llegaban a ningún lado si eligiesen la soledad. Necesitaban unos de los otros desesperadamente, incluso inconscientemente. Somos seres gregarios por naturaleza, y él tendría que adaptarse si quisiera dominarnos. Él vino de una tierra donde los seres vivían solos, no tenían fuertes lazos con familia, amores, nada. Tendría que aprender a agregar para tener sus primeros seguidores.

Buscó a una propiedad para apoderarse. Sí. Apoderarse. O ¿acaso creen que el Maldito pagaría el alquiler? ¡Por favor! Él se consideraba por encima de las convenciones legales de este o de cualquier otro universo. Mientras buscaba, observaba a las criaturas con las que se comunicaba, cuidando de recordar siempre que ellos eran *personas*. Per-so-nas.

Así es como nos llamamos a nosotros mismos: personas. En el mundo de Ruan, muy similar al nuestro —creo que no sea demasiado repetirlo—, las criaturas como él y Marysol no se llamaban personas, no eran personas,

aunque no hubiera una diferencia externa visible entre un tipo y otro. Excepto por los ojos peculiares.

Ruan comprendió que el género en nuestro mundo parecía más un problema que una razón por la cual las cosas fuesen menos aburridas. Se dio cuenta de lo frágiles que eran las hembras en este universo. Incluso las más seguras tenían que luchar para ser respetadas por los machos. Mientras pensaba en las diferencias entre hembras y machos, trató de corregirse: «Hombres y mujeres», se repitió a sí mismo, «hombres y mujeres». El diablo estaba en los detalles, las diferencias, las sutilezas, y Ruan no lo olvidaría.

Se detuvo frente a una casa antigua y bien cuidada, donde había un cartel de «Se alquila». Su mente ardía cuando se acercó a la puerta. Sabía que la casa no estaba vacía, así que tocó el timbre. Fue atendido por el agente inmobiliario.

—Estoy interesado —dijo.

—Éntrese, por favor.

Cuando la puerta se cerró a las espaldas del Maldito, la casa ganó un nuevo dueño. El agente inmobiliario nunca más dejó el lugar.



En otro mundo, Marysol llegó a la ciudad después de unos treinta minutos de caminata. Se sentó en el banquillo de cemento en la plaza para poder examinar el mapa de la ciudad junto con el mapa del mundo. Se encontró en un mundo pobre, sin grandes ciudades. Era una gran zona rural que parecía devastada.

—¡El hijo de una maldita puta me tiró al fin del mundo!

Su memoria, deteriorada por el viaje, ya había vuelto. Todavía se tomó el tiempo para pensar en Irene y su supuesta falta de memoria, pero sabía que la muchacha estaba mintiendo. Confundida o no, Marysol era bien versada en el arte de descubrir ese tipo de mentira, solo le faltaba entender por qué no sentía el aura de las criaturas de ese mundo. Cuando vio a Irene, supo muy bien quién era ella o, más bien, de qué tipo era, puesto que el quien aún le despertaba dudas, aunque ella tuviera sus sospechas.

Necesitaba salir de ese lugar, encontrar el Maldito dondequiera que estuviera y cumplir su misión; también necesitaba cuidar a esa Irene, porque Talita no merecía ser engañada. Su prioridad era el Maldito, pero, para llegar a él, necesitaría un sacrificio, y no cualquier sacrificio.

Entró en un restaurante; bueno… tal vez la palabra restaurante sea exagerada. Se parecía más a un garito. Ella ordenó el plato del día y, a pesar de pasados tres años, el dueño la reconoció y le preguntó por su tía Talita. Marysol murmuró algo como «No seas metiche», mientras que el viejo respondió con cierto disgusto y se fue. A diferencia del Maldito, la Bandolera no estaba preocupada por construir buenas relaciones y, a bien de la verdad, en ese mismo momento, lo único que le preocupaba era el plato humeante frente a ella.

La comida estaba buena, pero le faltaba condimento. Sin querer ir al viejo a quien había despedido con terribles modales unos minutos antes, miró por encima del mostrador y vio un vaso con salsa picante. Los pocos segundos que llevó para dejar su asiento, ir al mostrador y volver a la mesa fueron suficientes para que un tipo de unos veinte años, sin temor a molestarla, sentase en la silla junto a la suya y la sonriese.

—¿¡Perdón!? —Apartó la silla para alejarse del extraño antes de sentarse.

—¡Vaya! ¡Lo que tienes tú de linda, tienes de cabreada!

—A ti te puede parecer cabreo, pero, ahí de donde me ves, ¡tengo hambre! Así que, si quieres quedarte, quédate. Pero ¡mantente callado!

Marysol, desinteresada de su compañero de mesa, esparció la salsa en el plato. Y cuando les digo esparció, quiero decirles llenó, colmó, abarrotó el plato. Puso tanta pimienta que su no-invitado se sintió incómodo, apretó los dientes y se revolvió en la silla. Cuando la Bandolera se llevó el primer bocado a la boca, él apartó el cuerpo esperando por la escupida que estaba seguro de que vendría. Pero, contrario a sus expectativas, no hubo escupe, ni mueca, todo lo que se podía ver en la cara de la muchacha era una ligera frustración.

—¿Llamáis a eso pimienta?

—Es de las más fuertes…

—¡Ya te dije que te callaras, criatura!

—Pero ¡si tú lo empezaste! —dijo él—. Y mi nombre es Saulo.

—Suerte para ti. —Intrigada por la pimienta, Marysol abandonó la salsa, abrió el vaso y rompió un chile entero bajo la mirada curiosa de

Saulo, quien murmuró un, «¡Dios mío!» mientras sacudía la cabeza de lado.

—¡Bah…! Débil, sí, pero no está tan mal. —Vació el vaso con los pimientos rojos sobre la comida, lo aplastó con su tenedor y disfrutó su comida.

—¡Qué rara eres!

—¿Qué? Es solo pimienta… Si puedes llamarlo así. De dónde vengo, esto está más como que para pepino. No tiene sabor.

—¿En serio? —Ante el asentimiento afirmativo de Marysol, se sintió más cómodo y trató de empezar una conversación—: A ver ¿de dónde eres?

—¿Qué demonios te importa?

—¡Vaya! ¡Qué genio! Solo quiero platicar…

Ella levantó la cabeza y lo miró por unos segundos.

—Haces demasiadas preguntas…

—A eso llamamos socializarnos. Así es como lo hacemos para averiguar si las otras personas son buenas personas.

—¿Personas? —Dejó de masticar y esperó una respuesta que no llegó —. ¿Qué quieres decir con personas?

—¡Vaya! Persona, ¡pues! Como yo, tú… la gente. Personas.

Marysol siguió mirándolo. Su rostro estaba serio, pero puedo decir que, en realidad, ella estaba preocupada. Aquellas eran *personas* y la trataban como a una *persona*. Comprendió por qué no había podido reconocer a esas criaturas por su aura. En su mundo, conocían a las personas solo por las historias que se contaban para asustar a los niños. Ella nunca había imaginado que la gente, las personas, verdaderamente existieran. Se preguntó si el mundo en donde estaba Ruan también estaba formado por personas, y entendió que no lograría nada con sus modales groseros.

—De acuerdo, Saulo. Soy un tiquito rara, pero he tenido algunos problemas y… ¡bueno!, me quedo sospechosa siempre cuando trato con las personas… *otras* personas, quiero decir. —Saulo le dio una sonrisa avergonzada y comenzó a levantarse, pero ella lo tomó de la muñeca—. ¡Quédate! Empecemos de nuevo nuestra charla.

—¡Vale! —dijo ilusionado—. Mi disculpa si le he parecido un metiche chismoso, es que casi no hay personas de mi edad por aquí…

—¡Ya veo! Me preguntaste de dónde soy; bueno… nací y pasé buena parte de mi infancia en México.

—¿México? —Frunció el ceño dubitativo.

—Es un país, ¿no lo conoces?

—El país México que conozco existe solo en los viejos libros de historia. Fue destruido en una guerra hace más de cincuenta años.

—¡Te equivocas! ¡Míralo aquí! Está en el mapa que compré en la papelería. —Abrió el mapa y lo mostró a Saulo, mientras señalaba a la librería. El muchacho sonrió y sacudió la cabeza.

—¡Ese mapa no está cierto! Te estafaron. ¿Quién te lo vendió? ¿El viejo o su sobrina?

—Fue una chica… No vi a ningún viejo.

—A él no le gusta mostrarse… Ha estado raro en los últimos días…

—¡Mierda! —Marysol se levantó apresuradamente y, con su guitarra al hombro, corrió hacia la papelería mientras el dueño del bar la seguía gritando que no había pagado el almuerzo; Saulo les seguía a los dos, loco por entender lo que estaba sucediendo.

Como un rayo, la Bandolera entró en la papelería, empujó a la chica que la había atendido tres años antes y alcanzó a la parte trasera del establecimiento donde vio al hombre que intentaba escaparse trepando a una pared alta. Tan pronto como se acercó, reconoció su aura en expansión: era muy similar a la de Irene. Era inconfundible.

Mucho más ágil que su oponente, que todavía intentaba cruzar la pared, la Bandolera corrió y logró impulsarse lo suficiente para saltar y atraparlo con las piernas alrededor de su cintura, haciendo que los dos cayeran al suelo cubierto de hierba.

Mientras la sobrina del comerciante gritaba por ayuda, Marysol luchaba con el hombre como si estuviera en una lucha de MMA.

—¿Creías que te ibas a esconderte, cabrón? Fuiste inteligente en no acercarte a mí, pero ahora puedo sentir exactamente quién eres. ¡Sé que estás ahí!

El hombre logró arrojarla a un lado, y ella gruñó, enfurecida, pero se levantó con la velocidad de un gato. Ambos estaban de pie, jadeando, como si estuvieran a punto de comenzar un duelo. Las manos de Marysol estaban gesticulando cerca de su cuerpo, como si tuviera la intención de sacar de sus armas enfundadas. Las armas no estaban allí, pero la urgencia y la costumbre de sacarlas estaban tan arraigadas en su ser que no era como si tuviera control sobre eso. Era un gesto automático.

—¿Creías que te ibas a deshacerte de mí, chulita? —dijo él, limpiando la saliva que corría por el lado de su boca con el brazo.

Marysol sostuvo su mirada, sus manos aún cerca de su cuerpo, lista para sacar los revólveres que no tenía. Frente a frente, parecían dos animales salvajes a punto de romperse.

—Ahora entiendo cómo llegué aquí… Él te usó como sacrificio, ¿no es así, Pablo? —Los ojos de Marysol se volvieron anaranjados. Quería matar a su oponente, al mismo tiempo, estaba fascinada con lo que había acabado de descubrir—. Así que… es verdad…

—Sí, ¡es verdad! —respondió él. Sus palabras exudaban odio, y sus ojos verdes adquirieron un tono rosado—. Y no termina ahí. El balazo que me pusiste en mi cabeza, ¡idiota!, terminó tirándome aquí, en mi doble.

Los dos combatientes se rodearon estudiando el uno al otro; sus ojos habían adquirido un tono carmesí brillante y parecía que la arena cubierta de hierba en cualquier momento se quedaría manchada de sangre cuando llegaran dos policías armados. Los contendientes cerraron los ojos para que sus iris retomasen un tono considerado normal para la gente, y Marysol no reaccionó cuando fue esposada por atacar a un apacible comerciante justo después de incumplir con otro.



Durante la noche, Marysol miraba a la luna solitaria a través de la ventanilla enrejada en lo alto de la pared de la cárcel. Era la única detenida en un pequeño pueblo donde la policía no veía mucha acción, y se estaba retorciendo el cerebro pensando en cómo salir de ese lugar sin magia, ya que su guitarra también había sido detenida. Aparentemente, el alguacil temía que, si la dejaba con el instrumento, ella podría ahorcarse con las cuerdas.

—¿Quién sería tan idiota como para suicidarse? —murmuró mientras caminaba nerviosamente entre una pared y otra de la celda—. ¡La *gente*, por supuesto! Si no me lo hubieran dicho, ahora se lo adivinaría. ¡La gente existe! Realmente existen. ¡Y solo ellos podrían ser tan estúpidos!

Necesitaba salir de allí. Con Pablo libre, liviano y suelto en el exterior, la Bandolera estaba en desventaja. Si no lograba escapar, sería el cordero del sacrificio. Necesitaba la guitarra. Su magia fluía prácticamente toda a través de ella.

Deseó tener tantos trucos bajo la manga como el Maldito. Él había perfeccionado sus dones, no necesitaba un conductor mágico, al paso que ella… bueno… ella era solo una ladrona. Le gustaba el desafío, le gustaba ser diferente, vencer sus batallas sin usar magia, y solo usaba sus poderes en casos extremos. Como resultado, sus dones se quedaron algo atrofiados y, en una situación de emergencia como esa, lamentaba no haber practicado.

Tomó la taza esmaltada donde había bebido agua y la pasó por los barrotes con la esperanza de que el ruido hiciera que un policía se acercara. Pasó de lado a lado, pero no pasaba nada, porque la estación de policía estaba vacía. ¡*Excelente*!, pensó. Si Pablo apareciera allí e intentase matarla, no habría nadie para ayudarla.

—¿No hay nadie en esta maldita chirona? —gritó, sosteniendo los barrotes y tratando de ver a través de la oscuridad que dominaba el pasillo de la celda—. ¡Heeeyyy! ¿Hay alguien? Esta prisión es ilegal, ¡imbéciles!

Además de la fría luz plateada de la luna que entraba por la ventanilla, solo el silencio y la oscuridad de los pasillos le hacían compañía. Ella resopló y, de espaldas al corredor, se apoyó contra los barrotes con los brazos caídos a los costados. Estaba avergonzada.

—¡Qué bonito! Marysol Barbueno arrestada… y por ¡*personas*! —dijo para sí misma, mientras apoyaba su cabeza contra los barrotes, tratando de tener alguna idea que la sacase de allí.

Escuchó una fuerte respiración detrás de sí, sintió una mano fuerte sujetarla por el cuello y, al otro lado, vio acercarse la punta de una daga afilada. Sostenida por el cuello, con la espalda contra las barras, no pudo liberarse. Metió las uñas en el brazo que la estrangulaba y, con su mano derecha, trató de agarrar el brazo que sostenía la daga y que se acercaba rápidamente de su cuello. Aturdida, ella sintió cuando la hoja fría tocó su cuello.

Comenzó lentamente, cortando superficialmente, disfrutando al ver las pequeñas gotas de sangre roja oscura brotaren de la piel suave. Pablo —el dueño de los brazos fuertes— puso los ojos en blanco: podía oler la vida mezclada con el olor de la muerte. Se dio cuenta de que, a pesar de la limitada carcasa humana que ahora habitaba, aún mantenía sus instintos naturales.

Aplicó más fuerza a la daga, y Marysol sintió que el aguijón de la afilada cuchilla le picaba la carne. Ella trató de gritar… no por miedo. Quería gritar a causa del odio, de la ira, del sentimiento de impotencia. No

podía terminar así, no después de todo lo que había pasado. Sería ridículo que terminara allí, como un cordero, en las manos de una mierdecita insignificante. Un tipejo que ni siquiera podía matarla; un tipo de mierda que tal vez ni siquiera pudiera usar la sangre. Marysol era un *daemon*, y solo podría ser exterminada por otro *daemon*. Pablo también había sido un *daemon*, pero como estaba habitando un cuerpo humano, se había transformado en un híbrido. No era ninguno de los dos, y las leyendas no tenían claro qué podría hacer con la sangre recogida.

Mientras sentía la hoja fría en su cuello, Marysol todavía tuvo tiempo para razonar que, ya que Pablo ya no era un *daemon*, lo más probable sería que ella se mantuviera viva. Y si él lograra separar su cabeza de su cuerpo, y ella siguiera viva, acabaría por convertirse en una de esas criaturas de pesadilla, y tendría que sacar solo un arma durante sus peleas, porque uno de los brazos estaría constantemente ocupado llevando su propia cabeza.

Entonces la sangre tibia, un hilo, comenzó a fluir.



¡SANGRE ES VIDA! era una de las primeras cosas aprendidas en el mundo de Marysol y Ruan. Era el líquido más preciado, usado en los hechizos más temidos y los sortilegios prohibidos. Los antiguos maestros comparaban la sangre en venas y arterias con ríos de vida, conductores, y por esta razón, ella servía como pasaporte para que los más atrevidos y valientes pudieran viajar entre los universos. Sin embargo, no era cualquier sangre la que servía como vehículo entre los universos paralelos infinitos. Necesitaba ser sangre de *daemon*, derramada por otro de la misma especie.

Cuando Marysol olió a su propio fluido de poder extraído por su antiguo enemigo que habitaba en un cuerpo indigno, trató de recordar todo lo que había aprendido, pero no se había atrevido a hacer. Pablo había sido el primer *daemon* en el que ya había usado magia de sangre cuando, sin querer, abrió el pasaje que terminó arrojándola al mundo de Vila del Buen Retiro.



Déjenme contarles, de una buena vez, cómo fue que Ruan y Marysol se quedaron separados, cada uno en un universo diferente.

Marysol había desafiado a Ruan a un duelo.

No cualquier duelo, ella lo había desafiado a un *High-Noon*.

Un desafío *High-Noon* solo terminaba cuando uno de los competidores sucumbía o era encarcelado por el victorioso para ser llevado ante la justicia. Marysol tenía toda la intención de llevar a Ruan ante la justicia…, muerto. Con respecto al *High-Noon*, queda por aclarar que, una vez que el desafío sea aceptado, los contendientes tienen sus poderes cancelados hasta que se defina un vencedor.

Incapaces de usar magia el uno contra el otro, Marysol y Ruan estaban exhaustos cuando Pablo intervino y se paró como una pared entre los dos.

A Pablo, sí, le estaba permitido usar magia durante esa pelea, ya que no estaba directamente involucrado, pero la Bandolera no permitiría que ese tipejo se interpusiera en su camino. Ella había aceptado nada menos que matar a Ruan. Era su forma de obtener justicia y, al mismo tiempo, redimirse por sus propios crímenes que, en comparación con los de Ruan, no eran casi nada. Tendría el cuerpo de Ruan y se lo llevaría a los grandes, no sería ese tipo de mierda quien la detendría. Luego corrió hacia Pablo y, dejando escapar un grito de guerra, saltó sobre él, aterrizó detrás de su espalda y, tan pronto como él se volvió, disparó un tiro directo entre sus ojos. Miró el cuerpo tendido en el suelo, cuyos ojos abiertos parecían mirar el cielo rojo del universo *daemon*. Su ira estaba tan grandiosa que sintió que podía descargar el arma en ese cuerpo sin vida solo para desahogar su furia. Pero había un objetivo más grande, justo allí, detrás de él.

Sin embargo, Marysol no sabía que Ruan ya había estado pensando en la posibilidad de no poder vencerla en ese duelo. Cuando corrió acompañado de Pablo, no había corrido por miedo, no había corrido para escaparse: había corrido porque tenía un plan. Cuando Marysol dio ese tiro, hizo exactamente lo que Ruan esperaba que hiciera.

Con Pablo tirado en el suelo, la Bandolera se quedó tan concentrada en Ruan que no notó la grieta que comenzó a abrirse al lado del cadáver. Avanzó, resuelta y con el arma desenfundada, hacia el enemigo.

—Ahora estamos los dos… —dijo ella.

—¡Vente, zorra! —respondió Ruan, sin apartar la vista de su oponente.

El silencio fue interrumpido solo por sus fuertes respiraciones; Marysol colocó su dedo en el gatillo, puedo decir que comenzó a apretarlo, pero el Maldito fue rápido, mucho más rápido de lo que su aparente fatiga hizo parecer que sería. Dio un salto con la pierna derecha extendida hacia adelante y pateó el vientre de la Bandolera, que fue empujada hacia el portal, cuyo tamaño era suficiente para recibir su pequeño cuerpo. Fue entonces cuando pareció darse cuenta de lo que había sucedido y, usando sus rápidos reflejos, logró pararse en el suelo antes de pasar por la entrada. No tuvo tiempo para nada más, porque Ruan ya se había acercado y, efectivamente, cortó profundamente el brazo de ella con una daga que se había quitado de la cintura, obteniendo la sangre necesaria para la apertura de un segundo portal. En cuanto a ella, después de ser abofeteada, cayó al pasaje y sintió que su cuerpo era succionado.

Viajó a través de un túnel en el que varios despojos giraban a su alrededor; parecían ruinas de mundos antiguos. Quizás lo fuesen. Escombros de mundos pretéritos y destruidos. Cerró los ojos y olió la muerte con tanta intensidad que estaba segura de que moriría también. Mientras cruzaba, estaba segura de que Ruan la había enviado a un mundo que, si aún no estaba destruido, estaba al borde de la extinción. Ella perdió el sentido y se despertó junto a un ferrocarril, pero ustedes ya escucharan esa parte de la historia, así que volvamos a la celda donde Marysol se encuentra como rehén de Pablo, a quien, por artificio del Maldito, ella había matado en el universo *daemon*, y quien, en ese momento, parecía ansioso por devolverle el favor.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 4

La Reina del Camino

Marysol sintió el cuerpo deslizarse por los barrotes y derrumbarse en el piso.

Por alguna razón, Pablo se le había aflojado el cuello.

Ella llevó una mano al corte abierto. Se dio cuenta de que la intensidad del sangrado estaba mayor de lo que ella había imaginado, pero pronto recordó al enemigo y se alejó de los barrotes para tratar de entender lo que estaba sucediendo. Sus ojos cazadores no necesitaran mirar muy lejos.

—¡De nada! —dijo Irene, con una enorme sonrisa en su rostro y una gran pala en sus manos.

Abrió la celda y extendió la mano para ayudar a la Bandolera a levantarse, pero ella rechazó la oferta: estaba mareada, pero podía levantarse.

—¿De dónde sacaste esa llave?

—Puse a dormir al vigilante —respondió Irene, señalando la pala que estaba apoyada a un lado.

—¿Qué le hiciste? —preguntó la Bandolera, mientras salía cuidadosamente de la celda, analizando la situación.

—Él va a sobrevivir... —dijo Irene, dando poca importancia al destino del ser humano. Cuando se volvió hacia la pala, Marysol dio un paso adelante.

Irene abrió los brazos y se encogió de hombros como si no importara quién tenía o no la pala; luego comenzó a arrastrar el pesado cuerpo de Pablo hacia la parte trasera de la estación de policía con extrema facilidad.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Marysol, mientras Irene intentaba abrir la puerta y mantener al humano desarticulado al mismo tiempo.

—Porque quiero salir de aquí, y tú eres mi mejor chance.

—Necesito la guitarra.

—Debe estar en el despacho del sheriff. ¡Tómate la llave! —Tomó una de las llaves del juego y se la arrojó a Marysol, quien la recogió—. Yo me ocuparé de este tipejo.

Marysol encontró la oficina del sheriff que, en ese mundo, se llamaba comisario. Encontró la guitarra, algunas pistolas cargadas y una mochila: una vez ladrona, ladrona siempre.

Usó la mochila para guardar las pocas pertenencias que tenía, incluidas las armas que acababa de robar, y las pocas ropas que recibió de Talita que estaban en una bolsa de plástico. Cuando recordó a Talita, también recordó a la falsa Irene y regresó. Encontró a Pablo esposado y amordazado con Irene parada a su lado, luciendo una postura que no revelaba nada acerca de sus intenciones, pero, tal vez para evitar meterse en problemas, fue la primera en hablar.

—Irene, a quien nunca conocí, es mi doble.

—¡No me lo digas! —respondió Marysol, llena de sarcasmo.

—Mi nombre es Irina… Similar, ¿verdad?

Marysol no se sorprendió al escuchar el nombre. Ya sospechaba. No la había conocido personalmente en su propio mundo, pero había oído hablar de la tipa. No mostró su reconocimiento, solo dijo:

—¿Qué quieres tú de mí?

—Te lo dije, quiero tu ayuda. Este mundo aquí se está desmoronando, y gracias a ti, Irene fue llevada a nuestro mundo y yo me he quedado aquí en su lugar.

—¿No crees que te tomó demasiado tiempo para llegar si cruzaste por mi culpa?

—Estaba perdida, fue el sonido de la guitarra lo que me llamó. La escuché, pero no te vi a ti… Creo que debe haber una zona neutral, no lo sé, tú tampoco te topaste conmigo, ¿verdad? Cuando me vi en ese camino, empecé a caminar… Pronto esa mujer vino hacia mí, y empezó a correr y a llorar, y me decía hija... —Irina hizo una expresión de disgusto—. ¡Eeww! ¡Cómo les gusta tocarnos! Y los besos… ¡Ya! Fue entonces cuando me di cuenta de que yo estaba en un mundo de…

—Personas. Sí, me tomó mucho más tiempo entenderlo. Me pareces estudiada, Irina. ¿Qué sabes sobre los sacrificios para abrir portales con un destino elegido?

—Esto es algo básico, todos lo saben, supongo. Uno debe decapitárselo o disparárselo en la cabeza de otro de los nuestros. La sangre de un *daemon* abre cualquier portal —respondió con cierto orgullo.

—¡Genial! —Marysol respondió, mostrando nuevamente ese sarcasmo en su voz—. El problema, Irina, es que el cuerpo de este hombre no es de Pablo, la sangre no es la de un *daemon*.

—Pero la esencia lo es. Esto afecta a todo el cuerpo. ¡No hay más Antonio allí, querida!

Marysol parecía considerar la situación, ciertamente tenía sentido, aún que no pudiera estar segura. Ni siquiera podía estar segura si Irina estaba diciendo la verdad o no. Decidieron salir de allí con Pablo lo antes posible, el sacrificio tendría que hacerse pronto, antes de que la ciudad despertara y descubriera que la forastera había huido. No quería derramar la sangre inocente de esa gente, pero no era aconsejable permanecer en ese mundo en peligro de extinción. Si fuera necesario pelear, ella pelearía.

Transportaban a Pablo a través de la maleza que daba acceso al cementerio de la ciudad, cuando Marysol le pidió a Irina que volviera a buscar una de las armas que se había caído. De mala gana, Irina regresó a buscar el arma, mientras Marysol golpeaba al hombre en la cara con el dorso de la mano para despertarlo.

Los ojos de Irina barrieron el suelo lleno de lápidas, mientras miraba hacia atrás para ver qué estaba haciendo Marysol. Cuando finalmente encontró el arma, la recogió y corrió hacia los dos. Tenía prisa.

Al acercarse, vio a Marysol con la cara apretada, nariz con nariz, como la de un hombre asustado, casi sumiso. Ni siquiera remotamente se parecía al descarado Pablo. Temiendo que la Bandolera descubriera que António aún habitaba ese cuerpo y lo compartía con el viejo *daemon*, Irina aceleró el paso.

—¿Qué pasa? —preguntó, y tanto Marysol como el hombre asustado volvieron la cabeza hacia ella.

Marysol se levantó lentamente, buscando el revólver que estaba metido en la parte posterior de la cintura de sus shorts. Al notar el movimiento, Irina apuntó el arma que había encontrado a la cabeza de Marysol, quien sonrió.

—Así que ya lo sabes… —dijo Irina, mirando hacia un António horrorizado por la escena; Pablo se había escondido y permitido que el

antiguo dueño del cuerpo tomara el control.

—Bueno... —Marysol levantó la pistola y la apuntó en dirección a Irina, quien, en respuesta, tiró al percutor de su pistola, haciendo que Marysol imitara su gesto.

—¡Suelta el arma, Lolla, o te mataré! Te lo juro que tenía la intención de usar el mezcladitito este, pero, para serte honesta, no creo que su sangre siquiera abra una grieta, así que, te va a tocar a ti. Solo la sangre pura de un *daemon* puede hacernos cruzar juntos. Pablo se va conmigo. Vámonos a reunir a la banda, ya sabes.

—Entonces eso es lo que querías… reunir a la banda y llevar a ese inútil… —Marysol respondió con una voz tranquila y un sereno semblante —. ¡Dispara! —ordenó y bajó la mano que sostenía el arma.

Al igual que el día que pasó frente a ese lugar —el depósito de muertos—, Marysol estaba con los pelos en punta. Pero la piel de gallina estaba más intensa, probablemente por estar dentro del lugar. Le dolía el estómago y tenía una sensación extraña y excitante. Sentía un poder mayor, un frenesí que le parecía como nostalgia y la dejaba con los sentidos más agudos.

El sentimiento estaba tan fuerte que, ante la mano armada de Irina, todo en lo que Marysol podía concentrarse era ese anhelo, ese dolor. Una nostalgia que parecía ser suya, mientras que parecía ser de alguien más.

Decidió centrarse en la nostalgia, o fuera lo que fuera, más tarde. Su mano armada volvió a subir en un movimiento que parecía demasiado lento, hacia el objetivo perfecto de la cabeza de Irina. Su oponente tenía una gran ventaja, así que el brazo de Marysol aún no estaba sobre su estómago cuando Irina apretó el gatillo.



En nuestro mundo humano, Ruan aprendía a respeto de lo que llamamos partidos políticos. Tales cosas no existían en su mundo, ya que no había necesidad de este tipo de representación. Había cierto tipo de liderazgo, pero algo diferente al de los humanos. Decidió conocer a los líderes en profundidad; sus relaciones con el electorado; los resultados de sus promesas. ¡Estaba un caos! Estaba perfecto para él. Parecía que a las

personas les gustaba ser engañadas y tenían una debilidad obvia: eran interesadas, egoístas y vanidosas; no reconocían sus errores, incluso insistían en ellos. Cavaban sus propias tumbas.

De lo que Ruan se dio cuenta inmediatamente en nuestro territorio, fue que había una facción, así que le gustaba llamarla, que tenía la intención a través de actos aparentemente inocentes de dar glamur y legitimidad al crimen, al mismo tiempo que lograban debilitar las instituciones gubernamentales centradas en el bienestar y en la seguridad social. Las leyes, las ignoraban abiertamente; los beneficios llegaban a los asesinos y estafadores más infames, y la sociedad se colapsaba.

La gente había gritado por el demonio, y allí estaba él. En carne y huesos. Toda la emoción que había buscado y nunca había encontrado en su propio mundo, suficiente tendría en el nuestro.

Caminó alrededor de la laguna Rodrigo de Freitas disfrutando de los placeres que la gente parecía incapaz de disfrutar por completo. El día estaba hermoso, y él disfrutaba de un helado. Apreciaba todo en nuestro universo, especialmente el calor. El calor de un humano era indescriptible para un *daemon*.

No entendía cómo, teniendo tanta libertad y belleza a su alrededor, esas criaturas preferían competir y luchar entre sí por las razones más ridículas. Las cosas más pequeñas adquirían proporciones gigantescas y absurdas, se convertían en tema de discusión. Las personas no actuaban como iguales. Eran competitivas, eran vanidosas.

Ruan tenía el deseo de dominar, pero se consideraba puro. Quería dominar por los suyos, quería compartir su reinado con los suyos. Decidió que entregaría esas personas a su raza. Los que se uniesen a él sobrevivirían; los que se opusiesen serían exterminados. Era un mal necesario.

Estaba pensando en el carácter depredador de esa especie que se destruía a sí misma, cuando notó que personas vestidas de blanco llegaban y se acercaban a la laguna con carteles y pancartas, algunos con flores. Prestó atención a las protestas del grupo. Pedían la paz, el fin de la violencia, un mundo más fraternal.

De repente, esas personas comenzaron a tomarse de manos alrededor de la laguna. Ruan frunció el ceño. ¿Qué sería eso? No se trataba de magia, pero debería tener algún uso. Poco a poco, otras personas se reunieron para

mirar a ese grupo vestido de blanco, y pronto, el personal de una red de televisión apareció para cubrir el acto. Él se acercó a un camarógrafo para entender de qué se trataba.

—Están abrazando la laguna como protesta por la violencia —respondió el camarógrafo mientras reparaba el equipo. Ruan le dio una sonrisa.

—¿Y funciona?

—Al menos lo están intentando… —respondió el tipo, impaciente.

—Ya veo…

Le dio la espalda al profesional, que dirigió su atención a su equipo. Ruan caminó lentamente, vio unos vehículos policiales cerca y entendió que eran la seguridad del evento.

—Hilarante e hipócrita —murmuró—. Están en contra de las armas para luchar contra los delincuentes, pero necesitan hombres armados para cuidarlos mientras transmiten su mensaje de paz, para que no sean atacados por los mismos criminales que defienden. —Sacudió la cabeza de lado—. ¡Desquiciados!

Fascinado, observó a los dichos pacifistas en su acto simbólico de abrazo; observó a los policías que parecían molestos por verse obligados a encargarse de esa manifestación; ciertamente tenían cosas más importantes que hacer; miró a los espectadores que acudían y observaban; y a los transeúntes que pasaban sin conmoción.

—¡Imbéciles! Se merecen el exterminio.

La mejor magia es la deseada, aunque inconscientemente, por sus objetivos, por lo que Ruan decidió divertirse.

Con un movimiento de su mano en dirección a los vehículos, empezó a crear su ilusión: la policía vio a hombres fuertemente armados que salían de una sucursal bancaria, se subían a los automóviles y huían; luego entraron en los vehículos sin pestañear y persiguieron a los bandidos imaginarios creados por el Maldito. Sin embargo, para los pacifistas blancos y para la periodista que cubría la manifestación, parecía que la policía simplemente había disuelto el evento, dejándolos desprotegidos. Inmediatamente, el movimiento de paz se puso a gritar consignas contra la policía, mientras que la periodista expresaba su indignación en la televisión nacional. Todo en vivo.

Tan pronto como la periodista apagó el micrófono, Ruan se acercó y, con su voz más seductora, preguntó:

—Están abrazando la laguna por paz…, ¿qué puede salir mal? —Se fue sin importarle la respuesta. Sabía muy bien lo que podía pasar. Ya los había olido a los otros. Estaban cerca.

No sabría cómo nombrarlos, pero ellos estaban armados con pedazos de vidrio y con la intención de cometer robos en el vecindario y decidieron bajarse del autobús antes de su destino programado, muy cerca.

No fue exactamente una decisión de ellos.

Habían atendido la llamada del maestro.

Del Maldito.

Ruan silbó una melodía que atrajo a los delincuentes al igual que el Flautista de Hamelín atrajo a las ratas.

Y, al igual que las ratas de Hamelín, ellos fueron fáciles de manipular y corrieron, sedientos, hacia los manifestantes, tan pronto como pisaron la acera. No satisfecho, el Maldito también dirigió su fascinante silbato a los manifestantes pacíficos, quienes, cuando se dieron cuenta que se acercaba el arrastrero, fueron apoderados de una furia sin precedentes.

Tico, un niño sin hogar, que había observado todo desde el principio, fue, quizás, el único que se permitió prestar atención al hombre de gestos extraños que silbaba esa extraña canción. Quizás, permitirse no sea la expresión más precisa. La verdad es que Tico no podía apartar la mirada de él. Estaba aterrorizado, tenía escalofríos, y cada molécula de su cuerpo maltratado de chico criado en las calles gritaba que debía apartarse, mirar hacia otro lado, hacer otra cosa, pero él no pudo. Era como un imán.

No sabía cómo, pero estaba seguro de que el hombre había atraído a los vándalos e instado a los manifestantes. Las personas se atacaban entre sí sin medir las consecuencias, y por la acción de vidrios y navajas, se derramaba mucha sangre. Los pacifistas, que no tenían armas con las cuales atacar, fueron abrumados con tanta furia que, cuando lograban liberarse y quitar los objetos afilados de las manos de los vándalos, los arrojaban al suelo, les golpeaban la cabeza contra la acera y les pateaban el estómago, pisaban sus testículos. Los delincuentes estaban armados, pero los manifestantes estaban en más número, y en algún momento en toda esa confusión, parecía que todo lo que importaba era la guerra. Ya ni siquiera veían contra quienes luchaban, solo necesitaban luchar.

Fue una carnicería difundida en vivo por la red de televisión más grande del país.

Después de filmar una pelea particularmente violenta, en la que dos manifestantes pacifistas habían golpeado la cabeza de uno de los vándalos contra el asfalto con tanta fuerza que le quitaron la vida, la periodista se atrevió a acercarse y preguntó:

—Habéis matado el chico… ¿Por qué? Era solo un niño…

Pronto, los manifestantes, con sus ropas blancas manchadas por salpicaduras de sangre y tierra, gritaban que ya no podían soportar tanta violencia; dirigieron su ira hacia la periodista que, si no fuera por sus compañeros de trabajo, habría tenido el mismo destino que el vándalo de cara desfigurada y pantalones cortos cubiertos de orina y mierda que yacía muerto sobre el asfalto.

Fuera de la línea imaginaria que contenía a los combatientes, Ruan se reía y Tico lo miraba.

El Maldito estaba extasiado.

El tránsito se detuvo para ver el espectáculo de terror al aire libre, y la congestión que se extendió en una línea de kilómetros provocó otros enfrentamientos que no necesitaran el silbato del Maldito. Fue el sonido del claxon de uno de estos autos, cuyo conductor ya estaba acostumbrado a las guerras diarias en Río de Janeiro y no necesitaba ojear a otra, que sacó a Tico del trance y de su observación casi hipnótica del hombre que silbaba.

Salió corriendo y se escondió detrás de un puesto de periódicos. Todos sus instintos de chico de la calle gritaban que ese hombre no debería verlo. Faltó poco. Cansado del circo que él mismo había creado, Ruan comenzó a poner atención al resto del ambiente y, sintiendo esa presencia que lo perturbaba por su curiosa observación, dirigió su mirada hacia donde debería estar Tico.

Tico tenía solo doce años, pero ya había aprendido a reconocer el peligro y a escaparse de ello. Sentía lo malvado que era ese hombre: su corazón acelerado le señalaba eso con una certeza alarmante. Ruan olisqueó el miedo del niño, entendió que era su miedo, miedo a su presencia, y eso fue suficiente para apaciguar su vanidad. No fue tras el chico. Y este fue el primer error que cometió en nuestro mundo.

Y ha sido un gran, gran error.



En el cementerio de Vila del Buen Retiro, Irina y Marysol se enfrentaban. El brazo armado de la Bandolera pasaba a la altura del estómago de la oponente, cuando Irina, con el objetivo apuntando a su frente, apretó el gatillo.

Y apretó el gatillo una y otra vez, y otra vez más.

Nada pasó.

No brotaron los proyectiles.

Mientras tanto, la mano armada de la Bandolera había terminado la escalada, y los grandes ojos de Irina solo parecían poder ver el cañón del arma. Marysol tenía su brazo derecho firmemente posicionado con el objetivo apuntando a la cabeza de la doble de Irene cuando dijo:

—¿Creías que yo fuera suficientemente estúpida como para dejar un arma con municiones a otro *daemon*, Irina?

—¡Me engañaste! —dijo Irina, con su voz más inocente, mientras lanzaba un hechizo de olvido a Marysol—. Te liberé, podría haber venido aquí sola con él, pero te traje... ¿Por qué quieres deshacerte de mí?

—¡No me queras ver la cara! —dijo Marysol, mientras sentía que Irina intentaba golpearla con magia—. Y no pienses que me pegas con ese hechizo de olvido, ¡recuerdo cada palabra de lo que me acabas de decir! —Mientras mantenía su mano firme hacia Irina, el cerebro cazador de Marysol trabajaba duro. Estaba tratando de descubrir cuál sería la habilidad mágica de Irina, al mismo tiempo, se preguntaba por qué no había sido afectada por el hechizo de olvido que ella había intentado lanzar. Deseando que borrar recuerdos fuera el único don mágico de su oponente, continuó—: Me trajiste aquí porque sabías que la sangre de este mierda es bueno para nada. El humano aún sigue vivo. No es personal, pero no estoy hecha para el sacrificio. ¡No soy cordero, Irina!

Irina volvió a levantar el brazo, Marysol se dio cuenta de que su respiración estaba entrecortada: tenía un plan. Decidió no perder más tiempo en conjeturas, apretó el gatillo y pegó a Irina en la frente. Al caer hacia atrás, la *daemon* aún logró hacer un tiro imposible en el aire. El sonido sorprendió a Marysol, quien entendió lo que había acabado de suceder:

—Así que tu don es materializar cosas… ¡Buen truco, Irina, buen truco! Pero tú no eras una bandolera. Las bandoleras siempre somos más rápidas. ¡Qué lástima! ¡Serías muy útil a mi lado!

Olvidándose la prisa y la necesidad de salir de ese lugar rápidamente, Marysol miró hacia abajo, como si una fuerza invisible la obligara a hacerlo. El cuerpo de Irina estaba sangrando, y la sangre espesa y de color rojo oscuro fluía como un río hacia sus pies, bordeaba sus botas y teñía la lápida sobre la que ella había estado en el momento del tiroteo. La inscripción decía: «*Maria Dolores Solemar - Nuestra querida Lolla*».

Cerró los ojos y entendió la nostalgia, los sentimientos confusos, los intensos escalofríos, la sensación de poder. Esa era la tumba donde descansaba el cuerpo de su doble en ese mundo. El cuerpo ya no estaba vivo, pero Marysol aún podía sentir la energía de su contraparte. A su lado, había otra lápida cuya inscripción decía: «*Romero Solemar - Querido hermano de Lolla*».

Tenía demasiada prisa para averiguar si su intuición era cierta, pero podía apostar las dos armas que había acabado de obtener, que la otra tumba pertenecía al doble de Ruan. Hoy, puedo decirles que la intuición de Marysol era correcta, el cuerpo enterrado era, de hecho, el del doble de Ruan. En el mundo en peligro de extinción de Vila del Buen Retiro, la Bandolera y el Maldito no solo habían sido hermanos, sino que se habían amado tanto que murieron juntos.

A uno no tiene sentido llorar por sí mismo, y el tiempo se acababa. Marysol respiró hondo, trató de despejar sus pulmones y su mente, y se concentró en lo que tenía que hacer aún que una parte suya no podía evitar sentir la pérdida y aferrarse a ese luto inusual.

Levantó los brazos en V y ordenó que se abriera el portal, mientras la sangre de Irina rodeaba sus botas, cubría la (su) tumba y manchaba la maleza.

—¡Quiero irme hasta Ruan, el Maldito!

Una grieta brillante se abrió frente a Marysol. Era como un corte en la piel, una herida en el aire; e iluminaba sus ojos color miel. Volvió hacia António, el pobre humano asustado que intentaba convencerse de que eso era solo un sueño a medida que la grieta se hacía más grande.

—Oye, no voy a desatarte porque sé que el idiota de Pablo está ahí, fingiéndose de muerto y él no puede seguir conmigo. Dile a Talita que voy

a encontrar a su hija.

—Esta es su hija! ¡Mataste a Irene! ¿Por qué Irene me trajo aquí? ¡Me voy a volver loco, Dios mío! —gritó.

—¡No! Esa es una doble de la hija de Talita. Una doble que vino de mi mundo, el mismo mundo de este tipo que te atrapó.

—¿Cómo lo hago para que me deje en paz? ¡Temo a Dios, no quiero vivir con un demonio! —dijo Antonio, casi llorando. A Marysol no le gustaba escuchar la palabra demonio tal como él la tenía pronunciado. Sonaba como un insulto. Era un insulto.

—No te dejará. Eres su sustento. Intentes mantener el control, no dejes que te domine. Eso es todo lo que puedes hacer.

Marysol caminó hacia la grieta, que se parecía mucho a una puerta. Estaba a punto de entrar cuando escuchó a Pablo gruñir detrás de ella. Él reía. No cabía duda de que António ya había perdido esa pelea.

—¡Fíjate! —dijo Pablo—. ¡La pobre madre llorará mucho cuando encuentre a su hija muerta en este matorral! Y yo, el sobreviviente de una asesina que esa mismísima madre acogió en su mismísima casa, le contaré cómo Lolla mató a su hija en modo tan cobarde.

Ella lo ojeó y levantó el cuerpo de Irina con el brazo libre de la guitarra, arrastrándola hasta el portal. Cuando Pablo se dio cuenta de lo que ella pretendía hacer, lanzó un grito de odio.

La Bandolera llevaría el cuerpo por dos razones: para tratar de cerrar el pasaje, evitando que Pablo cruzara si lograba liberarse; y salvar a Talita de un sufrimiento aún mayor. Sería mejor para la tabernera pensar que su hija se había escapado. Marysol sabía que, en el fondo, Talita sentía algo mal en esa hija, no estaba cien por ciento contenta con su regreso.

Metió la mitad de su cuerpo dentro de la grieta, levantó su brazo libre y le mostró a Pablo el dedo medio. Sus ojos brillaban en su color más escarlata, pero no con ira, solo era una provocación. Cuasi un chiste.

—Pablo, su mierda, ¡buen apocalipsis para ti!



Tico había decidido dormir en casa de su madre, quien tenía tres hijos más: Robson, de quince años; Alexandra, diez; y Mirina, seis. Como

siempre, tomó algo de dinero para irse a su casa, pero mantuvo con él la cantidad que necesitaba para comer mientras estuviera en la calle. El nombre de su madre era Lorena, y ella gastaba casi todo el dinero en drogas. De su padre, Tico solo tenía una foto, conservada como si fuera un tesoro, y que siempre miraba por temor a olvidar su rostro. El padre de Tico había sido asesinado por el narcotráfico cuando el niño aún tenía tres años.

Pasó junto a cuatro tipos armados que vigilaban la entrada de la comunidad; uno de ellos fumaba un cigarrillo de marihuana. Ya conocido, Tico no tuvo problemas para entrar.

—¡Qué onda, eh, Tico! —dijo el que fumaba marihuana.

Tico se encogió de hombros.

—Vengo a ver a mi madre.

—¡Pásate, carnal! —dijo el otro, dándole al flaco Tico un manotazo a la espalda—. ¿Has venido pa' quedarte? Si te quedas, hay chamba y lana, y nada de poli…

Sin nada decir, Tico los saludó con la cabeza y subió la escalera alta, quería salir de allí. Hablaba con los traficantes porque sabía lo que le sucedía a cualquiera que no se encajara con ellos. Su padre, que había sido líder en una pequeña comunidad en la Zona Oeste, había muerto porque se había enfrentado con los bandidos en una comunidad más grande. Tico aún recordaba de la noche en que los delincuentes invadieron su casa y dispararon a su padre frente a todos.

Desde la edad de seis años, Tico caminaba por las calles porque no podía más soportar las palizas de su padrastro alcohólico. Su hermano mayor desaparecía de vez en cuando, no sabía lo que estaba haciendo, pero Tico sospechaba que Robson también estaba en el narcotráfico, pero de una facción rival. Tico prefería ser independiente, no quería lazos con los narcos, con el tráfico, con nadie.

Se obligaba a irse allí por su familia. Le gustaban sus hermanas. También le gustaba su madre, aunque no podía soportar estar con ella durante más de tres días, que era el período máximo que ella podía soportar sin cocaína.

Llegó a casa y, para su sorpresa, su madre estaba sobria y de buen humor; abrazó a su hijo de una manera rara, parecía feliz de tenerlo allí. Preguntó dónde había estado y recibió un «por ahí» como respuesta.

Preguntó si Tico había almorzado, y él recordó que tenía hambre. El episodio en laguna lo había hecho olvidar todo, incluso de comer.

—Te traje algo de lana, mamá. —Le entregó algunos billetes a Lorena, quien sonrió torpemente.

—Voy a poner tu almuerzo… Casi la hora de la cena, ¿verdad?

Tico podía ver a la madre en la cocina ya que las habitaciones eran pequeñas. Preparaba un plato de pasta con carne picada y papas fritas que hizo que los ojos de Tico se abrieran. Las cosas parecían estar bien esa semana. Mientras comía, Tico observaba a su madre vestirse.

—¿Vas a salir, amá? ¿Dónde están Xanda y Mina?

—Están en casa de abuela. Tengo que hacer algo muy importante esta noche.

—¿Qué cosa?

—La gente del Centro hará una sesión —respondió, mientras revolvía el cabello castaño y rizado y lo ataba parcialmente con un turbante violeta —. Será en un claro cerca de la carretera. Me tomaré un aventón con unos amigos.

Tico masticaba con placer, pero recordó al siniestro hombre de la laguna. Justo entonces, después de tantos años sin ir al Centro de Umbanda, su madre, de la nada, había decidido volver. Tico no lo pensaba malo, pero se lo hice raro.

—¿Puedo irme contigo?

—¿Tú? ¿Por…? —Lorena miraba con curiosidad a Tico, quien se tragó el tenedor con esfuerzo, apresurándose a responder.

—¡Porque sí! ¿No puedo?

—Es pa’ gente grande, y tú eres un mocoso, un chamaco…

—Ya tengo doce años, ¡soy un adolescente! —dijo con vehemencia.

Tico conocía las leyes, vivía para escapar de ellas, aunque supiera que, en cierto modo, la ley lo protegía más de lo que lo perjudicaba; de lo contrario, estaría encerrado en una casa para menores, y eso sería peor que la muerte para él. Tico era un chico libre, se había acostumbrado a las calles. No era la vida con la que había soñado; no le gustaba caminar sucio, hambriento, escapando de la policía y de los malhechores, con fiebre al amanecer y sin nadie a quien pedir ayuda, pero la estaba llevando. O al menos trataba de convencerse de eso.

—¿Te metiste en algún lío? ¿Por qué quieres irte a ver la sesión de Exus? —preguntó la madre, con los ojos llenos de preocupación.

—¡No, ma'! ¡Ningún lío! Pero, apenas te veo y tú ya me dices que te vas a pasar la noche en la encrucijada…

—He pensado que quisieras descansar en tu misma cama… pero, bueno. Te levaré. —Tico sonrió con picardía—. Pero, por primero, báñate… No quiero que los Exus se escapen por conta de tu pestilencia.

Tico se rió de buena gana y corrió hacia el baño. A él le gustaba ducharse. A veces lo hacía en algunos establecimientos comerciales, pero tenía que ser rápido y usar la misma ropa. Recordó a su padrastro y le gritó a su madre:

—¿Dónde está Biriba?

—¡Lo corrí! Hace una semana.

A Tico le gustó esa noticia. No sabía si duraría, porque su madre era muy firme y decisiva sin las drogas, pero cuando las usaba, se convertía en una marioneta en manos de cualquiera, especialmente en las manos de un estúpido bribón como Biriba.

Se preparó rápidamente. Cuando se fue con su madre, nadie diría, con solo mirar, que eran miembros de una familia tan sufrida y con tantas secuelas. En el camino hacia el Centro de Umbanda desde donde partirían con el grupo hasta ese claro, de la mano, los dos eran la imagen de la esperanza y de la unidad.



Marysol arrastraba el cadáver de Irina en el lado derecho de su cuerpo, mientras que, en su hombro izquierdo, balanceaba la guitarra. Los revólveres estaban a cada lado de su cintura, sujetos al cinturón de cuero.

El cruce no fue instantáneo: había una especie de túnel donde se insinuaba una tormenta de arena. Cerró los ojos y siguió avanzando lo más rápido que pudo, porque temía que el pasaje se cerrara antes que ella pudiera pasársela. Con los ojos cerrados, soportando el peso de Irina, agudizó sus otros sentidos para cruzar ese pasillo. Mucho antes de llegar a la salida, escuchó voces y ruidos de instrumentos de percusión. No podía entender las palabras, pero el ritmo era agradable, incluso contagioso.

Cuanto más se acercaba, más la dominaba ese ritmo y más claras se volvían las palabras.

Estaba caminando por la calle,
una hermosa chica vi
Le pregunté
¿Dónde vives?
Ella me lo respondió así:
¡Vivo en una carretera sin fin!

Esos versos se repetían, y el ritmo la contagiaba, la hacía pensar en ritmos árabes que se tocaban en las baquetas. Cuando el ruido se hizo demasiado fuerte y la canción llenó sus oídos, la Bandolera abrió los ojos. Vio un camino rodeado de matorrales a ambos lados; también vio una hoguera y, a su alrededor, personas. Incluso con la visión borrosa debido a la arena, esta vez logró distinguir el aura de esas criaturas simplemente porque no vio aura. Ellos emanaban el mismo tipo de energía que los habitantes de Vila del Buen Retiro.

—¡Genial! Más personas… Hace unos días, ni siquiera sabía que existían; ahora están en todas partes.

Casi al final del pasaje, comenzó a observar al grupo reunido. Algunas mujeres llevaban vestidos y faldas largas, coloridas y redondas, y giraban en círculos en una especie de trance; había cestas y ollas de barro con diferentes alimentos y bebidas. Marysol no sabía qué tipo de ceremonia era, pero, por intuición, y sabiendo que eran humanos sin magia, adivinó que solo podía tratarse de un ritual dedicado a algún dios o entidad; a alguna energía considerada sobrenatural.

Se detuvo a un metro del salto a ese mundo y se quedó mirando a lo que parecía una fiesta llena de ofrendas; las mujeres que giraban alrededor de sí mismas eran veneradas como si fueran diosas. Marysol echó un vistazo al cuerpo de Irina, cuya sangre empezaba a cambiar de rojo oscuro a negro. No podría esperar más: necesitaba cruzar.

Ella saltó.

El salto la colocó justo en medio del fuego, y ella podía sentir el calor de las llamas, aún que el fuego no pudiera lastimarla.

La Bandolera no tenía forma de saberlo, pero el grupo reunido alrededor de la fogata estaba formado por Umbandistas que, junto con algunas personas curiosas, estaban evocando a las «damas del camino». No hace falta decirles cuán irónico es que nuestra Bandolera, una dama tan viajera que se estaba llegando de otro mundo, la definición más perfecta de «dama del camino», apareciera en este nuestro mundo precisamente en un ritual como ese y, a pesar de eso, lo inusual de esa escena —una muchacha en la carretera que surgió desde el medio del fuego llevando un cuerpo y una guitarra—, hizo que los presentes entraran en pánico.

Hubo gritos, carrera y desesperación.

Curiosamente, las mujeres que giraban, aquellas veneradas como diosas, fueron las primeras en huirse; solo quedaron los crédulos, los inocentes y los valientes, que gritaban que la Reina del Camino estaba allí, y se arrodillaban ante una incrédula y aturdida Marysol.

Entre los que se quedaron estaban Tico y su madre Lorena.

Lorena se cuestionaba a sí misma. Se preguntaba si, por casualidad, estaba bajo algún tipo de efecto retardado de las drogas que no había usado en una semana, pero se dio cuenta de que su hijo estaba apuntando a la visión, y eso la hizo comprender que era real, todos la estaban viendo a la mujer que había emergido del fuego

El brazo de Tico todavía estaba extendido, apuntando a la mujer con la guitarra que no se quemaba, y no podía reaccionar ni pronunciar una palabra. Era solo un niño con un brazo en alto. Cualquiera diría que estaba tan sorprendido que no pensaba en nada, pero la verdad, y que supe más tarde, era que su cabeza estaba hirviendo. Por alguna razón, el chico vinculó esa aparición al siniestro hombre de la laguna Rodrigo de Freitas.

Ni el chico sabía por qué.

El hombre de la laguna, a pesar de su aspecto siniestro, era solo un hombre común a quien le gustaba helado; mientras que la mujer esa era más como una entidad sobrenatural tan poderosa que ni siquiera el fuego la hacía arder. Aun así, en su mente juvenil, los dos eran iguales, de la misma especie. Fuera lo que fuera, él sabía que eran muy similares. Y lo sabía con cada milímetro de músculo no podía mover.

—¡Salve, Reina del Camino! —saludó un hombre todo de blanco, y otros repitieron el saludo.

—¿Estás hablando de mí? —preguntó Marysol, quien, ya fuera del fuego, miraba alrededor tratando de entender lo que estaba pasando.

A pesar de la confusión que experimentaba, la voz de la Bandolera era poderosa, casi divina, y esto reforzaba la creencia de quienes permanecieron.

Todos se callaron.

Y ellos esperaron.

No se oyó nada más que el crujido del fuego.

Marysol miró a su alrededor.

Soltó el cuerpo de Irina.

El ruido sordo de la carcasa al estrellarse contra el suelo atravesó la noche silenciosa de manera casi ofensiva, pero nadie se atrevió a moverse.

Volvió a mirar a su alrededor y giró el cuello hacia los lados para que se crujiera.

El crec-crec de eses crujidos cruzó la noche silenciosa de una manera casi amenazante, pero nadie se atrevió a moverse.

Miró a las ofrendas dispersas, había muchas botellas de bebidas, y yo sé lo que ella estaba buscando: cansada y dolorida por el esfuerzo de cruzar el portal con una mujer muerta y una guitarra, solo una buena dosis de tequila haría feliz a la Bandolera.

Dio el primer paso hacia lo que necesitaba.

El sonido de las botas en el pavimento resonó en la noche silenciosa de una manera casi aterradora, pero nadie, nadie, se movió.

Uno podría decir que apenas respiraban.

Marysol se agachó en busca de la bebida adecuada.

El silencio se hacía tan grande que el ruido de sus articulaciones cuando se bajó fue casi un grito que se superpuso al fuego que crepitaba; todos los sonidos gritaban; se escuchaba el sonido de su mano envolviendo el cuello de una botella, el deslizamiento de sus dedos sobre el vaso y el gorgoteo de la bebida que le llegó a la garganta tan escandalosamente que fue casi un panfletario.

No era tequila. La Bandolera tuvo que conformarse con una botella de vino tinto que eligió debido al aroma. Cuando terminó de beber, pasó el dorso de su mano libre sobre su boca, levantó la botella, asintió con la cabeza en señal de agradecimiento y su poderosa voz sacudió los corazones cuando dijo:

—No sé quién la dejó aquí, ¡pero está genial!

—¡Le gustó, hijo! ¡Le gustó! —dijo Lorena, conmovida, incapaz de ocultar su devoción a la Reina del Camino que había elegido, precisamente, la botella que había sido llevada por ella—. ¡La Reina me va a consentir!



Al otro lado del portal, Pablo no se mantuvo atrapado, pero no fue lo suficientemente rápido como para seguir a Marysol; al menos no con ese cuerpo humano. Vio que el portal disminuía gradualmente frente a él mientras aflojaba sus ataduras; comenzó a desesperarse. António, aunque dominado, luchaba; y Pablo sentía la exasperación e impotencia del hombre que ya no podía controlar su propio cuerpo. Sin embargo, a pesar de lo malo que era Pablo, no dañaría su doble, comprendía que hacerlo sería como una autolesión. Entendía que, al lastimar a su doble, se debilitaría a sí mismo.

Al mismo tiempo, sabía que no podía cruzar el pasaje con su cuerpo. Lo lamentó, ya que era la única forma de salvar a António del apocalipsis cierto e inminente. Saber que uno de sus dobles moriría, aún que fuera ese humano tonto, lo hacía desolado. Pero no podía perecer allí, compartiendo un cuerpo que pronto moriría en un mundo que desaparecería y terminaría en el olvido.

Pablo sabía que, para hacer el cruce tendría que separarse de ese cuerpo, al mismo tiempo, sabía que dejar un cuerpo humano podría conducir un *daemon* a la muerte, podría llevarlo a una zona neutral donde se perdería para siempre, podría desintegrar su esencia. Él era un *daemon* mercenario, una mierda para Ruan, y no se rendiría mientras tuviera la más mínima posibilidad de sobrevivir y arreglar sus cuentas con esos dos, pero una cosa tengo que decirles: el mierdecita tenía coraje. Por supuesto, es justo decirles que él debe haber considerado que, incluso si se hubiera quedado en Vila del Buen Retiro, su destino seguro no sería diferente, aun así, se necesitó coraje.

Sabía que tendría que buscar urgentemente a su nuevo doble en el mundo donde Marysol había ido tras Ruan. Ojalá estuviera vivo, ojalá fuera alguien que valiera la pena, que se pareciera a él en su carácter, tal vez alguien más divertido que António. Si no encontraba el doble, estaba en

problemas; sería un *daemon* muerto, un mero espíritu errante; tendría que tomar posesión de un host no natural, cualquier cuerpo, y eso anularía su fuerza de *daemon*. Perdería su magia, su memoria entraría en hibernación y viviría como cualquier otro ser humano, hasta que el alma que originalmente habitaba ese huésped se separara y lo dejara solo, hasta que el cuerpo pereciera un día y llegara la muerte, demasiado indigna para él. Para los de su raza.

Comenzó a desprenderse, soltando lentamente el caparazón, pero sin perder el ritmo, sin perder el foco. La luz naranja que provenía de la grieta en el portal ayudaba al destacamento. Estaba casi completamente fuera del cuerpo de António.

Cuando estaba completamente separado, el pasaje ya estaba bastante estrecho, pero eso no importaba. Pablo se había convertido en energía, y el espacio no era problema. Una ventaja, de todos modos.

En cuanto a António, fue encontrado horas después, desmayado en las tumbas de María Dolores Solemar y Romero Solemar. Cuando llegara el apocalipsis de ese mundo, António lo enfrentaría con un cuerpo solo suyo.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 5

Dr. Jekill y Mr. Hyde

Sol preparaba un cóctel *Alexander* para un cliente ya conocido en el bar donde trabajaba había casi un año, en Campo Grande, un vecindario en la Zona Oeste de Río de Janeiro. Como era un buen cliente que siempre le daba buenas propinas, además de no vomitar en la mesa, mantuvo su sonrisa cautivadora, mostrando sus dientes alineados y blancos.

A pesar de la sonrisa, estaba aburrida. Ese trabajo estaba lejos de lo de sus sueños, pero como era huérfana y tuvo que abandonar la Literatura, no tenía muchas razones para sonreír, por lo que se aferraba a lo que podía.

Vivía en la espaciosa casa que sus padres la habían dejado como herencia en el barrio de Bangu. Mientras lucía la sonrisa perfecta, pensaba en su vida, o más bien, pensaba en cómo odiaba todo en su vida. La gran casa que no podía mantener limpia como lo hacía su madre; el barrio donde vivía; la dificultad de llegar a ese trabajo, que también odiaba, todos los días; en los estudios que había tenido que abandonar.

—¡Tus cócteles están mejores día a día, Sol! —dijo el cliente del Alexander, y ella apoyó los codos en el mostrador para prestarle más atención.

—¡Solo para los mejores clientes! —Ella sonrió y empezó a preparar un Cosmopolitan para una mujer que acababa de hacerle el pedido. La clienta escuchó el comentario de Sol al hombre y bromeó:

—¡Hazme también a mí el especial buen cliente, eh!

—¡Por supuesto! —respondió Sol, y se sacudió con la coctelera, lo que hizo que la mujer se riera.

Arthur, el cliente más antiguo, la miraba con deseo.

Era un hombre alto y bien parecido, y Sol conocía sus intenciones. Aunque nunca se hubiera comportado de manera inapropiada, una vez le había dicho, como si no pasara nada, que estaba interesado en salir con ella.

La joven sabía que Arthur era casado, y no podía imaginar qué excusas se daba en casa para poder pasar allí casi todos los fines de semana.

A diferencia de muchos otros clientes, cuando salía del bar, Arthur llamaba a taxi o servicio similar a través de la aplicación en su teléfono celular. No conducía mientras estaba borracho. Una vez dijo a Sol que «el Mr. Hyde no tiene permiso de conducir».

—Te ves pesada hoy, Sol —dijo el de repente.

—¿Yo? ¿Por qué piensas eso?

—No sé… Te ves un poco diferente, como que enojada.

—¡Ya! Pero no es la gran cosa… —respondió ella y miró hacia la mujer que había ordenado el Cosmopolitan. La clienta levantó el pulgar y Sol sonrió, aliviada de saber que la había complacido.

—Así que, sí, estás pesada —insistió Arthur.

—Los problemas habituales… Despreocúpate. Tenía que estar en otro lugar, pero no pude intercambiar con ningún colega.

—Hmmm... ¿Una cita romántica?

Sol se rió encogiéndose de hombros, y Arthur no la comprendió. A Sol le parecía interesante la asociación inmediata que la gente hace cuando una dice que tiene otro lugar en que se ir. ¿Por qué siempre suponían que se trataba de un encuentro amoroso? ¡Qué gente de poca imaginación!, pensaba.

—¡Bueno! Era una cita, sí, pero no del tipo que te estás imaginando, Arthur.

—Una muñeca como tú, y soltera… ¿Qué otro tipo de cita tendría en un fin de semana y a esa hora?

—Era una rueda de Exus.

Arthur detuvo la copa a la mitad del camino de sus labios, sorprendido.

—¿Cómo?

—Me gusta la santería, ¿no lo sabías? —Ella sonrió con picardía, pero luego sacudió la cabeza—. ¡Relájate! Estoy jugando. Me gusta la Umbanda. Soy católica no practicante, tengo mi santita de devoción, pero, de todos modos… tengo la mente abierta. ¡Es eso!

—¿Y tú crees en estas cosas? —Arthur también provenía de una familia católica y no se sentía muy cómodo hablando de otras religiones, aunque sabía que cuando su madre estaba viva, ella iba a la misa a los domingos, pero de vez en cuando también iba a la encrucijada para

curiosear y obtener el éxito que no conseguía con sus oraciones políticamente correctas.

—Lo creo en todo.

Sol se alejó para servir a sus clientes, y Arthur miró a su reloj. Era hora de irse a su casa, a su vida, a su malhumorada esposa, a la camisola con la que ella siempre le esperaba, a los interrogatorios infinitos.

¿*Dónde estabas hasta esta hora*?

¿*Quién es la zorra*?

¿*No amas a tu familia, Arthur*?

Tenía un par de hijos: Pedro, de dieciséis años; y Elisa, de once. Para sí mismo, decía que los niños eran la razón para seguir casado. Pero esa no era toda la verdad. La verdad era que a Arthur todavía le gustaba Manuela, la «dama de los líos». Andaba extrañamente irritado con ella, hacía ya algún tiempo, pero, en sus momentos de lucidez, no podía negar lo cuanto todavía estaba hermosa. A veces, entre semana, volvía a casa y la veía en la cocina, preparando la cena, y recordaba toda la vida que compartían y cuán dedicada ella era; notaba la belleza preservada desde su juventud, y era tomado por un afecto extraordinario, como si hubiera pasado días sin verla, como si estar allí fuera una novedad, una cosa inusual. En esos días, Arthur casi sentía como si la estuviese conociendo, y parecía enamorarse de su esposa otra vez; pero luego ella se volvía, o lo miraba con esa mirada molesta y censurada, y toda esa mezcla de sentimientos se le desaparecía. Más que eso: era como si fuera reemplazada por una irritación insana y creciente, una irritación inexplicable, incontrolable.

No entendía de dónde provenía ese sentimiento, solo sabía lo que sentía. Quería destrozarlo todo, romper algo, escapar y no tener que mirar a su esposa nunca más. Las peleas empeoraban, los gritos despertaban a los vecinos, los niños no podían soportarlo más.

Se fue sin despedirse de Sol. Además de estar más borracho de lo habitual, estaba cansado de recibir negativas. Llamó a un coche a través de la aplicación, esperó frente al bar; cuando llegó el auto, subió, dijo su destino y se dejó caer en el asiento del pasajero. Cuando se despertase, el Doctor Jekill se habría ido a algún lugar lejano, y el Mr. Hyde vendría con todo.

Los demonios estaban sueltos.



Lo sé que ustedes deben tener curiosidad sobre el mundo de los *daemons*, las diferencias y similitudes con nuestro mundo. No sé si es conveniente hablar de ello, ya que la mayor parte de la historia que debo contarles está ambientada aquí en este mundo, pero no me cuesta revelarles algunas cosas.

Al igual que las diferencias entre las criaturas, las diferencias entre los lugares son bastante sutiles. Una persona y un *daemon*, para aquellos que miran desde afuera, no presentan diferencias significativas en su constitución física; se hace necesario mirar de cerca para diferenciar uno del otro. Sí, usted, que acaba de poner los ojos en blanco, sé que ya lo dije, pero confíe en mí. Sé por qué me estoy repitiendo tanto.

Los diferentes mundos, universos o realidades… en resumen, los diferentes lugares también son así. Solo se replican en los diferentes universos, y cada uno de ellos tiene sus propias características y lleva su propia historia de acuerdo con las decisiones tomadas por las criaturas que viven ahí.

Ruan, en este mundo, estaba en Río de Janeiro, el mismo lugar donde había vivido en su propio mundo, y estaba impresionado con las construcciones y las destrucciones que se hicieron en la ciudad doble de la suya. Su Río de Janeiro no era tan urbano como el de los humanos; era más como el viejo Río, todavía antiguo y con muchas áreas por descubrir.

Marysol había nacido en México. En este mundo, nuestro mundo, México es un país ubicado en Latinoamérica. El México de donde vino Marysol estaba ubicado, geográficamente, en la región que, en Brasil, llamamos Nordeste.

En el mundo de los *daemons*, el gobierno era uno, en todo el mundo.

Ruan era un criminal internacional, un traidor, cuya acosadora también era una criminal, pero de menor potencial. La Bandolera probablemente se saldría con la suya si no hubiera tomado la guitarra. Yo, sabiendo lo que sé, puedo decirles que prefiero a ella en lugar de él, pero, frente a la fría carta de la ley, ¿qué sé yo? Sí, ella debió entregar la guitarra a las autoridades y no perseguir al Maldito con ella a las espaldas. Era una pieza demasiado sagrada para andar con una Bandolera que no tenía

compromiso social y que despreciaba tanto el don de la magia. Pero, repito: ¿qué sé yo?

En la casa que había tomado para sí mismo, Ruan organizaba sus ideas y pensaba en cómo comenzar a implementar su plan. Necesitaba aprender todo sobre el universo en el que estaba ya que uno no puede controlar lo que no conoce, y él no tenía mucho tiempo, así que empezó a preguntarse todo lo que había aprendido y cómo lo había aprendido.

Un *daemon* tiene muchas formas de obtener conocimiento. Inicialmente, apeló a las lecturas. Podía leer una enciclopedia completa en minutos. La televisión e la Internet también ayudaron, pero por lo que ya había captado, no eran confiables. Además, información y conocimiento no son lo mismo. Las lecturas, las noticias o incluso los videos de Internet no le permitían asimilar los sonidos, los olores y los recuerdos de cada uno. Y la información, más de lo que se ve, es la percepción, es la experiencia.

Por esta razón, decidió que usaría artillería pesada, una maniobra que todos en su mundo sabían usar, incluso la Bandolera: absorber conocimiento. Era una práctica que no le gustaba, porque junto con el conocimiento llegaban cosas indeseables, como los sentimientos de los vampirizados. No había forma de seleccionar, todo se unía, y tomaba tiempo deshacerse del exceso.

Ruan quería capturar experiencias de la vida, y él ya sabía dónde las encontraría: en los ancianos. Tenían la sabiduría despreciada por los jóvenes, pero también llevaban consigo los dolores y los arrepentimientos de los actos irreflexivos, las pérdidas de seres queridos, el anhelo… Buscaría a los ancianos lúcidos y vigorosos, porque deseaba limpiarse de lo mínimo de secuelas después. Terminó descubriendo, como sospechaba, que no todos los humanos mayores tenían sabiduría, que algunos nunca maduraban, y que acumulaban inmadurez y retraso mental con el deterioro del cuerpo.

Tomó un cigarro que había comprado hacía unos días en un centro comercial, lo olió y se preparó para encenderlo. En este simple acto de encender el cigarro mientras disfrutaba de su aroma, se comparó con los humanos. Todo lo que se hacía en su mundo, el mundo de los *daemons*, era casi ritualista en importancia; estaban demasiado conectados con los sentidos, valoraban cada sensación, prestaban atención a todo lo que veían, oían, sentían, olían, saboreaban, tocaban…

La gente era diferente: se tragaban su comida, pero no la saboreaban; escuchaban su música, pero no la apreciaban, no se detenían para sentir la melodía, entender la poesía lírica de sus letras.

Ruan pensaba que ese tipo de actitud era paradójica. No… paradójica, no. Ruan nos consideraba estúpidos.

Los *daemons* eran casi inmortales, se les era dado el privilegio de perder el tiempo, aun así eran intensos, valoraban las sensaciones; los humanos necesitaban enfrentar su mortalidad, su finitud, todos los días; sin embargo, no disfrutaban de sus momentos, no disfrutaban de las pequeñas sensaciones, no apreciaban las cortas vidas que tenían.

Por supuesto, como ser humano, necesito decir algo a favor de nuestra especie, incluso que, sí, estoy de acuerdo, en parte, con Ruan. Una de las diferencias sutiles, pero fundamentales, entre los *daemons* y nosotros está en la forma como sentimos las emociones. Los sentimientos en los *daemons* son como los instintos. Creo que podríamos comparar, en el ideal humano, con lo que llamamos el sexto sentido, intuición. Los humanos tienen un sexto sentido; algunos humanos creen eso, otros no. Algunos humanos lo han desarrollado, otros tratan de desarrollarlo, y algunos humanos simplemente no saben cómo funciona.

Un *daemon* no sabe qué es el amor, la tristeza o el anhelo que sentimos. Un *daemon* nunca conocerá la desesperación, el dolor no físico o el miedo como lo hace un humano.

Pero ellos están ahí.

Ocultos, subdesarrollados, sin que algunos de ellos se den cuenta, pero están ahí.

A lo mejor es por lo que están tan apegados a las sensaciones: es lo más cercano a sentir algo que algunos de ellos llegarán; y lo necesitan para compensar esta deficiencia. Algo así como nosotros los humanos tratando de encontrar significado en los sueños, o meditando para tratar de alcanzar esa quinta dimensión.

Los humanos, atrapados a emociones intensas todos los días, no podemos disfrutar el aroma de las flores, pero un *daemon* nunca sabrá lo que se siente cuando uno recibe un ramo de quien ama, o la emoción de elegir ese ramo en la florería para entregárselo a quien se ama. Ni siquiera conocen nuestro amor. Para un *daemon*, el amor es lo que los humanos llamamos lealtad.

La vida humana es corta, sí, y puede que no la apreciemos tanto como nuestra finitud supone que deberíamos, pero sé que hay días en que sentimos tanto todo lo que sucede a nuestro alrededor, que no habría olor a tabaco ni lirismo musical lo suficientemente apreciados como para compensar el carrusel de emociones que somos capaces de experimentar en media hora de existencia.

Un *daemon* puede sentarse con una copa de güisqui y disfrutar de su color, su aroma, y hacer que deambule por cada milímetro de la lengua para sentir todos sus sabores antes que le caiga por la garganta, pero nunca sentirá la agonía de beber una dosis completa en un solo sorbo para tratar de ahogar un dolor que pueda consumir sus entrañas. Los *daemons* pueden considerarnos menos intensos, pero creo que les sobra el tiempo y, por lo tanto, ellos pueden disfrutar de ciertos lujos.

Cuando un *daemon* se cansa de vivir, desafía a otro *daemon* a un duelo. Es una forma rara de muerte, casi equivalente al suicidio entre humanos y solo ocurre cuando los *daemons* se fastidian. Los humanos se suicidan porque ya no pueden soportarlo, porque sus emociones los asfixian hasta el punto de no poder seguir con su vida; un *daemon* simplemente se harta. Por supuesto, el suicidio también se considera una salida cobarde en su mundo, y es por lo que es un tipo de muerte muy inusual.

Un *daemon* no muere fácilmente. Solo puede ser asesinado por otro de su clase. La forma más rápida es con un disparo directo a la cabeza, en la frente o en la nuca; también es posible matar a un *daemon* golpeando uno de sus órganos vitales, y no siempre tiene que ser con un arma de fuego, pero las muertes en este caso son lentas y dolorosas, solo apreciadas por los sádicos. Y es que estoy divagando… de nuevo… ¡Perdónenme! Pues… Yo estaba hablando de Ruan y de su cigarro de mierda…

Entonces…

Cuando encendió el fósforo y acercó la llama al cigarro, Ruan no tuvo tiempo de sentir el placer del humo, porque algo sucedió: la llama literalmente saltó de la cerrilla y se terminó en el piso, quemando la alfombra. El volumen del fuego creció absurdamente, se hizo más fuerte que él mismo, que fue tirado hacia atrás y se estrelló contra la estantería. Cuando se levantó y extinguió las llamas en la palma de su mano, el Maldito miró a la herida negra que se había formado en el mismo lugar donde el fuego se había marchitado, parecía un trozo de carbón. Dolía, y eso era una mala señal; olisqueó la herida, cerró los ojos y gruñó:

—¡La perra ha cruzado!

Abrió los ojos e, incapaz de controlar su ira, emitió tanta energía que todo el vecindario sufrió un apagón.



Arthur abrió la puerta en silencio, como siempre, y encontró todo apagado. Arrojó su chaqueta sobre el sofá, las llaves sobre la mesa de madera y caminó hacia la cocina por el pasillo que llevaba a los dormitorios. Era una casa grande, ubicada en un barrio de clase media.

Abrió la nevera, buscó sus latas de cerveza y no las encontró. A pesar de la borrachera, pudo sentir el olor agrio en el aire y murmuró: ¡*Manuela*! Abrió la puerta de la cocina al patio trasero y fue al basurero. Arrojó la pesada tapa de metal al suelo, haciendo un estrépito en el hormigón. Allí estaban todas sus latas de cerveza, vacías y abolladas.

—¡La zorra lo tiró todo! ¿Con que derecho? ¡Se pasó! ¡Se pasó!

Arthur entró en la casa, casi se podía ver la sangre subírselo y calentar su cabeza. No tuvo que irse a su recámara, porque la mujer ya lo estaba esperando, de camisola y cara gruñona. El hijo mayor estaba en la casa de uno de sus tíos; Elisa, la hija menor, estaba en su habitación. El hijo, a menudo se veía liberado; pero la hija nunca se salvaba. Manuela pensaba que, como era más joven, la niña se olvidaría de esas peleas con el tiempo. Creo que es el tipo de mentira que a los padres les gusta decirse a sí mismos. Los hijos, especialmente los niños, nunca olvidan; al contrario, algunas veces, el trauma se pone arraigado tan profundamente en sus almas que los transforma por completo.

—¡Tiraste mis chelas! —El intento de hablar en un tono de voz moderado resultó nulo. Manuela se estremeció—. ¿Quién coño te crees pa’ tomar mis cosas y tirarlas a la basura, bruja inútil? —Sus ojos brillaban, estaba más enojado que de costumbre. La saliva amenazaba escurrirse por la esquina de su boca, el Mr. Hyde tenía el pie en la puerta, listo para echarla abajo.

—No quiero estas cosas en mi casa. ¡Mírate! ¡Ve tu condición! —Señaló con desdén y apuntó en dirección a su esposo, quien miró hacia abajo en un intento de verse a sí mismo de la cintura a los pies.

—¿Qué condición? ¿Qué condición?, ¡Coño! —Se chocó con una silla, y eso fue suficiente para desconcertarlo aún más. Tomó la silla, la levantó sobre su cabeza y la arrojó a la puerta de la cocina. Manuela dio un paso atrás alarmada y fue al comedor.

—¡Basta, Arthur! ¡Elisa se despertará!

—¡Hija de puta! Eso es lo que eres. Tú me haces eso a propósito, quieres colocar mi hija en mi contra. —Escupía mientras rugía—. A Pedro ya lo hiciste, pero con Elisa no lo harás. ¿Me oye?

—Pedro ya está crecido, él puede ver lo que haces. —Manuela se detuvo al lado del teléfono.

—¿Él puede ver? ¿Puede ver qué? ¿Ve las facturas que pago? ¿Ve la buena casa que su madre dice que es suya cuando quiere divorciarse, a pesar de que ha sido el tonto del padre que la ha comprado? ¿Él ve que la única mujer que puede hablar conmigo es Sol, una muchacha que trabaja en un bar haciendo cócteles, porque su madre solo sabe quejarse de su jodida vida? ¿Es eso lo que él ve, Manueeelaaaa? —La voz borracha se acentuó cuando pronunció el nombre de la mujer, quien se encendió al escuchar el nombre de Sol.

—Así que la zorra que está destruyendo mi familia se llama Sol…

—¡Ella no es una zorra! —Le dio un empujón a Manuela que la hizo tambalear, pero ella logró mantener el balance y se alejó para buscar su móvil.

—¡No me toques, borracho! Llamaré a la poli… —La primera bofetada interrumpió la conclusión de la frase, pero Arthur no necesitaba escuchar el resto para saber el contenido de la amenaza. Manuela cayó sobre la mesa, y Arthur la levantó por el pelo.

Ella gritó.

Elisa se despertó. La niña estaba bajo tanta presión que ni siquiera se había puesto su ropa de dormir, era como si ya supiera que habría una pelea. Mientras tanto, en otra habitación, Manuela intentaba defenderse, pero Arthur, además de ser físicamente más fuerte, tenía el alcohol a darle superpoderes. La esposa le clavó las uñas en la cara, pero él no sintió nada. Elisa llegó a tiempo para ver a su padre golpeando furiosamente la cabeza de su madre en la esquina de la pared. El rojo de la sangre se mezclaba con el oro de los cabellos de Manuela.

—Papá, ¡deja a mi mamá! —La niña gritó histéricamente, en pánico, mientras Arthur abofeteaba a la mujer inconsciente—. ¡Mataste a mi mamá!

Él levantó los ojos inyectados en sangre hacia su hija, que corrió hacia el dormitorio. Arthur dejó a Manuela echada en el piso. La puerta del dormitorio de su hija estaba cerrada; él empezó a golpearla.

—¡Elisaaaa, ábrelo pa' tú apá! Mamá 'tá bien. ¡Te lo juro! ¡Abre la puerta, mija!

Como no hubo respuesta, decidió entrar: con una sola patada, la puerta de madera se cayó al suelo, y Arthur encontró solo la luz prendida y una ventana abierta en la habitación vacía.



Marysol todavía estaba en el camino, siendo admirada y temida por las pocas personas que se habían quedado.

Absorbió las llamas del fuego y se detuvo para contemplar las miradas atónitas que la gente le lanzaba. Algunos exhibían una devoción prematura e inexplicable, pero los más relacionados con la realidad, aunque asombrados por lo que estaba pasando, centraron su atención en el cadáver de Irina tirado en el suelo. Marysol ajustó la guitarra sobre su hombro, estiró la columna y observó a su audiencia.

—Usted es… es… —comenzó a preguntar un hombre cualquiera entre los que estaban acurrucados allí, pero no tuvo el coraje de terminar. Marysol dejó la botella de vino y miró a su alrededor.

—Os agradezco el vino, pero tengo que irme.

Dio unos pasos, haciendo que los más cercanos a ella se retiraran. Una mujer muy delgada levantó el brazo como si fuera una estudiante que quisiera hacer una pregunta.

—¿Esta mujer está muerta?

Marysol miró al cadáver de Irina. Durante unos segundos, el silencio masivo reinó. Tico y su madre se acercaron, y sus pasos tendrían atravesado la noche de una manera amenazante, si la Bandolera pudiera sentir miedo a algo. Marysol no demostró haberlos notado, madre e hijo, que se habían atrevido a acercarse.

—¡Sí! —respondió la Bandolera, asintiendo, para no dejar dudas de que su respuesta era sí.

—¡Ella es el diablo! ¡Ha traído un *egum*, una mujer muerta del infierno! —gritó la flacuchenta. Había pasado de la admiración a la histeria

en segundos.

Algunos se pusieron de acuerdo con ella, otros se quedaron indecisos; luego, empezó una discusión entre los presentes, y Marysol pensó en aprovechar la oportunidad para escabullirse. Pero la flacuchenta se acercó a ella y la jaló por los hombros. Quiero decir, la flacuchenta trató de jalearla, porque la *daemon* no se movió.

—Suéltame o... —amenazó Marysol.

La flacuchenta no tenía ni idea de a quién estaba tocando, ni de lo que le podría pasar, por lo que gritó:

—¡Llamen a la policía!

Trató de tirar la Bandolera por el brazo sin lograr que la chava se moviera ni una pulgada. Marysol parecía una estatua de hormigón. Un hombre que acompañaba a la flacuchenta acudió en su ayuda, pero ni siquiera pudo acercarse, porque con el movimiento de una mano, usando la magia por instinto, Marysol lo tiró y, con la otra mano, sostuvo el cuello de la flaca, quien se vio obligada a tragar los diversos gritos que tenía intención de soltar. Marysol la levantó en el aire, y los pies de la mujer estaban sobre el suelo, alrededor de las rodillas de la forastera, quien le dijo en voz alta:

—¡Sal de mi vista, o terminarás en el piso como esa desgraciada muerta que se pasó conmigo!

Cuando los ojos de Marysol cambiaron de color, la mujer se desmayó aún suspendida en el aire, no sin antes orinar en sus pantalones. Marysol sintió que la orina le salpicaba las botas e hizo una mueca de asco, dejando caer la histérica delgaducha al suelo. La expresión de pánico de los presentes le hizo pensar que no podría irse sin ser molestada y, por un momento, deseó tener el mismo don que su hermana tenía y teletransportarse. Echó ese recuerdo, porque pensar en su hermana no le daba buenos sentimientos e hizo caso a su entorno. El hombre que ella había arrojado estaba corriendo furiosamente hacia ella con un machete en la mano.

Tico y Lorena se alejaron con cautela, cuidando de no ser vistos por los demás involucrados. Pero, al mismo tiempo que pretendía permanecer invisible, Tico quería saber qué pasaría y quién era esa misteriosa mujer. *¡Qué Reina del Camino, ni que ocho cuartos! Ella es otra cosa… estoy seguro*.

—¡Están locos! ¡Están todos locos! Ella es una entidad, ¡ya lo ha demostrado! —dijo Lorena, asustada y fascinada al mismo tiempo. Tico la miró de reojo; ellos dos observaban a todo agachados detrás de uno de los autos estacionados.

—¡Ella no es ninguna entidad, amá'! Es de carne y hueso, ¿no la ves? Mira cómo envolvió a la flaca. Uno espíritu no sostiene las cosas.

—Entonces, ¿qué es ella, Tico?

—No lo sé… —Sacudió la cabeza; sus ojos estaban abiertos y vidriosos ante la escena que se estaba desarrollando—. Pero lo voy a saber…

Marysol arrojó al hombre del machete con un simple movimiento de su mano, y la gente comenzó a huir en pánico. Sin embargo, los pocos restantes estaban dispuestos a capturarla, fuera ella una entidad o no. La Bandolera captaba la naturaleza de aquellas personas que era, entre muchas otras cosas, la de encarcelar por no saber cómo lidiar con lo desconocido. No la entendían, no sabían cómo ella pudo haber salido de las llamas, por lo que querían destruirla o arrestarla. *¡Qué prueben su suerte!*, pensó ella.

Ella colocó la guitarra en uno de sus muslos, apoyándose en la otra pierna. Tocó el primer acorde, y un rayo de luz se expandió para formar un círculo gigantesco alrededor de todos, excepto Lorena y Tico, que estaban ocultos al otro lado de la carretera. Marysol tocó una canción horrible en términos de melodía, pero servía para lo que estaba destinada a hacer: primero, paralizar a esas personas; segundo, despejar sus recuerdos desde el momento en que la vieron.

La melodía desafinada sonó, el rayo de tono naranja se expandió y aisló al grupo, la mirada de la gente estaba fija en la guitarra y en las manos que la manejaban, un fuerte viento levantó la tierra y una especie de vendaval se formó alrededor de la Bandolera, cuyos ojos habían adquirido ese tono no humano. Cuando sintió que todos estaban listos, dio la orden:

—¡OLVIDADME! ¡OLVIDADME! ¡OS ORDENO! ¡LA REINA DEL CAMINO NUNCA HA ESTADO AQUÍ!

El último acorde hizo que todos cayeran inconscientes, y el rayo se desvaneció lentamente. Cansada, Marysol respiró hondo. Tardarían mucho en despertarse, tal vez solo al amanecer, por lo que aprovechó la oportunidad para tomar otro trago. Estaba agachada cuando tomó el primer sorbo de un vino blanco. Le gustó el sabor, su paladar le agradeció y, con

agudos sentidos para poder disfrutar mejor la bebida, terminó por escuchar la conversación entre madre e hijo:

—Ella es como el hombre… —susurró Tico. Estaba pensando en voz alta, en realidad, pero no pasó desapercibido para Lorena.

—¿De qué hablas?

—He visto a un tipo ayer… Él era así… —El miedo que sintió Tico al recordar a Ruan emitió un olor que fue detectado por Marysol.

—¿Y no me dijiste nada? ¿Dónde ha sido eso?

Los ojos de Marysol brillaron mientras escuchaba a Tico contar lo ocurrido; desde lejos ella podía sentir el temor del chico. Él hablaba de Ruan, ella no tenía dudas. Y él era bastante inteligente, porque pronto hizo la conexión entre el Maldito y ella. No podía dejar que se fuera, ese chico era su primera pista para rastrear a Ruan.

Sonrió cuando se dio cuenta de que los dos seres permanecían ocultos y confiaban en que estaban ocultos. Sabía que la estaban observando, y aunque pudiera alcanzarlos rápidamente, quería estar segura del lugar donde se refugiaban. Por el olor, se dio cuenta de que la criatura que hablaba del Maldito era muy joven, tal vez un macho; no podía estar segura solo por su voz; la otra era una hembra, no tenía dudas al respecto, y era la madre del primer ser, a quien llamaba Tico.

Caminaba lentamente, como si fuera a seguir el camino, mientras madre e hijo observaban cómo su silueta disminuía en la oscuridad hasta que desapareció por completo. Tico y Lorena se miraron el uno al otro.

—¿Ves? ¡Yo te dije que era una entidad! Una persona de carne y hueso no se desaparece así como así.

—Eso está muy raro… ¿Y ese cuerpo? ¿Quedará allí?

—¿Y crees que ella volverá a buscarlo?

Los dos se aventuraron a mirar por encima del capó del auto, cuando Marysol apareció de la nada junto a ellos y se recostó contra el coche. Sin preocuparse por la presencia de Lorena, la Bandolera se inclinó para quedarse a la altura de Tico y ordenó:

—¡Llévame hasta él, chavo!

Manuela fue hallada por los vecinos, que acudieron al rescate lo más rápido que pudieron. La policía fue a la casa, pero no encontró a Arthur ni a Elisa. La víctima fue ingresada al hospital en estado grave y en coma. Hubo, entonces, tres preocupaciones principales que plagaron a la familia y a los amigos de Manuela: encontrar al agresor fugitivo, la hija desaparecida y la recuperación de la esposa maltratada, la cual sería bastante complicada según los médicos.

El padre de Manuela era un oficial jubilado de la Policía Federal y todavía tenía muchos contactos. La hermana mayor de Manuela, que siempre la aconsejaba, incluso a divorciarse de Arthur, estaba más preocupada por encontrar a su sobrina, ya que la condición de su hermana era grave, sí, pero no se podía hacer nada más que rezar y esperar.

Rafaela comenzó a imprimir carteles «SE BUSCA» con la foto de Elisa en su impresora. Recibió ayuda de familiares y amigos para pegar los carteles en publicaciones y lugares donde la niña podría haber pasado, pero temía que no fuera suficiente. Sentía que Elisa no quería ser encontrada y no podía culparla. La familia no había podido protegerla.

En cuanto a Elisa, mientras los adultos la buscaban, la niña lloraba, acurrucada, en un callejón oscuro de un vecindario vecino, abrigada bajo un periódico que había encontrado tirado al suelo. Sentía frío, a pesar de que la temperatura no estaba tan baja. Había sacado los ahorros de su alcancía, pero no sabía cómo usarlos. Se había detenido en ese callejón para descansar, porque el sueño insatisfecho comenzaba a exigirle que durmiera profundamente. Pero ella no quería dormir.

De repente, Elisa, la niña de clase media que siempre había estudiado en buenas escuelas, estaba durmiendo en un callejón sucio, compartiendo espacio con gatos y ratones hambrientos, tan hambrienta como ellos. Aun así, no podía encontrar tiempo para llorar, o para dormir, todo en lo que pensaba era en su padre, el monstruo, como un loco, matando a su madre. Todo lo que sentía era el miedo a ser la próxima víctima.

Tenía hambre, y el día tomaría tiempo para despejarse. Miró de reojo un empaque que se parecía a una vianda sobre una pila de basura, casi podía oler la carne, el arroz y los frijoles.

La niña se levantó lentamente y se quedó mirando el envase. Se sintió asqueada, pero no podía dejar de mirarlo. Levantó un palo del suelo y, con un cuidado exagerado, levantó la tapa del paquete para ver qué había dentro. Lo había clavado: había algo de arroz, frijoles negros y un trozo de

carne asada del tamaño de un puño. También había algunas patatas fritas marchitas. Empujó la vianda, que se cayó al suelo donde la comida se esparció.

Elisa lagrimó, entró en pánico y corrió.

—¡No soy un bicho para comer las sobras!

Bicho…

Ya he meditado en tal protesta hecha por Elisa después de negarse a comer esa noche. Los humanos somos animales; animales racionales y políticos según Aristóteles, porque podemos tomar decisiones, resolver problemas; porque tenemos la capacidad de cuidarnos y cuidarnos unos a los otros. Biológicamente, somos animales, porque tenemos vida, es decir, somos capaces de transformar la energía que se nos ofrece y generar descendientes.

Quizás, por no le gustar ser llamado animal, el hombre —este animal racional y político—, para que sus descendientes no se lastimasen en su orgullo, inventó la palabra bicho, que sirve para describir a todos los demás animales. Es como decir: «Podemos ser animales, sí; pero ¿bicho?, ¡bicho, nunca!» Elisa no quería sentirse como los gatos apestosos y los ratones hambrientos que compartían ese callejón con ella; pero poco sabía que, en ese momento, lo único que la distinguía de ellos era el alcance de su hambre.

Bichos y *daemons* tienen una cosa en común: la infancia corta.

Las madres y los padres *daemon* solo cuidan a sus hijos durante el tiempo que sea necesario para que puedan aprender a sobrevivir. Al igual que los bichos: después de moverse y buscar su propio sustento, necesitan crecer y cuidar sus propias vidas. Quizás esta sea la razón de la incapacidad de los *daemons* para sentir. No llevan recuerdos de una infancia amorosa en la que los padres cariñosos les cuenten historias para que puedan dormir; ni que jueguen con ellos; o incluso cualquiera que les diga que todo estará bien cuando no haya luz; no tienen a nadie para sostener su mano cuando se van a cruzar la calle, o para protegerlos del matón de la escuela. Sin puerto para anclar, los *daemons* infantiles son como barcos que necesitan navegar y navegar y navegar…

Los bichos, los *daemons* y los niños como Elisa y Tico tienen esto en común.

Necesitan crecer antes del tiempo, necesitan cumplir con el imperativo biológico y simplemente seguir con sus vidas. Los bichos, por su propia

naturaleza; los *daemons,* por su propia naturaleza; y los niños como Elisa y Tico debido a la insuficiencia de los llamados animales adultos racionales que no los protegen.

Cuando rechazó la comida, Elisa ni siquiera se imaginó que solo había logrado rechazar esa comida porque todavía no había probado de la verdadera hambre. Tico también había arrugado la nariz para la primera comida que encontró en la basura. Cuando rechazó la comida, Elisa no sabía, ni tenía que saberlo, pero estaba experimentando una realidad común a muchos niños humanos privados de protección y ayuda, arrojados a la calle y que necesitan aprender, como los bichos, a diferenciar la comida comestible de la que no puede ser ingerida. Que necesitan revivir sus instintos para defenderse de los depredadores. Que acortan, suprimen, matan su infancia y se convierten en adultos responsables de su propia supervivencia y sustento.

Tico y Elisa habían crecido, hasta ahora, en lados opuestos de la misma línea de tiempo. Una había contado con la comodidad y protección de parientes amorosos hasta que tuvo que aprender el miedo a través de las manos de una de las personas en la que más confiaba: su padre. El otro había dejado su casa muy temprano, nunca supo qué fuera protección o cuidado, y nunca perdió su tiempo arrepintiéndose; al fin y al cabo, no se puede perderse lo que nunca se ha tenido.

Esa noche, esos dos niños, cada uno proveniente de su lado de la línea imaginaria que separa a los marginados de los exitosos, compartieron la misma realidad, estaban uno al lado del otro encima de la línea invisible.

Después de cruzar la línea, los dos permanecieron en lados opuestos, pero no del mismo lado del que habían venido.

El destino había proporcionado una inversión.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 6

La cura

—¡Llévame hasta él, chavo!

—¿Él? ¿Él quién? No sé de quién…

—¡No me quieras ver la cara! Lo he escuchado todo.

—¿Cómo?, si estabas lejos… —Tico señaló a la distancia, pero Marysol no se molestó en mirarle o explicarle.

Lorena temblaba de los pies a la cabeza. Le faltaba la droga. Una semana y le había ido muy bien, pero después de esa noche, necesitaba una rayita.

—¿Qué te pasa, mujer? —preguntó Marysol.

Tico miró a su madre y reconoció los síntomas; desvió la mirada hacia Marysol, esta vez con ira.

—¿Qué te pasa a *ti*, tía?

—¡¿Perdón?! —La charla grosera del chico disgustó a Marysol, pero también le dio una cierta satisfacción. Puedo decirles que le gustó el chavo. Para ella era como saber que no todos los humanos eran cobardes.

—Mi mamá necesita una dosis, ¿ya ves?

—¿Una dosis de qué? La adivinación no es mi fuerte. ¿Y cómo me dijiste? ¿Tía?

—Hace mucho que ella no se toma un tiro de coca, ¡maldita sea! ¿De qué mundo eres?

—De un mundo muy lejos de este —respondió con naturalidad; y Tico dejó escapar un suspiro impaciente.

—Mi madre está enferma, usa coca, es adicta —dijo el muchacho, tratando de explicar y, al mismo tiempo, prestando atención a su sudorosa madre—. Hasta que pueda sacarla de aquí, no te llevaré con ningún hombre. ¿Estamos?

Con la boca abierta, Marysol se llevó las manos a las caderas y miró al chavo. Él tenía miedo, ella podía sentirlo, aun así, la estaba enfrentando. Marysol sabía que la valentía era, en parte, un miedo disfrazado, y eso la hizo apreciar a esa pequeña criatura aún más. Él tenía miedo no solo de ella, sino de lo que podría pasar a su madre. Entre dos miedos diferentes, eligió el que menos lo aterrorizaba. Marysol entendió que no obtendría nada de ese chico por la fuerza.

—Si te ayudo con tu madre, y la dejo en su casa, ¿me llevas al Maldito?

—No puedo llevarte a casa…

Sabemos por qué Tico no podría llevar a esa extraña con dos pistolas en la cintura al morro dominado por los narcos donde vivía su madre, pero eso no fue lo que le dijo a la Bandolera cuando le preguntó:

—¿Por qué no?

—¡No es tu asunto! —Sin alternativa, Marysol colocó su mano izquierda sobre la frente del chico, quien, sin éxito, intentó separarse. Con su mano derecha, Marysol tocó la frente de Lorena, que temblaba más que nunca—. ¿Qué haces, tía?

Fue solo entonces que el muchachito se rindió al miedo y comenzó a llorar. Su rostro aterrorizado atraería la piedad del *daemon* más duro, pero Marysol no lo soltó. Ella estaba usando el tacto para conocer sus vidas y sentimientos. Cuando entendió lo que las drogas le habían hecho a Lorena y a su hijo, la presión sobre la frente de la mujer aumentó, y ella cayó inerte a sus pies. Tico, librándose del toque de la Bandolera, avanzó hacia ella y la golpeó mientras gritaba:

—¡Mataste a mi madre, puta! ¡Te voy a matar también!

Furiosa, Marysol lo empujó, y Tico se derrumbó sentado a unos tres metros de distancia. El niño empezó a levantarse, pero alzó la vista y vio a la asesina de su madre caminando resueltamente y con una expresión severa en su dirección. Luego cerró los ojos y esperó por el golpe.

La Bandolera extendió su brazo hacia él.

Con los ojos cerrados, Tico bajó la cabeza y se entregó a las manos del destino.

Con creciente enojo, Ruan miraba a su mano herida. Pensaba en la ironía del hecho de que Marysol, después de ser perseguida durante tanto tiempo, haya terminado convirtiéndose en la perseguidora. Ella… La perra que había preferido una vida de vagancia a vivir como su compañera. Mientras pensaba en los buenos momentos que había vivido con ella, prendió la televisión en las noticias, porque sabía que las noticias podrían darle una pista. Escuchaba los informes humanos sin entender cuán estúpidas podrían ser las personas.

—¡Cómo esta raza produce tragedias! —dijo y se sirvió un trago de güisqui irlandés.

Su atención fluctuaba entre las noticias que necesitaba ver para tratar de encontrar alguna pista de la Bandolera y los recuerdos de su relación inicialmente gratificante con Marysol. Los dos se inflamaban cuando tenían relaciones sexuales y, en esas horas, Marysol no se molestaba por usar la magia de la metamorfosis. Tenían el poder y la libertad de convertirse en lo que quisiesen, y usaban y abusaban de esa libertad.

La primera vez que usaron la metamorfosis en el sexo fue cuando Ruan tuvo ganas de tener sexo con una versión masculina de Marysol, y ella lo atendió de inmediato. Para él, Marysol había sido el macho más emocionante que había conocido. Tanto que casi lo envidiaba. Rivalizaban en belleza y fuerza; y el sexo, además de la emoción que debería proporcionar, se convirtió en una lucha de poder. Aunque Ruan sabía que la forma masculina de Marysol era temporal y que, una vez que terminara el acto, ella volvería a ser hembra, la sed de dominación sobre ese cuerpo gritaba fuertemente a sus instintos masculinos.

Dos machos, dos brutos. Bocas fuertes con pelaje grueso que se cepillaban entre sí. Hombro a hombro, pecho a pecho, dos grupos desnudos de músculos que compartían el placer de tratar de dominar al otro mientras amaban al otro. Un amor entre dos machos es un amor fuerte en todos los niveles, en todos los sentidos. Ruan no tuvo miedo de apretar el cuerpo bien definido del macho Marysol, sus grandes dedos dejaban sombras blancas en la piel de su espalda; su espesa barba dejaba rayas rojas sobre su fuerte pecho. La exigente boca de Ruan recorría el físico recién creado de Marysol con anhelo y prisa, y Marysol le devolvía toda la urgencia, toda la prisa, toda la fuerza.

Al igual que dos luchadores en la arena, sus cuerpos se alternaban en ángulos que nunca habían intentado; se penetraban de una manera que algunos humanos llamarían dudosa, no natural; y, todo el tiempo, además del placer, los amantes contendientes buscaban la subyugación del otro, querían vencer la guerra. Placer y poder se convirtieron en sinónimos, y cuando Marysol finalmente se puso sobre la espalda de Ruan, él aceptó a su macho, aceptó el dolor del principio y el placer del final, aceptó ser sometido a la espera de que llegara el momento de la revancha. Los roncos gemidos de los amantes resonaron como gritos de victoria y, al mismo tiempo, murmullos de redención. Al final de la pelea, los cuerpos sudorosos y sin aliento estaban uno al lado del otro. Todo lo que había sido rudo estaba cansado; todo lo que había sido fuerte estaba roto; todo lo que había sido duro se suavizó. Era de esperarse un descanso después de la batalla, pero los machos volvieron sus cabezas, se miraron a los ojos y Marysol exigió:

—Ahora toca a ti. Quiero una hembra.

Todavía mirándose a los ojos, los machos se convirtieron en hembras en una sorprendente sincronía. Ruan prestó atención a las características que la suavizaron y casi la amó —si tal sentimiento fuera posible a un ser tan egoísta—, durante ese breve momento. Toda la fuerza se convirtió en delicadeza y toda la aspereza se convirtió en suavidad de piel. Los delicados labios de las hembras se encontraron en un suave beso de bocas rojas. Los dedos que antes habían corrido exigentes contra los cuerpos de uno y de otro ganaron la dulzura de aquellos que tienen todo el tiempo del mundo para disfrutar de un placer. Ruan pasó sus delicados labios sobre el espeluznante torso de Marysol, encontrando la feminidad que ya conocía, de una manera extraña, lo que le dio un placer diferente. El amor entre dos hembras es un amor simple, amplio y dulce. Un amor que se abre, que riega, que se desliza. Las amantes se resbalaban por el cuerpo de la otra, sus delicados dedos marcaban caminos de algodón a través de la piel de gallina de los pezones puntiagudos y duros. El placer hacía que sus barrigas se retorciesen y sus cuerpos se convulsionaron una y otra vez. El amor entre dos hembras es incansable, no tiene tiempo para terminar, porque no requiere la mecánica del amor masculino, nada necesita elevarse, nada necesita endurecerse, todo lo que dos hembras buscan es la satisfacción de sentir la piel de la otra, pero, por mucho que quisieran, no podían quedarse

allí por toda la eternidad, por lo que Marysol se colocó por encima de la forma femenina de Ruan, olió esa nueva feminidad inventada solo para ella y se metamorfoseó nuevamente.

Se convirtió en macho por segunda vez y entró en la hembra Ruan. Suavemente al principio, luego duro, veloz, con la demanda masculina que había experimentado poco antes, y Ruan la recibió. Recibió a su Marysol masculino, y movió sus caderas con entusiasmo y prisa, queriendo estar más cerca, queriendo sentirlo más profundo, queriendo convertirse en uno con ella, queriendo que ese ser único se replicara en todos los universos conocidos y extraños enviando un mensaje a sus dobles, un mensaje que, al menos en la hora del placer, podrían coexistir.

Mientras saboreaba sus recuerdos, Ruan agitó el vaso de güisqui pensando que ese tipo de relación haría explotar la mente de un humano. Era algo que, además de ser impracticable, si fuera posible, se consideraría anormal. Por un breve momento, aun se permitió recordar algunas otras aventuras sexuales, como cuando decidieron experimentar en el bosque, él como un lobo, ella como una pantera negra.

Amor entre bichos… ¿Podemos llegar tan lejos en nuestra imaginación humana? Siempre nos han dicho que los animales solo se aparean para reproducirse, pero estamos hablando de *daemons*, no de bichos. Sin embargo, la metamorfosis no solo involucra aspectos físicos, de modo que, siendo un lobo y una pantera, Ruan y Marysol no solo se habían convertido en animales de diferentes especies, sino también en animales que estaban en diferentes posiciones en la cadena alimentaria, y el amor no era amor, era una lucha contra los propios instintos; era una cuestión de elegir qué hambre gritaba más fuerte; era superar el impulso del depredador. Patas fuertes y dientes afilados uno frente al otro en un impulso de apagar los cuerpos que no se sabían si tenían hambre o ganas. Las afiladas garras de los cuadrúpedos crearon caminos sangrientos en las pieles el uno del otro, y la sangre de *daemon* se mezcló con el pelaje negro hasta el punto de que no se sabía de quién era la sangre, ni a qué animal pertenecía el pelo. Cuando el cansancio venció a los instintos y la pantera se rindió, más agotada que hambrienta, el lobo hundió los dientes en el ancho del cuello negro de Marysol, que colocó la cola a un lado para permitirle a Ruan satisfacer su hambre. Ese día, el lobo derrotó a la pantera y, al final, con un cuerpo asombroso, cojeó hasta el punto más alto que encontró en el bosque

y aulló a las cuatro lunas anunciando su victoria. Para resistir el impulso de saltar sobre la yugular de su presa, la pantera Marysol volvió a ser una hembra *daemon* y, desnuda, en medio del bosque, permitió que las pulsaciones de su cuerpo volvieran a su ritmo normal.

Ruan y Marysol habían pasado momentos inolvidables juntos, al menos en el campo sexual, pero cuando empezaron a ir más allá del sexo y compartir sus deseos, las cosas cambiaron.

El Maldito volvió a acariciar la mano herida y tomó otro sorbo de güisqui; ya no le prestaba atención a la televisión. Su mente estaba en México, su ira se concentraba en aquellos por quienes Marysol lo había dejado, la banda, la familia que ella había elegido. Los enumeró uno por uno, mientras se frotaba la herida.

—Pele, esa perra que se acostaba con cualquiera; Jack *the* Artek… ¿qué coño de nombre es ese? Idiota británico que pasaba todo el tiempo recortando su barba de chivo ridícula; JB, italiano tonto con cara de hippie; Diana… —Giró el vaso de güisqui y lo miró como si lo estuviera analizando, pero su mente no estaba en ese vaso—. Diana… —susurró.

Se levantó para llenar el vaso, pero se detuvo con la botella a punto de derramar la bebida, porque la noticia traía algo que, sintió, le preocupaba: en una tierra cerca de una carretera, encontraron el cadáver de una joven muerta por un disparo cerca de los restos de una hoguera, con personas que habían participado en una sesión de Umbanda, todos diciendo que no tenían memoria. Recordaban todo hasta que creció el fuego y luego no recordaban nada más, ni pudieron explicar qué hacía ese cadáver entre ellos. Periodistas sensacionalistas consideraban un ritual satánico, lo que llevó a los usuarios de Internet a difundir las noticias de los sacrificios humanos al diablo.

—Irina! —dijo Ruan, con una expresión de asombro.

Marysol había comenzado a vengarse. La primera en pagar parte de la deuda de sangre había sido Irina, la hermana adoptiva del Maldito, a quien Marysol nunca había conocido y de la que había oído muy poco en el otro universo.

La siguiente noticia fue sobre un hombre que había dejado a su esposa en coma después de golpearla. Ruan no se interesó de inmediato por esa noticia: la imagen de Irina muerta no dejaba su cabeza; sin embargo, el noticiario mostró los rostros de las personas involucradas en ese incidente:

el esposo abusivo y una trabajadora del bar que había hablado con el fugitivo pocas horas antes.

En la pantalla, el Maldito reconoció a los dobles de Artek y de la Bandolera. Fascinado, Ruan se acercó a la pantalla y tocó el pelo negro atrapado en una coleta de la pálida y acorralada Sol, a quien el reportero había llamado Solymar Vieira Barcelos.

—Bueno, bueno, bueno… —Extendió una sonrisa serpentina y concluyó—: Encontré mi muñequita de vudú.



Con la cabeza gacha y los ojos cerrados, Tico esperó la muerte que no llegó. Sospechoso, abrió un ojo y espió. Marysol tenía la mano extendida, invitándolo a levantarse. El chico aceptó la mano. Su cara aún estaba húmeda por las lágrimas, y sus ojos mostraban un dolor que nadie de su edad debería sentir, pero antes de que pudiera decir algo, pelear, tratar de escapar, escuchó un gemido salir de la boca de su madre.

Ese gemido actuó como el bálsamo más reparador, como el más potente de los medicamentos para el dolor; ese gemido salió dulce cómo la más dulce de las canciones de cuna suena para los bebés que se despiertan asustados en la oscuridad; toda la agonía de los ojos del niño se convirtió en esperanza, y él olvidó su miedo y su enojo; incluso olvidó el dolor que sentía en las nalgas después de la caída. Corrió hacia la mujer que se estiraba y pasaba las manos por la cara. Lorena ya no estaba temblando.

—¡No la mataste! —dijo Tico, con la sonrisa más grande.

—¡Por supuesto que no! —dijo Marysol con impaciencia—. La limpié. Solo volverá a inhalar ese polvo extraño si no tiene vergüenza. Ella está limpia, desintoxicada. Después de eso, ni siquiera tequila podrá beber sin vomitar… lo cual es una lástima…

—Tú… tú… —Tico miraba fascinado a Marysol, quien frunció el ceño ante la mirada de asombro del chico.

—¡Es un cambio! Tu madre está bien. A cambio, quiero que me ayudes a encontrar…

—El Maldito, ¡lo sé! ¿Y la mujer muerta? ¿Tú la mataste?

Marysol miró hacia el fuego apagado donde el cadáver de Irina yacía en el suelo.

—Sí, pero ella se lo merecía, créeme.

—¡Vale! Nos es mi primer cadáver y, a bien de la verdad, ya vi peores —dijo el muchacho con naturalidad, y Marysol asintió.

—Lo sé. Lo vi en ti... Vi todo lo que viste y experimentaste. ¡Tu raza es salvaje!

—Así que, ¿estabas leyendo mi mente?

—Más que eso, te invadí. Leí tu mente, sentí cosas que tú sentiste, ahora sé todo sobre ti.

—¿Cómo te parece?

—¡Una buena mierda! ¡Te mereces una medalla, chavo!

—Me dices chavo, pero no me tratas como a un niño… Me gusta…

—Con todo lo que has vivido, te has ganado tu derecho a crecer.

—¿Vas a dejar a muerta allá?

—Ya no me sirve.

Tico ni siquiera intentó responder, ayudó a su madre a pararse. Lorena se veía muy bien, aunque un poco adormilada. Tico estaba feliz y aliviado, pero también un poco sospechoso. Después de tantos años viendo a su madre consumir drogas, después de todo lo que las drogas le habían hecho a su vida y a su familia, no podía aceptar que Lorena estuviera limpia tan fácil, tan repentinamente.

—Ella se ve bien, pero…

—Pero ¿qué?

—¿Cómo sé que ella no va a flipar?

—No puedo prometerte que tu madre no va… flipar, como dices, solo puedo decirte que está limpia… limpiecita, como nueva. De aquí en adelante, dependerá de ella.

—Eres una bruja…

—No exactamente.

—Pero le hiciste un hechizo. ¿Qué pasa si esto es solo un truco de mago? ¿Una forma de engañarme para que te lleve hasta el Maldito ese?

—¡Mira, chavo…

La Bandolera no pudo concluir la amenaza o el regaño: fue interrumpida por Lorena.

—Te agradezco por curarme, pero…

—¡No te curé, hice un trato! Pero, si está bueno para ti, ¡úsalo sabiamente, y no vuelvas a meter ese polvo bajo tu nariz!

—Claro, pero... ¿cómo… cómo…?

—¿Cómo podemos estar seguros de que no tendrá ganas de otra raya? —Tico interrumpió. Marysol los miró pensativamente y fijó a Lorena.

—Quiero que imagines, ahorita, una raya de ese polvo blanco, justo frente a ti… ¿Te imaginas?

—Ajá... —dijo Lorena. Su rostro estaba claramente molesto.

—Ahora, imagina que estás bajando la cabeza, con la pajita en la mano y...

—¡BASTA! —Lorena gritó, se llevó la mano a la boca y salió corriendo a vomitar.

Tico volvió lentamente la cabeza hacia Marysol; sus ojos casi salieron de sus órbitas, su boca estaba abierta de par en par. La Bandolera ajustó la guitarra en la espalda y dijo, mientras observaba a Lorena limpiarse la comisura de la boca y respirar profundamente.

—¿Te parece, chavo? ¿Satisfecho? Ahora, como lo hacemos para salirnos de aquí, dejarnos a tu madre a casa y tomarnos el rastro del…

No tuvo tiempo de completar la pregunta, ya que Tico le dio un fuerte abrazo, apoyó la cabeza sobre su hombro y comenzó a llorar. Un lloro diferente esta vez, un lloro lleno de gratitud. Marysol no sabía cómo lidiar con ello. No pudo alejar al niño ni soltarlo. Se mantuvo parada, rígida, y esperó, con una paciencia inusual, que él la dejara ir.

Parecía casi impotente frente a las lágrimas de un chico de doce años, como si, pronto, comenzara a entender por qué los humanos eran considerados tan peligrosos por los de su clase. Eran contagiosos. Al darse cuenta de eso, Marysol logró alejarse del abrazo, tratando de no mirar las lágrimas del niño. Ya rehecha, Lorena se acercó a los dos.

—No sé cómo lo hiciste, Reina del Camino, pero estoy curada. Así que, ¡gracias!

—No soy la Reina del Camino esa.

—Bueno. Reina del Camino o no; entidad o no; me curaste; así que, pídeme lo que quieras. Haré cualquier cosa para que estés feliz.

—¡Quiero salir de aquí!

—Yo pago el bus.



Temprano en la mañana, Ruan fue al bar donde trabajaba Solymar. Lo atendió la esposa del dueño, quien advirtió que Solymar solo trabajaba durante la noche.

—Soy periodista, señora, tengo algunas preguntas sobre lo que le pasó al Señor Arthur. ¿Podría decirme dónde vive o su número de teléfono?, por favor.

—No regalamos informaciones sobre nuestros empleados. Ella ya fue entrevistada ayer.

—¡Ya veo! Pero, sabe usted… —comenzó, con una sonrisa seductora.

—¿Qué no entiendes mi idioma o qué? La prensa ya estuvo aquí al amanecer, filmaron la fachada de nuestro bar y entrevistaron a la pobre Sol, solo porque un empleado chismoso difundió que Arthur intentó matar a la mujer porque tenía una aventura con ella… Ya al chismoso, ya lo corrí… Y no me quiero más chismes, Sol jamás se involucraría con un tipejo como aquel.

—Los chimes no salen de la nada, ¿de acuerdo?

—Por supuesto que no, solo estoy diciendo que no fue culpa de Sol. Él siempre la rodeaba. Ella no confiaba en él, solo lo trataba bien, como todos los clientes del bar. Ese loco tomó demasiado y liberó a la bestia, ¿sabes? ¡Gente así tenía que beber su proprio pis!

El Maldito sonrió y, después de quince minutos, salió del bar con la dirección y el número de teléfono de Solymar, y dejó a la mujer sola, disfrutando de un delicioso trago de orina.

—Beber su pis… La gente de este mundo es bastante creativa, no puedo negarlo.



Lorena llegó a la casa de su madre y recogió a sus dos hijas, mientras Marysol esperaba afuera y recibía un aluvión de preguntas del inquieto y curioso Tico.

—¿Viniste de otro planeta, tía?

—No.

—¿De dónde vienen tus poderes?

—Todos tienen.

—¡Aquí no!

—Eso pasa porque sois humanos.

—¿Cómo saliste del fuego?

—Pasé por un portal, ¡ya te lo he dicho!

—Pero ¿qué es un portal? Y si no viniste de otro planeta y no eres un fantasma, ¿de dónde viniste?

Los ojos y los labios de Marysol se tensaron, no sabía cómo explicar cosas a seres que, hasta hace poco, ni siquiera sabía que existían. Ese chico, además de ser una *persona*, también era una *persona* pequeña. No había recibido educación. Era inteligente, se lo veía en sus ojos, en sus modales, pero, por todo lo que había captado cuando lo había tocado, sabía que tenía muchas dificultades y limitaciones. Todo su potencial había sido castrado.

Estaba a punto de responder algo como «¡no me molestes, te lo explicaré más tarde!», cuando Lorena apareció en la puerta con su madre Solange, una mujer de mediana edad llena de disposición, fuerza y desconfianza. Solange había decidido ver quién estaba en la acera con su nieto. Se acercó a Marysol, que se apartó de la pared y la miró. A la Bandolera no le gustaba cuando la gente la miraba así, como si tratando de leer sus pensamientos.

—Entonces… Mi hija me ha dicho que la curaste…

—Si ella lo dijo… —dijo Marysol sin interés, y se ajustó el sombrero de vaquera. Solange levantó las cejas y miró de cerca el atuendo de la muchacha.

—¿Quién eres?

—Soy quien tu hija ya debe haber dicho que soy.

—Te estoy preguntando a ti. ¡Quiero saber cómo estafaste a mi hija! Ella ha dicho que eres la Reina del Camino, lo que demuestra que todavía está delirando, porque la Reina del Camino no se viste como zorra. —Las dos hijas de Lorena miraban con curiosidad a Marysol, quien continuaba mirando a Solange sin molestarse por la creciente ira que mostraba la señora. Lorena intentó decir algo, pero fue interrumpida por la mujer mayor, que dio dos pasos firmes hacia Marysol y ordenó—: ¡Quítate ese sombrero! ¿Crees que estás en el salvaje oeste?

—¿Salvaje oeste qué? —preguntó Marysol, realmente curiosa.

—¿Te estás burlando de mí?

—¡No, mamá! —gimió Lorena, temerosa de que Marysol se enojara y fulminara a su madre o algo así—. Mira. Tenemos que irnos… tenemos que encontrar un lugar para que Marysol se quede y…

—¡Ah! Así, que tienes nombre —dijo Solange con una sonrisa desafiante.

—¡Por supuesto que sí! —respondió Marysol, comenzando a quedarse sin paciencia y un poco desconfiada. No le gustaba revelar su nombre, pero desde que había llegado, se sentía más fuerte, no podía decir por qué, pero sentía la fuerza; además, sentía algo diferente en la voz de Lorena, no sabía qué era, pero esa cosa había sido suficiente para que ella le dijera su nombre. Sin embargo, Solange no era una buena persona, y no le gustaba la sensación de saber que esa mujer sabía su nombre—. Ahora, como te dijo tu hija, me tengo que ir.

Marysol se volvió para irse seguida de Lorena, Tico y de las dos chicas. Indignada por ser ignorada, Solange aceleró el paso, tomó el brazo de la Bandolera y, en tono autoritario, dijo:

—Todavía no he terminado…

Marysol volvió la cabeza, furiosa, a punto de tirar la musaraña, pero lo que vio en la mente de la mujer la hizo detenerse. Los ojos de Solange le dijeron que sentía que la estaban tragando. Entendió cada uno de sus secretos descritos en sus propios ojos para que la Bandolera pudiera leerlos.

Solange soltó el brazo de Marysol como si hubiera tocado un brasero, pero ya era demasiado tarde. La lectura había sido completada. Marysol señaló a la madre de Lorena y dijo, sorprendiendo a los demás.

—Ordenaste que mataran al padre de estos niños, el esposo de tu hija. —Ante el asombro y el silencio de Solange, ella continuó—: Pero no lo hiciste porque era malo para Lorena o para los niños… Lo hiciste porque él no quería follarte.

—¡Mamá! —gritó Lorena con horror—. Me habían dicho… ya sospechaba… pero no quería creerlo. ¿Como pudiste?

—¡Puta loca! —dijo Solange sin aliento—. Lorena, esta debe estar más drogada que tú. No puedo creer que vayas a escuchar a una extraña…

—¡No soy loca! Tú lo eres —dijo Marysol con disgusto, frotando el lugar en el brazo donde Solange la había tocado como si tratara de limpiarse

—. Eres una mala persona…

—Abue… —tartamudeó Tico confundido.

Marysol se dio la vuelta, queriendo irse. Ese asunto había terminado para ella, pero no sabía que los humanos no resolvían ciertos tipos de asuntos tan fácilmente. Se dio cuenta de que Tico estaba asombrado y le tocó el hombro para sacarlo del trance. Él la miro.

—Chavo, no pierdas más tu tiempo. Ella es una de las razones para que tu madre se drogara y para que vivieras en las calles. ¡Olvídala! Tu madre estará bien, y nosotros estamos perdiendo el tiempo, hiciste un trato conmigo, ¿recuerdas? Ahora, toca a ti, ¿dónde está el Maldito?

Tico miró a su alrededor, sacudió la cabeza y corrió, dejando atrás a las mujeres, hasta que Marysol, que ya conocía su olor lo suficiente como para seguirlo, lo encontró llorando sentado en una plaza. La Bandolera sabía lo que era llorar. Era inusual que ocurriera a los *daemons*, pero los humanos parecían llorar por cualquiera. Ese día solo, era la tercera vez que vio llorar a Tico. Había visto al chico llorar de miedo y gratitud; pero no podía entender por qué estaba llorando en ese momento. Era un lloro que ella no entendía.

Él notó su presencia y levantó la cabeza con los ojos llenos de ira. Marysol se sentó en sus cuclillas y lo enfrentó. Tico no quitó sus ojos rojos de llorar de los de ella.

—Lo que dijiste de mi abue… ¿es cierto?

—Yo no miento, chavo —respondió con voz tranquila y seria—. No deberías enojarte conmigo por decirte la verdad.

—Hubiera preferido no saberlo. —Su lloro era estridente, las lágrimas llegaban en abundancia, y una de ellas salpicó el brazo de Marysol, que parecía fascinada por esa gota atrapada entre los finos vellos de la piel dorada del niño.

—Creo que te entiendo… un poco… —dijo ella, mientras sumergía su dedo índice en la lágrima y la acercaba a su rostro para ver el fenómeno de cerca.

—¡No entiendes nada! —dijo Tico con revuelta y apuntó con su dedo a la cara de Marysol, que todavía estaba mirando la lágrima—. ¡Solo piensas en ti, no me lastimaste todavía porque quieres encontrar ese pinche Maldito!

—No te lastimé, chavo, porque no tengo ninguna razón para hacerlo.

—¿Por qué me dices chavo todo el tiempo? Tengo un nombre, ¿sabes?

—Todos tienen un nombre —dijo en voz baja—. Y tu verdadero nombre no es Tico.

—Sí… ¿y qué?

—¿Cuál es tu nombre?

—¡No te interesa!

Ella sonrió, le gustó su travesura, y recordó cuando se había negado a decir su verdadero nombre para Talita.

—Estoy segura de que usas ese nombre ridículo y falso para protegerte.

—Es solo un apodo, ¡no seas loca! La gente tiene apodos, no uso Tico para protegerme, mi padre solía llamarme así.

—¿En serio? Entonces ¿vosotros no sabéis que nuestro nombre es un imán y cuando queremos permanecer ocultos y protegidos no debemos decirlo?

—¿De que estas hablando?

—Aparentemente, de nada —concluyó y se puso de pie, colocando las manos en las caderas y mirando a Tico.

—Te mostraré dónde vi al tipo. Pero primero, quiero dos cosas…

—Tenemos un trato, y ya no haré tu voluntad, es tu turno.

—¡Cálmate! ¡Déjame terminar!

—¡‘Tá bueno! ¿Qué quieres? —Sus ojos se abrieron, molestos.

—Primero, comer. ¡Me muero de hambre!

—No te estás muriendo —respondió, sin entender la hipérbole. Poco después, escuchó los ronquidos en sí misma y finalmente entendió lo que él quería decir—. Pero, sí. Es una buena idea. ¿Qué más?

—Con la comida no te preocupes. Ya lo tengo todo controlado —dijo él, con una expresión astuta—. Pero, lo otro, toca a ti… Y no sirve de nada amenazarme, puedes convertirme en una cucaracha si quieres, pero no te diré dónde vi al imbécil este hasta que hagas lo que te voy a pedir.

—¿Qué es? —ella preguntó sospechosamente.

—Quiero saber de dónde vienes, quiero que cuentes tu historia. —Marysol se cruzó de brazos molesta. Antes de que ella pudiera decir algo, Tico se adelantó unos pasos y dijo—: Mientras comemos, tú me contas. ¿Estamos?

Marysol miró al ser humano en miniatura, sonrió y lo siguió. Al fin y al cabo, hubo un momento en su vida en el que a ella le encantaba escuchar historias, tal vez era hora de empezar a contarlas.



A pesar de la prisa, Ruan esperó hasta el anochecer para buscar a Solymar. Sabía por la dueña del bar que la chica se iba a trabajar esa noche. Estuvo al acecho por un tiempo, dentro del automóvil —otra de sus adquisiciones realizadas en el mundo humano y que no era exactamente lícita—, vio cuando se encendieron las luces fuera de la casa, aunque el interior todavía estaba oscuro. Salió del vehículo y estudió el lugar. Era una calle un tanto desierta, y al fondo del patio había un terreno baldío. Ruan evaluó el tamaño de la propiedad.

—Demasiado grande para una sola persona…

Tenía curiosidad y excitación. Se encontraría al doble de Marysol. Se preguntaba cómo sería esa chica, si sería tan valiente como la Bandolera, si sería una puta en la cama como Marysol. Si bien quería saber más, también tenía un objetivo claro en mente: eliminar la doble de su enemiga.

Un doble fortalece al *daemon*, por lo que, para Ruan, había dos objetivos de emergencia: el primero era destruir a Solymar, lo que debilitaría los poderes de Marysol; el segundo, encontrar su propio doble y controlarlo.

Estaba planeando cómo destruiría a Solymar; pensaba en ejecutarla como si estuviera matando a la Bandolera, lo haría con el mismo placer. Reflexionaba sobre esos pensamientos cuando vio una sombra saltar en el patio trasero. Los ojos de Ruan brillaron, sintió una extraña vibración. Solymar apareció en la ventana porque ella también había escuchado el ruido, y durante ese minuto, el Maldito pensó en Marysol e imaginó que quien intentara entrar a la casa no tendría ninguna chance de salirse con la suya.

—Destruirá al sinvergüenza —dijo con una sonrisa perversa. Imaginó a Marysol pateando otro trasero. Pero se dio cuenta de que no era Marysol, era la otra versión de ella.

Quienquiera que fuera el invasor, había logrado entrar en la casa. Los oídos de Ruan, mucho más agudos que los nuestros, oyeron el gemido de terror de la doble, así como el susurro del hombre que le dijo que se callara.

Los pocos vecinos nunca habrían escuchado.

Sentía que algo relacionado con esa vibración invasiva le era familiar.

Entró lentamente, sin hacer ruido, y observó el entorno. La habitación era grande y había muchas fotos que Ruan no se detuvo a mirar. Usó sus sentidos para sondear el ambiente.

Olía a miedo. El miedo de Solymar y el miedo del invasor. No era un extraño, no era un asaltante, era alguien que la conocía y… la quería. Quienquiera que fuera, estaba loco, y Ruan sintió que, si no actuaba rápido, ese extraño se complacería en destruir la doble de Marysol. Nadie le robaría a Ruan, ya sea un objeto, un ser vivo o una oportunidad.

Ruan no caminó, se deslizó como una serpiente, silencioso, peligroso, hasta que logró detectar al invasor Arthur. Sostenía a Solymar por detrás, el arma temblaba en su mano y apuntaba a la cabeza de la muchacha que lloraba de miedo.

Qué extraña parece esa escena, evaluó Ruan. En su mundo, Artek nunca le haría eso a Marysol, no solo porque no tendría una oportunidad contra la Bandolera, sino también porque la respetaba. Ruan se dio cuenta de que ante él había dos representaciones pálidas de los *daemons* que conocía. Exudaban miedo y cobardía, y Ruan no pudo evitar pensar en su propio doble.

Cuando Arthur notó la presencia de Ruan, abrió mucho los ojos y apuntó con el arma al *daemon*, que se detuvo a observar. Solymar miró a Ruan con los ojos llenos de súplica, pero el Maldito estaba centrado en Arthur y en lo que haría con él. Podría matar al mismo ser por segunda vez, sería divertido, incluso muy satisfactorio; después, haría lo mismo a Solymar. Ruan saboreó cada segundo, el temor que exudaban era adictivo. Ladeó la cabeza ligeramente hacia la derecha cuando Arthur preguntó:

—¿Quién eres?

—¿¡Yo!?

—Arthur, por favor, suelta esa arma… Puedes escaparte, no llamaré a la policía, ¡lo juro! —rogó Solymar, y fue el sonido de su voz, idéntico al de Marysol, lo que hizo que Ruan la mirara con atención e interés por primera vez.

—¡Cállate! —gritó Arthur y la empujó con fuerza, haciéndola caer al suelo. Se acercó a Ruan, que miraba con curiosidad a la muchacha que lloraba desolada en el piso frío—. ¿Quién eres?

Ruan sonrió con la sonrisa del diablo, y volvió a mirar al hombre cuya mano estaba temblando mientras sostenía la pistola.

—¡Soy tu fin!

Levantó su brazo hacia Arthur, quien apretó el gatillo. Solymar gritó cuando escuchó el disparo, se llevó las manos a los oídos en un vano e ingenuo intento de no escuchar. Ruan sintió el impacto, lo que solo lo hizo desequilibrarse un poco. Arthur miró horrorizado al *daemon*; no solo porque ni siquiera había sangrado, sino también porque percibió que había sido capaz de disparar. Una vez más, había perdido el control, una vez más había atacado la vida de alguien.

Ruan puso su dedo índice sobre su hombro, donde se había alojado el proyectil, y lo retiró sin mucho esfuerzo. Arthur tembló, mientras Solymar continuaba en su posición fetal, cubriéndose los oídos, creyendo que había un hombre muerto o gravemente herido en el piso de su cocina. Asustado, Arthur disparó un segundo tiro, que terminó golpeando la pared.

—Solías ser un buen francotirador, Jack… *the* Artek…

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 7

La banda

A MARYSOL LE GUSTABA LA MERIENDA que Tico había arreglado a pesar de pensar débil el condimento. Tico casi tragaba sin masticar la hamburguesa con queso, ya que sus grandes ojos estaban fijos en Marysol, que no sabía por dónde comenzar a revelar parte de su historia al niño curioso.

Podría obligarlo a mostrarle el último rastro de Ruan, pero algo la intimaba a satisfacer el deseo del chico. Su instinto decía que podía compartir. Lo primero que le vino a la mente fue su antigua banda, y ella comenzó a hablar de ellos con frases sueltas y desconectadas, cuando el inteligente Tico la interrumpió con entusiasmo:

—Así que tú eras vida loca. Bandidota. ¿Cómo nunca he oído hablar de ti?

—Ya vi que tendré que meter en tu cabeza lo que significa ser de otro universo…

Él frunció el ceño y Marysol explicó de la manera más paciente que logró lo que significaban universos paralelos o multiversos. La Bandolera era una excelente maestra; y Tico, cuando le interesaba, era uno de los mejores estudiantes. Escuchaba a todo encantado.

—Es decir que hay muchos otros Ticos…

—Sí.

—¿Todos ellos viven en la calle?

—Puede que algunos vivan en la calle como tú, puede que seas el único harapiento. Hay muchas posibilidades. Puede haber versiones de Lorena como madres, o no… Algunas de ellas ya se han muerto, otras aún no han nacido.

—¡Genial! —murmuro él.

—¿Qué tiene de genial?

—¿Y tú preguntas? —Él la miró aturdido—. Quería verte la cara cuando te encuentres con tu otra Marysol aquí. Ella debe existir, ¿verdad?

La Bandolera se reclinó en su silla y miró a Tico, decidida y algo molesta, porque no había contado con esa idea. La propia Marysol no se imaginaba cara a cara con su doble. Era el tipo de experiencia que solo los viajeros tenían, y ella se había convertido en una viajera por las circunstancias. Si hubiera tenido una opción, nunca habría dejado su universo.

Cuando pensó en la existencia de su doble, se preocupó: también habría otro Ruan para cazar.

—¿No vas a decir nada, sabionda?

—Yo... —Arrugó la servilleta de papel y la arrojó sobre la frente de Tico—. Te contaré la porquería de mi historia y ¡ya! Porque si me das más excusas para no llevarme a esta laguna de quien sabe qué, te romperé los huesos.

Tico no tomó en serio la amenaza, sabía que ella, sí, podría romperlo, pero si fuera hacerlo, ya lo habría hecho. Antes, estaba allí, pasando tiempo, contando sobre su vida.

¿Magia?

A lo mejor…

En el mundo de Marysol, la palabra hablada es importante, por lo que les cuento esta historia así, cara a cara, porque es como ella quisiera que se les contara. En nuestro mundo, pretendemos que no lo creemos en esa magia, en esa fuerza que las palabras tienen, pero si nos detenemos a pensar, ¿no es por lo que las terapias consisten en hablar todo el tiempo?

Hablamos y hablamos, hablamos de nosotros mismos, de lo que nos atormenta, y mientras hablamos, escuchamos y, bueno…, tal vez sea realmente magia.

En el bar, contando su historia a Tico, La Bandolera continuó:

—Me dijiste bandidota cuando te conté que andaba con una banda… En parte estás correcto. Nos encantaba saquear, pero lo importante era el placer de hacerlo. Éramos un poco diferentes de la mayoría de los *daemons*.

—Es decir demonios, ¿verdad?

—Sí. Pero, no. No en la forma en que lo entendéis. —El semblante de Marysol no pudo disimular lo tanto que esa palabra, demonio, la disgustaba, y Tico se echó a reír a carcajadas debido a aquella cierta pusilanimidad que veía, y que era muy extraña a un ser tan poderoso—. ¡Los humanos sois

idiotas! —Ella apretó los dientes, pero parecía más a una niña enojada. Tico no se veía en peligro.

—Podemos ser idiotas, pero no somos demonios. —Otra sucesión de risas. Marysol se cruzó de brazos irritada y se recostó en la silla. Cuando él dejó de reír, ella arqueó el lado derecho de su labio superior, exponiendo una mezcla de sonrisa y mueca.

—¿Puedo continuar, mortal?

—¡Vaya! ¿No puedes morir? —La sonrisa sarcástica desapareció.

—Sí, lo puedo. Pero no cualquiera puede matarme… Pero, si me dejas contártelo, sabrás…

—Si subes al morro y los narcos te disparan…, ¿no morirás?

—¡Bah! ¡No lo sé! ¿Pongamos a prueba? —La pregunta estaba llena de sarcasmo, pero el semblante del chico se mostraba pensativo, por lo que la Bandolera rodó los ojos y explicó—: Si alguno de los narcos donde vives es un *demonio*, seguramente moriré; de lo contrario, ¡no!

—¡Joder! —Abrió mucho los ojos, admirado.

—¡Esto nada tiene que ver con sexo! —Ella sacudió la cabeza con impaciencia.

—¿Sexo? No, no, no… Joder nada tiene que… ¡Ah! ¡Déjalo! Cuéntame más. Ya no me burlaré de ti, prometo.

Marysol tamborileó con los dedos sobre la mesa de hierro y comenzó la historia de su hermana Diana.

OceanofPDF.com

Diana – La Cazadora:

—La memoria más reciente que tengo de mi hermana mayor es cuando fui a visitarla a la cárcel; ella había matado a dos búfalos en un área no permitida, y cuando el dueño la persiguió para intentar arrestarla, abrió fuego con el mosquete de nuestro padre, el Señor Ernesto Barbueno, sheriff de la ciudad.

—¿Qué es un mosquete?

—Es un arma de cañón largo, mango de madera…

—Como un rifle...

—Si lo dices… Bueno, a Diana le gustaban las armas grandes, gracias a nuestro padre, que le había enseñado a manejarlas desde temprana edad; cuando el che intentó arrestarla, ella acabó por de dispararle.

—¿Lo mató?

—No. El tipo no murió, pero solo ha faltado un pelo. Mi hermana fue capturada después de pegarse con dos de los policías.

—¿Peleó con la policía? ¿Como que de puñetazos? ¿Es ella fuertetotota como tú?

—Es… era… —La mirada de Marysol cayó sobre la mesa, inmersa en recuerdos.

—Tía… ¿estás bien?

—Sí. Creo que las hembras aquí no son tan fuertes como los machos, pero entre nosotros, los *demonios* —dijo, con un énfasis irónico en la palabra elegida por Tico—, el género no determina la fuerza. Algunos machos son fuertes, otros son débiles; lo mismo se da con las hembras, y Diana era una hembra muy fuerte.

—Hombre y mujer, tía.

—¿Qué?

—Se dice hombre y mujer, esta cosa de macho y hembra es para animales.

—¡Vale! Pero me dejarás contar la historia de mi raza tal como es ¿o no?

—Vale. Entonces cuéntame más… como… no hay diferencia en la fuerza, pero ¿qué pasa con las otras diferencias?

Marysol lo consideró por un momento.

—Todavía eres muy chico para esas preguntas, ¿no crees, chavo?

—¡Háblame tú! Fuiste tú quien invadiste mi cabeza con esas manos demoníacas.

—¡Está bien! El género no hace la diferencia entre los *daemons*, no en la forma en que lo entiendes. Todos somos fuertes o débiles, tenemos los mismos derechos y las mismas obligaciones. La diferencia de sexo tiene más que ver con la atracción, ¿sabes? Cada uno se siente atraído por otro o igual, y solo entonces el género del *daemon* hace alguna diferencia: en el momento de la atracción. Pero incluso eso no es muy diferente, porque algunos de nosotros logramos cambiar de sexo por un tiempo.

—¡Guau! Así que, yo soy hombre, pero si fuera un *daemon*, ¿podría ser una mujer si quisiera?

—Mas o menos. No todos los *daemons* pueden transmutarse, pero muchos lo hacen. Mi hermana, por ejemplo, era muy aficionada a cambiarse, pero eso se debía a que se sentía atraída por otras hembras, y cuando sucedía que a la hembra que le gustaba prefería a los machos, se transmutaba.

—¡Genial! ¿Y cómo era ella? ¿Era bonita como tú?

—Ah, ¡ella era muy guapa! —Marysol sonrió—. Era un poco más baja que yo, su cabello era del mismo color, solo que más corto, era pequeña, pero un toro de tan fuerte De todos modos… fui a visitarla a la prisión, y ella estaba allí, tirada en el piso de la celda, siempre con esa cara seria, créeme, ella es más seria que yo… Es decir, *era* más seria … —Suspiró—. Cuando mi padre dijo que no iba a dejar ir a Diana, me quedé muy enojada, y decidí hacer algo para que no estuviera sola, así que fui a la granja del che que la había denunciado. Era un imbécil, porque la propiedad que decía ser suya no lo era. Él la había robado. ¡Era un ladrón! Los animales no eran suyos, sino de otro granjero que había dejado la granja...

—Oye, pero, si dejó caer a la *popriedad*, ¿qué daño hay en que otro tipo se ponga a cuidarla?

—La propiedad es algo para siempre de dónde vengo. Bueno, fui allá, me puse algo de ropa como esta que me gusta usar ahora, vaquera como tú dices, me metí un pañuelo en la cara, y me fui a invadir la Casa de Salermo.

—Así que el tipo se llamaba Salermo…

—Era el nombre de la casa.

—Y ¿casas tienen nombre?

—¿No nombráis vuestras casas? —Ante el signo negativo que Tico hizo con su cabeza, ella continuó—: Una casa tiene vida, necesita tener un

nombre. Pero, eso no importa ahora. ¿Dónde me detuve?

—Invadiste la casa que tiene un nombre… ¿Entraste sola?

—Sí, sola. Solo que, cuando miré por una de las ventanas traseras, escuché la voz de él y de su esposa. Estaban haciendo magia, y escuché cuando hablaron el nombre del antiguo dueño de esas tierras, Garibaldi Antonini. El nombre de alguien tiene mucha fuerza y, como no sabían que yo estaba allí, me estaban entregando la fuerza de esa magia en una bandeja. Nunca me gustó usar magia, pero en ese momento fue bastante apropiado. En lugar de entrar y prender fuego a todo con los dos adentro, como pretendía, desvié su orden, que era mantener alejado a Garibaldi, y lo atraje hacia mí.

—Oye. Y ¿cómo se hace esto?

—Ya… no lo sé… De la misma manera que comes, bebes… ¡No sé! La magia, para nuestra raza, es rutina. No puedo explicártela. Usamos la voluntad pura y simple. Por eso no me gusta para nada, porque es muy común. No tiene nada de especial, ¿sabes? —Tico asintió con la cabeza—. Entonces, me convertí en el señor Garibaldi, dueño de ese lugar. Escucharon mi voz como si fuera la suya. Y luego, como que… dominé a los dos… los convertí en dos títeres y los hice que fueran a retirar la orden de arresto contra Diana. Seguí todo a través de un espejo de bolsillo.

—¡Párate! ¿Como es eso? ¿Fuiste a la cárcel, te quedaste en un pasillo echando un vistazo por un espejito, como en las películas?

—¡No! Usamos mucho los espejos para rastrear, porque los espejos son mágicos, deberías saberlo… no, por cierto que no sabes…, es simplemente mágico, algo que no podré explicarte, pero tan pronto como firmaron los documentos para liberar Diana, mi padre los llevó a la oficina del sheriff.

—Mientras tu veías a todo por el espejo…

—Sí. Y ordené al sinvergüenza de Getulio que se disculpara con mi hermana. La escena no deja mi cabeza, ¡estuvo genial! Se disculpó y miró a Diana, creo que estaba esperando que ella le agradeciera, no lo sé, pero ella solo miró al bastardo, así que él extendió la mano, porque eso es lo que hacemos cuando queremos terminar un asunto, nos damos la mano, y fue entonces cuando rompí el hechizo y le traje de vuelta.

Tico soltó una carcajada y dijo:

—Así que él se quedó mirando a tu hermana sin saber qué estaba haciendo allí.

—Sí. Y Diana pateó sus partes masculinas con tanta fuerza que el bribón cayó de rodillas gritando de dolor.

—¡Ouch! —dijo el niño, colocando su mano entre sus propios muslos y encogiéndose, como si él mismo hubiera sido pateado.

—Lástima que estuve una maga terrible, y creo que todavía lo soy, porque mi padre vio mi cara en un espejo sobre su mesa. Entendió todo en el acto.

—¿Qué pasó?

—Me arrestó con Diana. Dijo que, ya que había hecho eso para que ella no estuviera sola, bien podría hacerle compañía en la cárcel.

—¡Oye! ¡Lo lograste! —dijo Tico, absteniéndose de reír.

—Y el impostor también fue arrestado, porque cuando mi padre me localizó, descubrió que la granja todavía era propiedad del señor Garibaldi.

—¿Te soltó después de enterarse?

—Nooo... —respondió con cierta consternación—. Mi padre era muy estricto. No fue suficiente arrestar a las dos hijas, necesitaba hacer más para dar el ejemplo.

—¿Te golpeó?

—No… Nos llevó a la plaza pública y nos colocó frente a la población local como una cazadora de mierda y una maga de mierda. Todos se rieron y nos apuntaran los dedos, como si practicar magia correctamente fuera un don de genio. —Marysol sacudió levemente la cabeza, tomó el sombrero que le había presentado Jorge y se lo puso en el pelo como si estuviera activando el modo Bandolera, su mirada se volvió fría—. Fue en ese día que decidí mandar todo al diablo, y les mostré a todos que podía vencer la magia usando otras habilidades. Diana se unió a mí, pero no nos gustan los números pares, no son buenos…

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Pero por qué no?

—Entre algunas razones, cuando tenemos que decidir algo, votamos. Si empatamos, tenemos un voto de desempate, o un voto de Marte, como dicen algunos.

—Ya veo… Y ¿las otras razones? —Ante la cara de pocos amigos de Marysol, Tico sonrió con resignación y se calló—. Está bien, olvídalo, la historia, ¡continúa!

—Bueno, entonces empezamos a planear nuestros pequeños hurtos, que se hicieron más grandes, hasta que se convirtieron en robos. Fue donde necesitamos asumir nuestro estatus de ladronas y empezar a armarnos.

—Tu padre era el sheriff, pero ¿qué hay de tu madre?

Marysol se oscureció y no respondió de inmediato. Bebió todo el refresco del vaso de plástico, eructó y dijo sin mirar a Tico.

—Se fue cuando yo era muy joven. Se ocupó de sus propios asuntos y no tenía lugar para nosotros. Eso es todo lo que sé. —Tico bajó la mirada torpemente—. Diana y yo fuimos a buscar a alguien más que quisiera unirse a nosotros. Fue entonces cuando encontramos a esa frenética hawaiana.

OceanofPDF.com

Pele – El volcán

—¡ELLA ERA TODO UN PERSONAJE! Cuando Diana y yo vimos por primera vez a Pele, bueno, fue muy extraño. Estábamos paseando por la plaza principal del condado, creo que fue una o dos semanas después de la humillación pública a la que nuestro padre nos había sometido, había un *saloon* en el centro de la plaza. Era bastante común tener peleas adentro, porque la parte superior del edificio funcionaba como un burdel, por lo que no le dimos importancia a los gritos que venían desde adentro hasta que salió un grito masculino. ¡PAREN A ESTA ZORRA! Y fue entonces cuando la loca de Pele salió corriendo por la puerta principal, sosteniendo las enaguas, toda despeinada.

—¿Qué es una enagua, tía? —Tico preguntó rápidamente.

—Hmm… Son como faldas que se usan debajo de los vestidos.

—¿Como una falda encima de otra?

—Sí.

—¿Para qué?

—Me vas a dejar contar la historia ¿o no?

—Salió mal… pero, es que, en este calor, las viejas de mala gana se ponen una falda, imagínese dos…

Marysol frunció el ceño y continuó:

—Bueno… Tenía rasgos exóticos, era hawaiana, de pelo negro muy liso y lo llevaba en dos gruesas trenzas. Pele bajaba a menudo al *saloon* para alardear, le gustaba que la mimaran los machos que iban allí a beber y recoger hembras. Pero ese día, uno se pasó, por lo que ella se escapó. Y luego, estábamos montando, y de la nada, salió esa vieja loca, la música proveniente del tocadiscos de piano que salía del *saloon* hizo que todo fuera aún más divertido, y cuando ese macho, creo que el mismo que había gritado para pararla, se echó a través de la escotilla, con los pantalones abiertos, ella dio un salto acrobático y cayó sentada sobre el lomo del caballo de mi hermana. Diana odiaba dividir su caballo, así que soltó un «¡Qué demonios!», mientras que Pele le gritaba que galopara. Ella solo quería huir, ni siquiera se molestó en explicar lo que estaba pasando, solo ordenó que galopara. Diana clavó sus espuelas en los costados de Sansón, su caballo negro, y disparamos sin saber por qué esa cortesana estrábica estaba huyendo.

—¿Qué es estrábica?

—Tenía los ojos bizcos, ¿ya ves? —Marysol convergió sus propios ojos, demostrándolo con cierta exageración, lo que hizo que Tico dejara escapar una risa deliciosa.

—¡Ah! ¡Ojos cruzados! ¿Y por qué ella huyó?

—Era orgullosa de elegir a sus clientes, pero ese día, un grupo más atrevido había ido más allá de lo que estaba dispuesta, y no era porque fuera una cortesana que se acostaría con un hombre en contra de su voluntad. Era orgullosa de su libertad, y eso se reflejaba en su magia, que era toda aire. Ya a lomos del caballo de Diana, cuando se dio cuenta de la cantidad de machos que aún nos perseguían, Pele giró la muñeca y provocó un fuerte viento que salía de la nada. Los vientos estaban aumentando en velocidad, creciendo, y cuando nos alejamos, nos dimos cuenta de que ya no era posible ver a la plaza, porque el polvo levantado por el viento de Pele había creado una nube infranqueable. Cuando llegamos a la ciudad vecina, junto a un bosque desierto, Diana detuvo a Sansón y, con un estado de ánimo más desagradable que de costumbre, empujó a Pele, haciéndola caer del caballo, con las piernas extendidas hacia arriba, mostrando las bragas moradas debajo la enagua.

Tico se echó a reír, Marysol lo acompañó con una leve sonrisa.

—¡Genial!

—¿Te parece? Pero Diana estaba furiosa. Apuntó con un dedo a Pele y dijo: «¡Nunca más vuelvas a montar mi caballo o te romperé la cara!» Traté de abrazarla, quise decirle que esa mujer podría ser el número impar que estábamos buscando, pero estaba demasiado enojada. Bajó de Sansón, tiró Pele por los desordenados hilos de su corsé y presionó su nariz contra la de ella. Así, nariz a nariz, los ojos de Pele se torcieron aún más.

—Por cierto, esa tal Pele se cagó de miedo.

—¡Fíjate que no! Ella estaba muy tranquila. Miró bien a mi hermana y dijo: «¡Ah! ¡Veo que te gustan las hembras! Puedo resolver tu problema». Diana se puso pálida. No es que fuera un problema que a una le gustasen los machos, las mujeres o ambos, pero ella odiaba cuando alguien veía su alma. Y ese era otro don de Pele, veía más allá. No solo leía los pensamientos, porque eso la mayoría de los *daemons* puede hacer; ella veía el alma, sabía si uno era peligroso para el grupo o no… —Marysol suspiró, miró al horizonte—. Ella trató de advertirme sobre el Maldito, ya sabes, pero… pensé que podía manejarlo… estaba equivocada, y ellos pagaron caro… una deuda que nunca podré liquidar.

—¿Qué hizo el Maldito este?

—¿Sabes qué, chico? Mucha conversación y poca acción. ¡Órale! Vámonos caminando, y te lo contaré en el camino.

Se dirigieron a la parada del autobús.

—Ya ves, tía. Creo que tengo un poco de esa magia de Pele en mí… Lo sé cuándo una persona es buena o mala, cuándo puedo confiar. Fue así como me di cuenta de que el Maldito no era algo bueno.

Marysol iba a decir algo, pero el niño hizo una señal a uno de los colectivos. Marysol no tenía dinero, Tico ya lo sabía y pagó los dos boletos. En el autobús que los llevaría a la laguna Rodrigo de Freitas, se sentaron bajo los ojos curiosos de los pasajeros frente a los trajes y a la guitarra de la Bandolera. Ignorando todas esas miradas, Marysol continuó su historia:

—En resumen, Pele se unió a nosotras dos y empezamos nuestro saqueo. Estuvo divertido

—¿No tenías miedo de que te arrestaran de nuevo? Si tu padre era el sheriff y no te relevaba.

—Fuimos a otro condado, no éramos tontas. Mi padre solo tendría que arrestarnos si nos preparáramos en nuestro condado; lo que hiciéramos en los demás lugares ni siquiera se le calentaba la cabeza. Y así fue como terminamos en otros países.

—¿Hay un Brasil?

—Por supuesto que sí, pero dentro de nuestro Brasil, que es una especie de continente, tenemos mi país, México. En Colombia, conocimos a JB, a quien le encantaba un vino y por eso lo llamaban enólogo.

—¿JB?

—Jake el Baco. Era amigo de Jack *the* Artek, el dúo Jack y Jake. Baco era un apodo, también por el vino, pero todos lo llamábamos JB.

—¿Qué tiene que ver ese Baco con el vino?

—Es una leyenda, un antiguo dios del vino. ¡Olvídalo! En nuestros viajes, nuestro grupo femenino aceptó a ambos machos. Eran geniales, e incluso Diana los aceptó bien con el tiempo.

—¿Qué pasa con el Maldito?

—Fue un gran error... *Mi* gran error.

Soltó un aliento amargo y guardó silencio. Tico no hizo preguntas, parecía pensar que estaba sufriendo. Cuando finalmente llegaron a la laguna Rodrigo de Freitas, se levantó para dar la señal de desembarco. Marysol sintió que le ardía el estómago. Sintió la presencia de Ruan en todas partes.

Su rastro seguía allí. Controló su respiración y frecuencia cardíaca, siguió a Tico, y ambos desembarcaron.

—¡Cuéntame sobre los hombres! —preguntó Tico con una sonrisa.

—Terminaré más tarde. Por ahora, muéstrame dónde lo viste.

Marysol se concentró en el ambiente para rastrear la energía del Maldito, podemos decir que olfateó el aire, pero fue más que eso, fue una inmersión en la realidad, un intento de capturar a través de sus propios poros todo lo que había sucedido en ese lugar para saberlo donde su objetivo hubiera se ido. Sus ojos adquirieron un tono ámbar, y se habrían vuelto anaranjados, luego rojos intensos, si no hubiera notado la mirada de asombro de Tico.

Caminó por el camino que bordeaba la laguna y tocó el hombro del chico.

—Está a Oeste.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tico, y luego se retractó—. Va, va, va… no hace falta que me hables de la tal magia de nuevo.

—Vámonos pues.

Marysol dio unos pasos, pero Tico no se movió. Miraba a la Bandolera con ojos perdidos. Ella se giró, abrió los brazos en un gesto inquisitivo, y el chico dijo:

—La Zona Oeste, si eso es lo que quieres decir con «Oeste», es grande, muy grande. ¿Cómo sabremos dónde? ¿Has pensado en eso, sabelotodo?

Marysol miró a Tico, apoyó las manos en las caderas y dijo, entrecerrando los ojos.

—¿Qué tienes en mente, entonces, sabelotodito?

—Creo que si encontramos a tu gemela…

—Doble.

—Qué sea. Si encontramos a la mujer esta, creo que sea más fácil. Dijiste que, si él encontrara tu doble antes que tú, podría matarla, y si él la mata…

—Es cierto. Pero si me resulta difícil encontrar al Maldito, aunque sé por dónde se fue, ¿cómo crees que podemos encontrar a mi doble?

—A ver… Si tu doble es como tú, ustedes deben tener algo en común, ¿verdad? Las huellas, el ADN, los globitos de los ojitos…, cualquiera… ¿ya ves?

—¿Qué tienes en mente?

—Conozco a una persona que puede decirnos quién es tu doble. Solo que no puedes aparecer armada delante de ella.

Marysol prestó atención al niño. Había estado tan concentrada en seguir las huellas del Maldito, que no se había dado cuenta de cuánto se le había cambiado el humor. Su aroma había cambiado. Él sentía dolor por algo, un dolor no físico, un dolor que ella no entendía. Se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas frente al cuerpo, dejó la guitarra a un lado e invitó:

—¡Siéntate, chavo! —Obediente, Tico se sentó—. Dime qué te pasa, y dímelo todo.

—Te lo dije, tía. Ella puede ayudar. Es una policía, como un sheriff, y no me gusta para nada hablar con ella, pero es mejor trabajar con la policía que con los narcos. Y yo ya la he escuchado charlar acerca de universos para… para… *parelelos* eses, así que se nos hace fácil convencerla.

—Eso no es de lo que te estoy preguntando, chavo. Te ves diferente. Hay un miedo diferente en ti.

—¡No tengo miedo a nada!

—¿Tendré que invadirte de nuevo?

—¡No! No hace falta.

—Entonces ¡dime!

Tico suspiró, miró a la laguna y miró hacia abajo como si estuviera avergonzado de lo que fuera que estuviera pensando.

—Es solo que… a ver… me gusta todo en esa aventura, estoy aprendiendo mucho y quiero más… ¿sabes? Quiero ver más, quiero saber más, tengo muchas preguntas que hacer. Solo que tú… Tú solo quieres encontrar al Maldito ese, y eso es todo. No te importo yo. A nadie le importo yo… Si te dejo ir, y encuentras al demonio malo, me dejarás. Todos me dejan.

—Chavo…

—¡No pasa nada, tía! De verdad, estoy bien. No es que seas mi pariente ni nada, no es realmente mi tía, lo sé, pero siento que te conozco, ¿ya ves? Y me gustas… y ni siquiera te pido que te guste a ti también, simplemente no quiero que me vuelvan a dejar de lado, así como así. Déjame quedarme un poco más. Solo quiero verte pisar la cabeza del diablo.

Marysol conocía el peso de la soledad. Lo había aceptado después de un tiempo, pero aún pesaba. A su manera, incluso si sus sentimientos de

daemon no funcionaban con la misma intensidad que los sentimientos humanos, entendía del peso que cargaba Tico.

—Un bandolero nunca abandona a un miembro de la banda, chavo. No te dejaré ir.

Tico levantó la cabeza, miró la Bandolera a los ojos y la sonrisa que abrió tenía tanta luz que avergonzaría el sol que se estaba poniendo en ese momento.

—Así que ¿soy un bandolero?

—Uno de los más inteligentes que he conocido.

—¿Y somos una banda?

—Sí.

—Pero somos dos.

—Quizás esa policía de que hablaste sea nuestro número impar.

Se levantó, arreglo la guitarra sobre su espalda y tendió la mano al niño. Tico aceptó la mano, se levantó, quitó la suciedad de la parte posterior de su ropa y dijo:

—Pero necesitas deshacerte de las armas.

—¡Ni modo! Mis armas se van conmigo.

—Pero, tía, ella es policía.

—¿Y qué? Mi padre también lo es.

—Sí… y te puso a la cárcel, además de estar en otro mundo.

—Hablas demasiado para un niño…

—No ‘toy pidiendo para tirarlas, pero puedes guardarlas en tu mochila. ¿Te parece?

—¿Y si necesito usarlas?

—No las necesitarás.

—¿Cómo sabes?

—¡Solo sé! ¿Vale? Ahora siéntate, voy a ver algo.

Marysol se sentó en un banco de piedra y esperó a que Tico fuera a un puesto de periódicos. Era un chico interesante, pensó. Muy inteligente. Si bien le gustaba ese chico y una parte de ella gritaba que podía confiar en él, no lograba olvidar todas las historias que había escuchado y leído a respecto de los humanos. Ella sentía la maldad en nuestro mundo. Sabía que muchas de las leyendas mentirosas sobre *daemons* habían nacido aquí. La gente había dicho tantas mentiras sobre los de su raza, no solo a los demás, sino a sí mismos, que realmente creían que los *daemons* eran los malos del cuento. No veían el mal que habitaba su propio mundo y culpaban a seres que no

conocían. Por otro lado, tampoco podía evitar pensar que las mentiras que los humanos contaban sobre los *daemons* podrían ser las mismas mentiras que los *daemons* habían contado sobre los humanos. ¿Qué pasaría si, al fin y al cabo, las personas no fueran tan malas como los libros que ella había leído en su mundo decían que eran?

Decidió darle a ese humano el beneficio de la duda y esperó pacientemente en ese banco mientras el chico hablaba como el vendedor de periódicos. No pasó mucho tiempo, y Tico regresó con un periódico en la mano y una gran sonrisa en su rostro.

—¡Fíjate! —Marysol no pudo entender lo que estaba escrito. Como ya les he explicado, tenía dificultades para leer, aunque pudiera entender todos los idiomas que escuchaba. Tico explicó—: La *daemon* que mataste y dejaste tirada en la hoguera ha sido identificada. Es decir, ella no. Su doble. Fue identificada por huellas digitales. Se llama Ariana y está vivita y coleando. Y, ¡lo más loco, tía!, ella se fue a la morgue reconocer su propio cuerpo.

Marysol no pudo ocultar su asombro ante la foto de la Irina de este mundo: Ariana.

—¡Vaya, chavo! Así que tenías razón.

—¡Órale! Tengo que llevarte con Danielle, esa inspectora de que te hablé.

—De acuerdo. Pero necesito una ducha, y creo que tengo que dormir un poco.

—Ella también puede ayudar con eso.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 8

La Banda y el Héroe

RUAN NO MATÓ A ARTHUR NI A SOLYMAR. El Maldito lo pensó bien e hizo exactamente lo mismo que había hecho cuando conoció a Marysol: emergió como un salvador, un héroe, alguien que se merece todos los votos de confianza. No solo las personas, sino los *daemons* también tienen sus *modus operandi*. Lo último que vio Solymar fue el color de esos ojos de *daemon* cambiándose a rojo. Él le devolvió la mirada, se alimentó del pánico e hizo su magia: una luz fuerte emanó de los ojos de Ruan, tan fuerte que hizo que Arthur y Solymar perdieran el conocimiento.

—Fácil como matar atún en un barril… —dijo, orgulloso de su conocimiento recién adquirido de esa expresión humana. Miró la versión patética de Artek desmayado y se echó a reír—. Quizás me tengas utilidad, así que no te mataré… por ahora. —Se acercó al cuerpo de Solymar, la tomó en sus brazos y la llevó a la cama—. En cuanto a ti, señorita…, he cambiado mis planes.

Volvió a la cocina e intentó que el lugar, así como la cara de Arthur, se quedasen a hacer creer, a la policía, que hubiera un intento de asesinato y que Ruan había llegado a tiempo justo para defender a Solymar. Llamó a la policía y esperó a que llegara la patrulla.

La televisión estaba encendida, y él fulminó con la mirada a la pantalla. Sin embargo, su rostro pasó del mal humor al asombro cuando vio a una muchacha siendo entrevistada frente a un edificio cuyo título decía Instituto Forense; estaba pálida y era pecosa, con el pelo largo, rojo y anillado, llevaba un aro negro a la nariz, y estaba alarmada por saber que el cadáver de una mujer idéntica a ella tenía huellas digitales idénticas a las suyas.

—No sé lo que está pasando, pero ¡me parece absurdo identificar a una persona muerta como otra persona! —decía Ariana, fuera de control.

La periodista estaba tratando de finalizar la entrevista porque no sabía qué más preguntar: esa historia se le hacía tan rara como la historia de la mujer que insistía en el cuento de que un forastero con poderes mágicos la había transformado de travesti en mujer.

Cuando vio, en la pantalla, la doble de su hermana que había sido asesinada la Bandolera en la misma ciudad donde estaban los dobles de Artek y Marysol, Ruan lo entendió: existía una fuerza que los reunía a todos, era magia; y magia de las más fuertes.

La ley de la atracción y la sincronicidad.

No solamente fuerte…, poderosa.

Pasó la mano por la boca seca y pensó en el cadáver de Irina siendo abierto por expertos forenses. Sucias manos humanas desgarrando el cuerpo de su hermana; esa visión le hizo hervir de ira. ¿Qué harían con su cadáver ya tan mal tratado? ¿Enterrarían como lo hacen los perros con sus huesos? *Costumbres bárbaras*, pensó.

No sabía cuánto tiempo había pasado sin mirar a nada, hasta que las luces de la patrulla le llamaron la atención. Controló su ira; al fin y al cabo, no podía recibir a los policías con dos ojos rojos brillantes si quisiera desempeñar su papel de gran héroe y salvador de damiselas perseguidas por uxoricidas. Por supuesto que la idea de aparecer en televisión por su «acto de valentía» no le atraía, y no solo por Marysol, sino también porque su propio doble podría verlo, pero no logró evitarlo.



Marcos Sandoval y Paulo Barbosa tenían más de veinte años de policía civil, y aunque no pertenecían a una generación de policías sexistas, eran igual de machos y bastante atrasados, por lo que tener a una inspectora como Danielle Valente era algo que les molestaba más allá del límite de lo tolerable. Y les molestaba aún más porque Danielle era el tipo hombre nacido en cuerpo de mujer. No porque fuera masculinizada, sino porque, según los estándares vigentes en la sociedad, Danielle era impetuosa, le gustaba trabajar en las calles y era bastante extrovertida. Además, tenía una excelente puntería. Estaban en una mega operación en la Ciudad de Dios con varios equipos para arrestar a los traficantes que habían huido de otra

comunidad y que se habían refugiado en la «Ciudad cuyo nombre no coincidía»:

—Solo de ver esta zorra con ropa operativa y se llevando un rifle ya me duele la cabeza —dijo Sandoval.

Puedo decirles que la molestia de Sandoval no se daba porque, a Danielle, le gustase aparecer, sino porque era ella más competente que él y que su colega Barbosa, además de perturbar los planes de los dos, a quienes les gustaba sacar dinero y negociar prisiones; a la inspectora le gustaba trabajar y ser correcta.

No medía más que un metro y medio de altura y no se veía con frunzas en seño, salvo cuando se iba en operaciones como esa, porque parecía un águila con los ojos atentos a todo y a todos, sin sonreír en ningún momento. Existía, en Danielle, no solo la preparación que un buen profesional de seguridad pública debe tener; sino también una intuición aguda que nunca le fallaba.

Esa vez, tampoco le falló.

Entraron en un callejón, los proyectiles volaban a grande. Creo que todos saben que los chalecos no protegen a las cabezas de los policías, ¿verdad? Danielle notó que Barbosa miraba de reojo a una callejuela. Ella lo interrogó con solo un movimiento de la barbilla y recibió un «no pasa nada» en respuesta al leer sus labios. No satisfecha, con un gesto, llamó a otro inspector y a tres policías más, lo que hizo que Barbosa hablase en voz alta:

—¡No hay nada ahí, doctora! Vamos a fre…

—¡Un pío más, y te arrestaré! —dijo Danielle en un susurro enojado, y señaló a Barbosa, quien la miró en silencio.

Ella siguió con los otros cuatro hasta que vieron a Mulambo, el segundo en comando del grupo de traficantes, escabulléndose por la callejuela. Al ver a los policías, el criminal disparó una metralleta y los agentes se separaron para protegerse. Danielle, en una de sus explosiones, se quitó el rifle del hombro, cayó al suelo en una inmersión y disparó varias veces, pegando Mulambo en la pierna. Él, sí, sintió el impacto, pero como la sangre estaba caliente, continuó corriendo, dándose la vuelta varias veces para devolver los disparos. No pasó mucho tiempo, y otro proyectil lo pegó, esta vez, de la pistola de uno de los policías que acompañaba la inspectora. El bandido cayó. Todavía intentó levantarse, pero no le quedaban fuerzas.

Danielle corrió y comunicó por radio que el segundo hombre a cargo de los narcos resultaba gravemente herido y que necesitaban apoyo para llevarlo al hospital. Después de que llegó el refuerzo, buscó a Barbosa, que estaba molesto al lado de Sandoval. Él sonrió y dijo, tratando de ocultar su ira:

—¡Muy bien, inspectora!

—¡Me cago en la puta! ¿Qué carajo pretendías, Barbosa?

—¿De qué hablas? —Abrió los brazos, poniéndose en una postura que lo hacía mucho más grande, y sonrió sarcásticamente. Danielle no se dejó intimidar y le devolvió la sonrisa burlona.

—He sido creada por una mujer, pero un hombre colaboró con un cincuenta por ciento de la materia prima, bonito. ¿Crees que le tengo miedo a tu pecho?

—¡Inspectora! ¡Barbosa!, calmémonos ¿sí?... Inspectora…, ¡por favor!, él solo lo que hizo fue saludarla —dijo Sandoval.

—Pues que tome sus saludos sin agua… y por el culo, ¡joder! —Danielle levantó su tono notablemente, y el ayudante que la acompañaba y los otros policías parecían asombrados. Se acercaron, porque la expresión de ella y de Barbosa era pura animosidad. Ella continuó—: ¡Tu estabas encubriendo a ese marginal, ¿verdad? ¿Quién coño te piensas? ¿Qué demonios estás haciendo, Barbosa? ¡Vendiéndote! ¡Vendiéndonos! Esos bastardos matan a nuestra gente y dejan viudas y huérfanos, ¡JODER!

—¡Baja tu voz para hablar conmigo, que no soy tu perro! —La señaló directamente, y los colegas se colocaron entre los dos.

—¡Bájate, tú, tu maldita voz! Y quítate ese dedo de mi cara si no quieres que te lo metas por el culo, ¡hijo de puta!

—¡Zorra inmunda! ¡Putilla! Lo que necesitas, perra, es polla —dijo, poniéndose la mano entre las piernas.

Y se arrepintió amargamente, porque la inspectora le golpeó la nariz con el puño. Tenía un puño pequeño, sí, pero sabía cómo usarlo. Los hombres se aferraron a Barbosa —que se tapaba la nariz para detener el sangrado—, con fuerza, para evitar que él avanzara sobre su jefe.

La jornada, que se suponía estuviera terminando, había empezado de nuevo. Barbosa estaba siendo monitoreado hacía algún tiempo, y solo necesitaban que Mulambo lo entregara como uno de los contactos que tenía dentro de la policía.

Danielle demandó a Barbosa por desacato, y él exigió la presencia de un abogado para asegurarse de que ella fuera incluida como autora de sus lesiones corporales. Cuando Danielle llegó a la estación de policía, el jefe la estaba esperando con una sonrisa de alguien que ya esperaba que sucediera algo.

—¡Solo haces mierda, Dani! —Estaba recostado casualmente en la silla giratoria—. Eres una excelente policía, pero tu genio…

—Él es sucio, ¡yo lo sé! ¡*Tú* lo sabes!

—Hasta que tengamos la EVIDENCIA, ¡no sabemos de NADA! —Respiró hondo, la sonrisa desapareció por un momento.

—¿Sabes tú lo que hace un buen policía para llegar a la evidencia? Él o ella sigue técnicas de investigación, sigue la intuición, la nariz de cazador. ¡Somos jodidos cazadores! Y yo olfateo a un gran hijo de puta entre nosotros, que saca el trasero de las manos y traiciona a los suyos por limosnas.

—¡Yo no soy un cazador, Dani! Soy un comisario y trabajo con la ley.

—Pues lamento decirte que eres un policía a medias. Deberías de haber hecho un concurso para el juez, el fiscal, el carajo, pero no para jefe de policía.

Se fue sin darle tiempo al comisario para responderla. Caminó sobre sus talones y salió a la calle a fumar un cigarrillo. Tan pronto como se fue, un periodista se le acercó con un micrófono que fue empujado por la mano que sostenía el cigarrillo encendido.

—Ahora no, ¡maldita sea! —dijo Danielle—. ¡Mierda! Parecen buitres, ¡qué demonios!

El periodista se alejó escribiendo algo en su libreta, pero sin atreverse a intentarlo de nuevo. Danielle estiró los brazos, se recostó en uno de los vehículos y tragó con placer. A través del humo, vio a Tico, su pequeño informante, acercarse. En favor del niño, ella podría renunciar a su tranquilidad: siempre cuando venía ese niño, traía algo de valor.

Danielle estaba en la parte iluminada de la acera, mientras que Marysol estaba escondida detrás de un árbol en la parte más oscura de la calle. Tico se acercó a la inspectora, y Marysol tuvo una muy buena visión de Danielle. Al ver la cara de la inspectora, la *daemon* se llevó el puño a los labios y presionó ligeramente. Esa presión no fue suficiente para sofocar todo lo que quería dejar salir por la garganta, por lo que se mordió el nudillo del dedo índice.

Danielle Valente era, nada menos, que el doble de su difunta hermana Diana.

Por segunda vez en su vida, Marysol lloró.

Lágrimas calientes y saladas.

Salada como la lágrima solitaria que había recogido de la cara de Tico.

Lágrimas amargas.

Lágrimas muy diferentes de las lágrimas de un *daemon* cayeron por su cara cansada.



Mientras el doble de Artek era llevado a la prisión, Ruan disfrutaba de su nuevo estatus en la sociedad de Río: el valiente periodista que estaba buscando a la hija desaparecida de Arthur, Elisa, y que había decidido hacerle algunas preguntas a la mesera, objeto de la pasión no correspondida del hombre y causa probable de su loco acto. Afortunadamente para Solymar, Ruan apareció en el momento adecuado y, gracias a su sangre fría, había logrado dominar a Arthur, después de casi ser herido por el disparo que, por suerte, solo había golpeado la pared.

Solymar no recordaba nada o, más bien, recordaba lo que Ruan había programado para que ella recordara; y los recuerdos de la muchacha coincidían con la historia idealizada y moldeada por el Maldito.

Cuando Solymar se despertó, había una vecina en su habitación para asegurarse de que la policía no la asustara. Arthur ya había sido llevado en uno de los carros de la policía y él mismo confirmó la versión de Ruan, el gran dominador de mentes.

Después de confirmar con Solymar que Arthur había invadido su hogar, la tomado como rehén y disparado al periodista que había venido a hablar con ella, los policías le dieron a Arthur captura en flagrancia. Estaba confundido, recuperándose del desmayo causado por el *daemon*, y no pudo decir nada más que la verdad añadida a la realidad paralela implantada en su mente.

Solymar preguntó si podía testificar en otro día porque estaba en estado de shock. Como Arthur mismo había confesado todo y tenía a Ruan como presunta víctima y testigo, sin mencionar la orden de arresto que ya

se había emitido en contra de él por el intento de asesinato a su esposa, Solymar fue despedida. Estaba acostada cuando vio a Ruan saliendo por el pasillo y lo llamó. Todavía no sabía su nombre, así que le dijo «¡Hola, tú!».

—¿Cómo te llamas? —preguntó, con una sonrisa pálida.

—Ruan. Lo siento por todo esto. —Hizo un gesto lento con las manos, señalando la confusión y el movimiento de las personas en la casa.

—¡No lo sientas! —Abrió una sonrisa más animada, lo que dejó a Ruan desconcertado. Era la copia perfecta de Marysol, pero actuaba como una niña indefensa y sonriente. Era tan nuevo para él, que se metió las manos en los bolsillos de sus jeans y se balanceó discretamente mientras ella agradecía—. Si no hubieras estado ahí…

—Bueno, tengo que irme a la comisaria ahora. Quiero asegurarme de que ese loco se quede atascado. ¿Estás bien?

—¡Sí! Mira… querías hablar conmigo cuando viniste. ¿De qué se trata?

—¡Ah! He estado investigando la desaparición de la hija de ese hombre… pero creo que ahora no tendré que molestarte más.

—Pero, si me necesitas, puedes llamarme.

Ruan sonrió, y Solymar lo miró a los ojos. Sin saber por qué, se imaginó que esos ojos estaban rojos y sacudió la cabeza. Cuando sacudió la cabeza, miró más de cerca los ojos del Maldito y tuvo una nueva sensación, un sentimiento de familiaridad, como si hubiera visto esa mirada antes.

—-¿Sabes qué, Ruan? Tu cara se me hace conocida. A ver… ¿Sabes esa sensación de ya haber visto a la persona? Tu cara… creo que te he visto antes…

—No, no lo creo. Yo te recordaría… A ver, dejaré mi contacto en caso de que necesites algo —dijo él, y le tendió una tarjeta de visita a Solymar. Cuando ella la alcanzó, sus dedos se tocaron y él la miró con una intensidad nunca vista por la humana.

Se despidió y salió de la habitación mirando hacia atrás otra vez. Solymar respiró hondo y apretó la tarjeta como si fuera un ser vivo, casi sintiendo vida en ese papel. Ruan, a su vez, fue a la estación de policía donde aseguró el arresto de Arthur en flagrante delito, y creó una identidad provisional: Ruan González, periodista, de treinta y cuatro años. Después de firmar todo, logró hablar con Arthur a solas. Fue sencillo:

—Mantendré contacto. Encontraré a tu hija.

—¿Cómo?

—Lo haré —dijo, y puso una mano fuerte sobre el cabello de Arthur, sacándole unos mechones—. Ella se asegurará de que su papá siga mis órdenes. Y antes que abras esta bocota, yo lo voy a negar todo. Te contactaré cuando te necesite.

Y así el Maldito se fue. En el camino de regreso a su casa, recordó como era Jack *the* Artek, el pedante británico enamorado de Marysol y que se había atrevido a convertirse en su rival directo en el mundo de los *daemons*.

No puedo decirles exactamente cuáles fueron los recuerdos de Ruan, pero puedo hablarles un poco sobre Artek.

OceanofPDF.com

Jack *the* Artek – El Gran Oso

Él tenía esa gran complexión y era británico, pero tenía un toque nórdico, tal vez porque era alto y fuerte, o por sus helados ojos azules. El hecho es que había estado chasqueando junto a su compañero JB durante años, pero los dos siempre lograban escaparse de la prisión, ya que Artek era experto en la magia de hacer desaparecer las cosas. Las evidencias custodiadas por los sheriffs de su mundo siempre se perdían, y según la ley, ambos terminaban libres. Los *daemons* eran estrictos con sus procesos legales. Por supuesto que sabían que las pérdidas eran el resultado de la magia del caballero británico, pero como magia era algo que, en algunos casos, no se podía probar, estaba hecho.

El primer encuentro de él con el trío de bandoleras tuvo lugar cuando las tres pasaban al galope frente a la cárcel de la que Artek y JB acababan de ser liberados. Frotándose las muñecas una vez apretadas por el metal de las esposas, él y su compañero vieron las tres disparando contra unos machos, seis, que intentaban capturar a las famosas bandoleras.

—Están hermosas —le dijo a JB—, y son chicas malas —concluyó, con una sonrisa llena de malicia.

Él y JB saltaron a los lomos de sus caballos. Las bandoleras estaban siendo perseguidas por mercenarios contratados por sus víctimas. No es que Artek o JB supieran de eso. Cuando decidieron correr tras las chicas y ayudarlas, solo les instruía su deseo de aventura, nada más.

En movimiento, Artek se ajustó el sombrero y le dirigió a JB una mirada significativa. Emparejaron sus caballos y aceleraron. Las otras dos bandas, las bandoleras y los mercenarios, estaban muy por delante. Cuando Artek escuchó disparos, se inclinó hacia delante, espoleó a su caballo y soltó su comando:

—¡Ihaaaa!

Ya estaban lo suficientemente cerca de la zona de conflicto como para darse cuenta de que las chicas eran buenas: ya habían derrotado a dos de los mercenarios. Artek señaló a los animales, sueltos e incontrolados, y JB dominó a uno de ellos, haciendo que permaneciera emparejado con su corcel.

Artek se dio cuenta de que las hembras solo disparaban en partes no letales, e hizo lo mismo, al final, matar a otro *daemon* era un delito muy

grave.

Los cuatro machos parados vieron a Artek acercarse; dos de ellos señalaron en su dirección, pero él fue más rápido y, con un revólver en cada mano, les dio en los hombros y los derribó. «Precisión de un profesional», diría Ruan. Y tenía razón, porque Artek era fenomenal. Se deshizo de esos dos mercenarios, haciendo que sus pistolas desaparecieran y reaparecieran en su propio cinturón. Dos ganancias más completadas con éxito.

Marysol miró hacia atrás, después de recargar su arma, y vio a ese extraño macho, de tez muy blanca, derribando a sus perseguidores: solo quedaban dos.

Diana se encargó de uno sin tener que disparar: la amazona giró sobre su caballo y galopó furiosamente hacia un mexicano con un enorme bigote que le mostró la boca con pocos dientes mientras avanzaba hacia ella. Ella lo sorprendió saltando de su silla y cayendo sentada detrás de él. El feo mexicano ni siquiera tuvo tiempo de asustarse antes de que un poderoso codo lo derribara de su caballo. Diana y Pele rodearon al hombre tendido en el suelo, gritando triunfantes, y haciendo que la tierra roja cubriera al oponente caído.

Marysol miró sospechosamente a Artek, así que él entendió que el último de los machos le pertenecía a ella, y no se atrevió a derrocarlo.

El matón disparó contra Marysol, pero ella se echó hacia atrás, recostada sobre la montura y salió ilesa. Sin perder el tiempo, volvió a levantar su cuerpo y avanzó hacia el mercenario golpeándolo en la cara con la culata de su arma. Él aulló de dolor, pero logró mantenerse en el caballo; Marysol luego descendió de Thor, su corcel, y sacó al mercenario de la montura, tirándolo al suelo.

—¡Órale, cabrón! —dijo ella al hombre caído.

Tenía las piernas ligeramente separadas, formando una base segura, mientras hacía un gesto con ambas manos, con los codos cerca de la cintura, llamando al macho a la pelea.

El macho se limpió el polvo de la cara, se levantó, escupió en el suelo y alzó los puños.

Había aceptado el desafío.

Era grande, solo un poco más corto que Artek, pero, cerca de Marysol, parecía un gigante. Al darse cuenta de la diferencia de tamaño entre los dos luchadores, y no queriendo ver a esa hembra rasguñada, Artek dio un paso adelante, pero Marysol lo miró de una manera que lo hizo

retirarse de inmediato. Sus ojos rojos le advirtieron al británico que debía mantenerse alejado y no tratar de hacerse el protector. Fue en ese momento que Artek entendió quién era la líder de la banda y obedeció.

Lo que siguió fue una sucesión de golpes y patadas precisas, todos de la Bandolera, quien también se desvió, ágil como un gato, de cada golpe que intentaba su oponente: estaba demasiado lento para ella.

El macho no se caía, era fuerte, pero también la Bandolera lo era. Y la lucha continuó hasta que nadie miraba a nada más que a los dos contendientes en la tierra roja: Artek y JB, uno al lado del otro, manteniendo los caballos cerca; Diana y Pele, orgullosas; y los cinco mercenarios rendidos, con un toque de esperanza, como si una posible victoria de un solo macho pudiera redimirlos de la humillación.

—¡Acaba con él! —gritó Artek.

JB lo empujó con su propio hombro como quién dijera «¡Agarra la onda, güey!», y Artek le dirigió una sonrisa de complicidad a su compañero. Los mercenarios también eran forajidos, como las bandoleras, y Artek odiaba a los mercenarios. Pensaba que los forajidos deberían protegerse, no perseguirse entre sí.

El hombre que luchaba contra Marysol no caía, pero miraba a su alrededor con aprensión. Comprendió que, a pesar de que los superaban en número, no tendrían ninguna posibilidad contra las ladronas, especialmente después de que esos dos machos habían decidido unirse a la lucha para ayudarlas; muy molesto, levantó los brazos en señal de rendición.

—A ver… ¿Y si nos quedamos así? Ustedes siguen su camino, y nosotros lo nuestro.

—¡Está bien! Podéis ir. ¡Pero caminaréis! Los caballos son nuestros. Y las armas también —respondió Marysol.

Pele se echó a reír a carcajadas, lo que llamó la atención del también hilarante JB. Los dos se miraron brevemente. Diana recogió las armas de los perdedores; Artek juntó a los caballos; los mercenarios derrotados se levantaron del suelo y caminaron. Antes de desaparecer en el polvo rojo que flotaba en el aire, uno de ellos todavía se volvió, miró al bando como si memorizara sus caras y dijo:

—Nos volveremos a encontrar.

—¡Chíspate de aquí! —Diana gritó.

—Ya me siento temblar mis huesitos —se burló Pele.

—Cuando nos topemos —dijo Marysol, apuntando con el arma en dirección al mercenario—, ¡trata de estar bien preparado! Me gustan los retos reales.

Él escupió en el suelo y vio su propia sangre, más roja que la tierra, mezclada con saliva. La sangre de un *daemon* en la tierra nunca es un buen augurio, así que el mercenario estuvo seguro de que no debería responder a esa provocación. Dio la espalda a la Bandolera y siguió su camino, prometiéndose a sí mismo que se vengaría.

Marysol miró a Artek y JB y fue rápida.

—Gracias por vuestra ayuda. Podéis quedaros con los animales, haréis un buen dinero, pero las armas son nuestras —dijo, señalando los dos revólveres adicionales que Artek tenía alrededor de su cintura.

El británico entregó las armas a Marysol, y las bandoleras se estaban preparando para montar sus caballos cuando Diana se dio cuenta de que Artek y JB se preparaban para seguirlas y sacó su escopeta. Ellos alzaron las manos en paz.

—¿A dónde creéis que vais, cabrones?

—Pensamos en irnos con uste…

—Pues ¡pensáis mal! —interrumpió ella y se volvió hacia su hermana y Pele, buscando confirmación— ¿verdad?

Pele los miró a ambos con interés, principalmente a JB, y respondió, emitiendo su voto:

—Yo creo que deberían venir con nosotras.

Los ojos de Diana se abrieron ante Pele, irritada. Ahora estaba en manos de Marysol, quien resopló sin paciencia. La líder se acercó con las manos en las caderas y los miró a los dos.

—¿Qué creéis que podéis ofrecernos a cambio?

Diana, que estaba esperando una votación a su favor sin demora, frunció el ceño a su hermana. Marysol no parpadeó. Esperó a que los caballeros respondieran. Artek habló primero:

—Iba a responder que podemos protegerlas, pero…

—Ya ves que no necesitamos —respondió Marysol con una sonrisa.

JB inclinó su sombrero demasiado solemnemente para la declaración que siguió.

—Tengo una reserva del mejor vino en mi refugio. Y mucho, mucho tequila, *cara mia*.

—¡Podéis venir! —Marysol sentenció y montó su caballo, mientras que Diana la maldijo con varios insultos, recordándole que solo las hembras deberían estar juntas, que los machos eran extraños. Acostumbrada al mal humor de su hermana, Marysol sonrió y dijo—: Cambia tu nombre a Tequila, hermana, y hacemos negocio.

Fue el comienzo de una amistad que podría haber durado muchos, muchos años, de no haber sido por la avaricia monstruosa de Ruan.



Después de dar su testimonio, Ruan regresó a casa. Recordó a su hermana Irina y a Pablo. Ni siquiera sabía por qué pensaba en Pablo, tal vez a causa de la reunión con los dobles de Marysol y Artek. No sabía los efectos que podría tener, para él, encontrar a esos dobles, pero de repente él estaba allí, pensando en el suyo y también en los de ellos. La banda de Marysol le despertaba recuerdos confusos.

Desnudo, bajo la ducha, empezó a vagar. Pensaba que no sería imposible construir una nueva historia con esos dobles. Esta vez, a su manera. Marysol era indomable; pero Solymar… bueno… Solymar parecía ser tan mansa como un gatito.

—Solymar… —dijo el nombre en voz alta, mientras el agua tibia le caía sobre la espalda—. ¿Cuál es tu gusto, Solymar? ¿Tienes el mismo sabor que la Bandolera? A lo mejor eres más dulce…

Terminó su baño y dejó de adivinar. Tenía un plan que poner en práctica: necesitaba encontrar a la hija de Arthur.



Tico no adelantó el asunto, solo le dijo a Danielle que quería presentarle a una amiga especial que necesitaba su ayuda. La inspectora estaba exhausta, todos sus músculos empezaban a dolerle, y ella solo quería irse, dormir y olvidarse de todo ese maldito día. Sin embargo, no pudo deshacerse del niño.

Cuando llegaron a donde Marysol debería estar esperando, no la encontraron. Danielle miró a Tico, estaba molesta, pero el niño señaló la

silueta de una mujer agachada en la acera, con la cabeza gacha. Danielle miró con recelo a Tico, que se encogió de hombros como si dijera «No sé qué pasa», y, con la mano en la pistola, se acercó lentamente.

—¿Estás bien? —preguntó Danielle en voz alta. Marysol levantó la vista cuando oyó la voz de Diana.

—Marysol… —intervino Tico—, esa es la inspectora de la que te hablé.

—¿Sientes algo? —preguntó Danielle, y dio un rápido paso atrás cuando la figura se levantó en una explosión.

—¡Estoy muy bien! —respondió Marysol con voz ahogada.

Aunque se recuperaba rápidamente, la Bandolera no pudo mantener los ojos firmes, simplemente no podía enfrentar a Danielle. Impaciente, la inspectora ordenó:

—¡Date la vuelta! Despacio.

—¡No!

—No te estoy pidiendo. ¡Date la vuelta!

Tico parecía preocupado.

—No estas lista.

—Siempre estoy lista. ¡Ven pronto y sin bromas! No tengo toda la noche, y mi día ha apestado, así que no me pruebes.

Marysol se estremeció cuando escuchó esa frase: «siempre estoy lista». Diana solía decir lo mismo. Los recuerdos se apoderaron de su mente. «¡Siempre estoy lista, che!», decía la hermana. Era una de las pocas frases que Diana soltaba y se le salía una sonrisa. Una sonrisa llena de orgullo y arrogancia, pero una sonrisa. El mismo orgullo y arrogancia que se sentía en la voz de Danielle.

Podía escuchar la frase dentro de su cabeza.

«*Siempre estoy lista*».

Las dos frases.

«*Siempre estoy lista, che*».

Las dos voces.

«*Siempre estoy lista*».

«*Siempre estoy lista, che*».

Tan iguales.

«*Siempre estoy lista*».

«*Siempre estoy lista, che*».

Tan diferentes.

«*Siempre estoy lista*».

«*Siempre estoy lista, che*».

Y esas dos frases, la misma frase; y esas dos voces, la misma voz; tocaban bongos dentro de la cabeza de la Bandolera, sonaban tan fuerte que ella no podía pensar.

«*Siempre estoy lista*».

«*Siempre estoy lista, che*».

«*Siempre estoy lista*».

«*Siempre estoy lista, che*».

No podía darse la vuelta, no quería hacerlo, no sabía si podría soportarlo. Cuando el ruido se puso demasiado fuerte en sus oídos, cerró la mano derecha en un puño y golpeó el tronco del árbol cerca del cual estaba parada. No fue por ira que el golpe salió, no fue por miedo, dolor o cualquier otro sentimiento que los humanos reconoceríamos; Marysol solo quería cerrar las dos bocas (la misma boca) y silenciar las voces en su cabeza. Bajo la luz artificial de la farola, se miró a los nudillos.

Sangre de *daemon* nunca es un buen augurio.

Lentamente, empezó a girarse. Aprensiva, Danielle sacó su pistola. No estaba apuntando exactamente a la Bandolera, pero necesitaba estar preparada. Tico sentía que su corazón se aceleraba y comenzó a hablar, diciéndole a Danielle que se trataba de Marysol, que ella no era de este mundo, pero Danielle le ordenó al niño que se callara, no quería perder de vista los movimientos de la otra, cuyas manos estaban parcialmente ocultas junto a la guitarra que colgaba de su hombro.

—Está bien, te dejaré verme. —La voz de Marysol fallaba, no quería que la vieran de esa manera.

—Despacito… —dijo Danielle, su voz estaba baja y controlada.

Marysol se dio la vuelta y miró a la inspectora, y aunque el lugar estaba débilmente iluminado, una luz azulada golpeó los ojos de Danielle. El azul provenía de los ojos de Marysol, que brillaban en un azul claro inhumano y asustaron a la inspectora. Aterrorizada ante la vista, Danielle disparó dándole en el hombro de la *daemon* mientras Tico decía con asombro:

—Se ponen rojos, ¡nunca los he visto azules!

Fueron segundos, solo unos segundos, pero lo suficiente como para que Marysol se saliera de su camino y tuviera una visión debido al impacto y el dolor que el proyectil le había causado: frente a ella, Pele y JB

aparecieron, uno al lado del otro. Se veían llenos de preocupación. Pele dio un paso adelante y dijo:

—Ruan cree que es el único, pero hay muchos de nosotros aquí.

—Solo que llegaron de otra manera… —completó JB.

—¿Tenéis dobles aquí? —Marysol logró preguntar usando solo su mente.

—¡No! —dijo Pele—. Los mataron cuando eran muy jóvenes.

Pele lanzó su mirada hacia Tico o, al menos, fue lo que Marysol pensó.

—¡Ten cuidado, Mary! Ruan es el menor de tus problemas ahora —agregó JB.

Marysol gritó en su mente, trató de agarrarlos, pero sus imágenes se dispersaron como humo en el aire. Entonces, su cuerpo sintió las manos de Danielle, quien actuaba como la inspectora que Tico conocía tan bien.

Danielle trataba de sentir el pulso de la Bandolera, pero, en un movimiento automático, como si estuviera programada para eso, Marysol arrojó a la inspectora a unos cuatro metros de distancia y se puso de pie, en la postura de una que estaba lista para el ataque.

Tico estaba estático.

Danielle se levantó tan rápido como se había caído, se quedó sin aliento y miró a la Bandolera con la mano derecha muy cerca de la pistola, lista para sacar nuevamente si fuera necesario; la Bandolera no parecía cansada, parecía concentrada. Estaba mirando un punto fijo frente a ella, sus ojos ya no estaban azules y parecía como se estuviera poniendo mucho esfuerzo.

Danielle no se atrevió a acercarse. Marysol estaba parada bajo la farola, su sombrero estaba en el suelo, y la inspectora pudo ver claramente los colores alternos de los ojos de la Bandolera, que cambiaron de amarillo a naranja y luego a un rojo intenso, mientras ella continuaba empujando, como si quisiera sacar algo.

Lentamente, con la boca abierta, Tico se acercó a la inspectora como alguien que busca protección; los dos se afirmaron el uno contra el otro mientras miraban a la extraña de ojos cambiantes. Entonces Marysol apretó los dientes, como si le doliera mucho, y expulsó el proyectil por el mismo lugar donde había entrado.

El sonido de la munición cayendo sobre el asfalto, muy cerca de sus pies, hizo que la inspectora mirara al suelo sin creer en lo que estaba viendo. Como sincronizados, ella y Tico levantaron la vista del proyectil y, lentamente, buscaron a la Bandolera, que recogía su sombrero del suelo. Después de cubrirse la cabeza, caminó hacia ellos con los brazos en alto.

—El arma se disparó involuntariamente —le dijo a Danielle, quien se tomó unos momentos para comprender que la otra estaba ofreciendo la excusa que tendría que dar.

La gente curiosa se acercaba siguiendo el sonido del disparo, y Marysol se apresuró a tomar la guitarra y soltar algunas notas desafinadas, haciendo que apareciera en el árbol que estaba atrás la marca de un proyectil. Componiéndose y disfrutando ya del aspecto atormentado de Danielle y Tico, Marysol se echó el cabello sobre el hombro que había sido perforado para disfrazar la tela chamuscada de su camisa.



Ruan había sacado unos mechones del cabello de Arthur para localizar a Elisa. Frente al espejo, sostuvo los hilos y se concentró en Arthur, luego logró visualizar a la niña como si estuviera viendo a una película. Elisa estaba durmiendo en una choza que parecía abandonada. Estaba sucia, su ropa iba igual, y ella temblaba.

El hechicero balbuceó algunas palabras en un antiguo dialecto de su mundo. Repitió la frase ininteligible para los humanos siete veces, y después de la última repetición, obtuvo lo que quería: hacer que Elisa escuchara su voz.

La niña se despertó asustada, buscando la fuente de esa voz. Ruan repitió otro mantra, o hechizo, como quieran, y Elisa se puso paralizada, pero consciente; ella escuchó y sintió un letargo que no la dejaba desesperarse. Ruan repitió esa orden hasta que sintió que la niña no tendría paz hasta que la cumpliera.

El tenor del hechizo no les voy a repetir para ustedes. Como les he dicho, las palabras tienen poder, pero, en resumen, tal orden consistía en obligar a la niña a encontrarlo. Así que, lo que fuera necesario, ella tendría que hacer con tal de encontrarlo. ¿Qué me ven? ¿De verdad creen que el Maldito perdería una noche de sueño para encontrar a la hija perdida del

doble de su enemigo muerto? Ora, ¡por favor! Él tenía una cita más urgente con su almohada.

Con un chasquido de dedos, quemó los mechones de cabello sellando el hechizo, y se quedó satisfecho. Elisa salió del trance y, sin saber por qué, salió corriendo de la choza, sin tener idea de a dónde debía irse. Ruan se acostó y durmió en unos minutos.

Toda la noche, el Maldito soñó con Solymar: le habían disparado en el hombro y ella resistía a la lesión. A su lado estaban Pele, la perra hawaiana; y JB, el bebedor. En el sueño, estaban muertos y hablando con Solymar, quien les gritaba que no se fueran. Entonces Solymar lo miró fijamente, como si saliera del sueño y se encontrara cara a cara con él, sentada sobre él en la cama; el *daemon* no pudo abrir los ojos, pero la veía con su tercer ojo. Estaba más bella que nunca, pero al mismo tiempo que parecía ser la doble humana de Marysol, a veces daba la impresión de ser la mismísima su enemiga.

Se desnudó sobre él, que sintió la carne caliente y húmeda. Marysol o Solymar, no podía estar seguro, cabalgaban en el Maldito, que deliraba de placer. Sus pensamientos estaban confundidos y estaba tratando de descubrir quién era la hembra o la mujer que estaba con él cuando ella dijo en un tono solemne:

—¡Cada una a su turno, está apretado aquí!

Sintiendo un mal presagio, Ruan luchó para despertarse, pero la alegría llegó y lo abrumó: cuando logró abrir los ojos, vio que el fantasma de JB se desvanecía lentamente en el aire y se reía de él. Un vaso espectral que parecía contener un vino también sobrenatural fue extendido por aquel a quien la banda de Marysol había llamado, una vez, enólogo.

OceanofPDF.com

Jake *the* Bacchus (JB) – el enólogo:

JB ERA LA MITAD PERFECTA DE PELE, no solo por su humor, sino también por ser un esclavo de los placeres de la carne más que todos los demás del grupo que, aunque fueran muy amigos de la lujuria y la glotonería, sabían el momento de detenerse. Es decir que JB era un *daemon* con debilidades muy humanas. En cierto modo, siempre estaba preocupado por sus compañeros, temía por ellos, lo cual era inusual en su raza. La empatía excesiva no era un atributo visto como positivo por los *daemons*, no porque fueran crueles, sino porque creían que todos tenían que resolver sus propios problemas. Esa característica era algo mitigada en las pandillas, porque los forajidos tenían una tendencia a asumir ciertos aspectos humanos, como la unión en beneficio del grupo.

El enólogo tenía dos grandes talentos, uno de los cuales era mantener la cohesión de la banda. Hizo de los bandoleros un grupo de amigos, casi una familia. JB empezó a usar su don poco después de que Marysol lo aceptó más Artek, cuando condujo a las valientes damas a su escondite de licores debajo de un cobertizo gigante. Una anciana les esperaba con un manojo de llaves. JB le sonrió a la anciana, que entregó las llaves y se fue sin saludar a los demás. Siguieron por una tierra que parecía no tener fin, pasaron un gran establo y, al final, encontraron una especie de oficina cuya puerta de madera estaba cerrada. JB la abrió y condujo la banda por una escalera que conducía a una bodega muy grande, para deleite de todos, especialmente Marysol. Además de los muchos vinos, las preciosas botellas de tequila hicieron que el corazón de la líder latiera más rápido.

JB prefería los vinos y tenía mucho conocimiento, de ahí el apodo. A Artek, para lucir delante de Marysol, empezó a gustarle más la bebida transparente y dorada. El hecho es que todos estaban satisfechos, y la borrachera terminó en dos parejas y un voyeur renuente, ya que a Diana no le gustaban los hombres. Por supuesto, Pele no tendría problemas para satisfacerla, pero Diana no estaba de humor. Al final, todos se quedaron felices, y la banda se quedó formada oficialmente.

El otro gran talento mágico de JB era provocar sueños, pesadillas y visiones en otros. Ruan había imaginado, al principio, que se había liberado de las pesadillas impuestas por el enólogo, a quien, cuando estaba vivo, le gustaba fastidiarlo por diversión. Cuando se dio cuenta de que el mundo de

los sueños es una zona de libre acceso para todos, vivos y muertos, humanos y *daemons*, seres de todos los universos paralelos infinitos, Ruan llegó a la conclusión de que no estaba libre de sus antiguas víctimas. Al menos no sería tan fácil exorcizar a esos demonios.



Los espíritus del difunto JB y de Pele deambularon juntos, uno al lado del otro, después de contactar a Marysol y hacerle una broma a Ruan.

Pele, ahora consciente de todo y un poco más, estaba abatida. JB sabía la razón y sabía que el chico que había visto junto a Marysol tenía mucho que ver en eso.

—¿Es realmente él? ¿Estás segura, guapa? —preguntó JB, y Pele lo miró tan seria como nunca lo había mirado en vida.

—Es él… No exactamente él, creo, sino quien hubiera sido si el sinvergüenza no hubiera…

—Yo sé, yo sé. Los humanos deberían cambiar el nombre de Satanás a Ruan.

—Diana… ¿Dónde está ella? —Pele presionó su cuerpo etéreo contra el de JB—. ¿Ya sabe de él?

—Él conoce a su doble… Si Diana aún no lo sabe, es solo cuestión de tiempo.

—Sí… Es que me siento una inútil sin un cuerpo. No sé cómo ayudar y, acá entre nosotros, Mary está rodeada por unos seres… hmm… lentos.

—A ver… Él es muy inteligente, ¡no puedes negarlo!

—Ese niño ha sufrido demasiado…

—Sin un padre en este mundo… Sin un padre en el otro… Pero, cuando se trata de las madres…

—Estaba muy feliz, Jake, tan feliz… Había logrado darle a Diana todo lo que ella necesitaba, y ese sinvergüenza lo destruyó todo.

—Entonces nos toca ayudar a Mary y su nueva banda a destruir a Ruan.

—¿Nueva banda?

JB sonrió con una sonrisa que decía algo así como «elemental, mi querida Pele».

—No importa dónde esté, un bandolero líder siempre se unirá a una banda. El proceso de selección ya ha empezado.

Olvidando la tristeza de una vida pasada, Pele terminó riéndose a carcajadas junto a su compañero de diversas realidades y existencias. Al fin y al cabo, no tenían nada más que perder, y lo que no tenía solución era ya resuelto. Harían todo lo posible para ayudar, pero sabían que estaban limitados, y la única ventaja que aún tenían sobre los muertos humanos era el conocimiento y la sabiduría que no se habían quedado por el camino.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 9

Legión

DANIELLE LOGRÓ LIDIAR BIEN CON LA SITUACIÓN y usar la excusa dada por Marysol de que su arma había disparado accidentalmente y que nadie había resultado herido. Cuando la gente llegó a la escena, incluidos algunos policías, Marysol ya había hecho que Tico y ella se quedasen invisibles, mientras la inspectora despachaba a los asustados y curiosos.

Al inspector jefe no le gustaría saber que, después de la más que delicada situación en Ciudad de Dios, ella había dejado que su arma se disparara en área pública. Pero ese era el menor de sus problemas, ya que tenía un fenómeno inexplicable ante ella: una mujer que apenas había salido del lugar con el impacto y aún había expulsado el proyectil como si escupiera un chicle.

Buscó a la chica blindada y a Tico, pero no los vio en ningún lado. Después de dar unos pasos, el niño se acercó detrás de ella, susurrando su nombre. Danielle se dio la vuelta casi dando un salto.

—¡Tico! ¿Qué pasa? ¿Quién es esa mujer? ¿Cómo no se lastimó?

Las preguntas salían en un ritmo frenético, parecía que no se detendrían, pero la mano firme de Marysol le tocó el hombro, y Danielle se volvió y miró a los ojos de la Bandolera que la ojeaba con curiosidad.

Con el dedo índice sobre los labios, Marysol le indicó a Danielle que se callara, a lo que la inspectora asintió, y Marysol sonrió a medias y le tendió la mano a Tico. El niño sostuvo la mano extendida de la Bandolera y entendió la señal para sostener la mano de la inspectora. Entonces, con una de las manos de Marysol aún sobre el hombro de Danielle, los tres formaron un círculo.

—A igual que yo, a mi hermana no le gustaba usar magia, pero había algo que hacía muy bien —dijo Marysol, mirando a Danielle a los ojos—. De dónde vengo, cuando alguien no puede lanzar un hechizo, sea cual sea, si toca a alguien que lo sabe, termina por hacerlo.

—¡¿Qué?! —Danielle preguntó con voz temblorosa.

—Si eres una versión de Diana, pues… voy a probarte.

—¡¿Diana qué?!

Marysol retiró la mano del hombro de la inspectora por un momento para pedirle que se callara; tan pronto como todos se callaron, tocó a Danielle nuevamente y cerró los ojos; los otros dos hicieron lo mismo.

Las leyendas decían que la magia podía fluir a través de los dobles; solo se necesitaba un gatillo para activar el potencial latente. Este gatillo podría ser cualquier *daemon* que se colocara como un canal de energía. Marysol se convirtió en el detonante para usar el poder de teletransportación de su hermana a través de su doble, y el poder oculto y dormido de Diana en Danielle fluyó a través de Marysol, haciendo que los tres terminaran en el apartamento de la inspectora.



Ruan tenía una cita de trabajo programada en una emisora importante. Había logrado inculcar en la mente de uno de los directores, mediante el simple uso de su espejo, que era perfecto para trabajar con el periodismo de investigación. Sus documentos falsos no serían verificados, su diploma de periodista no sería requerido. Ruan se sentía como en casa, rodeado de sirvientes que respondían a sus deseos sin pestañear; sirvientes que se convertirían en esclavos en un futuro prometedor.

Su primera gran sorpresa en este mundo se dio cuando se puso delante del dueño de la emisora, el gran jefe. En verdad, la sorpresa fue mutua cuando Ruan entró en la lujosa oficina y se encontró a un hombre de unos ochenta años, con cabello denso y platino, sentado en una silla alta. Entre ellos, en una mesa cuya superficie se reflejaba como un espejo, las manos arrugadas del viejo hombre de negocios descansaban. El reflejo de esas manos hizo que Ruan se sobresaltara, porque las manos reflejadas eran las de un hombre de cuarenta años.

—¿Cómo lograste cruzar con este cuerpo? —preguntó, sin demora, el presidente en un tono casi reverente.

—Ya no tienes el tuyo…

—Desafortunadamente, no. —Dio una sonrisa débil y sacó un cigarro de una caja al lado—. Ninguno de nosotros pudo.

Norberto Braga Filho parpadeó varias veces, como si no pudiera creer en lo que veía frente a él. Ruan estaba allí, sentado como un mortal, pero su mirada era inconfundible y su aura era muy fuerte. Después de años en el cuerpo de ese humano, que se había ido años antes porque no podía soportar compartir el espacio con algo tan fuerte y malvado, el *daemon* desertor había perdido muchas habilidades, incluida la magia, pero sintió la potencia y el ambiente familiar cuando el Maldito entró en su oficina. Ruan exudaba peligro, y Norberto sabía que quería tenerlo a su lado, era una necesidad, era una cuestión de supervivencia.

—Dijiste nosotros… —A Ruan no le gustó lo que sintió que escucharía, pero se contuvo y mantuvo su discreta sonrisa amistosa.

—Sí. Hay muchos de nosotros en este mundo. Pero, completo como tú… bueno… Supongo que eres el único. Llevamos años buscando.

Ruan no se molestó en revelarle a ese ser híbrido que Marysol también estaba allí. Sabía que, con ese cuerpo limitado de humano, Norberto no podía leer su mente.

—Sí… —Ruan aceptó el cigarro ofrecido como señal de paz, olió el aroma y lo encendió.

—¿Como conseguiste? Solo un mago muy poderoso podría atravesar entero e ileso.

—Soy un mago muy poderoso —dijo sin falsa modestia.

Aunque no estaba en los pensamientos de Ruan, puedo decirles que, en ese momento, una leve preocupación cruzó la mente del *daemon*. Recordó que Marysol también había cruzado ilesa, y no solo uno, sino dos mundos diferentes. Por un breve momento, consideró que quizás tuviera una oponente digna. Marysol siempre había sido mejor en las confrontaciones físicas y en el gatillo, mientras que Ruan se destacaba en «El Art». Si la Bandolera fuera superior a él en la magia… ¡No!

Se aclaró la garganta, alejó los pensamientos negativos y le dirigió a Norberto una mirada aguda. Una mirada que decía muy claramente quién era el de raza pura y quién era el mestizo; una mirada que dejaba muy claro quién había logrado superar un desafío y quién había fallado; una mirada que determinaba quién estaba a cargo y quién obedecía.

—Ahora que he sido aprobado en su empresa, quiero dos cosas: la primera, que me muestre los otros.

—Eso está fácil. Son muy populares… Es decir, no todos… A ver, lo que quiero decir es que son fáciles de verse. ¿Qué es lo otro?

—Quiero el puesto de director —dijo Ruan, quien acababa de refinar sus planes. Ya no sería un periodista de investigación.

Sonrió y se puso encantado de ver a Norberto, su nuevo subordinado, asentir con la cabeza en humilde acuerdo.



Danielle era una persona muy abierta y crédula, pero eso no impidió que se sorprendiera cuando vio a Marysol expulsar una bala de pistola de su cuerpo y, poco después, teletransportar a tres individuos. No, no tenía forma de digerir eventos de tales proporciones en tan poco tiempo.

Era solo un ser humano.

En el medio de su departamento, trató de no mirar a su alrededor, quería negarlo todo, por lo que empezó a murmurar:

—No, no, no. Estoy soñando. Es solo un sueño, una alucinación. —Abrió los ojos, pero la visión de Tico y de la «mujer» seguía allí. —¡Morí! ¡Es eso! Me dispararon en la favela, y mi espíritu está perdido porque no puedo aceptar que estoy muerta. ¡Sí! ¡Es eso! ¡Estoy muerta!

—¡Escúchame, mujer! —intentó Marysol, pero Danielle empezó de nuevo.

—No puedo escuchar nada. ¡Nada! —Se cubrió los oídos con las manos y se puso a cantar de manera infantil—: «Ahí, ahí, no escucho nada aquí; ahí, allá, no escucho nada acá».

—Ah, ¡por favor! ¡Nos seas ridícula! —dijo la Bandolera, quitando las manos de la inspectora de sus oídos.

—¡No! ¡No estás aquí! ¡Vosotros no estáis aquí! ¡Estoy muerta! —Molesta, se dio la vuelta y se dirigió al baño—. Tomaré mis pastillas para dormir, no he descansado durante todo este puñetero día. Eso es lo que necesito: ¡dormir! —Abrió el botiquín en una búsqueda frenética.

—¡Hostia! Si te crees muerta, ¿por qué demonios te drogarás, viviente?

—¡Me cago en la puta! A ver… si no estoy muerta, ¡me estoy volviendo loca! Eso es todo, ¡estoy loca!

—¡Deja de sandeces y mírame, mujer! Estoy aquí, estamos aquí —dijo Marysol, mostrándose a sí misma y a Tico con su dedo índice—.

¡Míranos! —ordenó, señalando el reflejo de los tres en el espejo—. ¿Ves nuestro reflejo allí en ese espejo? Los espejos nunca mienten.

Danielle bajó la cabeza, cerró los ojos con fuerza por un momento, pero luego los abrió y miró a Marysol a través de la superficie reflejada.

—¡SAL DE AQUÍ! —gritó y tomó su píldora.

Con manos temblorosas, se tragó la píldora sin agua, corrió a la recámara, cerró la puerta, se quitó los zapatos con los pies y se acostó en la cama esperando que la pastilla para dormir surtiera efecto.

Afuera, Tico le preguntó a Marysol:

—¿Qué vamos a hacer, tía?

—¿Y qué sé yo? ¡La mujer está tan loca que cerró la puerta para una alucinación! ¡Humanos! —Miró a Tico, que se veía triste, y le preguntó—: ¿Qué pasa, chavo?

Sin esperar una respuesta, empezó a caminar por el apartamento. Cuando vio el refrigerador, una sonrisa traviesa se deslizó por sus labios, y caminó por la larga habitación y abrió la puerta del aparato sin ceremonia. Tico le dio una palmada en la mano.

—¡No debes tocar no que no es tuyo! Mi madre me dijo que es de mala educación.

—Tu madre tiene razón, y sí que me estoy portando mal, pero esto es una emergencia—. La sonrisa en sus labios se ensanchó y ella se volvió más maliciosa. Sus ojos estaban fijos en las botellas de agua.

—¿Qué vas a hacer, demonia loca?

—Ayudarle al doble de Diana a anclar —dijo con voz arrastrada de alguien que está planeando una broma.

—Anclar?

—Ser real, despertar a la vida, poner los pies locos en el suelo…

—Y ¿por qué agua fría?

—Frío… ¡Genial! El hielo ayudará. ¡Gracias, chavo!

—¿De qué? —Tico frunció el ceño y siguió a Marysol, quien se apresuró hacia la puerta del dormitorio de Danielle sonriendo como una niña traviesa.

Frente a la puerta cerrada, Marysol la miró y la cerradura se abrió. Entró en silencio y vio a Danielle acostada en la cama, su respiración empezaba a ponerse pesada. Pensando en la fragilidad del cuerpo humano, Marysol lanzó un pequeño hechizo de protección antes de empezar su jugueteo.

—¡No lo hagas, tía!

—¡Quieto! Yo sé lo que hago. —El tono de voz era el de una niña terca con un fósforo encendido a punto de ser arrojado al jardín de un vecino—. Cortemos el efecto de esta droga ahora.

—Ella puede agarrar una gripa.

—Quédate tranquilo, chavo, ya me encargué de eso. Ahora… disfruta.

Marysol apretó los labios, recordó cuántas veces había despertado a Diana de la misma manera, a veces eran rocas en lugar de hielo. Recordó las muchas veces que no había logrado escapar de la ira de su hermana, y de los golpes que recibía de Diana. Aún a la luz oscura de esos recuerdos, ella roció el agua helada en la cara y el pecho de Danielle sin piedad. La inspectora lanzó un grito de pánico, levantó el torso y se sentó en la cama con los ojos muy abiertos, la boca ancha y la respiración acelerada.

—Tenemos que hablar, mujer. No es hora para siesta —dijo, presionando sus labios para evitar reírse. Tico temblaba y lentamente salía de la habitación, al revés. Danielle movió los ojos de lado con cierta dificultad y vio el frasco vacío en las manos de la extraña.

—¿Qué hiciste?

—¿Entiendes ahora que soy real?

Marysol se echó a correr tan pronto como sintió que Danielle avanzaría hacia ella; corrió por puro instinto, ya que no había razón para que la *daemon* temiera ser lastimada por la humana. Ella solo huyó de Danielle porque, en su dulce engaño, revivió un momento en que esa joven despierta con agua helada era su hermana.

Cuando Danielle la alcanzó y la dejó caer en el piso de la habitación, fue que Marysol volvió en sí porque, a diferencia de los golpes de Diana, los de la inspectora no la lastimaban. Reconocía que Danielle tenía fuerza y disposición, que sabía cómo golpear, pero no sentía el dolor que le causarían los fuertes golpes de su hermana. Vio la indignación de Danielle, que se parecía mucho a la de Diana, pero ella también vio que la inspectora estaba asustada y actuaba más por impulso que por querer golpear a alguien.

Marysol no quería lastimarla, por lo que midió su fuerza empujándola y quitándola de encima. Danielle se tambaleó un poco, corrió hacia su bolso recostado en el sofá y recogió la pistola, que apuntó a Marysol. Recompuesta, la Bandolera ya no encontraba divertida la situación. De hecho, se sentía estúpida.

—¿Otra vez con eso? —Marysol inclinó la barbilla hacia la pistola; la mano de Danielle se estremeció—. ¿Entiendes que soy real y que todo realmente sucedió?

—¡Dios mío! ¿Quién eres tú? —Danielle se rindió y bajó la pistola, llevándose la otra mano a la frente.

—Si te calmas, te explicaré todo y responderé todas tus preguntas. No te lastimaré… En cuanto al agua fría… ¡Lo siento! Pensé que estaba lidiando con la otra…

—¿Me confundiste con alguien?

—No, no confundí. Eres tú.

—¡Eres el doble idéntico de su hermana! —Tico completó, y las dos se volvieron hacia él. Danielle no pudo ocultar su asombro.

—Tico, ¡relájate! Esto toca a mí —pidió Marysol.

—¿El doble de quién? —Danielle parecía atónita.

—No soy de este mundo… —comenzó Marysol.

—A ver… frente a lo que vi, no sé cómo, pero lo aceptaré como cierto. Así que… ¡Hostia! ¿Eres un extraterrestre, o qué? —Danielle se sentía ridícula, pero no se podía negar que la forastera no era un ser corriente.

—No. ¡Ella es un demonio! —respondió Tico, que estaba demasiado eufórico para contenerse.

La naturalidad con la que el niño había dicho esas palabras hizo que Danielle retrocediera unos pasos, hasta que su espalda se encontró con la pared.

—¿Qué?

—¡Genial, Tico! —dijo Marysol, molesta. —¡Ayudaste mucho!

Tomó algunas horas de debate, solicitudes de calma, reafirmaciones de que no era una alucinación, pero finalmente, Marysol logró convencer a Danielle de que era real, explicar sobre universos paralelos y decirle por qué la había buscado.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 10

Genio de la Medicina

ROGELIO SE DESPERTÓ CON EL TIMBRE DEL MÓVIL. El sabor amargo en su boca lo hizo recordar, con asco, la noche anterior.

—¿Quién llama a estas horas?

Con dificultad, se dio la vuelta en el colchón buscando el dispositivo que debería estar en la mesita de noche y que finalmente dejó de tocar. Volvió a acostarse sobre el delgado colchón, concentrándose en el latido de sus sienes y el amargor de su boca, síntomas de resaca. Se maldijo por insistir en beber, sabía ser inútil intentarlo, su cerebro no le permitía emborracharse como le hubiera gustado, pero lo necesitaba. Tuvo que intentarlo. Particularmente en esa noche había necesitado, mucho, escaparse de su realidad, pero, solo para variar, falló.

—¡Maldito cerebro!

Buscó la cuerda que le servía de soporte y se alzó de la cama. Usó sus brazos para tirar las piernas del colchón y tocar la alfombra con los pies. Apoyó los codos sobre las rodillas, apoyó la cabeza entre las manos y se pasó la lengua por el paladar.

—¡Maldito cerebro! —maldijo por segunda vez—. Tantas neuronas en este cerebro de mierda, y ninguna de ellas puede controlar los movimientos de esas piernas inútiles. —Se revolvió el pelo negro con las manos, sacudió la cabeza con nerviosismo, miró al techo y gritó—: ¡AAAAHHHHHHH!

Con su brazo izquierdo, llegó a la silla de ruedas que lo esperaba todas las mañanas desde que había resultado herido diez años antes. Usando una segunda cuerda suspendida sobre la silla de ruedas levantó su cuerpo de la cama y se sentó en su trono privado. «*Un trono degradado para un rey depuesto*», solía decir con amargura.

El móvil volvió a sonar. Lo ubicó en el piso, a medio camino de estar escondido debajo de la cama. Tomó el brazo de extensión que estaba

acomodado en el lado derecho de su silla y, con dificultad debido a la superficie lisa del dispositivo, logró colocar el teléfono al lado de la silla, dobló el costado de su cuerpo, extendió su brazo derecho y lo tomó.

—Doctor Rogelio —dijo con voz grave.

—Ah, gracias a Dios, ¡respondiste!

—Bueno, Rafaela. Acabo de despertarme, ¿podemos hablar más tarde?

—¿Dónde estás? —preguntó ella, ignorando la petición de Rogelio.

—En Uganda.

—¿Dónde es eso?

—África. ¿Qué quieres, Rafaela?

—Mi hermana morirá si no vuelves a Brasil hoy.

Rogelio ya sospechaba de qué se trataba. Desde el momento en que había empezado a andar con Rafaela, había estado advirtiendo sobre el comportamiento abusivo de Arthur. Nunca le prestaron atención. Después de todo, para ellos, Rogelio era solo el playboy malcriado que no sabía nada sobre la vida y que no tenía derecho a entrometerse en lo que no era asunto suyo.

—¿Se requiere mi presencia en una negociación de secuestro? —bromeó Rogelio.

—¡Por favor, Rogelio!, no me vengas con tu humor ácido en un momento como este

—Rafaela, estoy acampado en medio de África, cuidando a personas realmente necesitadas. Justo ayer, una niña de diez años murió en mis brazos. No me siento inclinado a cambiar mis planes, no me importa por qué estúpida razón Manuela esté en problemas.

Escuchó los sollozos provenientes del otro extremo de la línea. Rafaela parecía llorar convulsivamente. Todavía recordaba cómo ese llanto sincero solía tocar su corazón. Había amado a Rafaela. Por las razones equivocadas y por muy poco tiempo, pero la había amado.

—Por fa-vor, Rogelio… Por-fa-vor…

Rogelio miró hacia fuera de la tienda, el día amanecía en el pequeño distrito de Oyam y no le prometía mucha alegría al médico. Recordó el cuerpo de la niña que había muerto de tuberculosis en sus brazos la tarde anterior. Tanto estudio, tanto esfuerzo, tanto tiempo para estar allí, para tratar de hacer la diferencia… todo se mostraba inútil. Todo parecía inútil al ver el cuerpo de esa niñita convulsionándose en sus brazos.

Sus brazos tan inútiles como sus esfuerzos, ya que eran inútiles si no pudiera levantarse del suelo polvoriento y llevar a esa niña. Pero ¿llevar a qué? ¿Llevar a dónde? La sangre y el moco que salían de la boca de la pequeñuela denunciaban que ya era demasiado tarde. Demasiado tarde para intentarlo, aún más tarde para lamentarlo.

A lo mejor era hora de irse a casa.

—¿Qué pasó, Rafaela? —preguntó, ya decidido por el sí.



Después de finalizar la llamada, Rogelio usó un paño húmedo para limpiarse y se puso una camiseta blanca; en el camino al baño, pasó la mano por un par de pantalones holgados. En el baño químico adaptado para dejar espacio para su silla de ruedas, utilizó la tercera cuerda auxiliar que colgaba sobre el inodoro. Se sentó y esperó el entrenamiento de tantos años cumplir su papel. En cinco minutos, la orina pasaría a través de la uretra como lo hacía todos los días. Todos los días, exactamente a las siete de la mañana, Rogelio orinaba. Tomaba la misma cantidad de agua todos los días, consumía exactamente los mismos nutrientes todos los días para evitar sorpresas. Recordó que tendría que viajar ese día y lamentó la necesidad de una sonda.

Tomó el pequeño paquete estéril que guardaba en el estante del baño, insertó el tubo en la uretra, ajustó la manguera dentro de sus pantalones y ató la bolsa de recolección a su pierna derecha. Había un todoterreno programado para partir a Entebbe esa mañana. Probablemente no tendría problemas para conseguir un aventón, pero necesitaba darse prisa.

Empacó sus pocas pertenencias en una mochila grande, como las que se usan en los campamentos, se cepilló los dientes y se despidió de la amargura seca causada por el alcohol y dirigió su silla de ruedas motorizada fuera de la tienda, donde la gente se movía lenta, pero intensamente.

Rogelio formaba parte de un equipo médico-humanitario en Médicos Sin Fronteras. Había tomado la decisión de unirse a MSF hacía seis años, luego de verse obligado a abandonar los centros de cirugía convencionales debido a su silla de ruedas. Sus objetivos, al principio, no fueron tan humanitarios como podría parecer, pero esos objetivos no tan nobles se los aclararé más adelante.

Sentado en el asiento de un todoterreno que acompañaba a un camión que iba a conseguir suministros, Rogelio apoyó la cabeza e intentó aprovechar las siete horas de viaje que tenía por delante antes de llegar a Entebbe, desde donde tomaría un vuelo a la ciudad de Río de Janeiro.



Con la imagen del Maldito flotando en sus pensamientos como una pantalla mental irritante que necesitaba apagar, la pequeña y hambrienta Elisa salió de la cabaña donde se estaba refugiando y fue en busca del hombre aterrador que llevaba un cigarrillo encendido colgado en la comisura de su boca de labios finos y que, por alguna razón, de repente necesitaba encontrar.

La oscuridad de la noche y los ruidos de la ciudad no la asustaban. Ella tenía un gol. Una misión. Sin temor a la negrura interrumpida por las luces de la gran ciudad, Elisa avanzaba por las concurridas calles, las aceras inundadas de apresurados peatones, personas sin hogar y prostitutas como si estuviera caminando por los pasillos de la escuela donde estudiaba.

La niña no sabía, no podía sentir, pero, con ella, el espíritu de Jack *the* Artek, el doble de su padre Arthur, avanzaba. Al ver a esa pequeña humana desprotegida que corría a través de los peligros de la noche para encontrar al hombre que probablemente la llevaría a la muerte, Artek se llenó de pesar. Un pesar redentor. Un arrepentimiento que, él no sabía, lo guiaría a la liberación, pero en ese momento, ninguna alma estaba más lejos de la libertad que él. Estaba atrapado en los ojos desprotegidos de la que podría haber sido su propia hija. Intentó, en vano, devolverla a la razón.

—Elisa, cariño, vete a casa. Tu tía puede cuidarte.

Pero Elisa no escuchaba. Se movía resueltamente por el campo, siguiendo los sentidos de los cazadores, cuando la magia de Ruan fue abrumada por el más primitivo de los instintos humanos: el hambre.

Cuando pasó junto a un asador, la niña escuchó gruñir su estómago y sintió que su interior se retorcía ante el irresistible aroma de carne asada. Se detuvo y aspiró el aire. Dejó que ese olor la penetrara, la dominara. Su boca se hizo agua, y la niña no se sorprendió cuando el hombre extraño, que se había detenido a su lado, le preguntó:

—¿Tienes hambre?

La inocente simplemente asintió.

Sus ojos perdidos despertarían la misericordia del *daemon* más insensible, pero esa criatura no era un *daemon*, era un humano, y algunos humanos no conocen la misericordia.

Artek reconoció la energía maligna del hombre que se había acercado a la niña, pero, sin poder hacer nada, se vio obligado a verla aceptar la mano que el desconocido le tendía como un bote salvavidas y que le prometía un refugio seguro y lleno de comida.



Mientras Rogelio, que ya estaba en el aeropuerto de Entebbe, intentaba descubrir la forma más rápida de llegar a Brasil; en el Centro de Cuidados Intensivos de un hospital privado en Río de Janeiro, Rafaela tocaba suavemente el brazo de su hermana.

—No te preocupes, Manuela, ya viene Rogelio. Si alguien puede ayudarte, es él.

Dejó a su hermana, salió del hospital y observó la noche. Parecía ofrecer una oración silenciosa al universo pidiendo que su sobrina fuera encontrada. Pero el nudo en su garganta requería un estallido, por lo que fue a la estación de policía donde Arthur estaba encarcelado. Necesitaba verlo. No puedo decirles por qué, tal vez quisiera una explicación, tal vez quisiera entender, tal vez solo quisiera mirar al hijo de puta encarcelado.

Estaba tarde, pero Rafaela conocía al personal de la estación de policía, por lo que no fue difícil entrar a visitar a su cuñado.

—¡Rafaela! —dijo Arthur. Parecía casi aliviado al ver esa cara familiar—. ¿Cómo está Manuela? ¿Encontraste a Elisa?

Rafaela se acercó. Ella lo miró a los ojos y, sin responder las preguntas de Arthur, lanzó la suya:

—¿Por qué, Arthur? ¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué no te separaste y dejaste sola a mi hermana?

—No sé, Rafaela. No se parecía a mí. Sé que eso te suena como mierda, pero así es como me siento. No pude controlarme. Sentía que estaba en el lugar equivocado, mezclándome con las personas equivocadas. Cuando conocí a Sol…

—¿Se llama Sol, la zorra?

—No hay zorra, y ¡no hables así de ella! —respondió Arthur, con el dedo levantado, apuntando contra la nariz de su cuñada a través de los barrotes.

—¿Qué? ¿También me vas a pegar, Arthur? ¡Órale! —Giró el cuerpo hacia el carcelero y pidió—: ¡Ábrelo aquí, porque voy a darle una lección a este bastardo! ¡Quiero ver si es un hombre!

Más tranquilo, Arthur se alejó de los barrotes.

—Lo siento, Rafa. De eso es de lo que te estoy hablando. Cuando escucho o veo a esa chica…, me voy. No me parezco a mí. Cuando la vida está normal, cuando todo está bien… No sé…. Hay unos momentos en que tengo una necesidad que no es mía de ver a esa mujer, y no puedo controlarme. Se siente como si uno me estuviera soplando algo al oído. Te lo juro. Como si tuviera mi propio demonio.

—El único demonio que conozco me está mirando a mí, Arthur.

Arthur suspiró, apoyó la cabeza contra los barrotes y rogó:

—Por favor, dime que Manuela estará bien.

—Estará. Yo me encargaré de eso, y luego, me encargaré que ella nunca más se acerque a ti.



Debidamente acomodado en su asiento, Rogelio se despidió de África con una larga mirada a través de la ventanilla del avión. Había encontrado en ese lugar una razón para seguir viviendo después del accidente que le había quitado el movimiento de las piernas, aunque la razón encontrada no era exactamente la que lo había impulsado.

Poco después de su accidente, Rogelio experimentó casi todas las etapas de la pérdida: se negó a aceptar el hecho, se concentró durante meses, estaba seguro de que tendría la capacidad de ordenarle a sus piernas que funcionaran, sintieran, se movieran nuevamente; cuando falló, se sintió abrumado por la ira, especialmente la ira consigo mismo, la ira por haber ignorado los signos de su cuerpo y subirse a ese maldito caballo, ese maldito día; la ira por haber cedido a las presiones de Rafaela para encajarse en ese mundo ostentoso en el cuál nació y que siempre había despreciado, enojado por tener un cerebro capaz de comprender cualquier

cosa, pero incapaz de ordenar que se moviesen músculos simples; después de la ira, la depresión llegó rápidamente y fue corta.

Cerró la persiana de la ventanilla, apoyó la cabeza en el asiento, y yo sé exactamente lo que estaba pensando. Recordó el momento exacto en que la desesperación depresiva tocó su mente.

Era una mañana soleada, Rafaela había ido a visitarlo y lo obligó a salir de la habitación para tomar sol junto a la piscina. Con la ayuda de una enfermera, colocó a Rogelio en una tumbona y le entregó una copa de güisqui. El médico sacudió la copa, prestó atención al ruido de los cubitos de hielo y, a través del líquido turbio de color almendra, vislumbró el sol que se reflejaba en el agua azul de la piscina. Practicó una sonrisa, después de todo, la vida continuaba. Luego sintió una picadura de mosquito en la mano que sostenía el vaso. Quemaba, luego pinchó. Con su mano libre, aplastó al insecto y observó el punto rojo que se había formado en el dorso de su mano. Ese punto rojo picaba, picaba mucho. Puso el vaso de güisqui en una mesa pequeña y pasó el pulgar suavemente sobre el punto rojo e irritado cuando sus ojos se posaron en sus piernas. Había dos mosquitos allí haciendo el mismo trabajo que el uno había hecho en su mano, dejando los mismos puntos rojos que castigaban el dorso de su mano izquierda. La diferencia era que no lo sentía.

Nada.

Observó impotente cómo esos insectos chupaban su sangre, dejaban marcas que se suponía que eran dolorosas e irritantes, pero no las sentía. Se dio cuenta de que una serpiente podría morderlo, pero él no lo sentiría. Dejó escapar un grito convulsivo de su garganta. Quería salir de allí, quería correr, esconderse en algún lado. Se sintió débil para pasar por esa prueba. Nunca había pensado en desearse algo tan estúpido como sentir simples picaduras de mosquito.

Se arrojó de la tumbona en el piso de baldosas y, como un soldado que transita por las trincheras para protegerse de los disparos enemigos, trató de regresar a la habitación sin que Rafaela lo notara.

—¡Rogelio! ¿Qué estás haciendo?

—¡Déjame, Rafa, ¡no aguanto más! ¡Solo déjame!

—¡Vale! Pero déjame ayudarte a volver a la habitación —dijo ella, tocando la espalda del médico, quien se arrojó a un lado y empezó a debatir sus brazos, como si tratara de defenderse de un atacante.

—¡Aléjate de mí! —ordenó—. ¡Yo no te necesito! ¡No necesito a nadie! Solo quiero volver a mi habitación.

En rendición, Rafaela levantó ambos brazos y dijo:

—Haz lo que prefieras.

Rogelio se deslizó por el suelo nuevamente usando sus brazos de tracción, llevando todo el peso de su cuerpo sobre ellos. Se cansó antes de llegar a su destino, se detuvo para recuperar sus fuerzas y sintió un calor en la base de su vientre, que se extendía sobre el lado izquierdo de su cuerpo, y ese calor se mezcló con el olor a amoníaco.

Se había orinado sobre sí mismo.

Fue en ese mismo momento que la depresión se convirtió en ira nuevamente y, una vez instalada dentro, nunca más lo abandonó.

Rogelio nunca consideró la negociación: no había nada en él que pudiera dar a cambio porque se sentía muerto.

Muerto como sus piernas.

En el lugar de la aceptación, decidió darse todo lo posible para recuperar sus movimientos, recuperar su derecho a sentir las picaduras de mosquitos, su derecho de no volver a orinar a sí mismo.

No le importaba lo que habían dicho los otros médicos. ¡Expertos de mierda! Él estaba mejor. Podría caminar de nuevo. Se iría al infierno si necesitara hacerlo.



La esperanzada mirada de Rafaela vitoreaba y, al mismo tiempo, preocupaba a su padre. Rafaela y Manuela eran su mayor orgullo. Amaba a esas mujeres como amaba su propia vida, y lamentaba el hecho de que nunca habían sabido elegir hombres adecuados con quienes compartir sus días.

Manuela había deshonrado su vida cuando decidió casarse con Arthur; y Rafaela había perdido sus mejores años con uno hijito de papá. El policía federal retirado nunca logró mirar a Rogelio con buenos ojos, y cuando el joven tuvo el accidente y Rafaela se negó a alejarse de él, predijo un futuro en el que su hija necesitaría cuidar a un inválido mimado. De repente, ella estaba allí, dependiente de ese hijito de papá nuevamente, y precisamente por un tema tan importante y delicado.

—Rafa, no tengas esperanzas, todos los médicos dijeron que no hay manera. ¿Por qué crees que Rogelio logrará algo?

—Ya, pa, ya… Nunca te gustó Rogelio. Cuando dejes de ser terco, comprenderás lo talentoso que es.

—No niego que el chaval ha cambiado después del accidente, pero si fuera tan bueno, habría logrado caminar nuevamente.

Rafaela sostuvo la réplica. Todavía estaba bajo los efectos de la ira que había sentido cuando había ido a visitar a Arthur, y no quería pelear con nadie más. Sabía que Rogelio se había dado por vencido, no porque no pudiera encontrar una solución. De hecho, Rafaela sabía que el médico se había acercado mucho. Rogelio se dio por vencido porque encontró algo que lo deleitaba aún más y estaba decidido a perseguir esa cosa. Tal vez su estadía en África lo hubiera suavizado —Rafaela lo percibía por el tono cada vez más suave y filantrópico de los mensajes del médico—, pero ciertamente no había disminuido su capacidad ni su conocimiento.

Siguió pensando en todos los experimentos que ella había presenciado antes que el medico descubriera lo que llamó de Portal Interdimensional y, en opinión de ella, empezado a volverse loco. En ese momento, pensó que Rogelio tendría que ser admitido en alguna institución. Estaba completamente obsesionado con esa idea. La idea de que había otros mundos, y que él podría cruzar a al menos uno de ellos.

—A ver, ¿por qué quieres cruzar? —Rafaela había preguntado una vez.

—Para encontrar mi otro yo.

—¿Otro tú?

—Un Rogelio que vive en una realidad diferente, un Rogelio que todavía tiene piernas.

—Vale. Y ¿qué vas a hacer cuando encuentres a este supuesto Rogelio con piernas?

—Tomaré su cuerpo para mí.

Rafaela recordaba perfectamente el día en que se despidió de su novio con la advertencia de que, si él se fuera en busca de esa locura, podría olvidarla para siempre. Rogelio no se dignó a responderle. Le dio la espalda y se dirigió hacia la puerta de salida hacia un destino que ella ignoraba.



Rogelio también recordaba ese día. El día que salió del Brasil para tratar de encontrar su doble en otra dimensión. Rafaela podría pensar que estaba loco, pero él estaba seguro de sus descubrimientos. Todo lo que necesitaba hacer era encontrar el lugar correcto para hacer la transición entre los mundos, y sus estudios le habían demostrado que el África tenía muchos de esos lugares.

Comenzó su expedición independiente al sur del continente, buscó por Sudáfrica, fue a Botsuana, luego a Zimbabue y Zambia donde los campos magnéticos estaban muy fuertes, luego se aventuró a Mozambique. No tardó mucho en darse cuenta de que ese no era el lugar, tomó el camino nuevamente a Tanzania, luego a Kenia, y cuando llegó a Uganda, no pudo salir.

Estaba seguro de que la fuente de toda su búsqueda estaba allí. La razón por la que había viajado estaba allí, pero también allí, en el pequeño Distrito de Oyam, estaba una nueva razón para vivir y empezar de nuevo.

No es que Rogelio lo haya notado de inmediato. Cuando las ruedas de su silla comenzaron a dibujar el suelo polvoriento detrás del rastro de energía que podría llevarlo al final de sus búsquedas, el médico notó un perfil convulsivo de lo que, a esa distancia, se parecía a un cuerpo humano chiquito.

Solo parecía.

El baúl estaba demasiado voluminoso, parecía inflado como un globo; las extremidades estaban demasiado delgadas; la cara, demasiado hundida. Todo sobre esa forma humanoide estaba demasiado para hacerlo creer que se trataba de un humano real. Dirigió su atención a esa criatura que se agitaba en el suelo, de mala gana al principio; su única motivación era la curiosidad personal, quería asegurarse de que la criatura era humana.

El camino trazado por las ruedas de su silla fue acompañado por el interés del descubrimiento y el asombro de saber que ese tipo de escena era tan común en el pueblo, que nadie estaba dispuesto a ayudar. La forma humanoide luchaba, y la gente pasaba, extendía una mirada resignada y seguía. Esa alma dejaría su cuerpo y no tendría impacto en el mundo. La única persona a la que parecía importarle que ello estuviera luchando en el suelo de tierra era una mujer hincada a poca distancia de la criatura

humanoide. Su mirada era triste, pero también resignada. Esa mirada decía que dolería, que dolería como el infierno, pero, a través de ese infierno, también, ella pasaría.

Lo suficientemente cerca como para asegurarse de que la pequeña criatura que luchaba en el suelo era un humano legítimo, aunque maltratado y desnutrido, Rogelio prestó atención al panorama general. Se dio cuenta de que el niño estaba anafiláctico, parecía tener una fuerte reacción alérgica. De tantas razones para morir en ese lugar, la anafilaxia parecía ser la más ridícula de ellas.

Afortunadamente, Rogelio tenía su suministro de primeros auxilios bien abastecido. Se tomó una jeringa de epinefrina, se tiró al suelo e inyectó el medicamento en el frágil y espasmódico cofre. Poco a poco, el niño se calmó, ya no necesitaba luchar para respirar, y sus espasmos fueron reemplazados por una respiración rápida al principio, pero que terminó convirtiéndose en un ronquido que se transformó en un sueño tranquilo. El pobre niño estaba exhausto.

La señora que, justo antes, había estado arrodillada a poca distancia, miró desde el cuerpo convaleciente que yacía en el polvo hasta el extraño que yacía en el suelo y que se apoyaba en su brazo izquierdo mientras, con la mano derecha, medía los signos vitales del niño, y luego a la jeringa arrojada al lado del delgado brazo del chiquillo. El brillo de sus ojos húmedos adquirió nuevos tonos, y esa jeringa se convirtió en una espada frente a sus ojos de madre, y ese hombre sin piernas se convirtió en un salvador. Se arrastró hacia los dos, tomó la mano derecha del médico entre sus manos negras y secas, y la levantó hacia su pecho mientras repetía una y otra vez: «*Mikono heri*».

En inglés, Rogelio le explicó a esa señora que no hablaba suajili, por lo que ella señaló donde el doctor vio el contorno parpadeante de lo que parecía ser un pueblo de tiendas protegido bajo una bandera que reconoció como del equipo de Médicos sin Fronteras. Con cierta dificultad, se subió a su silla de ruedas, guardó el botiquín de primeros auxilios, hizo señas a la señora para que lo ayudara a acomodar el cuerpo del niño en su regazo, recordó la jeringa arrojada al suelo y luego volvió a señalar a la señora que le diera el pequeño objeto. De lado a lado, se dirigieron al equipo médico.

Rogelio no tardó mucho en enamorarse de esa misión, las miradas de agradecimiento que le dieron los lugareños lo hicieron sentirse útil, importante. Eran casi devocionales. Le gustaba tener una legión de fieles.

Se acostumbró a que le besasen las manos y escuchó, muchas veces más, la expresión *mikono heri* que, con el tiempo, aprendió que significaba «manos benditas».

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 11

Ruan antes del Maldito

NO QUIERO SONAR COMO UN DISCO RAYADO, pero no está de más aclararlo: el Río de Janeiro donde había crecido el Maldito estaba en el universo paralelo de los *daemons*, y no todo era como en el nuestro. No se aburran con mis repeticiones, se los pido, yo sé que la historia es larga, pero no quiero que se les pase alguna información sin que la entiendan perfectamente. Los detalles son importantes.

A primera vista, con poca atención, el Río de Ruan era bastante similar al nuestro, pero cuando uno miraba más de cerca, podía ver las diferencias. Algunas muy sutiles, casi bobas. Por ejemplo, en el mundo de Ruan, no había Cristo Redentor con los brazos abiertos a la Guanabara; no porque ellos fuesen «demonios» o seres malvados, sino porque su Universo tenía una Historia diferente, su esencia era diferente y, principalmente, porque los *daemons* generalmente no adoran a los héroes o necesitan salvadores; los *daemons* no se aferran a los íconos; los *daemons* buscan ser, ellos mismos y cada uno individualmente, sus proprios ídolos.

La justicia también era privada. El estado interfería cuando la sociedad se veía afectada y el colectivo estaba en riesgo. En el caso de Ruan, que había demostrado una sed de poder tan exacerbada, el Estado tuvo que intervenir; así como en el caso de Marysol, quien, como aventura y desafío, terminó robando un objeto de magia antigua demasiado peligroso. Lo que me recuerda a la guitarra, y sé que aún no he explicado el origen y el poder de ese instrumento desafinado, pero, se les pido paciencia, por favor: todo a su debido tiempo.

Por ahora, volvamos al Río de Janeiro de Ruan. Los habitantes del mundo *daemon* evitaban andar armados —la violencia existía, por supuesto — y esto se daba por una simple razón: todos manejaban la magia y eran poderosos, así que casi nadie estaba dispuesto a correr el riesgo de recibir

un disparo y morir. Para muchos de los *daemons*, la vida en un estado encarnado es una. Aunque creían en la energía y en la posibilidad de la eternidad de un espíritu, valoraban mucho el cuerpo. La vida era una sola cosa: la materia era espíritu y el espíritu era materia. No consideraban la división hecha por los humanos, ni entenderían nuestro escepticismo hacia otros universos, paralelos o no. En resumen: ciencia, magia, religión, las ponían todas juntas y no las complicaban.

Ruan era el único hijo de una pareja de abogados; su padre se llamaba Raúl y su madre, Ernestina. Es decir, Ruan era el único hijo biológico, pero la pareja tenía otras dos hijas adoptivas, una de las cuales era Irina. Para los *daemons*, había una gran diferencia entre los niños adoptados y no adoptados: los primeros eran preferidos, porque eran los niños elegidos, los hijos del alma, que no eran impuestos por la genética y la naturaleza. Las familias más cercanas de *daemons* se formaban por elección, como la banda de Marysol, por ejemplo. Las familias de sangre eran una especie de vehículo para que sus linajes naciesen y se perpetuasen. No es que odiasen o no les gustasen sus parientes consanguíneos, pero valoraban más los lazos formados por encima de los naturales.

Ruan era bisexual, como la mayoría de los *daemons*. A pesar de esto, de esta bisexualidad, ellos naturalmente elegían un sexo u otro. También había heterosexuales que ni siquiera consideraban tratar de relacionarse con *daemons* del mismo sexo, no por prejuicio, simplemente no se sentían atraídos, y lo mismo sucedía con los *daemons* homo afectivos.

Sé que quizás no estén interesados en la sexualidad de los *daemons*, pero créanme, hay una razón por la que les estoy explicando todo esto.

Cuando una pareja homosexual quería tener hijos de su propia sangre, había una solución, inusual, es cierto, para las parejas femeninas: la transmutación. Consistía en que una hembra se convirtiera en un *daemon* masculino y fertilizara a la otra. Los homosexuales masculinos no podían realizar este tipo de magia, porque un *daemon* macho no podía seguir siendo hembra durante el tiempo necesario al embarazo.

Ruan pasó su adolescencia follando, drogándose y estudiando magia. Mucha, mucha magia. Por supuesto que la magia era natural para los *daemons*, cada uno con su don, pero el chaval estudiaba porque no se ajustaba a lo que la naturaleza le había dado. Quería más de lo que sus simples dones naturales podían proporcionarle. Quería TODOS los dones, quería TODOS los poderes. Quería dominar TODAS las formas de magia.

Para él, era todo, porque, de lo contrario, sería nada.

Y Ruan no se conformaría con el nada.

Si él no dominara, sería como decir que estaba siendo dominado.

No quería ser un *daemon* cualquiera, quería ser El *Daemon*.

Quería aparecer en los libros, dejar su legado como los viejos maestros que tanto estudiaba.

Voy a hablarles sobre uno de esos antiguos maestros que fascinaban a Ruan, porque fue debido a ese maestro que su camino se desvió para que conociera a la Bandolera.

Un maestro llamado Apollon.

Apollon había perfeccionado la magia curativa; el único mal en un cuerpo físico que tal maestro no había podido revertir era la muerte. Según los libros, a pesar de los intentos agotadores e interminables, Apollon nunca había logrado resucitar a un *daemon*. Profundizando en sus estudios, Ruan descubrió, sin embargo, que Apollon había logrado vencer la muerte. Al menos la suya. Pero, ante tal hazaña, el maestro, como *daemon* decente que era, se dio cuenta de que ese tipo de poder traería un gran desequilibrio y haría que la rueda del Universo girara fuera de paso, por lo que, una vez resucitado, cruzó a otra dimensión, donde emergió como un dios.

A los dioses se les permite resucitar; cuando la magia proviene de los dioses, los mortales la llaman milagro y nunca intentan tomar ese poder para sí mismos. Como dios, Apollon no perturbaría el equilibrio universal, y el secreto de su magia permanecería protegido.

Pero Ruan no estaba apegado a la ética; un detalle como la moralidad nunca interferiría en los planes del Maldito.

—¿Por qué resucitarme, si puedo nunca morirme y seguir siendo joven y poderoso?

Nunca morirse. Ni siquiera por las manos de sus iguales. Esa idea deslumbraba al Maldito, y él dedicó todo su tiempo a alcanzar ese objetivo. Quería ser un verdadero inmortal. Estaba tan seguro de que tendría éxito que, cuando era adolescente, mencionó su proyecto de vida en la escuela. Al igual que con muchos genios —y muchos locos también—, se rieron de Ruan.

Sus colegas se rieron.

Su profesor se rió.

Tal vez, si la situación hubiera terminado en la risa desenfrenada de quienes lo ridiculizaban, Ruan no hubiera hecho lo que hizo, pero sucedió

que el profesor habló. Más que hablar, el profesor desacreditó los esfuerzos de Ruan, ignorando sus estudios y su maestro.

—¿Apollon? —dijo el profesor de biología con una media sonrisa que no pudo ocultar lo ridículo que le pareció la hipótesis planteada por el chaval—. ¡Apollon fue un tonto! Pasó tanto tiempo persiguiendo esta ilusión de poder resucitar a otro *daemon* que se volvió loco. Causó el accidente que lo mató. Murió como el loco y engañado que era.

Fue cuando Ruan se echó a reír. No la risa abierta de sus colegas; era una risa helada y serpentina.

—Eres un gilipollas, un ser limitado y sin visión.

Sin caer en la réplica, el profesor levantó el dedo índice hacia Ruan para enviarlo a la sala de detención, pero no pasó nada. Confundido, el profesor volvió a señalar con el dedo, con más énfasis, con más fuerza, con todo lo que tenía. Ruan no se movió. Permaneció allí, en medio de la clase, con esa sonrisa calumniosa en sus labios.

—Cómo… —empezó el profesor

—¿Se le acabó la batería, profesor? ¡Eeeeh, güey! Batería baja, magia baja.

En el medio de la sala, Ruan exudaba poder. Un poder incompatible con su juventud. Los estudiantes miraban la escena. No. Los estudiantes lo miraban a él.

Absoluto.

Vehemente.

Terrible.

Inclemente.

…

Irresistible.

En poco tiempo, todos en la clase quedaron atrapados en su encanto, demasiado fascinados por su aura profusa. La llamada de esa aura era imperativa, obligatoria, ineludible. Sin ninguna oposición, Ruan caminó hacia el profesor. Todos los ojos lo siguieron, excepto el del mismo educador, que estaba paralizado.

Ruan estacionó frente a él. Pasó el dedo índice por el costado de la cara del *daemon*, jugó con su perilla y pasó suavemente el pulgar por sus labios, haciendo que se abrieran ligeramente. Echó un vistazo al cuerpo bien hecho del petrificado profesor y, con un breve movimiento de su mano,

hizo que se cerrara la puerta. El clic de la cerradura que condenó a toda la clase no causó ningún impacto. Los que estaban allí solo tenían ojos para él.

—Estás casado, ¿no? —preguntó al profesor inmóvil—. Con una profesora, ¿verdad?

Rodeó el cuerpo del profesor, un *daemon* adulto y heterosexual; se detuvo detrás de él y, con la boca cerca de su oreja, respiró hondo y pasó las manos por el torso del educador, al mismo tiempo que le observaban las miradas perdidas entre la emoción y la impotencia.

Su audiencia no le presentaba riesgo.

Estaban débiles.

Frágiles.

Flojos.

…

Sin pelotas.

—A tu esposa profesorititita también le gusta humillar a los alumnos, ¿profesor? —susurró al oído del hombre incapaz hasta de temblar de miedo.

Cualquiera que mirase al adolescente sin barba, casi sin encantos, que se ponía tan imperiosamente detrás de un *daemon* adulto cuyo trabajo era educarlo, nunca diría, con solo esa mirada, la fascinación que causaba su aura de poder. Solo aquellos en esa clase sabían lo imposible que se ponía reaccionar.

Estaban embelesados.

Azorados.

Enfermos.

Necesitaban saber hasta dónde llegaría esa situación; necesitaban el siguiente movimiento, la siguiente palabra de Ruan.

—Pues yo te mostraré lo que es humillación —dijo el Maldito.

El siguiente sonido que cortó el aire fue el bajar de la bragueta de los pantalones de Ruan. Al igual que con el clic de la cerradura, ese sonido tampoco le sobresaltó a la clase. La masa estaba hechizada, perdida, caída…, abombada.

Desde sus pupitres, los estudiantes observaban la escena de cerca. No estaban conscientes de la desesperación en los ojos del profesor que se inclinaba y se apoyaba sobre su escribanía con los codos; no les importaba el escandaloso grito que salió de su garganta y se mezcló con los sumisos gemidos de uno que no podía controlar ni siquiera su propia voz; no prestaron atención al rostro sacrificado por la consternación.

No.

Solo tenían ojos para Ruan, que iba y venía con mayor velocidad.

Entraba poderoso, salía victorioso.

Entraba enérgico, salía campeón.

Entraba fuerte, salía triunfante.

Entró con vehemencia, y cuando finalmente se fue por última vez, dejando una parte de sí mismo en la espalda de un hombre caído, Ruan se puso iluminado.

Lanzó su mirada a la masa que todavía estaba atrapada bajo su hechizo, cerró la bragueta, sonrió y dijo:

—Disfrutasteis, ¿verdad? —Extendió la sonrisa amistosa a las miradas aún seducidas de sus colegas y caminó hacia el centro de la clase. El clic de la cerradura anunció que estaban libres para irse, pero nadie se movió.

Y el Maldito sabía que no se moverían.

No podían.

No querían.

Necesitaban ver.

Frente a sus colegas, ante su profesor paralizado por la humillación, Ruan hizo su transición de adolescente a adulto. Estiró los brazos hacia los lados, y lo que había sido clase de repente se había convertido en el escenario donde mostró su nueva cara, su nuevo cuerpo y el encanto que lo haría irresistible para casi cualquier otra criatura. El Ruan que, poco después, conocería a la Bandolera.

Satisfecho consigo mismo y con su nuevo cuerpo, aún más, contento de haber hecho que todas esas criaturas mediocres y miserables lo vieran transformarse, Ruan bajó los brazos y se dirigió hacia la salida.

—Sois afortunados, porque no soy egoísta. —La puerta se abrió, Ruan se detuvo debajo del marco y pronunció su condena—: ¡Pasadlo bien!

Dio la espalda a la banda de estudiantes que se habían transformado en una feroz mafia, ansiosos de placer. Antes de cerrar la puerta detrás de sí, se detuvo para ver a sus títeres arrastrándose unos sobre los otros como animales en celo.

Como ya les dije, la justicia en la sociedad *daemon* era privada. En lo que respectaba al Estado, Ruan, a pesar de haber cometido un crimen atroz, solo se había buscado justicia y se defendido de la humillación que el profesor y sus colegas se le habían impuesto. Para el Estado, si los involucrados se sintiesen violados, ellos mismos deberían hacer su propia justicia.

Por supuesto que, si no hubiera pasado de adolescente a adulto al final de ese episodio, Ruan habría sido castigado de acuerdo con las regulaciones escolares. Sin embargo, como adulto, era solo un *daemon* ciudadano que se había defendido de un ataque. Y así estalló una guerra abierta entre Ruan y esa clase. Ellos intentaron hacer justicia uniéndose para atacar a el Maldito con magia retributiva, pero él era demasiado fuerte y el ataque resultó infructuoso.

Por supuesto también, que todo ese episodio acabó por tornarse un escándalo, y llegó al punto en que el Estado se vio obligado a intervenir. Era cierto que no había sido el adulto quien realizó el acto; pero también era cierto que había sobrepasado los límites de su derecho de defensa. Entonces, para sortear esa situación y no enmarcar a Ruan como un miembro potencialmente peligroso para la sociedad, se le hizo una propuesta: tendría que ayudar al gobierno mexicano a arrestar a una pandilla peligrosa que estaba se pasando en aquellos rincones.

Al principio, no le gustó la propuesta. Pero cambió de opinión cuando le mostraron la foto de la líder de los pandilleros, la ladrona Marysol Barbueno.



En posesión de las fotos de todos los miembros de la pandilla, el Maldito yacía en su recámara a casa de sus padres, con los pies todavía calzados, las piernas cruzadas y una foto de cada uno de sus objetivos en la mano. A cada uno de ellos, Ruan dio su propio veredicto como si informara un diagnóstico a un paciente:

—Tarada... —dijo mientras miraba la imagen de Pele, antes de tirar la foto al suelo.

—Estúpido borracho. —Sobre JB, otra foto lanzada.

—Un bueno para nada. —Y la foto de Jack *the* Artek se fue volando.

—Deliciosa, machorra y gruñona. —Hablaba sobre Diana, pero no soltó la foto, la dejó a su lado y miró a la última, su líder.

—Fuerte, guapa, pero no sabe el poder que tiene…

Ruan pasó mucho tiempo con esa foto en la mano. No sé qué estaba buscando, si pensaba que era posible descifrar a Marysol a través de una fotografía, pero fueron largos minutos de contemplación.

En la foto, la Bandolera estaba vestida de negro, el sombrero de vaquera ligeramente inclinado entre la frente y el lado izquierdo; estaba apoyada contra una cerca, una de las espuelas de las botas se destacaba en el talón apoyado más alto en la madera. Sostenía un cigarrillo hecho a mano en la mano izquierda. En la cintura, dos revólveres, uno a cada lado. Miraba al fotógrafo y estaba seria, casi amenazante.

—Estoy contando las horas, Marysol… contando las horas. —Pasó el pulgar sobre la cara de la Bandolera—. Tienes esa cara ruda, pero te voy a domesticar. Ni que me cueste irme a ese calor infernal y montar a un caballo. —Se sentó en la cama, apoyó los codos sobre las rodillas, pero mantuvo la vista fija en la foto—. Con tantos lugares en México, tuviste que irte al desierto… Tenía que ser el lugar más difícil… ¡Maldita bebedora de agua de cactus!

Él sabía que la tarea impuesta por la justicia de los *daemons* era una forma de hacer que los malos se destruyeran a sí mismos. Si llevara la banda a las autoridades, vale; si la banda lo terminara, vale también.

—Pues, así es como funciona: los degenerados se destruyen a sí mismos, y los correctos observan desde la parte superior de sus pedestales —dijo, finalmente abandonando la foto de Marysol en el colchón y empacando sus pocas pertenencias para el viaje.

Cuando lo pienso, no creo que «degenerada» sea la palabra más correcta para definir la Bandolera. Creo que «inconsequente» sea más apropiada. Ella solo quería divertirse. Tal vez una parte de ella quisiera enfrentar a su padre, pero ni uno de sus crímenes estuvo cerca de lo que Ruan le había hecho a esa clase, ese profesor, a su propia banda.

Marysol no atacó a nadie, no ofendió personalmente a otros. Ni ella ni nadie más en su banda. Simplemente les gustaba vivir una vida sin reglas; les gustaba sentir placer a través del peligro. Según el Estado, los afectados por sus pequeños robos podrían hacerse justicia por sí mismos o aceptar el hecho de que habían sido lesionados.

Lo que atornilló a la Bandolera y la puso directamente en la mira del Estado fue haber puesto las manos en esa guitarra.

Cuando ella lo hizo, ya se hablaba mucho sobre las hermanas Barbueno. Las historias, las más increíbles, corrían de boca en boca hablando de las ladronas a quienes no les gustaba usar magia en sus robos. Todos sabían quiénes eran, y varios carteles de WANTED se encontraban en las paredes y estantes de los más diversos salones con fotos de Marysol y Diana. Conociendo las preferencias de la Bandolera, varios vigilantes pagaban por los carteles en los salones para pegarlos junto a las botellas de tequila para que fuera reconocida donde se detuviera a beber. Esos carteles no funcionaron porque, de hecho, a los propietarios de estos establecimientos hasta que les gustaba la Bandolera, les gustaba su forma de vida divertida. De hecho, esos carteles hicieron que la Bandolera y su hermana ganasen algunas dosis gratis de tequila. Pero entonces, Marysol fue tomada por ese inexplicable deseo de tener a la guitarra. Inexplicable incluso para ella misma, debo decirles. La magia nunca había sido un tema que le interesara a ella; por lo tanto, los objetos mágicos no figuraban en su lista de deseos. Pero un día tuvo ese sueño…, un sueño tan claro que ni siquiera parecía un sueño, fue como una…, no sé…, revelación.

¡Eso!

Marysol tuvo una revelación y SABÍA que DEBÍA tener a esa guitarra.

La guitarra era ELLA.

Organizó la banda y, juntos, invadieron el Museo de Historia y Magia. Sería solo otro robo si la guitarra no fuera un poderoso y antiguo instrumento mágico que le daría a su dueño un poder mágico que podría usarse contra cientos de *daemons* al mismo tiempo; y esto, imposible de negar, era un problema para el Estado. Cuando la seguridad de muchos estaba en riesgo, la justicia *daemon* ya no era privada.

El problema que encontraron las autoridades para arrestar a Marysol fue el mismo que los vigilantes privados habían encontrado: ella tenía la simpatía y hasta la complicidad de algunos. Por esta razón, nuestra Bandolera continuaba tomando tequila gratis y practicando sus robos, que culminaron con el envío de Ruan tras ella.

Un poderoso mago contra una ladrona contraria a la magia, pero que poseía un instrumento mágico poderoso.

Antes de acostarse esa noche, la noche antes de su viaje a México, Ruan echó un último vistazo a la foto de Marysol.

—Tienes todo lo que deseo en una mujer: fuego, fuerza y desprecio por lo convencional. Me libraré de ese grupo de inútiles que te sigue, y tú y yo nos haremos cargo de los mundos.

Todos ellos.



Bueno… Suficiente hablar sobre el tiempo de Ruan. Cada vez que pienso en cómo las cosas podrían haber sido diferentes para la Bandolera si ese sinvergüenza nunca hubiera aparecido, siento tanta ira, tanta rabia. Es que Marysol es muy importante para mí, ella siempre ha estado aquí, en mi mente, en mi corazón… ella… Se les ofrezco una disculpa: no debo dejarme llevar por las emociones.

Volvamos a nuestro Río de Janeiro, donde Ruan invadió el mundo periodístico causando un alboroto sin precedentes. Primero, por Cindy. ¿Se acuerdan de ella?

Cindy era un signo de interrogación para la policía y los médicos.

Un signo de interrogación gigantesco, vivo e histriónico que estaba decidido a decirle a cualquiera que quisiera —y que no quisiera— escucharla, sobre el hombre infernal con rostro de príncipe azul que la había convertido en mujer.

—¡Ahora yo tengo coñito, *people*! Necesito ganarme *money* con esta mierda.

Y así lo hizo. Trató de usar su parte femenina recién adquirida para que la vieran; ya estaba disfrutando de su nueva condición como mujer. Hizo planes para posar desnuda, tal vez participar como protagonista en alguna telenovela o ser invitada a un *reality show*.

Por supuesto, la aceptación de su nuevo cuerpo no fue inmediata, pero el aprecio por la fama, sí. Le encantaba ser el centro de todas las atenciones. Se acostumbró a ver su rostro en las pantallas, o impreso en revistas. Al principio eran revistas de noticias, luego pasaron a revistas de chismes, y ella empezó a ser tratada como una famosilla. En la Lista-B de famosos, aun así, en la lista.

Comenzó a vivir en los medios y a aceptar cualquier invitación que recibiese de los canales de televisión. Una de esas invitaciones fue de un programa de variedades sensacionalista grabado en la estación que Ruan había tomado por asalto. El Maldito se echó a reír cuando se dio cuenta de la pequeña forma de su primera gran hazaña mágica en este mundo.

—Realmente, la vanidad no tiene límites —murmuró, mientras veía la entrevista.

—Entonces, Cindy, cuéntanos esta historia. ¿Es cierto que te llamas Cristiano? —preguntó la entrevistadora.

—¡No, *my love*! Yo me llamaba Cristiano, pero ya no puedo llevar ese nombre, ¿verdad? No con ese cuerpecito aquí.

—Entonces, cuéntanos cómo conseguiste este cuerpecito.

—Mira. Estaba yo allí, haciendo mi *job* con mi amiga Charlene… —Afectada, Cindy miró a la cámara, se llevó la mano a los labios y lanzó un beso—. ¡*Kisses*, Charlene! —Volvió su atención a la presentadora y continuó—: Así que estaba yo allí, toda guapa, danzante y catita, con mi falda suuuper corta, cuando llegó ese delicioso bombón. Charlene se quedó súper enojada porque él me eligió a mí, pero mira, Charlene… —Volvió a mirar a la cámara—. Al menos nadie te quitó tu polla, Charlene, piénsalo la próxima vez que te enojes por un *job* perdido.

El público se echó a reír, y la presentadora, rudamente, trató de recuperar la atención de la entrevistada.

—Pero, Cindy, háblame más sobre ese delicioso bombón.

—¡Ah, estaba di-vi-no! Alto, con el pelo…

Cindy se interrumpió, parecía que había visto a una aparición. Al otro lado del escenario, casi oculto por el equipo de iluminación y las cámaras, vio a Ruan, su príncipe azul, apoyando el costado de su cuerpo en una jamba. Ella se puso blanca, perdió el habla.

—Cindy? —llamó la presentadora—. ¡Cindy! ¿Todo bien?

Con la boca abierta, la pelirroja echó la cara hacia adelante y entrecerró los ojos, estaba segura de lo que acababa de ver. Nunca olvidaría esa cara.

—¡Es él! —gritó y señaló a Ruan, quien se alejó de la pared y miró, amenazadoramente, hacia la extravesti. Fue entonces cuando Cindy se desmayó, y Ruan se aprovechó del lío para desaparecer.

Otra famosilla lanzada por los *daemons* que habían llegado a nuestro mundo era Ariana Macedo, la doble de Irina, que se suponía erróneamente

que estuviera muerta.

Como director de la red de televisión, el Maldito ordenó a uno de los periodistas más respetados de la emisora que localizara a la muchacha. Quería conocerla porque, como doble de su hermana, ella tenía ciertos poderes que podrían serle útiles. Para sus subordinados, la razón, plausible, que dio, fue que sería muy interesante y bueno para la emisora si pudieran averiguar de quién era el cuerpo en la gaveta del Instituto de Medicina Legal.

Cuando Ruan recibió el archivo completo de la muchacha, el expediente vino con fotos de ella y de los miembros de su familia, y él sintió una enorme satisfacción. Dejó caer el peso del cuerpo sobre el respaldo de la silla, puso los pies sobre la mesa y miró con cierta admiración la foto del padre adoptivo de Ariana.

La foto había sido tomada de un archivo policial. El periodista le informó que el hombre nunca había sido arrestado porque era resbaladizo y tenía los mejores —o los peores— contactos en todo el mundo, pero siempre había sido objeto de investigaciones, tanto por la Policía Federal como por la Interpol.

Ruan evaluó la historia del doble de su padre, cuyo nombre era, vean qué interesante, Raúl. Igual que su padre. *Sincronicidad perfecta*, pensó.

El Raúl de nuestro mundo era un gánster involucrado en varios tipos de delitos, como el tráfico de armas y personas que parecían trabajar en España, Brasil y algunos países árabes. Un tipo elegante, rico y bastante peligroso. Ariana era una de sus varias hijas adoptivas. El hombre no tenía herederos de sangre; como si tuviera la costumbre de recoger niños.

Ariana, a su vez, no vivía con este padre adoptivo. Era una modelo poco conocida que residía ocasionalmente en Brasil, pero que había pasado parte de su vida en Argentina y otra parte en África, más específicamente, en Marruecos.

El *daemon* se quedó satisfecho por el descubrimiento.

Guardaba el archivo cuando llamaron a la puerta. Norberto Braga Filho estaba allí para advertirle que el auto que lo llevaría a una de las guaridas —como Ruan les había denominado a los muchos brotes de *daemons* híbridos responsables del destino de la población— había llegado. Norberto explicó que su asistente era un humano, no un híbrido, por lo que no los conocía.

—¿De verdad crees que no sé cómo diferenciar a un híbrido de un humano, Norberto? —preguntó el Maldito, luciendo ofendido. Norberto se aclaró la garganta con torpeza.

—¡Perdón! Es que llevo años entre ellos. Ciertamente ves mucho mejor que yo.

—Finalmente, una conclusión inteligente —dijo, ya saliendo del edificio y dirigiéndose hacia el auto, cuya puerta trasera estaba abierta y con el conductor parado a su lado, esperando a que entrara Ruan.

—¿A quién me anunciarán cuando llegue? —preguntó al asistente tan pronto como se subió al vehículo.

—Al diputado Carlos Gracciani.

Ruan llegó a la Asamblea Legislativa y, al anunciar su nombre, un guardia de seguridad lo llevó al interior.

—Señor, venga conmigo, por favor. Tan pronto como el Señor Gracciani termine de presidir la sesión, le recibirá.

—Me gustaría ver esta sesión —dijo Ruan, y el guardia de seguridad inmediatamente cambió de dirección y lo llevó al auditorio, en la parte superior, desde donde tendría una vista privilegiada de los diputados.

—Puedo llevarle más allá; aquí están los populares…

—¡No se preocupe! —Ruan dio una sonrisa encantadora y miró a las personas que estaban frente a él, prestando atención a los hombres y mujeres que decidían cualquier aspecto de sus pequeñas vidas humanas—. Estoy en el mejor lugar. Esté seguro de que le recomendaré usted al Señor Gracciani por su cortesía.

El empleado sonrió y se fue.

Entre los ciudadanos que se inclinaban para prestar atención a los diputados que pronunciaban sus votos —algo sobre una huelga de la policía —, había muchas personas con carteles que decían «Justicia», otros «Contra la corrupción», y mientras leía cada uno, Ruan luchaba por contener su risa.

Todas esas personas, todos esos humanos, pensaban que su destino estaba siendo decidido por sus iguales, pero Ruan lo sabía, sentía la potente vibración no humana que provenía del piso donde se desarrollaba la sesión. Aunque eran híbridos, aún mantenían esa vibración, y dado que el espacio pequeño para la cantidad de individuos, podía sentir esa vibración sin hacer el menor esfuerzo.

Ruan no tuvo que pedir permiso para romper el bloqueo de las personas que habían llegado antes que él y que normalmente no

abandonarían sus lugares privilegiados: él solo caminó. Un paso delante del otro, andaba lentamente; quizás impulsados por el poder que conscientemente no sentían, pero que no podían negar, todos los que bloqueaban el camino del *daemon* lo cedían. No se quejaban, no discutían, ni siquiera lo palpaban. Cuando él finalmente se acercó a la valla de protección, había un claro alrededor del Maldito, como una señal, o una advertencia, de que las personas nunca serían un obstáculo. Ni allí, ni en ningún otro sitio.

La casa parlamentar estaba llena. Solo faltaban unos cinco diputados, y ninguno de ellos era híbrido. Todos los híbridos habían sido notificados de la presencia de Ruan por Gracciani, quien les había dado instrucciones de asistir. Ellos constituían el setenta por ciento de los congresistas presentes.

Aunque todavía no puedo decirles como lo sé, puedo decirles que sé lo que Ruan sintió cuando vio esos cuerpos humanos manipulados como marionetas: admiración y asco.

Gracciani, tal vez sintiendo los ojos del Maldito sobre él, tal vez porque sintió el aura de poder del *daemon*, levantó la vista. Los otros híbridos, de espaldas a Ruan, en una sincronía que parecía no intencionada, volvieron la cabeza siguiendo la mirada de Gracciani.

Por un momento, pareció que el tiempo se había congelado, y el silencio dominó la legislatura.

Un silencio de adoración, de respeto, de devoción.

Todas esas cabezas volteadas le miraban a él.

El Maldito

Su dios

Los diputados humanos, que no entendían lo que estaba sucediendo, empezaron una exageración que dispersó el culto haciendo que los híbridos salieran del trance. Después de eso, las deliberaciones continuaron.



—¡Esto está demasiado! —dijo Danielle, mientras buscaba en su teléfono celular el contacto de un papiloscopista con el que había estudiado, y que tomaría las huellas digitales de Marysol sin llenarla de preguntas.

—Me tengo que ir —dijo Tico.

Danielle miró al niño, preocupada. Por primera vez, ella lo veía como a un niño; por primera vez, estaba preocupada por él.

—Sé que siempre sales con la suya, pero está demasiado tarde para patear por las calles.

—Ya está amaneciendo —respondió, sonriendo y mirando hacia la cortina de la habitación que daba acceso a un amplio balcón.

—¿Nos hemos quedado despiertos por toda la noche?

—He estado despierta por más de dos lunas —dijo Marysol.

—¿Qué dices?

—He notado que mis baterías tienen una vida más larga que las vuestras. Pero ahora, creo que tendré que me caer en algún rincón… —Bostezó y estiró los brazos.

—Bueno, puedes descansar allí en el dormi… —Danielle no tuvo tiempo de terminar su frase, porque Marysol cayó postrada por la fatiga en el sofá. El ruido sordo que se escuchó fue como si una de cien kilos hubiera caído sobre el mueble—. De acuerdo, si prefieres el sofá…

Tico abrió la puerta del apartamento para irse, pero Danielle, movida por un instinto que sé que todavía no entendía, lo hizo regresar. Ella le pidió que esperara a que el día se despejara por completo, y preparó un abundante desayuno para el niño. Mientras comían, mirándose el uno al otro, ella dijo:

—Tienes la misma talla que mi sobrino. Él dejó algo de ropa aquí, creo que te quedará bien.

—¿Por qué dices eso? —preguntó, casi ahogándose con la leche.

—¡Porque vas a tomar una ducha decente y usar ropa limpia! —respondió ella, con una autoridad que sonaba casi maternal.

—No hace falta.

—¡No hace falta tu opinión! Solo te estoy comunicando —dijo ella, pero sonrió levemente—. Digamos que me trajiste la revelación más importante de mi vida, algo en lo que siempre creí, pero siempre lo cuestioné porque no podía probarlo. Así que, la ducha es una forma simple de recompensarte.

—Si tú dices…

Tan pronto como terminó de comer, Tico se duchó en el baño inmaculadamente blanco de Danielle, usó jabón de romero, acondicionó su cabello y disfrutó de la comodidad del agua tibia en su espalda. Salió vestido con la ropa del sobrino de Danielle, peinándose, y se echó a reír

cuando vio a la inspectora tratando de sacar a Marysol del sofá para llevarla a uno de los dormitorios.

—¡Ella pesa como un hombre! —se quejó la inspectora.

—El poder debe pesar, ¿verdad? Y ella es muy poderosa, ya ves —respondió Tico con una certeza que hizo reír a Danielle.

—Ya veo. Voy a quitarle las botas. Hace calor, déjame encender el aire-acondicionado.

Tico se sentó en el sillón y observó a Danielle tratando de hacer que Marysol, desarticulada y roncando ruidosamente, se quedase lo más cómoda posible.

Cuando ella decidió que ya había hecho lo que podía, le sugirió a Tico que descansara en la recámara, pero cuando levantó la vista, se dio cuenta de que el niño se había quedado dormido apoyado en el sillón. Aliviada de saber que su peso sería mucho menor que el de la *daemon*, apoyó el cuerpo del chico y lo hizo levantarse.

—Amá, no quiero ir a la escuela —murmuró, mientras Danielle lo guiaba por el pasillo hasta la habitación. Ella lo hizo acostarse en la cama donde su sobrino a veces dormía y volvió a la sala.

Sabía lo que tenía que hacer, así que fue a la cocina, donde tomó un vaso que, con guantes, limpió con una franela; luego regresó a la sala, donde tomó la mano izquierda de Marysol, haciéndola sostener el objeto; y finalmente, empaquetó el material en una bolsa de plástico. Llamó al experto, un amigo suyo, y, sin más explicaciones, le pidió que examinara esas huellas como un favor personal.

—¡Está hecho, vieja! Pronto descubriremos si hay otra versión tuya en este mundo.



Cindy estaba en su pequeño apartamento ubicado en Copacabana, mirando la grabación de la entrevista. Se estremeció cuando vio el momento en que se había desmayado frente a todos. Sola, lloraba como una niña, se sentía inútil y estúpida por haber echado a perder esa oportunidad de que la vieran como una gran estrella.

—¡Maldita sea! ¡La cagué! Y ahora estoy aquí… toda una diva, pero llena de cólico y llorando por la nada… —Se horneó la nariz, y un grito

lloroso escapó de su garganta—. Y me tengo que mear, pero no quiero tener que sentarme… ¡Maldita sea! —Los sollozos sacudieron la espalda de Cindy sin que ella pudiera controlarlos—. ¡Oh, *my god*! ¿Qué me pasa?

Mientras sostenía el pipí para no someterse a la indignidad de tener que orinar sentada, devoraba una barra de chocolate y, a pesar del calor, mantenía una cubierta cuidadosamente colocada sobre sus pies.

—Mis pies… Mis bellas patitas… Tan hermosas, pero ¿por qué siempre tan frías? —Y hubo otra sesión de llanto interrumpida solo por los mordiscos en el chocolate—. Ya ni siquiera puedo usar mis maravillosos zapatos… todos mis tacones hermosos… todos ellos perdidos… todos demasiado grandes para mis deditos.

Sonó el timbre, Cindy intentó secarse las lágrimas y recobrar la compostura, buscó el par de chanclas al pie del sofá. El pequeño tamaño de las chanclas casi le provocó una nueva ola de llanto, pero el timbre, exigente, volvió a sonar.

—¡Ya voooooyyyy! ¡Joder! ¡Ya voy! —La última palabra fue tartamudeada, mientras se frotaba los ojos y pasaba los dedos para arreglarse el pelo rojo. Miró por la mirilla de la puerta de madera y se sorprendió. Era Nélio…, es decir, Charlene Dayane, a quien solo Cindy a veces llamaba Lady Dai. Abrió la puerta, contenta de ver a su amiga, quien la miraba como si viera un ser de otro mundo.

—Pasa.

Charlene ya conocía el apartamento de Cindy, pero sus pasos eran inestables, como si estuviera entrando en una casa embrujada donde tendría que pasar veinticuatro horas para ganarse un millón.

—¿La neta que sos Cindy? —Se detuvo en medio de la habitación, examinando la recién transformada de arriba a abajo.

—Loco, ¿no? Pero ¡te juro que soy yo! Te he dicho toda la verdad, ¡necesito que alguien me crea, Dai! ¡Porfa!

—Mirá… He estado pensando y, después de verte, y ver cómo hablás, tus gestos… Yo siento que hay mucho de Cindy en vos, pero solo podré creer… ¡mejor!… para que yo piense en empezar a creerte, tenés que probármelo.

—Pero ¿de qué forma puedo probártelo? La policía revisó mis huellas, ¿qué quieres más, mana?

—A ver, maricón… una noche te chambeabas muy mariquita, muy chula y, ¿qué tal?, de la nada, ¡mirá nada más! ¡Sos una vieja, mana! ¡Una

puta vieja! Una vieja con tetas y chocho y todo el coño de las putas viejas. ¿La neta que pensás que me voy a creerte a causa de unas huellecitas? ¡No manches, mana! Hace falta mucho, mucho, muchísimo más.

—¿Qué sugieres, maricón?

—Cindy y yo hicimos algo juntas, y sé que ella nunca se lo habría contado a nadie…

—*Tú* y yo hicimos muchas cosas juntas —respondió Cindy con una mirada ardiente, y se arrojó sobre el sillón—. *I'm sorry*, mana, pero necesito sentarme. A ver, las mujeres somos titanes, Dai. Eso de echar sangre por el chochito está de muerte. ¡Fatal!

—Mi hermana toma una medicina, ¿cómo se llama…? Bueno, eso es cero importante ahora. Vamos a platicar…

—¡Habla de una puta vez, Charlene Dayane! —gritó Cindy enojada —. Estoy que puedo matar a uno, así que ¡no te vayas por las ramas!

—Está bien, pero ¡no me grités! —Respiró hondo, echó las largas trenzas hacia atrás y dijo solemnemente—. Quiero que me digás por qué dejé de atender a ese dueño del carnicero, el gordo pelirrojo…

Cindy sonrió y se giró de lado en el sillón, mirando a su amiga maliciosamente; Charlene también se sentó, cruzó sus piernas largas y musculosas como una dama, y esperó ansiosamente una respuesta. Cindy la miró y respondió:

—A él le gustaba poner una vela encendida en tu trasero y esperaba hasta que se derritiera y te quemara el pelo de la cola. —Charlene abrió la boca, atónita, pero ningún sonido se le salió—. Lo peor sucedió en el día que él te pidió a ti que le pusieras la vela en él y…

—¡Ya! ¡Suficiente! No quiero más oírte. Yo te creo. —Charlene puso sus enormes manos con uñas postizas pintadas de rojo en la cara—. ¡Qué asco!

—No, no, no. Tú te quieres la prueba, yo te voy a dar la prueba. ¡Fíjate! Él estaba a cuatro patas, y cuando empezaste a ponerle la vela, sentiste algo raro. Pensaste que, a lo mejor, era un trozo de mierda, pero cuando sacaste la vela para intentarlo de nuevo, ¡una lombriz salió del culo del gordo! —Cindy se echó a reír, mientras Charlene se puso de pie nerviosamente y comenzó a pasearse.

El nerviosismo de Charlene no era por el recuerdo, sino porque aquella había sido la gota que colmó el vaso para creyera que su amiga se

había convertido en una mujer. Miró a la pequeña pelirroja que todavía se reía en el sillón y, en un estallido de emoción, la levantó y la abrazó.

—¡Cindy, Cindy, sos vos! —Levantó a su amiga por las axilas y la hizo girar en el aire como si fuera una muñeca de trapo.

—¡Suéltame, mana! ¡Suéltame! Me estoy mareando.

Charlene la colocó en el sofá, se arrodilló frente a ella y apoyó sus grandes manos sobre las rodillas de la nueva Cindy.

—Amiga, ¡estoy tan feliz por vos! Sé que nunca pensaste en someterte a una cirugía para cambiar de sexo, que ni la silicona te querías ponerte, pero ¿¡yo!? Yo siempre he tenido ese sueño. He soñado por toda la vida en ser mujer…, y él no me eligió a mí… —La mirada de Charlene estaba la pura desolación.

—Mana…, ¡lo siento! —dijo Cindy con sincero pesar.

—Quiero pedirte un favor. Necesito hablar con este hombre, pedirle que me cambie a mí también.

Cindy parpadeó una y otra vez, sorprendida.

—Dai, yo ni siquiera sé su nombre… Cuando me desperté en ese motel, él se había ido, no dejó rastro. —Charlene empezó a llorar, pero Cindy la sacudió para que sus ojos se encontrasen—. ¡Ya! ¡Basta! Debe haber una manera de encontrar a este hombre, pero todavía no sé cómo. Pero no te rindas; me voy a encontrarlo. ¡Te lo juro, mana! Mira, de verdad no sé nada de él, pero yo estoy en todas las teles, estoy cierta de que vendrá buscarme.

—Estás diciéndome esto solo para consolarme ¿o es de corazón, mana?

—Es del corazón. Mira, yo creo que vi a ese tipo en la entrevista de hoy. Tanto que me derrumbé, ¿me has visto? ¡Fue todo un escándalo! Pero te prometo, amiga, encontraré a ese Afrodito y te lo traeré directamente a ti. ¡Cindy *promise*!

Cansada con sus «cosas de mujer» y agotada por el estrés del programa de televisión; la visita y aceptación de su amiga Charlene estaban como un bálsamo restaurador para Cindy. Charlene llamó a su hermana y le preguntó el nombre del analgésico que tomaba cuando experimentaba cólico, salió a la calle y regresó con la medicina, haciendo que Cindy tragara y se recostara para tratar de relajarse. Mientras su amiga descansaba, Charlene lavó los platos acumulados, limpió toda la cocina y ordenó una

pizza. Cuando llegó la pizza, cálida como a las dos les gustaba, Cindy ya no tenía dolor y su estado de ánimo estaba mucho mejor.



Tico se despertó asustado, mirando a su alrededor. Parecía estar buscando algo o alguien. Se levantó, entró en la sala de estar y no vio a Marysol, pero oyó la ducha y vio a Danielle despedirse de alguien.

—¿Dormiste bien? —preguntó la inspectora tan pronto como cerró la puerta y se dio cuenta de que el niño estaba despierto. El chico la miró sospechosamente y Danielle comprendió que sentía curiosidad por la persona que acababa de irse.

—Entregué las huellas de Marysol para análisis —dijo, señalando con la barbilla en dirección al baño donde se duchaba la Bandolera.

—¡Genial! ¿Va a tardar mucho?

—No. Pero hasta entonces, es mejor que ella no aparezca en público. No sabemos si la gemela esa no es una persona conocida.

—Gemela, no. Doble. La otra ella.

Danielle puso los ojos en blanco y estaba a punto de decir algo cuando Marysol entró en la habitación con el pelo mojado y visiblemente renovada. Dormir le había hecho bien, al igual que el baño. Llevaba parte de la ropa que Talita se le había comprado y estaba descalza.

—¿Puedes decir cuándo tu amigo nos dará la respuesta? —preguntó, mostrando que había escuchado parte de la conversación.

—Creo que esta misma noche, si no está demasiado ocupado.

—¡Bueno! A ver, sobre esconderme, la verdad es que no tengo tiempo que perder, necesito encontrar a Ruan.

—Sé que te parecemos orangutanes retrasados, y juro que te entiendo, pero necesito que confíes en mí. Es mi trabajo investigar, dar seguimiento a las pistas y arrestar a los malditos de este mundo, y te lo dijo: no debes exponerte.

—Tus malditos no son nada comparados al mío. —Marysol se sentó en el sofá y miró a Tico—. ¡Te ves bien, chavo!

—La doctora me prestó la ropa de su sobrino —dijo el niño. Luego, pareciendo recordarse de algo, se volvió hacia la inspectora—. A ver,

doctora, ¿por qué me mirabas mientras yo estaba dormido? ¡Me tomé un puta susto!

Danielle entrecerró los ojos e inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado. No parecía entender de dónde había sacado la idea el chico. Ella abrió los brazos y respondió:

—Te dejé en el dormitorio, salí y no volví a verte hasta que despertaste. ¿De qué me estás hablando?

—Desperté porque te estabas sentada a mi lado, mirándome… Pero cuando abrí mis ojos, ya no estabas allí.

—¿Cómo podría tú saber que ella te estaba mirando si tú te estabas durmiendo? —preguntó Marysol.

—Ahí ya no lo sé…, solo sé que fue así. Recuerdo que ella me miraba, estaba muy seria.

—Lo soñaste, Tico —dijo Danielle, descartándolo—. Estuve todo el tiempo aquí en la sala.

Marysol pasó sus dedos por los mechones húmedos de su cabello. Nuevamente debo pedirles a ustedes que me crean, solamente me crean. Aún no les puedo explicar cómo lo sé, pero la verdad es que Tico lo había anticipado, pero ella misma tenía la intención de preguntarle a Danielle lo mismo. La Bandolera también se había despertado con la impresión de haber visto a la inspectora sentada en el borde del sofá, mirándola mientras dormía. Lo más interesante es que, en la memoria de Marysol, la inspectora llevaba un sombrero de vaquera, y eso no tenía ningún sentido.

Sin embargo, al escuchar la sincera respuesta de Danielle a las preguntas de Tico, Marysol guardó silencio. A lo mejor su memoria estuviera gravemente afectada, pero un *daemon* podía discernir sueño de realidad.

Marysol estaba segura de que no había soñado, igual que Tico. También estaba segura de que Danielle decía la verdad, pero eso no negaba el hecho de que les había estado mirando a los dos mientras dormían.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 12

Grietas, brechas, caos...

LOS VEO A USTEDES CONFUNDIDOS. Si Danielle decía la verdad, ¿cómo podría haber estado observando a Marysol y Tico mientras dormían?

Creo que es llegada la hora de presentarles a otro personaje en esta historia, un personaje que llegó a este mundo siguiendo a otro ya conocido, el *daemon* sin cuerpo Pablo.

Su travesía fue difícil. Además de enfrentar la misma tormenta de arena a la que había enfrentado Marysol, Pablo tuvo problemas para mantener la dirección sin un cuerpo físico. No sabía cómo moverse, ¿entienden? Creo que ya se les expliqué, pero si no, este es un buen momento. Los portales se abren con sangre de *daemon*, pero los lugares donde los portales llevan a sus viajeros están determinados por la intención del *daemon* que lo atraviesa. Marysol cruzó en busca de Ruan, por lo que su portal la llevó al fuego donde estaba Tico, el humano que había visto a Ruan; Pablo también quería a Ruan, pero, más que querer su venganza, Pablo quería encontrar a su doble para tener un cuerpo.

Centrado en su objetivo, Pablo no se dio cuenta de que tenía compañía. Otro *daemon* —otra, en realidad—, una hembra asesinada, lo siguió en el cruce. Era un espíritu atormentado, perdido, enloquecido por el dolor. Era un espíritu que también buscaba vengarse de Ruan, porque el Maldito le había quitado algo importante; algo que ella consideraba más importante que su propia vida.

Pablo, en su cuerpo espectral, sintió una brisa cálida y supo que los chorros de arena estaban disminuyendo porque escuchó esa voz distante, una voz muy conocida. Su propia voz

Había encontrado a su doble.

Una hembra hablaba con el doble de Pablo, estaban batallando. Él, todavía no tenía visión del nuevo mundo o de los dos que luchaban, ya que

todavía había un buen tramo del camino hasta que lograra cruzar. Parecía que el pasaje se estaba volviendo más y más pesado cuando llegó a su destino deseado. Era como si tuviera grilletes en los talones que lo obligaban a hacer un esfuerzo cada vez mayor con cada paso dado.

No estoy segura de lo que les digo, pero si pudiera apostar por qué Pablo necesitaba esforzarse tanto para cruzar, apostaría en el equilibrio universal. Cuando un *daemon* muere, se debe quedar muerto. Así es como es. La insistencia de Pablo en moverse de un cuerpo a otro, esa cosa de pasar por un portal con el único propósito de encontrar un doble para mantenerse con vida a través de la posesión… bueno… no es cierto. Es una violación de las leyes universales. Un desequilibrio en el equilibrio, una afrenta a la naturaleza. Y el karma necesita enviar su advertencia. La advertencia de Pablo fueron los grilletes invisibles.

Ignorando el peso, ignorando las cadenas, Pablo tuvo su primera visión del mundo fuera de ese túnel de arena: había varios seres que llevaban chalecos negros y botas pesadas. No eran como las botas de vaquero, pero eran botas. Todos estaban armados, algunos con grandes armas. De inmediato, vio a la hembra que discutía con su doble.

Pablo cruzó en el momento exacto en que la mujer bajita, a quien ya les presenté como la inspectora Danielle, se iba a Barbosa. Al igual que Pablo, Barbosa parecía tener el mismo destino: ser golpeado por mujeres de baja estatura.

Vio toda la escena que involucraba a la policía, sabía que ese no era un buen momento para tomar posesión de Barbosa, pero también sabía que no podría llevar mucho tiempo o se convertiría en un alma errante.

Un alma errante como la que lo había acompañado a través del pasaje, y que también estaba apretándose para entrar en esa nueva realidad antes de que se cerrara el portal.

Pablo ya estaba distante, preocupado por no perder su doble de vista y no se dio cuenta de su compañera de viaje.

Diana estaba loca.

Se las había arreglado para seguir a Pablo gracias a la loca debilidad que le daba su loco odio. No era como si estuviera al tanto de las cosas que estaba haciendo. Entró en el portal, y su sed de venganza y el deseo de encontrar la parte que le habían quitado la llevaron al mismo destino que Pablo.

Su espíritu enloquecido estaba lleno de tanto dolor, que el suelo vibró cuando saltó al mundo humano. Fue una vibración sutil, sí, aun así, sentida por su doble Danielle quien, incluso en esa confusión, incluso luchando y desatando los mayores insultos hacia Barbosa, miró hacia atrás, creyendo haber escuchado a alguien llamarla por su nombre. Nadie la había llamado, pero la mirada salvaje de Diana parpadeó entre Danielle y Pablo, tratando de decidir cuál sería su prioridad. Terminó eligiendo a Pablo. Él sería el primero.

Luego, por un breve momento de lucidez, recordó por qué él debía de ser el primero e, instintivamente, Diana llevó la mano espectral a donde una vez estuvo su vientre, buscando la energía que debería estar allí.

Cuando no sintió nada, Diana rugió.

No fue como el rugido de los leones cuando establecen su dominio en la jungla demostrando que son fuertes y valientes. No. Fue como el rugido de los tigres en una arena, cuando, con el pecho atravesado por la espada de un gladiador, liberan su último lamento, el que sale con el último aliento de aire en sus pulmones. Se mueren peleando, pero sí mueren. El rugido de Diana fue el último lamento de una bestia que cree que partió demasiado temprano; sus dientes expuestos la hacían parecer un demonio en el sentido en que solemos concebir, un demonio rabioso, delirante y sin límites.

Cuando el sonido de su rugido demente cesó y se convirtió en un murmullo moribundo dentro de su garganta, Diana miró hacia el lugar donde descansaban sus manos y buscó lo que ya no estaba allí, luego cayó de rodillas, se inclinó en el propio cuerpo espectral, trató de ponerse en una sola pieza.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, tratando de reconstruirse, tratando de infundir algo de vida en su vientre vacío, en su propio ser muerto, entonces recordó a Pablo. Se levantó y lo buscó, pero él ya no estaba allí.

Pablo acompañaba a Barbosa que conducía a gran velocidad. Pablo era un *daemon* inteligente, o al menos se volvió inteligente después de morir, ¡no lo sé!, pero el hecho es que no se manifestaría hasta que estuviera seguro de que el cuerpo que quería usar estaba fuera de peligro, así que simplemente dejó al hombre conducir, y allí se quedó, tranquilo. Quizás se estén preguntando cómo un espíritu invisible podría asustar a Barbosa hasta el punto de que chocase el auto o algo así, pero, si aún no lo han entendido, de una manera muy sutil, los espíritus influyen en el pensamiento y en la voluntad de algunos humanos; los espíritus perdidos e incorpóreos pueden

ponerse furiosos o enojados y ejercer una influencia nociva sobre los caminantes encarnados. ¿O creen ustedes que Arthur golpeó a su esposa por ser esencialmente malo?

No, señores. Arthur golpeó a su esposa porque comenzó a odiarla; y comenzó a odiarla porque ella lo mantenía alejado de Solymar, y él necesitaba estar cerca de Solymar porque eso era lo que quería el espíritu enloquecido de Artek. Así de simples. No quiero decir, aquí, que todo acto humano condenable tiene que ver con espíritus; creo que, incluso en el caso de Arthur, esos actos tienen más que ver con el carácter y la voluntad. Había otras formas de lidiar con la ira, pero él eligió la peor.

Sin encontrarse con Pablo, Diana esperó afuera de la estación de policía y vio a Danielle enfurecerse, pelear con el periodista mientras intentaba fumar su cigarrillo, y luego ir a hablar con ese pequeño macho humano.

Por alguna razón, ese pequeño humano la dragó, la atrajo. Como si fuera un portal que la condujera al lugar donde residían sus más profundos anhelos.

Se permitió flotar, dejó que su espíritu despojado de voluntad se convirtiera en una pluma y siguiera el deseo del viento; sintió que su barriga vacía vibraba, y la vibración aumentaba con cada centímetro que se acercaba a ese humano; cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, sus ojos se pusieron azules.

Inhumanamente azul.

Como el mismo tono azul claro que los ojos de Marysol habían adquirido antes de que Danielle la disparara.

Fue el sonido del disparo lo que hizo que el espíritu de Diana dejara de flotar, cayera al suelo y mirara a su alrededor, mirara cualquier cosa menos ese macho humano. Fue entonces cuando la vio.

—Mary!



De vuelta a la estación de TV, Ruan entró a su oficina.

Norberto allí estaba, sentado en lo que, antes de la llegada de Ruan, solía ser su silla, mientras veía la entrevista de Cindy. Ruan no tuvo que decirle que se levantara; Ruan tampoco hizo ningún comentario sobre la

audacia del híbrido, simplemente se sentó, puso los pies sobre la mesa y reclinó la silla hacia atrás. Norberto hizo una pausa en la reproducción de la entrevista en televisión, y Ruan dijo:

—No planeabas masturbarte aquí en mi oficina mientras la mirabas, ¿verdad? —Señaló la imagen congelada de Cindy en la pantalla. Norberto se rió y respondió:

—¡Para nada! Solo tengo esta curiosidad y no sé si puedo preguntarle, pero…

—Ella dijo la verdad, Norberto. —Ruan descruzó luego cruzó las piernas nuevamente con los pies aun descansando sobre la mesa—. Apenas había llegado en este mundo, estaba cachondo, y lo primero que encontré fueran unos travestis… Fue divertido y, aquí entre nosotros, ella está mucho mejor ahora.

—¡No hay duda! ¡Su criatura está una belleza! Lástima que no sea una dama y aún se comporte como una…

—¿«Criatura»? —preguntó Ruan, como si estuviera saboreando esa palabra—. ¡Me cae bien, eh!

Complacido de haber complacido al *daemon*, Norberto aprovechó la oportunidad para preguntar sobre la reunión con los diputados híbridos. Ruan le informó sobre la buena voluntad —es decir interés y miedo— de los híbridos para ayudarlo y, de paso, relató su sorpresa con las pautas humanas.

—No me imaginaba que los humanos fueran tan estúpidos como para luchar por el derecho a tener sexo con personas del mismo sexo —dijo Ruan con los ojos muy abiertos.

—¿Sabes que ya me había olvidado de que, en nuestro mundo, la mayoría es bisexual y que a nadie le importa?

—Pues… los humanos todavía tienen mucho que aprender.

—De todos modos, Cindy está afuera, dando entrevistas. ¿Eso no le preocupa?

—Ella cuenta una historia a que nadie creerá. Tú la crees porque provienes de mi mundo, pero no la veo como una amenaza.

—Ella está ganando popularidad. No digo que todos la creerán, pero sí digo que alguien lo hará. Y llegará el día en que podrá señalarle con el dedo.

—A lo mejor tienes razón.

—Usted se está acercando a la política, tiene un futuro prometedor y un largo camino por recorrer. Sé que sabe lo que está haciendo, pero he estado entre humanos por mucho tiempo. Créame, no necesita un escándalo con travestis en su futuro.

—¿Crees que debo eliminar a Cindy?

—O puede traerla a su lado. Ella se ve feliz, ¿verdad? Es decir… se está volviendo famosa. Si la hacemos cambiar su historia, y decir que usted le financió la cirugía de cambio de sexo… bueno… eso podría hacerle popular.

—Y ayudarme políticamente.

—Exacto! Su ascenso entre los políticos no será difícil, pero si alguna vez quiere postularse y ser usted mismo el político, necesitará votos.

—Votos humanos.

—Convierta un posible escándalo en una ventaja —dijo Norberto, con una sonrisa maliciosa en sus labios.

—Sí… tal vez no sea imposible. Incluso hoy, mientras estaba en la reunión con los diputados, sentí que Cindy pensaba en mí.

—¿Sintió peligro? ¿Cree que ella podría no cooperar?

—No. Sentí una cierta… urgencia, como si ella quisiera verme, pero como estaba concentrado en la reunión, no le presté atención. Creo que tu idea está bastante buena, pero debo asegurarme de que ella no va a meter la pata.

—¿Debo citar a la chica?

—Sí —dijo pensativo—. Necesito asegurarme de que puede serme leal.

—Si es así, será una gran carta en la manga; si no…

—Si no, la descartaré.



Cuando el avión empezó a aterrizar, Rogelio miró con nostalgia por la ventanilla. Miraba a su casa. Casi podía olerla. Olía a hogar. Sintió una repentina necesidad de pisar ese suelo con sus propios pies, pero envió la necesidad lejos junto con su ilusión de sentir algo debajo de su cintura nuevamente.

Si tan solo hubiera continuado mi búsqueda, pensó. *Si no hubiera cambiado mi objetivo por una caridad irracional…* Pero era fácil pensar de esa manera allí, en casa, volviendo a los viejos hábitos, viejas adicciones, nunca nacidas virtudes. Rogelio se había convertido en un buen hombre, pero en realidad, nunca lo había sido. La África había tocado su corazón e inculcado en él el deseo de ser mejor, de hacer algo bueno para la humanidad, el Médicos Sin Fronteras le había sacado algo que no podía entender incluso con toda su genialidad.

No es un eufemismo, no es una hipérbole, ni me estoy burlando de Rogelio o de su proclamada inteligencia. Con un coeficiente intelectual de 182, Rogelio es lo que los humanos llamamos genio. Como sabemos, la capacidad intelectual y el éxito no siempre se encuentran y, probablemente, este habría sido el caso para el médico si no hubiera tenido una estructura familiar rica e influyente. Sin embargo, todavía no es hora de hablar sobre el pasado de Rogelio. Por ahora, ustedes deben saber que él estaba en Río de Janeiro con una misión: devolver la conciencia a Manuela. Rafaela ya lo estaba esperando en el aeropuerto.

—Gracias por venir —dijo ella, inclinándose para abrazar a su exprometido.

Rogelio prestó atención al semblante abatido de Rafaela; fue entonces cuando comprendió que sería inútil pisar el suelo del Río de Janeiro. Aunque pudiera sentir el concreto bajo sus pies, su hogar ya no era el mismo, no tenía el mismo calor. Nunca había sido consciente de ese hecho, pero cada vez que pensaba en su casa, recordaba de los ojos de Rafaela. En ese momento, los ojos de la chica estaban vacíos. No llevaban vida, dejaban al doctor sin hogar.

—Por favor, ¡llévame de aquí! Necesito quitarme esta sonda absurda antes de que mi bolsa de orina se desborde.

Rafaela no reaccionó a la indiferencia del médico ni a la falta de afecto que mostró. Ya se había acostumbrado a la racionalidad extrema; era casi como si él no tuviera emociones. Rogelio lo calculaba todo, como si resolviera cada gesto antes de moverse, o midiera cada palabra antes de hablarla. Ella sabía que el médico no estaba equivocado; a veces, pensaba que él mismo se odiaba por ser como era, pero no podía evitarlo; siempre sería la voz de una razón que nadie quería escuchar en medio del caos y que, a pesar de la falta de calor, siempre había consolado a Rafaela. Ella sabía que podía volverse loca en cualquier medida, en cualquier momento,

porque su pareja, ese hombre que ella había pensado que la acompañaría toda su vida, siempre sería el pilar, el apoyo donde podría descansar hasta que pudiera pensar racionalmente.

—¿A dónde quieres ir? —ella pregunto.

—A casa. ¿Avisaste de mi regreso?

—Sí, los empleados ya deben haber preparado todo.

—¡Genial! Vámonos.

Todo el camino lo hicieron sin intercambiar palabra, como a él le gustaba y a ella la volvía loca, pero volverse loca ya no era una opción para Rafaela. No importaba si Rogelio hablaba o no, ya había cruzado la frontera de la locura. Lo único que podría traerla de vuelta era la sonrisa de su hermana y, por eso, soportaría cualquier excentricidad del médico.

Después de deshacerse de la sonda, ducharse y calcular, según la zona horaria, su próxima vez para irse al baño, Rogelio se acercó a Rafaela.

—Dime ¿qué quieres de mí?



Cindy llevaba una minifalda negra, tacones y un escote en V que mostraba sus senos firmes. También mostraba una marca de bikini reciente, resultado de su deseo de presumir su nuevo cuerpo en la playa. A pesar de su belleza, sintió la mirada desdeñosa de la secretaria de Ruan. No era de extrañar, además de la ropa característica de los que frecuentan la noche, Cindy llevaba un perfume barato y dulce hasta el punto de ser nauseabundo. Entró en la oficina sacudiendo las caderas con enfado y, para empeorar las cosas, masticaba un chicle de la manera más vulgar imaginable. Todo en ella gritaba «prostituta».

Ruan entró en la oficina. Cindy tenía las espaldas a la entrada, y se volvió cuando escuchó la puerta. Cuando vio a Ruan, imponente, alto, caminando hacia ella, no supo qué decir, qué hacer o cómo reaccionar. Sus labios no emitieron ningún sonido, pero sus ojos le dijeron a Ruan todo lo que él necesitaba saber. Mostraban curiosidad, miedo y, sobre todo, deseo. Cindy lo quería. Y a él, eso le encantaba.

—¡Eres una chica muy mala, Cindy! —dijo él en un tono casi paternal, mientras alisaba su pelo rojo.

—¡Yo! ¿Por qué?

—¡Escupe esa goma! —ordenó y señaló el basurero, mientras se dirigía a su silla. Cindy obedeció sin pestañear—. Contaste nuestro secreto en una red de televisión… en *mi* red de televisión.

—No sabía que eras el dueño… yo…

—No deberías haberlo dicho a ninguna red. Solo quise ayudarte, y ¿es así como me pagas, princesa? —Ruan parecía ofendido, hasta herido.

—¡Ay, perdóname, porfa! He estado tan confundida… Y, no sabes, cuando me desperté y me encontré así, sola, en aquel motel… Yo solo necesitaba desahogarme, yo…

—Soy un hombre comprensivo. Debería haberte preparado antes, consultarte, pero, Cindy, ¡te ves tan hermosa! Ven aquí, siéntate. —Se tocó el muslo, invitando a Cindy, que sonrió con satisfacción.

Sobre la pierna de Ruan, parecía una niña sentada en las piernas de Santa. Él la alisaba. Cindy podría confundir ese gesto con afecto, pero la verdad, era que él estaba comprobando la calidad de su proyecto. La pelirroja pasó los dedos por el cabello negro del Maldito, tocándolo como un católico fiel tocaría la Sábana Santa. Después de muchas manos, Ruan puso su nariz contra la de ella, como si novios estuvieran, como se estuvieran enamorados.

—Perdóname, *please* —pidió ella en voz baja.

—Puedo perdonarte, pero necesitaré que me ayudes a arreglar la mierda que hiciste. ¿Entiéndeme, princesa?

—Sí.

—¿Serás leal a mí, no importa lo que te pida? ¿Nunca me traicionarás?

—¡Nunca te traicionaré! —El tono de voz salió firme. Ella era una creyente que hacía una promesa a su dios. Hasta Ruan se quedó sorprendido por el nivel de adoración mostrado por la chava—. Por ti, hago todo, todo, todo. ¡Te amo, te adoro!

Ruan la interrumpió con un beso en la boca. Un beso que selló el pacto, un beso que dejó a Cindy flácida. El beso terminó con un breve suspiro de Cindy, que no podía mirar más que los labios del Maldito.

—Lo primero que necesito que hagas por mí, y también por ti, princesa, es transformarte desde adentro… Y no puedo hacer eso por ti. Pero tengo a alguien que te ayudará.

—¿Por dentro? ¿Como así?

—Necesitas vestirte mejor, usar buenos perfumes, caminar como una dama, ¿ya ves? Ahora eres una mujer real y tienes que comportarte como tal.

Cindy se rizó el pelo entre los dedos, inclinó la cabeza pensativa y dijo incómoda:

—¿Me veo vulgar?

—¡Exacto! —Al notar su mirada triste, Ruan la calmó—: Está fácil arreglarlo, así que no te enfades. Además, no tienes que aprenderlo todo como de la noche a la mañana. Tendrás tiempo. Y yo sé que no es fácil estar en un cuerpo todo nuevo, pero, para ti… bueno… es pan comido, princesa.

—Es que… ya ves… tuve mi período y pensé que iba a terminar en el hospital. Estuvo horrible. ¡Y tengo que orinar sentada! ¡Sentada! ¡Es pavoroso! Son tantas cosas… pero, si quieres que me cambie, yo lo haré. O por lo menos, haré mi mejor esfuerzo, te lo prometo.

—¡Genial! Así te quería ver. —El tono estaba satisfecho, casi jovial —. Te presentaré a una maravillosa *personal stylist* que te ayudará muchísimo, se llama Ariana Macedo.



Después de que Cindy se fue, Ruan se quedó satisfecho, al menos en lo que respectaba a esas dos humanas: su criatura Cindy y el doble de su hermana adoptiva. Era hora de tomar posesión de su muñeca de vudú. Marcó a Solymar, y ella lo respondió al primer timbre.

De hecho, Solymar estaba esperando esa llamada. Si Ruan no la hubiera llamado, ella lo habría hecho con cualquier excusa que pudiera encontrar.

—Bueno.

—Hola, Solymar, este es Ruan, yo soy…

—Sé quién eres. Me alegra que hayas llamado.

—Me preguntaba si quieres dar un paseo conmigo.

—Ahorita no puedo, necesito irme al bar.

—He pensado que trabajabas de noche…

—Así es, pero la dueña tiene un toro mecánico y quiere que me vaya a probarlo. Dijo que sería bueno para mí, distraerme de los eventos y dejar de pensar… ya sabes…

—No pareces creerla.

—No. Ella me ha convocado solo porque está demasiado gorda como para escalar ese artilugio.

—¡Qué lástima! —dijo él, con una voz deliberadamente desolada.

Solymar respiró hondo, se aclaró la garganta y tuvo una idea bastante audaz.

—Si no te importa hacer un programa diferente… bueno… no sé por qué, pero tengo la impresión de que te gusta el surf…

Su sonrisa se mostró en su voz. Ruan estaba sorprendido por la intuición de la chica. De hecho, le encantaba el surf.

—Siempre me ha gustado surfear cuando era niño, ¿cuál es tu plan?

—Voy a ver al toro, pero ya le dije a mi jefa que tenía una cita porque… bueno… quería tener una excusa para irme temprano. Si quieres encontrarme allí, podemos irnos a la Playita. Si tuviera una tabla más, te prestaría, pero podemos alternarnos.

—No te preocupes por eso —dijo con una sonrisa—. ¿A qué hora quieres que esté ahí?

Tan pronto como colgó el teléfono, Ruan llamó a Norberto y, como si estuviera hablando a un empleado, empujó un hoja de papel con algunas notas y ordenó:

—Consígueme esto con urgencia.

Norberto leyó la breve lista, levantó la vista, molesto y sin comprender, y preguntó:

—¿Sólo eso?

—¡Como si fuera ayer! —dijo Ruan, mostrando impaciencia.



Norberto se apresuró a ubicar todo en la lista de Ruan y, no más de un par de horas después, el Maldito estaba apoyado en la jamba de la entrada del bar, observando a Solymar balancearse sobre el toro mecánico.

Ella parecía divertirse encima del equipo, chillando de placer mientras, con un brazo, sostenía la correa del toro y, el otro, lo sustentaba en alto para buscar el equilibrio. La coleta se movía mientras la máquina se movía, a veces azotando su rostro y ocultando su sonrisa; una sonrisa amplia como él nunca había visto en la cara de Marysol.

Solymar parecía tener un talento natural para permanecer a la espalda del animal mecánico; y eso también hizo que el *daemon* pensara en la Bandolera. Cuando Solymar vio a el Maldito de pie en la entrada, perdió la concentración y cayó. Se levantó riendo y esperó a que Ruan se acercara.

—¡Qué pena! —comentó Solymar, ajustando el flequillo despeinado.

—¿Pena de qué? Te veías increíble.

Solymar fue detrás del mostrador, recogió su mochila, una tabla de surf amarilla y rosa, y una gorra que se puso en la cabeza, con la coleta metida a través de la abertura trasera. La gorra también le recordó a Marysol.

Una con el sombrero, otra con la gorra; una pasando la coleta por la abertura; la otra, ajustando el sombrero de costado para que pareciera una hembra más fuerte.

Fueron al estacionamiento, Ruan llevó la tabla de Solymar como un perfecto caballero. Cuando él señaló el auto, ella se quedó satisfecha: el Maldito tenía una tabla de surf unida a la barra de techo.

—¿Qué? ¿Acaso pensaste que me iba a quedar mirándote?

Solymar subió al auto y Ruan se fue con ella hacia la Playita, uno de los lugares favoritos de muchos surfistas. Solymar tenía sus trajes de baño debajo de su ropa, y el Maldito se cambió dentro del auto usando magia para ser más rápido (¡nuestro *daemon* era práctico!). Salió del vehículo y se acercó a la doble de la Bandolera; ella estaba mirando el mar, parada al lado de la tabla atrapada en la arena. El Maldito se acercó por detrás y puso las manos sobre los hombros de ella. Solymar sintió una emoción de placer, preguntándose qué había hecho de bien para que Dios la enviara a un hombre así. Se pusieron las tablas debajo de los brazos y empezaron a caminar con los ojos fijos a las olas.

—Mujeres primero —dijo Ruan, señalando hacia el mar.

—Gracias. —Entró al mar, se tumbó en la tabla y empezó a remar con los brazos mientras esperaba la ola perfecta. Cuando encontró lo que quería, se puso de pie, equilibrada, y le mostró al Maldito que no era una principiante. Entusiasta, él fue el siguiente y mostró sus propias habilidades.

Mientras se estaban divirtiendo, Ruan logró, por un momento, olvidarse de la Bandolera y, al final de ese día, mientras esperaba a Solymar en la arena de la playa, abrió una genuina sonrisa de felicidad. Pero… —siempre hay un pero—, cuando Solymar dejó el mar, allí estaba ella otra vez, la Bandolera. La doble podría ser dulce, suave y hasta miedosa, pero

ella tenía el mismo andar, el mismo meneo, el mismo cuerpo. Desde la distancia, podía disfrazar incluso el mismo coraje, por lo que la sonrisa del Maldito se desvaneció.

Él no conocía conflictos internos, todo en la vida del *daemon* había sido claro y recto. No en ese momento. En ese momento, todo estaba confundido. Sabía lo que quería, y sabía la forma más adecuada de lograr su objetivo, sin embargo, mirando a Solymar, tan igual y tan diferente de esa… perra, porque así era como pensaba en Marysol, como una perra, una zorra, una puta, bueno… mientras miraba a Solymar, ya no estaba seguro de nada más.

Con la fe de aquellos que juran que pueden fumar el último cigarrillo, Ruan se prometió a sí mismo que solo quería divertirse un poco con su muñeca vudú antes de hacer lo que tendría que hacer. Pero sé que los sentimientos humanos son más adictivos que la nicotina, y para cuando el Maldito se diera cuenta de que se había hundido demasiado, sería demasiado tarde.

La humanidad es contagiosa.



En el apartamento de Danielle, Tico ya había salido a ver cómo estaban su madre y sus hermanas; Marysol veía a documentales en la televisión para aprender más sobre nuestro mundo y sobre nosotros; y Danielle acababa de descubrir que no estaría en servicio ese día. El comisario había preferido ver cómo resultaría la situación que había sido creada con Barbosa.

Barbosa era el tipo de policía que tenía muchos contactos. Contactos fuertes que podrían obligar al jefe de policía a castigar a la inspectora. Conocía a concejales y diputados, personas influyentes, y no perdió el tiempo, inmediatamente llamó a dos de ellos.

La inspectora seguía girando, enojada, en medio de la habitación cuando sonó el teléfono. Era el experto, que tenía los resultados de las huellas de la Bandolera, a lo que Danielle pidió los archivos.

—Ya los he enviado, ¡revisa tu correo electrónico! Pero, hay una cosa…

—¿Qué? —preguntó Danielle, mientras abría sus mensajes y prendía la impresora.

—La dueña de estas huellas estuvo recientemente involucrada en un intento de asesinato… como testigo… y luego se convirtió en víctima del mismo criminal.

—Ah, ¿sí?

—Estuvo en la tele y todo. Ese tipo golpeó a su esposa; y su hija se escapó. La dueña de las huellas logró salir ilesa del segundo ataque.

—Sí… Me acuerdo vagamente.

—Si necesitas algo, llámame.

—¡Gracias, cariño! —dijo emocionada.

Marysol, que había escuchado todo y estaba lista, detrás de la inspectora, preguntó, mientras la cara en miniatura de Solymar se revelaba en la hoja que salía de la impresora.

—¿Quién es ella?

—¡Ya verás! ¡Ay, caray! ¡Ah, qué maldita coincidencia! —Danielle se sorprendió al leer el nombre—. Se llama Solymar.

Marysol abrió más los ojos y sacó la hoja aún tibia de las manos de Danielle y empezó a leer el archivo de Solymar. Cuando la impresora expulsó la foto ampliada, Danielle miró a la Bandolera y dijo:

—Ella tomó esa foto cuando tenía diez años, todavía era una niña. Pero es tu cara. —Le dio la imagen a Marysol, quien la tomó y observó la foto de una niña con flequillo que apenas podía contener su sonrisa frente a la cámara—. ¿Eras así de niña?

—Yo no me acuerdo muy bien, nuestra infancia es muy corta, no podemos guardar muchas cosas… pero recuerdo este pequeño flequillo. Fue mi hermana quien lo cortó.

—¡Qué triste!

—¿Triste? ¿Por qué?

—No lo sé… Tu cara me parece triste, abatida.

—¿Abatida?

—Triste, te ves triste. Y como deberías estar feliz, ya que hemos recorrido un largo camino conociendo a esta chica, pues… pensé que, a lo mejor, tu infancia corta… ya ves… La infancia es una fase muy importante en la vida de una persona.

—Ya me di cuenta de que valoráis demasiado la infancia. Para nosotros es solo un período necesario. Triste es que una hembra sea

asesinada sin haber logrado cumplir su deseo de ser madre.

—¿Una hembra...?

—Mujer… una mujer, así es como llamáis. Mi hermana. Ella quería ser madre, hizo todo lo que necesitaba, pero ¡maldita sea! —Le devolvió la imagen de Solymar a la inspectora—. ¿Entiendes mi obstinación? ¿Entiendes por qué necesito encontrar a Ruan?



Y como estamos hablando de las madres y de sus hijos perdidos, recorramos el Centro de Cuidados Intensivos donde Manuela estaba inconsciente hacía unos días.

La silla de ruedas de Rogelio recorrió esos pasillos como si fuera la primera vez. Sus recuerdos no parecían pertenecerle a él, parecían pertenecer a alguien más en otra vida. El olor séptico del hospital no coincidía con el olor de las instalaciones médicas donde había necesitado aprender a trabajar en África; los pitidos de los equipos médicos modernos contrastaban con los métodos rudimentarios, casi prehistóricos, con los que tuvo que aprender a practicar la medicina junto al Médicos sin Fronteras. Había redescubierto su vocación a través del trabajo desinteresado que hizo en aquel país, pero regresar a ese entorno era como redescubrirse a sí mismo. De repente, fue invadido por el deseo de redescubrir la ciencia, abandonar la forma prosaica y principiante de hacer medicina en África. Frente a todo ese mundo que había dejado atrás, Rogelio se dio cuenta de que el trabajo de hormigas que había hecho en aquel país no era nada. Era como tratar de apagar un incendio forestal con un gotero.

Era una pérdida de tiempo.

Independientemente de lo que digan los defensores de los derechos humanos universales, los Nobeles fueron dados a aquellos que hicieron grandes cosas, no a lisiados pobres que aplicaban epinefrina a cofres delgados de chicos nacidos en un país desesperado, y Rogelio siempre había querido ser grandioso. Sabía que podría ser grande. No estaba seguro de por qué había creído que sería feliz luchando contra lo imposible en África, pero allí, en Río de Janeiro, entre pitidos y olor a alcohol gel, volvió a sentirlo.

Sentirlo todo.

Incluso a sí mismo.

Tal vez incluso tuviera algo diferente en el aire, algo que lo hacía sentir más a sí mismo, más completo, y eso le gustaba. Le gustaba ser el Rogelio original de fábrica. Le gustaba saber que era más inteligente, más hábil, más necesario que los otros médicos.

La esperanza de Rafaela alimentaba su ego.

No es que él pensara que podría traer a uno de la muerte, todavía no. Pero entonces esta posibilidad se reveló en los pensamientos del médico. Tantas cosas que sabía, tantas cosas que había estudiado, tantas teorías que había creado.

Vencer a la muerte.

Ese pensamiento lo abrumó por un segundo de la nada.

Eclipsó sus más nobles inclinaciones.

Él quería eso.

Él podía eso.

Algunas pinzas cayeron al suelo durante la carrera de las enfermeras, y ese ruido lo sacó de su ensueño. Sintió que el monstruo que siempre había vivido dentro de él quería saltar de su pecho, y experimentó una especie de miedo.

Miedo a sí mismo.

Miedo a ser quien había sido.

El Rogelio original de la fábrica.

Esa visión de sí mismo, petulante, arrogante, creyendo que tenía todo el conocimiento del universo, lo asustó. Y estaba asustado porque sabía que era una representación fiel de sí mismo. El hombre que no tenía paz, el hombre que siempre estaba persiguiendo algo. No le gustaba ese Rogelio. Le gustaba el Rogelio de África.

Trató de no oler más el hospital, lo cual le parecía agradable, y fijó resueltamente su mirada en el contorno ondulante de Rafaela, quien, ya no preocupada por su movilidad, caminaba frente a la silla de ruedas y abrió las anchas puertas que conducían al lugar donde estaba Manuela.

Mirando a la excasicuñada y a los brillantes y ruidosos monitores que tanto había extrañado, Rogelio ni siquiera necesitó treinta segundos para el veredicto, aunque el fondo de su mente gritase que podría cambiarlo.

Habían pasado tres días desde que Elisa, impulsada por los instintos humanos más primitivos, había detenido su búsqueda al Maldito para seguir al hombre que le había ofrecido comida.

Tres días en que Rafaela la había buscado y rezado por ella.

Tres días en los cuales Artek se dio cuenta de la inutilidad de vagar por el mundo como un espíritu. Esa experiencia le había demostrado lo loco y perdido que estaba.

—Los muertos deben permanecer muertos —murmuró Artek, mientras miraba el contorno roto de la hija de su doble.

Murmuraba la frase sin cesar, tal vez tratando de convencerse de esa verdad que, por mucho que supiera, deseaba convertirla en una mentira. Desearía que no fuera cierto. Quería poder retroceder en el tiempo y devolverle la vida a esa niña humana.

A pesar de estar muy detallada en mi historia, no tengo intención de descomponer a ninguno de ustedes, por lo que les ahorraré los detalles que llevaron a la niña a estar desnuda y con su cuerpo magullado expuesto al cielo abierto y a los gusanos que consumen la carne

Ella estaba allí, y eso es todo lo que necesitan saber.

Artek se quedó con ella todo el tiempo; vio cuando el espíritu de la niña salió del cuerpo, feliz, y la guio al lugar donde él mismo no había tenido el coraje de irse; se aseguró de que ella no cometiera los mismos errores; le explicó que la amaba y, como si fuera Arthur, le pidió perdón. Cuando el espíritu de la pequeña Elisa hizo la transición, tenía una sonrisa inocente en su rostro.

Pero su cuerpo todavía estaba allí. En un lugar indigno, en una posición indigna. Artek no lo permitiría. A medida que el pequeño cuerpo se descomponía, alimentaba el deseo de desaparecerse gradualmente como ese cadáver cuya carne quedaba torturada por gusanos.

Se lo merecía.

Había sido muy difícil estar cerca de su doble, tratar de poseerlo, recuperar un cuerpo. Los muertos deben permanecer muertos. Artek había aprendido su lección. Mirando, enloquecido, el cuerpo desprotegido de esa chica arrojado en una posición extraña sobre la basura apestosa comprendió que eso era todo lo que había logrado.

Basura.

Indignidad.

Soledad.

Conocía las historias sobre las personas, sabía de lo que eran capaces, conocía todas las leyendas, pero lo que lo mataba, o lo mataría si estuviera vivo, era saber que él, un *daemon*, había sido el responsable de eso. Si tan solo hubiera dejado a Arthur solo…

Mirando el cuerpo infantil casi deforme, arrojado como un juguete roto, como comida podrida, en un basurero de un vecindario cuyo nombre no conocía, Artek descubrió cómo era llorar. Sin su cuerpo de *daemon* listo para filtrar emociones, o tal vez influenciado por el mismo virus de la humanidad que pareció golpear a Ruan con fuerza cuando miró a Solymar, el burlón Jack *the* Artek lloró.

Y lloró.

Y lloró más porque no podía hacer nada más que llorar.

Luego se dio cuenta de que su llanto estaba cambiando algo. Como si expandiera los campos de energía, como si hiciera que el universo replicara su dolor. Estaba seguro de que sus aullidos se podían sentir en todas las dimensiones, y usó esos aullidos para atraer la atención de una recolectora de desechos y llevarla al cuerpo de la niña.

La recolectora que encontró el cadáver de Elisa no era nueva en el trabajo, y ese no fue el primer cuerpo que encontró, por lo que no perdió el tiempo con una segunda mirada de compasión por la niña; no podría venderla, y necesitaba cosechar las recompensas de su trabajo al final del día.

Le dio la espalda al cadáver.

Loco, Artek volvió a aullar de dolor, y esos aullidos molestaron demasiado a la recicladora. Ella no pudo evitar mirar a esa niña. No quería mirar, pero no pudo evitarlo. Sabía que, si llamara a la policía, tendría que ir a la comisaria, testificar, hablar con los cerdos. No le gustaba la policía y necesitaba trabajar, no tenía tiempo que perder. Pero ese cuerpo… esa niña… sentía un peso en la nuca, sentí una molestia, un nudo en la garganta, una opresión en el pecho. Sacudió la cabeza para alejar la sensación, aceleró el paso para salir de allí, pero Artek no se rindió.

Era su última oportunidad de hacer algo bueno.

Enfadada por el peso de su conciencia —o al menos así era como se sentía, como si fuera su conciencia—, la recolectora tomó su celular tan caprichosamente escondido debajo de las ropas sucias y llamó a la policía. Intentó dar la ubicación lo mejor que pudo y trató de escaparse antes de que

llegaran los cerdos. Artek ya no la hostigaba, para él, era suficiente con que encontraran a la niña y la enterraran dignamente, aún que fuera en nuestro mundo indigno.



—Rafaela, Manuela está muerta —sentenció Rogelio.

Como si se enfrentara a un niño de cinco años que no entiende las reglas de convivencia de los adultos, Rafaela suavizó sus ojos, tocó la cara de Rogelio y, en voz baja, dijo:

—Lo sé, cariño, por eso estás aquí. Tráela de vuelta. —Extendió su mano hacia su hermana en un gesto muy claro, como si realizara un truco de magia. Extendió esa mano con la fe de los ingenuos, los locos y los puros de corazón.

Rogelio no pudo contener su media sonrisa.

Era la sonrisa de alguien que apreciaba la fe; era, al mismo tiempo, la sonrisa de aquellos que también creen que pueden; pero también era la sonrisa del hombre que temía al monstruo y prefería ni siquiera pensar en intentarlo.

—¿Qué quieres de mí, Rafaela? Quizás, en mi laboratorio secreto, al pie de una torre de acero, podamos esperar la tormenta que enviará el rayo resucitador para que el metal lo lleve al sistema nervioso de tu hermana, luego, milagrosamente, ella abrirá los ojos a una nueva vida. —Miró a la exnovia y su tono se endureció—: ¡No seas absurda, Rafaela! Esta es la vida real, no una estúpida ficción. En el mundo real, los muertos permanecen muertos.

—Lo sé, cariño, pero puedes hacerlo. —La voz de Rafaela era el epítome de la negación—. Tienes la llave de todas las cosas. ¡Por favor, inténtalo! —Extendió su mano nuevamente hacia su hermana.

Rogelio se dio cuenta de que, además del suave tono de voz, los ojos de esa mujer tenían una locura que rogaba por salirse. Extendió la mano para tomar el brazo extendido de Rafaela y hacerse entender, cuando sonó un teléfono celular, y él detuvo su propio brazo en el aire.

Pareciendo ignorar el sonido, Rafaela continuó mirándolo con el brazo extendido y las cejas levantadas como una invitación clara para que él lo intentase.

—Rafa, tu celular está sonando.

—Órale, Rogelio, ¡tócala! Sé que puedes hacerlo.

A Rogelio no le gustaban los sonidos fuertes, odiaba el ruido, perturbaba su sistema cognitivo. El sonido de ese teléfono acompañado por la vibración golpeaba sus nervios aún más agresivamente de lo habitual.

—Rafaela, ¡el celular! —advirtió.

Pareciendo no registrar nada más que su propio deseo de recuperar a su hermana, Rafaela no escuchaba o no quería escuchar.

—Rogelio…

El teléfono dejó de sonar, Rogelio se acercó, volvió a alcanzar el brazo extendido de la chica, pero el teléfono sonó por segunda vez y luego, fuera de control, él gritó:

—ELLA ESTÁ MUERTA, RAFAELA. ¡MU-ER-TA! —Se alejó con la silla, abrió los brazos como si se mostrara a sí mismo o al medio ambiente y continuó—: EME – U – E – ERRE – TE – A. MUERRRRRTAAA. Fallecida, difunta, extinta, muerta como un tornillo. No hay nada que yo pueda hacer. Ahora, ¡CONTESTA TU PUTO TELÉFONO!

Demente, Rafaela miraba a su hermana y a Rogelio. La locura se le había escapado, y ella estaba tratando de controlar el dolor. Preocupado, Rogelio tomó el teléfono que había empezado con su molesto ruido por tercera vez.

—Móvil de Rafaela, habla el Doctor Rogelio.

Mientras los ojos de Rafaela se movían salvajemente en sus cuencas, Rogelio escuchaba lo que su interlocutor le decía. Cuando el médico colgó, Rafaela seguía mirando, esperanzada, entre él y su hermana. El médico se acercó, apoyó la cintura de la joven con una mano y dijo:

—Rafaela…, necesito que me escuches atentamente.

—Ahora no, mi amor. Después. Después que tú…

Rogelio no le permitió a la joven completar esa oración. Sin preguntarse si estaba yendo demasiado lejos, sin emoción perceptible, abofeteó a Rafaela. Una vez a cada lado de la cara.

Funcionó.

Rafaela reemplazó la ilusión con sorpresa y, finalmente, retiró su brazo extendido para sostener el rostro.

—¿Me golpeaste? —dijo, espantada. Rogelio sonrió. Pensaba la pregunta estúpida—. ¿De qué te ríes, idiota? ¡No puedo creer que me hayas

pegado!

—Tienes razón. La risa fue inadecuada. Te ruego que me perdones.

—¿Perdonarte por la risa? ¿Qué me dices del golpe?

—Ese fue bastante adecuado y necesario. Te necesito consciente y en pleno control de tus facultades.

—¿Adecuado?

—Olvídate de eso. ¿Cómo está tu sistema cognitivo?

—Qué demonios…

—¿Dónde estás?

—¿Qué?

—¿Dónde estás, Rafaela? La ubicación geográfica. ¡Contéstame!

—Centro de Cuidados Intensivos del Hospital Samaritano.

—¿Ciudad?

—Río de Janeiro.

—Repita después de mí: taza - ladrillo - tapete.

—Taza, ladrillo, tapete.

—¿Cuál es mi primer nombre?

—Rogelio

—Sigue mi dedo.

Levantó su dedo índice frente a los ojos de Rafaela y se lo movió lentamente, primero a la derecha, luego a la izquierda, prestando atención a los movimientos de las cuencas de sus ojos.

—¿Cuánto es cinco más tres?

—Ocho ¿Qué es todo esto, Rogelio?

—¿Cuáles fueron las tres palabras que te pedí que repitieras?

—Taza…, ladrillo… ¡ah, joder! ¡Esto es estúpido! Por qué esta…

—Las palabras, Rafaela.

—¡Tapete! ¡Caray! ¡Tapete! Taza, ladrillo, tapete. —De repente, Rafaela dejó de hablar, como si hubiera notado algo, miró a Rogelio y preguntó—: ¿Quién estaba al teléfono?

—La policía.

—¿Encontraron a Elisa?

—Encontraron a su cuerpo.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 13

El *daemon* que no nació

HABLAR DE LA MUERTE NUNCA HA SIDO FÁCIL, y cuando se trata de la muerte de un niño… bueno… es aún menos fácil, pero la muerte es parte de la naturaleza. De alguna manera, es parte de la vida.

La única forma de escaparse de la muerte es no nacer.

A veces…

Quiero hablarles un poco sobre cuándo la banda de Marysol todavía existía y mostraba su alegría. Alegría a menudo personificada por Pele.

Estaba sentada en la cerca de la finca de Artek mientras comía un plátano. Sí, había plátanos en el mundo de los *daemons*, y no, esto no es relevante para la historia, pero me gusta pensar en las pequeñas cosas que hacen que nuestro mundo sea similar a lo de ellos.

Esa propiedad servía como punto de parada y descanso para la banda que, en esa época, ya tenía a Ruan como uno de sus miembros. Pele miraba al ganado dirigido por una pastora empleada por Artek. ¡Sí! Los bandoleros eran bandidos, ladrones, pero ninguno de ellos era lo que llamamos pillo de poca monta. Artek tenía empleados. La pastora conducía el ganado mientras tenía que protegerse de las llamas que provenían de los animales más distantes cuyos cuernos eran tres veces más grandes que los de nuestros toros y encantaban a la hawaiana.

Ruan había salido a caballo, lo cual detestaba, pero lo había hecho para complacer a Marysol. El Maldito tenía una motocicleta, sin embargo, quería demostrar que era uno de ellos, que era parte de la banda, por lo que mantuvo la moto guardada en un granero. Usaba el vehículo solo cuando la banda cambiaba de ciudad y la ruta era demasiado larga para que él estuviera dispuesto a hacerla a caballo. Incluso esto se consideraba un acto de buena voluntad, ya que Ruan simplemente podía teletransportarse en lugar de viajar por la ruta. Pele lo miró, y él la saludó con la mano y le dedicó una sonrisa que le pareció encantadora, pero que ella consideraba

odiosa, por lo que la hawaiana respondió con una sonrisa falsa mientras mordía una de sus trenzas.

En ese instante, sintió la mano de Diana sobre su hombro. La pistolera acababa de llegar y tenía una expresión seria. No es que Diana fuera un pozo de alegría, pero en ese día, la expresión estaba diferente. No era el mal humor que siempre lucía en su rostro. Ella hablaba en serio.

Lucía seria y reflexiva, tal vez hasta preocupada.

Pele sonrió a su compañera, y Diana se sentó a su lado en la cerca, también mirando a Ruan.

—¡Este tipo no me cae, che! —Diana dijo, su voz llena de desprecio.

—¡Bienvenida al club!

—Así que no es una burla gratuita.

—Créeme, amada…, este tipo apesta y aún mostrará a lo que ha venido… ¡y de la peor manera! —dijo Pele sombríamente. Diana asintió con la cabeza.

La cara de Diana no ocultaba su nerviosismo, pero no era por Ruan, y Pele lo sabía. Aun así, esperó que la *daemon* hablara.

—Pele…, necesito un favor tuyo.

Sonriendo, la hawaiana volvió la cara hacia Diana. Pensaba que estaba en tiempo de que la indomable le pidiera algo. Pele sabía que Diana estaba enamorada de ella, pero también sabía que la hembra era demasiado distante para intentar acercarse.

—Antes que cantes victoria —dijo Diana—, espera a que yo termine. No estoy aquí de payasada, no. Tengo un asunto serio que discutir contigo. Al menos para mí es un asunto serio; quizás no sea para ti, y puedes decir que no; pero si dices que sí, tiene que ser un sí firme.

—Vale. Soy toda oídos.

—Eres muy buena con la magia de cambio de sexo…

—Sí, es verdad —dijo Pele, con los ojos vacilantes. Esa pregunta la había sorprendido, esperaba algo después de eso.

—Voy a hablarte sin rodeos, porque no se me ocurre otra forma. Quiero ser madre, pero no me gustan los hombres y tener placer es fundamental para una quedarse embarazada, ya sabes…

—Sí, todos lo sabemos. —Pele mantuvo una sonrisa, pero no estaba tan firme, tal vez tratara de adivinar qué tenía que ver con todo eso.

—Eres una hembra, me pones cachonda, así que… —Diana respiró hondo, casi sintiéndose avergonzada de lo que le pediría—. Pensé que

podrías ayudarme a quedarme embarazada… —La solicitud salió a toda prisa, con palabras que se cruzaron, como un secreto que necesitaba escabullirse. Respiró por segunda vez y, con más calma, preguntó—: ¿Me ayudarás?

La sonrisa de Pele desapareció, y la sorpresa se pudo ver en sus ojos.

—Tú… yo… nosotras… ¿qué quieres decir?

—¡Quiero un hijo! Mi hijo. La única forma es esta, y no he buscado a otras mujeres que tengan la misma capacidad, que puedan transmutarse, porque una extraña diría que no.

—Y ¿por qué dirían que no, eh? —Pele parpadeó una y otra vez tratando de volver a su estado normal—. Diana, ¿sabes que los riesgos son… desconocidos? ¿Tienes idea de qué tipo de *daemon* puede surgir de dos mujeres? Es que, amada, la transmutación es como una forma de eludir a la naturaleza. Soy originalmente una mujer.

—¿Por quién me tomas, viviente? ¿Crees que no sé todas estas cosas? Lo que sí digo es que quiero correr el riesgo. ¡No me importa! Y si no te gusta, si no puedes hacerlo por mí, solo retrasarás un poco mis planes, porque voy a elegir otra, pero lo haré.

Pele levantó la vista, respiró hondo y saltó de la cerca. Se enfrentó a Diana, que no pudo ocultar su mirada suplicante.

—¿Por qué tanto quieres un hijo? Nunca te imaginé con uno. No sé… No te veo así de maternal.

—De mí, solo sabes lo que quiero que sepas. Me gusta ser parte de una familia, y mi hermana está enamorada de ese porquería… No seremos una banda para siempre, así que ¿por qué no puedo tener a mi familia?

Pele paseaba de un lado a otro mirando a Diana sin saber qué pensar o decir. Cuando finalmente parecía que tenía decidido lo que diría, JB y Artek salieron de la casa grande, y Diana le lanzó a Pele una mirada que decía que aquel asunto debería quedar solo entre las dos.



Llevando la ropa del sobrino de Danielle, Tico no parecía un niño de la calle. De hecho, se sentía un poco lechuguino, si puedo llamarlo así. No, no puedo. Creo que Tico se describiría a sí mismo como fresita. Así se sentía: fresita. Cuando se acercó a la entrada de la favela, se miró a sí

mismo y a la ropa que llevaba puesta y comenzó a preguntarse cuál sería la reacción de los narcos.

El niño había intentado recuperar su ropa antes de abandonar el apartamento de la inspectora, pero Danielle ya la había tirado. Tenía un armario lleno de ropas de su sobrino, e insistió en que Tico se quedara con ellas.

No me malinterpreten, a Tico realmente le gustaba esa apariencia fresita, ¿ya ven? Por supuesto, también había una posibilidad de que los narcos pensasen que Tico había robado esa ropa, y en ese caso, podrían hasta admirarlo. No había manera de predecir la reacción de ellos, por lo que Tico eligió marcar a su madre de un teléfono público cerca de la entrada de la favela. Como se cayó al buzón, decidió buscar a sus hermanas a la escuela.

No es que hubiera estado lejos de su familia por mucho tiempo, pero después de todo lo que había sucedido cerca de la hoguera, y con toda la historia que involucraba su abuela al asesinato de su padre, él simplemente necesitaba saber cómo estaban su madre y sus hermanas. No estaba una semana normal, y él no tenía el derecho a desaparecer. Esperó fuera de la escuela para ver a sus hermanas, pero ninguna de ellas vino.

Preocupado, ya estaba considerando entrar a la favela con su ropa fresita, cuando una de las asistentes de la escuela lo vio y sonrió.

—Tico, ¡qué guapo te ves!

—¿En serio? —preguntó torpemente—. ¡Gracias, tía!

—¿Estás buscando a tus hermanas?

—Sí… ¿Se las perdieron?

—Tico, Tico ¿hace cuánto tiempo que no has estado en casa?

—No hace mucho, tía, solo un par de días, creo. ¿Por qué? —La cara del niño mostraba que la preocupación se estaba convirtiendo en nerviosismo y aprensión.

—Tu madre estuvo aquí ayer, advirtió que las chicas la iban a ayudar hoy con la mudanza. Pidió que compensáramos las ausencias.

—¿Mudanza?

—¡Sí! Y ella se veía muy contenta.

—¿Pa’ dónde se mudó, tía?

—¡A casa de tu abuela, Tico! Estoy feliz por ella. Finalmente va a dejar ese lugar peligroso…

—¿Mi mamá se fue a vivir con mi abuela?

—¡Dios mío, no lo sabes! —La asistente miró a Tico con cierta preocupación, pero dijo lo que necesitaba decir—: Tico…, tu abuela… Ella falleció.

Sin querer detenerse a pensar en lo que había escuchado, el niño le dio la espalda a la mujer antes de que ella terminara de hablar y corrió hacia la parada de autobús.

Dentro del autobús, Tico no pudo evitar notar la cantidad de gente que lo miraba de manera diferente. No lo evitaban, no le tenían miedo. Era el efecto de la ropa que vestía, de su nueva apariencia. Parecía un niño de clase media, una persona común, que no tenía que revolcar la basura para comer. A él le gustaba eso. Le gustaba sentirse incluido. Tico no había sido creado para las calles, para la basura, para los pequeños robos necesarios para la supervivencia.

Antes de las drogas, antes de la muerte de su esposo, su madre Lorena siempre había sido trabajadora, al igual que el padre de Tico. En ese momento, tal vez, y digo tal vez por qué no puedo decir exactamente cómo se sentía Tico en ese mismo momento, pero tal vez realmente se viera a sí mismo; y se diera cuenta de que estaba llevando la vida equivocada. No el tipo equivocado de vida en que uno toma decisiones equivocadas, sino el tipo equivocado como «he sido arrojado a un lugar que no es mío y me veo obligado a vivir una vida que no es mía».

Tico quería eso, se sentía como uno de ellos, uno de los que tomaba el autobús y pasaba desapercibido, uno de los que podían elegir el lugar para sentarse sin sorprender a la persona en el asiento de al lado; uno que no hiciera que las mujeres apretasen el bolso más cerca del cuerpo.



Lorena estaba en la acera hablando con un antiguo vecino de su madre, cuando vio a su hijo y sonrió ampliamente. Se acercó al niño y lo abrazó con fuerza, le olisqueó el cabello y alabó su ropa.

La casa era modesta, pero mucho mejor que la cabaña del morro. Estaba fuera del área de riesgo, en un vecindario pacífico en el suburbio. Okey… Vale… no hay más lugares pacíficos en Río de Janeiro, es solo una forma de decir.

—¿Qué pasó, amá?

—Ah, Tico, ha pasado tanto, y todo tan rápido…

—Dime.

—No sé… Después de que te fuiste con la Reina del Camino…

—Marysol, ma’.

—¡Vaya! ¡Que sea! Pues, yo estaba feliz y muy enojada al mismo tiempo. Es decir… No sé si estaba realmente feliz. Me sentía aliviada porque no tenía ganas de drogarme, ¿ya ves?

—¿No *tenía*? ¿Estás teniendo ahora?

—¡No! Pero eso no es todo… Es que, después de enterarme de tu abuela, me quedé muy disgustada. Tenía mucho coraje. No podía creer lo que la Reina del Camino había dicho y…

—¡Marysol!

—¡Vaya! Ella se parece a una reina, ¿no? Y estaba en el camino, ¿no?

—Tá bueno...

—Solo necesitaba hacer algo, así que caminé. Necesitaba sacar esa agonía de mi pecho, y nada saca la agonía de mi pecho como la coca.

—¿Te drogaste, má?

—No, no lo hice. Yo quería. ¡Dios!, cómo quería poder hundirme en coca y olvidar toda esa mierda… Sería bueno hacerlo, pero no pude, solo de pensarlo me enfermaba, así que me enojé con la Reina…, con Marysol, ¡maldita sea! porque, gracias a ella, ni siquiera podía olvidar esa historia con coca. —Desolada, Lorena se sentó en un sillón, apoyó la cara en sus manos y suspiró—. Ella era mi madre, Tico. No quería odiar a mi madre, no es cierto… hubiera preferido la coca.

—Y tú eres mi madre. ¡Mi madre! A mí no me importa quién tú odies, solo quiero que estés bien.

Lorena miró a su hijo, no puedo decirles si entendía todo el dolor que había en esas pocas palabras, pero sus ojos brillaron llenos de amor hacia el niño.

—Lo sé, Tiquito, lo sé…

—¡Pero espera! ¿Mataste la abue?

—¡NO! —Lorena gritó indignada y se levantó del sillón—. No, Tico, nunca. Lo que sucedió fue que intenté… No la coca, pero necesitaba probar algo para no venir hasta acá y estrangular esa… esa…

—Tá bien, mamá, creo que no está mal maldecir a la abue. Ella hizo algo malo.

—Pero era mi madre…

Tico miró a Lorena, se sentó en el extremo del sofá e invitó.

—Ven aquí, mamá…

Lorena se sentó junto a su hijo, luego se tumbó y apoyó la cabeza sobre las piernas del niño. Los sollozos escaparon sin que ella pensara en preservarse a sí misma o al chico. Durante un tiempo que no puedo medir, ella se quedó allí, llorando, mientras Tico le acariciaba el pelo. Cuando los sollozos disminuyeron, Lorena permaneció en el regazo de su hijo de doce años y habló en voz baja:

—Yo sentí tanto odio de esa maldita vieja por lo que nos hizo, que solo quería… quería sostenerla por el cuello y abofetearla. Pero ella era mi madre. Así que intenté calmarme, y logré comprarme un porro. Pero ni siquiera pude fumarlo… Vomité todo lo que había comido, y luego me enojé más, así que vine acá, vine porque quería pelear, quería meterle el dedo en su cara y decirle que ella había estropeado con mi vida

—‘Tá bien, mamá…

—Se lo eché a la cara… todo… la dije vieja, le dije que, gracias a ella, nuestra vida se había convertido en un infierno; luego ella dice a Marysol mentirosa y zorra y lo negó todo. Pero sé que Marysol dijo la verdad. A mi mamá nunca le gusté. Me tuvo a la edad de catorce años, era como si yo hubiera acabado con su juventud, como si fuera mi culpa, y ella nunca me dejó olvidar de eso. Ella nunca ocultó que yo había terminado con su vida.

—No pienses así, amá, a la abuela le gustaba tú.

—No, no es cierto. Cuando crecí, ella siempre competía conmigo. Todavía era muy joven y quería robar a mis novios. Siempre fue así… Debí saber que ella también trataría de robar a tu padre. Incluso lo he visto, ¿sabes? Lo intentaba, coqueteaba, siempre lo estaba piropeando… Y le dije eso, le dije que era una zorra vieja que no podía verse a sí misma, y ella me golpeó, Tico. En el medio de mi cara.

Los sollozos regresaron, y Tico puso una mano sobre los hombros de su madre para tratar de contener esos sollozos, para tratar de mantener a su madre sana.

—Tá bien, mamá —repitió Tico, como si ese «Tá bien, mamá» hiciera que todo estuviera bien.

—Ella me lo confesó, Tico. Cuando tu padre no le prestó atención, se quedó tan enojada que subió el morro y le dijo al jefe de los narcos que tu

padre era un informante. No tuvo que hacer nada más… Ya sabes cómo es el juicio de los narcos. Ellos no preguntan, ellos…

—Lo sé… Ellos matan.

—Y ella me dijo eso en mi cara, y dijo que yo no merecía ser feliz, porque le había quitado su felicidad. Así que no pude soportarlo y la abofeteé. Y ella… y ella…

La espalda de Lorena temblaba, Tico aumentó la presión de sus manos sobre los hombros de su madre y volvió a contar su mentira.

—Tá bien, mamá.

—No… No… No…. —Lorena no podía hablar; Tico ya sentía lágrimas en sus propios ojos, pero tal vez pensó que necesitaba ser fuerte para cuidar a su madre, así que se quedó allí.

—Tá bien, mamá. Cálmate.

—Después de golpearla, ella me miró con ojos de plato y de repente cayó al suelo. Pensé que estaba haciendo una escena y cerré la puerta. Los vecinos ya estaban acurrucados juntos afuera debido a los gritos, escucharon toda la pelea. Cuando me fui, alguien entró y luego se fue diciendo que estaba muerta. Llamé a la ambulancia, Tico, lo juro, no quería que se muriera…

—Amá, ella no se murió por la bofetada, ¡una bofetada no mata a nadie!

—Pa-pa-paro c-car-díaco… Ella tuvo un ataque al corazón. El doctor dijo que fue masivo. Esa vieja perra ni siquiera sufrió. ¡Zorra inmunda!

Lorena se bajó del regazo de su hijo y empezó a caminar de un lado a otro de la habitación mordiéndose las uñas. Tico conocía ese frenesí, y comenzaba a preguntarse si el hechizo de Marysol se estaba desvaneciendo.

—Amá, siéntate aquí otra vez.

—No… yo solo… ¿ya ves? de eso te estoy hablando, una rayita ahora me tranquilizaría, me haría olvidar toda esa mierda, pero ¡no puedo! Hay una parte de mí que quiere poder, porque la coca me hará olvidar. ¿Marysol me lo quitaría esa cura?

—¡No, amá! —dijo Tico, levantándose del sofá—. Tú no vas a volver a las drogas. Solo necesitas ocupar tu cabeza. Dime… ¿dónde está la abue? ¿Cuándo será el funeral?

Lorena se detuvo en medio de la habitación, su rostro lleno de culpa.

—Ah, Tico, lo siento, pero no iba a cuidar el cuerpo de esa hija de puta que jodió con mi vida. ¡Ella estaba muerta! Traté de encontrarte, pero

no estabas en ningún lado. Los vecinos se reunieron y me ayudaron a pagar el funeral, y tomé mis cosas del morro y vine pa'cá. Al menos ya no estamos bajo el tráfico. La casa era suya, ahora es mía. ¿Vienes a vivir con nosotros, mijo?

—¡Solo si no hablas de drogarte de nuevo!

—Ni siquiera puedo…

—Tienes que conseguir una chamba, amá, para cuidar a mis manas, no pensar más en las drogas.

—Lo sé, y creo que conseguí en una peluquería, lo sabré mañana. Como manicura. No paga mucho, pero puedo limpiar, planchar algo de ropa… —dijo con una sonrisa de esperanza, y Tico también sonrió esperanzado.

El niño cruzó la habitación, abrazó a su madre por la cintura y dijo:

—¡Tranquila, amá! Te voy a ayudar. Y si la abue se convirtió en un fantasma, te juro que no nos perseguirá.



No puedo decirles si Tico dijo eso por decir, o si sabía lo que estaba sucediendo en ese momento, en esa habitación, en otra frecuencia, una frecuencia no percibida por ojos como los nuestros.

En esa habitación, todavía desordenada y llena de cajas de cartón abiertas y revolcadas, donde Tico consolaba a su madre, dos espíritus enojados y locos se miraban llenos de furia.

En esa habitación, Solange, con ojos saltones y tal vez un poco asustada, estaba cara a cara con Diana, que había llegado allí guiada por las vibraciones de su vientre vacío.

Como si todavía tuviera un cuerpo para ponerse, Diana estaba parada con las piernas separadas, con los brazos cruzados delante de Solange; sus dos revólveres imaginarios estaban en el mismo lugar que siempre habían estado cuando la *daemon* aún estaba viva. Su rostro estaba decidido. Ella quería guerrear.

—Si te acercas a ese chico, te rompo el hocico, ¡maldita humana!

—¿Quién… quién eres? —Los ojos de Solange eran la representación más pura del miedo. Miedo que, en la vida, ella nunca había mostrado.

—¿Yo? —Diana preguntó, luciendo una sonrisa helada—. Soy tu más allá, soy lo que tu raza pretende ser, soy un *daemon* que murió y no tiene más magia en el mundo de los vivos, pero puede causar mucho daño entre los muertos.

—¿Eres un ángel de la muerte?

—¿Ángel? —Diana rió—. Humana, nunca has estado tan lejos de la verdad.

Diana se acercó; nada más gobernaba su ser si no el deseo de proteger al pequeño humano que estaba en esa habitación desordenada. Cuanto más se acercaba a Solange, más sentía su miedo, y cuanto más miedo sentía, más quería acercarse. Agarró a la mujer por su cuello etéreo, con ambas manos igualmente etéreas y empezó a estrangularla; mientras la estrangulaba, podía sentir sus vibraciones y ver todo el daño que le había hecho a Tico. Eso, si era posible, la volvía aún más loca. Sus ojos adquirieron ese azul inhumano, el azul del sufrimiento, del dolor, del anhelo, y apretó el cuello de Solange aún más. No es que Solange necesitara respirar, pero los espíritus necesitan su tiempo para separarse de la materia, de modo que la mujer se sintió sofocada por esas manos. Intentó liberarse, pero Diana estaba disfrutando y la sacudió de lado a lado, luego la arrojó contra la pared.

No una pared espectral, ni una pared teórica, la pared física, la que los ojos humanos podían ver; la que callosas manos humanas habían levantado una vez. El cuerpo de la mujer golpeó la pared y cayó al suelo. El miedo hizo temblar a Solange, y cuando Diana empezó a caminar, absoluta y poderosa, hacia ella, la abuela de Tico se encogió esperando el golpe.

Pero el golpe no llegó.

—No puedes traspasar la materia, estás aferrada a ese cuerpo como si estuviera viva. ¿Qué pasará si te la traspaso yo?

Diana saltó y atravesó la pared. Por un segundo, Solange miró a su alrededor y, sin ver a la pistolera, dejó escapar un suspiro de alivio. Su alivio, sin embargo, no duró mucho. Pronto, sintió las manos de Diana sobre sus hombros; vinieron desde atrás y la empujaron contra la pared, obligando a su cuerpo inmaterial a traspasar la materia sin saber cómo hacerlo. Solange gritaba de dolor, y no había nadie allí para escucharla excepto la *daemon* que le causaba ese dolor. Podía sentir su cuerpo atravesando cada parte de la pared, a través del yeso, a través de los

ladrillos. Cada molécula de pared pasaba y se mezclaba con las moléculas de su ser.

Diana lo hacía lentamente, parecía saber que le dolía y se dedicaba a causar el mayor sufrimiento posible. Estaba tan concentrada en su tortura, en su venganza, que no percibió la llegada de JB y Pele. Mientras JB sacó a Diana del camino, Pele completó el cruce de Solange, pero a una velocidad mucho más rápida. Estaba decidida a terminar con el sufrimiento de la mujer muerta.

—¿Por qué lo hiciste? —Diana tronó.

—¿Qué? Hicimos lo mismo que estabas haciendo. Solo que más rápido —respondió JB.

—¡Esa perra se lo merecía! —Diana gritó—. Ella lo lastimó a él…

—¡Nosotros sabemos! —respondió Pele—. Por eso estoy aquí. Para protegerlo de ti, que no te das cuenta de que le hará daño. —Pele se acercó a la pistolera y, con voz tranquila, dijo—: No estás pensando con claridad, amada, tu sufrimiento te está volviendo loca… —Diana se pasó la mano por el pelo, bajó la mirada y los empujó a los dos para pasar—. ¿A dónde vas, Di? ¡No estás bien! Tenemos que andar juntos. Somos una banda.

—Si vosotros habéis olvidado o perdonado, ¡ese es muy vuestro problema! —dijo Diana sin mirar hacia atrás—. Voy a buscar a Pablo ahora, ya sé cómo hacerlo; entonces, ayudaré a Mary a matar al Maldito. Sois bienvenidos si queréis ayudar, de lo contrario, dejadme en paz.

—¡No hagas daño a tu doble, Diana! —pidió JB.

—No voy a usar su cuerpo, si es eso lo que piensan. Jamás me lastimaría a mí misma. Además, aquí en este mundo, cualquier cuerpo es para acciones… rápidas. —Le dirigió a Pele una mirada astuta y dijo—: ¿Ya ves, guapa? No estoy loca Sé mucho bien lo que hago.

—Di…

Pele todavía trató de alcanzarla, pero Diana ya se había ido.



No. Diana no sabía lo que estaba haciendo. Pero ¿qué madre no se vuelve loca cuando se trata de la seguridad de su hijo? Lo que me lleva de vuelta a esa conversación que se había iniciado en la finca de Artek, donde Diana le había pedido a Pele que la ayudara a tener un hijo.

Ahora necesito que ustedes mantengan sus mentes abiertas a lo que, entre nosotros, los humanos, es imposible. Siempre pensamos que estas cosas solo suceden en los libros o en las películas de ciencia ficción porque, para nosotros, esta es la única manera de que suceda este tipo de cosas: en la ficción.

En nuestra realidad, limitada por la naturaleza y la fuerza de nuestro pensamiento, es inconcebible que dos personas del mismo sexo tengan un hijo. Entonces, nos enfrentamos a un mundo extraño al nuestro, cuyas estrellas y galaxias hasta existen como en nuestro universo, pero cuyos nativos tienen una biología diferente.

Por supuesto, no se hace tan fácil como las leyendas lo hacen parecer. En teoría, el proceso es simple: una hembra se transmuta en un macho, fertiliza a otra hembra y, unos meses después, un hermoso bebé *daemon* deja escapar su grito anunciando que está vivo. En la práctica, quienes lo intentaron terminaron descubriendo que no estaba tan simple. Quizás, a pesar de tener una biología liberadora, la naturaleza *daemon* condenase la práctica; quizás fuera imposible para las hembras fertilizadas disfrutaren de un macho, aunque supieran que el macho era, de hecho, una hembra transmutada; quizás fuera solo una leyenda. Todos esos «quizás», Diana no los consideraba. Ella quería un hijo. Una familia de la misma sangre que ella. Diana quería un reemplazo para la compañía de Marysol que, ella sabía, pronto dejaría la banda para tener su propia familia con Ruan.

La biología *daemon* podía ser liberadora, pero la pistolera estaba atascada. Atrapada por la necesidad de ser madre. Una necesidad que ni siquiera entendía, una necesidad que no tenía la fuerza para entender.

Todavía no había hablado con Pele al respecto, estaba esperando el mejor momento. Sabía que, si lograba alcanzar su propósito, no podría mantenerlo en secreto, pero hasta que la hawaiana tomara una decisión, no se lo diría a nadie.

El sol se estaba poniendo, y los insectos ya estaban empezando a molestar a la pistolera cuando escuchó los suaves pasos de Pele en la hierba detrás de ella.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó Pele.

—¡Acércate! —respondió Diana, señalando el lugar a su lado.

Pele se sentó, se alisó las trenzas y miró de reojo a su compañera.

—He estado pensando en lo que me pediste…

—¿Y…?

—Y… ¿estás segura de que esto es lo que quieres?

—Sí.

—¿Y cuál será mi papel?

—Ponte tranquila, guapa. Para nada te molestaré.

—¿Ves? Esto es lo que me inquieta, amada. Si toda esta locura sale bien, ese niño tendrá un pedazo de mí, será parte de mí, mi hijo o hija. ¿Crees que puedo hacerlo y ya… olvidarme… darle la espalda?

—Te estoy liberando del servicio.

—¡No quiero ser liberada del servicio, Diana! Quiero estar a tu lado y ver nacer a este bebé, sostenerlo en mis brazos… Además, alguien tiene que estar pendiente de ese niño, pa' que no crezca de mal humor como su madre… una de las madres.

Diana no sonrió. Miraba hacia adelante. Pele no pudo decir en lo que estaba pensando, hasta que preguntó:

—¿Quieres una familia conmigo?

—Ya somos una familia, Di, todos nosotros.

—¿Me estás diciendo que sí?

—Estoy diciendo que podemos intentarlo. Y te estoy diciendo que tú no me vas a arrinconar. Si hacemos eso, haremos lo todo. Estaremos juntas. Quiero verlo crecer, y quiero sostenerlo en mi regazo, y llevarlo a la escuela… —Dejó su asiento y se sentó frente a Diana, sosteniendo sus manos—. Quiero contar historias para dormir y hacerlo descansar en mis brazos; quiero ayudar a extraer el primer diente y verlo crecer hasta convertirse en un adulto. Quiero asegurarme de que hice todo lo posible para poner a un buen *daemon* en el mundo. Un *daemon* del que podré estar orgullosa.

—Eso no estaba en mis planes.

—Entonces ponlo en tus planes. Yo digo que sí, si tú también me dices sí. —Diana suspiró y Pele preguntó—: ¿Quieres un poco de tiempo para pensarlo?

—No. No tengo que hacerlo. Quiero un hijo, y si ese es el precio que tengo que pagar…

—Hmmmm… Realmente sabes cómo cortejar a una dama —dijo Pele con una sonrisa traviesa.

Diana no pudo evitar sonreír.

—Eres muy chistosita.

Pele se inclinó y besó a Diana.

Fue su primer beso.

El primero de muchos.

Más besos de los que pensaron que intercambiarían.

Menos de lo que habían deseado intercambiar.

En ese mismo día, tuvieron su primera noche de amor.

La primera de muchas.

La única que necesitaron para concebir a un niño especial.

Diana siempre se había sentido atraída por Pele, pero nunca fue una hembra de darse; y Pele siempre fue dada. Era Pele quien hacía la alegría de la banda durante las celebraciones. Por supuesto que, como exprostituta, estaba acostumbrada a ser ingeniosa. Cuando Diana buscó a Pele para tener a su hijo, fue por la capacidad de metamorfosis de la *daemon*, pero también por la necesidad de sentir placer.

Ah, la biología de los *daemons*…

Pele sabía de su atracción, y también sabía que, a la pistolera, no le gustaban los machos; nunca pudo sentir placer con uno. Así que dejó para transmutarse solo en el momento de la concepción.

—Diana —susurró, mientras pasaba los labios por el cuello de la pistolera—, quiero que cierres los ojos y pienses en mí… en nosotras.

Diana obedeció la orden de su amante y, con los ojos cerrados, abrió las piernas.

Si ella tenía miedo, no lo sé.

Si ella sintió dolor cuando fue penetrada por primera vez, tampoco lo sé.

Pero sé que ella no pudo mantener los ojos cerrados.

Cuando Diana sintió el peso del cuerpo repentinamente grande y con una fuerte musculatura moviéndose sobre ella, abrió los ojos para mirar al hombre de piel oscura y cabello lacio y negro. Reconoció las trenzas de Pele y le pareció divertido que esas trenzas adornasen un cuello tan fuerte, así que ella sonrió.

Sonrió una sonrisa llena de afecto por la futura madre o padre, ¡no lo sé! de su hijo, y deshizo el peinado de Pele, permitiendo que el cabello negro se balanceara en sincronía con los movimientos.

—¡Abriste los ojos! —dijo Pele, con un tono divertido y una voz cálida y masculina.

Diana reconoció la sonrisa de la *daemon* detrás de esos fuertes labios y también sonrió. Estaba llena de afecto por ese extraño macho y pasó

ambas manos por la espalda de Pele. Levantó la cabeza y se le mordió la barbilla. El dolor no intimidó a la hawaiana que forzó la cabeza de la pistolera hacia abajo y dominó sus delicados labios con un beso de su nueva y vigorosa boca.

Fue un beso diferente para Diana, un beso lleno de fuerza, de posesión, de autoridad; la misma autoridad que Pele había demostrado al exigir ser parte de la vida del niño.

En cada golpe de ese físico fuerte, Diana reconocía la delicadeza y la alegría de la hawaiana, por lo que la amó.

La amó profundamente.

Al menos por ese minuto.

Ya les hablé de *daemons* y sentimientos; sobre cómo no los entienden, cómo simplemente los perciben; también he dicho que lo que ellos llaman amor, lo reconocemos como lealtad; pero créanme cuando digo: Diana amó a Pele en ese momento. Y la amó de un amor que nunca pensó que sería capaz de amar; un amor que no pudo nombrar y, por lo tanto, no reconoció como amor, no lo llamó amor, pero amor sí lo era.

Ese amor que no busca sinónimos.

Ese amor que no tiene sinónimos.

Ese amor que se siente.

Punto.

Y, a pesar de toda la enseñanza de la biología de los *daemons* que predica que el placer es necesario a la concepción, me atrevo a decirles, aquí, desde lo más alto de mi humanidad, que ese niño fue concebido por el amor que esas dos bandoleras sentían la una por la otra.

Después del amor, Diana apoyó la cabeza sobre el pecho del macho Pele, mientras ya sentía la nueva vida pulsando dentro de su útero.

—¡Funcionó! —dijo con una dulce sonrisa. Tan dulce que hizo que Pele se recostara y volviera a su forma femenina para disfrutarla mejor.

Allí, las dos hembras estaban paradas, desnudas, una frente a la otra, intercambiando sonrisas cómplices y acariciando el vientre que llevaba una promesa.

Esperaron unas semanas antes de contar las noticias al resto de la banda. Eligieron una de las ocasiones en que el grupo se reunió alrededor de la hoguera. Silenciosa, Marysol interrumpió el camino de una pierna de pollo a su boca, se puso de pie, con la boca abierta, con ese trozo de carne colgando de su mano, pareciendo no creer lo que estaba escuchando. Aun

así, Marysol tuvo más suerte que Artek, que ya había mordido su trozo de pollo y acabó por sofocarse.

JB ofreció sus servicios masculinos para una próxima concepción posible.

Ruan guardó silencio.

Más que estar en silencio, Ruan parecía no estar allí.

Nadie más en el grupo, aparte de Diana y Pele, notó el distanciamiento del Maldito y, aun que estuvieran en un momento de extrema alegría, las dos presintieron lo peor.

La verdad es que Ruan estaba pensando en sus planes. En ese momento, la masacre de la banda ya estaba planeada, pero el Maldito no tenía ninguna voluntad de eliminar a una mujer embarazada. No es que sintiera lástima por el bebé; ni al caso; pero, como ya les dije, Ruan era un poderoso mago que había estudiado mucho, y entre sus estudios, aunque no hubiera se profundizado en el tema, dedicó tiempo a las criaturas *daemons* engendradas por dos del mismo género.

El recuerdo de lo que había estudiado lo dejaba alerta. Matar a un feto de esa naturaleza era lidiar con lo inesperado, y eso podría no ser bueno para un mago como él. En ese momento, consideraba salvar a Diana.



El plan inicial de Pablo en nuestro mundo era apoderarse de Barbosa como lo había hecho con António; dominar, suplantar a Barbosa con su propia personalidad. Pero cuando lo hizo, descubrió en el policía a un hombre con el mismo carácter que él, e igual de cobarde. No es que Pablo se viera a sí mismo como un cobarde, esa parte me toca a mí, pero eran dos iguales y, si eran iguales, podrían dividir el cuerpo en lugar de luchar por él.

Sin la disputa, sin el dueño original luchando por expulsarme todo el tiempo, tal vez las cosas sean más fáciles, pensó Pablo; así que prefirió hablar con su anfitrión. Hacer un acuerdo.

Buscó al policía mientras él dormía, cuando el inconsciente domina la voluntad, y el espíritu se revela en su forma más fiel. Le contó sobre los mundos paralelos, sobre cómo hay dobles que se encuentran dispersos por todo el universo, y sobre el hecho de que tenían la misma enemiga, cada uno en su propio mundo. Convenció a Barbosa de que juntos podrían

trabajar muy bien y derrotar a la inspectora Danielle. Así, el policía abrió voluntariamente el camino para que Pablo habitara su cuerpo.

A la mañana siguiente, cuando Barbosa se despertó, se recordó que necesitaba testificar en el Asuntos Internos a causa de la pelea entre él y la inspectora. No recordaba el sueño con un doble idéntico que vestía ropa de vaquero y tenía dos cicatrices, una a cada lado de la cara, pero escuchó esa voz en su mente. Era una voz clara, firme y real. Una voz que Barbosa no pudo ignorar.

Despierto, su conciencia luchaba contra todo lo que su inconsciente había abrazado durante la noche, pero ya era demasiado tarde: Pablo estaba allí y hablaba con él. No había vuelta atrás, no había boleto de regreso. Estaba asustado, pero al anfitrión no le importaba la rabieta del humano.

Barbosa se miró en el espejo, y los espejos siempre dicen la verdad.

—¡Sé macho, viviente! Estamos juntos y te ayudaré. —Escuchó decir, su propio reflejo.

Se puso las manos sobre la cabeza y la apretó.

No es que sintiera dolor u otra sensación física. Era solo la voz dentro de su cabeza y esa alucinación en el espejo; su imagen haciendo movimientos que él no estaba haciendo, diciendo cosas mientras él permanecía en silencio. Barbosa pensó que había algo mal con él, pero al mismo tiempo, sabía que no había nada malo. De hecho, se sentía más fuerte y seguro. Se sentía capaz de hacer cualquier cosa, superar cualquier obstáculo. Era la confianza en sí mismo, de Pablo, lo que gritaba dentro de él.

Salió a dar su testimonio creyendo que condenaría a Danielle; declaró a la corregidora que se sentía amenazado por la inspectora y que creía que ella quería hacerle un mal mayor.

—Defina «mal mayor» —pidió la corregidora con inconfundible disgusto.

—Lamento hablar así de otra policía, pero ¡esa mujer está loca!

—¿Es usted psiquiatra?

—No, o que pasa es que…

—¿Psicólogo?

—No, pero, como le estaba decien…

—Si no tiene entrenamiento en esta área, ¿cómo puede decir que una persona está loca?

—Ella me atacó frente a otro inspector, simplemente porque pensó que yo estaba saboteando la misión. Estas contusiones aquí —dijo señalando al ojo—, son de los golpes que ella me dio. Podría haberle devuelto los golpes, pero no soy un cobarde.

—Por supuesto que no.

Incluso con su renuencia a creer en Barbosa, la corregidora escaneó los documentos de la investigación, donde se había incluido la información de que, horas después de agredir al policía, Danielle accidentalmente disparó su arma y magulló un árbol, un hecho que no había sido debidamente aclarado y que podría denotar la inestabilidad emocional de la inspectora.

Sin embargo, los problemas más graves que enfrentaría Danielle empezarían después de que Barbosa saliera de la sala de Asuntos Internos.

En la planta baja del edificio donde estaba el policía, había unas seis personas y una *daemon* invisible que acechaba con ojos de lince a los dos seres en un solo cuerpo. Una *daemon* lo suficientemente enojada como para perseguir su venganza, pero no tan enojada como para haber considerado tomar posesión del cuerpo de su doble Danielle.

Había una parte de Diana que quería preservar la doble y no quería dañarla con una posesión. Al fin y al cabo, nada de eso se quedó importante, porque Diana, sí, terminó por lastimar a Danielle.

Estaban en el edificio de la Comisaría, un lugar en donde el noventa por ciento de las personas que circulaban eran policías, casi todos armados. Diana esperó a que Barbosa saliera del edificio y regresara a la calle donde estaba estacionado su auto. Luego vio que una oficial de policía también salía del edificio y caminaba hacia una motocicleta estacionada más abajo en la calle.

La hermana de Marysol fue a la mujer y confirmó que estaba armada.

Diana no lo hizo con mala intención, créanme.

Necesitaba vengarse de Pablo y, al mismo tiempo, iba a liberar a su doble Barbosa. Todo lo que necesitaba era una pistola.

Y así fue como, sin pedir permiso, sin medir las consecuencias, ella tomó posesión del cuerpo de la policial en la moto. La mujer no luchó contra el control. Se subió a la moto, se puso el casco y salió apurada, siguiendo el auto de Barbosa. Cuando estaban a una buena velocidad, ya en una avenida en el centro de Río de Janeiro, Diana hizo que la policía

recogiera la pistola mientras mantenía el control de la moto con la mano izquierda.

Fue en ese momento que la oficial Marisa intentó reaccionar contra la dominación. Su ser consciente se vio a sí misma con la pistola en la mano, persiguiendo a otro policía, y comenzó a preguntarse por qué estaba haciendo eso. Diana podría haber retrocedido en ese momento para no dañar a un humano que no tenía nada que ver con esa guerra, pero, al estar donde estaba, pudo leer el carácter de su caparazón.

No le gustó lo que vio.

Estaba prendida en el modo «obtener justicia» y decidió que esa humana no era mejor que Pablo o Barbosa.

—¡Rata maldita! Eres una traidora… —gritó, fuerte y acusadora, en la mente de Marisa—. Además de ser una grande hija de puta, no sabes cómo trabajar, nunca has investigado nada más que a tus propios amigos, vives con chismes. Has traicionado a tu banda.

—¡Dios mío! ¿qué pasa conmigo? —gritó Marisa.

—No me arrepentiré de usarte, no vales mucho.

Diana tenía razón sobre Marisa, por supuesto, y les pido que recuerden que, desde su perspectiva, la justicia de los *daemons* era privada, así que ella estaba haciendo lo que creía ser correcto. Ella fortaleció aún más su dominio, por lo que Marisa no tenía control sobre sus acciones.

En ese momento, Marisa se convirtió en Diana.

Eran una.

Era solo Diana.

Y sus ojos rojos brillaron a la dirección del objetivo.

Cuando la luz detuvo el tráfico, combinó la moto con el auto de Barbosa. Él miró a un lado, a la bella silueta de una mujer que viajaba en motocicleta y sonrió; pero Pablo, a través de la visera del casco, notó el par de ojos, y esos ojos lo golpearon con el peso de todas las maldiciones.

—¡Salte de aquí ahora! —gritó en la mente de Barbosa.

Barbosa quería salir, pero la luz estaba roja, roja como los ojos de Diana, roja como las luces de freno de los autos que bloqueaban su camino, roja como la sangre que mancharía los asientos de su auto si no salía de allí pronto.

Diana se quitó el casco para que Pablo pudiera estar seguro de quién estaba allí apuntándole la pistola, su cabello oscuro, muy diferente al rubio

de la policía de quién había tomado posesión, ondeó en el viento, y sus ojos brillaron con un escarlata de puro odio que clamaba venganza.

—¡Agáchate, monte de mierda! Ella va a disparar. ¡Al piso! —gritó Pablo desesperado.

La pistolera disparó tres veces con una precisión que Marisa nunca había tenido o nunca tendría. Lo primero que explotó fue el cristal de la ventanilla; el segundo, la cabeza de Barbosa.

Diana se fue con la motocicleta y zigzagueó entre los autos, escapándose. Arrojó el arma a un pozo abierto y abandonó el cuerpo de Marisa, con la moto, en una calle pequeña y concurrida. Ser acusada de asesinato sería un buen pago por todos los años que había pasado arruinando a sus colegas profesionales. Para Diana, un traidor da banda debía ser castigado por la banda.

Después de matar a Pablo, Diana sintió alivio, sí, pero también se sintió vacía. Era un vacío extraño que no tenía nada que ver con el que sentía en su útero. No sabía qué pensar, pero sabía que todavía tenía algo que perseguir, y esperaba que el vacío desapareciera cuando lograse vengarse de Ruan. Pablo fue el primero, porque Pablo la había matado, pero Ruan… Ruan pagaría también.

Creo que es hora de decirles, después de todo, cómo fue que Ruan eliminó la banda de Marysol, y el papel de Pablo en toda esta historia, y eso es lo que voy a hacer, pero primero, todavía hay algunas consideraciones sobre Diana y las consecuencias de sus actos.

El más serio e inmediato de ellos fue que Danielle fue reconocida en los videos de seguridad como la asesina de Barbosa y se metió en problemas. Por supuesto, Diana no lo sabía, y en su vacío que no parecía recompensar la muerte de Pablo, se retiró para meditar.

Se preguntó si realmente había logrado eliminar al enemigo. Las historias dicen que cuando un *daemon* es asesinado por segunda vez, su espíritu desaparece; eso era todo lo que la pistolera creía saber, y, sentada en una gran piedra perdida en medio de un desierto, que la hacía sentir como en casa, pensaba en eso cuando escuchó los gritos furiosos y poderosos de Marysol que llamaban su nombre.

Sabía que era la voz de su hermana, pero no entendía cómo podía suceder eso. La magia de teletransportación nunca había sido una especialidad de la Bandolera. Fue entonces cuando se dio cuenta, no solo de

la forma de Marysol, sino también de la forma pálida y asustada de su doble Danielle, y comprendió cómo había sido posible.

Diana sonrió.

La sonrisa no duró más que el tiempo de un suspiro, solo duró hasta que viera los ojos rojos y furiosos de la Bandolera.

—Yo hablo; tú escuchas… Y escuchas muy calladita —dijo Marysol.



Bueno… es llegada la hora de contarles la historia que no quiero contar. Es una historia que me duele, que me causa tanto dolor que, si no fuera tan necesario, no la contaría. Estoy aquí todo el tiempo hablando de venganza. La sed de venganza de Marysol, que era tan grande que la hizo viajar entre los mundos; la sed de venganza de Diana, que la hizo perseguir la revancha incluso después de su muerte; la sed de venganza de Pablo, que se hizo cargo de dos cuerpos diferentes en dos universos distintos; la sed de venganza de Artek, que a pesar de ser un buen *daemon*, terminó volviendo loco a su doble en este mundo. De todos modos… bueno… son muchos *daemons* colmados de odio, son muchos *daemons* que quieren venganza.

No todos lucharon del mismo lado.

No todos sufrieron el mismo dolor.

Pero todos querían lo mismo.

La revancha, la reparación, la vindicta.

El castigo, la sentencia, la condena.

La filosofía humana ha teorizado durante mucho tiempo sobre la venganza, y es sentido común, entre los filósofos, que la venganza nada tiene que ver con la justicia. De hecho, Francis Bacon dijo que, cuanto más la naturaleza humana se inclina a la venganza, más la justicia debe exterminarla.

No sé si Bacon tiene razón.

Hubo un tiempo que mi lado humano estaba en contra de la venganza, en contra de la justicia hecha con las propias manos; pero, si yo estuviera en el lugar de Marysol, sintiendo el dolor que ella sentía… No sé si puedo decirles que no cruzaría portales con una guitarra robada persiguiendo mi razón.

Sin embargo, cualquier consideración hecha por mí o por un filósofo o doctrina filosófica queda silenciada ante el hecho de que no estoy contando una historia humana. Todavía no. Estoy contando una historia de *daemons*, y los *daemons* siempre han hecho su propia justicia, sin importarse con el nombre que se le dé.

Pero para que ustedes entiendan de qué querían desquitarse todos esos *daemons*, esta parte dolorosa de la historia es importante.

Es fundamental.

Es la parte que subyace y justifica —incluso— mover las balanzas que mantienen el universo intacto, y por esa razón, necesito contarles.

Es la historia de cómo Ruan delineó un plan y logró exterminar a toda la banda de Marysol. La historia de cómo el plan perfecto de Ruan no sucedió exactamente como debería, entre otras razones, debido a un deseo de venganza.

Ustedes deben recordarse cómo fue que Artek y JB conocieron a la banda de Marysol: la persecución y como Marysol derribó al líder de la banda de machos que las perseguía. Fue una pelea mano a mano en la que la Bandolera le dio varios golpes al macho que, sin alternativa, se rindió.

En ese día, ese macho dejó, en el suelo rojo, la mancha de su propia sangre y el deseo de vengarse, y se llevó una cicatriz en la cara.

El *daemon* masculino se llamaba Pablo.

Pablo juró por su propia sangre que se vengaría de la maldita perra que lo había humillado delante de sus compinches, y cuando Ruan lo encontró, no lo pensó dos veces. Ruan había preparado una buena de una emboscada para el grupo, una emboscada que tenía un cierto tiempo para suceder, o, mejor dicho, un cierto momento del día para suceder: era el momento del paseo de la Bandolera.

Marysol era una hembra libre, una hembra con pocos hábitos predecibles, pero tenía uno que no la abandonaba. Por las mañanas, antes de que el sol calentara el suelo, ella salía a montar. Al lomo de Thor, experimentaba el olor, si podemos llamarlo así, de cada día; sentía el ambiente; era su propio tipo particular de magia, su forma de garantizar que sería dueña de su destino por uno ciclo solar más.

En eses tiempos, ella no llevaba la guitarra todo el tiempo.

No necesitaba.

De hecho, incluso la evitaba.

Todavía estaba tratando de entender qué era lo que la hacía querer quedarse con la guitarra, pensaba que tal vez nunca lo descubriría, pero la mantuvo de todos modos.

El Maldito no tenía la habilidad física o los cómplices necesarios para derrotar a la banda de Marysol. No era un buen luchador, pero era un excelente mago y, sobre todo, podía contar con la guitarra que la Bandolera abandonaba descuidadamente cuando montaba. Ruan fue paciente. Durante días, usó el tiempo de cabalgada y la guitarra para reclutar *daemons* para su esfuerzo. Cada vez que Marysol salía a dar su paseo matutino, el Maldito tomaba la guitarra y tocaba el hechizo. Le tomó tiempo, porque no podía sacar la guitarra sin ser visto por otros de la banda, por lo que tocaba y esperaba que los afectados por la magia lo encontrasen.

Llevó semanas y semanas de reclutamiento.

Llevó semanas y semanas tocando la guitarra por las mañanas y se indo al punto de encuentro al atardecer para descubrir cuántos mercenarios había logrado atraer. No todos los días las notas llegaban a uno, pero todos los que respondieron a la llamada del hechizo fueron utilizados. Pablo estaba entre ellos. Cuando Ruan se enteró de la historia de Pablo y Marysol, entendió que aquel *daemon* no necesitaba estar encantado para seguir el plan. Ese era un *daemon* que no tendría miedo de matar; un *daemon* que no temería las consecuencias.

Esa mañana, la Bandolera se fue como lo hacía todas las mañanas, para regresar cuando siempre regresaba, y Ruan puso en práctica su plan. Un plan que había sufrido una ligera modificación desde que él había se enterado del embarazo de Diana.

Sabiendo que no tenía nada que temer, Ruan no se escondió con la guitarra. Rasgueó el instrumento y convocó a su horda de —perdónenme el cliché— zombis-*daemons*. Cada uno, en su estado de hipnosis, sabía exactamente qué hacer; y que necesitaba hacérselo rápido.

La banda debería ser eliminada; Diana debería ser llevada viva y mantenida en prisión hasta que naciera el niño; unos mercenarios, que serían sacados del trance, deberían quedarse para que Ruan pudiera fingir que los había arrestado y mantener su máscara de buen *daemon* sobreviviente; y una ilusión haría que Marysol viera a Diana entre los muertos para que no emprendiera una búsqueda a su hermana. Todo esto debería hacerse durante el tiempo del paseo de la Bandolera.

Artek estaba tocando el ganado para el pasto cuando escuchó el trueno de los caballos que invadían su propiedad. Los mercenarios dejaron caer el portón, y Artek no pudo contar cuántos estaban entre el polvo rojo que se elevaba del suelo. Montó su propio caballo y galopó hacia la casa gritando:

—¡Mercenarios! ¡Mercenarios! ¡A las armas!

Sacó su revólver y disparó dos veces al aire para despertar a la banda. Cuando se dio cuenta de que el ganado se agitaba en el pasto, apuntó un tiro directo a la puerta del corral, avivando a algunos de los valientes toros con largos cuernos a los invasores. En la puerta de la casa, Artek saltó de su caballo para entrar y unirse a la banda cuando Ruan salió con la guitarra en sus brazos, y la comprensión llegó al británico.

—¿Qué hiciste, cabrón? —preguntó, incapaz de ocultar el dolor que la traición le estaba causando.

Ruan sonrió.

Artek levantó el arma.

No fue Artek quien disparó.

Los mercenarios que habían logrado escapar ilesos del ataque de los toros habían llegado a la casa. Uno de ellos arrojó su lazo sobre Artek, atrapándolo por el cuello y tirándolo al suelo. Con el revólver de costado, perdido en la tierra, el británico intentó liberarse del amarre cuando uno de los *daemons* zombis le disparó, en blanco, a la cabeza.

Fue una muerte rápida.

Ruan seguía sonriendo.

Eso fue lo último que vio Artek: la sonrisa del Maldito.

Se dice que la última imagen que uno ve antes de morir se queda grabada en su retina, como un último esfuerzo para aferrarse a la vida. Una imagen perpetua e inmortal. Una fotografía que nunca se revelará, pero que tampoco se puede romper, olvidar o arrojar a una hoguera. Parece que no es diferente con los *daemons*.

No es de extrañar que Artek se hubiera vuelto enloquecido.

Aun así, creo que la sonrisa del Maldito sea mejor que las imágenes que Artek se salvó de ver; como, por ejemplo, Pele se arrojando sobre su cuerpo, tratando de negar lo inevitable y traerlo de vuelta, y tener el mismo fin rápido que él lo tuvo: con un disparo directo a la frente. La sangre de la hawaiana corrió por los labios del británico cuando su cabeza cayó sobre la de él.

JB apareció detrás de Ruan y, con agilidad, logró golpear a cuatro de los mercenarios que se acurrucaban alrededor de los cuerpos de Artek y Pele: estaban celebrando la matanza. Rápidamente se dio cuenta de que sus dos compañeros estaban muertos y no perdió su concentración ni desperdició su energía con remordimientos, tomó uno de los caballos sueltos y derribó a tantos mercenarios como pudo antes de que también le disparasen y él se cayera muerto.

Cuando el cuerpo de JB cayó, Ruan bajó la guitarra, contento: ahora todo lo que tenía que hacer era encontrar a Diana y llevarla cautiva.

A pocos kilómetros de distancia, Marysol, preocupada, decidió regresar temprano. Todos sus instintos gritaban que debería estar con la banda.

La horda embrujada abarrotó el ganado y comenzó a prender fuego a los cobertizos; un pequeño grupo entró en la casa principal para saquear. Diana había visto todo el movimiento desde adentro y se dio cuenta de que Ruan era quien estaba avivando a los mercenarios, y aunque cada fibra en su cuerpo quisiera salir y luchar, sabía que no serviría de nada: los miembros de la banda estaban muertos, y ella no derrotaría a tantos mercenarios.

Necesitaba liquidar la fuente.

Necesitaba atrapar a Ruan.

La entrada de la horda en la casa la obligó a huir. No por cobardía. Diana se escapó porque sabía que era una lucha sin gloria y porque tenía un hijo en el útero que necesitaba proteger. Si lograba salir de allí y encontrar a Marysol, las dos podrían llorar juntas a la banda y hacer justicia juntas; si se quedase, probablemente tendría el mismo destino que Artek, Pele y JB.

Se deslizó a través de los muebles, salió por la parte trasera de la casa sin ser notada, pero no pudo atravesar la cerca de la propiedad. Pablo la estaba esperando.

Él sabía que Ruan había decidido salvar la pistolera por el embarazo y no se puso en contra del Maldito. Prefirió fingir que aceptaba sus órdenes sin pestañear. Quería vengarse de Marysol. Como se le hizo prohibido tocar a la Bandolera, la jefa, él se vengaría de la jefa utilizando a Diana, a quien intentaría dar una muerte lenta y muy, muy dolorosa. A él le importaba un bledo ese embarazo, y no entendía por qué a Ruan se le importaba.

—Ahora estamos nosotros…, perra —dijo, caminando lentamente hacia ella, acompañado por otros diez *daemons*.

—¿Tú? —preguntó Diana.

—Yo… yo mismo —dijo el *daemon*, extendiendo los brazos y mostrándose—. Te dije a ti y a esa apestosa cerda que es tu hermana que yo volvería.

Mientras Diana y Pablo se miraban con los ojos rojos listos para la pelea, en la frente de la casa, Ruan estaba feliz. Acababa de recibir el mensaje telepático de que Diana había sido capturada; el resto de la banda había sido eliminado; y su horda de *daemons* hipnotizados estaba saqueando todo lo que podían. Todo lo que restaba hacer era colgar los cuerpos: el último acto de humillación.

En la entrada de la propiedad, antes del portón derrumbado, los mercenarios comenzaron a levantar el patíbulo; en la parte de atrás, Diana empuñaba su mosquete: no se caería sin luchar.

La pistolera jadeaba, enojada, con el mosquete apoyado sobre su hombro derecho mientras trataba de decidir en qué dirección disparar cuando sintió la vida palpitar en su vientre. Al sentir que ese palpitar la debilitaba y la fortalecía al mismo tiempo, suavizó el rojo de sus ojos. Se le quitó cualquier deseo de luchar. Diana estaba tan condicionada a no usar su magia que, hasta ese momento, no se había considerado la teletransportación, pero su hijo merecía una oportunidad de vivir, una oportunidad que no tendría si ella se quedase allí. Sabía que, sola, no ganaría ni siquiera a los once que tenía delante, si pensaba en todos los que estaban al otro lado de la casa… sabía que no tenía ninguna posibilidad.

Solo necesitaba transportarse a Marysol y convencerla de que no fuera a la granja para intentar matar a Ruan en ese momento. Necesitaba salvarse a sí misma para salvar a su hijo y a su hermana, quien, en ese momento, Diana también pensó que moriría cuando regresase del paseo.

Por primera vez en su vida, Diana decidió huir de la guerra.

Bajó el mosquete y cerró los ojos mentalizando a Marysol para que la alcanzara, pero recibió un disparo en la pierna derecha y cayó al suelo. Ignorando el dolor, se levantó, recogió el mosquete y disparó, disparó y disparó. Logró matar a cinco mercenarios.

Ella no quería la guerra, pero la guerra sí la quería a ella.

No podía escaparse, era el destino del guerrero.

Pablo aprovechó el hecho de que ella estaba concentrada en los *daemons* hechizados y le dio en su hombro derecho, luego el izquierdo. Sin lugar para sostener el mosquete, Diana se quitó los revólveres de la cintura

y disparó a Pablo, dándole a la cara, y así fue como Pablo consiguió su segunda cicatriz causada por una Barbueno; y así fue como Pablo vio que su sangre se drenaba, por segunda vez, a causa de una Barbueno.

Otro francotirador acertó a Diana, esta vez en el muslo izquierdo, pero ella se giró y disparó al *daemon*, acertándolo en el corazón y luego en la frente. Volvió a buscar a Pablo, pero la pérdida de sangre ya había comenzado a producir sus efectos, y la pistolera sintió la visión borrosa, los dolores y el frío… hacía tanto frío…

Cuando finalmente logró concentrarse en Pablo, apuntó a su cabeza, pero uno de los embrujados la rodeó por el cuello. Soltó el arma para tratar de deshacerse de la cuerda, sus piernas lesionadas lucharon casi involuntariamente durante el esfuerzo, y empeoró el dolor, pero ese dolor no era nada comparado con la sensación de asfixia que le causaba la cuerda en la garganta.

En el lado derecho de su cabeza, levantando polvo en el suelo de tierra, Diana escuchó los pies de Pablo estacionaren y sintió que la presión sobre la cuerda había disminuido, por lo que dejó de luchar. Desde abajo, vio al macho levantar el brazo, y sus ojos siguieron el cañón del arma.

—Estoy embarazada.

Pablo sonrió una sonrisa cínica, del tipo que luce en los rostros de los canallas, escupió en la cara de la pistolera y dijo:

—Sí… yo lo sé… —Bajó el cañón de la pistola, que estaba apuntada a la cara de la *daemon* hasta que llegó a su pecho—. A mí me importa un pepino este bastardo. —Bajó aún más el cañón y miró al vientre—. Pero a la zorra de tu hermana sí le importa…

Disparó dos veces contra el vientre de la pistolera.

Diana sintió que su cuerpo se hundía.

No por el impacto de los proyectiles, no. El cuerpo de Diana se hundió bajo el peso de miles de tristezas y pérdidas; se hundió porque la comprensión de lo que acababa de suceder la mató tan completamente como mil disparos no hubieran podido matar. Si es cierto que la última imagen que vemos en la vida se queda grabada en la retina, si Diana se hubiera muerto en eso instante, su retina llevaría el negro de las esperanzas penadas.

No había nada en su mente.

Ningún sonido hacía eco en sus oídos.

Se olvidó de sus dolores, de Pablo, de la cuerda alrededor de su cuello. Como si cada una de sus manos pesara cincuenta kilos, tuvo que trabajar duro para mover sus brazos y usar sus dedos para tocar su vientre ensangrentado. Se acarició con las palmas de las manos, liberó su aullido agonizante de bestia herida y levantó la cabeza.

La sangre en sus manos era roja.

Gritaba.

Aullaba.

La rompía.

Ese rojo rugía dentro de Diana. Era todo lo que escuchaba, era el latido de su mismo corazón. Si no fuera por su naturaleza, habría rogado por la muerte allí mismo, pero ella no era humana, era una *daemon*, y un *daemon* no se rinde, no desiste.

¡Un *daemon* lucha!

Fue como si el tiempo volviera a transcurrir, y la pistolera apartó los ojos de sus manos ensangrentadas; los sonidos a su alrededor ya no se amortiguaban; y su aullido de agonía se convirtió en un grito de guerra. Levantó las manos sobre su cabeza, sostuvo la cuerda y tiró con toda la fuerza que su ira descontrolada era capaz de producir, pero ella estaba demasiado débil… había perdido demasiada sangre. Todo lo que logró hacer fue obtener la risa de Pablo, quien tomó la soga de la mano del mercenario, montó un caballo y arrastró la pistolera alrededor de la propiedad.

Al frente, Ruan, el señor absoluto del reino, apreciaba su logro: la propiedad estaba en llamas, los tres miembros de la banda estaban muertos y expuestos en horcas a la entrada del rancho, y los mercenarios se retiraban. Solo quedaba estar seguro de que Pablo había hecho todo bien con Diana. Caminó hacia la casa que todavía estaba en llamas. Necesitaba poner la guitarra ahí. Sabía que el instrumento no sería destruido por el fuego, y era importante que Marysol creyera que él era un sobreviviente del ataque, no su mentor. A lo lejos, notó a Pablo galopando con Diana siendo arrastrada por una soga alrededor de su cuello.

—¡Gusano! —murmuró, sabiendo que una cuerda alrededor del cuello no sería capaz de matar a un *daemon*.

Tiró la guitarra al fuego y atravesó el caos de cenizas y humo. Los mercenarios ya se habían transformado en figuras en el horizonte, y

también en el horizonte vio otra figura: la de Marysol, que regresaba antes de lo esperado.

—¡Maldita sea! —murmuro—. ¡Pablo! ¡Lleva a Diana de aquí!

Cuando volvió la cara para buscar a su cómplice, lo encontró en la plataforma improvisada que serviría de patíbulo: Pablo estaba colgando a Diana en una horca junto a los otros tres. La *daemon* luchaba mientras él sostenía la cuerda que la sujetaba por el cuello. El Maldito usó la teletransportación para llegar al escenario y evitar lo peor, pero llegó tarde; antes de que pudiera materializarse junto al compañero y evitar el disparo, la cabeza de Diana ya estaba inclinada hacia un lado con un agujero en el medio de la frente.

Pablo sonrió la sonrisa de los vencedores.

Ruan podría matarlo allí mismo, pero tenía que preocuparse por Marysol que estaba cerca.

Muy cerca.

Lo suficientemente cerca como para entender que él era el responsable por todo.

Lo suficientemente cerca como para reconocer los cuerpos que colgaban de las horcas.

Lo suficientemente cerca como para oler la sangre *daemon*.

Lo suficientemente cerca como para que Ruan pudiera ver los ojos enrojecidos de la Bandolera y comprender que su plan de fingir ser una víctima afortunada no funcionaría.

Enloquecida, Marysol saltó del lomo de Thor y aterrizó en el patíbulo frente al cuerpo de Diana. Su grito de dolor y odio resonó a través de la propiedad, a través del fuego, a través del humo, superpuso el galope de la manada que estaba distante en el horizonte. Era el grito furioso de una diosa.

Ruan retrocedió dos pasos. Ese no era el momento de confrontar a Marysol: no quería matarla, pero tampoco quería morir. Tomó el brazo de Pablo decidido a teletransportarse, pero Marysol fue más rápida y, antes de que el Maldito pudiera realizar su magia, ella lanzó el desafío gritando:

—¡HIGH NOOOOOONNNNN! ¡HIIIIIGH NOOOOON!

Ya les conté sobre el Desafío High Noon: ello limita los poderes mágicos de los *daemons* que participan en el desafío. Por esta razón, Ruan no tenía forma de escaparse de Marysol usando magia; por otro lado, Marysol tampoco podía matarlo. Los dos tendrían que esperar el momento

adecuado para el duelo. Un High Noon condenaba un *daemon* a otro hasta que la pelea terminara.

Saber que Ruan no tenía forma de escapar, que incluso si corriera más que el viento y se distanciaba por ese día se vería obligado a confrontarla, le dio a la Bandolera la tranquilidad necesaria para sacar a su hermana y a sus compañeros de aquellas cuerdas indignas.

Ruan no se movió. A unos pasos de Marysol, él observó cómo ella depositaba suavemente el cuerpo de Diana en el estrado y se arrodillaba. La Bandolera pasó los dedos por el cabello de su hermana, bajó a la cara, pasó los dedos por el cuello inmóvil de la pistolera y luego los dedos fueron desviados al vientre ensangrentado.

Marysol no tuvo el coraje de bajar las manos a esa sangre; Marysol no tuvo el coraje de tocar la vida que ya no existía.

Las vidas que ya no existían.

Sus manos vacilantes temblaron.

Todo su cuerpo se sacudió.

Un temblor que se elevó desde la punta de los dedos de los pies, subió hasta los tobillos, atravesó las rodillas sostenidas por la madera manchada por la sangre de Diana, cruzó todo su torso y dejó su garganta en forma de un extraño sonido.

Un sonido que ella no conocía.

Un sonido que no sabía hacer.

Un sonido que salió entrecortado como su aliento.

Hipado.

Tartamudeado.

En piezas.

Y ese sonido que era un temblor golpeó su espalda que se inclinaba sobre su hermana, y subía, y bajaba, y temblaba, y aullaba, y Marysol perdió el control de su cuerpo.

Sus ojos vertieron agua.

Su boca vertió agua.

Todo en ella era un río que fluía sobre el cuerpo de Diana.

Así lloró Marysol por primera vez en su vida:

Sin quererlo.

Sin saberlo.

Sin entenderlo.

Solo salió.

Curioso, Ruan se atrevió a acercarse, también se arrodilló al lado del cuerpo de Diana, no por Diana, sino por la Bandolera. No sabía lo que estaba haciendo Marysol, no sabía qué tanta agua estaba saliendo de ella, pero sintió la repentina necesidad de protegerla.

Marysol levantó la vista y su cara se había convertido en máscara.

Era como si ya no fuera la Bandolera, era solo un disfraz, una caracterización.

Ruan no sabía quién lo enfrentaba, pero sabía que ella estaba sufriendo.

Su máscara era la agonía, la aflicción, el sufrimiento.

Extendió su dedo índice en dirección a ese disfraz y recortó el agua que corría por las mejillas de la Bandolera. Interesado, acercó su dedo mojado a los ojos, lo olisqueó y finalmente se lo llevó a la boca. Marysol siguió el movimiento de ese dedo. Solo lo siguió. Entonces el Maldito la miró, y la furia doliente renació.

Debido al Desafío High Noon, hasta que los dos se enfrentaran y uno de ellos ganara, ella no podía contar con su fuerza sobrenatural para derrotarlo, pero aún era muy fuerte. Se arrojó sobre Ruan. Los dos se cayeron de la plataforma y se revolcaron por la tierra roja.

La máscara de dolor se había convertido en una máscara de odio, y los puños de la Bandolera golpearon la cara del Maldito con suficiente ira como para desalojar la mandíbula de Ruan en el primer golpe. Después de eso, giraron tan juntos que no se sabía dónde comenzaba uno y dónde terminaba el otro. Pablo quería ayudar, pero tenía miedo de disparar y golpear a Ruan, por lo que se contentó con mirar.

Cuando Marysol logró liberarse y sentarse en las caderas del Maldito para golpearlo nuevamente en la cara, Ruan se sacudió y tiró la Bandolera. Sosteniendo su mandíbula rota, le pidió a Pablo que dibujara una protección en el suelo, detrás de la cual se refugió para hablar con su oponente. Sabía que, en virtud del hechizo High Noon, Marysol no lo mataría allí, no en ese momento, pero tampoco tenía ganas de continuar siendo golpeado.

—¿Quieres saber cómo logré matarlos a todos? Usé la guitarra… esa guitarra de la que tienes tanto orgullo de haber robado. —La voz salía suave y terrible, Marysol, quien hasta ese día nunca había llorado, contuvo las lágrimas y sintió dolor al hacerlo.

—Diana estaba embarazada… —dijo con una voz profunda y arrastrante—. Tú lo sabías y…

—Ah, ¡no! No, no, no… —Ruan extendió ambas manos frente al cuerpo e indicó a Pablo con los ojos—. Diana toca a él… Yo iba a dejarla afuera.

Marysol dirigió su atención a Pablo.

—Oye, ¡pedazo de mierda!

—¿Cómo me dijiste, perra? —preguntó Pablo, muy valiente detrás de la barrera de protección, mientras apuntaba el revólver hacia la Bandolera.

—Te llamé por el nombre correcto: pedazo de mierda. ¿Quieres nombre y apellido? Qué tal, ¿montón de mierda maloliente que morirá desangrado como un cerdo?

Ruan se echó a reír, y Pablo sacó el arma, pero el Maldito se le ordenó:

—¡No! ¡Ella es mía!

Pablo bajó el revólver, y Marysol dijo:

—Mañana, aquí… Pero los quiero a los dos. Tú y el saco de mierda ese… —A Pablo se le hinchó el pecho y él comenzó a levantar el revólver de nuevo, pero Marysol no mostró miedo: levantó la cabeza y se acercó a la barrera—. Mataste a mi hermana, monte de mierda, así que te sangraré lentamente, muy lentamente, y chillarás como un cerdo. —Ella sonrió con una sonrisa de promesa y apartó la vista hacia el Maldito—. Y tú, Ruan… Te haré sentir tanto dolor, que desearás tener el mismísimo fin que tendrá este pedazo de mierda.

Antes que uno pudiera decir o hacer algo más, sintieron un temblor. No como si el suelo estuviera temblando, era más como si todo estuviera temblando, como si el universo no se pudiera detener, el aire a su alrededor temblaba, y se abrió una grieta púrpura entre la Bandolera y Ruan.

Tres *daemons*, tres jueces, con togas del mismo color de la grieta, salieron. Solo se veía sus ojos; uno de ellos se distinguía por llevar un libro pesado y viejo, y otro era una hembra.

La justicia *daemon* finalmente les había alcanzado a Ruan y a Marysol.

Siguiendo el poder emitido por la guitarra que había sido utilizada durante días, localizaron a sus dos fugitivos más buscados.

—Ella acaba de lanzar el High Noon contra mí, nobles y obsoletos caballeros y… hmmm… damisela —dijo Ruan en su tono más burlón, como para advertirles que su presencia era tan inútil como un sombrero en un día ventoso.

—Lo sabemos —dijo el macho que llevaba el libro—. No podemos anular esta magia, pero podemos imponer condiciones que se aplicarán tan pronto como un ganador salga vivo del duelo.

—¿Qué condiciones? —preguntó Marysol.

—No hay necesidad de matarse en un duelo como este —dijo la hembra.

—O le mato a ese bastardo, o me muero —respondió Marysol, mostrando que no quería negociar.

—Aun así, queremos dejarte una tercera opción, ya que los dos son buscados por la justicia, incluso por el robo de esa guitarra.

Sorprendida, Marysol se dio cuenta de que la guitarra estaba allí, a sus pies, como si la hubiera buscado. El instrumento todavía tenía una extraña fascinación para la Bandolera, pero ella recordó que Ruan la había usado y que, por eso, Diana estaba muerta.

—Ya no me sirve. ¡Tómesela!

Los tres jueces se miraron seriamente, pero fue la hembra quien respondió:

—Si ganas el duelo sin matar a tu oponente y nos lo entregas, tus crímenes serán suprimidos y podrás comenzar tu vida de nuevo, Marysol.

—Supongo que esta propuesta también es válida para mí, ¿verdad? —Ruan intervino, con su sonrisa vacilante.

—No. Fue ella quien lanzó el desafío.

—¿Aceptas esta propuesta, Marysol? —preguntó la jueza.

—Dijo que puedo comenzar mi vida de nuevo…

—Así es.

—¿Qué vida?, si este sinvergüenza me lo quitó todo. No tengo nada para empezar de nuevo, solo quiero terminarlo.

La jueza se acercó a Marysol, parecía deslizarse; sostuvo la mano de la Bandolera.

—Tu madre era así…, como tú. Diente por diente, ojo por ojo.

—Mi madre siguió su camino, como tengo la intención de seguir el mío. Mi camino, mi destino; y mi destino es matar a este bastardo.

—Tu madre sí siguió su camino, renunció a muchas cosas por ello porque eso era lo que tenía que hacer. En cuanto a tener que matarlo… —La jueza se volvió para examinar a Ruan con una mirada, pero pronto se volvió hacia Marysol—. La muerte no siempre es el peor castigo.

—Hace ese discurso porque no perdió su familia como yo acabo de perder. Mi hermana estaba embarazada y ahora está muerta a causa de él. Así que no me venga a decirme qué sentir o cómo sentir, porque usted no siente nada. Está por encima de eso, su señoría.

—Si te digo que la muerte no siempre es el peor castigo, y que nos lo entregues, es porque conocemos el mejor castigo para él. Y sé muy bien cómo te sientes, sé lo que es estarse perdida, aunque parezca solo una jueza haciendo su trabajo.

—Esté tranquila, su señoría, porque lo haré sufrir mucho antes de que muera —dijo y dio la espalda a los jueces. Ella completó, caminando—: En cuanto a su empatía, señora, la aprecio, pero no la necesito. Guarde su sufrimiento para cuando pierda a alguien de verdad.

Marysol continuó su camino, y la jueza se puso frente a ella, sosteniéndola por los hombros; la Bandolera se separó de esas manos e intentó alejarse, pero la magistrada bloqueó su camino una vez más, se inclinó sobre ella y le susurró algo al oído; Ruan podía ver la confusión en los ojos de la joven bandolera mientras escuchaba lo que escuchaba. Cuando terminó de susurrar, la jueza dijo:

—¿Al menos me prometes que pensarás en traerlo antes de que lo mates?

—Tal vez... pero no prometo nada.

La verdad es que Marysol aún necesitaría tiempo para recuperarse de la revelación que acababa de recibir; Ruan se dio cuenta de eso y estaba intrigado, pero el duelo, el High Noon, estaba programado, y él necesitaba prepararse, por lo que se retiró con Pablo.



En el patíbulo improvisado, cuatro espíritus observaban sus antiguos cuerpos dispuestos lado a lado por la Bandolera; las sogas que solían colgarlos en la horca se habían reducido a cenizas. Sabían que no había necesidad de hacer eso, Ruan lo había hecho solo para humillarlos, para exponerlos. JB y Pele se tomaron de las manos, estaban tranquilos, conocían la inevitabilidad de la muerte y no tenían remordimientos, habían vivido una vida plena y feliz.

Artek estaba perturbado. El recuerdo de la sonrisa de Ruan ardía en su memoria, y su preocupación por Marysol, que siempre había sido una fuente de disputa entre él y el Maldito, lo estaba volviendo loco. No podía concentrarse, no podía aceptarlo.

Diana estaba perdida. Incluso tengo mis dudas de que ella supiera que estaba muerta. Todo el tiempo se ponía las manos alrededor del cuello, como si tratara de quitarse la cuerda que, recientemente, la asfixiaba y la arrastraba sobre la tierra roja; luego miraba su barriga vacía, y un grito de dolor se le escapaba de su garganta; luego recordaba la cuerda e intentaba sacársela del cuello nuevamente, luego miraba el vientre y gritaba; cuerda, vientre, grito; cuerda, vientre, grito…

Estaba atrapada.

Atrapada en una vida que ya no tenía.

Atrapada en un circuito físico entre su garganta y su vientre.

Su vientre vacío.

Ese vacío la hacía desesperada; la vida que había comenzado a crecer dentro de ella no era más que vacío, y ella sufría de inexistencia; al mismo tiempo, había una parte de sí que estaba segura de que esa alma se había ido antes del fin. Diana estaba segura de que su hijo, Thiago, era un sobreviviente y estaba en algún lugar. Ese pensamiento, en lugar de calmar su espíritu, la hacía aún más angustiada: necesitaba encontrar a su hijo, su bebé. Estaba perdido en algún lugar del mundo, y ella necesitaba encontrarlo.

Pele y JB estaban tranquilos, habían aceptado su destino, pero también estaban preocupados por sus amigos Artek y Diana y estaban tratando de decidir qué hacer. Llegó la noche y, en su propia frecuencia, encendieron un fuego como solían hacerlo todas las noches mientras aún estaban vivos, tal vez eso calmara a los otros dos. El fuego no consoló a Diana ni a Artek, pero Pele se sintió tan en casa que comenzó a sentarse frente a ello para calentarse las manos.

—No te sientes —advirtió JB—. Si nos sentamos, no tendremos forma de cruzar, lo sabes.

—Pero se me hace tan cómodo…

—Piensa en el futuro, Pele. Ellos van a meter la pata y, a depender del tamaño de la patada, es posible que nunca podamos volver a verlos — dijo JB, señalando a Diana y a Artek que caminaban de arriba abajo, aun

mirando a sus cuerpos alineados en el patíbulo—. ¿Piensas abandonarlos a su propria suerte?

—No, ¡claro que no! —respondió Pele al darse cuenta de que no podía darse al lujo de descansar.

Mientras trataban de decidir si se vengaban o seguían adelante, una nueva alma, que ni siquiera podía tomar forma porque no tenía referencia previa, comenzó a vagar por el mundo de los *daemons* donde había sido generada. Esta alma podía ver todas las brechas pequeñas por las que solo las más especiales podían pasar cuando iban a otros mundos; pero ni siquiera sabía qué eran los mundos, los multiversos: era un bebé en todos los sentidos de la palabra.

Un alma nueva.

Vio una de esas grietas, que podría conducir a mundos diferentes en épocas y tiempos infinitos, y se arrojó, disfrutando de esa sensación de flotación, de ser llevado a algo que ni siquiera sabía lo que podría ser.

Thiago Barbueno —ese habría sido su nombre si hubiera nacido para Diana—, parecía una burbuja de jabón errante en un día soleado. Oyó un grito de desesperación, una voz de mujer que lloraba sin parar, pero se le abrió otro camino más adelante; estaba en una especie de bifurcación, y el primer sendero que quería seguir lo llevó a una joven que acababa de tener un accidente de motocicleta. Thiago realmente quería irse con ella y continuar hasta el final, pero el accidente terminó con este deseo, y él se vio obligado a regresar e ir en la otra dirección. Su visión aún no estaba muy buena, pero vio a una mujer acostada en una cama de hospital, sangrando mucho, mientras abrazaba el cuerpo de un bebé; era algo tan pequeño, sin vida en absoluto, y la mujer lloraba y gritaba mientras miraba esa cosita que había deseado durante nueve meses y que se había muerto en el parto. Thiago vio una pequeña luz que venía lentamente del cuerpo del bebé, no entendía lo que estaba sucediendo, solo sintió que era algo malo, que esa luz debería estar en el cuerpo.

La mujer que sostenía al bebé, Lorena, lloraba sin parar.

A ella no le importaba su exposición, sus piernas abiertas, su sábana manchada de sangre, la cantidad de personas que pasaban y la miraban a través de las puertas abiertas del cuarto del hospital público: todo lo que importaba en ese momento era el cuerpo sin vida que tenía en sus brazos.

Ella había hecho todo bien, tomado todas las vitaminas, hecho todos los exámenes prenatales, ¿cómo era posible que ese bebé no estuviera vivo?

Lorena no entendía y no aceptaba. Ella gritaba su negación al sentir el cuerpo aún caliente del bebé contra su pecho.

Thiago flotó cerca de la mujer y del niño. La luz aún no había abandonado completamente el cuerpecito del bebé, pero quedaba poco. Thiago era un *daemon*, un *daemon* inexperto todavía, pero un *daemon*, y sabía qué hacer. La enfermera insistió en que necesitaba tomar el cuerpo que Lorena no quería entregar, así que se acercó, lista para tomar el pequeño cadáver; fue entonces cuando las dos escucharon el fuerte grito.

—Dios mío, ¡está vivo!

—No entiendo… ¡lo comprobamos más de una vez! —dijo la enfermera.

—¡Es un milagro!

Cuando llegó el médico, él revisó los signos vitales del bebé que ya estaba mamando y parecía tener un gran apetito. El niño parecía estar bien, pero el doctor se dio cuenta de que la enfermera estaba asustada.

—¿Qué pasa?

—No lo sé, doctor, a lo mejor no es nada, a lo mejor estoy estresada. Este parto y todo lo que sucedió debe haber sido la gota que colmó el vaso, porque se lo juro que el bebé lloró y luego abrió los ojos y… los ojos… a ver… los ojos. ¡No! ¡Olvídeselo! ¡Estoy loca!

—Hábleme. ¿Qué pasa con sus ojos?

—La madre dijo que ella también lo vio, pero está tan feliz que ni siquiera le importa, pero yo… el niño… los ojos… estaban rojos.

El doctor sonrió, consolando a la enfermera.

—Examiné al bebé: tiene los ojos azules; a juzgar por los padres, deberán volverse marrones en unas pocas semanas. Acaba de pasar por una situación inusual: un bebé fue dado por muerto y de repente respiró de nuevo, así que… ¡mantenga la calma! Estoy seguro de que es emoción mezclada con sueño, nada más.

Mientras debatían y Lorena amamantaba, la pequeña luz se despidió de este mundo. Ese pequeño cuerpo tenía un nuevo residente: el primero no había podido acomodarlo.

La enfermera no quiso discutir. Tampoco quería creer en lo que había visto, por lo que sería mucho más fácil simplemente estar de acuerdo con el médico. El joven doctor le sonrió a Lorena y le dijo:

—Tenemos que llevar a este chico para algunos exámenes. Queremos asegurarnos de que todo esté bien.

Lorena esperó a que el niño terminara de mamar, le dio un ligero beso en la frente y se lo entregó al médico que, no sé si por si acaso o por curiosidad, lo miró de nuevo a los ojos.

—Cuídelo bien, doctor —pidió Lorena.

—Quédese tranquila, señora. ¿Hay elegido un nombre para este pequeño guerrero?

—Estamos divididos entre dos nombres. Cuando llegue mi esposo, elegiremos.

—¡Ponle ganas! Este chiquitillo merece un buen nombre.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 14

Madres y hermanas

MIENTRAS DIANA RECOPILABA SUS FUERZAS y dominaba a la agente de policía Marisa, matando a Pablo y Barbosa, Danielle se dirigía a la dirección de Solymar, con Marysol en la grupa de la moto. No fue una tarea fácil convencer a la Bandolera de que dejara el sombrero en el apartamento y se pusiera el casco, pero ella logró explicarle a la Bandolera que tendría que usar el casco, aún que fuera casi inmortal, porque si no lo hacía, podrían ser detenidas por la policía.

Cuanto más se acercaban a la dirección de Solymar, más Marysol captaba una presencia extraña. Se sentía como si sus sentidos se hubieran agudizado, y ella nunca se había sentido así. Terminó concluyendo que era el efecto de estar cerca de su doble.

En verdad, lo era.

Pero no era solo eso… había algo más en el aire.

Danielle detuvo la motocicleta a una buena distancia de la casa y le pidió a Marysol que no se quitara el casco. Siendo la copia perfecta de Solymar, podría ser confundida por un vecino y causar un revuelo innecesario. La motocicleta estaba al otro lado de una plaza, desde donde se veía claramente toda la fachada de la casa de Solymar. Danielle se bajó de la moto, se quitó el casco y fue entonces cuando notó los ojos rojos de la Bandolera a través de la visera.

—Marysol, ¿qué pasa?

Ella no respondió de inmediato, pero se quitó el casco violentamente. Danielle estaba impresionada y asustada por el poder de esos ojos. La Bandolera miró a Danielle y dijo:

—*Él* es lo que pasa. —Se volvió hacia la casa y Danielle se paró frente a ella.

—¡Espérate, por favor! —Puso ambas manos para detenerla y le pidió a Marysol que parara, pero la *daemon* las retiró sin esfuerzo. — Marysol, dime qué pasó.

Marysol miró hacia atrás y, a pesar de su ira, pensó que le debía al doble de su hermana una satisfacción.

—El Maldito la encontró primero. Esto significa que tiene una ventaja sobre mí, que ya debe haberla matado para debilitarme.

—¿Como sabes?

—Lo huelo, huelo al bastardo.

—No pregunté por él. Es obvio que lo sentiste, yo solo no sabía que lo habías hecho olfateando… También siento algo extraño, tal vez no tanto como tú, pero sigo temblando.

—Si no se trata de él, ¿qué es? ¡No te vayas por las ramas! No tengo tiempo que perder en frescuras humanas, necesito acabar con ese gusano.

—Me refería a tu doble. ¿Cómo sabes que ella está muerta? Es decir… ¿tú no lo sentirías si la hubieran matado? Dijiste que ella *debe* estar muerta… así que o no lo sabes.

Confundida, Marysol miró a Danielle. Intentó liberarse de su ira y pensar con claridad. Decidió que la inspectora tenía razón, y sus ojos comenzaron a adquirir un color más humano.

Al darse cuenta de que la *daemon* estaba más tranquila, Danielle se animó y preguntó:

—¿Sientes que ella murió?

—¡No! De hecho, desde que comenzamos a acercarnos, me siento más fuerte.

La respuesta llegó rápidamente y las dejó a las dos sin palabras: Solymar acababa de salir de la casa y estaba abriendo la puerta a alguien. Danielle se quedó boquiabierta cuando se dio cuenta de cuán idéntica era la chava a su doble. Si no fuera por el corte del pelo, se podría decirse que eran la misma persona; Marysol se quedó sin palabras porque el ser al que su doble le abrió la puerta era Ruan. Él estaba saliendo de la casa con esa conocida sonrisa en su rostro, la misma sonrisa que había seducido a la Bandolera.

La mirada de la *daemon* hizo que Danielle prestara más atención al hombre que a la doble y, aunque fuera humana y estuviera a distancia, podía sentir como su presencia era fuerte.

—No la destruyó… —dijo Marysol, incrédula. Danielle asintió. A pesar de sentir el poder que emanaba del *daemon*, no podía apartar los ojos de la sonriente Solymar.

—Ella es idéntica a ti, excepto por su peinado…

—¡Por supuesto! Te dije que era otra versión de mí.

Temerosa de ser vista, Danielle le devolvió el casco a Marysol.

—Sí… sois iguales, pero… no sé… también sois diferentes. Es decir… Físicamente, sois iguales, pero ella tiene la actitud de una chica tímida, incluso tonta, no sé… Solymar… Marysol… Hasta vuestros nombres son un juego de palabras ¡Hostia! ¡Todo esto es muy raro!

—Eso con los nombres es común. O, por lo menos, lo creo que sea. Todavía estoy aprendiendo, pero también detecté un patrón en Irina, que era Irene, luego Ariana. Todo muy similar.

—Irina ¿quién?

—¡No importa!

—Mira como ella le sonríe. Está encantada —dijo Danielle.

Marysol la miró.

Continuó observando mientras los dos intercambiaban un beso ardiente frente a la puerta. No le gustó lo que sintió cuando vio ese beso, era como si la hubieran apuñalado en el pecho, como si la hubieran traicionado. No como si fuera traicionada por Ruan, sino traicionada por ella misma. Una parte de Marysol esperaba que su doble odiara a Ruan tanto como ella, pero recordó que ella misma ya había caído bajo el encanto del Maldito.

Finalmente entendió cómo era posible que Solymar no odiara a Ruan, pero no podía entender por qué Ruan estaba jugando ese juego.

—Como me caí un día…

—¿Que dijiste? —preguntó Danielle, poniéndose el casco.

—Nada… Necesito salir de aquí. Pensaré en qué hacer, no esperaba esto.

—Creo que tenemos que buscar a su doble ahora. ¿Verdad?

—Sí —dijo Marysol en un suspiro.

—Dime algo, si sentiste que él estaba aquí, ¿no puede él sentir que tú también estás?

—Ah, créeme: él sabe que estoy aquí.

—Entonces…

—No me enfrentará con mi doble tan cerca. Los dobles nos fortalecen.

—Pero si él es tan fuerte como tú, ¿por qué no le rompe el cuello a tu doble y termina todo de una vez?

Marysol estaba sorprendida por la idea de la inspectora.

—Eres muy inteligente para un humano.

—¿Esto fue un halago?

—¡Por supuesto que es un halago! No sé qué quiere el Maldito, pero lo averiguaré.

Marysol tenía razón. Ruan había sentido su presencia allí, así que hizo un alarde besando a Solymar tan fervientemente. Quería mostrarle a la perra que tenía control sobre su doble; que había intercambiado energías con ella; que los dos se habían convertido en uno esa noche.

El Maldito se subió al auto, encendió un cigarrillo y, satisfecho, fue a su casa, sabiendo que la Bandolera no lo seguía. No necesitaba.

Danielle también fue a su propia casa con Marysol en la parte de atrás y, al llegar al edificio, se sorprendió con el comisario con quien trabajaba y que estaba acompañado por su equipo, cuyos miembros miraban, curiosos e interesados, a la Bandolera.

A ver, no voy a contarles todo lo que sucedió en este lío que involucró a Danielle en un crimen cometido por Diana, es decir, justicia hecha por Diana, porque esa historia de humanos es cero importante para lo todo, pero lo que sí les voy a decir es que Marysol lo arregló todo con su guitarra, haciendo que desapareciesen las evidencias y todo más que fuera necesario para que Danielle se saliera con la suya.

Después de todos arreglado, se tomó las manos de la inspectora, y se teletransportó hasta Diana y es donde he me interrumpido para contarles sobre el exterminio de la banda.



—Yo hablo, tú escuchas. ¿Vale? —Así la saludó Marysol.

Diana parecía incómoda, casi triste; estaba tratando de entender cómo se sentía sobre la muerte de Pablo. Todavía no sabía que su prisa había lastimado a Danielle.

—¡Moriste! He sufrido mucho, pero esta venganza es mía, y quiero que salgas de ella, ¿estamos? —La indignación en el rostro de Marysol hizo que Diana solo asintiera con la cabeza; estaba tan vacía que no tenía ganas

de pelear, y menos aún con su hermana—. Los muertos no pueden intervenir, lo sabes muy bien. Mira toda la mierda que trajiste para ti misma.

Extendiendo su mirada hacia Danielle, Diana finalmente habló:

—Tienes a una nueva hermana, lo entiendo. —Danielle y Marysol no respondieron, y Diana continuó hablando—: Sí. Estoy muerta. Tienes toda la razón… Yo solo quería saber por qué no está conmigo…

—¿El niño? —La voz de Marysol se suavizó, aún que todavía estuviera molesta.

—Su doble está contigo, es ese chico de nombre raro… pero él… no lo sé. No siento que sea solo un doble, es como si fuera mi niño, no un doble, y siento que debería irse conmigo. ¿Dónde está?

Marysol se sentó sobre sus cuclillas: quiso encontrarse cara a cara con su hermana. Danielle imitó su gesto, principalmente debido a su necesidad de acercarse a Diana. Era como ver una versión más salvaje y destruida de sí misma; una experiencia maravillosa y horrible, o una mezcla de los dos, no podía decirlo.

—¿Estás hablando de Tico? —preguntó Danielle.

—Sí —confirmó Diana—. Entré en el mundo de los humanos porque seguí el rastro de mi hijo… ¡mi hijo! ¿Entendéis? Pensé que me iba detrás de Pablo, pero no, era él, era Thiago. —Miró a Danielle a los ojos—. Perdóname si te lastimé. Pero te aseguro que elegí otro cuerpo para matar a ese bastardo precisamente porque no quería hacerte daño, no sabía que me verían a mí, mi cara… la tuya…

Fue solo entonces que Danielle pudo entender lo que había sucedido. Después de todo lo que había vivido en los últimos días, pensó que no podía sorprenderse por nada más, pero descubrió que los espíritus podían dominar a una persona viva hasta el punto de reemplazar el reflejo de su propia imagen. ¡Ah! Eso estuvo muy cerca de ser demasiada información para la inspectora.

—¿Fu-fu-fuiste tú?

—¡Sí! Pero te prometo que no volveré a entrometerme. Estaba loca, fuera de mi mente. Después que eliminé a Pablo, no sé si me quedé curada o si me di cuenta de que el vacío está tan grande que no puedo rehenchirlo. Solo sé que, ahora, quiero al chavo. Él es mío. Pero es un deseo de una madre, un deseo que solo tiene amor. No mataré a nadie más. —Miró al otro lado, a su hermana, y le pidió—: ¡Tráemelo, Mary!

—¡No sé cómo! —respondió la Bandolera con voz baja y desanimada.

—¿Tú estabas embarazada de un niño que, en este mundo, tiene a Tico como doble? —interrumpió Danielle; estaba fascinada.

—Se supone que sí… pero… no lo sé. Cuando lo encontré, yo estaba buscando a mi hijo, no a su doble. Y había algo aquí, algo que me conmovió y me atrajo. No era como si él fuera un doble, era como si lo fuera él mismo, pero no puede ser él. Así que, sí, Tico es el doble de mi hijo.

—Entonces, ¿yo tendría una relación con Tico también? Como… ¿hubiera sido mi hijo?

—Quizás… —Diana respondió, atenta y examinando su espejo humano y vivo con interés.

—Tico tiene una madre humana: Lorena —dijo Marysol.

—Pero ¿y si el espíritu de tu hijo, aunque fuera un *daemon*, hubiera cruzado a mi mundo? ¿Podría haber nacido en algún cuerpo humano?

—No sé. Creo que… ¿podría? —Diana le preguntó a Marysol, que ahora sentía curiosidad por ver a dónde iba Danielle con sus ideas.

—Imposible no debe ser… los *daemons* muertos toman humanos vivos y se convierten en híbridos. Yo misma vi a uno… bueno… tú lo mataste: Pablo.

—¿Hace cuántos años sucedió? —Diana le hizo la pregunta a Danielle, quien entendió lo que la pistolera preguntaba, a pesar de que Marysol no sabía de qué se trataba. Por supuesto que Danielle lo entendió, de alguna manera eran el mismo ser. Se entendían perfectamente.

—Hace trece años…

—¿Qué sucedió? —preguntó Marysol.

—Yo tenía dieciséis años, no sabía que estaba embarazada y estaba escondida en un club de motociclistas. Mi novio era mayor de edad, me llevaba siempre que podía, así que tuvimos un accidente… y tuve un aborto.

—Tico tiene doce años… —dijo Marysol—. ¿es él?

—Hasta donde sé sobre su historia, Tico nació meses después y se creó en una favela. La entrada principal de esa comunidad estaba cerca de la carretera donde sufrí el accidente y el aborto.

Las tres guardaron silencio por un momento, tratando de llegar a alguna conclusión. Fue entonces cuando Diana salió del trance y le dio una

advertencia a Marysol:

—Hazle la prueba… y, otra cosa: Artek también está perdido. Parece que encontró su propio doble y accidentalmente causó una tragedia. Me voy a unir a Pele y a JB para buscarlo.

—Ello tú puedes y debes hacerlo. Es tu responsabilidad. Pero en mis asuntos, ¡no te metas!



A la mañana siguiente, en un cementerio, entre dos ataúdes, Manuela y Elisa, Rafaela y su padre se apoyaban mutuamente mientras vigilaban a Pedro, hermano e hijo, que no parecía creer en lo que estaba sucediendo. Con su padre en la cárcel, y su madre y su hermana muertas, no sabía qué sería de él, y en ese momento, no sabía si se le importaba tanto. Se sentía ansioso por ver a su padre, por pegarle a puñetazos al hombre que le había quitado a su familia. Si tan solo su madre no lo hubiera enviado a la casa de su amigo esa noche, lo habría hecho, sabía que lo habría hecho, y quien estaría en ese ataúd sería Arthur, no su madre, no su frágil hermana, a quien ni le habían permitido ver el cuerpo.

No sé lo que pensaba, tal vez en los ojos inyectados por la bebida de Arthur; pero sí sé que apretaba los puños como si quisiera golpear a algo, salir de allí, explotar, entrar en un agujero negro y materializarse en otra realidad, una realidad que tuviese sentido.

Se dejó caer de rodillas en el espacio entre los ataúdes que colgaban sobre los hoyos, y un grito convulsivo salió de su pecho. La mano de su abuelo descansaba sobre su hombro en un intento de consolarlo, pero él sacudió la espalda expulsando la mano intrusa; quería estar solo con su odio y su dolor. Se inclinó sobre su cuerpo hasta que su frente tocó el piso de ese lugar odioso que albergaría para siempre a los cuerpos de las dos únicas mujeres en su vida y extendió los brazos. Sus puños cerrados golpearon los costados de los dos ataúdes al mismo tiempo.

Una vez.

Y otra.

Y otra y otra.

Y de nuevo.

Y lo hizo cada vez más rápido mientras gritaba, sollozaba y trataba de negar la realidad. Golpeó la madera hasta que su abuelo notó sus manos sangrantes y lo sostuvo en sus brazos.

El cuerpo del chavo temblaba tanto que hizo que su abuelo pareciera que él también se temblaba. Rafaela, anestesiada por todos los medicamentos que le estaban aplicando desde que tuvo el ataque histérico en el Instituto Médico Forense cuando fue a reconocer el cuerpo de su hermana, preguntó:

—Rogelio, ¿no es mejor darle algo para calmarse?

—No, Rafa. Déjalo sentir. Necesita sacárselo. Es lo mejor.

—Es muy difícil mirar a tanto dolor…

—Lo sé, pero ello le hará bien. Con el tiempo. Mejor dejarlo ir ahora.

Resignada, Rafaela apartó la vista de su sobrino y de su padre, se dejó caer al suelo entre los dos ataúdes y tomó la mano reconfortante de Rogelio. La medicación nublaba sus sentidos. Era como si algo se hubiera apagado dentro de ella. Estaba consciente de las cosas que debería estar sintiendo y, en cierto nivel, incluso envidiaba la forma en que su sobrino lograba exponer todo su dolor, tirarlo, deshacerse de ello. Quería eso para sí. Quería la catarsis, la expulsión de la ira, el agua, la sangre.

Sí. Rafaela quería sangre.

Pero ¿cómo obtener esa sangre? Ni siquiera tenía ganas de hablar. Todo lo que quería era un lugar para apoyarse. El regazo de Rogelio tal vez.

Necesitaba tanto a alguien para cuidarla, para prometerle que todo estaría bien… Sabía que podía confiar en el médico: si él dijera que estaría bien, entonces todo se quedaría bien.

Pero Rogelio no le dijo nada.

Ni una palabra

No un consuelo ni una maldición.

Él solo se quedó allí.

Al final del servicio, todos regresaron a la casa del padre de Rafaela. Rogelio fue con ellos, pero no se quedó mucho tiempo. Antes de irse, pidió:

—Rafa, no te olvides del tranquilizante, es casi la hora.

—Ya lo tomé, cariño. Gracias —respondió ella.

Rogelio se fue pensando en cómo le gustaría que esos medicamentos también actuaran en él. Solo él sabía cuánto apreciaría poder escapar de la realidad y no darse cuenta de las implicaciones de todo lo que estaba sucediendo, y poder olvidar cuánto había cambiado su vida.

En lugar de irse a casa, el médico decidió beber.

Al igual que las medicinas, beber era inútil para nublarle los sentidos. Lo mejor que podía lograr era quedarse cómo una persona normal, de inteligencia promedio; y eso, para él, era como descansar.



Rafaela se retiró a su habitación para pensar en lo que sería de su futuro. La confusión de los sentidos causada por los medicamentos comenzaba a pasar, y no lamentaba haberle mentido a Rogelio cuando dijo que había tomado el medicamento. Ella quería sentir algo. Cualquier cosa. Quería escuchar la voz de su dolor, quería sangrar y hacerlo sangrar. Quería tomar las riendas de su propio dolor y sufrir el padecimiento que merecía ser drenado.

Las lágrimas silenciosas comenzaron a escapar de sus ojos y, sentada, con la espalda apoyada en el respaldo de la cama, se abrazó las rodillas, se llevó el pulgar de la mano derecha a la boca y empezó a mordérselo. Esas lágrimas nublaron su visión, y de repente, la puerta del dormitorio parecía estar a kilómetros de distancia, pero las paredes parecían querer sofocarla. Con las paredes cada vez más cerca, y la puerta cada vez más lejos, sintió la necesidad de salir antes de que el dolor la aplastara. Buscó sus zapatos junto a la cama, pero la pared se había acercado demasiado, así que, descalza, corrió hacia la puerta. Salió de la habitación antes de sofocarse. Fue a la oficina de su padre y encontró la solución a todos sus problemas.

Le temblaban las manos, pero sabía que ello no sería una complicación. Encontró un par de chanclas fuera de la sofocante habitación en que se había convertido su cuarto y tomó la calle a pie. Caminaba lentamente, como desafiando la noche, como si invitara a alguien a venir y hacerle el daño que necesitaba para liberarse del dolor que sentía. Ella no pudo decir cuánto tiempo había caminado antes de darse cuenta de a dónde iba, pero cuando entendió cuál debía ser su destino, fue resueltamente hacia ello.

Llegó a la cárcel de la prisión y pidió para ver a Arthur.

—Está tarde, Rafaela —dijo el jefe de la cárcel.

—Yo lo sé, pero solo quiero hablarle por unos diez minuticos. El funeral fue hoy. ¡Por favor!

El jefe entendió el dolor de la chava, la conocía, conocía a su padre policía, quien, a pesar de ser un federal inactivo era muy respetado. No podía decirle que no a ella. Con cuidado, el jefe dejó a un guardia cerca.

Dentro de la celda ocupada solo por Arthur por razones de seguridad, los dobles, Arthur y el espíritu de Artek, alzaron sus contritas caras hacia esa mujer abatida. Arthur tenía la cara hinchada, los ojos rojos, un síntoma de las horas que había pasado llorando, lamentando el duelo y la imposibilidad de poder enterrar a su hija y a su esposa. Cuando vio a Rafaela, un rostro familiar, rápidamente se puso de pie. Engañado por la desesperación, pensó que encontraría algo de consuelo en la familia y caminó hacia su cuñada cómo un convicto camina hacia la última comida: tenía prisa y, al mismo tiempo, tenía todo el tiempo del mundo para disfrutar de su sabor.

Artek no se movió. Se dio cuenta del estado de ánimo y sabía lo que Rafaela haría tan pronto como la vio, pero creía que tal vez fuera la hora. El sufrimiento de Arthur lo anclaba, lo atrapaba. Mientras Arthur siguiera sufriendo, él también sufriría. Necesitaba seguir adelante, y de alguna manera sabía que la única forma de hacerlo era al lado de su compañero.

Rafaela, en medio de su aturdimiento causado por los medicamentos que, poco a poco, dejaban su torrente sanguíneo, logró notar cada pequeño movimiento de Arthur en su ansiosa carrera queriendo acercarse a ella. Lentamente, casi inocentemente, ella bajó las manos hasta la cintura, la mano izquierda levantó la blusa, la derecha envolvió la empuñadura del arma que había sacado de la caja fuerte de su padre y acomodado en la cintura de sus jeans. Luego, sus movimientos ya no eran lentos e inocentes y, con una agilidad incompatible con la cantidad de drogas calmantes en su sistema, disparó contra su cuñado. El carcelero, que se mantuvo a poca distancia de la visitante, logró abrazarla, pero, aun así, Arthur recibió un proyectil en el cuello.

Tirada al piso de la cárcel, Rafaela no estaba preocupada por la posibilidad de pasar el futuro en una prisión, lo único que le interesaba era saber si había logrado dar en el blanco.

—¡Prisionero herido! —gritó el agente, mientras tomaba el arma de las manos de Rafaela y la colocaba en la parte posterior de la cintura de sus pantalones para abrir la celda.

Rafaela pudo ver a su cuñado. Con su mano derecha colocada a un lado de su cuello, trataba de detener la sangre que brotaba entre sus dedos y

teñía la manga de su camisa de rojo. El color ya había desaparecido de la cara de Arthur y, Rafaela podía ver, sus ojos decían que, delante de ella, estaba un hombre que solo tenía unos minutos de vida. Con el sentimiento de logro, descansó su espalda en el piso, respiró hondo y agradeció su buena fortuna por haber puesto fin a ese hijo de puta que había matado a su hermana y a su sobrina. Cuando sintió que el universo le había agradecido con un «¡Muy bien, Rafaela, descansa en paz!», se levantó rápidamente, aprovechó la confusión y la distracción del carcelero, recuperó el arma, la colocó bajo la barbilla y fue a encontrarse con su hermana y su sobrina.



Rogelio estaba sentado en una de las mesas al fondo del bar. Otro cuerpo había sido enterrado. Los ojos de Rafaela, esos ojos que siempre lo hacían sentirse como en casa, ya no estaban allí para él. El Río de Janeiro ya no era su hogar. Estaba tratando de decidir si regresaba a África, a esa misión sin sentido y sin futuro para curar lo incurable, luchar contra lo ineluctable, querer lo imposible; o se recurriría a su investigación sobre universos paralelos. Todavía tenía la certeza de que podía encontrar su doble, otra versión de sí mismo en algún universo. Ya había estudiado lo suficiente para, en teoría, lograr transferir su conciencia y robar un cuerpo para sí mismo, un cuerpo con piernas; solo necesitaba encontrar un cuerpo.

Pero no en ese día.

En ese día, solo quería ser normal.

Estaba en la parte de atrás, porque no quería llamar la atención para su silla de ruedas. Le pidió al camarero que dejara la botella de tequila, y bebió mientras veía a la chica con la coleta alardeándose en el toro mecánico. La joven parecía incómoda prestándose para ese papel, pero cada vez que bajaba del toro para servir en el mostrador, la multitud enloquecida de hombres borrachos iniciaba el coro que gritaba «¡Sol! ¡Sol! ¡Sol! ¡Sol!», y ella, resignada, volvía a subirse a la plataforma y se colocar en el equipo oscilante.

—Está guapa esta chica —pensó Rogelio, mientras miraba su espalda moverse de un lado a otro en un intento de equilibrarse. La coleta se tambaleaba salvajemente, y aunque no estaba feliz de prestarse para ese

papel, la amplia sonrisa no abandonaba su rostro. Rogelio pensó que, al día siguiente, esa pobre chica apenas podría caminar y tomó otra dosis.

Ya sentía los efectos de la deshidratación, sabía que necesitaba líquidos, pero tendría que salir de allí, de lo contrario se mojaría los pantalones en público. Observó a todos esos hombres y mujeres borrachos, entregados a la desinhibición que causa el alcohol, y pensó en cómo lo quería para sí mismo. Quería poder escapar de su realidad a través de altas dosis de alcohol o cualquier otra droga que afectase su córtex prefrontal, pero con un coeficiente de inteligencia tan alto, ese era un lujo que no podía tener. No es que el alcohol no tuviera ningún efecto sobre él, el problema era que, incluso si había una disminución considerable en su capacidad intelectual y de toma de decisiones, todavía era más capaz que la mayoría de las personas y, por lo tanto, mantenía su capacidad para razonar. Sin embargo, a pesar de su córtex prefrontal no le permitir ser estúpido, el alcohol afectaba su sistema nervioso central como afectaba a cualquier ser humano, reduciendo los reflejos y causando síntomas como sequedad de boca, mareos y visión borrosa. Sabía que, si quisiera beber hasta que su corteza prefrontal fuera lo suficientemente estúpida como para sentirse libre, tendría que poder soportar todos los demás síntomas físicos. Sospechaba que entraría en coma alcohólico antes de dejar de ver la estupidez humana, y eso lo deprimía.

No… ni deprimido se quedaba… Ello no podía deprimirse.

Y eso lo deprimía.

—Maldito cerebro —murmuró, mirando el fondo del vaso de tequila antes de verter otro trago.



Fuera del bar en donde trabajaba Solymar, Marysol estaba tratando de decidir qué hacer. Sabía que la doble había caído en la red de Ruan y, por alguna razón, el Maldito no había acabado con la chica. Por supuesto que, para quedarse en algún lugar sin saber qué hacer, no necesitaba exactamente quedarse allí. Si no supiera qué hacer, podría haberse quedado en el cómodo sofá del apartamento de Danielle. Ella eligió el exterior del bar donde trabajaba Solymar porque quería vigilar al Maldito y también porque quería fortalecerse usando la proximidad a su doble.

Sabía que la batalla estaba cerca y quería estar fuerte.

Tan fuerte como fuera posible.



Temeroso de orinar en sus propios pantalones, Rogelio salió del bar con una última mirada a la chica que estaba arriba de ese escandaloso toro mecánico. Afuera, miró hacia la noche esperando no estaba seguro qué.

Levantó la vista hacia el cielo.

El cielo en Río de Janeiro no contaba con el brillo estrellado del cielo africano, y la noche no era capaz del mismo silencio. Se dio cuenta de que aún no había tenido la oportunidad de disfrutar de una buena noche de sueño desde que había llegado a la ciudad y, en ese momento, se preguntó si podría si lo hubiera intentado: había tantas luces y tantos sonidos…

Miró al otro lado del estacionamiento y, sorprendido, vio a la chica del toro mecánico, a quien los clientes llamaban Sol. Ella lo miraba directamente con una sonrisa desdeñosa en los labios. Por supuesto que fue solo la primera impresión. Pronto Rogelio notó que la chica de afuera estaba vestida con una ropa diferente y tenía el pelo suelto. Era igual de guapa. Hermosa como el cielo africano. Pero ¿por qué lo miraba de esa manera? Cómo si haciendo poco caso de él. Cómo si se jactara de algo.

Quizás fueran hermanas. Eran gemelas, sin duda, pensó. Pero ¿por qué esa animosidad, ese desenfreno que sabía que estaba dirigido a él?

Condujo su silla de ruedas hacia Marysol, cuya sonrisa se había convertido en risa.

—¡El maldito doble del Maldito es un lisiado! Eso se va a poner muy fácil…

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 15

Rogelio antes del «Manos Benditas»

Hijo de un diplomático norteamericano y de una traductora brasileña quienes se habían conocido en el Consulado de los Estados Unidos en Río de Janeiro, Rogelio era lo que se llama nacido en cuna de oro. Heredó la inteligencia y la belleza de su madre, y la insensibilidad casi sociópata y el sentido práctico de su padre.

Los constantes viajes terminaron separando a la pareja y, aburrido e incapaz de quedarse en una escuela brasileña, Rogelio eligió, a la edad de nueve años, vivir con su padre en los Estados Unidos. El sistema educativo estadounidense y su cerebro privilegiado lo hicieron graduarse muy temprano y, antes de cumplir los veinticinco años, Rogelio ya era un neurólogo de renombre. Podría haber elegido cualquier otra especialidad; eligió la neurología porque anhelaba descubrir qué lo hacía tan diferente de todos los demás que conocía. Quería saber por qué no podía relacionarse con otros seres humanos. La verdad es que Rogelio no tenía paciencia con otras personas. Las consideraba simples y predecibles, las pensaba indignas de compartir el mismo aire que él respiraba.

Al mismo tiempo que realmente pensaba así, tenía el deseo de vivir en armonía con aquellos a quienes identificaba como su especie, los humanos más evolucionados, aquellos que se divertían con tan poco y que sabían apreciar la vida. A veces se detenía a mirar a la gente, en su rutina diaria, paseando por los parques o sentada y charlando, y lo quería ello para sí mismo. Quería conocer a alguien con quien pudiera hablar durante más de cinco minutos sin aburrirse, luego recordaba que todos eran tan fastidiosos, tan predecibles, tan… estúpidos.

Por favor, no me malinterpreten. No digo que Rogelio fuera una mala persona, ni digo que fuera una buena persona. Así era como él veía las cosas, cómo veía el mundo. La verdad es que el médico era demasiado inteligente para su entorno, era incomprendido y, al mismo tiempo, no les

entendía, y no entender, ¡ah!... no entender algo era como la muerte para el hombre que era puro cerebro. Estaba acostumbrado a entenderlo todo, saberlo todo. No poder relacionarse con sus iguales, con otros humanos que deberían ser sus similares, era una gran ofensa para él.

Era como una broma del universo.

Vivía solo porque era más fácil, más cómodo. Vivía solo porque, solo, podía fingir que estar solo era su elección.

Con el tiempo, la soledad se convirtió, realmente, en una elección. Cuando entendió que no podía, que no entendía, que no sabía comunicarse, eligió estar solo, porque elegir la soledad parecería menos… hmmm… solitario.

No sé si entiendo exactamente sus razones, pero las estoy explicándolas a ustedes de la misma manera que él me las explicó a mí, y cuando me las explicó, pareció cierto.

¿Parece a ustedes?

Estaba solo en Estados Unidos, cuando a su madre le diagnosticaron cáncer cerebral, y él decidió regresar a Brasil. No es que quisiera: al principio, trató de convencerla de que se mudara a los Estados Unidos donde podría seguir su tratamiento, pero ante el rechazo de ella, terminó regresando a su país de origen.

Sabía que podía cuidarla.

Había analizado todas las pruebas y se sintió capaz de operarla, pero, una vez en el país, solo encontró obstáculos. El primero fue la validación de su título de médico. Para el Consejo Médico, sus títulos, sus publicaciones académicas, su diploma Johns Hopkins importaban poco. ¿Quiénes se pensaban esos doctorcitos del tercer mundo para cuestionaren sus logros profesionales y sus habilidades técnicas? Tuvo que esperar un tiempo indigno, para hacer una prueba indigna, que tenía el nombre indigno de Revalida, como si un profesional competente como él necesitara la aprobación y revalidación de profesionales menos calificados.

El segundo obstáculo era el Código de Ética, y ello, tenía que admitirlo, también lo impediría en Estados Unidos. No podía operar a su propia madre, decía el Código. Por supuesto, Rogelio lo sabía, estaba por encima de tales banalidades. El cerebro de su madre era como cualquier otro cerebro, y él se sentía capaz de operarlo. De todos modos, ella ya estaba condenada, no sería el temblor de sus manos lo que haría la diferencia, principalmente porque las manos de Rogelio no temblaban.

Nunca.

Como ya sabía que sucedería, su madre no dejó el quirófano con vida, y el médico conoció el dolor de la pérdida por primera vez. No era como el dolor que sienten los humanos normales. Era un dolor que no se reconocía como dolor, porque el médico estaba luchando contra ello, luchando contra el sentimiento; al mismo tiempo, era algo mucho peor que el dolor que consideramos dolor, porque él pensaba demasiado en todo. Rogelio podía analizar todos los aspectos pequeños de todas las cosas pequeñas, incluido el dolor. Entonces, podía ver cada detalle de ese sentimiento y vivirlo por completo, aunque, tal como lo había hecho con la soledad, hubiese elegido no sentirlo.

Salió del hospital con la sensación que a veces lo asaltaba de que sería bueno tener a alguien en su vida con quien hablar. Sin nadie a quien recurrir en la ciudad que no conocía, buscó alivio en el alcohol como una forma de adormecer los sentidos.

Cuando salió del bar, estaba borracho, apoyándose contra las paredes, pero su cerebro todavía estaba activo. Todavía podía ver toda esa basura. Sabía que no tenía control sobre sus reflejos, y sabía que a pesar de que su capacidad de pensar estaba muy por debajo de su capacidad real, todavía tenía más poder de decisión que muchas personas, y odiaba ello.

—Maldito cerebro —murmuró lo que se convertiría en su mantra personal, mientras intentaba medir sus pasos en la acera, cuando se topó con Rafaela, que caminaba con la cabeza gacha, hurgando en su bolso.

Sorprendido, Rogelio miró la cara aburrida de la hermosa chava, mientras buscaba posibles pertenencias que hubieran caído al suelo. Se dio cuenta de que estaba totalmente mareado y comenzó a reírse. Era como mirarse a sí mismo fuera de su propio cuerpo, y se encontró completamente ridículo.

Y a él le encantó.

Le encantaba ser ridículo, hacer algo ridículo.

Le encantaba inmensamente no estar seguro de si había algo tirado en el suelo.

Le encantaba esa risa histérica que se escapaba de su garganta, y se dio cuenta de que tal vez, como con la soledad y con el dolor, la sobriedad pudiera ser una opción.

Curiosa y enojada, Rafaela preguntó:

—¿De qué te ríes, idiota?

—Traté de emborracharme, pero todo lo que conseguí fue ese mareo molesto y cómico. El mundo… Ah, el mundo sigue siendo la misma mierda de siempre. No importa cuánto beba, todavía veo toda esa mierda. —Rafaela frunció el ceño y prestó atención al médico. Estaba bien vestido, limpio, se veía bien articulado a pesar del fuerte olor a alcohol—. Te ves muy guapa, ¿lo sabes? —dijo Rogelio, prestando atención al ceño fruncido sobre los ojos de la chava.

Rafaela sonrió.

—¿De qué quieres huir? —pregunto ella.

—Mi madre murió —dijo y se apoyó contra la pared para pararse—. ¿Por qué te estoy diciendo esto? —Se rió—. Creo que finalmente lo logré: estoy borracho.

La alegría con la que hizo esa declaración hizo reír a Rafaela.

—¿Cómo te llamas?

— Rogelio.

—Hola, Rogelio, soy Rafaela. ¿Quieres un café?

—No. El café revertirá el efecto del alcohol, estimulará mi sistema nervioso central. Me gusta estar borracho. A pesar de que el mundo sigue siendo una mierda… mierrrrda… mi-errrrrr-da… es gracioso decir mierda. —Miró a Rafaela, bajó la voz y continuó—: El mundo sigue siendo una mierda, pero su hedor está soportable.

—Entonces, ¿qué me dices de un vasito con agua? Te hidratará y disminuirá tus mareos, por lo que te mantendrás borracho, pero las posibilidades de que atropelles a otra persona disminuirán drásticamente.

—Rafaela… —dijo señalando un indicador incierto hacia la chica—, eres brillante.

Y fue así, señores, que Rafaela y Rogelio se conocieron.

Los sentidos de él estaban nublados por demasiado alcohol, casi podía fingir que le importaba algo; y ella lo pensó muy interesante, y él la pensó muy inteligente.

A la mañana siguiente, todavía con los recuerdos de la agradable tarde que habían pasado juntos y la intensa noche que habían vivido, pero ya sin el efecto adormecedor del alcohol, Rogelio no pudo encontrar la paciencia para charlar con la muchacha por más de cuarenta minutos. Se despidieron bajo el peso de la promesa de un reencuentro. Promesa que el médico no tenía la intención de cumplir.

Se preguntó cómo era posible que ella se hubiera visto tan inteligente e interesante un día y al día siguiente pareciera a todas las demás: simple, fácil, predecible. Así que decidió poner su impaciencia de esa mañana en la cuenta de su mal genio matutino. Sabía bien que las mañanas siempre eran difíciles. La chica había sido tan amorosa y servicial cuando se conocieron, que pensó que valía la pena darle una oportunidad más. Pensó que valía la pena darse una oportunidad a la normalidad, incluso a una relación. ¿Por qué no?

Pensó que podría hacer una elección diferente a la soledad.

Sus ideales, sin embargo, fueron mitigados en los primeros quince minutos de conversación en la segunda cita. La charla trivial de la chica lo aburría, le enojaba la intimidad que la permitía tocar la piel de sus brazos y poner su mano sobre la de él como si se hubieran conocido por mucho tiempo. A Rogelio no le gustaba que lo tocasen sin permiso. Incluso las pupilas dilatadas de Rafaela lo molestaban mientras ella lo miraba. Todos los signos de atracción estaban allí, y Rogelio odiaba el hecho de que él, con lucidez, los viera a todos: las pupilas, la sonrisa abierta que mostraba los dos arcos casi por completo; los dedos que rizaban el cabello; y, por supuesto, el más irritante de todos: la mímica.

Cuando el tema se volvió realmente aburrido, Rogelio decidió jugar con ello. Tiraba su cuerpo a los lados, levantaba sus brazos, se rascaba la nariz sonriendo por el rabillo de la boca y observando cómo Rafaela reflejaba sus gestos, enviando el claro mensaje de que estaba lista para el coito, que estaba disponible. *Su coeficiente intelectual debe ser más cercano al de los chimpancés que el mío, tener sexo con ella es una bestialidad*, pensó. Al mismo tiempo que pensaba eso, recordaba lo feliz que había estado la tarde anterior, lo cariñosa, servicial y afectuosa que había sido, lo importante y amado que había se sentido, y concibió la repentina necesidad de volver a tenerlo. Estar con alguien que se preocupaba por él, que se inquietaba por él, sin preocuparse por la conversación que tendría después, sin importarse si vivir con la persona, después del placer, sería soportable o no.

Se inclinó hacia Rafaela, apoyó ambos brazos sobre la mesa, esperó a que ella reflejara su gesto y sonrió.

—Rafaela. —Extendió su brazo derecho hacia ella y esperó a que la chica cubriera su mano con la de ella—. ¿Qué tal si vamos a otro lado? Necesito una bebida más fuerte.

—No te vas a emborracharte, ¿verdad?

—No. Solo quiero beber lo suficiente como para… Solo quiero una dosis.

Así empezó el viaje de Rafaela y Rogelio: él se anestesiaba para fingir que era feliz; mientras ella fingía no darse cuenta y seguía siendo feliz.

Rogelio comenzó con vodka de calidad, que dejaba poco olor y que el médico enmascaraba con el uso de tabletas de carbón activado. En la cantidad correcta, lograba ser estúpido, como se definía a sí mismo, para soportar a Rafaela el tiempo suficiente antes del coito. Con el tiempo, el vodka se volvió inviable, no solo porque no era posible estar siempre borracho, sino porque su efecto era cada vez más breve, por lo que descubrió la codeína y nunca estuvo más feliz en su vida.

Sin embargo, nunca logró hacer más que nublar los sentidos lo suficiente para que la vida fuera soportable.

—La ignorancia es una bendición —se repetía a sí mismo antes de tomar su píldora con una dosis caprichosa de vodka por las mañanas.

Todas las mañanas.



Aquellos días de vodka y codeína por desayuno habían quedado atrás, y cuando Rogelio miró a Marysol riéndose, lamentó haber regresado, aunque fuera por un rato, a ellos. Esa cosa que ella había dicho: el doble del Maldito…

¿Estoy equivocado, o ella conoce a mi doble? ¿He estado pensando tanto en eso que estoy alucinando?

Doble, duplo, gemelo.

Si Rogelio creyera en signos, lo consideraría, ello, uno. A la noche cuando estaba tratando de decidirse entre regresarse a África, hundirse en el alcohol y negación, o reanudar sus estudios y tratar de encontrar su versión en otra realidad, le apareció alguien que era claramente la copia de la chica que estaba en el bar, y quien aparentemente conocía un doble de él.

Por supuesto, siempre existía la posibilidad de que la chava fuera solamente una hermana gemela de la chava adentro, y por supuesto Rogelio pensó en esa posibilidad, pero, analizando su árbol de decisiones, eligió la que lo hacía más feliz simplemente porque era lo que él quería.

Su cerebro, siempre tan generoso al sacar conclusiones, estaba dividido entre la confusión causada por demasiado tequila; el encanto casi inmediato que sintió por la muchacha que reía; la conmoción causada por el uso de la palabra doble; la extrañeza en la similitud entre la muchacha que se reía frente a él y la muchacha con la coleta que se había quedado dentro del bar; y algo más… pero qué era ese algo más era lo que le molestaba, Rogelio no podía sacarlo de sus pensamientos.

Esta comprensión lo divirtió por un instante.

Se dio cuenta de que estaba muy cerca de la estupidez, se dio cuenta de que estaba a punto de ignorar cualquier cosa que le molestase.

Pero no pudo.

La navaja de Occam, Rogelio, se dijo a sí mismo.

Rogelio conocía a muchos eruditos que defendían el principio de la Navaja de Occam como una forma de decir que la explicación más simple suele ser la correcta, pero no estaba de acuerdo con esa interpretación del principio. Sabía que la Navaja de Occam postulaba que todo el conocimiento racional se basa en la lógica, y la lógica debería obtenerse mediante el conjunto de datos proporcionado por los sentidos.

Bueno… los sentidos del médico estaban alterados por el alcohol, por lo que sería apresurado para él simplemente concluir que esa chica era la doble de la chica de adentro; aun así, la Navaja de Occam defendía la intuición como punto de partida para el conocimiento: la primera respuesta era siempre la correcta. Rogelio decidió que necesitaba pensar menos, olvidar la Navaja, olvidar la racionalidad y confiar en sus instintos. Incluso si se trataba de sus instintos borrachos.

Escuchó la risa suelta de Marysol, que estaba divirtiéndose a mirarlo, y se dio cuenta de que la comodidad de la estupidez ordinaria estaba pasando, y ya no podía seguir ignorando las cosas que le molestaban. Muchas cosas pasaron por sus pensamientos, cosas que quería decir, cosas que quería preguntar, pero al final de todas, logró articular solo dos palabras:

—Necesito orinar.

—¿Quieres que yo sostenga tu pajarito para ti? —preguntó Marysol.

—Nada me daría más placer —respondió con la sinceridad que siempre había marcado su vida—, pero, para tal, tendrás que levantarme, y lo dudo que una princesita como tú pueda hacerlo. Necesito un baño.

—¿No tenía uno dentro del bar?

—No está listo para lisiados —respondió con una sonrisa cínica y provocativa que Marysol no dejó escapar.

—Sí… eres un lisiado. Casi tengo ganas de matarte delante del Maldito. Se sentiría tan indefenso… Casi tanto como tú, que ni siquiera puedes sostener tu pajarito para orinar.

—Cariño, ni siquiera sé a qué hora mi *pajarito* quiere orinar, puede suceder en cualquier momento, así que, si no me vas a matar en el próximo minuto, me alejaré. Pero no salgas de ahí, quiero saber más sobre el Maldito ese, y sobre esa historia de doble. He estado buscando el mío hace algún tiempo.

Aturdida, Marysol frunció el ceño y se dio cuenta de que no solo no había asustado al macho en la silla de ruedas, sino que él también estaba al tanto de la existencia de dobles. Aprovechando el refuerzo que el hecho de estar cerca de Solymar le daba, intentó sondear la mente de Rogelio sin tocarlo. ¡Estaba un desastre! ¡Qué caos! No podía imaginar cómo alguien podría vivir con una cabeza tan llena. Ella incluso se mareó. Miró el contorno de la silla que se alejaba mientras Rogelio buscaba un baño y gritó:

—¡Espérame!

—¿Qué?

—Tu dique ya se está desbordando, hombre. ¡Ven! Te ayudo.

—¿Mi dique? —Rogelio se echó a reír y se volvió hacia Marysol—. ¿Estás hablando de mi vejiga?

—Estoy diciendo que te vas a mear en treinta segundos.

—¿Cómo sabes?

—No es importante. ¡Vamos!

Como si sacara a un bebé de la cuna, Marysol levantó la voluminosa figura de Rogelio de la silla de ruedas y lo llevó al fondo del estacionamiento, donde lo escondió detrás de una camioneta negra.

—¡Apóyate en el auto! —ordenó, mientras, con una mano, abrió la bragueta de Rogelio y, con la otra, sustentó su peso sosteniéndolo por la cintura. Con los brazos firmemente apoyados en el techo de la camioneta, Rogelio solo podía ver las luces del estacionamiento reflejadas en el vehículo. Estaba consciente de que Marysol le había desabrochado por el ruido, pero antes de que pudiera meditar sobre el ridículo de toda la situación, escuchó el chapoteo de su orina corriendo por el costado del auto

y cayendo al piso de cemento—. ¡Qué chico bueno! —dijo Marysol, burlonamente.

—¿Cómo lo sabías?

—Lo olí —respondió ella—. Por cierto, ¿has estado tomando tequila?

— Sí. ¿Apesto?

—¡Hueles rico! Podría lamerte por completo.

—Sinceramente espero que mi polla ya no esté en tu mano.

Irreverentemente, Marysol puso su mano entre las piernas de Rogelio, apretó firmemente y dijo:

—¿No sientes nada aquí en este lugar? Eres un macho a medias… ¡Al Maldito le encantará conocerte! Si dejo que eso suceda, por supuesto.

Rogelio sintió el empuje del apretón de Marysol en sus testículos por el movimiento que hizo su torso cuando se deslizó al costado de la camioneta; al mismo tiempo, sintió los pechos firmes de la mujer pegados a su espalda. La erección fue inevitable, y Marysol lo soltó de repente, obligando al médico a agarrarse más fuerte al techo del vehículo cuando sintió que su cuerpo había sido abandonado.

—Está difícil no tomar tus comentarios personalmente, niñita —dijo Rogelio, tratando de no tumbar en el suelo.

—Si no sientes nada de la cintura para abajo, ¿cómo tu pajarito se puso así?

—Se llama erección refleja. Debe de tener que ver con tus senos en mi espalda, y la imagen mental de ti lamiéndome entero. No dura mucho, pero me hace sentir muy macho.

Mirando la espalda de Rogelio, estaba muy fácil para Marysol que le gustara, así que sonrió y volvió a sostenerlo en sus brazos para devolverlo a la silla de ruedas, donde lo soltó. Establecido, Rogelio observó el contorno de Marysol iluminado por las farolas y preguntó:

—¿Como tú te llamas?

—Marysol.

—¿Cómo lograste levantarme, así como así?

—Soy fuerte.

—Fuerte… Ya veo. De todos modos, gracias por tu ayuda, Marysol, mi nombre es Rogelio. ¿Por qué no me cuentas más sobre el Maldito ese?

—¿Qué quieres saber?

—Primero, quién es él; segundo, donde está él.

—Dónde está él… Pues, ello quiero saberlo yo, por eso, a partir de ahora, estaremos juntos, tú y yo. Seguramente él vendrá por ti.

—Hmmm. Preveo otro reflejo de mi pene inútil. ¿En tu casa o en la mía?

—Eres un chistoso. —Se puso ambas manos en la cintura y dijo—: —Necesito tomar algo, pero no puedo entrar en ese bar: mi doble está ahí —dijo, señalando al lugar donde trabajaba Solymar.

—Doble… ella misma lo dijo… —divagó casi en un susurro, pero Marysol continuó:

—¿A dónde podemos ir?

—¿Tequila?

—¡Tequila! —confirmó la *daemon*, con una sonrisa de satisfacción.

—Sígueme —dijo Rogelio.



En la cárcel, las formas espirituales de Arthur y Artek miraban incrédulos el suelo donde la sangre que dejaba el cuerpo de Rafaela se mezclaba con la sangre que había dejado el cuerpo de Arthur. Las dos rayas de sangre que minutos antes habían estado bombeando venas de diferentes organismos no se veían diferentes cuando se extendían por el suelo. Se deslizaban una hacia la otra, abrazadas, mezcladas, haciéndose una.

La cara de Arthur era la imagen de la tristeza; la de Artek mostraba contrición. Si Artek tuviera el poder de deshacer todo lo que había hecho, desharía. Nunca se habría atrevido a hostigar, a perseguir a su doble Arthur. En ese momento, mientras miraba el rojo de dos sangres tan iguales, aunque provenían de seres tan diferentes, ni siquiera podía recordar por qué había comenzado toda la guerra. En la eternidad, no importaba.

—Perdóname —susurró su pedido de clemencia, y Arthur notó su presencia contrita.

El dolor que había estampado su rostro, segundos después se convirtió en horror; entonces, un destello de comprensión cruzó sus ojos cuando se reconoció en la forma que estaba frente a él. Como si la realidad se hubiera apoderado de él de la misma manera que los autos en alta velocidad golpean a los niños que corren desprotegidos por las avenidas, Arthur sintió que el golpe rompía todas las entrañas que su forma etérea ya

no tenía y se arrojó sobre Artek envolviendo su cuello que no era un cuello con dos manos que ya no eran manos.

—¡Fuiste tú! ¡Bastardo! ¡Tú! ¡Fue por tu culpa que destruí toda mi vida!

Arrojó a Artek al piso de la celda sin darse cuenta de que la sangre salpicada no los manchaba; sin darse cuenta de que su apasionada lucha no dejaba huellas en el suelo viscoso. Se sentó en la barriga del oponente y comenzó a golpearlo.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? —Las palabras salieron en resoplidos, como si todavía necesitara sus pulmones para poder hablar—. Mataste a mi esposa… Mataste a mi hija… A-ca-bas-te-con-mi-go.

El sonido de los golpes no hacía eco a través de las paredes, pero eso no hacía que la pelea de Arthur fuera menos completa. Artek, arrojado al piso, no reaccionaba; su rostro no mostraba desfiguración ni movimiento alguno aparte de esa mueca llena de arrepentimiento. En cuanto a Arthur, mientras golpeaba, todo lo que obtuvo como respuesta fue el silencio y una cara arrepentida que parecía inmutable. Feroz en su búsqueda por venganza que llamaba justicia, continuó golpeando hasta que no tuvo más fuerzas. Cuando su voluntad se enfrió, prestó atención al rostro de Artek y comenzó a llorar convulsivamente.

Ninguno de los dos notó la forma espiritual de Rafaela, mirándolos, confundida. Sin embargo, ella no permaneció allí. Cuando llegó a esa cárcel, sabía que no saldría de allí; estaba preparada para su destino y, cuando notó la tenue luz, caminó hacia ella sin mirar atrás. Se fue de este mundo para el siguiente que la recibiría; su futuro hogar si prefieren llamarlo así.

Artek susurró sus disculpas por segunda vez.

—¿Por qué? —preguntó Arthur.

—Ya no me acuerdo —respondió Artek.

Se produjo un segundo de paz, y Pele y JB se pusieron al lado de los contendientes.

—Es hora de seguir adelante, Arthur —dijo JB.

—¿A dónde?

—A donde no duele más —concluyó Pele.

En un bar junto a la playa, Rogelio y Marysol se sentaron en una mesa mientras esperaban su bebida.

—Eres un hombre interesante, Rogelio.

—¿Tú crees?

—Tu cabeza… lo que hay dentro… ¿Cómo puedes levantarte de la cama todos los días y lidiar con eso?

—¿Cómo puedes saber lo que está pasando en mi cabeza?

—Te leí.

—¿Y absorbió mi conocimiento?

—No. Sentí tu dolor, o más bien, la falta de ello. Algo está roto en ti. Tienes un antojo por lo común, y eso te hace infeliz. Curiosamente, no te das cuenta de tu miseria, porque entre tantas cosas que eres capaz de comprender, la infelicidad no es una de ellas, por lo que juzgas a los demás infelices porque no pueden percibir el mundo como tú lo percebes.

Sorprendido, Rogelio contempló la botella de tequila puesta sobre la mesa con algo de miedo. Temía que Marysol pareciera más interesante de lo que sería sin el efecto del alcohol. ¡*Maldita sea*!, pensó, y se tomó un *shot* que le quemó la garganta.

—Puedes saber cuándo querré orinar de nuevo, ¿verdad?

—Sí.

—¡Genial! —dijo, mientras rellenaba el vaso.

—Creo que necesitaremos otra botella.

—De acuerdo.

—Dime: ¿cómo sabes sobre los dobles?

—Eres fuerte, soy inteligente.

—Y estás borracho.

—¡Real!

—¿Qué pasó con tus piernas?

—Me caí de un caballo.

La Bandolera tomó un trago más de tequila y se preparó para intentar, por segunda vez, absorber toda la historia de Rogelio para comprender cómo era posible que ese hombre, criado en una realidad de ignorantes, tuviera tanto conocimiento.

—¿Puedo tocarte?

—¿Erección refleja o robo de mi historia?

—La segunda opción, pero si eres un buen chico, puedo proporcionarte una erección real al final de esta noche.

Después de servir otro vaso de tequila, Rogelio extendió su mano hacia Marysol.

—Es bueno que esa erección sea la tal...



En el momento de su accidente, Rogelio ya no estaba tan satisfecho con el progreso de su vida o con su relación con Rafaela. Se dio cuenta de que la necesidad de afecto que había pensado era solo una escasez, tal vez causada por el trauma de la pérdida de su madre. Satisfecho al darse cuenta de que, después de todo, su cerebro podría, en un momento u otro, comportarse normalmente, ya estaba pensando en maneras de terminar esa relación sin traumatizar a la muchacha.

Estaba cansado de pretender ser quien no era; cansado de ocultar su habilidad para acomodarse a un mundo lleno de personas que ni siquiera respetaba; cansado de la mirada orgullosa que Rafaela mostraba cada vez que salía con él. Se sentía como un animal en exhibición. Al mismo tiempo que se veía obligado a exponerse como un novio inteligente y exitoso, se sentía frustrado con lo poco que esas personas necesitaban para que se quedasen contentas.

En un fin de semana, el Jockey Clube de la Gávea celebró un torneo de turf cuyos ingresos serían donados a una organización benéfica que Rogelio ni siquiera estaba interesado en descubrir el nombre. Participó porque Rafaela lo había instado a hacerlo, como con todas las cosas, solo para presumirlo. Con sus sentidos constantemente nublados por el alcohol y las drogas, el médico solía evitar situaciones en las que sus reflejos —la única parte realmente afectada por su consumo de alcohol— eran necesarios, pero Rafaela se puso tan irritante que, el sábado por la mañana, él se dio al disfrute del placer de la media ignorancia.

—Si al menos esa mierda me hiciera olvidar, valdría la pena —dijo, mientras vertía un generoso sorbo de vodka y se acomodaba en el lomo del caballo.

A pesar de su alta estatura y de su físico deportivo, Rogelio era un excelente jinete; además, no se trataba de un torneo profesional. Era lo que

la alta sociedad en Río llamaba un torneo entre amigos. Rogelio simplemente no sabía de quién eran los amigos ya que odiaba a todos los presentes en ese evento.

Todo lo irritaba: el sol ofensivamente brillante que se chocaba con su estado de ánimo; el olor snob del perfume importado que no podía ocultar la pestilencia de la hipocresía de aquellos que negaban un sándwich al niño del semáforo, pero pensaban hermoso poner sus culos en mallas y sus pies en botas brillantes para correr y pretender recaudar dinero para alimentar a ese mesmo niño; los sombreros brillantes que adornaban las cabezas presuntuosas de las presumidas desesperadas que no sabían que sus sombreros no eran los únicos adornos públicos de sus cabezas huecas; pero, principalmente, la sonrisa engreída que Rafaela lucía en sus absurdamente rojos labios, cuyas comisuras se alzaban cada vez que uno de sus nuevos y ricos amigos lo alababa.

—¿Por qué estoy haciendo esto? —se preguntó mientras, dentro del *box*, se acomodaba en la espalda del animal y esperaba la hora de inicio.

Era un torneo recreativo cuyo único propósito era recaudar fondos para alimentar lo que los aristócratas, a boca pequeña, llamaban «los pobres», pero que en folletos oficiales y conferencias de prensa llamaban «personas necesitadas»; aun así, los hombres guapos que montaban los caballos bien criados podían ser extremadamente competitivos, por lo que el comienzo fue disputado. Cuando los caballos salieron del *starting gate*, el sonido rítmico del tropel cambió el ritmo de los corazones de los jinetes para que sus respiraciones se ajustasen al compás de la carrera, hasta que todos los animales —racionales y no racionales— se volvieron más densos en una masa deformada y dinámica de color marrón.

Todo sucedió muy rápido. Al final de la primera curvatura, Rogelio sintió que el caballo que montaba hizo un desvío antinatural. Con sus sentidos nublados por el alcohol, no pudo reaccionar adecuadamente, tiró de las riendas del animal con más fuerza de lo que debería, y el caballo se sacudió, arrojándolo al suelo. No fue una caída grave en sí misma, pero no tardó mucho en sentir un dolor punzante en la espalda. Había sido pisoteado por uno o varios animales. En medio de la agonía, Rogelio notó un animal caído a pocos metros de donde estaba tendido, y en ese momento, entendió que los dos, él y el caballo, habían sido condenados al sacrificio.

El silencio que cayó sobre el Hipódromo de Gávea no coincidía con el número de personas que asistían al evento. Por un segundo de paz, el dolor

se detuvo y Rogelio solo escuchó el silbido del viento. Entonces todo sucedió al mismo tiempo: los relinchos del caballo cortaron el aire, y decenas de personas se reunieron en el lugar donde los dos estaban echados. El gemido de las quejumbrosas aristócratas sonó más fuerte en los oídos del médico que el relincho agonizante, y él quería que todas esas mujeres cerraran sus bocas pintadas. Notó los brillantes pares de botas alrededor de su cabeza sin entender lo que decían los dueños de esas botas, porque de repente estaba concentrado en su ausencia de dolor. Sabía lo que eso significaba: su columna vertebral probablemente había sido dañada permanentemente.

—Rogelio, Rogelio, ¿estás bien? —Escuchó alguien preguntar.

—El caballo… cuida del caballo —dijo.

—No hay salvación para él. Se rompió la pata.

Desconcertado, Rogelio se puso boca abajo e invocó el movimiento de brazos que se volvería común en su vida después de esa mañana, moviéndose, como un soldado atrincherado, para cerca del animal.

—Es solo una pata, se puede curar —decretó.

—Es un animal inviable. No tiene ningún propósito. Será sacrificado.

—No dejaré que un buen animal muera solo porque no quieren gastarse unos centavos. ¿De quién es este caballo? Yo lo compro. ¡No será sacrificado! —Estiró su brazo derecho y acarició la cabeza del corcel, que al parecer comprendió que su vida estaba siendo salvada, descansó su cuello y dejó que una lágrima cayera de sus ojos—. No te preocupes, amigo. Yo cuidaré de ti.

—¿Puedes levantarte, Rogelio? —preguntó alguien.

—No. Una o más de mis vértebras fueron aplastadas. ¿Quieres sacrificarme a mí también?

De vuelta en la playa, junto al mar, Marysol dejó su exploración a través de la mente de Rogelio para mirar al hombre que estaba frente a ella. Si no fuera físicamente como Ruan, el recuerdo del rostro consternado del caballo podría hacerla sentir simpatía hacia el médico. Pero era imposible que le gustara alguien tan parecido al Maldito, aunque esos recuerdos mostraban cuán diferentes eran el uno del otro. La magia de la Bandolera

no era simplemente observar los hechos a través de los ojos de otras personas, sino que era realmente capaz de sentir la preocupación del médico por el pobre corcel, y le pareció curioso que él no mostraba el mismo tipo de lástima por los de su propia especie.

Como si pudiera leer los pensamientos de la *daemon*, Rogelio dijo:

—¡No son dignos! Lo tienen todo aquí… —dijo, y tocó el centro de su frente con el índice de su mano derecha—, tienen todos los sentidos para observar y experimentar el mundo, para entender las cosas, pero solo pueden verse a sí mismos. Ese caballo, ese hermoso y pobre animal, que vivió su vida y cumplió plenamente su propósito, no merecía pagar por la ignorancia de los dichos racionales. —Tomó un trago de tequila y le indicó al camarero que necesitarían otra botella—. Todavía está vivo, ¿sabes? Ya no corre, pero está feliz. Y él es un criador de primera clase, me hace ganar mucho dinero.

Marysol sonrió.

—¿Puedes leer mis pensamientos también? —preguntó ella entre un *shot* y otro.

—Soy un tipo inteligente… Entiendo las cosas.

Sin entender cómo era posible que ese hombre, criado en ese mundo libre de magia, pudiera saber qué tan lejos de sus recuerdos ella estaba buscando, Marysol dijo:

—Eres un hombre interesante, doctor Rogelio, muy interesante. Lástima que seas tan feo.

—No, no, no, no. ¡Nada de eso! Me prometiste una erección. Si soy feo o no, no puedes usar eso en mi contra. —Le tendió la mano a Marysol y le preguntó—: ¿Continuarás o prefieres que te cuente el resto?



El veredicto del equipo médico sobre sus piernas no sorprendió a Rogelio. Entregado a la depresión que, en otras personas, precedería la aceptación, decidió que no se conformaría con su propio destino.

Haciendo uso de su cerebro privilegiado recuperado después de dejar de beber y de abandonar a los narcóticos, Rogelio estudió, investigó y desarrolló teorías. Pasó tantas semanas inmerso en su investigación como Rafaela se le permitió. Su presencia constante lo irritaba, y ya no se

molestaba en ocultar su profundo disgusto. Él la quería fuera de su vida, incluso le había dicho textualmente a la chava: «¡Fuera de mi vida!», pero ella no lo tomó en serio, tomó en cuenta la depresión, y siguió firmemente junto a su lado.

Rogelio sabía muy bien que no era el amor lo que sostenía a Rafaela, al menos, no el amor hacia él, sino el amor a esa vida a la que ya se había acostumbrado. Una vida que incluía dinero, fiestas y amigos importantes. Una vida llena de futilidades para las que Rogelio nunca había dado importancia y que, en aquellos días, libre del efecto anestésico del vodka, le hizo preguntarse dónde había estado con la cabeza para haberlo dejado llegar tan lejos.

Pero Rafaela o su relación con Rogelio no es un tema importante para esta historia, por lo que no tengo la intención de pasar su valioso tiempo considerando lo que ella podría o no sentir o desear. En cuanto a Rogelio, ante la negativa de la muchacha a irse, simplemente fingió que ella no existía. Como si fuera uno de esos mosquitos ruidosos que, cuando se enciende la luz, desaparece y uno no puede aplastar con las manos, luego, después de un tiempo, simplemente se conforma con el zumbido irritante y trata de dormir.

Terminó por quedarse solitario en su laboratorio, y ya casi no veía a su novia. Pasaba sus días estudiando. Una noche se cansó tanto de su rutina de pesquisa que se echó de espaldas sobre el colchón de la cama, tratando de no prestar atención a nada, ni al color de las paredes; tratando de silenciar el zumbido irritante que estaba dentro de su propia mente y que era causado por el exceso de información.

Fue el primer día que se dio cuenta de que necesitaba desconectarse un poco, y lo intentó. Tanta fuerza hizo para desconectarse, que lo logró. Rogelio nunca supo si pudo dormir esa noche o si se entregó al sopor, pero lo hizo; logró no pensar, logró separar su mente de su cuerpo. Logró tanto que, cuando se dio cuenta, se estaba mirando a sí mismo tirado en la cama.

Más: la forma de Rogelio que estaba fuera del cuerpo lograba pararse en ambos pies. Rodeó la cama, miró su cuerpo desconectado, intentó tocarlo, pero falló. Se despertó sobresaltado, como si entendiera todas las cosas del universo.

—Entonces esto es lo que tengo que hacer… Si no puedo arreglar este cuerpo, necesito entrar en otro.

Rogelio no ignoraba las teorías de la física cuántica que predicaban la posibilidad de la existencia de otros universos, otras realidades. El llamado multiverso —y perdónenme los más experimentados, no pretendo entrar en aspectos técnicos aburridos que confundirían en lugar de ayudar—, un conjunto hipotético de universos posibles cuya existencia estaría condicionada a la vida consciente que los habitara predicaba la existencia de diferentes realidades, cada una con sus propias leyes. La palabra hipotética era desalentadora, pero, según la teoría, el universo, mismo el en que vivimos, se considera hipotético.

Rogelio se vio a sí mismo como nunca se había visto; de repente, se dio cuenta de que era un ser hipotético. Un ser hipotético que vivía en una realidad hipotética de un universo hipotético. Se preguntó cómo sería su otra versión hipotética que habitaría el próximo universo hipotético, y se preguntó si, por casualidad, en alguno de estos universos, su copia, doble o representación gráfica estaría pensando en él también.

Su vida se transformó, y él comenzó a dedicarse a la física teórica. Agujeros negros, teoría cuántica, teoría de la relatividad. Devoró todos los estudios, leyó todas las tesis, evaluó todos los libros y mapeó cada portal interdimensional que pudo. Después de eso, usando la ley de probabilidades, determinó el lugar que podría llevarlo a la versión de sí mismo que estaba en un universo más parecido al universo que conocía. Fue esta comprensión lo que lo llevó a África, y la historia, desde ahí, ustedes ya la conocen.



—Entonces, ¿fuiste a África buscar un portal?

—Sí, pero cambié de opinión después de un tiempo allí.

—Eres un buen hombre

—No estoy de acuerdo.

—¿Por qué?

—No lo hice fuera de mi corazón. Lo hice por vanidad. Lo hice para sentirme bien conmigo mismo, ser superior, ser amado y adorado.

Ser amado y adorado. Marysol sabía que esas eran las razones que también movían a Ruan, y entendió que, después de todo, los dos no eran

tan diferentes. Rogelio también había tratado de ser un ídolo. En su realidad limitada, Rogelio también quería ser adorado como un dios.

Al darse cuenta de lo mucho que había disgustado a Marysol con su declaración, Rogelio intentó cambiar de tema.

—Háblame de ti, ya que no tengo la capacidad de leerte. ¿Cómo sabes sobre portales y dobles?

—No soy de este mundo.

—¿No eres de este mundo cómo «No soy humana» o no eres de este mundo como «Soy una hippie loca que creo en teorías de conspiración delirantes»?

—Hasta hace poco, ni siquiera creía que existieran los humanos.

—¡Esto está maravilloso! ¿Qué tal te parecemos?

—Imbéciles.

—¡Lo brindo! —dijo el doctor, levantando su vaso—. Todos los humanos somos imbéciles. ¿Lo que eres tú? Quiero decir, ¿cuál es tu naturaleza? Tu… ¿raza? Tú… no sé… dímelo.

—Soy una *daemon*.

—Interesante. —Frunció el ceño. Esa revelación fue más que inesperada—. Siempre he pensado en los *daemons* como seres espirituales inmateriales, pero me pareces muy real.

—Ya veo. Eres uno de esos humanos a los que les gusta pensar que todo lo que le sucede a la humanidad es porque la humanidad ha sido influenciada por nosotros.

—Absolutamente no. Creo que esta es una teoría absurda. Si uno no puede asumir la responsabilidad de sus propias elecciones, entonces no es un hombre. Pero trabajo con el conocimiento que tengo, y todos mis estudios indican que los *daemons*, además de mitológicos, son inmateriales. Como los dioses: solo existen para quienes creen en ellos; y siempre he sido escéptico

—Entonces tampoco creías en nuestra existencia.

—Me equivoqué, mi señora, y se lo pido disculpas por esto —se burló el médico—. Dime, ¿cómo está tu primera experiencia en el mundo de los humanos?

—No es la primera. El primer universo en el que fui lanzada era un lugar llamado Vila del Buen Retiro, también habitado por humanos. Un lugar en peligro de extinción… Solo espero tener tiempo…

—¿Tiempo para qué?

—No es asunto tuyo.

—Vale ¿Y cómo llegaste aquí?

—Abrí un portal usando la sangre de la hermana del Maldito. —Sonrió Marysol—. Espero tener la oportunidad de decírselo.

—¿Y dónde está este portal?

—Aquí en Río de Janeiro. Me caí encima de una sesión de Umbanda, a cielo abierto. Me pensaron la Reina del Camino. ¡Estuvo épico!

Rogelio se echó a reír y sacudió la cabeza ligeramente.

—Es una revelación para mí. Pensaba que esos portales existían en ciertos lugares, pero no pensaba que pudieran ser abiertos. Como leíste en mi mente, hice una extensa investigación buscándolos.

—¿Cómo sabes?

—¿Cómo sé qué?

—Lo que he visto en tu mente.

—Existen teorías de que cuanto más avanzado es el cerebro, más sentidos necesita desarrollar para poder manejar la realidad. Por lo tanto, una persona muy inteligente desarrolla un sexto sentido, un sentido preparado para percibir lo que el tacto, el oído, el olfato, la vista y el gusto no son capaces de percibir. —Derramó otro trago de tequila—. Según mi cuenta, debo tener doce o trece sentidos. En ciertos momentos, incluso puedo predecir el futuro.

—¿Sin magia?

—La magia es solo una ciencia, como muchas que existen, a pesar de que los empiristas la tratan como ilógica.

—No sé si estoy de acuerdo contigo. Nada que pueda hacer la vida tan fácil y sin esfuerzo debería llamarse ciencia.

—¡Por favor! ¿Qué es la magia sino la capacidad de transformar el curso de los acontecimientos para que el hombre domine la naturaleza? Y cuando hablo de la naturaleza, Marysol, hablo de todas las cosas naturales. A ver, ¿no es este el objetivo de todas las ciencias? ¿Dominar la naturaleza?

—Entonces, ¿a qué tantos rituales?

—Ellos existen en todas las ciencias conocidas. Si ingresas a un laboratorio, descubrirás que hay un método para cada fórmula. El hecho de que uno no llame el método de ritual no hace que ese método sea menos ritualista. Los llamados magos usan hierbas, diagramas, cantos; los llamados científicos usan números, cálculos, fórmulas. Son solo métodos, nada más, es decir, todo es un gran ritual —dijo, extendiendo los brazos—.

¡Mira a tu alrededor! Estamos rodeados de rituales. Incluso las olas que lavan la arena tienen un método. Si observo los vientos y la luna, puedo determinar exactamente hasta dónde llegarán las aguas mucho antes de que lleguen, y eso, princesa, se llama tener dominio sobre la naturaleza. ¿Me veo como un mago?

—¡Un brindis! —dijo Marysol, ignorando la pregunta.

—¿Qué pasa con la guitarra? —preguntó él, apuntando con la barbilla hacia el instrumento que Marysol mantenía, caprichosamente, a su alcance.

—En otra ocasión te lo explicaré. Ahora necesitas orinar.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Si he entendido bien el paso del tiempo en este mundo, unos tres minutos.

—¡Genial! —Llenó su vaso y el de Marysol, levantó y brindó—: A los magos, los científicos, los viajeros interuniversales, y a el hijo de puta que es como yo.

Marysol se echó a reír y agregó:

—¡Al Maldito!

Cuando sintió que el líquido ardiente había atravesado la laringe, Rogelio se levantó de la silla, se arrojó sobre la arena de la playa y, girando, se lanzó al mar.

—Bien, querida meada, puedes irte ahora.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 16

Marysolymar

SOLYMAR DEJÓ SU TRABAJO poco después de las dos de la mañana, y Ruan la estaba esperando en el mismo estacionamiento donde Marysol y Rogelio se habían conocido. De hecho, todavía podía sentir el rastro de energía dejado por su acosadora. Solymar sonrió cuando lo vio.

—Holaaaa —dijo ella, antes de darle un beso rápido en los labios.

—¿Por qué estás tan sonrojada?

—Odio.

—¿Noche difícil?

—La peor de todas… y la última de todas.

—¿Cómo?

—Te lo diré luego. Ahora, te quiero a ti.

Echó los dos brazos alrededor del cuello de Ruan y lo besó sin prisa. El mundo podía esperar.



Al mismo tiempo, en otro vecindario de la misma ciudad y realidad, Rogelio abrió los ojos borrosos para ver el contorno de las piernas de Marysol sobre su cabeza, mientras la mitad de su cuerpo yacía sobre la arena húmeda, y la otra mitad estaba bajo las aguas del mar que iban y venían en un balé sincronizado.

—Eres patético, doctor.

—Y te ves hermosa desde aquí donde estoy.

—¿Puedes arrastrarte a tu trono o tengo que llevarte?

—Prefiero quedarme aquí. Creo que necesito algo de glucosa.

—¿Por qué?

—Estoy borracho.

—No te ves borracho.

—Lo sé, y ello me irrita profundamente. Pero, aunque mi capacidad de razonamiento es buena en comparación a la mayoría de las otras personas, créeme, estoy completamente borracho. Necesito un poco de azúcar.

—‘Tá bueno. Ahora vuelvo. ¡No huyas! —advirtió Marysol.

Rogelio se carcajeó en respuesta.



En la casa grande y antigua de Solymar, Ruan miraba la doble de Marysol, tan diferente y al mismo tiempo tan igual, y por un breve momento, tan breve que casi no lo sintió, la quiso. Una Marysol más dulce, una Marysol que luchaba menos con él, que simplemente se rendía y lo amaba, o lo que sea que les sucediera a los *daemons* ya que no entendían el concepto de amor como nosotros. Echó esa idea, porque lo del amor era cosa de las personas, y él no podía rendirse a ese tipo de sentimiento, mejor, de emoción. Tenía un objetivo, y aunque se distrajera, no perdería de vista su enfoque.

Esa noche, en particular, sentía algo diferente sobre la doble. Como si ella hubiera ganado una nueva vida. Ruan sospechaba la razón: la presencia de Marysol. El recuerdo de la energía de la enemiga, que había sentido en el estacionamiento, denunció que la Bandolera había encontrado su doble, por lo que estaba más fuerte y, al mismo tiempo, fortalecía a Solymar al alterar ligeramente la parte de ella que más le gustaba a Ruan: la personalidad dulce y sumisa.

—Entonces, cariño, ¿nos vamos a quitar la ropa? —dijo ella.

—Primero, dime por qué estás tan molesta.

—Instalaron ese toro mecánico en el bar, me hicieron sentarme en esa cosa toda la noche, como si fuera una puta, un pedazo de carne en exhibición en una carnicería.

—¿Montabas el toro de la misma manera que el día que fuimos a surfear?

—Sí.

—Te veías cachonda ese día. Me imagino a ese grupo de borrachos imbéciles…

Solymar sonrió, se mordió el labio inferior, agarró la camisa de Ruan y lo condujo al dormitorio. Ella lo arrojó de espaldas sobre la cama, desató el nudo de la camisa abotonada que se le estaba atada a la cintura y, llena de malicia, dijo:

—Déjame mostrarte cómo monté al toro…



En la casa de Rogelio, Marysol observaba, sentada en la cama, la puerta del baño donde el médico había desaparecido para lavarse y quitarse la arena del cuerpo. Mientras lo observaba, pensaba en cómo él le gustaba y no le gustaba al mismo tiempo. Había algo en el médico que la atraía, al mismo tiempo, había algo que la repelía, y que probablemente era su apariencia. La dualidad universal nunca la había confundido tanto como lo hacía en ese momento. Era como si Rogelio fuera un Ruan equivocado… ¿O, quizás, fuera el correcto? Ella sentía que quería conocer al doctor en su mundo, quería que el doctor fuera Ruan; y que Ruan fuera el doctor.

Quizás, si hubiera conocido esa versión del Maldito, la persecución no hubiera sido necesaria; quizás la guerra nunca existiera. Y ella y su banda, su hermana y el bebé, tal vez estuviesen juntos. El hijo de su hermana… él hubiera sido el elemento impar de la banda.

El Ruan que estaba al otro lado de esa puerta no habría arruinado todo: era su versión bendecida, aunque él mismo pensaba que era un sinvergüenza despiadado a veces. ¡*Cómo esos seres se castigan íntimamente*!, pensó. Pensando en todas las versiones de sí misma que existieran o que alguna vez existieron, Marysol se preguntó si alguna de ellas había tenido la misma oportunidad de poder elegir la realidad en la que quería vivir. Desde que se dio cuenta de lo porquería que era Ruan, decidió que no podían estar juntos, pero en ese instante, veía la posibilidad de hacer las cosas diferentes.

La experiencia que vivió en el cementerio de Vila del Buen Retiro, en el que, en cierto modo, había extraído algo de la tumba de su doble fallecida y enterrada junto al doble de Ruan, mezclado con el encuentro con Rogelio, un doble perfecto en su imperfección humana, estaba haciendo que Marysol se hiciera muchas preguntas. Ella sabía poco sobre múltiples universos además de las pocas cosas que había estudiado y las leyendas que corrían,

pero de repente comenzó a sospechar que, en todos los mundos habitados por vida consciente, su versión había encontrado la versión de Ruan y vivido, con él, una historia. De amor, amistad, guerra, paz. En cualquiera de los universos, sus versiones se encontrarían y formarían una parte importante de la vida de los demás, pero nunca lo había imaginado que ellos se encontrarían en dos universos distintos. De repente, se apercibió teniendo la oportunidad de elegir su historia, de elegir su Ruan, todo lo que necesitaba hacer era ignorar su deseo de venganza.

¡Tá bueno! Como si el Maldito pudiera olvidarse de su venganza…, pensó.

La silla de ruedas salía por la amplia puerta del baño por la que había entrado. El olor a jabón de hinojo llenó la habitación, y ella preguntó:

—¿Puedo lavarme también?

—Hay una toalla limpia sobre el fregadero —dijo Rogelio.

Sin meditar demasiado sobre lo que estaba sucediendo —ya que siempre supo que era posible—, Rogelio usó sus brazos para impulsar su propio cuerpo y acomodarse en la cama. No tenía idea de lo que Marysol pretendía quedándose, pero tenía curiosidad sobre el tema erección.

El sexo era solo una de las cosas que se le habían robado a Rogelio con el accidente. Él podía hacerlo. Funcionaba, como solía decir, pero no era sexo real. La cabeza lo sabía, pero su cuerpo no lo sentía, y eso le quitaba todo el placer; y Rogelio era el tipo de persona que buscaba satisfacción, nunca estaría contento con las migajas.

Al no tener nada que hacer mientras esperaba, alcanzó la guitarra de Marysol. Tocó el instrumento: estaba desafinado. Más que desafinado, el sonido combinado de sus cuerdas era ofensivo a los oídos.

—¿Cómo puede tocar algo con esto? —Ajustó la primera cuerda, la misita, a un tono agradable para sus oídos y, desde allí, afinó las otras cinco cuerdas. Pasó el pulgar por las cuerdas frente a la boca de la guitarra y sintió la armonía—: ¡Ahora, sí!

Habíase pasado mucho tiempo desde que había tomado una guitarra entre las manos; no sabía qué tocar, así que solo sintió el sonido, tocando algunas notas aleatorias. De repente se sintió excitado, como si algo dentro de él hubiera sido reparado, como si esa fuera una fórmula mágica para la felicidad y el bienestar. Recordó una canción folklórica del país en el que había crecido, Estados Unidos, e intentó recordar los acordes marcando el ritmo tocando el pulgar en la parte superior del instrumento.

«*Hay una casa en Nueva Orleans,*
la llaman la casa del sol naciente,
ella ha sido la ruina de muchos buenos muchachos
y, ¡Dios!, sé que soy uno de ellos…»

—¿Qué haces? —preguntó una desnuda, mojada y furiosa Marysol, que había salido del baño cuando se dio cuenta de que su conductor de magia estaba siendo tocado.

Sin pensar demasiado y sin comprender por qué ella estaba tan enojada, Rogelio bromeó:

—Sinceramente, espero que teniendo una erección refleja.

—¡Esta canción es peligrosa! —Señaló, temblorosa, hacia la guitarra —. Y, ¿cómo te atreves a tocar mi guitarra?

—¿Peligrosa? ¡Es casi una canción de cuna! ¿Y cuál es el gran negocio de esta guitarra?

—Esta canción es un poderoso invocador, no debes tocarla.

—Quizás en tu mundo. En el mío, es solo música folk. Cada uno la canta de una manera diferente. El primer verso es casi siempre lo mismo, solo cambia la ciudad donde se encuentra la casa, pero el resto de la música, bueno, cada uno la canta como quiere. Ha existido durante tanto tiempo que nadie sabe quién la compuso. Y no respondiste por qué no puedo tocar esta guitarra… ¿Qué pasa? ¿No sabes compartir los juguetes?

—No es un juguete… —Ella lo evaluó, preocupada, pero al mismo tiempo, no sentía que necesitaba preocuparse.

—Estoy de acuerdo —dijo Rogelio—. No es un juguete. Es un instrumento musical que, por cierto, estaba bastante desafinado.

No queriendo explicarle a un humano que era un instrumento mágico y que no importaba lo afinado que estuviera, ni si supiera o no tocarlo, Marysol extendió la mano para tomar la guitarra, pero Rogelio echó la espalda hacia atrás y con el brazo derecho, alejó el instrumento; luego, en un acto reflexivo, levantó la rodilla para detener el ataque de la Bandolera y, por un segundo, el tiempo se detuvo.

Sentada sobre las caderas del Maldito, Solymar se inclinó hacia él, besó sus labios, luego su cuello, y lentamente abrió su camisa. Ella estaba diferente, más libre; Ruan aún no había decidido si le gustaba, pero cuando sintió que los labios de la muchacha bajaban por su abdomen hacia el cierre de sus pantalones, olvidó de sus preguntas. Parecía tan feliz y determinada que, a pesar de esa alegría y esa aura de poder que le recordaban a la otra, él decidió aprovechar el momento.

Cuando ella le desabrochó los jeans, saltó de la cama y tiró de él por las piernas, desnudándolo con un solo movimiento de brazo, Ruan no pensó en nada más, dejándose montar como si fuera el toro mecánico en el que ella había estado toda la noche



Rogelio no tardó ni medio segundo en comprender que lo que les había sucedido a sus piernas tenía algo que ver con la guitarra.

Magia.

Magia verdadera que ni siquiera él podía comparar a la ciencia.

Sintió sus muslos, sintió la piel con las yemas de los dedos, o más bien, sintió las yemas de los dedos con la piel de las piernas. Ni siquiera recordaba cómo era. Con una amplia sonrisa en su rostro, miró a Marysol, luego, por un segundo, el tiempo se detuvo nuevamente, y realmente sintió su erección.

No perdió el tiempo con preguntas, no trató de caminar, no pensó en matar el anhelo de saber cómo era pararse. Los senos de Marysol estaban demasiado cerca de su boca. Soltó el cuello de la guitarra y envolvió a la Bandolera por la cintura. La pierna que había usado para alejarla se convirtió en un gancho que la acercó a él y le permitió sorber uno de sus pezones. Marysol echó la cabeza hacia atrás y se permitió ese placer; el placer que Ruan siempre había podido proporcionar. En eso, se dio cuenta, los dos no estaban tan diferentes. Las grandes manos de Rogelio le subieron por la nuca, le acariciaron el pelo mojado y las bocas de la Bandolera y del Bendito se encontraron.

Se tragaron.

Se aspiraron.

Se mordieron.

Se saborearon.

Las pequeñas manos de Marysol recorrieron el torso de Rogelio hasta que encontraron aquello lugar entre sus piernas. Fue el turno de Rogelio de descansar la cabeza, arrojándola hacia atrás, para sentir el placer que no sentía en mucho tiempo. La lengua de Marysol trazó caminos húmedos a través de sus muslos y de su pene duro, y aunque el placer, en ese momento, dominaba cualquier otra sensación, en el cerebro de Rogelio todavía había espacio para pensar en el después, para preguntarse cómo podía estar así, concentrándose en los caminos trazados por esa boca, cuando el mayor milagro acababa de suceder: tenía piernas, tenía un pene que funcionaba. Era un hombre otra vez, pero solo tenía la concentración suficiente para pensar en la mujer que estaba con él. ¿Podría ser, esto, amor? *El amor no existe*, *Rogelio. Finalmente lograste emborracharte*, *eso es todo*.

Aprovechándose de la privación de los sentidos que le quitaban todo el poder de decisión y reducían el mundo al territorio dentro de las cuatro paredes de esa habitación, el médico sostuvo a Marysol por el pelo y la atrajo hasta que sus bocas se encontraron nuevamente. Gozando de un placer que no sentía había muchas vidas que nacieron y murieron dentro de sí mismo y de su desesperanza, Rogelio puso Marysol sobre el colchón y se colocó sobre ella para, después de diez años, sentir el interior de una mujer que, al fin y al cabo, no era una mujer.

Era una hembra.

Era una *daemon*.



Hay un lugar donde el pasado, el presente y el futuro suceden todos al mismo tiempo. Los relojes marcan diferentes momentos al mismo tiempo, y los niños que ni siquiera nacieron ya están muertos y han dejado descendientes. Un lugar donde no pasa nada, porque todo siempre está sucediendo. Este lugar es el mundo en el que vivimos.

El tiempo es una ilusión creada por el hombre para tratar de darle sentido a la vida que no espera. Aun así, no mentiré cuando digo que, en el mismo instante, en una ciudad llamada Río de Janeiro, aquí en este universo habitado por nosotros los humanos, dos parejas intermundos dejaban de lado sus preocupaciones intermundanas para entregarse al placer.

¿Sería el placer un lenguaje interdimensional?

Dentro de la misma unidad de tiempo, al mismo lapso, en una ciudad llamada Río de Janeiro, en este planeta llamado Tierra, dos *daemons* se rendían al placer bajo dos —indignas y engañadas por el tiempo— *personas*.

El tiempo y el espacio son lo mismo, nos enseñó Albert Einstein, quien —estoy casi segura— era un *daemon*, o al menos un híbrido. El tiempo es un lugar donde caminamos hacia la muerte, nada más. Cuanto más rápido caminemos por este lugar, más cortas serán nuestras vidas.

Engañados por el reloj, los amantes no lo pensaban.

Tenían prisa, estaban ansiosos.

Solymar montaba a Ruan cada vez más rápido en la búsqueda por el placer; Rogelio, entraba y salía de Marysol con más y más ganas, en busca de lo que había perdido juntamente con sus piernas.

Tenían prisa y corrían apresurados en ese lugar llamado tiempo.

Cuando llegaron al placer, los *daemons* y las *personas* eran como el tiempo y el espacio: lo mismo; y sus auras se mezclaron bajo los cielos de Río de Janeiro, rodearon, bailaron sobre la Bahía de Guanabara, a través del Cristo Redentor y la Floresta de la Tijuca, se fusionaron y, por un breve momento, no hubo dobles. Sus almas estaban unidas por el placer y la cercanía.

Debajo de Solymar, Ruan veía la cara de Marysol distorsionada por el placer; bajo Rogelio, Marysol veía los ojos vigilantes de Ruan.

«*¡Te voy a matar, Maldito!*»

«*¡Tendrás que cacharme primero, perra!*»

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 17

Yo soy tú

ROGELIO SE DESPERTÓ FELIZ A LA MAÑANA SIGUIENTE. El olor del cabello de Marysol, cuya cabeza descansaba sobre su hombro derecho, llenaba todos los espacios vacíos en su alma. Besó la frente de ella, que se despertó sobresaltada y saltó de la cama.

—¿Dónde estoy?

—¡Buen día! ¿Siempre te despiertas así?

—Yo duermo solita…

—Yo también… —dijo el doctor y sonrió—. Pero he disfrutado verte aquí a mi lado.

Marysol miró a los ojos de Rogelio. No entendía cómo podía sentirse tan a gusto con alguien tan similar a Ruan. Casi podía sentir afecto por el doctor. Era un sentimiento extraño a ella, ese calor interno, ese deseo de estar con alguien. Se sentía frágil y desprotegida, como si hubiera sido infectada por alguna enfermedad.

Tan pronto como su cerebro se adaptó al nuevo día, Rogelio tuvo dos pensamientos llenos de miedo: el primero surgió del hecho de que él, nuevamente, no sentía sus piernas; el segundo fue el recuerdo de su relación con Rafaela. Al igual que con Rafaela, la primera reunión con Marysol había sido después de un alto consumo de alcohol, y él se preguntaba si estar con la Bandolera sería soportable sin la ayuda de su anestesia cerebral.

Se le resultó más fácil enfrentar sus piernas.

Él movió su mano izquierda por su muslo, tratando de sentir las puntas de sus dedos en la piel.

No sintió nada.

Trató de sentir.

Mentalizó sus propios dedos se deslizando por la piel, casi mentalmente dibujó la fricción del pelo de sus piernas contra las yemas de sus dedos, y una ilusión de sensación se deslizó por su cerebro haciendo

que un poco de negación se atreviera a sondear sus pensamientos. Pero Marysol destruyó todas sus ilusiones:

—Necesitas orinar —dijo.

—¿Me ayudas con la silla?

—¡Sí! Pero, aprovechando que estamos despiertos, y antes que este día se inicie, te toca una advertencia: si vuelves a poner una de tus cochinas manos en mi guitarra, ¡te parto el hocico!

Rogelio sonrió.

Sonrió una sonrisa que convirtió la amenaza vacía de la Bandolera en cenizas funerarias, así que ella no tuvo más remedio que ayudarlo a acomodarse en su silla.



A diferencia del humano Rogelio, la humana Solymar se despertó sola, se estiró en la cama y respiró hondo. Se había despertado feliz, no solo por Ruan, sino por todas las decisiones que había tomado a la noche anterior.

Después de que sus empleadores la obligaron a subirse al toro mecánico, presumiéndola ante los borrachos desubicados, Solymar comprendió que había alcanzado su límite en todos los sentidos. Renunció a ese trabajo loco y decidió poner la casa a la venta. Sabía que eso no pasaría de la noche a la mañana, tal vez incluso consideraría alquilar la propiedad, pero sabía que ya no podía vivir allí. Ella no necesitaba esa enorme casa; si todavía vivía allí, era por razones sentimentales, pero los sentimientos no llenan el estómago, por lo que decidió que necesitaba una vida plena. Una vida en la que se reconociese a sí misma.

Cuando le comunicó su decisión a Ruan, el Maldito no se quedó tan ilusionado como ella: gruñó algo acerca de que Solymar estaba bajo los efectos de la otra y la instó a ser más mansa y se fue. La mañana llegó, y Solymar estaba entusiasmada con el posible futuro que bailaba frenéticamente ante ella.



Rogelio se tomó más tiempo de lo necesario en el baño. Necesitaba pensar. Se dio cuenta de que no había dado suficiente importancia al hecho de haber sentido las piernas en la noche anterior y se preguntó el porqué; incluso se preguntó si era verdad, si realmente había sucedido o si, por casualidad, no hubiera sido una ilusión causada por demasiado tequila.

Recuperar el movimiento de sus piernas era todo lo que había perseguido desde su accidente. Estudió, investigó, desarrolló métodos y rituales, persiguió portales interdimensionales en todo el mundo, desperdició dinero y tiempo, todo para recuperar sus piernas y, cuando las sintió nuevamente, las usó para tener relaciones sexuales.

Más.

Las usó para tener relaciones sexuales con alguien que ni siquiera era humano.

Allí, sentado en el inodoro, sin el efecto anestésico del alcohol, finalmente se dio cuenta de lo absurdo de todo.

—La navaja de Occam —murmuró para sí mismo—. ¿Cuál es la explicación más lógica a todo lo que me ha pasado anoche?

Terminó concluyendo que todo había sido obra del tequila. El sexo, las piernas, la personalidad exuberante de Marysol: todo hecho con tequila. Por cierto, una ilusión causada por el alcohol era más probable que creer que una guitarra mágica había devuelto el movimiento a sus piernas lo suficiente como para hacerle el amor a una *daemon*.

Por otro lado, si hubiera sido una ilusión, había sido muy vívida. Una ilusión del bien. Una ilusión a que no le importaría a él convertir en realidad. Principalmente por Marysol.

Rogelio se dio cuenta de que había estado persiguiendo sus piernas durante diez años; pero perseguía a alguien que lo acompañara por toda su vida. Nunca había podido encontrar un alma gemela, si es que existía, o al menos alguien con quien pudiera hablar como un igual.

—Estabas borracho, Rogelio. Ella es solo otra Rafaela, es solo una ilusión que se desvanecerá cada vez más a medida que desaparezca el efecto del alcohol; una imagen que se desvanecerá con el amanecer.

Resignado, el médico realizó su ritual de ponerse los pantalones, una pierna a la vez, una cadera a la vez, sin poder realmente levantarse para pasar la pieza por sus ancas. Un ritual que parecía más doloroso esa mañana que las otras mañanas. Un ritual que requería mucho más habilidad y fuerza

de lo que recordaba que era necesario. Se movió a su silla de ruedas y salió del baño para enfrentar la realidad.

Afuera, encontró a Marysol vestida, sentada en el borde de la cama que habían compartido en la noche anterior. Él se había despertado con esa mujer, y esto no era una ilusión. La Bandolera se colocó, protectoramente, al lado de la guitarra que descansaba sobre el colchón.

—¿Tienes hambre? —preguntó él.

—Sí.

—Vamos a la cocina. Puedo hacer buen uso de una taza de café fuerte y unos vasos de agua.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias, pero me gustaría la compañía. —Marysol sonrió y colgó la guitarra sobre su hombro—. ¿Por qué no dejas la guitarra?

—Porque es mía.

—Y seguirá siendo tuya. Te prometo que estará bien guardada aquí.

—Yo también pensé eso ayer, pero le pusiste las manos encima. ¿Te acuerdas?

—Vale. Si te sientes mejor con ella, llévatela. Pero mis manos estarán más lejos si ella se queda aquí mientras desayunamos.

Rogelio tenía razón, y Marysol lo sabía. Se quitó el instrumento de los hombros y lo dejó sobre la cama. Fueron a la cocina. Rogelio ajustó la cafetera e hizo tostadas.

—Estás muy callado, doctor…

—Estoy confundido y, a serte sincero, me duele la cabeza.

—Hmm… ¿puedo? —preguntó Marysol, extendiendo su mano derecha a la frente del médico. Ante el asentimiento afirmativo de Rogelio, ella lo tocó haciendo que el dolor desapareciera.

—Mucho mejor. Gracias. Entonces… no tuve un brote de alcohol, eres una bruja.

—¿Bruja?

—Ya sabes… manipuladora de magia.

—Así que, hoy, la magia ya no es ciencia.

—No veo un método en el tocar mi frente y hacer que el dolor desaparezca…

—Hay un método en el lugar correcto de tu frente.

—¿Amanecimos en lados opuestos de la conversación?

—Necesitaríamos hablar para eso, doctor, y estás demasiado silencioso.

—Las mañanas son difíciles para mí. Es como si mi cerebro se apagara durante el sueño y necesitara tiempo antes de reiniciarse.

—O tienes la cruda…

—A lo mejor… —Llenó dos tazas de café, le entregó una a Marysol, colocó la tostada en el mostrador y dejó que un gran sorbo de café negro y caliente le bajara por la garganta—. Mucho mejor… —dijo, dejando escapar un profundo suspiro.

Marysol también bebió el café; disfruto del sabor fuerte.

—De veras… Muy bueno.

—Ayer… —comenzó el doctor—, las cosas de que me recuerdo ¿sucedieron de veras?

—Depende de lo que te acuerdes.

—Tequila, dobles, otros mundos, *daemons*, sexo, mis piernas y la guitarra.

—Bebiste mucho tequila, eres el doble del Maldito, existen otros mundos, soy una *daemon*, tuvimos relaciones sexuales y, por un tiempo, recuperaste el movimiento de tus piernas.

—¿Qué pasa con la guitarra?

—Es un conductor de magia.

—Así que fue ella que devolvió el movimiento de mis piernas.

—Es solo un conductor. Quien te devolvió las piernas fuiste tú.

—A ver… Si yo logré que funcionara…

—No lo sé, no me lo preguntes. No esperaba esto. Tal vez haya sido la canción…

—Era solo una canción popular.

—A lo mejor la gente de tu mundo la entienda de esa manera, pero esa canción es parte de un poderoso encantamiento. ¿De veras no sentiste el poder oscuro que emanaba de la melodía?

—¿Oscuro? ¡Para nada! Sentí una alegría abrumadora, una ligereza inusual, como si varias cosas se encajaran en mi universo, pero había estado tomando, así que no sé qué pensar.

—Pensé que no te emborrachabas.

—Es posible que haya cruzado algún límite anoche.

—Seguro que lo hiciste. Si te atrapo con tus manos en mi guitarra nuevamente, seré yo quien cruzará la línea.

—¡Ay, ya! Hasta te hice el favor de afinarla.

—¡Qué favor, ni que ocho cuartos! ¿Tienes alguna idea de lo que podría haber pasado?

—Sí. Yo podría estar caminando.

—¡Ah, por favor! Como si un humano tuviera suficiente magia…

—Explícamelo entonces, sabelotodo.

—Debe haber sido la canción. Aunque no tenga magia aparente, incluso un humano puede realizar un encantamiento cantado. Las palabras son poderosos instrumentos de magia.

—¡Era solo una canción! —repitió el doctor, exasperado.

—¡Era un encanto!

—Estoy de acuerdo en que era una canción melancólica, hasta siniestra, pero… ¿un encanto? ¿Qué tipo de encanto? ¿Un encanto para qué?

—Para cualquier cosa que el mago decida ajustar la letra.

—A ver… tu teoría es que, solo porque esa canción ha cambiado con los años….

—No es una teoría. Y la música es siempre la misma, solo se cambian sus palabras. Se dice que los acordes de esta canción derribaron la montaña de la diosa Hannah.

—Una peleíta doméstica hizo caer la montaña de Hannah.

—¿Conoces la historia de Hannah y Marco? ¿A cuántos universos has tenido acceso en tus investigaciones?

—No sabría decírtelo, pero volvamos a la guitarra, ¿puedes hacerme caminar?

—¿Y proporcionar al Maldito un cuerpo sano? Creo que no.

—No para él. Para mí.

—Eres su doble. Si estás débil, él está débil.

—¿Crees que soy débil?

—Tienes una buena cabeza sobre tus hombros, pero eso no le ayudará a él. Además, eres encantador y atractivo, y esa es la única razón por la que aún estás vivo.

—¿En serio? La estupenda erección de anoche no te hizo pensar que merezco un día más de vida.

—¿No le tienes miedo a la muerte, doctor?

—Es como preguntar si tengo miedo a descansar.

—Los humanos sois patéticos.

—Así que me vas a tragar con esa vieja charla de que la vida es bella, preciosa y que debo valorarla. Ahórrate el discurso. Soy lo suficientemente grandecito como para saber qué cosas puedo y qué cosas no puedo soportar, y la verdad es que estoy cansado.

—Parecías bastante feliz con tu trabajo en África.

—Mentiras que me conté a mí mismo. Mi propia versión de botella de tequila. Los humanos somos realmente patéticos; tanto, que estoy cansado de la humanidad.

—No soy humana.

—¡Cierto! Y quieres matarme.

—¡Hostia! Explícame pues, ¿por qué no lo he hecho todavía?

—Mi única teoría está firmemente plantada en la estupenda erección de anoche.

Marysol no respondió.

No sonrió.

No pestañeó.

Marysol no hizo ningún sonido ni otro gesto que levantar la taza de café a los labios y morder la tostada. Sus bocas se quedaron silenciosas porque, si se permitiesen hablar, dejarían salir todas sus dudas y temores.

Rogelio tenía miedos que no quisiera confesar, miedo de tener y de perder a Marysol al mismo tiempo. El temor de tenerla venia de la certeza de que, sin el efecto de la bebida, la percibiría común y predecible, y él no soportaría otra Rafaela; el miedo a perderla venia del hecho de que estaba disfrutando de la ilusión de tener a alguien con quien hablar. Marysol tenía dudas sobre la mejor estrategia para su guerra contra el Maldito; ella tenía el doble, necesitaba usarlo sabiamente.



Solymar estaba energizada esa mañana. No sabía de dónde venía la energía, la fuerza y la alegría, pero sabía que quería disfrutar de ese sentimiento. Tan pronto como se despertó, sin ver a Ruan a su lado en la cama, la soledad y la sensación de que lamentaría las decisiones que había tomado la noche anterior la golpearon muy pronto.

Era cierto que era solo una chamba en un bar, pero era una chamba, y ella no tenía a nadie en quien apoyarse, era responsable de su propio

sustento y del mantenimiento de esa casa, necesitaba el dinero. Se levantó, abrió las cortinas e inhaló el aire. Ese aire tan conocido, en esa mañana, se veía muy diferente. Solymar estaba segura de que podría, estaba segura de que era capaz, estaba segura de que este sería el primer día de muchos otros buenos días en su vida.

Echó todas las dudas.

Tendría un nuevo trabajo.

Encontraría un nuevo lugar para vivir.

Y todas esas cosas harían compañía al nuevo amor que ya tenía.

Soltó un suspiro apasionado frente a la ventana pensando en Ruan, y se fue sin desayunar. Lo que realmente quería era surfear, pero tenía un objetivo, y lo que hizo esa mañana fue perseguir ese objetivo.

Fue a algunas agencias de empleo, echó muchas preces a Nuestra Señora de Guadalupe, y se fue a buscar un lugar más pequeño y barato para vivir. Su estómago ya se quejaba de las horas de ayuno, así que ella decidió invitar a Ruan a almorzar.



En la casa de Rogelio, Marysol y el médico habían logrado retomar la intimidad de la noche anterior como si se hubieran olvidado todos los temores y dudas. La Bandolera le contó a él toda su historia, habló sobre su obsesión por tener esa guitarra y cómo parecía que ahora ella le pertenecía, y contó la parte más dolorosa de su historia: el exterminio de la banda. Le explicó al médico que esa era la razón por que buscaba al Maldito, y le contó sobre la solicitud de la jueza.

Rogelio escuchó todo casi sin interrumpir. Como había dicho: era un hombre inteligente. El miedo a que Marysol no fuera lo suficientemente interesante como para mantenerlo encantado se desvaneció gradualmente. Estaba seguro de que se enfrentaba a una criatura fuerte, inteligente y única.

—Y ese maldito, ¿cómo se llama?

—Ruan.

—Y si entiendo correctamente, no me hará daño porque me necesita, porque yo le hago a él más fuerte.

—Sí.

—Pero tú sí puedes lastimarme porque si… hmm… me destruyes… él se queda en desventaja.

—Sí.

—Aun así, tú estás aquí, en el medio de mi cocina, y todavía estoy vivo.

—Sí…

—¿Tienes un plan para mí, Marysol?

—No. Es decir… no lo sé. Vosotros los humanos me poneis confundida.

—Yo pongo confundida a mucha gente… ¿Está apropiado decirte *gente*?

—No te preocupes. Yo he entendido.

—Dime algo…

—¿Qué?

—Si el Ruan ese muere, ¿yo también me debilito?

—No hay debilitamiento de ninguno de los dos, pero cuando el doble está cerca, nos hacemos más fuertes, así que…

—Así que, si tienes a tu doble como aliada y yo ya no existo, tienes una ventaja.

—Sí.

—¿Y si te ayudo?

—Un lisiado…

—No un simple lisiado; un lisiado muy inteligente. Y en cuanto al lisiado… pues tenemos la guitarra.

—No. Estas prohibido de manipular mi guitarra.

—Yo no puedo, pero tú sí puedes.

—No sé si puedo.

—¿Por qué?

—Porque si te habilito, aumentaré la ventaja del Maldito y…

—¿No crees que quiero ayudarte?

—No siento la mentira en ti, pero la magia tiene mucho que ver con intención, y no sé si soy capaz de desear que te sanes. Aunque sea muy poderosa, la guitarra es solo un conductor, el mago es quien la toca.

—Pero no soy un mago, y la toqué, y mis piernas volvieron.

—Solo por un momento. El instrumento debe haber capturado tus intenciones, tal vez… la verdad es que no tengo las respuestas a lo que te pasó.

—¿Al menos puedes intentarlo?

—No funcionará. No sé si puedo. Odio al Maldito, no puedo concebir una realidad en la que yo quiera verlo curado, fuerte o poderoso. ¿Puedes entender mi dilema?

—¿Al menos puedes intentarlo? —repitió Rogelio con la resolución de aquellos que están firmemente agarrados al borde de un abismo.

—Intentarlo sí lo puedo…

—Por favor, Marysol.

Sin saber por qué lo hacía, Marysol se levantó y comenzó a caminar hacia el dormitorio donde estaba la guitarra. Rogelio la siguió en su silla. En el dormitorio, se sentó al borde de la cama, colocó la guitarra sobre su pierna derecha, dejó escapar un profundo suspiro e hizo que sus dedos recorrieran las cuerdas.

Los dedos corrieron, el sonido salió, pero Marysol no lo sintió.

Miró el rostro esperanzado de Rogelio; un rostro que no coincidía con su experiencia, un rostro que no coincidía con las cosas que ella había leído cuando lo tocó; un rostro que parecía el de un niño en la mañana de Navidad esperando abrir su primer regalo.

De hecho, Rogelio realmente se sentía así.

Era más o menos como si fuera la primera vez en su vida que realmente sentía algo. Cualquier cosa. Siempre que lo pienso, pienso que Rogelio, el humano Rogelio, era muy *daemon* en esa cosa de sentimientos: sabía que existían, pero nunca lo habían tocado.

Nunca.

Hasta esa mañana.

Prestó atención a los rasgos de Marysol y se puso casi seguro de que ella no podría. Ella le odiaba demasiado al Maldito para curarlo. El médico casi podía sentir todo el resentimiento de la Bandolera, así que puso su mano izquierda sobre la mano derecha de Marysol, que estaba tocando las cuerdas, y dijo:

—No pasa nada. No tienes que hacerlo.

—¡No toques mi guitarra! —dijo Marysol gruñonamente, pero el toque de la piel del doctor sobre la suya la hizo sentirse diferente. Por mucho que odiara esa versión de Ruan, no podía odiar al doctor.

Él era diferente.

Volvió a tocar con todas las cosas que había aprendido sobre ese humano peculiar en mente, y Rogelio sintió un hormigueo en los pies. No

era la misma sensación de bienestar que lo había invadido la noche anterior, era solo una molestia, una picazón y un calor irritante, pero no estaba malo; después de todo, ello era sentir, y sentir estaba bueno. El hormigueo y el calor le subieron por las piernas hasta las caderas, y Rogelio logró mover los dedos de los pies. Toda su inteligencia, todas sus neuronas y toda su experiencia se centraron en ese movimiento del dedo del pie: algo tan común para unos; un verdadero milagro para él.

Aunque ya había experimentado la sensación a la noche anterior, puso la mano entre sus piernas, tocó su virilidad porque, de repente, parecía importante asegurarse de que estaba allí. Dobló las rodillas, se pellizcó los muslos y, tímidamente, se arriesgó a poner los pies en el suelo. Cuando sintió las plantas de sus pies tocaren la alfombra, gañó coraje, se levantó y se cayó.

No fue un tropiezo, no fue un resbalón. Rogelio se había levantado con tanta fe y tantas ganas que se estrelló en el piso.



Ruan y Solymar se reunieron para el almuerzo frente al mar.

Solymar estaba emocionada.

—Te ves diferente —dijo Ruan.

—Me siento diferente… Es como si todo estuviera más fácil, como si yo pudiera hacer cualquier cosa.

La sonrisa de Solymar brilló más que el sol del mediodía; Ruan conocía el porqué, sabía que se trataba de la proximidad a Marysol. Toda esa energía, toda esa garra, todo ese deseo de aventurarse, todo era la Bandolera. Sabía que la Bandolera también estaba sufriendo los efectos de esa proximidad, aunque, sufriendo, tal vez no fuera la palabra correcta. Sabía que la Bandolera era más fuerte, pero no pudo evitar de preguntarse si, por casualidad, ella no habría asumido un poco de la dulzura de su doble. Sería interesante ver a la ruda Bandolera con una sonrisa apasionada en su rostro. De hecho, mucho de lo que Ruan había hecho desde la primera vez que vio la cara de Marysol fue tratar de lograr una sonrisa apasionada.

O el equivalente *daemon* a una sonrisa apasionada que, francamente, no sé cómo sería.

A Ruan le gustaría un poco de dulzura en Marysol, pero no quería el pimiento Bandolera en su Solymar. La quería dulce y sumisa. Esa nueva versión llena de actitud lo molestaba. Ella había renunciado a su trabajo, iba a cambiar de casa; si él permitiera todas esas cosas, perdería el control sobre ella.

—¿Sabes en qué vas a trabajar?

—Aún no. Pero he estado procurando toda la mañana. No puedo elegir mucho por lo poco estudio que tengo, pero sé que quiero algo durante el día, y quiero volver a la universidad.

—Tal vez yo tenga algo para ti en la emisora.

—¿En serio? —Solymar dejó su asiento y envolvió sus brazos alrededor del cuello de Ruan—. ¡Eres perfecto!

Sí… Perfecto… Esa era la actitud que Ruan quería, esa era la devoción que necesitaba.



Marysol y Rogelio se separaron bajo el peso de la duda y de la confusión, cosas a las que ninguno de los dos estaba acostumbrado.

La vida de Marysol siempre había sido simple, recta, llena de diversión. Ella cabalgaba, saqueaba, reía, follaba y dormía. Todas las decisiones que necesitaba tomar eran simples. Su única confusión había sido la guitarra; el único deseo que tuvo que no pudo explicarse fue por ese instrumento; pero frente al deseo, simplemente hizo lo que hacía con todo lo demás: dijo que sí.

Simple.

Directo.

Natural.

Rogelio no era simple. Al menos no para las otras personas. Parecía que, todo el tiempo, necesitaba justificar sus acciones, explicar cosas, pero él nunca sufría a causa de dudas. Desde lo alto de su gran coeficiente de inteligencia, pensaba que veía el mundo más claramente que aquellos quienes debería llamar similares, así que, aunque su vida no fuera simple, su camino siempre había sido muy claro.

Lógico.

Racional.

Exacto.

Esa confusión, ese montón de dudas que, de repente, habían comenzado a formar parte de sus existencias era nueva. Para los dos. Y ello no era una buena noticia.

Marysol sabía que necesitaba concentrarse en el Maldito. Había atravesado el portal con un objetivo claro en mente: vengarse. Se lo debía a Diana, se lo debía a su banda, se lo debía a sí misma. Haber terminado en la cama del doble de Ruan y, además, haberlo salvado, incluso haberlo querido… bueno… eso no estaba para nada simple, directo o natural. No era ella.

Llegó al apartamento de Danielle con la cara sonrojada, arrojó la guitarra a un lado y se sentó a un sillón con las piernas abiertas, con los brazos extendidos sobre el respaldo del mueble y se quedó mirando la pared tratando de no pensar en nada. Pero la inspectora no le permitiría ese respiro.

—¿Dónde pasaste la noche?

—¿Te has convertido en mi padre?

—No seas así, Mary… Eh, ¿puedo llamarte así?

—Sí… muchos me dicen Mary en mi mundo.

—Debes cuidarte. No puedes ser vista. ¡Mira el desastre que hizo Diana!

—No soy mi hermana.

—De acuerdo, pero igual me preocupo. Además, necesito hablar con alguien, toda esta historia de Tico me está volviendo loca.

—¿Qué pasa con el chavo?

—¿No crees que puede ser el bebé que perdí?

—Para nada. ¡Es solo un chavito común! Y ¡ojo!, no te vas a ponerle historias a la cabecita.

—Pero ¿y si Diana tiene razón? ¿Y si lo es, no un doble, sino el mismísimo Thiago?

—¿Un *daemon* nacido en el mundo humano? Si es así, lo sabremos pronto.

—¿Por qué lo dices?

—Porque se acerca la transición, cuando se convertirá en adulto.

—¿Qué? Adulto… ¿Cómo? ¿De la nada? ¿Como una oruga que se convierte en mariposa?

—A ver, ¿mariposa? ¿En serio? Él es un *daemon*, ¡joder! Los *daemons* no nos transformamos en mariposas. ¡Mariposa…! Un par de alas que puede ser llevado por el viento… Una indignidad para un *daemon*, pues. No, viviente, los *daemons* nos convertimos en dragones, dinosaurios, águilas… los *daemons* tenemos alas poderosas. ¡Mariposas…!

—¡Vaya! No tuve intención de ofender a tus bríos de *daemon* poderosa…

—No me regañes, tengo cosas más importantes en que pensar.

—¿Cómo qué? Y no me hables del Maldito, porque si estuvieras pensando en él, estarías hablando de planes. Te ves muy rara.

—Encontré a su doble —dijo la Bandolera y se levantó y empezó a pasearse por la habitación de un lado a otro, mientras se revolvía el pelo.

Una luz de comprensión cayó sobre Danielle, y ella también se levantó y trató de enfrentar a Marysol.

—¿Lo mataste? Por favor, dime que no hiciste nada estúpido. Puedes dañar a esa chica Solymar si te filmaron.

—No. No lo maté, pero la cagué…

—¿Qué hiciste?

—Me acosté con él.

Danielle sonrió.

—Pero es una buena noticia… Quiero decir… Ruan tiene el control de Solymar, entonces tú solamente estás haciendo lo mismo que él, ¿no? —Cuando no escuchó una respuesta de Marysol, Danielle preguntó—: ¿No es así?

—No sé.

—¿Cómo no sabes?

—Me gustó acostarme con él.

—Siéntate y cuéntame esta historia.

Marysol se arrojó sobre el sillón, extendió dos grandes ojos hacia Danielle y dijo:

—Él es un Ruan con una pizca extra de pimienta y olía a tequila… ¿Qué más yo podría hacer?

Rogelio pasó la tarde sumido en sus pensamientos. No tengo intención de intentar contarles todas las cosas que pasaron en su mente. Aunque tengo informaciones privilegiadas, el cerebro del médico no es exactamente algo que yo pueda entender, pero, de todas las cosas que sucedieron en su mente, se destacaron dos anhelos: sus piernas y Marysol.

Sus dos deseos estaban mezclados, y el hombre racional no podía entender. Como había perdido el movimiento de sus piernas, era todo lo que podía pensar: caminar de nuevo, sentir de nuevo, ver el mundo desde arriba. Luego conoció a alguien que podía devolverle lo que más quería, pero la había dejado ir, llevar el instrumento con poder para cumplir sus deseos y, lo que era peor, no sabía cómo encontrarla.

Para Rogelio, Marysol era la personificación de un deseo aún más antiguo: una pareja. Una pareja que no solo era soportable, sino interesante. Habían pasado toda la mañana hablando sin que él se aburriera, sin que él se quedase desinteresado.

Entre las dos sensaciones que había experimentado la noche anterior, no podía decidir cuál tenía prioridad: sus pies tocando el suelo o la boca caliente de la Bandolera paseando por su cuerpo, y eso era ilógico, irracional e inexacto.

Al final de ese día, sin saber en qué concentrarse y deseando ver a Marysol, Rogelio fue tras la única referencia que tenía: el bar donde trabajaba Solymar.

Marysol tampoco pudo concentrarse en sus objetivos ese día. Todo parecía muy confuso, todo estaba muy mal, se sentía contaminada. Se preguntó si la humanidad era una enfermedad que la había afectado.

Al final del día, desenfocada, irritada consigo misma por permitirse distracciones humanas o ser distraída por los humanos, Marysol decidió poner los dos pies en el suelo, reanudar sus planes y concentrarse en sus objetivos, por lo que fue a Solymar: era hora de enfrentarse cara a cara con su doble.



Con el problema del trabajo resuelto ya que Ruan se había comprometido a proporcionarle un puesto en la estación de televisión, Solymar se tomó esa tarde libre para ir a la playa. Más que una tarde libre,

esa era una tarde de despedida. Le dio adiós a su antigua vida, adiós a su antiguo trabajo, adiós a esa persona que se había obligado a ser desde que había perdido a sus padres.

Ella se sentía diferente.

No sabía si era por Ruan. Sabía que él despertaba fuertes sentimientos dentro de ella, sentimientos que no sabía de dónde venían, sentimientos que nunca había sentido, sin mencionar esa extraña impresión de que lo había visto antes, como si él fuera parte de ella, como si estuviera grabado de alguna manera en su retina, dentro de su mente, como un príncipe encantador de una fábula y que se había materializado repentinamente en su vida. Un verdadero cuento de hadas.

Por otro lado, mientras sentía el sol que le quemaba la piel y el agua tibia que le mojaba los pies durante la caminata, había una parte de ella que gritaba que no era solo por él. No era solo Ruan. No es que le importara. Si el cambio se debiera a un hombre, a ella daba exactamente lo mismo; se sentía bien, estaba feliz, no tendría problema en admitirlo. Pero ella sabía que no era solo por el novio. Se sentía más fuerte, más segura, más… ya ni siquiera sabía explicarlo. No es que ella fuera más ella misma, era como si tuviera más de ella, pero no exactamente ella.

Llegó a casa, se duchó y empezó a deshacerse de las cosas viejas. Quería nueva vida, nuevas sensaciones, una nueva Solymar. Recogió ropa, zapatos y libros que ya había leído; finalmente sacó la ropa de sus padres de los armarios, abrió las ventanas, dejó pasar el viento y renovó el aire. Respiró hondo tratando de oler la nueva vida cuando sonó su teléfono.

—¡Hola, mi amor! —dijo ella, después de identificar el número de Ruan.

—¿Amor?

—¿No te gusta?

—Me gusta todo lo que viene de ti.

—¿Vas a pasar la noche conmigo?

Ruan sabía que no podía permitirse el lujo de estar con Solymar todo el tiempo. Había cosas de las que tenía que ocuparse, todavía no sabía lo que planeaba la Bandolera, todavía no había encontrado a su doble, pero al pensar en Marysol, también pensaba que Solymar era lo más cerca de tener a la Bandolera que él lograría y, además, siempre era una buena idea tenerla a su alcance.

—¿A qué hora?

—Pasaré por el bar para recibir mi pago. ¿Por qué no me encuentras allí tan pronto como oscurezca?

—Vale.

Solymar salió de casa unos minutos antes de que llegara Marysol.



En el estacionamiento del bar donde solía trabajar Solymar, Rogelio ensayaba si entraba o no al lugar. Sabía que tenía una buena chance de que Marysol apareciera para tomar prestada la energía de su doble, pero la impaciencia le impedía de quedarse esperando. Además, era peligroso andar con esa silla de ruedas en el estacionamiento, siempre existía la posibilidad de no ser visto y atropellado.

Cuando oscureció, finalmente cedió a la impaciencia y entró. El toro mecánico parado dejaba el ambiente melancólico, parecía que faltaba algo, o tal vez estuviera demasiado borracho la noche anterior y hubiera inventado euforia en el lugar. Buscó la versión humana de Marysol y vio la coleta pasar detrás del mostrador, en una puerta trasera. Se sentó en una de las mesas y esperó un poco más, y nuevamente, la impaciencia lo abrumó. No estaba bueno allí, no estaba bueno afuera. Su cabeza generalmente trabajaba todo el tiempo, pero esa impaciencia estaba nueva.

Decidió irse. Cuando se acercó a la puerta, sintió una incomodidad inusual, como si, si fuera posible, su cerebro creciera un poco más, obtuviera más información, luego sus piernas comenzaran a hormiguear. Aceleró el ritmo de sus ruedas pensando que encontraría a Marysol con su guitarra afuera cuando se abrió la puerta del bar y fue como si le hubieran golpeado directamente en la nariz.

Perdió el aliento.

Perdió su discurso.

Durante unos segundos, estuvo seguro de que había perdido su capacidad de pensar.



Cuando Solymar vio la figura de Ruan en la puerta, saltó y fue a saludarlo.

—¡Llegaste! —Se puso de puntillas y lo besó en la mejilla ya que Ruan no se dignó a mirarla tan hipnotizado estaba por la vista de su doble sentado en la silla de ruedas.

Solymar siguió la dirección de la mirada de su novio y, cuando vio a Rogelio, ensanchó los ojos y la boca antes de echar una grande, dulce y brillante sonrisa.

Ruan y Rogelio aún no habían intercambiado una palabra. Estaban demasiado ocupados mirándose el uno al otro. Si habláramos de otros dos seres, podríamos decir fácilmente que ellos no sabían cuánto tiempo se habían quedado ahí, mirándose, estudiándose; pero esos dos eran Ruan y Rogelio.

El Maldito y el Bendito.

Y cada uno de ellos contó cada uno de los ochenta y dos segundos exactos de estudio y análisis mientras trataba de decidir si se enfrentaba a un aliado o a un oponente. Por supuesto, si consideramos que el tiempo es una construcción del hombre para satisfacer al hombre, la relatividad del tiempo que ellos se miraron podría resumirse en generaciones. La luz de comprensión que invadió cada par de ojos mientras miraba al otro era la luz de comprensión de aquellos que vivieron muchos años, de aquellos que hicieron largos viajes.

—Sol, lo sé qué te lo he prometido, pero hubo un… imprevisto. Necesito que te vayas sola a casa —dijo Ruan, aún sin mirar a Solymar.

—¿Por qué no me dijiste que tienes un hermano gemelo?

—Sol, ¡ve a casa!

—Pero, amor…

—¡No me digas amor! —Los ojos de Ruan escupieron carmesí sin su planificación. Solymar se alejó, sorprendida, y Ruan se dio cuenta de que el color de sus ojos ni siquiera había hecho parpadear a su doble. Respiró hondo, sonrió encantadoramente y miró a su novia—. Amor, necesito hablar con mi carnal. Tema de suma importancia. No te importa volver sola, ¿verdad?

Hipnotizada, literalmente —no creo que necesite aclararlo—, Solymar le dio la espalda y se fue, dejando a los dos dobles mirándose el uno al otro en una contemplación que duró otros treinta y cuatro segundos antes de que Rogelio dijera:

—Entrenaste bien a tu perrita, güey.



Solymar solo se dio cuenta de que se iba a casa cuando llegó a casa. Atravesó la entrada y encontró la silueta de una mujer apoyada contra la pared al lado de la puerta principal. Tenía la cara cubierta con un sombrero de vaquero y estaba de brazos y piernas cruzados. A su lado, también apoyada contra la pared, había una vieja guitarra.

—Hola, ¿puedo ayudarla? —preguntó Solymar.

Sin levantar el sombrero o mirar hacia arriba, Marysol respondió:

—Podemos ayudarnos mutuamente, pero necesito que mantengas la calma.

—¿Calma?

Marysol se quitó el sombrero y levantó la vista.

¿Lo que les puedo decir?

Las dos no contaron los segundos como habían hecho Ruan y Rogelio, porque Solymar se cayó, como un trapo sucio, en el suelo cubierto de hierba frente a la casa.



—Entonces, tú eres el Maldito —dijo Rogelio, acentuando las vocales de la palabra maldito como si escupiera sarcasmo en cada sílaba.

—Y tú eres un lisiado.

—¿Cuál es el problema de vosotros los *daemons* con el uso saludable de las palabras? ¡Los buenos modales no son caros!

—¡Humanos! Siempre tratando de encontrar palabras hermosas para fingir que las cosas no son lo que son.

—Todo lo que pido es un poco de cortesía, quizás un poco de amor propio. Al fin y al cabo, yo soy tú ¿verdad?

—Bueno, amigo, tú puedes desearlo, incluso puedes intentarlo, pero un humano ordinario nunca será como yo.

—Bueno…, a-mi-go. —Rogelio comenzó a inclinar su cuerpo hacia adelante en un intento de enfrentar a Ruan, aunque su cara estuviera

cincuenta centímetros más baja que la del Maldito—. Puede que no te guste, pero, hasta donde yo sé, tus piernas deben estar fallando en este mismísimo instante.

Ruan sonrió.

No era una sonrisa peligrosa, ni siquiera era su sonrisa seductora, era la sonrisa conformada de quien había encontrado lo que estaba buscando y descubierto que no era nada de lo que quería, aun así, lo necesitaba.

—No podemos tener esta plática aquí —dijo el Maldito—. Vamos a mi casa.

Tocó el hombro derecho de Rogelio y, sin preocuparse de que los vieran, sin siquiera preguntar si el otro estaba de acuerdo, los teletransportó.



—Qué bueno —dijo Marysol mirando el amontonado de Solymar tirado en el suelo—, una debilucha.

Tocó el cuerpo de la chava desmayada con la punta de su bota queriendo asegurarse de que estaba realmente inconsciente; mágicamente abrió la puerta principal, cargó su guitarra, luego regresó y levantó a Solymar del piso. La acomodó en el sofá y esperó a que la doble se despertara, admirando desde lejos la escultura de Nuestra Señora Guadalupe, que era lo único que Solymar no había movido del lugar en esa tarde de renovación.



—Me doy cuenta de que has hecho esa cosita molesta de tocarme y aprender sobre mi vida —dijo Rogelio—. ¿Te divertiste?

—No.

—¡Ah! ¿No es la vida de un lisiado lo suficientemente emocionante para su señoría?

—Realmente no te gusta la palabra…

—No me gustas tú.

—¿Por qué? Tú no me conoces.

El Maldito tenía razón. Rogelio no lo conocía. Todo lo que sabía era la versión de los hechos dada por Marysol, y escuchar tal de sí mismo —porque eso era lo que parecía en ese momento—, lo hizo considerar la verdad de sus palabras.

—Tienes razón —se rindió.

—Siempre la tengo —respondió el Maldito, que le dio la espalda a su doble, llenó dos vasos de güisqui, le ofreció uno a Rogelio, luego se sentó en un sillón, tomó un cigarro y lo completó—: Alias, siempre la *tenemos*.



Solymar se despertó lentamente y miró al techo. Pronto se dio cuenta de que no estaba sola y se sentó a toda prisa.

—¡Bienvenida de vuelta! —dijo Marysol.

—¿Q-quién eres?

—Mi nombre es Marysol, y quiero hablarte sobre este che con el que te estás andando.

—Qué… quién… ¿Por qué eres tan como yo? No… ¿por qué eres exactamente como yo?

—Esto no es importante ahora, lo importante es…

—¿Cómo es que eso no es importante? ¡Es lo único que importa!

—Ah, vosotros los humanos sois tan… desesperados. ¿Puedes escucharme primero, por favor?

—¡NO! ¡Dime ahora quién eres o lárgate de mi casa!

—De lo contrario, ¿qué vas a hacer exactamente?

Solymar miró a su alrededor. Ella no sabía qué hacer. Tenía curiosidad por ver a esa mujer tan similar a ella, por otro lado, sentía algo que la molestaba, ni siquiera sabía por qué estaba tan nerviosa. Dejó caer los brazos a los costados y, desconsoladamente, miró a la Bandolera.

—‘Tá bueno…—dijo Marysol, en un tono más suave—. Tal vez las cosas hayan empezado de la manera incorrecta, no quiero que te enerves. Siéntate, por favor, te lo explicaré todo.

Solymar se sentó sin poder apartar los ojos de Marysol y preguntó:

—¿Quién eres tú?

—Me llamo Marysol y soy una viajera. He recorrido un largo camino para advertirte sobre Ruan.

—¡No, espera! No puedes venir aquí y hablarme de Ruan sin explicarme… ¡eso! —dijo ella, girando su dedo índice en el aire, moviéndolo entre ella y la Bandolera.

—¿Eso qué?

—¡Tu rostro! Tú… yo…

—Somos parecidas.

—¡Nosotras somos iguales!

—Eso es porque soy una versión de ti misma, solo que en otra realidad.

Solymar soltó una carcajada que era una mezcla de libertinaje e histeria, se levantó del sofá, señaló la puerta y dijo:

—Otra realidad… Lárgate de mi casa, ¡loca!

—¿Loca? Claramente crees en cuentos de hadas o no tendrías la imagen de esa diosa en tu casa. Sentí la energía. La energía de fe que depositas en ese… hmm… juguete. Eres uno de esos creyentes humanos que cree en los milagros y reza a dioses de arcilla que nada pueden hacer por ti. Yo estoy aquí. Justo frente a ti. Y si crees en una estatua, ¿por qué no creerías en una criatura viva?

—¿Tú estás comparándote a la madre de Cristo?

—¡Por supuesto que no! Soy real, ella… bueno… —Marysol extendió su mano derecha, chasqueó los dedos, y la reproducción de la Virgen de Guadalupe, tan caprichosamente exhibida en el altar de la sala de Solymar, se convirtió en polvo.

Y fue entonces cuando Solymar se desmayó por segunda vez, y Marysol no se molestó en recogerla.



En la casa de Ruan, Rogelio y el Maldito se miraban.

De nuevo.

Ruan había contado la historia que Rogelio ya conocía a través de Marysol, pero en la narrativa de Ruan no había emoción ni sentimiento. No tenía remordimientos; no tenía resentimientos; todo lo que Ruan tenía era cierta rabia hacia la Bandolera por no aceptarlo.

Cuando el Maldito terminó su historia, Rogelio enarcó una ceja y sonrió con una sonrisa que lo hizo parecer aún más como su doble. Era la

sonrisa serpentina, pretenciosa, calculada y fría. Una sonrisa que había abandonado mientras cuidaba a niños enfermos en África.

—Eres digno de pena —dijo el médico.

—¿Qué dices?

—Eres patético, miserable, o, como diría Marysol, un motón de mierda maloliente.

—Habló el lisiado…

—¿Te das cuenta de que pasaste por el infierno a causa de una mujer? Para uno que se tiene en tan alta estima, para uno que se piensa tan poderoso y estudiado… —Sonrió una vez más esa sonrisa sin amabilidad y sacudió la cabeza a ambos lados. No era una negación, era solo otra forma de hacer que su interlocutor se sintiera disminuido—. Mi amigo, eres solo un idiota controlado por su polla. Quisieras reinar entre los tuyos, pero te quedaste dominado por dos piernas abiertas. —Manejó su silla hacia adelante para estar aún más cerca de Ruan—. Me pones triste.

Maniobró su silla una vez más, dio la espalda al Maldito y se dirigió hacia la primera puerta que vio, esperando que fuera la salida.

—¿A dónde crees que vas, paticojo? —preguntó Ruan.

—No me asocio a perdedores.

—¡Mira quién habla! —dijo Ruan, y Rogelio dejó de girar las ruedas de su silla—. Anoche, podrías haber salido de esa habitación con tus propias piernas, en cambio, elegiste quedarte en medio de las piernas de la perra Marysol. —Rogelio se volvió para mirar al Maldito—. No crees que yo sea patético, doctor, tú sabes que lo somos. Así que no me des conferencias. ¿Cuántas veces, esta mañana, te preguntaste a ti mismo por qué no tomaste esa guitarra e hiciste el milagro de curarte? ¿Qué te impidió, además de tu deseo de tener una pareja, la pareja que nunca tuviste?

—No tengo que justificarme ante ti.

—No, no tienes. Ni ante mí, ni a nadie. —Poco a poco, Ruan se acercó a la silla de Rogelio—. Tienes el conocimiento necesario para ser grande, para ser más grande, lo único que te limita es esta silla. —El Maldito tocó las rodillas de Rogelio, quien, después de escuchar un leve crujido en su columna, sintió que sus músculos se calentaban, como si, solo entonces, la sangre hubiera empezado a circular—. Juntos —continuó Ruan —, vamos a vencer a la perra, ninguno de nosotros la necesita, y después de eso, tendremos la vida que nos merecemos.

Rogelio se puso de pie.

Se levantó como no lo había hecho la noche anterior.

El piso parecía demasiado lejos de sus ojos, y él casi, casi, se mareó. Con su pie derecho, dio un paso reacio hacia adelante, probó sus músculos, sintió su palma firmemente en el suelo y repitió el proceso con su pie izquierdo. Esperaba temblores, esperaba que sus músculos vacilaran, esperaba calambres. Pero ninguna de las cosas que esperaba llegó. Era como si se hubiera sentado unos minutos antes en lugar de haber pasado diez años en esa silla.

Rogelio siempre había pensado que cuando recuperase las piernas sería el día más feliz de su vida, pero eso no fue lo que sucedió. Estaba feliz, sin duda, pero no tan contento como esperaba. Sabía que habría un precio. Se sintió ante el diablo, como si estuviera negociando su propia alma. Al mismo tiempo, recordó que no creía en dioses, demonios ni nada; creía en la magia de la ciencia, la que tenía método, la que requería esfuerzo.

Se maldijo a sí mismo por no encontrar la satisfacción necesaria; ni siquiera en un momento como ese lograba ser completamente normal.

Sintió el deseo de desear.

Quería saltar de puntillas gritando de alegría.

Deseó poder correr por la habitación riéndose como un idiota feliz, una de esas sonrisas que van de oreja a oreja como dicen.

Quería desear no pensar en las consecuencias.

Quería estar feliz.

Pero no pudo.

Él nunca podía.

Comprendió, en ese momento, que el problema nunca había sido Rafaela, ni ninguna otra mujer o persona. Él simplemente no podía hacerlo.

Pero, si la felicidad total no existiera; ciertamente, tampoco existiría la infelicidad completa; y eso, en cierto modo, lo liberó.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

Ruan se acercó.

Estaba fácil mirarlo a los ojos. Tenían los mismos ojos, la misma altura, la misma aura de autoridad.

—Tengo todo lo que quiero en este mundo, Rogelio, lo único en mi camino, en *nuestro* camino, es Marysol.

—No la mataré.

—No necesitamos matarla, solo necesitamos entregarla a los jueces. La llevarán de vuelta al mundo que conoce, al que siempre perteneció.

—¿Qué obtengo de eso? Además, por supuesto, que esas piernas…

Ruan sonrió y respondió:

—Lo que tú quieras. Eres mi guitarra, Rogelio. Eres un conductor de magia. A tu lado, soy más fuerte. Además, estás fuera de la norma de los de tu especie. Eres diferente. Aquí —dijo Ruan, apoyando su dedo índice en la frente del médico—. Tu cabeza es diferente, y lo sabes. Ves cosas que otros humanos no ven, pero luchas con esas cosas porque no puedes explicarlas racionalmente. Por lo tanto, no me importa si harás tu magia usando la ciencia, o si decides derribar todas las barreras que te impiden expandir la energía que sabes que existe, nada de eso me importa. Apenas hazlo. Juntos, somos invencibles.

—¿Invencibles para qué? ¿Cuáles son exactamente tus planes?

Ruan sonrió, extendió ambas manos frente al médico y apareció una esfera azul sobre las palmas extendidas. Los ojos de Rogelio se iluminaron.

Brillaban como no lo habían hecho en años.

Brillaban como no lo habían hecho desde que vio a Manuela acostada en la UCI del hospital y la certeza de que tenía el poder y el conocimiento para traerla de vuelta lo invadió.

Brillaban como no lo habían hecho desde que descubrió que podía viajar entre mundos.

Brillaban como nunca.

Él quería eso.

Él había nacido para eso.

Él era eso.

Sintió la necesidad de llevar a cabo los planes de Ruan; llegó a saborear ese universo exhibido por él, transformado para tenerlo como un señor, un universo cuyo eje central sería él.

Rogelio, el sol.

Le gustaba.

Ruan sonrió con la sonrisa de los campeones y preguntó:

—¿Estás conmigo?

Los ojos de Rogelio aún brillaban, reflejaban el azul del globo, reflejaban su deseo de ser el sol, un sol azul, un sol único. Su propia versión del sol.

Al escuchar la pregunta de Ruan, apartó los ojos del globo.

Sonrió la sonrisa de los idiotas.

La sonrisa que había querido querer sonreír a sus piernas rehechas.

Finalmente sentía algo dentro de sí.

De sus labios idiotas y abiertos, llegó la respuesta.

—No.



En la casa de Solymar, Marysol pisoteaba el piso con una clara señal de impaciencia, como si la chica que yacía en el suelo pudiera volver de su patatús, así como así. Cuando Solymar abrió los ojos, parpadeó dos veces; y Marysol despidió:

—Esa cosa que haces de caerte dormida de la nada… ¿Repetirás? Si sí, tráeme una lima de uñas. Me quema los cuernos esperarte.

—Mi virgencita… ¿qué hiciste con mi virgencita?

—¿Virgen? ¿En serio? Vosotros los humanos tenéis unas ideas…

—¡Tráela de vuelta!

—Si rehago tu diosa de porcelana, ¿me escuchas en silencio?

—Sí.

—¿Sin dormirte?

—No he dormido, yo…

—Poco se me da lo que haces, solo necesito que no repitas.

—Voy a intentarlo.

Con un segundo chasquido de los dedos, la estatuilla de la Virgen de Guadalupe se rehízo y, con un tercero, las velas ante ella se encendieron. Solymar le dio la espalda a Marysol, fue al mini altar, besó los dedos índice y medio de su mano, luego los colocó en la frente de la santa. Con una última mirada cariñosa al altar, se volvió y miró a su doble.

—Te necesito, Sol —dijo la Bandolera—. Ruan es un mago muy poderoso y no dudará en usarte contra mí, para debilitarme. No te dejes engañar pensando que él te ama. Si él necesitar lastimarte…

—¡No hables así de Ruan! Nunca tendría el coraje… él me ha salvado.

—¿Es eso lo que piensas?

—No lo pensó. Lo vi.

—Viste lo que él quería que vieras. Pero sabes la verdad, está dentro de ti, en tu inconsciente, en algún lugar. ¡Búscala!

Una mancha roja pasó ante los ojos de Solymar y ella recordó al Maldito en la puerta del bar mirando a alguien como él.

—Era igual que él… —se susurró a sí misma, casi como si hubiera olvidado que otra versión de ella la estaba mirando.

—¿De quién hablas?

—Pensé que era un gemelo, pero luego… no recuerdo nada más. Solo recuerdo volver a casa… y sus ojos… sus ojos… rojos.

—¡¿Ves?! Tú te acuerdas. Sabes que no te estoy mintiendo. Él es como yo. Venimos del mismo lugar.

—No…

—¿Dijiste que había otro Ruan?

—En el bar. Eran iguales, pero uno estaba en una silla de ruedas.

Marysol no necesitaba escuchar más. Sabía que se trataba de Rogelio, y sabía que Ruan podía hacerlo caminar de nuevo.

Se dio cuenta de que tener a Solymar a su lado ya no era una opción.

Era fundamental.

—Era su doble —explicó la Bandolera.

—¿Doble?

—Como tú y yo.

Con los ojos bien abiertos y la boca floja, Solymar parecía una niña abandonada. Estaba buscando en todas partes tratando de encontrar una mano a la que agarrarse, alguien que la pudiera levantar y decirle que todo aquello era un mal sueño y que pasaría.

—Ruan no es buena gente… es decir… él ni siquiera es gente —comenzó Marysol—. Mató a mi hermana embarazada. Quiere matarme.

—Una mujer embarazada? —Solymar no lo podía creer—. ¿Por qué?

—Porque ella interrumpió sus planes y porque él es malo.

—Y ¿qué quieres tú con él?

—No te mentiré a ti. Aún no sé. Todavía no he decidido.

—Entonces quizás quieras matarlo también…

—Para serte totalmente honesta… puede que sí.

—¡Salte de mi casa!

—Solymar, espera, déjame hablar.

—No.



Bajo el mismo cielo, casi al mismo tiempo, dos poderosos *daemons* escucharon a dos diferentes nos de dos corrientes humanos.

Uno de ellos se quedó indignado.

El otro bajó la cabeza y se fue, dejando su copia humana confundida y perdida.

El indignado, por supuesto, fue Ruan.

Sus ojos brillaron rojos y furiosos y hubo un fuerte crujido que resonó en las paredes de la habitación donde estaban parados, y el médico se derrumbó en el suelo sin sentir sus piernas.

Desde arriba, Ruan miró con desprecio la versión triste de sí mismo, pisó el antebrazo del médico y dijo:

—Tu suerte, doctorcito, es que un *daemon* nunca derrama su propia sangre—. El Maldito aumentó la presión sobre la pierna que aplastaba el antebrazo del médico, y Rogelio sintió que se le rompían los huesos—. Pero hay todavía un par de cosas que puedo hacer contigo sin extraerte una gota de sangre.

Rogelio gritó, trató de sacar su brazo, pero Ruan puso aún más fuerza en su pierna, hasta que él mismo lo sintió que le dolía el brazo. Entendió que, lastimándole a su doble, se lastimaría a sí mismo y se quitó el pie.

—¿Por qué te detuviste, *daemon*? —preguntó Rogelio, entendiendo lo que había sucedido—. ¿No te aguantas un dolorcito?

Ruan ordenó que se abriera la puerta y dijo, antes de teletransportarse a un destino cualquiera:

—¡Arrástrate de aquí!



Marysol salió de la casa de Solymar, pero no se alejó. Sondeó al otro lado de la calle. Sabía que la chica no podía alejarse de Ruan, que le era leal, así que esperó.

No sabía qué haría cuando estuviera cara a cara con el Maldito.

No sabía ni siquiera si había estado al acecho porque quería ver al Maldito o porque quería redescubrir a Rogelio y saber si él había cambiado

de bando.

No podía dejar de pensar que Rogelio y Ruan habían estado cara a cara; no podía evitar preguntarse qué les habría pasado a ellos cuando se conocieron; no podía evitar imaginar que Ruan había convencido al médico para que luchara a su lado y que Marysol, una vez más, estaría sola peleando esa guerra.

Cuando Solymar salió de la casa, la Bandolera la siguió.

Solymar parecía sin rumbo. De hecho, lo estaba. Su destino estaba claro en mente, pero la confusión y las lágrimas nublaban su comprensión y su resolución. Ninguna de las dos sabía lo que estaba haciendo hasta que Solymar se acercó a la casa de Ruan y lo vio tirado en la acera, gateando.

—Ruan, Ruan, ¿qué pasó?

El hombre levantó la vista, observó la versión humana de Marysol y dijo:

—Eres tan guapa como ella.

Solymar observó al hombre caído. No era Ruan. Su expresión era más suave, casi reconfortante, y su pelo estaba más corto.

—Tú no eres Ruan…

—No, pero fue él quien me hizo esto.

—¿Por qué?

—Porque es el diablo. Si quieres un consejo, aléjate de él.

Solymar se sentó en la acera, puso una mano en la espalda del médico y cayó la mirada por un momento, hasta que el médico preguntó.

—¿Tienes un móvil?

Antes de que Solymar pudiera responder, Marysol se acercó a los dos.

—¿Tú estás bien?

—Sobreviviré —respondió el médico—. ¿Puedes sacarme de aquí?

La Bandolera ajustó la guitarra sobre su hombro izquierdo, levantó al doctor del suelo y lo tiró, torpemente, sobre su hombro derecho. Lanzó una mirada de reproche a la doble que todavía estaba sentada a un lado de la carretera y dijo:

—Lo hizo con su propio doble, que es parte de sí mismo. ¿De verdad crees que no te hará daño?

Sin esperar la respuesta de Solymar, usó a Ruan como conductor mágico para teletransportarse.

Solymar se quedó allí, aturdida, boquiabierta y sin darse cuenta de que su vida nunca volvería a ser la misma.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 18

Oh, Pretty Woman...

En la casa de Rogelio, Marysol descansó el cuerpo del médico en la misma cama donde habían dormido la noche anterior. Usó la guitarra para restaurar los huesos rotos de su brazo y preguntó:

—¿Qué pasó?

—Fui al bar para tratar de verte y terminé encontrándome con tu amigo.

—¿Fue él quien te hizo esto?

—Sí.

—¿Cómo? ¿Por qué él te lastimaría a ti?

—Creo que él no pensó que iba a hacerse daño. Dije que no podía derramar mi sangre, pero…

—¿Es cierto? ¿Puedo hacer que Sol sea inviable si no derrame su sangre?

—Creo que no. Estoy bastante seguro de que él sintió que le dolía el brazo cuando me lastimó.

—¿Qué hiciste para provocarle la ira?

—Le dije que no a él. Pero, Marysol, necesito advertirte, él es peligroso.

—Ya lo sé.

—No. No lo sabes. El Congreso Nacional, los medios de comunicación. Puede ser un *daemon*, pero sabe qué hacer entre los humanos. Esto ya no es solo entre tú y él.

—¿En serio que me vas a ayudar?

—Voy.

Marysol sonrió. Sintió un calor descender y expandirse en su pecho. Una sensación que ella no sabía, pero que yo sí sé y puedo decirles: era afecto. Esa calidez que aviva, esa comodidad que te hace olvidar que necesitas algo más y, por ese segundo, la calidez en su pecho era lo único

que le importaba. Por ese segundo, ella quiso lo mejor para el médico. Pudo ver a la persona más allá de Ruan. Pudo ver, claramente, quién era quién. Nunca volvería a confundir a los dos. Nunca volvería a ver al Maldito en los ojos de ese hombre otra vez.

Un hombre.

No un macho.

Usó la guitarra y dejó escapar los primeros acordes. Rogelio sintió que la sangre circulaba por sus piernas, sintió la presión de sus propias caderas contra el colchón de la cama, miró las puntas de sus pies y movió su dedo gordo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Dándote lo que quieres.

—No lo quiero más.

Marysol dejó de tocar.

—¿Qué?

—Ruan es un poderoso mago; eres una luchadora muy fuerte. Mientras mi cuerpo esté debilitado, el suyo también estará de alguna manera, ¿verdad?

—Creo que sí, pero no estoy segura de cuáles son las reglas o cómo funciona.

—¡Mata al Maldito! Cuando termine la guerra, hablaremos de mis piernas.



Y he aquí, llegamos al punto donde, finalmente, las cosas comenzaron a desarrollarse para que estuviéramos donde estamos ahora. Yo, aquí, ante ustedes, contándoles esta historia como le gustaría a *ella* que yo la contara: con mi voz.

Después de que los dobles se conocieron y los *daemons* descubrieron que no podían lograr la complicidad de sus homólogos humanos, se pasaron semanas. Semanas que no pretendo contarles en detalles, porque siento que esta historia se está quedando demasiado larga.

A partir de ese momento, es relevante decir que Marysol y Ruan nunca se encontraron cara a cara. Pospusieron el momento. Estaban demasiado contaminados. Creo que la humanidad es realmente contagiosa.

Ruan se entregó a su proyecto de poder mientras esperaba que Marysol lanzara el desafío. Al frente de la emisora, el Maldito utilizó su poder de comunicación para manipular la información a favor de sus proyectos, y todo iba muy bien. La bancada de híbridos del Congreso y otras Casas Legislativas se fortalecían cada día, y los proyectos políticos del *daemon* parecían materializarse. Estaba muy cerca de conquistar su lugar de destaque entre los humanos, lo mismo que no había podido conquistar entre los *daemons*. Por supuesto que no tendría a Marysol a su lado, pero tenía a Solymar, y eso daba casi igual.

Solymar, después de expulsar a Marysol de su casa, trató de negarse la verdad a sí misma aún que no pudiera negar la realidad que la rodeaba. Sabía que la *daemon* no le había mentido, sabía que Ruan era un ser de otro mundo, y trató de encajar eso en su vida. Después de dos días, sin soportar más la confusión, decidió dejarle todo en claro a su novio, y él la convenció de que todo lo que Marysol buscaba era matarlo, y que no era justicia. Juró por todo lo que Solymar consideraba más sagrado, incluido el manto de la Virgen de Guadalupe, que la amaba y que no estaba con ella solo porque era la doble de Marysol; después de eso, los dos se volvieron inseparables. Por supuesto, aunque Solymar ya no imaginaba su vida sin Ruan y se sentía halagada por alguien tan poderoso como él preferir estar con ella cuando pudiera estar con cualquiera, no podía pensar en todas las mentiras contadas por el Maldito y sospechaba de casi todo. Especialmente de las mujeres, incluidas las nuevas, hechas por él mismo, que lo rodeaban.

Marysol, a su vez, dejó de luchar contra su amor por Rogelio. Decidió que sería más fácil así. Decidió que el amor era simple y, aunque era una emoción inusual entre los *daemons*, tomó ese amor por sí misma y superó la repulsión que sentía hacia el rostro del médico. Cada vez que Rogelio le sonreía, ya no era la sonrisa del Maldito lo que veía, sino la sonrisa del hombre inteligente que había renunciado a todo lo que más anhelaba solo por el privilegio de estar a su lado y luchar esa pelea con ella. A veces deseaba devolver el movimiento de sus piernas para que volviera a estar completo, pero aceptaba la negación del médico como muestra de amor. Simple. Lo único simple en su enlace.

Rogelio continuó con sus estudios. A veces se preguntaba qué tipo de lógica había usado para decirle que no a Marysol cuando ella decidió curarlo, pero no perdió mucho tiempo en esa reflexión. Rogelio no creía en ningún dios o entidad sobrenatural, sabía que cualquier cosa podía

explicarse por las leyes más rudimentarias de la física, pero, aunque no creía en los dioses, podía ver la sabiduría en libros que aquellos que consideraba ignorantes llamaban sagrados, y entendía que había un tiempo para todas las cosas.

Un día tendría las piernas, y ese día, elegiría estar al lado de Marysol, ya sea entre humanos, ya sea entre *daemons*. Todavía no sabía cómo sería, cómo lo haría, pero sabía que sería así. Los ignorantes, los creyentes, los adoradores de los dioses dirían destino a su futuro, pero a Rogelio no le importaba. Cualquiera que fuera el curso de los acontecimientos, su *destino* sería construido por él mismo y, en el momento adecuado de todas las cosas, tendría todo lo que quisiera.

Danielle, por otro lado, no estaba interesada en esa guerra. Todo lo que quería era vivir en paz con su nueva familia. Ella había aceptado a Marysol como hermana y a Tico como un sobrino —tal vez—; todo lo que involucraba al niño todavía era confuso para ella. Anhelaba la paz. Anhelaba cervezas a los domingos junto con los que había aprendido a amar, y temía el día del duelo que, sabía, se estaba acercando. No es que considerara la pelea de Marysol sin gloria o injusta, podía ver las razones por las que la Bandolera necesitaba luchar, pero cuando Danielle pensaba en esas razones, pensaba que eran las razones de los demás, no sentía el dolor de la pérdida en sí misma. Entre los combatientes de esa guerra, ella había sido la única que había ganado. Ganó una hermana y recuperó a su hijo; sí, a veces ella lo miraba como a un hijo, uno que ni siquiera sabía que existía en otro universo.

En cuanto a Tico, él estaba diferente y ni siquiera sabía por qué. De alguna manera, sentía que Marysol y Danielle le estaban ocultando algo, y estaba molesto por eso.



Desde que Lorena se había mudado, Tico pasó a vivir con ella y las hermanas. De Robson, el hermano mayor, se desconocía el paradero. Tico vio a Danielle y Marysol algunas veces en ese tiempo. Marysol había decidido no hablar con él sobre las especulaciones de Diana de que él podría ser un *daemon*: ella no quería ocupar la cabeza del niño con cosas que él no podría soportar; tampoco quería dejar que esperara una familia

diferente a la que lo había criado. La Bandolera sentía afecto hacia el niño, y si le dijera que había alguna posibilidad de que fuera un *daemon*, y eso se demostrara ser una mentira, él se quedaría muy decepcionado.

En la nueva casa, con un nuevo trabajo y limpia de drogas, Lorena tenía todo para volver a ser la madre cariñosa que siempre había sido antes de que asesinasen a su esposo. Pero estar limpia no significaba estar libre de adicciones.

Lorena no estaba libre de sus vicios.

Los días se extendían muy largos antes de ella, y nada parecía ocupar el espacio dejado por las drogas. Era como si fueran parte de ella, como si fueran algo importante que se le había sido sacado y que ella echaba de menos, que echaba mucho de menos, así que trató, por todos los medios, de volverse adicta a alguna droga.

Cualquier droga.

Probó cigarrillos, cerveza, marihuana, cualquier cosa que ocupase su tiempo y le diese la ilusión de escaparse de la realidad. A Lorena no le gustaba el mundo real, porque en el mundo real su esposo había sido asesinado; ella podría o no haber sido responsable de la muerte de su propia madre; ella necesitaba mantener una familia y un hogar; y, la peor realidad de todas, la que se quedaba más reacio a enfrentar: su niño, Tico, parecía no amarla ni respetarla más.

No sabía si era porque estaba de cara limpia, pero no reconocía a su hijo a los ojos del niño con quien compartía la casa, y quería desesperadamente reconocer a ese niño, porque solía ser la única cosa inocente en su vida. Tico era el único que había logrado escapar. Adentro, Lorena sabía que Tico había huido del infierno familiar a una vida que estaba lejos de ser segura; adentro, Lorena sabía que su hijo ya había pasado por el infierno en las calles, pero era diferente, porque lo que estaba escondido adentro, ella podía fingir que no veía. Todo lo que Lorena sabía sobre Tico era que, de vez en cuando, aparecía en casa, se duchaba, dejaba un poco de dinero y volvía a las calles, y en ese caso, las calles eran el lugar donde no veía a su madre drogada, a su hermano trabajando para el tráfico de drogas, o sus hermanas siendo abusadas por padrastros, y eso, para Lorena, era casi una garantía de que su hijo había mantenido su inocencia. Que, al menos, tenía derecho a tener una infancia.

Quizás las peores mentiras sean las que nos decimos a nosotros mismos, ¿verdad?

Pero ¿quién soy yo para juzgar a esa mujer?

El hecho es que, sin poder refugiarse detrás de la cortina adormecedora de drogas, Lorena tuvo que enfrentar toda esa vida y, en esa vida, su inocente niño no parecía tan inocente.

O tan niño.

Así que lo intentó, y lo intentó, y siguió intentándolo, pero por mucho que quisiera drogarse, no pudo. Ella no era una adicta en recuperación, era una adicta recuperada, y odiaba eso. Lo odiaba con todas las fuerzas de su ser.

Fue entonces cuando un vecino la invitó a reunirse con una congregación evangélica en el nuevo vecindario. Por ahora, me falta el recuerdo del nombre de la congregación, pero eso no importa, ¿verdad? Importa que Lorena fue allí y no tardó en sumergirse en ese mundo. Dio su vida a Jesús y adormeció sus sentidos con un alucinógeno diferente.

A Tico le gustó eso.

Prefería ver a su madre limpiando el piso de la pequeña casa cuidadosamente mantenida mientras cantaba cosas como «si delante de mí, el mar no se abre, Dios me hará caminar sobre el agua…», en lugar de tirada en los rincones, tirada en el piso lleno de vómito, sintiendo la necesidad de acostarse con alguien para mantener la adicción.

En cuanto a los padrastros… bueno… independientemente de la droga legal o ilegal que estuviera usando, Lorena estaba acostumbrada a tener pareja y, en ese sentido, no había nada que hacer, así que, unos días después de que comenzó a asistir en la iglesia, un nuevo miembro fue introducido en su hogar.

Aparentemente, era un buen hombre.

Trataba bien a su esposa, no maltrataba a las chicas, nunca levantaba la mano hacia Tico. El único problema del padrastro era ser demasiado recto. Tico, que estaba acostumbrado a ser libre, de repente tenía horarios de entrar y de salir; necesitaba irse a la escuela; no podía hacer esto, no podía hacer lo otro. Tico estaba hasta la madre con ello.

A menudo se había preguntado cómo sería tener a un padre, pero ese hombre no era su padre y, por más cariñoso que fuera, Tico no podía sentirlo como padre o como parte de su vida.

Era un extraño.

Era la representación perfecta de lo que sería un extraño, y Tico lo sentía como un ser completamente diferente. Nunca había sentido el apelo

de la sangre con tanta fuerza; pero la sangre del extraño hombre le repugnaba.

No era su padre, y no tenía el derecho a serlo.



—Hice lo mejor que pude en tan poco tiempo, Ruan. Milagros, ¡yo no los hago! —Ariana justificó, mientras esperaba, al lado del *daemon*, que el programa de entrevistas saliera al aire. Norberto también estaba en la sala, y la pantalla se sintonizó en el programa cuyo título era Mega Pop, presentado por una exmodelo casada con uno de los productores.

—Lo sé, Irina.

—Ariana —corrigió ella, sonriendo—. ¿Por qué insistes en llamarme así?

—Eres muy parecida a alguien que conozco.

Extrañaba a su hermana, era costoso tener que aceptar a una copia de ella para aliviar la pérdida. Aunque le gustaba Ariana por ser una mujer activa, inteligente y sintonizada con el mundo, el doble de Irina no tenía ese fuego, esa pasión que había hecho a Irina tan peculiar.

—¿En serio?

—Muy en serio.

—Ando asustada por esto de otras personas que se parecen a mí. Ese desastre que aún no se ha explicado, esa muerta, todavía no lo he digerido. —Ariana se cruzó de brazos y se encogió. Ruan la miró seriamente, imaginando a Irina muerta.

Se quedó feliz cuando comenzó el programa y no tuvo que continuar pensándolo.

Cindy ya estaba diferente. Se vestía juiciosamente y su maquillaje estaba discreta. Un disfraz de buena chica para una casibuena chica.

Cindy era, por naturaleza, alegre y efusiva, casi extravagante. Ariana hasta podría refinar sus gestos, pero nunca, nunca podría eliminar la personalidad de la pelirroja. Fue solo cuando la presentadora le preguntó sobre la historia contada previamente y que, en ese programa, ella estaba tratando de negar, que Cindy intentó ponerse más seria. No quería cometer un error. No quería que Ruan se aburriera.

Empezó a contar la historia previamente ensayada y combinada, tratando de hablar sin que la presentadora la interrumpiera, pero se estaba volviendo cada vez más difícil, por lo que dejó que escapara un poco, un poquito de nada, de la vieja Cindy.

—Entonces ¿estabas escondida en esa clínica mientras te estabas recuperando, Cindy?

—No estaba escondida, solo me estaba recuperando…

—Y ¿por qué nos inventaste esa historia tan loca?

—No seguí la guía de los médicos para hacer un seguimiento inmediato con un psicólogo y…

—Así que estabas enloqueciendo, ¿verdad?

—No, no me estaba enloqueciendo, pero yo…

Nerviosa por no poder completar ninguna idea o frase, Cindy no lograba quedarse quieta en su silla. Balanceaba su pie nerviosamente y enrollaba su coleta alrededor de su dedo índice. Todo lo que le faltaba era la goma de mascar y una mirada afrentosa para ser la habitual Cindy, la que solía prostituirse en las calles. La presentadora ignoró el nerviosismo de la entrevistada y continuó:

—Veo que te cambiaste de estilo; te expresas mejor… Muy bueno psicólogo, ¿verdad? —dijo la presentadora en tono burlón, y el público se echó a reír, y eso fue lo máximo que Cindy pudo soportar.

—Yo me cambié, pero tú sigues interrumpiendo a la gente, todavía no dejas que tu audiencia sepa lo que quiere saber. Déjame recomendarte mi psicólogo, ¡lo necesitas, *honey*!

—¡Mira nada más! ¡Que envalentonada que estás! Lo que pasa, cariño, es que te estás tardando demasiado en responder, y tenemos tiempo y…

Cindy se levantó de la silla y fue al centro del escenario. Allí, sola, estaba lista para recitar el libro de Ruan, como si la presentadora no estuviera allí; como si el programa fuera suyo.

—Vine aquí para contarles mi historia y disculparme por el showcito que hice…

—¡Producción! Vamos a los comerciales… —dijo la presentadora, pero su micrófono se cortó repentinamente y ella no pudo terminar la oración. La orden de cortar el micrófono había venido del propio Ruan, quien también ordenó que Cindy recibiera toda la atención, luces y cámaras que necesitaba.

—¡Guau! ¿Te cortaron el micrófono, *honey*? —dijo Cindy con una amplia sonrisa antes de dirigirse a la audiencia—. Creo que alguien se va a tomar unas vacaciones forzadas, ¡*yay*!

Directamente desde la sala de producción, Ruan aumentó el volumen para poder disfrutarlo mejor. Mientras él y Norberto se aferraban para no reír, Ariana los miraba de uno a otro como si les suplicara que detuvieran esa exhibición.

—¡Relájate, Ariana! Ella se ve bien y, además, el público lo está disfrutando —dijo Ruan.

—Tuve poco tiempo, juro que lo intenté… pero me va que es un caso perdido.

Mientras Ariana caminaba de un lado a otro suplicando por un milagro de Nuestra Señora de la Semana de la Moda, Cindy tenía su momento en el escenario.

—Quiero decir que hay muy buenos profesionales que quieren ayudar a personas como yo, una mujer atrapada en un cuerpo de hombre. Estoy aquí, porque solo ahora acepté que realmente soy una mujer y no una travesti. Acepté que no fue magia, fue ciencia. No fue un mago misterioso que me cambió, fue un equipo de cirujanos competentes que me cuidaron todo ese tiempo y…

Interrumpió su discurso, puso su mano frente a su cara, fingiendo tratar de ocultar sus lágrimas, como si fuera imposible resistir a la emoción. En ese punto, la anfitriona original del programa estaba sentada con los invitados y tenía órdenes expresas de no tratar de interferir.

Cindy paseaba arriba y abajo del escenario, contando su experiencia. Su mejor amiga, Charlene Dayane, por supuesto estaba en la primera fila, mirando a todo. Charlene ya había sido transformada por Ruan y estaba viviendo los mejores días de su vida. Emocionada, Cindy llamó a Charlene al escenario, pero su amiga era tímida y sacudió su dedo.

—¿Qué pasa, mana? —dijo Cindy, recogiendo la nueva Charlene—. Ven aquí para vean lo *beautiful* que te ves, *my* diva.

A regañadientes, Charlene se levantó, pero no se movió y escuchó los aplausos y silbidos de algunos hombres. Cindy levantó su mano al escenario.

—¡*People*! Esta es Charlene Dayane. Ella también ha renacido. Mujer renacida, como yo. Pero Charlene es cosa del pasado, así que necesitamos un nuevo nombre para esta nueva mujer.

—Sí, necesito un nombre que combine con quien soy ahora —dijo Charlene con voz vellosa.

—Está guapa, ¿no es así, *people*? —dijo Cindy, haciendo pucheros a la cámara—. Y ahora ustedes pueden ayudar a elegir un nuevo nombre para esta belleza. ¡Producción! ¡Pon el teléfono en la pantalla, *please*!

Esa encuesta no ayudó a encontrar un nuevo nombre para Lady Dai, pero le dio a Cindy un nuevo espectáculo debido al éxito rotundo de su aparición que terminó con su voz histriónica tarareando, en un vergonzoso inglés, la canción *Pretty Woman*.



Cindy se balanceaba al oír su propia voz gritando un «*Pretty woman, walking down the street.*…», cuando Danielle apagó el televisor. El inglés de la pelirroja hacía eco en sus oídos como un insulto; hasta Marysol se quedó boquiabierta y comentó, con la boca llena de harina de mandioca.

—Él se superó.

—Bebe esa chela, o te vas a atascar —aconsejó Danielle, al ver las miguitas volaren por la boca de la Bandolera.

Marysol bebió la cerveza helada; la presión fue tan fuerte que ella no pudo contener el eructo, y Danielle se echó a reír.

—¿Qué quieres decir con *él* se superó?

—Esa tía… Es obra del Maldito.

—¿Él pagó por su operación?

—No. Él la hizo a ella.

—¿La hizo? ¿Cómo la fabricó?

—¡Magia! Su historia original… la primera… esa era la verdadera.

—¿Sois así de poderosos?

—Él es un mago muy eficaz.

Con la boca abierta y la mandíbula caída, frente al televisor, Danielle dejó escapar algunos gruñidos. No sabía qué pensar. Cuando logró articular algunas palabras inteligibles, dijo solo tres, y fueron en un susurro:

—No es posible…

—¡Prepárate para el apocalipsis, Dani! El Maldito hizo algo bueno por alguien, y fue por dos humanas. Para que veas. Esa amiga de la tía… la larguirucha… no es ciencia tampoco.

—¿Algo bueno? Mary, ¿estás borracha?

—¿No ves cómo están felices?

—Sí. Pero lo hizo porque tiene algo de interés.

—¡Obviamente! Pero eso no le quita el valor a lo que hizo. Hay dos personas muy felices allí. En cuanto a por qué lo hizo, eso me toca a mí.

—¿No te preocupa lo que él quiere? No sé cómo funciona para vosotros los *daemons*, pero este es un tema muy delicado entre los humanos y, Mary, saqué el archivo de esa Cindy, nacida Cristiano, con una imagen de la antigua identidad y… ¡guau! ella ha renacido, literalmente.

—A lo mejor tienes razón… A lo mejor estoy viendo bondad donde no existe. Pero vi lo que él hizo a mi hermana… a mi banda. Yo sé lo cuanto él puede ser diabólico. Pero estas mujeres… esta felicidad… Es algo bueno. A lo mejor estoy viendo el bien porque necesito un descanso, un respiro de la guerra, ¿ya ves?

—Ya. Ya veo.

Danielle sí sabía cómo era necesitar un descanso, pero no creía nada de lo que Marysol estaba hablando. Marysol no estaba cansada de la guerra, no necesitaba un respiro; Marysol, lo que estaba, era enamorada de Rogelio. Y Rogelio era, en cierto modo, Ruan. Danielle no sabía si Marysol estaba mezclando cosas, mezclando *daemons* con hombres y confundiendo todo en su cabeza. No expresó sus pensamientos en voz alta, pero Marysol no necesitaba escuchar las palabras.

—Entonces… estoy pensando en seguir tus consejos y salir para distraerme. ¿Quieres ir conmigo?

—No. Me voy a quedar aquí y… no sé… mirar a la tele.

—Pues yo me voy a salir. A lo mejor voy a buscar a Rogelio, estoy cachonda. Necesito chocar mi carrito con el suyo.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 19

Febo

A PESAR DE QUE LA VIDA DOMÉSTICA no estaba hecha para Tico, él no podía negar que había cierta comodidad en tener una casa, un hogar, un horario. Lo hacía apreciar cosas que nunca antes había disfrutado, como los fines de semana, por ejemplo.

Ese domingo fue uno de esos días que el niño había aprendido a apreciar. Estaba luminoso, el cielo estaba azul, y él miró por la ventana, feliz y creyendo que podía disfrutar del tan esperado descanso después de una semana entera de clase.

Era domingo, y Tico estaba dispuesto a jugar fútbol con sus nuevos… ¿amigos? No. Tico todavía no los reconocía de esa manera. Eran colegas. Jóvenes que vivían cerca de su nuevo hogar, estudiaban en su nueva escuela, chicos que había conocido en su nueva calle. Todavía no podía llamarlos amigos.

No es que un niño de doce años piense eso, pero Tico era diferente. Su interior estaba diferente. No pensaba esas cosas, pero las sentía. Sentía dentro de sí mismo que, incluso en ese nuevo lugar, esa era su antigua vida, y su antigua vida nunca había parecido ser correcta, no parecía ser la suya.

De todos modos, esos nuevos chicos eran lo que se llama buenas personas. No eran traficantes de drogas. Sonrió al sol y fue hacia la puerta, pero su padrastro lo detuvo.

Los domingos eran importantes para el hombre: «día de reverenciar al Señor», decía. Entonces, ese domingo soleado que había comenzado lleno de promesas terminó convirtiéndose en una sesión de tortura en la que Tico se quedó sentado en un banco incómodo, apretado entre su madre y un hombre gordo que estaba sentado con las piernas abiertas, escuchando cosas que una voz ronca y estridente gritaba al micrófono y que no tenían sentido para él.

¿*Por qué gritar si tiene un micrófono*?, se preguntó el niño. Todo aquello espectáculo lo dejaba enojado.

Miró a la puerta de salida con ojos largos, pero la mirada vigilante de su padrastro no lo abandonaba. Al final del servicio, soportó pacientemente los saludos de aquellos extraños que asistieron a la iglesia y que parecían gustarle tanto a su padrastro. Cuando, afuera, sintió el sol brillando en su rostro, le dio una mirada compasiva a su madre, quien le permitió tener el resto del día mientras prometiera comportarse.



Mientras el niño redescubría el placer de la libertad, Marysol estaba encarcelada y feliz. No quería salir de la prisión que eran los brazos de Rogelio. Intentó disimularlo para Danielle, trató de ser la dura que había sido en su propio mundo, pero cuando estaba con el médico, no podía evitarlo. Tampoco se reconocía a sí misma. Le gustaba el calor, el olor, la sensación de su piel contra la de él.

Esa mañana, mirando su mano entrelazada con la suya, pensó absurdo que un gesto tan simple como sostener una mano pudiera hacer que su existencia tuviera tanto sentido. De repente, entendió todas las leyendas que había leído sobre los humanos.

Ella entendía lo peligrosos que somos, pero en ese momento, en su mente, era un peligro… bueno. A ella le gustaba ese peligro. Era la amenaza constante de perder lo que la completaba; era el riesgo de no poder contener el corazón en el pecho porque latía sin control. Era esa cosa que no entendía, pero le gustaba y quería más, y más, y siempre más.

Cerró los ojos, recordó a Ruan y lo que tendría que hacer, y visualizó su futuro sin esa mano entrelazada. El pecho de la Bandolera se quedó hueco, como si, ante ella, el futuro se mostrara vacío.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Rogelio.

—En Diana…

—¿Por qué?

—Porque verla muerta fue lo peor que me ha pasado. Yo tampoco quiero verte así.

Con dificultad, Rogelio se hizo a un lado en la cama: necesitaba mirar a Marysol, sabía que esta conversación no terminaría bien para él.

—¿Qué quieres decirme, Mary?

—Sé que quieres estar conmigo en el momento del duelo, pero no puedes.

—Tú misma dijiste que él no puede hacerme daño, que nunca derramaría su propia sangre.

—No quiero decirte adiós. No quiero despedirme de alguien importante.

—No necesitamos despedirnos. ¿Qué tiene de malo vivir entre humanos?

—No te preocupes. Antes de irme, voy a devolverte las piernas.

—¿Crees que eso es lo que me preocupa? —preguntó, exasperado.

—Te lo prometí, y cumplo mis promesas.

—Mary, yo te amo, y esta es la primera vez para mí, así que…

—¿Tú qué?

El doctor sonrió, puso una mano llena de ternura en la cara de la Bandolera y repitió:

—Te amo.

—¿Qué es eso?

Solo entonces comprendió que su pregunta no había sido formulada porque ella no creía en su declaración; se había hecho porque ella no entendía lo que era el amor. Fue entonces cuando se dio cuenta de que él tampoco sabía la respuesta a esa pregunta.

«Te amo».

Es simple.

Todos saben lo qué «te amo» significa.

Ella no sabía.

Y al tratar de explicar algo tan simple, algo cuya explicación todos sabían, el médico se dio cuenta de que no tenía la respuesta, no tenía una explicación. Él tampoco lo sabía.

¿Alguien, cualquiera, alguna vez hizo esa pregunta?

Al fin y al cabo, ¿qué significa «te amo»?

—No sé —dijo al fin.

—¿Tú no sabes?

—No.

Rogelio dejó caer su cuerpo sobre el colchón y se echó a reír.

Se rió a carcajadas.

Se rió histéricamente.

Se reía como se ríen las hienas: para comunicar su papel en la relación, en la cadena biológica.

Se rió como se ríen los locos: una risa de libertad, la libertad de los ignorantes, la libertad de aquellos que no necesitan ser responsables de sus acciones.

Se rió porque, por fin, había encontrado una pregunta para la que no tenía respuesta, y ello era definitiva, intensa y catárticamente conveniente.

Descubrió que le gustaba no saberlo.

—Yo. No. Lo. Sé —repitió, saboreando cada palabra entre sorbos de aire mientras se reía—. Siempre he pensado que lo sabía todo, pero ¿eso? Ah, eso no lo sé.

Marysol miró al doctor sin comprenderlo. Cuando Rogelio se calmó y la risa histérica se detuvo, ella hizo la pregunta:

—No sabes lo que es, pero sí es algo bueno, ¿verdad?

La sonrisa que aún mostraba en su rostro desapareció de repente, y sus mejillas se marchitaron, cayeron, se pusieron tristes, a pesar de que sus ojos oscuros aún brillaban.

—No —respondió, recordándose de que Marysol se iría—. Esto es aterrador.



En la tierra de los sentimientos inexplicables, Tico también estaba. Pero el sentimiento desconocido para él no era el amor; no. Lo que Tico ansiaba conocer era una cosita llamada felicidad.

¿Alguien les ha preguntado alguna vez qué significa ser feliz?

¡Ah! Creo que esta es otra de esas preguntas que creemos conocer la respuesta, pero que cuando nos detenemos a pensar…

Pero en ese día, al borde del mar, con los pies descalzos hundidos en la arena, lejos de su entrometido padrastro, libre de los lazos por primera vez en muchos días interminables, Tico casi se sentía feliz. Había algo diferente en el aire. Como si algo maravilloso lo estuviera esperando. No podía, sabía o pensaba explicar esa sensación, pero era como si el sol le acariciase la piel. El viento frío suavizaba el poder de los rayos, y hacía que cerrara los ojos, tratando de sentir cosas que siempre le habían parecido imposibles.

Se sentía como un intruso en nuestro mundo, a menudo se preguntaba si realmente era una persona. Las otras personas no lo miraban como si fuera gente, lo miraban como si fuera una parte del paisaje, pero no una parte hermosa. Tico no era ese tipo de paisaje frente al cual la gente se detiene, sonríe y toma fotos. No. Tico era el grafiti lleno de palabrotas, era el sillón roto tirado en el borde de la acera, era la casa de ventanas destrozadas.

La gente lo miraba y luego miraba hacia otro lado.

Intruso.

Piedra de tropiezo.

Escoria.

Basura.

Había nascido un nada y un nada moriría.

Solo comenzó a sentirse parte de algo, solo pensó que podría hacer la diferencia, cuando conoció a Marysol. Ella no se desviaba de él.

Marysol.

La *demonia* camarada.

Triste como él.

Rebelde como él.

—¡Poderosa como tú! —dijo una voz desconocida para el niño. En un acto reflexivo, él se apartó del sonido y buscó al dueño de la voz—. ¿Te he asustado, *brothercito*?

Tico miró al hombre. Era alto, joven, con cabello rubio y rizado que llegaba a los hombros bien diseñados, tenía la piel de un bronceado perfecto tan bien cuidada que brillaba. El chico nunca había visto a alguien tan hermoso de cerca. Era perfecto en cada detalle de su cuerpo y rostro, cuya sonrisa mostraba dientes blancos como los de Marysol, con la diferencia de que la Bandolera casi nunca sonreía, al paso que hombre tenía una sonrisa tan contagiosa que terminó por hacer que Tico sonriera también.

—Sí… pero no… ¡no pasa nada! —respondió el chico.

—Debes preguntarte cómo supe lo que estabas pensando…

Al dejar su momento de contemplación, cuando estaba tratando de comprender cómo era posible existir físicamente una persona tan perfecta, Tico finalmente prestó atención a lo que estaba sucediendo.

—Sí… ¿cómo lo supiste? —Una luz de comprensión cayó sobre el chico, y él preguntó—: Eres uno de ellos, ¿verdad? ¿De la tierra de Marysol?

El otro se rió de buena gana. No es que se estuviera riendo del chico, sino de esa reacción inocente, esa espontaneidad y sinceridad de que siempre había disfrutado tanto.

—Cuando llegué aquí, me pusieron en un pedestal… como si fuera un santo, ¿ya ves? Entonces… cuando conocí a la gente, sentí que necesitaba ayudar. Y una de las frases que logré meter en la mente de muchos es que el ser humano debe, sobre todo, conocerse a sí mismo.

—Eres uno de ellos, ¡guau! —Tico se inclinó hacia el otro, quien sacudió la cabeza sonriendo, haciendo que los rizos dorados se revoloteasen.

—Yo fui uno de ellos. Hoy, me he convertido en algo que va más allá, pero lo importante es que, finalmente, estoy aquí contigo y puedo ayudarte a conocerte a ti mismo. ¡Necesitas, hermanito! No tuvieron el valor de decírtelo.

—¡Yo sabía! —casi gritó, irritado y con cierto triunfo—. Marysol y la inspectora, ¿verdad? Ellas me están ocultando algo.

—Están confundidas y no quieren liarte. No seas tan duro ellas. —Señaló hacia Tico, de forma casi infantil, lo que hizo que el niño sonriera y se desarmara.

—¿Quieres decir que les gusto a ellas?

—Les gusta, y por eso quieren protegerte. Solo que creo que la verdad es la única forma de ayudar a alguien. La verdad te libera. A veces duele, duele mucho, pero al final es liberadora.

—¿Y qué verdad es esta que quieres decirme? Está muy fea o ¿qué?

—No está fea. Todo lo que implica tu origen, *bro*, no está nada feo… ahora, no te voy a mentir… está triste y te va a hacer sufrir. Pero yo pienso que es llegada la hora de que sepas quién eres, de dónde vienes y así puedas elegir tu camino. Al igual que, hace mucho tiempo y en otro mundo, yo elegí el mío.



Sin saber que Tico estaba a punto de descubrir toda la verdad sobre su origen, Marysol intentó, en vano, entrar en acuerdo con Rogelio.

No entendía de qué se trataba el amor que hacía que el médico quisiera estar con ella en un momento en que no podía hacer nada efectivo

para ayudarla; y el médico no entendía qué era el miedo a perder a alguien importante que casi paralizaba a la Bandolera.

Cuando pensaba que Rogelio podría tener el mismo destino que Diana, ella se aterrorizaba. Por supuesto, ella sabía que Ruan no lastimaría a su doble, pero sería una lucha y podrían ocurrir accidentes. Finalmente, se resignaron a no llegar a un acuerdo y salieron de la cama.

—Mary, no hay nada que puedas decirme que me mantenga alejado de ti en un momento tan importante. Te ayudaré, incluso si, para eso, necesite cortarme las muñecas para debilitar aún más a ese bastardo durante la pelea.

La Bandolera se agachó frente a la silla de ruedas y miró a Rogelio. Apoyó ambos brazos sobre sus piernas que no podían sentir y tal vez, por ese segundo, pudo entender de qué se trataba el amor. Podía verlo dentro de los ojos del hombre.

—‘Tá bueno…

—¿Cuándo será?

—Mañana empezaré.

—¿Empezar? He pensado que se trataba de un duelo. Medio día. Sol en la cabeza. Disparo en la frente. Terminado.

—Sí. Pero hay algo que debo hacer primero.

—¿Qué?

—No te preocupes, te encantará.



En la playa, acomodado en la arena, porque esa sería una larga conversación, el macho rubio se presentó a Tico como Febo.

—Suena como nombre de jabón —dijo el chico.

—Es solo uno de mis nombres.

—¿Cuáles son los otros?

—No importan ahora.

—¡Hey! ¡Tira el disco! —pidió una voz femenina a unos metros de distancia.

Febo abrió su mochila y tomó un *frisbee* dorado que arrojó hacia la dueña de la voz. Ella lo recogió con entusiasmo y corrió hacia sus amigas. Tico las contó: había nueve. Todas muy bellas y alegres.

—Vinieron conmigo —dijo Febo—. ¡Son grandiosas! Son como mis hermanas menores. Inspiradoras, ¿no es así?

—Son… hermosas —respondió el niño, sin dejar de mirar a las chicas.

—Hacen la vida humana más interesante y bella. Pero, vamos a hablar de ti… empecemos por el embarazo. El niño hecho por dos hembras, el niño hecho por dos iguales… el niño demasiado especial.



La cabeza de Tico se llenó de preguntas antes de que la historia comenzara. «¿El niño hecho por dos hembras?», se preguntó mientras Febo contaba su historia, pero se guardó sus preguntas mientras escuchaba.

Febo tenía muchos atributos, como ser el director de todas las artes, excepto que tenía preferencia por la música y mostró su tatuaje en la espalda, una lira, un científico, un médico y un deportista. Como científico, cuando llegó a descifrar el secreto de la vida sobre la muerte, terminó irritando al que sostenía las tijeras que cortaban el hilo de la vida y, por lo tanto, abandonó su mundo y renació en la realidad humana como un ser de pura luz.

Sin embargo, nunca logró desconectarse de su propio mundo. Y, mientras se movía libremente entre los multiversos, comenzó a seguir, de cerca, a la Bandolera. No fue una decisión al azar, Febo se unió a la Bandolera después de que ella robó la guitarra. Un instrumento mágico tan poderoso robado por una criatura contraria a la magia… bueno… él sabía que algo muy interesante saldría de ese arreglo. No sabía si sería algo bueno o malo, no interferiría, pero sintió la necesidad de observar. Era muy curioso.

Por lo tanto, siguió de cerca todo el exterminio de la banda de Marysol e, incluso ante su resolución de no interferir, cuando vio que una criatura tan especial como Tico podría no existir, no pudo contenerse. Ante la matanza, frente a esa valiente mujer embarazada, y ante la posibilidad de salvar a una vida tan especial, Febo no dudó. Tuvo que intervenir. Se sintió obligado. La naturaleza de ese feto de luz, una luz que se extinguía ante sus ojos, era más fuerte que su imparcialidad.

Con la ayuda de uno de sus hermanos, Febo guio esa vida a una posibilidad de supervivencia. Primero, llevándola a la adolescente e irresponsable Danielle, pero la imprudencia de la chava la hizo poner en peligro la vida de esa alma *daemon*, y Febo se dio cuenta de que no sería una buena idea; entonces el hermano de Febo, que conocía todos los registros de vida y muerte del multiverso, encontró otra solución. No era tan buena como Danielle, quien era el doble perfecto de Diana, pero sí era viable.

Al escuchar toda la historia, Tico se quedó sin palabras. De hecho, Tico casi no tenía sus sentidos. Estaba anestesiado. Se dio cuenta de que las chicas que habían estado jugando *frisbee* se sentaron a su alrededor y lo miraban complacientes. Tranquilas. Al igual que Febo, que ahora le estaba dando tiempo al niño para entenderlo todo.

—¡Hostia! —dijo Tico al fin—. ¿Me estás diciendo que fui hecho por dos mujeres? —La respiración del niño estaba rápida, y su mirada ansiosa y asustada se encontró con los ojos color miel de Febo.

—Mujeres, no; hembras *daemon* —respondió Febo, y su mirada se desvió momentáneamente a alguien que había llegado y ya estaba entrometiéndose en la conversación.

—¿Qué tiene de malo? Nuestra hermana no tenía una madre, solo un padre —dijo un joven muy similar a Febo, pero con el cabello castaño claro. Llevaba una tabla debajo del brazo y la metió expertamente en la arena.

Tico notó el tatuaje de alas tribales en sus tobillos. El joven estaba parado junto a la tabla, sonriendo, mientras esperaba quién sabe qué, quizás una respuesta de Tico. Su sonrisa era algo sarcástica, pero no estaba mala. Tenía una manera, pensó Tico, de ser un gran chistoso con quien nadie podría molestarse.

—¿Cuántos hermanos tienes? —Tico le preguntó a Febo, quien cuestionó a su hermano con los ojos. El chistoso respondió, pretendiendo calcular cuidadosamente.

—Sí, bueno… a ver… somos, en total… ¡muchos hermanos! Febo tiene una gemela, ¿sabes? Ella adora a su casimadre, la inspectora.

—Verdad.

Tico se rió y preguntó:

—¿Y cuál es tu nombre?

—Me dicen Mensajero, pues es eso básicamente lo que hago… soy un guía turístico también, pero un mensajero es más simple, así que… —Se encogió de hombros y Febo puso los ojos en blanco.

—Mano, prefiero cuando te llaman Buen Compañero, pero volvamos a lo importante. —Tico lo miraba fijamente. El chico dejó que su sonrisa muriera un poco. Sin que Febo tuviera que preguntar, Tico sabía que tenía que tomar una decisión. Si no había entendido muchas cosas sobre esa historia, al menos una estaba clara: sería su decisión—. Entonces, *brothercito*, ¿qué pasará? ¿Continuarás tu vida aquí, como el humano que nunca debiste ser, o buscarás tus raíces, conocerás a tu gente, recuperarás tu poder?



Creo que todos saben que la respuesta de Tico no podría ser otra que la obvia. Él sabía que no estaba en su lugar, sabía, dentro de sí mismo, que la vida que vivía no era la suya. Ante la posibilidad de ser verdaderamente libre, el chico acordó buscar sus orígenes. Esta decisión inició una larga conversación en la que Febo le dio instrucciones y le explicó todo lo que necesitaba saber. Tico ansiosamente absorbió cada información.

Estaban en el apogeo de su conversación cuando escucharon el claxon de un descapotable rosa. El Buen Compañero sonrió, y las nueve jóvenes sacudieron la cabeza, sonriendo también. Febo enarcó una ceja, y Tico prestó atención a la criatura que les saludaba desde el interior del coche. Era la criatura más impresionante que Tico ya había visto. Eufóricamente, saludaba con una mano mientras sostenía su sombrero de playa de ala ancha con la otra; sus ojos estaban ocultos por gafas de sol con montura blanca; y estaba adornada con aretes, pulseras y cordones de oro, pero un oro cuyo tono recordaba más al cobre.

Yo misma, cuando vi a esa mujer a través de lo que se me mostró al acceder a los recuerdos de Tico, me quedé impresionada por lo que vi. Ella podría ser la versión femenina de Febo, y ¡guau! era la más pura encarnación de la belleza.

—¿Quién es esta? —preguntó Tico.

—Esta es nuestra hermana. Una de ellas —respondió Febo, y le dio a su hermano una mirada de soslayo—. Se la advertiste, ¿verdad?

El mensajero asintió con la cabeza.

—¿Tu gemela? —preguntó Tico.

—Ah, nooooo… ¡Es Cýpris! ¡Ella y la otra son muy diferentes! Una es una flor; la otra, espinas.

Cýpris se arrodilló en el asiento del automóvil, no tenía intención de salir de allí, pero era obvio que quería que fueran con ella. Como los hermanos y las chicas no se movieron, ella gritó con una voz tan suave como una canción de sirena.

—¿Creías que no me iba a averiguarlo? ¡Ven aquí, chico lindo! —Señaló hacia Tico, quien al escuchar al «lindo» señaló su propio pecho delgado como si le preguntara si era con él que ella hablaba—. Por supuesto que eres tú, ¡ven aquí! ¡Súbete! —Hizo un gesto, mostrando el auto con las manos—. Hace falta enseñarte algunas cositas muy importantes —concluyó, mirando con el ceño fruncido a los hermanos.

Tico lanzó una última mirada dudosa hacia Febo, quien asintió, por lo que el niño caminó lentamente hacia el descapotable. Tímido, él se sentó en el asiento del pasajero mientras ella sonreía. Parecía emocionada y, sin previo aviso, besó la mejilla del niño, lo que hizo que su corazón adolescente se acelerara.

—Bebé, finalmente ha llegado el momento. ¡No puedo soportar tanto sufrimiento! Se dependiera de mí, borraría todo lo malo que te ha pasado. —Puso ambas manos al volante—. Pero hay reglas, así que las seguiré. Necesito enseñarte sobre ciertos sentimientos. ¡Vámonos!



Mientras Cýpris conducía a gran velocidad por las calles de Río de Janeiro, en la emisora de Ruan, Solymar luchaba contra sus celos. Desde la conversación con la Bandolera, las escenas de celos y peleas se habían vuelto frecuentes entre la pareja. Descubrir que, para Ruan, no era más que una copia de la otra, había destrozado algo dentro de Solymar, pero ella no tenía fuerzas ni voluntad para terminar esa relación.

Le faltaba el coraje que sobraba a su doble.

A Solymar no le gustaba ver a Cindy, la nueva estrella de la emisora, lamiendo los cojones de Ruan; sin mencionar a esa mujer alta llamada Charlene Dayane. A Ruan, por su parte, le encantaba todo. Amaba la

atención, amaba la adoración. No pasaba nada más, era solo el placer de ser idolatrado, pero Solymar veía a dos hermosas mujeres que perseguían a su novio.

Entonces, ese domingo, ella salió de su casa, furiosa. Era domingo: Ruan no tenía nada qué trabajar. Solymar fue a la emisora para rescatar a su hombre de las manos codiciosas de esas zorras. Cuando abrió la puerta del despacho de su novio, atrapó a él y a Ariana en medio de un abrazo.

Sin saber qué decir, Solymar gritó, cerró la puerta y salió, rabiosa, por los pasillos de la emisora.

Ruan era un *daemon*.

Y un poderoso mago.

Pero cualquier hombre lo sabe —incluso si él es el todopoderoso del universo—, qué si su mujer lo cacha en los brazos de otra, él sí se tiene que ir tras de ella.

—Sol, ¡espera!

—¿Esperar qué? ¡Ya no aguanto más, Ruan! Pasas todo el tiempo aquí en esta emisora. Siempre hay trabajo… trabajo… trabajo… ¿Qué tanto trabajo es este que solo tú puedes hacer? ¿Y qué tipo de trabajo es este, que siempre tiene una zorra colgada a tu cuello?

Siendo libre, Ruan no tenía mucha paciencia para ese tipo de actuación, pero necesitaba a Sol y, aparentemente, la exclusividad era algo que les gustaba a las mujeres humanas. Cerró los ojos para evitar que se le escapara cualquier desprevenido brillo púrpura, controló sus instintos y se acercó a la joven.

—Sol, mi chula…

—¿Qué? ¿Me vas a decir que esto no es lo que estoy pensando?

—No sé lo que estás pensando, pero lo que viste fue solo un abrazo de hermanos.

—¿Hermanos? ¡¿Hermanos?! ¿En serio, Ruan, que me vas a venir con esto?

—Solo le estaba agradeciendo por el buen trabajo que ha hecho hacia Cindy y Charlene.

—¡Por supuesto! Siempre ellas, esas, esas…

—Solymar, ¡no te pongas así! Cindy es nuestra presentadora estrella, el público la ama.

—Y ella se aprovecha, ¿verdad? Veo muy bien cómo se está siempre se rozando en ti.

—Es que ella es así, cariño. Aún no ha aprendido a comportarse como una dama, pero Ariana…

—Ni me hables. ¡No quiero saber! Todos los días me despierto sabiendo que me dejarás. Todos. Los. Días. Simplemente no sé si te perderé para una de esas mujerzuelas, o si te vas a volver a Marysol. —Cuando recordó a su rival, tan igual a ella, pero tan diferente, tan poderosa, tan consciente de sí misma, Solymar dejó que su ira se convirtiera en dolor y se lanzó a un llanto sincero—. ¿Qué tiene ella que no tenga yo, Ruan? ¿Qué?

El Maldito se acercó a Solymar, la abrazó simulando afecto y le dio un delicado beso en el pelo.

Entendió que no tenía estructura para esa relación. Solymar estaba demostrando ser un retraso y, además de su deseo de tener una copia perfecta de Marysol, ya no veía, en ese momento, razones para quedarse con la joven. Trató de rescatar las razones que lo habían hecho elegir mantenerla a su lado, pero en ese momento, nada tenía sentido. Si iba a pasar todo el tiempo cuestionando cada uno de sus actos, ya no era la dulce y complaciente versión de Marysol, era solo una Marysol histriónica y celosa que había convertido su vida en un tormento.

Además, sin la doble para darle fuerza, Marysol podría ser derrotada más fácilmente en la pelea que, Ruan sabía, estaba cerca. Muy cerca.

Disfrazando un gesto cariñoso, el Maldito puso ambas manos alrededor del cuello de Solymar.

Era hora de terminarlo todo.

Era hora de volver a ser libre.



Afuera de la emisora, la apresurada Cýpris estacionó su descapotable rosa y miró a Tico. Ella sabía lo que tenía que hacer: ayudar a Tico a hacer la transición. Su misión era darle al niño el equilibrio que necesitaba para evitar que se volviera loco. Sí… loco… Creo que esa palabra es apropiada. Tico sí era un *daemon*, pero había sido creado entre humanos. Las cosas que aún le serían reveladas causarían que sus sentimientos fluctuaran entre extremos, y necesitaría ayuda.

—Tico, Febo tiene otra muy buena frase además de la «Conócete a ti mismo». Él dice, a veces: «Nada en exceso». —Cýpris se echó a reír—. A

veces me pongo en desacuerdo con ese decir. Pienso que el amor, por ejemplo, nunca es demasiado, ¿no te parece?

—Creo que sí.

—Sí… pero, en cierto modo, tiene razón, porque el amor puro es una cosa, pero generalmente viene con una especie de combo, y es esta mezcla la que arruínalo todo, ¿ya ves?

—No.

—A ver. El amor puro es la felicidad. Simple. Cuando entran otros sentimientos y sensaciones, ellos pueden agregar vida y brillo o pueden terminar con el amor. Te mostraré en la práctica ahora. Solo contrólate, porque vas a ver un ser que te ha hecho muy mal… y vas a conocer a otro que se te va a liar ese corazoncito ya tan castigado.

Salió del auto, cerró la puerta de golpe y miró al niño como si preguntara: «¿Vienes o no?»

—No me dejarán entrar —dijo el niño, señalando el imponente edificio y sus guardias indiferentes.

—¿Quién lo dijo?

—¡Mírame! Yo creo que tú sí la dejen pasar, pero ¿yo…?

—Tranquilízate, *baby*, ya tengo todo planeado. O mejor… tenía. Había planeado que entráramos invisibles, pero como eres tan creativo…

— Así que ¿seremos invisibles? ¿Puedes hacerlo?

—Sí lo puedo. —Ella sonrió—. Pero gracias a tu formidable idea, no lo haré. A tu modo será más divertido.

—¿Mi modo? ¡Ni modo! Vayamos invisibles, por favor.

Cýpris lo ignoró y cambió su aspecto. La ropa de playa y el sombrero de ala ancha dieron paso a un traje elegante, en tono azul oscuro y tacones altos con punta puntiaguda. Parecía una ejecutiva.

—Me veo como mi hermana aburrida…

—¡Ni modo digo yo! —dijo una voz femenina suave, pero firme.

Tico se sorprendió cuando notó que había aparecido una segunda ejecutiva, sí, una ejecutiva auténtica, real, con una expresión dura y lista para destruir a los lobos de Wall Street. La virago miró a Tico, con una expresión neutral, y dijo:

—Mi nombre es… —Reflexionó entre los muchos nombres que tenía y eligió el más humano—. Glauce. Vine aquí para ver qué va a hacer la chistosita esta.

Cýpris no le prestó atención a Glauce y, queriendo divertirse, lanzó a Tico un encanto ilusorio, transformándolo en un adulto vestido como un ejecutivo, con credenciales para ingresar a la emisora.



Cuando el trío entró, no se pasó mucho tiempo antes de que encontrasen a Ruan y Solymar en ese disfraz de abrazo que precedía a la ejecución de la joven. Al principio, Ruan no prestó atención a esos tres en el corredor: solo eran ejecutivos. Pero no pasó mucho tiempo antes de que reconociera las auras no humanas.

Tampoco pasó mucho tiempo antes de que reconociera el aura de *daemon* en Tico bajo la ilusión creada por Cýpris.

—No es posible… —dijo, dejando caer sus brazos al lado de su propio cuerpo.

De un vistazo, Solymar notó el trío de ejecutivos en el corredor y se preguntó qué había allí que pudiera dejar a Ruan boquiabierto, pero recordó que había estado llorando, por lo que se volvió y se secó las lágrimas. Sin saber si había logrado presentarse, sonrió y le tendió la mano al ejecutivo alto y de piel oscura.

—Bienvenidos, ¿qué se les ofrece?

Tico observó la copia perfecta de Marysol caminar hacia él con la mano extendida y se quedó encantado. Era como mirar a una Bandolera que quería sostener entre los brazos y calmar. Se veía tan pequeña, tan desprotegida, tan diferente de la *daemon*.

—Sol, vete a casa. Hablaremos más tarde —dijo Ruan, antes de que Tico pudiera tomar la mano de la muchacha.

—No te preocupes, puedo recibir a estos señores.

—¡Vete, Sol!

—¡No le hables así! —intervino Tico, olvidándose los buenos modales que su apariencia debía imponer.

Ruan sonrió, se acercó lentamente y dijo:

—Y ¿qué vas a hacer, huerfanito?

—¿Que está pasando aquí? —preguntó Solymar.

—Vete. A. Casa —ordenó Ruan. Cuando Solymar respiró, dando la impresión de que diría algo, el Maldito permitió que sus ojos rojos brillaran

a través de las luces artificiales del pasillo, y la joven se escapó, llorando de nuevo.

Tico lanzó una mirada compasiva hacia la versión desprotegida de la Bandolera y se volvió para seguirla, pero Glauce lo detuvo.

—¡Quédate! —dijo con voz firme.

Ruan dedicó su atención a ella. Sintió la energía de los antiguos maestros.

—¿Por qué interferís en un asunto que no es vuestro? —preguntó. No quiso ser irrespetuoso, solo tenía curiosidad.

—Nos quedamos en el mundo humano precisamente para alejarnos de los berrinches de los *daemons*. Pero entonces, vosotros dos vinisteis pensando que podéis romperlo todo… —comenzó Glauce.

—Pero este es un problema para los jueces —interrumpió Ruan.

—Ah, ¿sí, *baby*? —dijo Cýpris—. ¿Qué dijiste? ¿Me voy a la Tierra, destrozo todo por allá, y luego regreso a mi mundo porque soy el más grande, el mandamás?

—¿Y por qué no? —preguntó Ruan con una sonrisa.

—También dijimos que este mundo sería temporal para nosotros, pero aquí estamos. Todavía entre los humanos —dijo Glauce.

—Entonces no queréis que yo haga barro en vuestro patio de recreo —acusó Ruan.

—¡Piensa lo que quieras! Estamos aquí porque los humanos nos han cautivado. Han sido siglos y siglos de ofrendas y adoración…

—¿Por qué está presente el bastardo? ¿Elegisteis el lado de la perra?

—No tenemos un lado. Solo queremos que este mundo permanezca seguro e intacto. Pero este *daemon* inocente —dijo Glauce, señalando a Tico— necesita toda la información para poder elegir su bando.

Ruan sacudió la cabeza dos veces, torció la boca, miró la ilusión inventada para Tico de arriba abajo y dijo:

—¡Ven conmigo, aberración! —Dio la espalda y caminó hacia su despacho sin mirar atrás para asegurarse si Tico lo seguía.

—Ve con él —dijo Glauce.

—¿Qué le voy a decir a ese hijo de puta? —preguntó el chico enojado.

—Di lo que se te ocurra. Lo importante es que lo toques porque, cuando lo hagas, podrás leerlo y sabrás todo lo que le hizo a tu familia… lo que te hizo a ti. No en la forma en que él quiere decirte, no en la forma en

que Febo te lo dijo, sino en la forma en que él la sintió, que él la pretendió, y ello te ayudará a elegir tu camino como *daemon*.

—Ya sé lo que hizo, me lo contó Marysol.

—Conoces la versión de Marysol, pero esa verdad es de ella; puede que encuentres una verdad tuya. Eso es todo, chavo, que debes perseguir: tu verdad.

Tico soltó un suspiro, dejó caer la cabeza frente a su pecho mientras miraba al suelo.

—Él me va a comer vivo.

—No va. Nosotras estamos aquí por ti. Somos dos maestras, y él sigue siendo un simple *daemon*.

Cýpris y Glauce observaron a Tico seguir, impasible, hacia el despacho de Ruan y esperaron a que se desarrollaran los acontecimientos hasta que el chico saliera. Ellas sabían que él no sería el mismo después de esa conversación.

Desearía poder decirles de qué hablaron los dos, quería poder decirles lo que Tico leyó en Ruan, pero no puedo.

Pero, de lo que sea que hayan hablado, lo que sea que haya descubierto Tico, yo sí sé que fue traumático.

Para los dos.

Y nunca ninguno de ellos me ha permitido acceder a los recuerdos de esa conversación.

Lo que puedo decirles es que, cuando Tico salió de la habitación, parecía ileso.

Y físicamente, lo estaba.

Sin alteraciones en el exterior.

Destrozado en su interior.



Cuando Tico llegó a casa, ya era el final del día, y su madre y su padrastro lo estaban esperando. Lorena estaba ansiosa y preocupada; el padrastro, furioso. Le había dado al niño un voto de confianza, y el niño no lo había respetado.

Tan pronto como Tico cruzó el umbral, el hombre tomó su cinturón, listo para enseñarle una lección al chico, listo para demostrar que un

chamaco no le faltaría al respeto.

A Lorena no le gustó esa actitud, pero el Tico que había salido de la casa esa mañana no era el mismo Tico que se regresaba.

—Tico, ¿dónde estabas?

—Por ahí, amá. No hace falta tanto lío.

—Hicimos un trato, Tico, y tú lo rompiste —dijo el hombre, señalando hacia el niño con el brazo de cuya mano colgaba el cinturón doblado.

Sin mostrar miedo, Tico se acercó a su padrastro.

—Eres un buen hombre, pero yo no soy tu hijo. Guárdate este cinturón y cuida bien a tu mujer.

El hombre todavía trató de decir algo, pero tal vez haya sido la mirada decidida del adolescente, tal vez un miedo repentino frente a una fuerza que no conocía, tal vez una advertencia dada por los ángeles en los que creía, pero bajó el cinturón y bajó el tono de voz:

—Ve a tu cuarto.

Tico fue a su cuarto, donde siguió pensando en todas las cosas que, de repente, comenzaban a tener sentido.

Sabía que ya nada volvería a ser igual, y sabía que debería estar al lado de Marysol cuando esa pelea tuviera lugar. En cierto modo, él era una de las razones de esa pelea. Era su derecho estar con ella, era su deber y su mayor necesidad.

Se quedaría a su lado.

La animaría.

Volvería al mundo *daemon* con ella.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 20

Retribuciones de las Némesis

La Bandolera despertó sabiendo lo que haría en ese día. Miró hacia el lado donde Rogelio dormía profundamente. Le había dado la noche perfecta antes de un duelo de vida y muerte. Después del amor, vendría la guerra: estaba perfecto… incluso poético.

Marysol sabía que Ruan estaba en la cima de sus poderes y que había logrado dominar las mentes más poderosas del país y de otras partes del mundo; mientras tanto, ella había estado inmersa en esa historia de amor humano y seguía reacia a sus propios poderes. Recordó la primera vez que desafió al Maldito; se prometió a sí misma que no lo dejaría escapar por segunda vez.

Solo uno permanecería de pie.

Ruan tenía otra ventaja contra ella: Solymar. Y la joven era todo lo que Marysol nunca había sido: una cobarde. Del mismo modo que Marysol prácticamente no se daba cuenta de la sensación de miedo, su doble era toda miedo.

Estaba frente al espejo en el dormitorio de Rogelio, cuando se dio cuenta de que él se había despertado y la estaba mirando en silencio. Ella lo miró por el espejo y él sintió el impacto de esa mirada llena de ira. Pero no era una ira dirigida a él. Cuando la Bandolera miró el reflejo de Rogelio, fue a Ruan que dirigió su odio. El espejo siempre muestra el otro lado, y el otro lado de Rogelio era el Maldito. Pero no tardó mucho en recordarse que el que estaba allí era el Bendito, así que se volvió, lo miró y sonrió.

—Por un rato, pensé que me iba a disparar —dijo él con buen humor.

—No te estaba mirando a ti… ya sabes.

—Mary… ¿Estás segura de que realmente necesitas enfrentarlo así? ¿Duelo a la antigua?

—A la antigua para ti. Para mí es actual y justo. —Tomó los revólveres y los puso en las fundas del cinturón de cuero—. Tiene que ser

neutralizado, y no digo que tenga que hacerlo solo para mí y mi banda, sino también por mi mundo y el tuyo. Él destruye todo lo que toca, no deja piedra sin mover y tiene seguidores.

—¿Cuándo será?

—Primero, lo desafiaré con el hechizo High Noon, que nos dejará a los dos incapaces de usar magia uno contra el otro hasta que el duelo se termine. Lucharemos usando solo nuestras habilidades no mágicas. Soy muy buena en ello.

—Son las ocho de la mañana, todavía es temprano. Dijiste que estos duelos son siempre al mediodía.

—Los duelos sí, pero los desafíos ocurren horas antes.

—Y ¿si él se niega?

—No tiene esa opción. El libre albedrío no se ajusta a este hechizo, el libre albedrío es demasiado humano. Solo tengo que ser rápida al pronunciar el hechizo… —Se interrumpió como si tuviera miedo a haber dicho demasiado.

—Me hace extraño que tú, justamente tú, digas que el libre albedrío es algo humano.

—¿Por qué?

—Porque eres un ejemplo más que perfecto de alguien que sabe cómo usar y abusar de esta prerrogativa… del libre albedrío. De Ruan, se puede decir lo mismo. Actuáis de acuerdo con vuestros deseos todo el tiempo.

—Somos forajidos, eso nos hace peculiares —dijo sin mucha convicción, evaluando lo que acababa de decir—. En cuanto a ciertos hechizos, no hay forma de volverse inmune después de que se pronuncian las palabras. Es por lo que el libre albedrío no se encaja cuando se trata de magia. De no ser así, Ruan le hubiera pedido permiso a Cindy para convertirla en una mujer.

—Desde ese punto de vista, tiene sentido. Pero quiero estar ahí. Quiero despedirme cuando devuelvas el Maldito a su mundo. ¿Realmente vas a volver allá? ¿No quieres al menos considerar quedarte?

—No veo otro modo. —Rogelio no estaba acostumbrado a la tristeza y, dado el futuro que preveía, decidió rescatar su racionalidad extrema. Mirar a la Bandolera no le ayudaba en este proceso, por lo que giró su silla hacia el baño mientras escuchaba a Marysol—: Puedes irte, no te detendré. Pero, no quiero que estés solo. Danielle también se ha impuesto y estará allí. Al que parece, vosotros creéis que se trata de un espectáculo—. No se

controló y explotó. En el fondo, temía por ellos—: Debéis saber que no me importará cuan bajo él juegue; debéis saber que él, incluso, puede lastimaros a fin de afectarme, pero yo tengo una misión y la cumpliré.

—¡Tienes una venganza, no una misión! No soy un ser poderoso como tú, pero no subestimes mi inteligencia.

—Nunca negué que sea una venganza, un asunto personal; lo que tampoco impide que sea mi misión. Todo en la vida es una misión, ¿o todavía no lo entiendes? ¿O me vas a decir que te convertiste en el científico que eres solo porque tu misión es curar a la gente? Empezaste porque querías tu propia cura. Pensar en sí mismo primero es una característica de mi raza y de la tuya también. Solo que tu raza finge que no, porque piensa que esto es feo; mi raza, no.

—No quiero que te vayas…

—No hay otra manera…



Ruan recibió la ojeada de Marysol cuando ella miró a Rogelio por el espejo. También escuchó parte de la conversación y se preguntó cómo era posible que ella prefiriera una copia defectuosa suya.

Ruan estaba obsesionado por su relación, observándolos a través de todos los espejos cada vez que tenía oportunidad. Quería saberlo todo, quería verlo todo, quería saber si el sexo con el médico era tan bueno, si él era leal, divertido o inteligente. No entendía.

Marysol era cuidadosa, sentía que la vigilaban y trató de preservar la privacidad del médico cubriendo los espejos casi siempre cuando se quedaban juntos. Además, evitaba hablar o pasar por espejos en lugares públicos. Esa mañana, se detuvo frente al espejo porque quería que Ruan escuchara su conversación con Rogelio.

El Maldito también tuvo su noche con Solymar. Después del episodio en la estación de televisión, tuvo que hipnotizarla y borrar sus recuerdos para que ella se quedara manejable de nuevo. Pero Solymar ya no estaba tan indefensa como antes. Sabía, incluso a través de la hipnosis, que algo estaba mal. Quiero decir… algo más que el hecho de él ser un *daemon* que la había elegido solo porque era exactamente como otra mujer.

Solymar se dio cuenta de que había algo mal detrás de toda esa felicidad que sentía a su lado, como si esa felicidad fuera inventada, hecha solo para ella. Más que eso, sentía que a ella le restaba poco tiempo con Ruan. Estaba segura de que él se iría con la otra. Esa mañana, mientras Ruan se preparaba, Solymar fingía dormir. A diferencia de Rogelio, ella no quería que el amante *daemon* la viera despierta.

Ruan fue al baño y miró al espejo. Descubrió que Marysol ya estaba en camino, en la parte de atrás de la motocicleta de la inspectora. La hora del duelo se acercaba. Él sonrió. Marysol pretendía sorprenderlo, pero ella sería la sorprendida.

Lo que Ruan no sabía era que Marysol, en realidad, no tensionaba buscarlo. Tenía algo más que hacer y, sabiamente, estaba usando espejos para iludirlo. Cuando estuvo segura de que el Maldito la esperaría tanto como fuera necesario en la emisora, cubrió los espejos retrovisores de la motocicleta y cortó la conexión.



—¿Te volviste loca? ¿Cómo voy a manejar? —Danielle abrió los brazos como solía hacer Diana cuando las dos discutían.

—No manejarás —dijo Marysol con naturalidad—. Dejé que Ruan nos viera, porque no quiero que sepa a dónde nos vamos.

—Y ¿a dónde vamos y qué vamos a hacer?

—Necesito teletransportarme…

—Ya veo… Me he convertido en tu taxista sobrenatural.

—¡Vaya! —Ella se rió y le indicó a Danielle que la siguiera hasta la entrada del edificio—. Estuve hablando con Rogelio y me di cuenta de lo cuanto el Maldito se está volviendo popular y atrayendo seguidores. Entonces me ocurrió que no puedo arriesgarme, porque no tengo la plena convicción de que voy a vencerlo; no puedo subestimar a ese infeliz. Así que… hmm… haré una limpieza… como… no sé… un regalo para la humanidad.

—¿Qué dices? —preguntó Danielle con resentimiento, mientras regresaban a su apartamento. El regreso era una necesidad: no sería apropiado simplemente desaparecer en el aire frente a las personas.

—Danielle, vi el futuro de tu gente. Estudié la historia de la humanidad en este universo, y sé todas las atrocidades que ya han cometido. Creo que Ruan mismo estaría celoso, porque los seres bestiales que alguna vez tuvieron el poder en su mundo dan miedo.

—Lo sé… es mi mundo.

—Sí. Vi que tu país y varios otros se ven dominados por *daemons* híbridos que han vivido aquí durante muchos años—. Danielle abrió la puerta del apartamento sin apartar la vista de Marysol—. Y Ruan está de su parte.

—Ya veo…

—Los híbridos hacen un tipo diferente de magia, incluso aquellos que han perdido su poder; ellos tienen un discurso monstruoso, llevan las multitudes al abismo mientras estas multitudes los celebran.

—Entiendo. Pero esa gente no deja el poder, Mary. Nunca. Y no lo van a dejar ahora. Nosotros nos quedamos neutralizados. No tenemos voz ni voto. No hay solución.

—Yo soy la solución. —Sus ojos se iluminaron rojos y Danielle dio un paso atrás—. ¡No para ti, para ellos! Si tuviera mi banda conmigo, sería perfecto, pero tendré que hacerlo todo yo misma.

—Oye, ¿no nos convertimos en tu banda?

—Sí, pero ellos tenían poderes, sería más fácil. Eres audaz, pero eres frágil. A ver, no quiero que me malinterpretes, no estoy haciendo poco caso de ti, es que no quiero que te arriesgues.

—Ah… bien… ‘tá bien.

—Al menos tú y los tuyos tendrán mejores tiempos, estoy segura. Ahora, llévame a donde quiero ir, y dejaré mi regalo.

—Marysol, ¿qué vas a hacer?, ¡por el amor de Dios!

—Tu dios no tiene nada que ver. Haré una limpieza, te lo dije. Solo necesitas estar de la mano conmigo. ¿Prometes que no me dejarás ir, no importa lo que veas? De mi parte, prometo que no permitiré que te lastimen.

—¿Por qué no puedo dejarte ir? Nos teletransportamos otras veces y soltamos nuestras manos.

—Es que esta vez voy a gastar mucha, pero mucha energía. No podemos correr el riesgo. ¿Prometes?

Cuando el instinto policial de Danielle la detuvo, Marysol no perdió el tiempo y tocó la frente de la inspectora mostrando el oscuro futuro del que le había hablado.

—El mundo de Talita está a punto de ser destruido, y el tuyo va por el mismo camino. Mira lo que te espera si dejamos los híbridos de Ruan en el poder. El desequilibrio en la balanza universal.

Danielle no podía apartar la vista de las imágenes que Marysol le estaba mostrando. Comenzó suavemente, mostrando el tiempo presente que ya estaba mucho más complicado de lo que se veía en los noticiarios. Dirigidos por Ruan, los híbridos se habían vuelto más fuertes, tenían nuevas ideas, querían más. La ausencia del Maldito, uno de los posibles futuros pronosticados por Marysol, no disminuiría el ansia de poder de esos híbridos porque la semilla ya había sido plantada e, incluso sin el *daemon* original que había concebido el plan, los híbridos continuarían.

Algunos usarían cargos públicos, otros aprovecharían el estatus de celebridad, se infiltrarían como actores, cantantes y otros artistas para ganar simpatía y conseguir seguidores que harían lo que fuera necesario para complacerlos. No tardarían mucho en promover sus propios valores. Dioses de carne No tendrían la inmortalidad buscada por Ruan, pero encontrarían su propia forma de mantenerse con vida.

Danielle se estremeció ante esa predicción del futuro.

Híbridos que crearon niños y tomaron cuerpos de recién nacidos para mantenerse con vida. Generación tras generación. Los mismos seres renacerían sin haber muerto sabiendo que su futuro ya estaba seguro. Robaban la vida de sus descendientes para mantenerse con vida, se alimentaban de la leche de sus esposas, succionaban la vida humana; cuando finalmente no hubiera otra forma, el destino de la humanidad hubiera sido irremediablemente alterado por la intervención de seres no humanos, el universo se encargaría de limpiarlo trayendo el apocalipsis.

Danielle vio el apocalipsis, la destrucción de la Tierra. Una destrucción que ser vería natural, pero que nunca habría sucedido si no hubiera sido por la intervención del Maldito. Cuando Marysol comenzó a mostrar una predicción futura en la que Ruan hubiera sobrevivido al duelo y continuado entre la gente, Danielle se quedó tan aterrorizada que se alejó del toque de la Bandolera. Todo su cuerpo temblaba.

—¡Suficiente! —dijo la inspectora. Tenía los ojos llorosos, no sabía qué decir.

—¿Lo entiendes? —preguntó Marysol.

—Mary… esto… esto… —Suspiró, dejó caer los hombros y, desconsoladamente, miró a la Bandolera—. ¿Qué vas a hacer?

—Limpiar.
—¿Por dónde empezarás?
—Empezaré donde el Maldito ya se ha infiltrado.



Tico no sabía por qué, pero su instinto le decía que empacara. No tenía mucho que llevar, pero necesitaba llevar sus recuerdos; fotografías, regalos que había recibido de su padre y su madre; en resumen, pequeñas cosas que le hacían pensar en las pocas cosas buenas de su tiempo entre los humanos. No tenía idea de lo que iba a suceder, no sabía cómo sería el viaje, no sabía con quién necesitaba hablar. A pesar de toda la orientación que había recibido de Febo, no era como si el Maestro le hubiera dado un mapa o un folleto. No había un manual de instrucciones sobre cómo ser un *daemon* nacido entre las personas.

Necesitaba hablar con Marysol y Danielle. Sabiendo lo que sabía, se preguntaba cómo sería ese encuentro; sabía que, en algún lugar, de alguna manera, Marysol era realmente su tía y que Danielle, de una manera muy extraña —pero que tenía mucho sentido para él—, era su madre. Desde su conversación con Febo, había dejado emerger sus instintos más reprimidos. Ya no sentía que no pertenecía a este mundo, él lo *sabía*. Así, sabiendo, era mucho más fácil aceptar lo que estaba almacenado en las profundidades de su alma.

Miró la mochila maltratada donde había guardado todas las cosas que consideraba importantes, cerró los ojos, respiró el aire a su alrededor, ese aire extraño y antinatural para él; ese aire que nunca había entendido por qué odiaba tanto. Mantuvo el aire atrapado dentro de sus pulmones por más tiempo del necesario. Ahora que sabía que no se quedaría en ese mundo, que no respiraría mucho más por ese aire, era como si fuera a extrañarlo. Exhaló lentamente, abrió los ojos y se dijo a sí mismo:

—Eres un *daemon*, Thiago. Libera a ese demonio dentro de ti.

Inhaló el aire que no era suyo y estiró los brazos a los costados. No era como si quisiera sentir el ambiente. Aparte del aire, no había nada más en este planeta que le interesara. Lo que Tico quería era imponer su nuevo ser en ese entorno. No quería absorber nada, quería salir de sí mismo.

Cuando expiró, lo hizo imaginando que su verdadero yo se iba con ese aire; expiró tratando de sacar el *daemon* que, por dentro, siempre supo que era.

Sintió que el aire se condensaba a su alrededor, ya no era el mismo aire, su cuerpo empezó a vibrar y pudo sentir el poder tratando de escapar a través de cada uno de sus poros. Levantó la cabeza, miró el humilde techo de su habitación y esperó la transformación que ya sentía cuando escuchó a su madre humana llamar con voz temblorosa.

—Estoy aquí, amá —él dijo.

Lorena entró con los ojos rojos y llorosos y se arrojó a los brazos de Tico, que la abrazó instintivamente.

—¡Mataron a Robson, Tico! ¡Mataron a tu hermano!

Sin fuerzas para pararse, la mujer se arrodilló frente a su hijo. Su rostro era la encarnación del dolor, y Tico no entendió por qué no sufría el mismo dolor. Mientras miraba la cara húmeda y la boca distendida de su madre, en el piso, incapaz de controlar los sollozos, el niño se preguntó por qué no compartía la misma tristeza. Era su mitad humana luchando contra su mitad *daemon*. El humano se sentía culpable por no llorar a su hermano, el *daemon* gritaba que siempre supo que algún día le sucedería a Robson; el humano lo obligaba a buscar misericordia y pedirle a Dios que mantuviera el alma del pobre chaval en un buen lugar, el *daemon* lo exhortaba a buscar justicia para esa muerte.

Ambos, humano y *daemon,* sabían que esta no era su verdadera madre y, tal vez por eso, Tico no estuviera sufriendo. Aun así, fue madre que dice a Lorena cuando le preguntó:

—¿Qué pasó, amá?

—Se fue a nuestra vieja casa… la facción rival había tomado la favela… él no sabía… lo reconocieron ¡ah, mi Jesús! ¡Lo que le hicieron a mi hijo! Tico, lo mataron, ¡mataron a mi hijo!

—Amá… ¿quiénes fueron? ¿Sabes quiénes lo atraparon?

—Dicen que fueron Mané y Bulldog, ¡esos gusanos! Cambiaron de bando, estaban a la entrada de la fa-fa-favela… dejaron entrar a su hermano, luego lo atraparon…, pero Robson estaba armado, mató a Mané. Ah, Tico, si no hubiera reaccionado… Tu hermano siempre fue tan impulsivo…

—Si no reaccionaba, iban a castigarlo… ¡se murió peleando, amá! —dijo él, sabiendo que nada de lo que dijera podría calmar el sufrimiento de Lorena. Fue entonces cuando el *daemon* y el humano se mezclaron dentro

de él y sintió que le debía algo a esa mujer, y los *daemons* son leales, siempre pagan sus deudas.

Cogió la mochila de la cama, se la puso en el hombro y se dirigió a la puerta justo cuando su padrastro llegaba a casa.

—Lorena —dijo el hombre, preocupado—. Lorena… —Su mirada de preocupación logró ver solo a la mujer postrada, y se arrodilló junto a la madre de Tico. Satisfecho, el niño le dio la espalda a su antigua familia. Sabía que Lorena estaba bien acompañada.

—Tico ¿a dónde vas? —Lorena preguntó entre sollozos.

—Pues… amá… te lo iba a decir cuando entraste… Conseguí una chamba como aprendiz de cocina… No ganaré mucho porque es para aprender, pero… bueno… —mintió, sabiendo que no estaría bien preocuparla.

—Tico, eres menor de edad —dijo el padrastro con autoridad—. Y ¿cómo puedes pensar en salir de casa ahora? Con tu madre así…

Lorena no dijo nada. Quizás estuviera demasiado anestesiada por la muerte de su hijo mayor; tal vez ella misma sintiera que Tico no era el mismo niño; tal vez ella solo pensara que, si el niño se fuera a trabajar, él tendría un futuro mejor que el de Robson y ella no tendría que llorar la muerte de otro hijo.

Ignorando las palabras de su padrastro y lanzando una mirada valiente hacia Lorena, Thiago —porque así se veía a sí mismo y el nombre de un *daemon* tiene poder— le dio la espalda a la pareja y dio el primer paso hacia su nueva vida.

—¡Tico! ¡No vas a ir a ninguna parte! —ordenó el padrastro.

Como si no hubiera escuchado, Thiago continuó su camino, pero el hombre lo alcanzó y se paró frente a él.

—Tú no eres mi padre, ¡salte de mi camino! —Los ojos de Thiago centellearon, y un escalofrío recorrió el cuerpo de su padrastro; aun así, el hombre permaneció allí, parado, evitando que el niño pasara.

No queriendo perder el tiempo en una discusión inútil, Thiago empujó al hombre con mucho más fuerza de la que uno pensaría que tendría un niño de doce años. No tenía intención de lastimar a su padrastro y no lo hizo; todo lo que Thiago quería era perseguir a su destino. Sorprendido, con la espalda contra el marco de la puerta, el hombre todavía gritó antes de que el *daemon* llegara a la calle.

—Tico, ¡necesitas a Jesús! El diablo te quiere, ¿no lo ves?

—El diablo no me quiere. ¡El diablo soy yo! Y mi nombre es Thiago —respondió y siguió su camino sin mirar atrás—. Voy a hacer mi propio High Noon.



Antes de la teletransportación, Danielle todavía intentó resistir.

—¿Estás segura de que es necesario, Mary?

—¿Lo dudas? ¿No creíste en lo que te mostré?

—Sí, yo creí. Pero ¿quién me asegura que, si llegas allí y rompes todo, el futuro cambiará?

—Aproxímate, te lo mostraré —le dijo la Bandolera, extendiendo su mano derecha hacia la inspectora. Danielle se rindió.

—No, no hace falta.

—Necesitas estar firme en este propósito conmigo, Danielle. Estamos juntas, ¿entiendes? Necesitamos estar juntas, porque verás cosas muy feas, pero te prometo que todas serán necesarias. Ya anticipé este futuro también. Sé exactamente quiénes son y dónde están y, por mi honor, te juro que trataré de poparles a todos los inocentes.

—¿Tratarás?

—Será un gran encargo, en el que necesitaré mucha magia, Dani. Más magia de la que me siento capaz de producir. No sé cuánto voy a mantener mis sentidos, pero tú sí estarás protegida.

—Mientras no suelte tu mano…

—¡Exacto!

—¿Cómo te parece si nos esposamos?

—Me parece una gran idea.

El chasquido de las esposas atravesó el espacio-tiempo como una condena. Las dos, mujer y *daemon*, sabían que, pasase lo que pasase, sus acciones determinarían el futuro de los humanos.

—¿Dónde empezaremos? —preguntó la inspectora.

—En el nido más grande.

—¿Brasilia?

—Brasilia.



Thiago dejó la casa sintiéndose demasiado pequeño para todas las cosas que querían salir de él. En otro momento, habría reconocido ese sentimiento como miedo, pero el *daemon* que esculcaba ese cuerpo humano sabía que no era miedo; era euforia; era un asiento de justicia; era el llamado a la lucha.

Por supuesto, el niño sabía que el destino de Robson, el hermano mayor asesinado, había sido el destino elegido por el propio Robson. Era un destino cliché; un destino que produciría cualquier escritor de cine barato. Fue la progresión de una vida criminal. Nada más de lo esperado. Aun así, Thiago estaba dispuesto a perseguir esa justicia. No solo porque Robson era su hermano en esta tierra de humanos, sino porque había sido asesinado por otro matón que debería tener el mismo final predecible, por lo que Thiago regresó a la favela para buscar al asesino de su hermano.

El Ejército, en un intento desesperado de contener la violencia, había ocupado algunas áreas de la ciudad, por lo que Thiago sabía que Bulldog estaría desarmado. No es que estuviera realmente preocupado por las armas. El atuendo de *daemon* le había quedado bien, y en algún lugar él sentía curiosidad por ver si era casi inmortal como Marysol. Estaba casi seguro de que era así, y el miedo, siempre tan presente —incluso asfixiado constantemente— se quedaba atrás con cada paso que daba.

Thiago también sabía dónde solía comer Bulldog y, armado con su nueva identidad de *daemon* y vestido con ropa limpia, caminó hacia su objetivo. La ropa limpia y el cabello peinado funcionaban casi como una capa de invisibilidad. La gente no lo notaba, no se detenía a mirarlo o a temerlo: era solo un niño con una mochila.

Ese niño y esa mochila tenían una misión, pero el niño que llevaba la mochila no sabía cómo cumplirla, así que solo caminaba. Cuando llegó en el antro donde su objetivo ya estaba establecido, Thiago lo miró desde la distancia sin pensar realmente en nada: un cazador mirando la caza, esperando el momento justo.

Movido por instintos que no sabía que tenía, Thiago apartó los ojos de su presa por unos momentos y fue al baño. Sabía que no perdería el rastro de Bulldog. Con la vestimenta *daemon*, muchas otras cosas le estaban sucediendo. Thiago ni siquiera sabía cómo lo sabía, pero ya había captado

el olor, la esencia de Bulldog. No perdería su caza, por lo que se sintió libre para escaparse por un rato.

En el baño, rebuscó entre las pocas pertenencias de su mochila y encontró lo que quería: un mechón de pelo negro y liso; el cabello de Marysol.

Hasta ese momento, no sabía por qué había guardado los hilos. Un día los había visto entrelazados en un cepillo en el apartamento de Danielle y, sin pensarlo, sin una razón real para hacerlo, se los tomó y se los guardó. Los consideraba lo suficientemente preciosos como para mantenerlos consigo. Sin embargo, en ese mismo minuto, entendió la utilidad de ello: eran parte de un *daemon*. Una *daemon* fuerte y poderosa que, a pesar de no ser experta en el uso de la magia, ciertamente había desarrollado dones mágicos. Thiago los había visto él mismo. Y si la *daemon* dueña de ese pelo era capaz de realizar magia que no era parte de sus dones naturales con solo tocar un doble humano de otro *daemon*, ¿por qué él no podría hacer lo mismo?

Se armó con lo que los humanos llamamos fe y que él, Thiago, en ese momento, no pudo dar otro nombre, envolvió los hilos alrededor de su muñeca izquierda, respiró hondo y volvió a cazar.

Durante un rato, se quedó allí, mirando a Bulldog, que estaba sentado con las piernas abiertas en una silla de hierro mirando con desdén a su alrededor. Mientras observaba, Thiago tuvo tiempo de recordar el pasado, los momentos en que él, Bulldog y Robson se iban a la escuela; de los momentos en que Bulldog, que no tenía nada para comer, llegaba a la escuela con el vientre gruñendo, y los hermanos necesitaban ayudarlo a conseguir comida.

Cansado de los recuerdos que solo aumentaban el nudo en su estómago y alimentaban aún más su deseo de justicia, Thiago se volvió invisible. Sabía que sí lo había logrado, pero como medida de precaución probó su invisibilidad preguntando por las horas a un hombre que estaba muy cerca de él. El hombre se sobresaltó, buscando el origen de la voz.

Feliz, Thiago entró en el antro, se acercó a la mesa oxidada ocupada por su caza, se inclinó y susurró a su oído:

—Me mataste, cabrón. Así que te perseguiré hasta que tú me ruegues por la muerte.



Marysol y Danielle atracaron frente al Congreso Nacional.

—Mary, ¿estás segura de que no hay inocentes?

—Usé la guitarra. ¡Quédate tranquila!

—¡Dios mío! ¡La guitarra! ¡No trajiste la guitarra! ¿Cómo lo harás?

—A un alto costo y usando mucha potencia. Ya te lo dije. Y una cosa es usar la guitarra para alertar y convocar a los culpables a reunirse en el mismo lugar; otra cosa es usarla para cumplir un propósito como este. No debemos alterar el equilibrio de la balanza universal.

—Pero, si ya la usaste para llamar a los híbridos…, ya has cambiado el balance.

—No. Envié un encanto de atracción. Cada híbrido alcanzado puede rechazar la llamada; lo que no harán, porque son estúpidos y curiosos.

—Entonces no puedes garantizar que atraparás a todos…

—No. Pero los que se quedaren entenderán el mensaje.

—Y tampoco puedes garantizar que no haya inocentes en el edificio…

—No, pero puedo garantizarte que intentaré sacarlos antes de comenzar a limpiar.

—Entonces es día de limpieza.

—Lo que sea…



Al escuchar el susurro irritado de Thiago, Bulldog se asustó y puso su mano en la cintura buscando el arma que debería estar allí si el Ejército no estuviera en las calles, pero su miedo no duró mucho. Cuando miró a su alrededor y no vio a nadie, volvió a concentrarse solo en sí mismo.

¡Ah! Cómo yo quisiera conocer los pensamientos de Bulldog como conozco a los de Thiago… Todo lo que puedo hacer es contarles lo que el nuevo *daemon* justiciero veía.

Cuando Bulldog se calmó, quizás poniendo ese susurro irritado en la cuenta de un sonido traído por el viento, una conversación capturada desde una de las mesas a su lado, o cualquier otra cosa menos un ser invisible

atracado junto a él, Thiago se acercó aún más. Tanto es así, que Bulldog sintió el aliento caliente del chico en su cuello.

—¿No me escuchaste, cabrón? He regresado para vengarme. Te voy a matar.

Ah… Bulldog ya no podía ignorar esa voz. Se levantó sobresaltado, tanto que la silla cayó al suelo. Se dio la vuelta alrededor de su cuerpo buscando la voz, buscando al dueño del aliento caliente.

—¿Q-quién está ahí?

—¿Qué quieres decir, cabrón? ¿Has matado a tanta gente que ni siquiera sabes quién soy?

El chaval continuó mirando a su alrededor, intentó alejarse del sonido, apoyó las caderas contra la mesa oxidada. La gente a su alrededor también lo estaba mirando, sabían que alguien estaba gritando, pero no podían ver quién era. Thiago aprovechó eso, aprovechó la confusión y lo empujó por los hombros. Bulldog cayó con mesa y todo, bajo el sonido de la risa de los clientes del antro.

—¡Levántate, poco hombre! —gritó Thiago—. Levántate porque no te voy a matar tumbado. —Se acercó al asustado Bulldog que intentaba arrastrarse por el suelo para alejar su cuerpo de la voz que le pateaba las costillas—. Sufrirás mucho antes de morir…

Los clientes del antro, asustados, abandonaron sus mesas, pero Thiago no se molestó en mirar a nadie que no fuera su caza. Bulldog logró levantarse y, medio corriendo, medio intentando mirar hacia atrás para tratar de ver a su acosador, salió tropezando, cayendo, levantándose y gritando. Algunas personas en la calle —aquellas que no habían escuchado la voz de alguien invisible gritando— se divertían; tal vez pensaban que el chaval estuviera drogado; otras personas ni siquiera echaban un vistazo a la forma asustada y caída: era solo otro yonqui.

Thiago lo perseguía; a veces lo empujaba, a veces le maldecía, a veces le daba tiempo a Bulldog para que respirara antes de volver a gritarle. Bulldog corría sin rumbo, sin saber a dónde ir, hasta que vio a una iglesia. Tal vez pensó que ese sería el lugar perfecto para esconderse de los espíritus, o del demonio… No lo sé. Como les dije, solo sé lo que Thiago sabía.

Al darse cuenta de la dirección que había tomado el chaval, Thiago se paró frente a la puerta como si fuera una pared; una pared pequeña, sí, pero llena de fuerza; y tan pronto como Bulldog extendió la mano hacia la puerta

que, se supone, estaba eternamente abierta, Thiago tomó el brazo extendido y lo giró hacia la espalda del chaval.

—¿Crees que algún santo te protegerá? —Empujó a Bulldog al centro de la calle—. Déjame decirte, cabrón… Hoy, ¡*tú* eres Cristo!

Thiago olió a orina y apartó los ojos de la cara del chaval. El líquido amarillento corrió por sus piernas e hizo un charco en el suelo. La inevitable risa resonó fuerte y enérgica. Bulldog le dio la espalda y no perdió el tiempo mirando hacia atrás.

Corrió porque sabía que su vida dependía de ello.



Para derribarse una estructura, en la mayoría de los casos, es necesario solamente destruirse la base. A veces, una simple grieta pone un monumento gigantesco al suelo. Pero cuando esa estructura es una pirámide, la destrucción tiene que empezar desde arriba. Y eso fue lo que hizo Marysol.

Invisible, atada a Danielle, la Bandolera entró en el edificio del Congreso Nacional. Escogió la invisibilidad en nombre de proteger a los inocentes; ansiaba por retirarlos antes de comenzar a limpiar. Sabía que habría empleados que no tenían otra opción que estar allí; quienes, independientemente de su encanto o del comando que ella había les enviado a través de la guitarra el día anterior, no pudieron evitar estar allí y cumplir con sus obligaciones.

Una vez que se puso segura de que todos los híbridos en ese edificio se habían quedado atrapados bajo su hechizo, Marysol dejó la manta de invisibilidad que la escondía y protegió a Danielle. Junto con su forma visible, también liberó todo el poder de su aura, y no había ningún híbrido que no se detuviera a mirarla, a sentirla, a temerla.

¿Los humanos?

Los humanos solo vieron una aparición armada y sobrenatural rodeada por un halo cegador de luz. Quiero decir… así fue como la vio Danielle, y Danielle era humana, así que… bueno… supongo que eso también lo vieron los otros humanos, de la misma manera que yo la vi a través de los ojos de Danielle.

—¡Oh, mi Jesús! —dijo una empleada de servicio después de hacer tres veces la señal de la cruz—. ¡Nunca soñé con ver a la Virgen María en ropa de vaquera!

A Danielle le quedó gracioso ese comentario; pero Marysol no tenía tiempo que perder, así que puso los ojos en rojo y dijo:

—¡Lárgate, mujer! Vete de aquí, o no podré ahorrarte. —La mujer todavía titubeó por unos segundos, como uno que no cree, o como uno que no entiende, tal vez como uno que encuentra la realidad demasiado absurda para acomodarla en una vida simple, entonces la Bandolera gritó—: AHORAAAAA.

Sin ninguna duda sobre lo que debería hacer en ese momento, la devota empleada se echó a correr hacia la puerta y recorrió el pasillo sin mirar atrás. La última inocente del edificio corrió con ella, y Marysol se sintió libre para liberar a los híbridos de su hechizo.

Estiró los brazos e hizo que cada entrada y salida del lugar se sellara. No era como se los híbridos hubieran intentado irse: estaban apegados a la atracción que tenían hacia el poder de la *daemon* tal como hubieran estado unidos al aura de Ruan. Era un aura que olía a dominación, que exudaba soberanía; eso daba lugar a la devoción de aquellos que solo podían recordar su antiguo hogar. Los primeros híbridos atacados murieron sin ninguna resistencia, como si fuera un honor que alguien tan poderoso les cortara la vida. Esos *daemons*, que nunca habían creído en dioses, aprendieron a adorar en el momento de la muerte.

Aprender a adorar fue el último acto de toda una vida.

La pasividad ante la muerte, sin embargo, no duró mucho. Casi nada en el tiempo humano. Pronto, uno de los híbridos se dio cuenta de que su vida terminaría, y tal vez se dio cuenta de que había trabajado duro y dedicado mucho esfuerzo para mantenerse con vida en un mundo que los *daemons* originales consideraban indigno, un mundo humano.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Soy tu flagelo, híbrido.

Para Danielle, que no podía apartar los ojos de los ojos de la Bandolera, era como si Marysol emanara un aura de ángel de la muerte. Por supuesto, Marysol no se veía así, ni siquiera creía en ángeles. Marysol solo estaba haciendo su trabajo, tratando de reparar el daño que había sido precipitado también por su culpa. Sentía que se lo debía a aquellos humanos que la habían recibido tan bien. Sentía que se lo debía a Tico. Cuando pensó

en Tico, una leve preocupación pasó por sus pensamientos, pero no podía concentrarse en las preocupaciones en ese momento, por lo que dejó escapar un grito de batalla aterrador que habría silenciado a cualquier ser por temor a su propia muerte. Pero el híbrido que estaba delante de ella no era un híbrido cualquiera. Él era el presidente de la Casa. El líder de ese nido —creo que puedo llamarlo así—, y necesitaba hacer algo más que aceptar la matanza.

—Señora, escúchenos… —comenzó, con voz temblorosa—, seremos obedientes, nosotros…

—¡Estáis muertos! —ella gritó de vuelta. No estaba dispuesta a negociar.

Abrió los brazos y, de sus dedos, salieron dardos de fuego que explotaron los híbridos, empezando por el presidente mencionado. Algunos de ellos incluso ensayaron una reacción. Una reacción mínima, pequeñísima, ese intento inocuo que se hace solo porque el instinto de supervivencia grita que hay que hacerlo. No tardó mucho para que se dieran cuenta de la inutilidad del acto, entonces empezaron a correr, escondiéndose debajo de las sillas, tratando de abrir las puertas.

Danielle miraba a todo entre horrorizada y asombrada. Ella sabía que era necesario limpiar; el futuro calculado por Marysol y mostrado a ella quemaba detrás de sus retinas resonando maldiciones, la atormentaba. Pero los ojos rojos de Marysol, en ese momento, también la atormentaban.

La Bandolera actuaba como una némesis; como si esa tarea se hubiera hecho por ella, como si fuera su oficio más sagrado, tal vez su verdadera misión. Ella los mató uno por uno, los arrojó al fuego que los consumía mientras soltaban horribles rugidos de dolor y odio.

Eso sí puedo decirles: han pasado muchos años, pero los recuerdos de ese día todavía están grabados en la mente de Danielle, a veces la persiguen en sus pesadillas, probablemente la acompañarán hasta el día de su muerte.

Los híbridos fueron incendiados y, como fueron consumidos por fuego sobrenatural, se revelaron sus antiguas formas de *daemons*, y Danielle se perdió en tantas imágenes, tantos gritos, tantos dolores. Trató de decirse a sí misma que el dolor era necesario, trató de dejar a un lado su ética policial al presenciar los asesinatos, trató de suprimir su humanidad para no sucumbir a la compasión. Esos seres no merecían su compasión; esos seres no eran dignos ni siquiera de los pocos pelos que se volvieron blancos después de ese episodio.

—¡No tenéis el derecho a ensuciar la imagen de toda nuestra raza! No somos entidades infernales, y vosotros habéis ayudado a difundir estas mentiras. Sois cobardes que no lograsteis crecer entre los nuestros, huisteis y ahora destruís los mundos de estos desafortunados. ¡Ya no avergonzaréis a mi raza!

Usó la soga que llevaba alrededor de su cintura y, manejándola con su mano libre como si fuera la soga de un vaquero, la giró sobre su cabeza, la expandió y la transformó en una fuente de energía cuyas luces caleidoscópicas cegaron a Danielle, quien bajó la frente y no vio lo que sucedió después, solo sintió que el aire se alejaba a causa del poder emanado por ese encantamiento. Era casi como una bomba, y atravesó el parlamento como la poderosa voz de la Bandolera lo había atravesado segundos antes. Ningún híbrido escapó de ese vórtice que se extendió, se dobló, se encorvó, se calzó a cada híbrido, aplastándolos, encendiéndolos, mostrándoles que el planeta no era suyo. Los gritos que anteriormente habían sido insoportables se convirtieron en un alarido casi ensordecedor que duró unos segundos. Después del ruido, las formas reales de los *daemons* se separaron de los cuerpos humanos que cayeron, carbonizados, en el piso y, después de eso, llegó el casisilencio.

Los gritos habían desaparecido, pero el sonido de la destrucción estaba allí; en el yeso que se caía de las paredes; en el agua que goteaba insistentemente de las tuberías rotas; en las bombillas que explotaban debido al desplazamiento de energía.

El caos suele ser ruidoso.

Ya cansada, más de lo que pensaba que estaría, Marysol miró a su alrededor para sentir el ambiente. Supo que su trabajo estaba hecho.

—¡Vámonos! —ordenó, pero Danielle tenía una mirada traviesa en su rostro.

—¡Mira nada más! —dijo la inspectora. Parecía encantada con lo que veía—. Todo este caos… ¿Estás segura de que el edificio se encuentra vacío?

—Sí.

—¿Me ayudarías a cumplir un sueño?

Ustedes pueden pensar que Marysol llevó mucho tiempo dentro del Congreso Nacional, pero la verdad es que ella fue muy, muy rápida. No sabría decírselos, en minutos, cuánto tiempo tomó para aislar a los inocentes —tanto humanos como híbridos— y exterminar a los híbridos culpables, pero podría apostar que ella tomó menos tiempo en hacerlo, do que yo he tomado contándoselo. Ella ya estaba parada afuera del edificio, en Brasilia, pensando en la mejor manera de hacer realidad el sueño de Danielle, mientras Thiago seguía persiguiendo al asustado Bulldog en Río de Janeiro.

Bulldog corría por su vida, tal vez ya no podía sentir sus piernas humanas, y Thiago, impulsado por la fuerza y por la magia que le había prestado Marysol a través del pelo unido a su muñeca, corría tras él. El hijo de dos hembras ni siquiera estaba sudoroso, pero cuando Bulldog entró en un páramo cuyo arbusto alto lo ocultaba por completo —o le ocultaría si Thiago no estuviera usando los dones de rastreo de la Bandolera—, decidió que era hora de poner un fin en ello. Se puso más fuerza a sus piernas y corrió con el viento; llegó a Bulldog, haciéndolo caer al suelo.

El chaval trató de gritar, pero su grito falló; falló porque las pequeñas manos invisibles de Thiago se colocaron alrededor de su cuello. Luchaba por aspirar el aire por la boca, pero el aire entrante luchaba con el sonido que intentaba salir; sus piernas se debatían, y él trató de arrastrarse lejos usando los brazos y los codos que sostenían su espalda, pero el agarre de Thiago era inevitable.

Cuando el niño, mitad *daemon*, mitad humano, sintió que Bulldog se desmayaría, lo liberó del agarre y le permitió alejarse, salir del matorral para que pudiera verlo, para que supiera quién lo mataría.

Bulldog se paró en el suelo de tierra, secándose el sudor y las lágrimas de la cara con el dorso de las manos, mirando a los lados, cuando Thiago se hizo visible.

—Así que el Bulldog se ha convertido en gatito, ¿verdad? —desdeñó al chavo, señalando sus pantalones cortos mojados con orina y sucios con tierra.

—¡Joder! ¡Hazte pa’ tras! ¡Va de retro, demonio!

—¡Demonio tu coño, hijo de puta! ¡*DAEMON*! Soy un daemon, ¡joder! —dijo con una voz mucho más poderosa de la que estaba acostumbrado a escuchar de su propia boca, y Bulldog estremeció—. ¡Mataste a mi hermano, gilipollas de mierda!

—No lo maté, no lo maté, fue Mané…

Cerró los ojos, no quería enfrentar a Thiago. El miedo en su rostro era un miedo incompatible con lo que un niño de doce años pudiera hacerlo sentir, y, nuevamente, debo lamentarme por no tener acceso a los pensamientos de ese chaval.

Lentamente, Thiago dio dos pasos hacia él, y Bulldog abrió los ojos, no para enfrentar su destino, sino para saber de dónde venía. Thiago se inclinó y, sin preguntar si podía o si sabría cómo, tocó la frente del chaval: quería estar seguro de su culpa antes de hacer justicia. Invocó los poderes del pelo atado a su brazo y, como si estuviera viendo una película, exploró los laberintos de la mente de Bulldog para descubrir qué le había sucedido a Robson.

Robson había entrado en el callejón que daba acceso a la calle donde se encontraba la antigua casa de su familia y se enfrentó a Mané y Bulldog. El hermano de Thiago no se dio cuenta de inmediato, pero la intención de los chicos era emboscarlo y llevarlo al jefe del tráfico para que pudiera decidir su destino en el tribunal de los narcos.

Lo que no esperaban era que Robson fuera tan perceptivo. Estaba a punto de subir con los viejos amigos, cuando notó que había muchos residentes vistiendo en trajes rojos, lo cual estaba prohibido por la antigua facción que dominaba la comunidad. Cuando se dio cuenta de que era una emboscada y que no se iba a bajar vivo, corrió para escaparse, pero fue rodeado y usó su vieja pistola para tratar de defenderse. Fue con esa pistola que le disparó a Mané en la cabeza.

Acertar a Mané tuvo un precio, y Robson cayó bajo los disparos de Bulldog. No tardó mucho en morir, pero aún tuvo tiempo de sentir el dolor de las muchas patadas entregadas por su verdugo mientras sangraba en el suelo. El sonido de las sirenas de la patrulla hizo que Bulldog corriera, y Thiago se dio cuenta de que ese fue el último sonido que escuchó su hermano: el sonido de los protectores que no llegaron a tiempo; el sonido de una protección que no merecía.

La policía no pudo atrapar a Bulldog, y el rescate no tuvo tiempo de salvar la vida de Robson, pero esas sirenas realizaron el milagro de darle a Lorena un cuerpo que enterrar. Si no hubieran llegado, el cuerpo de Robson nunca hubiera sido encontrado.

Cuando Thiago quitó los dedos de la frente de Bulldog, tenía un sabor amargo en la boca. El chavo, todavía tirado en el suelo, todavía con ese olor a orina que le salía de la ropa, lloraba de miedo al *daemon*. Cualquiera que no supiera lo que Thiago sabía creería en su inocencia.

Thiago retiró su puño derecho y, con una velocidad sobrehumana y una fuerza que no era suya, sino prestada de la Bandolera, le dio un golpe seguro en la mandíbula del chaval que, al sentir el golpe, pareció comprender que no se trataba de un ser sobrenatural, que era apenas un niño. Un niño. Y él no sería golpeado por un niño. Tomando fuerza, no sé de dónde, se levantó del suelo polvoriento y avanzó hacia Thiago.

La lucha empezó.



Lo sé que ustedes se deben estar muriendo por saber qué sueño fue que Danielle le pidió a Marysol que cumpliera. Les digo, pues, que la Bandolera pensó la solicitud algo… excéntrica. Sí… excéntrica es la palabra justa; ella no estaba segura de haber entendido la motivación de la inspectora, pero yo, como humana y brasileña, debo decirles que sí la entiendo.

—¿Cómo prefieres que haga eso? —preguntó la Bandolera.

—¿Cómo? Tú eres quien sabe cómo, yo solo… No sé… ¡Ah! ¿Qué me ves?

—No me estás entendiendo. Estoy preguntando si ¿puedo derribarlo o quieres divertirte?

—¡Ah! Hmmmm… Quiero que sea escandaloso —respondió Danielle, extendiendo sus brazos frente al cuerpo y luego abriéndolos a los lados, como si tratara de rodear todo el edificio—. Quiero mucho ruido y polvo y una gran columna de humo negro que llegue al cielo.

Por sus ojos asustados, señores, estoy me dando cuenta de que ya han entendido quién fue la responsable de la destrucción del antiguo edificio del Congreso Nacional de Brasil. Sí, fue Marysol quien inició la revolución. Esta transformación que hemos estado experimentando en los últimos años, cuyo mayor símbolo ha sido el montón de escombros en que se ha convertido el Congreso, es el trabajo de una *daemon*. Pero no estoy aquí para hablar sobre el presente, estoy aquí para contarles cómo lo hizo.

Decidida a dar a Danielle la diversión que quería, Marysol concentró energía en sus manos, como si estuviera absorbiéndola del medio ambiente, aceptando lo que el mundo humano tenía para ofrecer. Danielle sintió que las esposas se calentaban alrededor de su muñeca y, preocupada, miró su brazo. Marysol la regaño.

—¡Déjate de payasada! Es solo un calorcito, no te hará daño.

—¡Vaya! ¡Lo siento si no soy una *daemon* encabronada!

De las manos de la Bandolera, surgieron dos esferas rojas, parecía que cada una estaba hecha de fuego, o llena de fuego, no sé si puedo explicarles exactamente cómo eran. Pero parecían dos pompas de jabón cuyo interior estaba lleno de llamas en lugar de aire. Marysol extendió ambos brazos hacia adelante, llevando el brazo derecho y obediente de Danielle en el aire. La Bandolera luego unió esas dos esferas y las transformó en una sola bola de fuego.

—¿Quieres tener el honor?

—¿YO? —preguntó Danielle, sorprendida.

—Si quieres divertirte…

—Pero ¡no soy maga!

—La magia es intención. ¡Tómate! —Extendió la bola de fuego hacia Danielle, quien la aceptó con su mano izquierda—. Tú sabes lo que quieres que suceda. Así que… hazlo.

—¿Hago qué? ¿Lo tiro al edificio?

—¡Sí! Pero hazlo sabiendo lo que hay que pasar. ¡Visualiza!

Danielle miró esa esfera, parecía una gran pelota llena de llamas de fuego, la pasó de una mano a otra, vacilante. Probó con la mano izquierda; luego con la mano derecha. Finalmente, colocó la pelota en el suelo y, sin tomar distancia, con la pierna derecha, echó una fuerte patada.

Las intenciones son cosas chistosas. A veces pensamos que sabemos lo que queremos, pero el espíritu, lo que está dentro de nosotros, no nos permite mentir. Tal vez Danielle realmente quería que el edificio fuera destruido, pero ciertamente no quería hacerlo con sus propias manos. O tal vez, tal vez, quisiera, pero en el último minuto, puede haber frenado su deseo debido a la ética personal, la compasión, no lo sé… ni ella lo sabe. El hecho es que la patada golpeó el costado de esa esfera como si fuera una bola marchita, la punta del pie de la inspectora se hundió en la bola, que salió perezosa hacia el edificio y rebotó dos veces, dos rebotes también perezosos, antes de asentarse —perdónenme por eso—, perezosamente, en

el caparazón derecho del edificio, balanceándose hacia los lados antes de detenerse, inocua, inmóvil.

Fue muy… desilusionante.

Danielle miraba a esa bola inofensiva; Marysol, a su vez, miraba a Danielle. La inspectora estaba desconcertada:

—¡Explote, maldita sea! —gritó y extendió su mano derecha, la que llevaba el brazo izquierdo de Marysol junto con las esposas, hacia la pelota.

Y luego sucedió.

Y fue rápido.

La pelota se explotó, desplazó el aire, derribó la torre derecha del Anexo 1 del edificio, que se colgó a la izquierda y se apoyó en la torre izquierda como una carta de juego. Las llamas ardían sobre la mitad del cascarón en el que se había asentado la pelota, y la primera columna de humo negro deseada por Danielle comenzó a elevarse hacia el cielo. La inspectora saltó de alegría y gritó:

—¡Me cago en mi puta madre!

Marysol aprovechó el momento de celebración y arrojó llamas hacia el edificio con sus propias manos, derribó las dos torres, rompió la mitad de la mitad izquierda mientras Danielle celebraba. Tres columnas de humo negro se separaron del edificio y se acurrucaron en el aire para convertirse en una. No les llevó mucho tiempo escuchar las sirenas del departamento de bomberos.

—¿Para dónde? —preguntó Danielle, sosteniendo la mano de Marysol.

—Asamblea Legislativa de Río.

La inspectora lanzó una última mirada larga hacia el edificio en llamas, sonrió y mentalizó su próximo destino para que Marysol pudiera llevárselas.



Thiago estaba acostado de espaldas en el suelo, con Bulldog inclinado sobre él, golpeando su rostro y, por un momento, el niño *daemon* se dejó golpear. Un golpe, otro golpe, y otro y otro. Sabía que los puños de Bulldog eran precisos, se imaginó que, quizás, incluso, su cara estuviera sangrando; tal vez su nariz estuviera rota, pero esos mechones de cabello en su puño, o

tal vez el *daemon* interno que había convocado en casa de su madre Lorena, tal vez fuera una combinación de los dos; no puedo decir. Todo lo que Thiago sabía era que los golpes lo acertaron, pero no lo lastimaron.

Tal vez lo lastimarían, y eso, solo lo descubriría más tarde, pero en ese momento, todo en lo que podía concentrarse era en la ausencia de dolor, por lo que se dejó golpear por un tiempo.

¡Hostia! No se queden tan asombrados. Él tenía doce años. Tenía derecho a cultivar algo de curiosidad.

Lo que, desafortunadamente, Thiago no sabía, es que esos golpes estaban afectando a Marysol. Todo el poder que le permitía a Thiago no sentir dolor, estaba siendo absorbido de la Bandolera a través de los mechones de cabello.

Afortunadamente, el niño no permaneció bajo Bulldog por mucho tiempo; usó su rodilla derecha y golpeó al chaval en el medio de las piernas, luego lo arrojó sobre la cabeza con ambas piernas.

Cualquiera que viera esa escena desde el exterior no creería que un niño tan pequeño sería capaz de hacer ese movimiento; la ligera forma de Thiago parecía tomar la forma de un hombre, parecía mucho más grande de lo que era, a pesar de que no había aumentado ni una pulgada durante esa pelea.

Después de que Bulldog se levantó del suelo, Thiago se acercó y aceptó el primer golpe solo para demostrar que podía pararse, solo para demostrar que era fuerte, solo para comunicarle a Bulldog que no había escapatoria, que él moriría.

Mientras tanto, Marysol ya había limpiado casi todo el país. Estaba siendo rápida y se estaba se volviendo cada vez más débil. Danielle notó el paso vacilante y casi tembloroso de la Bandolera.

—Mary, ¿estás bien?

—Estoy débil.

—¿Todavía queda mucho?

—Aún no hemos terminado el Brasil, así que sí, hay un largo camino por recorrer.

—¿Nos vamos a otros países?

—De verdad ¿crees que todo el mundo colapsará debido a un solo país? La red de Ruan ya ha ido demasiado lejos, y la limpiaré. Necesitamos ser más rápidas.

Danielle tomó la mano de Marysol, y desaparecieron; al mismo tiempo, Thiago hacía su justicia. Golpeó a Bulldog en el estómago, lo que hizo que el chaval se doblara sobre su cuerpo, luego sintió que su cabeza se levantaba con un golpe directo en la barbilla. Después de eso, Thiago no le dio a Bulldog oportunidad de reaccionar.

Usó sus propios puños para matar la cara y el cuerpo del asesino de su hermano.

Y cuando la nariz de Bulldog sangró en Río de Janeiro, Marysol sangró en Washington; la mandíbula del chaval se cayó, rota, sin nada para mantenerla en su lugar aquí; en Sydney, Marysol cayó al suelo, débil; Bulldog se desmayó, pero Thiago todavía estaba matando su rostro con golpes cada vez más enojados, y Marysol probó la sangre dentro de su propia boca en Roma.

La Bandolera y la inspectora estaban en Londres, cuando Marysol, después de la limpieza, cayó de rodillas y no se levantó. Danielle notó los círculos oscuros debajo de sus ojos, la palidez en su rostro y la sangre que goteaba de su nariz y labios.

—Mary…

—Llévame a Tico —le dijo la Bandolera en un susurro.

—¿Tico?

—Piensa en él… ¡ahora!



Thiago estaba cansado cuando finalmente se dio cuenta de que el cuerpo de Bulldog se colgaba, muerto, sostenido por su mano izquierda, mientras que su derecha todavía golpeaba, insistentemente, la masa deformada que una vez se llamó cara. Danielle y Marysol aterrizaron a su lado.

—Tico, ¿qué hiciste? —preguntó Marysol, quien apenas podía pararse sobre sus propias piernas.

Ella se acercó aún más al niño, quería llevar el brazo hacia donde había reconocido su cabello, pero el arresto de las esposas de Danielle la impidió de alcanzarlo, y el simple esfuerzo de tratar de llevar la inspectora con ella hizo que un poco más de sangre gotease de su nariz, pero ella podía

ver el color de los ojos del niño. No estaban rojos precisamente, pero ya no tenían su color humano.

—No lo hice, lo estoy haciendo —respondió Thiago, y arrojó a Bulldog contra una pared de ladrillos. La cabeza del chaval se abrió al impacto—. ¡Me estoy desquitando!

—¿De qué? —preguntó Danielle, tratando de decidir si se acercaba al niño o no.

Ya no se parecía al chico dulce que ella conocía. Esos ojos, esa ira, asustaron a Danielle. Marysol abrió las esposas que las ataban, y Danielle trató de sostener a Thiago por el brazo, pero el niño ya había ido al lugar donde yacía el cuerpo del Bulldog y, antes de que alguien pudiera decirle algo, pisó el cráneo abierto del cuerpo que yacía en el piso, convirtiendo la cabeza en un montón de huesos rotos y materia cerebral.

Danielle quería vomitar.

Marysol solo lo miraba. Tranquila.

Marysol entendía la necesidad. Ella bien sabía que, si tuviera la oportunidad, sería su bota contra la cabeza de Ruan, y deseó poder sentir cómo sería si sus talones abrieran el cráneo ensangrentado, y la suela de su bota aplastara el cerebro del bastardo.

Le permitió a Thiago hacer su justicia, aunque el niño la llamara venganza.

—¡Mató a mi hermano! ¡Mi hermano! Crecimos juntos, estudiamos en la misma escuela, pero él lo mató de todos modos. ¡Tenía que morir!

—Te entiendo, chavo —dijo Marysol, limpiándose la sangre de la nariz con el dorso de la mano—. Pero tú robaste algo de mi poder, y lo necesito.

Thiago miró su puño.

—Lo siento. No quise lastimarte. He usado tu pelo, pero… perdóname, tía, no quise lastimarte…

—Lo sé, chavo. Pero has terminado tu trabajo, así que necesito que te deshagas de este pelo y te calmes.

Thiago hizo lo que la Bandolera le pedía, y ella le dio las gracias con un movimiento de cabeza.

—Vayámonos a mi casa —dijo Danielle, y Marysol estuvo de acuerdo, extendiendo su mano para sostener la de la inspectora. Al ver que Thiago no se movía, Danielle preguntó—. ¿No vienes, Tico?

—¿Puedo pediros una cosa?

—¿Qué? —preguntó Danielle

—No me digáis Tico nunca más. Mi nombre es Thiago.

Todas las dudas que Marysol pudiera tener sobre si Tico era o no un *daemon* se terminaron allí. En ese preciso momento. Los ojos sobrehumanos, la transformación visible de su cuerpo en los pocos días que no se habían visto y el nombre… ¡Ah! ese nombre…

—Muy bien, Thiago.



En el apartamento, Marysol se arrojó sobre el sofá. No tenía idea de cómo se veía, pero podía sentir lo destruida que estaba a través de las miradas preocupadas de Danielle y Thiago. Una preocupación que se mezclaba a la culpa. Thiago, por los mechones de cabello; y Danielle, por pedirle que destruyera el Congreso Nacional.

—Mary, vete a la cama. Duerme un poco.

—Relájate. Estoy bien.

—Estás fatal —dijo Danielle.

—Todavía puedo golpearte la cara.

—No dudo. Pero hazlo por mí, porfa. Descansa. Me siento muy culpable por lo que te pedí que hicieras en el Congreso…

—Vale. Si es por ti, para que dejes de regañarme…

Marysol se fue, dejando a Danielle y Thiago solos en la habitación.

Los dos se miraron el uno al otro. Estaban incómodos.

Ella, llena de preguntas que tenía miedo de hacer.

Él, lleno de respuestas que no sabía si podía liberar.

Danielle tenía miedo de lo que le había visto hacer a Bulldog, pero sabía que Thiago no era un chico normal, él era su hijo nonato, y ella lo amaba. También sabía que no era completamente humano, por lo que tendría que entenderlo y, si no podía, haría todo lo posible por aceptarlo.

Thiago tenía doce años. Era un adolescente y, como todos los adolescentes, sin importar la raza o la especie, todavía no sabía quién era o qué creer. Su ser estaba dividido en dos. Un lado estaba enojado con esa mujer que, él sabía, había sido irresponsable y había tenido problemas, de lo contrario habría sido su madre y le habría ahorrado la vida miserable que

tenía; el otro lado sentía afecto por la inspectora que había conocido por algún tiempo y que siempre lo había tratado con respeto.

Estuvieron en silencio por un rato. Sin saber qué decir, qué pensar, qué preguntar, entonces Danielle señaló su ropa.

—¡Estás sucio! Hay sangre y cerebro por todas partes. Ve a ducharte.

Así.

Como si fuera su madre.

Y Thiago se fue.

Así.

Como un hijo obediente.



Dentro del dormitorio, Marysol pensaba en sus próximos pasos. Sabía que Ruan la estaba esperando y que, tarde o temprano, descubriría lo que ella había hecho en lugar de ir a buscarlo. También sabía que estaba demasiado débil para enfrentarlo en un duelo, incluso si fuera un duelo en el que la magia no podía usarse. Ella estaba seca. Por dentro y por fuera.

Miró la guitarra que estaba acomodada en una esquina de la habitación. Esa guitarra que no entendía por qué la había robado, y entendía aún menos por qué los jueces le habían permitido conservarla. Toda esa confusión, toda esa persecución, toda esa… maldición. Ruan solo se había cruzado en su camino debido a la guitarra, porque los jueces la querían de regreso, y sin embargo a ella se le permitieron conservarla.

¿Por qué?

Recordó la sensación, recordó el momento en que se sintió irremediablemente atraída por el instrumento. Era como si fuera de ella, era como si fuera… ella. Pero ¿cómo podría ser ella la guitarra? ¿De dónde venía esa certeza de que la guitarra le pertenecía? La guitarra era toda magia, mientras que ella… bueno… ella era el contrapunto perfecto para el uso de la magia.

Siempre había renunciado a sus habilidades.

Nunca había confiado en lo fácil, lo simple, lo natural.

Demasiado cansada para seguir pensando, se dejó caer sobre el colchón y apoyó la cabeza sobre la almohada.

Había arena, y se le metía por los ojos; había el viento que silbaba en sus oídos; la tierra era roja, y ella se quitó el polvo a las botas. Marysol miró hacia adelante. No había nada. O tal vez simplemente no podía verlo por toda esa arena. Se preguntó de dónde venía tanta arena si el suelo en el que estaba era de tierra, pero siguió caminando. No había una dirección correcta para ir, porque todo era vacío.

Vacío, arena y soledad.

El sonido amortiguado de las botas en el suelo de tierra desafiaba la música del viento, y ella bajó el borde del sombrero hacia la frente para evitar que la arena avanzara por sus córneas. Caminó mirando al suelo, mientras el viento castigaba sus mejillas. De vez en cuando, se arriesgaba a echar un vistazo al horizonte para saber si podía ver el final del camino, pero no había final.

Solo había arena.

El viento dibujaba espirales donde esa arena se mezclaba con la tierra roja y eso, de alguna manera, reforzaba la soledad; hacía que la música del viento fuera más triste.

«Marysol…» cantó una voz femenina junto con el viento.

Sin temor a la arena, la Bandolera levantó la cabeza. La figura que caminaba hacia ella no le era ajena.

—¿Qué hace aquí, su señoría?

—La pregunta es, ¿qué haces tú aquí, Marysol?

—Yo no sé. Estoy perdida.

—Qué bueno…

—¿Bueno?

—Qué bueno que finalmente lo hayas reconocido. Has estado perdida por mucho tiempo, cariño.

Marysol miró a los ojos de esa mujer; esa mujer que significaba tanto y, al mismo tiempo, no era nadie en su vida. Quisiera gritar tantas cosas. Gritar. Pero no lo haría, era una daemon*, y los* daemons *no gritan su desespero. Por mucho que le doliera, por mucho que la castigara, por mucho que hubiera aprendido algo sobre los sentimientos y sabía que lo que estaba sintiendo era ira, ella no gritaría. Se quitó el sombrero y permitió que la arena se incrustara en su cabello.*

Ella no estaba perdida.

Ella no tenía miedo.

No le daría a esa mujer el placer de verla débil.

La jueza extendió sus brazos y el viento se detuvo.

La falta de la música del viento convirtió la soledad en un peso abrumador.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó la Bandolera.

—Porque sabes quién es la guitarra.

—¿¡Quién!?

—Una no huye de sí misma por mucho tiempo…

La figura de la jueza desapareció en el aire y el viento volvió a levantarse, pero la música que lo acompañaba había cambiado. La Bandolera sintió que su cuerpo se despegaba del suelo por la fuerza del viento y, mientras flotaba en el aire, sintió que se le era quitada la ropa; mientras los granos de arena blanca golpeaban su piel expuesta, reconoció los acordes de la vieja guitarra rellenando el vacío dejado por la música del viento.

El cuerpo desnudo de la Bandolera flotaba mientras su cabello bailaba en espirales junto con la arena.

—Esa eres tú, Marysol. Como te ves. Sin el disfraz, sin la armadura, pero estás incompleta… No huyas de ti misma, no niegues tu magia.

Las cuerdas de la guitarra replicaban notas cada vez más altas, y el sonido era como la arena, también castigaba su piel, parecía querer invadir sus poros, estaba tan cerca que no parecía venir del exterior, parecía salir de ella.

—La guitarra es mía.

Una bocanada de aire impulsó su cuerpo hacia arriba, y la Bandolera extendió los brazos.

—La guitarra soy yo.

Escuchó unos golpes, pero no se les dio atención, el sonido de la guitarra estaba más fuerte; ella abrió los ojos porque sabía que podía dominar la arena, pero su cuerpo fue succionado hacia el suelo.

Marysol se despertó con la sacudida de su cuerpo sobre el colchón donde había dormido, un golpe, como si se hubiera caído sobre la cama. Se sentó y se miró a sí misma. Todavía estaba en la misma ropa, todavía estaba en el dormitorio de Daniele, su piel no mostraba signos de haber sido castigada por toda esa arena, todo ese viento.

—¿Estas bien? —preguntó Danielle. Solo entonces la Bandolera se dio cuenta de la presencia de la inspectora. Ella sostenía un plato humeante

—. Mi madre y mi abuela siempre decían que una buena sopa levanta a cualquiera —completó Danielle, sin esperar la respuesta.

—Huele rico. ¿Tú la hiciste?

—¡No! Yo cocino tan bien como tú tocas la guitarra.

¡La guitarra!

Marysol miró a la pared donde se suponía que debía estar, pero ya no estaba ahí. La Bandolera sonrió, tomó la bandeja de las manos de la inspectora y la colocó sobre sus propias piernas.

—Está rica —dijo, después de la primera cucharada.

—Les pedí mucha pimienta. —Se sentó al borde de la cama, evaluó la condición de Marysol y preguntó—: ¿Tienes idea de cuánto tiempo necesitas para recuperarte?

—Ya estoy mucho mejor.

—No te hagas. Te ves pálida, parece que te vas a desmayar en cualquier momento. Sé que empezaste el día planeando desafiar a Ruan, pero necesitas un plan B.



Sola, Solymar veía las noticias. Todo ese ataque masivo contra las mayores autoridades políticas del mundo, casi al mismo tiempo. No se mencionaba nada más. Ningún grupo terrorista se había atribuido la responsabilidad de los múltiples ataques, y la muchacha ni siquiera pensaba en asociar ese evento con los *daemons* que la rodeaban. Se odió a sí misma por un segundo porque estaba más interesada en los ataques realizados en el extranjero y, mientras veía los restos del Congreso Nacional de Brasil en la televisión, perdió interés en las noticias. Comprendió que le daba poca o ninguna importancia a quien estaba en ese edificio, y en algún lugar dentro de sí misma incluso pensaba que se lo merecían.

Hasta lo había deseado algunas veces.

Un sueño hecho realidad.

Cambió de canal porque necesitaba distraerse de su obsesión, pero todos los canales estaban pasando lo mismo, y eso no la distraería. No importaba cuán conmovedor fuera el evento, no le interesaba. Todo lo que la afectaba, en ese momento, era que Ruan no había regresado como se la había prometido, y que ella todavía estaba sola.

Se preguntaba qué pudiera estar haciendo el *daemon*. Si él estaba con otra mujer, si él estaba detrás de Marysol.

Intentó llamar a su novio, pero fracasó.

Paseó por la casa.

Estaba inquieta, sola y con el alma en un hilo.

Decidió que necesitaba un baño y, mientras la tina se estaba llenando de agua, dejó unos mensajes vergonzosos y desesperados en el buzón de Ruan.

Se acomodó en la bañera, sumergió su cuerpo en el agua tibia.

Desde que había hablado con Marysol, su cabeza estaba hecha un desastre; agregó esa confusión a la visión de Rogelio, caído al suelo, destruido después de hablar con Ruan, y no pudo conectar los puntos. No podía relacionar esa realidad con la suya. Ella vivía en constantes cuestionamientos, porque cuando estaba cerca de Ruan… ya saben… él la hacía feliz, y Solymar consideraba que, si ella estaba tan feliz, eso era lo correcto. A la mierda con los demás. No importaba lo que decían: Ruan era bueno. Era bueno para ella. La hacía feliz. Los otros que cuidasen de sus propias vidas.

Sintió que el agua comenzaba a enfriarse, así que encendió el masajeador y observó cómo se formaba la espuma que ocultaba su cuerpo.

—Ruan… ¿dónde estás? —preguntó a las paredes.

Sola.

Si no hubiera sido tan engañada por los pocos, aunque abrumadores, momentos de realización, podría haberse dado cuenta, en ese momento, de que no estaba tan feliz.

Pasó la punta de los dedos sobre los pezones, sintió un ligero hormigueo entre las piernas y luego continuó. Se alisó toda la piel mientras pensaba en la poderosa mirada de su novio. Se apretó los pechos con fuerza y buscó los chorros de agua dentro de la bañera, haciendo que la golpeasen en los lugares correctos, en los mejores lugares para encontrar placer.

Pero incluso si el hormigueo aumentaba, a pesar de que todo su cuerpo temblaba con el deseo de alcanzar el placer, ella no podía. Apretó sus senos con más fuerza, dejó que su boca respirara gemidos excitados, acercó sus genitales aún más a los fuertes chorros de agua, pero nada. Se encontró fingiendo el placer por sí misma.

Vacía.

Ella y las paredes.

Pero no dejó de intentarlo.

Se quitó las manos de los senos y se las llevó entre las piernas.

Se frotó con fuerza.

No era deseo, era desesperación.

Quería sentir ese placer pensando en Ruan.

Quería sentir cualquier placer que le quitase la agonía y la hiciese olvidar todos esos celos.

Los gemidos ya no escapaban de sus labios.

Ella solo se frotaba, y se frotaba, y seguía se frotando.

Ella ya sentía que se estaba lastimando, pero no le importaba, quería un orgasmo y lo conseguiría.

Cuando llegó el orgasmo, fue solo la respuesta natural del cuerpo a la estimulación. No le dio placer.

Sola en el baño, Solymar se miró a los pechos duros y lloró.

El lloro de los solitarios.

De los necesitados.

De los no amados.

Cuando se calmó, todavía sintiendo una sensación de ardor entre las piernas, que mezclaba el deseo de ser tocada por otra persona y los rasguños que se había infligido a sí misma en la búsqueda de ese orgasmo sin genuino placer, dejó la tina.



—¿Estás loca? —Danielle estaba exasperada, mientras Marysol hurgaba en los cajones buscando por un atuendo.

—¡Es la única forma! Ese es mi plan B. ¡Tu idea!

—Cuando pensé en el plan B, pensé en B como una buena idea, no buena mierda.

—Sabes que es una buena idea. Funcionará.

—Lo sé es que, estando cerca de ella, tu fuerza aumenta, pero proponerla unirse contra él… ¡Ah, doña Marysol, ¡quítate la venda! Tu doble no te apoya, es lo suficientemente histérica como para estar celosa de ese traste y considerarte una rival.

—Tengo que intentarlo. Es la única parte de mí que aún falta y, para enfrentar al Maldito, necesito estar completa.

Sin saber qué hacer, Danielle arrancó los pantalones que la Bandolera tenía en sus manos.

—¡Devuélveme!

—¡No!

—¿Crees que esto me impedirá de pisar a la calle? —preguntó Marysol, le dio la espalda y salió de la habitación sin pantalones. Danielle la siguió.

—Marysol, no lo hagas, Mary…

—Ya estoy haciendo…

—¡OKAY! ¡Vale! —Sacudió las llaves frente a la cara abatida de Marysol y le tendió su par de jeans—. Yo te llevo. ¡Joder!

Marysol le dio las gracias con una sonrisa incolora y se puso los pantalones ya en el pasillo, frente al elevador. Solo, Thiago aprovechó la oportunidad para dormir y, también, para recuperar sus fuerzas y prepararse para el duelo.

No dejaría sola a Marysol.



Marysol cruzó hacia la acera donde se encontraba la casa de la doble, un edificio más pequeño que el anterior, pero con paredes más altas. Trepó la pared frontal, saltó y cayó al otro lado sin hacer ruido. Una vez dentro del patio, no tuvo miedo de entrar, sabía que Ruan no estaba allí.

Probó el pomo de la puerta. Bloqueado

—Un poquito de magia no me hará daño…

Marysol entró y exploró la casa en silencio, escuchando nada más que la música proveniente del baño donde estaba Solymar. Mientras caminaba, sintió un extraño calor entre las piernas; usó sus pies descalzos para sentir las vibraciones del lugar. Sintió la vibración de los pasos de Solymar saliendo del baño y entrando en su dormitorio.

La *daemon* frunció el ceño, perpleja, ya que el aire estaba lleno de tensión sexual, pero no sentía la presencia de otro hombre o mujer alrededor y, lo que era más importante, no había Ruan. Intentó dejar a un lado toda esa tensión para concentrarse en su objetivo, pero cuanto más se acercaba, más se intensificaba el ardor entre sus piernas.

Pasó por un corredor no muy largo, donde Solymar había instalado su oratorio con la imagen de la Virgen de Guadalupe. Ella sonrió mientras miraba a la santa.



En su dormitorio, envuelta en una toalla, Solymar estaba sentada en la cama intentando, una vez más, llamar a Ruan, quien finalmente respondió.

—¿Por dónde estuvo? ¡Estoy esperándote!

—Lo siento, cariño, pero algo sucedió. No sé si podré verte hoy.

—¿Qué pudo haber sucedido en la estación que yo no esté al tanto? ¿Olvidaste que yo también trabajo ahí?

—Sol, no hace falta esa actitud ahora…

—Sé qué no hace falta, Ruan, yo no te hago falta.

Colgó el teléfono, furiosa, y comenzó a llorar de nuevo.



Ruan miró al teléfono que se había apagado. No le preocupaba la falta de control de Solymar. Sabía que la guerra había terminado y que no la necesitaría por más tiempo. Comprendió que Marysol lo había engañado haciéndole creer que iba a encontrarse con él cuando vio las noticias sobre los presuntos ataques terroristas en todo el mundo, y especialmente la destrucción del Congreso Nacional. Toda su base estaba allí, todo su plan para cuando ganara el duelo había sido destruido.

—Esa perra cree que puede derrotarme…

Sabía que el siguiente paso de Marysol, ahora que había retrasado mucho sus planes entre los humanos, sería desafiarlo al duelo, por lo que se quedó en donde estaba y esperó.



Marysol sí tenía la intención de buscar al Maldito, pero no sería esa noche. Usó la poca magia que aún tenía y cubrió los espejos en camino a su objetivo para que Ruan no pudiera encontrarla.

En su habitación, Solymar sufría. Era cierto que era romántica y estaba enamorada, pero no era estúpida y, por supuesto, no se tragaba el cuento de Ruan. Tiró su móvil y escuchó un ruido en el pasillo. El trauma del ataque del difunto Arthur surgió, y Solymar empezó a temblar.

No perdió tiempo en vestirse, solo pensó en tomar la pistola que Ruan le había dado y salió de la habitación en silencio. No sabía cómo disparar, estaba temblando con el arma en la mano, pero un atacante no lo sabría, pensó. Luego, de puntillas, caminó por el pasillo sintiendo que no estaba sola. Solymar respiró hondo, trató de controlar el temblor en su cuerpo, ajustó el arma en sus manos y caminó hacia adelante.

—¡Necesitamos hablar! —dijo Marysol tan pronto como la vio. Solymar lanzó un grito cuando vio a su doble, y Marysol la miró de arriba abajo, dándose cuenta de su incomodidad con el arma—. Te vas a lastimar con esto… ¡Dámelo! —Trató de coger el arma, pero Solymar dio un paso atrás—. ‘Tá bueno. Pero ten cuidado, ¡eh!, no te vas a darte un tiro en el pie.

—Deberías temer que te diera un tiro a ti. ¿Cómo me encontraste?

—¿No te dijo tu novio que ninguno de nosotros puede ser herido o asesinado por humanos?

—Me dijo que no puedes lastimarme a mí porque… —Solymar se detuvo, no quería admitir que, en cierto modo, eran la misma criatura.

—Es cierto. Mi fuerza, vista como sobrenatural para ti, no funciona contigo porque yo no podría extraerme sangre. Tu maldito Ruan probó su propio veneno cuando intentó romper el brazo de Rogelio, así que creo que deberías bajar la guardia y escucharme. No vine a lastimarte.

—¡No soy tú! —Solymar estaba temblando, pero era más por indignación que por miedo—. Y ¡para nada me gustas!

—Si no te gusta a ti misma, debes buscar a un psicólogo.

—No estoy de humor, así que no me pruebes. ¡Vete de aquí!

—Él te mintió y te dejó sola. Estás llena de lujuria reprimida, puedo sentirlo, pero él prefiere estar con otra u otras, tal vez incluso… otros.

—Vete a la mierda, ¡demonia sucia!

Marysol se acercó a Solymar en segundos. No podía soportarlo cuando la decían demonio, porque sabía exactamente la connotación que esa palabra tenía entre los humanos.

—Sucia eres tú, viviente, que abres las piernas a otro demonio y aún lloras por su ausencia. ¿Olvidaste que él y yo somos del mismo mundo?

Solymar notó la mirada cansada de Marysol y frunció el ceño; al mismo tiempo que una parte de ella estaba preocupada por esa debilidad no disfrazada, otra parte se rebelaba porque, aunque parecía que caería al suelo en cualquier momento, la Bandolera mantenía esa actitud autoritaria y esa voz fuerte, como si Solymar fuera una niña ingenua e indefensa.

—Viniste a mi casa sabiendo que no eres bienvenida. ¿Qué quieres? ¡Dilo de una maldita vez!

—Estoy sin fuerzas. Danielle dice que estoy enferma, pero es por poco tiempo. No puedo enfrentar a Ruan así. Él me matará si no me ayudas.

—¿Qué dices? —Los ojos de Solymar se abrieron y colocó la pistola en un estante—. De verdad ¿crees que te voy a ayudar a matar a Ruan?

Marysol sacudió la cabeza sin paciencia y se volvió de lado para no enfrentarse a Solymar.

—Creo que no entendiste lo que él busca aquí en tu mundo. Es malo, Solymar. Te sedujo para te jugar contra mí.

—Y tú ¿no hiciste lo mismo con el pobre Rogelio?

—Al principio sí. Pero me quedé con él porque me gusta, porque no es malo y porque me satisface.

Intentando procesar esa información, tratando de combinar la imagen de esa mujer tan parecida a sí misma con la ausencia de Ruan, la cara abatida de Marysol y el recuerdo de Rogelio tirado en el suelo incapaz de caminar, Solymar cambió de tema y llamó la atención sobre la apariencia de la Bandolera.

—¿Qué te pasó?

—Es una larga historia, y no tengo tiempo para ello. No te estoy pidiendo que seas mi amiga, solo quiero que estés de mi lado durante el duelo.

—¡Estás loca! —gritó Solymar, y se volvió para tornar a la habitación. Marysol la tomó del brazo.

Enfurecida, Solymar trató de alejarse y terminó dando un golpe en la cara de la Bandolera, que la empujó hacia atrás. Cada una, en su propio extremo del pasillo, sintió el impacto del golpe sobre la otra. Sol, sintió la bofetada; Marysol, sintió el empujón. Se quedaron sin palabras durante un tiempo considerable.

Solymar acariciaba su mejilla ardiente con la bofetada que le había dado a Marysol, y luego dejó escapar toda la frustración que sentía. Corrió

hacia la Bandolera y la arrojó al suelo, se sentó en sus caderas y la abofeteó voluntariamente.

Marysol no ofreció resistencia. De hecho, necesitaba ese contacto con su doble, que le devolvería su fuerza, así que dejó salir a Solymar. La muchacha estaba golpeando y llorando, la toalla que la había envuelto yacía sobre las piernas casi inmóviles de la Bandolera, y su cara estaba en llamas. Hasta que se dio cuenta de que no solo su rostro estaba ardiendo. Todo su cuerpo se había convertido en fuego, y mientras golpeaba a Marysol, sintió el ardor entre sus piernas, donde sus genitales se frotaban contra su oponente durante la pelea. Tal vez inconscientemente, tal vez buscando el placer que no había obtenido durante la masturbación, Solymar comenzó a moverse más libremente mientras se permitía continuar abofeteando a la otra.

La otra que no era otra.

Ya no sabía si el dolor que sentía era suyo o de Marysol.

Ya no sabía si el placer que sentía era suyo o de Marysol.

Sin embargo, continuó abofeteando.

Sin embargo, continuó se frotando.

Cuando llegó el orgasmo, nacido de su vientre, dejó de golpear y de frotar y, asustada, abandonó las caderas de la Bandolera, se sentó en el suelo frío y, con la ayuda de sus manos y pies, se arrastró hacia atrás. De vuelta a la puerta del dormitorio. Se detuvo cuando su espalda encontró el borde de la cama.

Perdida, respirando con dificultad, miró el contorno de Marysol, que también estaba sentada en el suelo, todavía fuera de la habitación, mirándola con los ojos enrojecidos.

No era el rojo de los *daemons*, Marysol no estaba enojada. Estaba emocionada. Tan emocionada como Solymar.

Marysol apoyó las manos en el suelo y, gateando, se acercó de la asustada doble. Acercó su rostro al de ella, hasta que pudo sentir el calor del aliento de la otra en su propio rostro. Con su mano derecha, liberó el cabello de Solymar de su eterna coleta, luego deslizó sus dedos por su cuello y la besó mansamente.

Un beso gentil.

Un beso casi amoroso.

Cuando sus bocas se separaron, Solymar todavía tenía los ojos cerrados cuando dijo:

—No me gustan las mujeres.

—No soy otra mujer, soy tú.

De rodillas, Marysol se quitó la blusa y se tocó los senos desnudos.

—¿Sientes esto? —preguntó a una Solymar que había echado la cabeza hacia atrás apoyándola sobre el colchón de la cama, mientras sentía el contacto con su propia piel.

—No me gustan las mujeres —repitió Solymar, dividida entre tratar de escapar y seguir sintiendo ese placer.

—Pero te gustas a ti misma—dijo Marysol, todavía acariciando su propia piel—. Igual que me gusto a mí. —Se dejó caer las manos sobre el vientre y, moviéndolas a través de la cintura de sus jeans, tocó su propio sexo. Solymar se mordió el labio, incapaz de detener el gemido de placer.

Marysol luego retiró la mano de su sexo y tocó el de Solymar.

Solymar sabía que era el toque de la otra, pero se sentía como si fuera el suyo. Sentía los dedos de la Bandolera deslizarse sobre ella, invadirla, acariciarla, y quiso más.

—Te odio… Me odio a mí misma… pero quiero hacerlo.

Incapaz de contenerse, arrojó su cuerpo desnudo sobre la Bandolera. Sus bocas se encontraron de nuevo y, porque quería sentir, sentir con cada parte de sí misma, Solymar le mordió el labio inferior de Marysol. El dolor fue compartido por ambas.

—Yo también quiero… —susurró Marysol, y esta vez fue ella quien le mordió el labio a la otra, hasta que el deseo de dolor se convirtió en un beso apasionado.

Dos hembras iguales y diferentes.

Sus cuerpos convergían entre sí, querían ser uno, querían estar dentro de uno y el otro sin poder, por lo que trataron de mantenerse lo más cerca posible.

Si bien permitieron que sus bocas se deslizaran sobre la piel de la otra, no sabían quién estaba besando a quién, todo el sentimiento era doble.

Cada una era dos.

Y los rasguños en la piel se sentían en la piel y en los dedos.

Y las lenguas que pasaban se sentían en la piel y en la boca.

Y los dedos que invadían se sentían en las manos y en el interior.

De cada una.

De las dos.

Al mismo tiempo.

Dejaron el piso frío y se acomodaron en la cama sin pensar en correcto o incorrecto. Boca a boca, el aliento intercambiado entre ellas también intercambiaba fuerza y vida.

Una fuerza que faltaba a Marysol.

Una vida que faltaba a Solymar.

Piel a piel, el contacto mantenido entre ellas promovía el intercambio del coraje y de la alegría.

El coraje que faltaba a Solymar.

La alegría que faltaba a Marysol.

Mientras vivía esa experiencia, la Bandolera no pudo evitar sondear la vida de su doble en ese mundo de humanos. Permitió que todos los dolores y amores de Solymar la tomasen por completo y se los devolvió. Sintiendo la sensación física de dar y recibir placer para ella y para sí misma, Solymar también vio su vida a través de los ojos de la Bandolera.

Ella sabía lo que estaba viendo y lo aceptó como un regalo, una oportunidad de aprender, de descargar todos sus remordimientos, una oportunidad de mirar hacia atrás sabiendo que no podría haber hecho nada diferente y, aunque le doliera recordarlo, logró comprender quien era.

Una mujer.

Una hembra.

Ella también una *daemon*.

¿Por qué no?

Podría ser. Podría ser valiente y fuerte como Marysol. Podría tener lo que quisiera y, esta vez, podría estar del lado justo.

De repente descubriéndose a sí misma, Solymar se acostó sobre Marysol y, por unos segundos, miró a la Bandolera y le gustó lo que vio.

Ella sonrió.

—Me amo —dijo Solymar, antes de colocar un delicado beso en los labios de Marysol.

La Bandolera le devolvió la sonrisa, y sus manos comenzaron a correr salvajemente sobre los cuerpos de ambas.

Cuando, después de horas, las dos alcanzaron el éxtasis completo y simultáneo, sucedió algo poderoso.

Se convirtieron en una.

Sus espíritus se quedaron unidos. Marysol había recuperado la parte que le faltaba, y Solymar había ganado una parte que no había buscado, pero que le gustaba tener.

Durmieron abrazadas.



A la mañana siguiente, Ruan estaba solo y, de alguna manera, preocupado. No sabía el paradero de la Bandolera. Él la había estado esperando toda la noche, pero ella no se había dignado a aparecer.

Danielle, insegura de si entraba a la casa para entender por qué Marysol estaba tardando tanto para salirse, se quedó durmiendo en el auto y, al sentir los primeros rayos de sol golpeando su rostro a través del parabrisas, decidió que no podía esperar más.

Marysol y Solymar se despertaron casi al mismo tiempo. Se miraron y sonrieron. La Bandolera estaba vigorizada. Todavía no había recuperado completamente su fuerza, pero ya se sentía capaz de luchar, especialmente si Solymar estuviese a su lado.

—Buenos días —dijo ella.

—Hola —respondió Solymar—. Te ves mejor.

—No me veo. Estoy. Y tú sabes.

—Sí, lo sé… ¡qué raro!

—No pongas demasiado de tu pensamiento en ello. Sabes que es correcto. Si empiezas a pensar, también empezarás a cuestionar.

—Las preguntas pueden ser buenas…

—A veces. Otras veces, las preguntas solo sirven para enmascarar la verdad.

—Y ¿cuál es la verdad?

—La verdad es que la primera respuesta es siempre la correcta. Sabes que no miento, sabes que Ruan es malo, así que acepta lo que sabes sin pensar demasiado. ¿Puedes intentarlo?

—Creo que si…

—¿Puedo ducharme? —preguntó la Bandolera, queriendo dejar a Solymar sola con sus pensamientos.

—Sí. —Indicó el baño con la mano.

Mientras Marysol se duchaba, Solymar prendió la televisión que continuaba cubriendo lo sucedido en la Plaza de los Tres Poderes. No se sabía cuántas personas se habían muerto, y la indiferencia que Solymar había experimentado el día anterior desapareció.

Su corazón estaba turbado y se sentía insegura.

No le gustaban los políticos, pero se dio cuenta de que eran personas, y nadie merecía morir así. Marysol regresó a la habitación disculpándose.

—Espero que no te importes, pero te tomé prestado una muda de ropa.

—Vale.

—¿Qué pasó?

—Nada. Estoy viendo las noticias. El edificio del Congreso Nacional fue destruido ayer… ya sabes… a veces soñamos con ello. Estos políticos hacen tanto mal, que incluso queremos que alguien explote todo, pero ahora que ha sucedido…

—No te preocupes; dejé ir a la gente inocente.

La cara de Solymar se convirtió en una cara de asco.

—¿Tú lo hiciste?

—Fue necesario. Ruan…

—¿Ruan? ¿Ruan? ¿Qué podría tener que ver Ruan con esta mierda?

—Él…

—¿Sabes qué? No me interesa. ¡Vete! No puedo creer que me hayas engañado. Eres lo peor que me ha sucedido.



Afuera, Danielle estaba a punto de saltar por encima del muro y entrar, cuando vio a Marysol salirse con la cabeza gacha, seria.

Adentro, Solymar tomó su móvil.

—Ruan, necesito hablarte.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 21

High No... Oh, ¡no way!

El semblante de Marysol era, para Danielle, indescifrable. Estaba claro que la Bandolera se sentía mucho mejor. Las ojeras y la palidez habían desaparecido y, si no fuera por el semblante malhumorado, podría decirse que incluso estaba de buen humor.

—Vieja loca… —murmuró, tan pronto como saltó al lado de Danielle.

—¿Qué pasó? ¿Qué hiciste ahí toda la noche?

Marysol no respondió de inmediato. Debido al intercambio de energía sexual, no solo había recuperado parte de sus poderes y fuerza; se dio cuenta de que sus sentidos estaban mezclados con los de Solymar e, incluso allí desde la calle, sintió la traición cuando su doble llamó a Ruan y le contó todo lo que había sucedido entre las dos.

No podía perder más tiempo. Ruan ya debería saber que ella había sido la responsable de lo que sucedió en la Plaza de los Tres Poderes, y por supuesto también sabía que ella estaba más fuerte por haber intercambiado energía sexual con su doble. Lo que Ruan tal vez no supiera es que la energía intercambiada solo había sido la necesaria para restaurarla. Le urgía lanzar el High Noon lo antes posible.

Danielle se quedó impaciente:

—Me vas a decir qué pasó ¿o no?

—¡Ya! Nos tomó mucho tiempo llegar a un acuerdo, y ella me hizo caso… es decir… hacer, hacer… exactamente… no. Pero me escuchó, y me dio la fuerza que me hacía falta, durante el sexo. Pero, a la mañana, la loca vio a los noticieros y se volvió furiosa por los buitres que maté. —Enojada, se metió en el auto y cerró la puerta—. ¡Al infierno con ella!

—A ver… Tuviste sexo contigo misma, ¿es así? —preguntó la inspectora. La perplejidad le saltaba de sus ojos—. ¡Hostia!

—¿Qué me ves? ¿Nunca lo hiciste tú? —Marysol la miró de reojo—. ¡Todos lo hacen!

—¡No! ¡Sí! A ver… ni siquiera quiero escucharte —dijo Danielle, mostrando a la Bandolera su palma como si quisiera crear un muro entre ellas, un muro que la separaba de un acto inimaginable.

La Bandolera aceptó esa barrera simbólica y se centró en sus prioridades. Quería volver al apartamento, ponerse una ropa, su ropa, las que la hacían sentirse como en casa, poderosa. Necesitaba su sombrero, sus botas, sus armas. Eran su armadura. Estaba segura de que, al igual que la Bandolera que siempre había sido, podría entender mejor sus pensamientos y rumiar en una forma de sacar su nueva banda de esa pelea.

Sabía que Thiago estaría en el apartamento esperando a las dos, y sabía que no sería capaz de mantener alejado al niño; sabía que Rogelio estaba en su propia casa esperando que ella apareciera, y sabía que no mantendría alejado al médico; ella sabía que Danielle nunca la dejaría; y esas cosas, esas personas, esa familia que había ganado entre los humanos, la ponía nerviosa al tanto que llenaba su corazón de calidez.

Ella no podía pararse frente al Maldito así.

No con tanto que perder.

En el apartamento, logró ponerse su ropa, pero no pudo evitar que su banda la siguiera. Una vez había dirigido un grupo de forajidos, todos bandidos, todos vaqueros, todos buscando lo mismo; pero de pronto, su banda estaba compuesta por un médico, un chico de la calle y una inspectora de policía. Ninguno de ellos era un proscrito, excepto, tal vez, Tico —cuando necesario—, y ciertamente no perseguían los mismos intereses, pero ¡por Dios!, ese bando era importante para ella.

Pensó en Diana y en su cuerpo mutilado, ella pensó en sus otros amigos, su otra familia, sus cuerpos colgados por sus cuellos en cuerdas indignas en un patíbulo inmoral.

No soportaría pasar por eso de nuevo.

Cuando Rogelio apareció en el apartamento de Danielle, se puso segura de que no soportaría perderlo. Se maldijo por estar tan unida a esos humanos; se maldijo por no poder evitar que subieran al auto.

Todo el camino hasta la emisora fue gobernado por el miedo. Un miedo que la Bandolera se negaba a admitir que sentía, pero que estaba allí, corría por sus venas como si fuera su propia sangre.

Cuando llegaron a su destino, ella hizo un último intento frustrado de mantener a los humanos a distancia de la pelea, pero mientras ella y Danielle discutían acaloradamente, Thiago acomodó a Rogelio en su silla de ruedas afuera del vehículo; fue entonces cuando Ruan, cansado de esperar, finalmente se encontró cara a cara con la banda.

—¿Por qué demoraste, zorra? Hace mucho que bajaste de la cama de Sol…



En casa, Solymar seguía pensando en la experiencia vivida en la noche anterior. Le molestaba que no la hubiera molestado. Se sentía bien, se sentía natural, parecía que todo estaba en su lugar y que ella estaba más completa.

«La primera respuesta es siempre la correcta», le había dicho Marysol, y tal vez, si Solymar tuviera ese principio en mente, no estuviera tan confundida. Su sentimiento primario, sus sentidos más primitivos, le contaban que Marysol decía la verdad, que Ruan era peligroso; ella lo sabía con cada órgano de su cuerpo, pero cuando pensaba en su novio, el cálido abrazo, la sonrisa seductora, la seguridad que siempre le había brindado…

Luego, al pensar y repensar, sintió que su corazón saltaba. Mejor, sintió un corazón que no era el suyo saltar. Pensó en todas las sensaciones que había compartido con la Bandolera y se preguntó si todavía estaba compartiendo esas mismas sensaciones. Ansiosa por la compañía de la otra que era ella misma, se concentró en ese latido, y los ojos rojos de Ruan surgieron en sus pensamientos.

La sonrisa del hombre que amaba no estaba seductora.

No en esa visión.

—¿Por qué demoraste, zorra? —Ella escuchó y rápidamente se puso en una posición defensiva. Sola en su casa, Solymar intentaba protegerse de alguien.

Alguien que no estaba allí.

Alguien que nunca estaría.

Sola en su casa, Solymar comenzó a llorar de miedo por las personas que no conocía y que ni siquiera le importaban, pero que eran su familia, su banda.

Sola en su casa, Solymar hizo lo que la Bandolera no tenía el derecho a hacer: se acurrucó en el suelo y esperó a que pasara el miedo.



Protectora, Marysol se paró frente a sus amigos, apretó los dientes y miró a Ruan. Detrás de ella, Danielle y Thiago estaban cada uno a un lado de Rogelio.

—Me demoré porque tomó mucho esfuerzo compensar el retraso de tu novia. A mí me parece que no eres lo suficiente macho como que para satisfacerla.

Danielle sonrió burlonamente y se enfrentó a Ruan. El *daemon* miró a cada uno en el grupo y luego a sus pies, sacudió la cabeza. Suspiró, contempló al grupo y dijo:

—Veo que te trajiste una audiencia, ¡qué bonita! A ver… quiénes están reemplazando a tu antigua banda que… hmmm… ¡yo linché! —La sonrisa se ensanchó y, señalando a cada uno, continuó—: Una inspectora que vive bajo el alcance de los Asuntos Internos y se rebaja golpeando a sus subordinados; un niño sin hogar que recientemente descubrió la ducha y la ropa limpia; y, lo mejor de todos, un médico lisiado que no puede curarse.

Marysol solo miraba a su objetivo. Sabía que él no tendría piedad, y estaba decidida a derramar hasta la última gota de sangre de su cuerpo.

Ruan dedicó su atención a Rogelio, se inclinó, y ambos se pusieron a la misma altura.

—Creo que tu perra fue en busca de mi perra porque no soy el único que no se puede poner suficientemente macho como que para aplacar el calor de la amante… pero tengo una ventaja, lisiado, mi polla sube sin magia.

La calle estaba llena de personas, pero a Marysol no le importaba el movimiento; estaba preocupada por Rogelio. Todavía no le había contado sobre la aventura que había tenido con su doble, y temía que la comprensión de lo que había sucedido lo debilitase y él cuestionase su amor. No pensaba en la lealtad del médico hacia ella, para nada le importaba que él cambiara de bando, lo que sí le importaba era que él no se sintiese traicionado. Pero, antes de que pudiera interferir y decir algo, el hombre respondió:

—Para que vea como son las cosas, querido doble; estoy lisiado, mi polla solo se eleva con magia y, sin embargo, ella me prefiere a mí.

Rogelio sonrió con una sonrisa que no dejó confundida a Marysol. Esa sonrisa que lo diferenciaba de Ruan. Era una sonrisa humana en todas partes.

Ruan también sonrió.

Esas dos sonrisas, una frente a la otra, hicieron que las diferencias entre los dos se quedasen muy evidentes.

Cómo pudo haber odiado a Rogelio era el único misterio que la Bandolera había que resolver. Cara a cara, no restaba duda —ni siquiera una sombra— de que los dos eran diferentes en todo lo que importaba.

—Ella te está usando —dijo Ruan—. Lo mismo que hago con mi dulce Solcita. —Se rió y continuó—. Puedo sacarte de esa silla de ruedas en un santiamén. Ella también lo puede, pero no lo hizo.

—No la dejé hacerlo —dijo Rogelio, lo que molestó a Ruan por un momento, pero pronto retomó su arrogante pose.

—Interesante… —respondió Ruan, teniendo cuidado de mantener su expresión de desdén—. ¿Sabes qué pasará si ella logra matarme? Ella te abandonará. —Colocó el cabello de Rogelio detrás de la oreja y sonrió al doble que lo miraba con disgusto—. A ver… tal vez tú y yo podamos celebrar después, como ella y Sol hicieron, ¿eh? —Rogelio apretó los dientes ante la propuesta de Ruan. Divirtiéndose con el desagrado que había provocado en su doble, el Maldito continuó—: Oh, no te hagas. Te prometo que te encantará, hasta puedo dejar que tú…

No pudo concluir, ya que Rogelio hizo uso de los brazos que tuvieron que aprender a ser fuertes para sostener su propio cuerpo, agarró al Maldito por el cuello y le dio una llave estranguladora.

Ruan comenzó a ponerse morado.

Rogelio no parecía querer detenerse.

Ruan estaba sin aliento.

Rogelio apretó sus brazos aún más.

Ruan forcejeó, se sacudió las piernas.

Rogelio estaba impasible, sereno, como si el Maldito fuera una muñeca de trapo.

—El único contacto físico que te voy a dar es este, gilipolla —dijo el doctor con una voz tan controlada que nadie diría que estaba cautivo, bajo una fuerza extrema, por sí mismo.

Siempre me pregunté cómo haya sido posible que Rogelio lograra sofocar a su doble durante tanto tiempo sin sentirse sofocado. Desafortunadamente, esa es una respuesta que no puedo darles. Rogelio mismo no sabe cómo ni por qué.

Marysol, aunque sabía que un humano no podía matar a un *daemon*, al ver la condición de Ruan, cuestionó sus propias creencias. Nunca había visto a Ruan tan sumiso, tan rendido, tan incapacitado. No duró mucho en sus divagaciones porque, por mucho que quisiera que Ruan muriera, lo quería muerto por sus propias manos. Sin embargo, sus dudas se disiparon pronto, porque Rogelio comenzó a sentir la falta de aliento que le estaba infligiendo a su doble, como si unas manos invisibles le apretasen el cuello.

La Bandolera no esperó para saber qué pasaría y, usando la magia que se había vuelto más fácil para ella, los obligó a los dos a alejarse el uno del otro. Ellos sintieron esa fuerza ineluctable que los separaba, colocando uno a cada lado. Ruan cayó al suelo y se llevó las manos a la garganta mientras aspiraba el aire; Marysol podría estar equivocada, pero era la primera vez que veía miedo, miedo real, en los ojos del Maldito. Rogelio sintió que sus brazos aflojaban el cuello del enemigo contra su voluntad, y la silla giró hacia atrás con rapidez. Si no fuera por Thiago, habría terminado en el medio de la carretera.

Ruan no tardó mucho en recuperarse, y Marysol sabía que necesitaba lanzar el desafío, por lo que dejó de preocuparse por la banda. Abrió la boca para recitar las palabras, pero Ruan hizo que Danielle levitara ante él.

A unos cinco metros sobre el suelo, la inspectora sostenía su propia garganta tratando de deshacerse del agarre invisible. El Maldito se le rompería el cuello, todos lo sintieron. Rogelio gritó y le pidió que no lo hiciera. Ruan se rió y dijo:

—¡Tú tienes la culpa, Rogelio! Ella morirá porque tú… tú… me cabreaste.

Thiago se adelantó con un grito furioso para tratar de evitar que Ruan hiciera lo que prometía, pero con su mano libre, el mago lo empujó.

Sabiendo que ya no podía posponer el momento, Marysol se colocó entre el Maldito y la inspectora flotante y señaló a Ruan con un dedo.

El desafío sería lanzado.

Sola en su casa, Solymar estaba angustiada. La conexión que había establecido con la Bandolera durante el sexo le permitía, de una manera muy particular, saber qué estaba pasando con la doble. Fue capaz, a distancia, de absorber las percepciones de Marysol y sentir todo el miedo que ella sentía, aunque Marysol no aceptase ese miedo.

Dentro de la cabeza de Solymar, la angustia por los recuerdos de la antigua banda de Marysol masacrada por Ruan se mezcló con la preocupación de que ocurriera lo mismo con su banda actual. En ese momento, entendió que Rogelio no era solo un doble de Ruan para Marysol, ella realmente quería al médico, y Solymar, por un tiempo, también quiso a ese hombre. Se dio cuenta de las diferencias entre las sonrisas. Era esa sonrisa la que había deseado a su lado por las mañanas.

Fue este poco de amor lo que la hizo levantarse del piso y buscar el valor para permanecer completa.

Fue este poco de amor lo que la hizo decidir irse y unirse a la Bandolera. No quería que matasen a Ruan, quería que lo castigasen y, en algún lugar dentro de sí misma, tenía la esperanza de que el Maldito pudiera cambiar. Mientras se dirigía hacia la puerta, las emociones se alternaban dentro de ella: sentía la necesidad de luchar, defender a todas esas personas, salvar a Danielle.

Danielle…

Diana…

¡Ah! ¡Diana!

Y la tristeza dominaba su interior.

De repente, estaba pensando demasiado rápido, los recuerdos, las imágenes, las decisiones, todo giraba en su cabeza, y todo dolía.

Dolía como el infierno.

La parte de ella que era Marysol sentía la necesidad de ignorar ese dolor de cabeza y luchar; pero la experiencia de su vida hasta ahora la impedía. Ella no era la Bandolera. Con su mano en la manija, se sentía como una cobarde y no dio el último paso hacia afuera.

Estaba mucho más fácil quedarse allí y esperar a que terminara la pelea.

Sería al mediodía.

Quedaba poco.

Ella solo podía esperar y aceptar el resultado, fuera cual fuera.

Fue al baño y tomó un analgésico para tratar de reducir ese dolor pulsante en su cabeza, un dolor que decía que estaba pensando con un cerebro que no era el suyo, y tragó la medicina con tres sorbos nerviosos de agua.

Por supuesto, el dolor no desapareció.

Pero ella necesitaba hacer algo para sacar esas imágenes de su pensamiento. Se puso unas zapatillas y salió a caminar para distraerse.



—HIGH NO… —comenzó Marysol.

Pero el Maldito había hecho su tarea. Tiró a Danielle al suelo y lanzó el contrahechizo.

—NOHIGHNO.

Marysol se congeló. Sus labios no pudieron obedecer la orden mental y se quedaron mudos. El Maldito se acercó con el dedo índice levantado; colocó su dedo sobre los temblorosos labios de Marysol, se inclinó y le dio un beso muy ligero en la boca. Un beso que hizo que Solymar, en su caminata, sintiera los celos que debería sentir y la ira que no era suya.

Sal de mi cabeza, sal de mi cabeza, sal de mi cabeza, pensó, mientras caminaba más y más rápido sin saber a dónde iba.

Mientras tanto, en el medio de la calle, frente a la emisora, Ruan miraba a su enemiga con una mirada llena de burla.

—Ah, no, no, no, no… Esta vez, lo haremos a mi manera, Marysol.

—Así que, ¿vas a apoyarte en la magia, cobarde? —dijo Marysol. Aunque las palabras mostraban preocupación, su rostro mostraba una media sonrisa que no pasó desapercibida al Maldito. Aun así, él dijo:

—Somos seres mágicos. La cobardía es recurrir a un truco tan bajo como el de privarnos de lo que es natural para nuestra raza. Eres mejor que eso, Marysol. —Acarició la cara de la Bandolera—. Ah, sí. Te felicito por lo que hiciste a los híbridos. Retrasará mis planes, pero me hizo sentir orgulloso. Creo que ahora empezarás a entender lo que es ser poderoso, ser capaz de tener todo lo que se desea…

—Lo hice porque estaban afectando el equilibrio universal.

—Bla, bla, bla... equilibrio universal. Balanza universal Todo es mierda. ¿A quiénes ellos amenazaban? —gritó—. ¿A los *daemons*? ¡Claro

que no! No querrás asumir que te gustó jugar a ser dios, así es como los humanos dicen: dios. Pero te conozco, sé que te gustó, y sé que me odias aún más por eso, porque te lo dije un día que te gustaría y entenderías. Y digo más: un día, un día, estarás a mi lado. Dioses los dos.

—Estás intoxicado de poder, pero no trates de bajarme a tu nivel —dijo Marysol con la sonrisa más amplia—. Pero sí, he aprendido dos o tres cositas sobre magia. Incluso hay una pequeña cosa que sé, y que tú no sabes.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de los jueces?

—Recuerdo que intercambiaste secretos con la jueza, pero no veo cómo eso puede ser relevante.

—Bueno… el caso es que ella me hizo unas revelaciones. ¿Quieres escuchar? —preguntó la Bandolera, pero no esperó una respuesta—: La primera es que ella, la jueza, es mi madre.

—Mira nada más… una reunión familiar. Ahora sé a quién entregar tu cuerpo si me obligas a matarte.

—Tú no sabes lo que eso significa, ¿verdad, monte de mierda? Significa que no hace falta que te entregue a las autoridades. Como hija de un juez, puedo elegir tu destino sin preocuparme por el castigo.

—Lástima que esto solo sea útil si ganas el duelo, lo que no sucederá, porque no habrá duelo. *Nohighno*, ¿te acuerdas?

—Sí, y estoy muy feliz de que hayas recordado esto, porque la segunda revelación que me hizo —comenzó Marysol, extendiendo, esta vez, una mano amorosa que descansó en la cara del Maldito— es que el contrahechizo del High Noon abre el paso entre los mundos para que los jueces presidan el duelo.

Ruan estaba sorprendido, pero no pareció dar marcha atrás en su resolución.

—Y ¿crees que voy a entregar la pelea solo porque tres viejos me van a prestar atención?

—¡Ah, no! Sé cuánto te gusta presumirte. Pero los tres viejos se asegurarán de que no hagas trampa. No tocarás un pelo de ellos —dijo la Bandolera, señalando a Rogelio, Danielle y Thiago.

—¿Ellos? ¿Eso es todo lo que te preocupa? ¿No te importan los humanos que yo pueda usar?

—Bien sabes que nuestra arena no será esta, además, nada más irá interponerse entre tú y yo. Te aseguro que mataré a tu rehén antes de que puedas usarlo en mi contra.

Ruan sonrió la sonrisa de los conquistadores.

—No sabes cuánto me alegras.

Antes de que Marysol pudiera registrar la malicia de esa sonrisa, el suelo tembló y el aire se volvió espeso, como si el viento mismo de repente comenzara a vibrar: era casi posible tocarlo. Se abrió una brecha entre los contendientes y, desde adentro de la brecha, como si todavía estuvieran lejos de la apertura, se podían ver las figuras de los tres jueces.

La banda humana de Marysol no podía apartar los ojos de esa abertura; en cuanto a nuestros contendientes, solo se miraban el uno al otro.

Cuando los jueces cruzaron, buscaron la mirada de Marysol. Todo estaba en silencio, y la Bandolera apartó la vista del Maldito. Se dio cuenta de que, desde el interior de la grieta, todavía era posible notar la silueta de dos seres más caminando lentamente.

—Creo que tenemos más invitados para la fiesta —dijo Ruan.

La Bandolera lanzó una mirada inquisitiva a la jueza, su madre.

—Tienen un rehén, Marysol.

—¡No me importa! —dijo resueltamente y volvió a mirar al Maldito.

—¿Estás segura, zorra? Creo que es mejor que mires de nuevo antes de decidirte.

Boquiabierta, Marysol no supo qué hacer cuando, por la grieta, salió Raúl —el padre de Ruan—, guiando a una chava esposada que no tenía el valor de mirar más allá de sus propios pies.

—¡Irene!



Durante su caminata apresurada, Solymar también sintió esa conmoción. Irene… Ni siquiera sabía quién era la chava, pero la Marysol que compartía su cerebro con ella sabía que esa chava era importante. Los *daemons* cumplen sus promesas, pagan sus deudas; y la promesa hecha a Talita de que encontraría a su hija no podría cumplirse de una manera tan pobre. Necesitaba a Irene con vida.

Solymar aceleró su ritmo para expulsar los pensamientos, la presión, la responsabilidad, el deseo de correr al lugar del duelo y asegurarse de que se pagara la deuda, que Irene se salvara, pero los pensamientos continuaron girando, rápidos e intensos, en su cabeza.

Intentó mirar el entorno para distraerse.

Tenía que salir de sus propios pensamientos, tenía que desconectarse de su conciencia.

Abrió los ojos al mundo y descubrió que, como ella, todo lo demás estaba diferente. Pasando por un mercado libre donde había varias carpas para voluntarios responsables de las obras sociales. Casi cualquier ayuda se podía encontrar ahí. La gente estaba sirviendo sopas a las personas sin hogar; había un peluquero, un barbero; había personas que tomaban la presión arterial y realizaban pruebas médicas básicas pero esenciales; en resumen, una miríada de buenas obras.

Pero esas personas, esos voluntarios, eran diferentes, tenían algo diferente. Solymar no lo sabía, pero no era que los voluntarios tuvieran algo especial, era ella quien estaba diferente. Podía sentir el aura de esas personas. Se detuvo y prestó atención a esos seres, y pronto se dio cuenta de que esos seres también estaban enfocados en ella.

Todos los voluntarios que la miraban tenían la misma vibración, y era una vibración diferente de la que tenían los voluntarios que no la miraban. Afortunadamente, hoy puedo decirles cuál era la diferencia entre ellos, un privilegio que Solymar no tenía mientras estaba confundida y perdida, parada en la multitud.

Lo que veía Solymar en ese minuto eran híbridos.

Al igual que los que Marysol había eliminado en todo el mundo.

Daemons en cuerpos humanos. Lo que diferenciaba los híbridos que Marysol había destruido de los híbridos que Solymar contemplaba en ese momento no era más que sus elecciones.

No luchaban contra los humanos, los ayudaban.

Sintió una mano tocar su hombro y giró rápidamente. Un hombre mayor, que tenía la misma vibración que los que la miraban, dijo:

—Eres humana, pero te ves como un *daemon*. ¿Cómo lograste esta aura?

—Quién… ¿qué eres?

—Soy… somos personas. Con diferentes orígenes, pero aprendimos a ser personas —respondió él, sereno y sonriente.

—¿Eres un *daemon*?

—Ya fui.

—He pensado que erais todos…

—¿Malvados? ¿Dominadores? ¿Con sed de poder?

—Sí.

—No lo somos —dijo y tocó la frente de Solymar, quien sintió que el dolor de cabeza desaparecía. Sostuvo la mano de la doble con la palma expuesta y hacia arriba, pasó el dedo índice sobre las líneas dibujadas en la piel y continuó—: Aprendimos algunas cosas cuando llegamos aquí, de hecho, muchas cosas. Por ejemplo, cuando llegué, encontré un gitano que se estaba muriendo y no tenía forma de salvarlo, así que me convertí en el nuevo dueño de ese cuerpo. Pero los otros gitanos, su familia, se pusieron tan contentos con el milagro, que todo mi deseo de dominación se disipó. ¿Alguna vez te has sentido tan intensamente amada que de pronto eres capaz de hacer algo para proteger a quienes te aman tanto?

—¿Nunca se enteraron?

—No… Excepto por una señora muy vieja, tanto, que ya no podía ver con los ojos. —Cerró la mano de Solymar—. Ella veía con otros sentidos, y una vez que me dijo que, a pesar de no saber cómo había sucedido, sabía que yo no era quien decía ser, pero que no sentía nada malo en mí. Me quedé con ellos hasta que ese cuerpo empezó a perecer. Lamentablemente, es inevitable. Entonces busqué un nuevo cuerpo. He estado entre ustedes durante trescientos años.

—No aceptas morir. ¡Esto no es natural!

—Si pudieras seguir viviendo sin dañar a nadie, ¿renunciarías a eso para simplemente cumplir con una regla que ni siquiera es de tu mundo o de tu naturaleza?

—Yo no sé.

—Sí, lo sabes… Lo que no es natural es aceptar morir cuando existe la posibilidad de extender la vida con dignidad. Eso es lo que hemos estado haciendo. Y a diferencia de otros, no queremos dominar a nadie, solo queremos vivir. Y todavía logramos ayudar a mucha gente con lo poco que ha quedado de nuestros poderes.

—Ya veo… está genial lo que hacéis por aquí.

—Lo hacemos en todo el mundo. Pero el crédito no es solo nuestro, hay muchos humanos que lo hacen posible. Solo ofrecemos el plus, lo poco que todavía tenemos de magia para forzar situaciones más difíciles, por

supuesto, siempre teniendo cuidado de no interferir con el equilibrio universal. —Miró intensamente a los ojos de Sol, puso sus manos sobre sus hombros y dijo—: Creo que aún hay tiempo para ayudar a quienes pidieron tú ayuda. No te traiciones a ti misma de nuevo. Si dejas morir una parte de ti, incluso si esa parte es una de muchas, empiezas el proceso de tu propia muerte.

—¿Cómo tú…?

El hombre señaló el camino que Solymar debería tomar, y ordenó:

—¡Ándale!



—¡Apá! —dijo Ruan, satisfecho.

—Hijo, si esta zorra te mata, termino con la humana que ella quiere llevar a su mamá.

—Las reglas son simples —interrumpió la jueza, antes de que Marysol pudiera decir algo—. Quien las rompa será arrestado y puede ser sentenciado a muerte en nuestro mundo.

Sé que ustedes están ansiosos por saber qué sucederá en la pelea, pero necesito interrumpir este punto de la historia para hablarles sobre Thiago: cuando la jueza comenzó a hablar en voz alta, dirigiéndose a todos, el niño se olvidó de la pelea, se olvidó de su resentimiento hacia Ruan por haber matado a su familia, se olvidó de su preocupación por la Bandolera. De repente, todo el universo de Thiago se convergió en esa hembra escondida debajo de una túnica, cuyos ojos —la única parte que se podía ver— eran extraños y familiares al mismo tiempo. Tan familiar como la poderosa y aterciopelada voz que él escuchaba. Era conocida, era demasiado familiar. Era como si esa jueza tuviera su propio campo gravitacional y Thiago fuera una luna. Quería orbitar a su alrededor. Marysol, que conocía la sensación, notó el impulso del niño y preguntó:

—Antes de eso, madre, te pido que te quites el velo.

Se escuchó un murmullo cuando Marysol profirió la palabra madre con tanto desprecio. Thiago, principalmente, la miró con asombro, porque entendió todo muy rápido. Si esa jueza era la madre de Marysol, lo era también de Diana y, por lo tanto, de una manera muy loca, esa jueza era su

abuela. La jueza hizo caso a la solicitud de la Bandolera, expuso su rostro y lo pronunció solemnemente.

—Mi nombre es Lenora Barbueno, madre de Marysol y de la difunta Diana. Soy una jueza en mi mundo, y estoy aquí para…

—¡Es tal y cual mi madre Lorena! —gritó Thiago.

—Sí, soy una de las formas de tu madre, Thiago. Eres el hijo que mi Diana no pudo dar a luz debido a la malicia del *daemon* Ruan, quien tanto avergüenza a los de nuestra raza.

—¿Podemos seguir? —interrumpió Raúl— ¿o va a abrazar a su nieto como lo haría un humano, su señoría?

Lenora miró al hombre con desprecio, pero continuó:

—Los retadores podrán usar magia, pero solo uno contra el otro. No se hará daño al público. ¿Estamos? —Destacó las palabras, mientras miraba a Ruan—. Si el retador Marysol ganar, ella tendrá el derecho a decidir el destino del perdedor; si Ruan ganar, no tendrá el mismo derecho sobre la perdedora, pero podrá cumplir condena si la mata. Si no la matar, puede negociar su sentencia. También quiero recordarles que, entre los crímenes de la Bandolera, el exterminio de otros *daemons* no está incluido.

—Te estás perdiendo un detallito —dijo Ruan—. La Bandolera sí mató a un *daemon*. Ella llegó a este mundo porque asesinó a mi hermana Irina.

—Tu hermana tenía la intención de hacer lo mismo con ella, así que fue en defensa propia. Justicia *daemon* no es crimen.

—A lo mejor este es el motivo por qué estoy disfrutando tanto a la justicia humana —respondió el Maldito.

—No he terminado, ¡cállate! —dijo Lenora—. Marysol, recuerda lo que te dije al primer duelo: hay opciones más dolorosas que la muerte, y sé que quieres salvar a esta chava llamada Irene.

Marysol miró a la hija de Talita, que solo entonces levantó la vista para ver lo que sucedía a su alrededor. Sus ojos se encontraron, y Marysol pudo reconocer la amabilidad de la tabernera en los ojos de su hija. Se puso de pie, rígida como una estatua y preguntó:

—¿La lucha comenzará al mediodía?

—Esto no es un High Noon. Este reto no te dará tiempo para hablar con las personas que conociste aquí, Marysol. A menos que el otro contendiente quiera tiempo también.

—Para nada, su señoría —dijo Ruan sonriendo—. Empecemos de una buena vez. Tengo reservas para el almuerzo…

—¡Que así sea! Necesitamos dejar este lugar. Marysol, ¿hay algún sitio que sea especial para ti?

—Sí —dijo ella—. Si puedo elegir, me gustaría que fuera el mismo sitio donde aterricé por primera vez cuando llegué a este mundo.

—¡Ah! —Ruan interrumpió—. ¿El lugar donde te confundieron con la Reina del Camino y terminaste conociendo al niño híbrido que logró tener dos madres y ningún padre? Por eso sé que voy a lograr matarte, Marysol… eres demasiado humana.

—Sí, Ruan. —Ella sonrió en respuesta—. Pero ese sitio me acuerda que llegué con uno equipaje pesado y maloliente… a ver… ¿quién era? ¡Ah, sí!, el cadáver de tu puta hermana, a quien desangré como a una cerda.

—¡Te voy a matar, zorra inmunda!



Solymar siguió el camino indicado por el anciano sin saber si su destino estaba realmente en esa dirección. Se concentró en el cerebro que no era el suyo, tomó un taxi y fue a la estación de televisión. Cuando llegó, sintió la fuerte vibración, pero no vio a nadie. Como era lo lógico, entró en el edificio para buscar a Ruan.

Ah, está bien… vale… a lo mejor entrar al edificio no era lo más lógico. ¡Era un duelo! Y por supuesto que Ruan y Marysol no iban a pelear en una habitación, pero… bueno… Solymar era un humano tratando de entender todo y pensando con dos cerebros al mismo tiempo. La calle estaba vacía, el auto de Ruan estaba en el estacionamiento… Entendieron, ¿verdad? Al fin y al cabo, ustedes también son humanos.

Fue a la oficina del novio.

No estaba vacía, pero no era Ruan quien estaba allí.

—¡Solymar! —Norberto la saludó—. Contigo quería hablar.

Al mismo tiempo que pensaba: *Genial, otro anciano que quiere decirme verdades,* Solymar se dio cuenta de que Norberto estaba diferente. Entonces percibió que él no estaba diferente, ella lo estaba. Y ella podía ver el verdadero Norberto a través del cuerpo humano.

—¿Dónde está Ruan? —preguntó. No estaba interesada en lo que fuera que Norberto quisiera decirle.

—Te ves diferente… —dijo Norberto, sin responder.

—Puedo decir lo mismo de ti. Pareces cuarenta años más joven, si no te importas que te diga…

—Sí. —Se inclinó sobre la mesa—. No sé qué te pasó, pero disfrútalo, porque el efecto terminará. —Se reclinó en su silla—. No sé dónde está Ruan, pero tú sí puedes encontrarlo. Estoy seguro de que necesita a la prometida a su lado en un momento tan delicado.

—¿Prometida?

—¡Oh, lo siento! Pensé que ya había hecho la propuesta. —Se golpeó la frente ligeramente—. Perdóname si arruiné la sorpresa.

—No estoy entendiendo…

—Te estoy diciendo qué sucederá si te quedas a su lado. —Abrió el cajón del escritorio de Ruan y sacó una cajita de terciopelo negro que le tendió a Solymar.

Los ojos de la chava se iluminaron cuando vio a la joya, y ella dejó escapar un fuerte suspiro. No era la joya en sí lo que la atraía, era lo que ella representaba. Era un símbolo del amor de Ruan. Un amor que ella anhelaba.

—Él… él…

—Estoy seguro de que está bien… por ahora… Pero tengo mis dudas de que Ruan pueda salirse con la suya… a ver… su doble lo traicionó. —Extendió la mano y recogió la caja de terciopelo que volvió a colocar en el cajón—. En cualquier caso, si él no sobrevive, al menos sabes lo que había planeado para el futuro.

Solymar no se apegó a esa perspectiva del futuro. Estaba mucho más centrada en lo que el hombre había dicho sobre la traición de Rogelio. Se dio cuenta de que no importaba de qué lado se quedase, en cualquiera estaría traicionando a alguien.

—Es que él quiere matar…

—¡Claro que no! —dijo Norberto—. Ella es una zorra vengativa, convirtió un pequeño altercado en una masacre y…

—¡Oh, por favor, Norberto! Sé muy bien que ella no me mintió ni exageró. Solo quiero evitar este loco duelo. No quiero que ninguno de ellos muera.

—La única que quiere muertes es ella…

—No voy a perder el tiempo discutiendo contigo. ¿Sabes cómo consulto dónde están?

—Aprovechándote de la energía de la otra que está pegada a ti… —dijo extendiendo un pequeño espejo hacia Solymar.

—¿Qué hago?

—Mira con cuidado… piensa en ellos, quiera estar con ellos, podrás saber dónde están.

La muchacha no tenía nada que perder. Se miró al espejo, pero no podía verse en el reflejo. Era ella, pero estaba diferente. Su mirada estaba hostil, y la sonrisa habitual —la que nunca moría— no estaba allí, no le hacía compañía a su coleta. Se soltó el pelo, dejó caer el espejo sobre la mesa.

—Se me hace tarde —dijo, y corrió hacia la puerta.

—¿Dónde están? —preguntó Norberto.

—¿No pudiste ver?

Sin esperar una respuesta, se apresuró por el pasillo, chocándose con Ariana, que parecía estar buscando a Ruan también.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 22

Matar o Morir

LOS JUECES DETERMINARON EL AISLAMIENTO DEL ÁREA: lo equivalente a un campo de fútbol, y todos se callaron cuando vieron a los dos luchadores entrar al centro de la improvisada arena.

Si ustedes esperan una pelea rápida y emocional como el High Noon, que terminó tirando a Marysol en Vila del Buen Retiro y trayendo a Ruan para este mundo, lamento informarles que no será así; de modo que, acomódense en sus sillas. Este será un duelo de mentes, no de fuerza.

—¡Rogelio! —llamó la jueza. —¿Estás consciente de que tu simple presencia en la arena es una ventaja para Ruan?

—¿Hay alguna forma de que yo me quede y anule a esta ventaja? —preguntó el médico, preocupado.

—Puedes pronunciarte solemnemente renunciando al derecho de ayudarte a ti mismo, pero te advierto que, si lo haces, no puedo protegerte de los efectos de la magia de Marysol.

—Ya está hecho. ¡Ese bastardo está solo! Soy del equipo de Marysol.

Mientras la Bandolera sentía que se le aumentaba la responsabilidad, Ruan hizo su juramento:

—Si ella no me mata, doctorcito, me iré hasta el infierno para estropearte.



Afuera de la estación, Solymar miraba calle arriba y calle abajo: necesitaba llegar al lugar del duelo e intentaba decidir cómo.

En medio de la arena, los contendientes se enfrentaban. La jueza levantó su brazo derecho, señaló al alto, luego hacia el centro de la arena.

Los ojos de Ruan y de Marysol brillaron rojos como la guerra.

El duelo había comenzado.



Lenora se colocó cerca de los humanos.

El paisaje de la arena cambió. Era como si todos se hubieran sido transportados a otro lugar: una región árida, llena de cactus, con suelo de tierra, la ciudad de Marysol.

—He pensado que el duelo sería en nuestro mundo —dijo Danielle.

—Esto es una ilusión —respondió la jueza—. Ruan dio el primer golpe.

—¿Eso significa que seremos afectados por la magia? —pregunto la inspectora preocupada.

—Sí y no. Estaréis protegidos, pero os estamos haciendo algunas concesiones, pues que yo he pensado que os gustaríais ver a la pelea. —Temerosa, la jueza miró a Rogelio—: Tú, doctor, estás solo en eso.

El médico asintió, sostuvo el reposabrazos de su silla de ruedas con más firmeza y se concentró en la disputa.

El hecho es que la ilusión no solo confundió a los humanos. Por un instante de nada, Marysol pensó que se había vuelto a casa. Su pecho se hizo pequeño, apretado. Echaba de menos su hogar. Había aprendido sí a amar a los humanos, pero el Maldito la había sacado de su casa. Y ella quería regresar.

Sabía que esa ilusión no había sido elegida sin razón; también sabía que, a pesar de la nostalgia que sentía, ello no era suficiente para lastimarla, así que en lugar de centrarse en el medio ambiente y aceptar cualquier maldición que Ruan quisiera lanzar sobre ella, optó por contraatacar usando la ilusión creada por él.

—Ya que extrañas a tu hogar, Ruan, ¿qué tal algo del calor del desierto?

Marysol hizo hervir la arena. Sé que ustedes deben estar pensando que el calor no afecta a los *daemons* porque Marysol aterrizó en este mundo en llamas y todo eso; pero estamos hablando de magia de *daemon* contra *daemon*. Es el mismo principio del disparo en la cabeza. Además, Ruan odiaba el calor. Según lo prometido por la jueza, los humanos no sentían el

calor, solo percibían las imágenes distorsionadas por el vapor que se condensaba cuando salía del suelo.

Fue entonces cuando Marysol escuchó la única voz que no podría soportar escuchar, porque ciertamente se daría la vuelta para ver la cara que no podría enfrentar de nuevo.

—Hablando de nostalgia… —dijo Ruan—. Puedes mirarlo, perra. Prometo que no te atacaré por la espalda.

Marysol no se volvió. No quería ver, no quería oír, sabía que sería imposible no lo creer si sus ojos lo vieran, así que continuó mirando al Maldito; la voz siguió llamándola, haciendo que su corazón se apequenara. Se puso difícil no mirar.

Desde el borde de la arena, Danielle gritó que Marysol no mirara.

—¿Eres tú? —preguntó Thiago, confundido, a una Danielle tan concentrada en Marysol que no respondió.

—Esa es la hermana de Marysol —dijo Rogelio, que comenzaba a sentir los efectos del calor que Ruan sentía.

—¿Qué es eso que brilla en su vientre? —preguntó Thiago, ya sabiendo la respuesta.

—Eres tú —dijo Lenora, sin apartar la vista del duelo—. Ruan está mostrando exactamente cómo sucedieron las cosas. A lo mejor no debiera ver esto, Thiago.

—No te preocupes, estoy bien.

—No, no estás.

—Ya lo sé todo lo que pasó; un tipo llamado Febo me contó muchas cosas, y luego el *daemon* allí me mostró otras cosas más. Se me resulta difícil pensar que exista algo que yo no tenga visto.

Como Marysol no se dio la vuelta, Ruan se hizo a un lado, dejando espacio para la ilusión de Diana, frente a Pablo, al ser golpeada en las piernas en el momento exacto en que se teletransportaría para escaparse de la muerte. La sonrisa de satisfacción de Pablo no disgustó a la Bandolera, porque ella solo tenía ojos para su hermana, para la sangre que goteaba de sus rodillas y para el brillo resplandeciente que emanaba de su vientre.

—¡Asqueroso! —gritó ella, ignorando la ilusión, pasando por el medio de ello y arrojando a Ruan al suelo.

Antes de que el Maldito pudiera pensar en levantarse, Marysol estaba sobre él, arrodillada y golpeándole la cara con porrazos sucesivos y poderosos. Antes de que la Bandolera pudiera desfigurar por completo su

rostro, Ruan dejó escapar un grito que salió en forma de una bola luminosa de sus labios y lanzó a Marysol lejos.

Los combatientes se levantaron rápidamente y se enfrentaron nuevamente.

—¿Eso es todo lo que tienes para mí, perra? Tengo más para ti —dijo, al mismo tiempo que, con un movimiento de brazo, tiró la Bandolera hacia un gran cactus.

La Bandolera sintió que las espinas le perforaban la espalda y los brazos y la mantuvieron cautiva, atrapada en la planta del desierto. Ella luchó, trató de salir, saltar, se desenredar. Ruan se acercó y le tomó la cara.

—No has terminado de ver todo lo que quiero mostrarte…

—¡Te voy a matar, saco de mierda!

Ruan se rió.

La risa de Ruan era una risa de alguien que tenía una nueva fuerza, de alguien que aún no había mostrado su potencia.

—¡Mira, perra! —dijo y extendió su mano hacia el paisaje.

Ahí estaban ellos, su banda.

Ruan se regocijaba en el placer de mostrarle a Marysol cómo lo hizo para exterminar a todos.

Y ella vio a Artek caído, los ojos abiertos con un disparo en la frente; y el cuerpo curvo de Pele sobre el cadáver de J. B. y, una y otra vez, una y otra vez, y otra vez, a su hermana le dispararon, luego la arrastraron por el cuello, luego la colgaron, y todo comenzó y comenzó en un bucle sin fin que ella no quería ver, pero no pudo evitar ojear. Eso fue demasiado tortuoso. Marysol preferiría un disparo en la cabeza. Sí, ella nunca se rendiría, no lo admitiría ante el Maldito, pero prefería la muerte a tener que seguir viendo, impasible, sin derecho a ayudar, el exterminio de su banda.

Reunió su fuerza, apartó los ojos de la visión y se liberó de las cuerdas invisibles que la mantenían atrapada en el cactus. Corrió hacia Ruan, confiando más en su fuerza física que en su conocimiento o magia, pero Ruan fue rápido y la rechazó con un campo de fuerza.

Incapaz de alcanzar al Maldito, Marysol se volvió y vio a Diana siendo asesinada nuevamente, en diferentes ángulos, en otras posiciones, con gritos cada vez más fuertes. Quería arrodillarse en el suelo con los ojos cerrados y las orejas tapadas y ya no ver. Ruan la golpeó con una esfera mágica que la arrojó lejos. Así, desconectada de la imagen perturbadora de su hermana asesinada, Marysol logró alcanzar y crear su propia ilusión.

Se convirtió en Irina.

Sabía que el Maldito la quería demasiado.

Ojo por ojo, diente por diente, hermana por hermana.

El Maldito se acercó para recibir otro golpe, pero se tragó cuando vio el cuerpo caído de Irina.

—No es ella, Ruan. Es una ilusión —gritó Raúl.

—No sabía que los animadores estaban permitidos —se quejó Danielle

—Las reglas no están claras —respondió uno de los jueces—. De hecho, es posible que ni siquiera estén escuchando. La ilusión creada es muy fuerte, ellos realmente creen que están en el escenario creado por el otro. Huir de este tipo de encantamiento requiere demasiado del mago.

—Vale —dijo Danielle; luego miró hacia delante para ver la forma de Marysol transformada en alguien que ella no conocía, y comenzó a gritar—. ¡Acaba con él, Mary!

La jueza tenía razón al pensar que, dentro de ese mundo de ilusiones en el que se insertaban nuestros competidores, no era posible escuchar a los humanos que los vitoreaban. Pero la energía es algo poderoso e, incluso sin saber lo que estaba sucediendo afuera de esa ilusión, la forma caída de Irina podía sentir las buenas vibraciones de esos humanos, se sintió más fuerte, volvió la cara y sonrió a Ruan.

Desde su frente, una delgada raya de sangre corría hacia su nariz, pasando entre sus ojos.

—Ella me mató, *bro*. —Echó los brazos alrededor del cuello de Ruan, quien ni siquiera sabía cuánto había extrañado a su hermana hasta ese momento—. Y ella también te matará a ti… —Ella sonrió, y ese chorro de sangre corrió por la comisura de sus labios manchando su sonrisa de rojo.

Ruan extendió su mano derecha hacia la cara de su hermana para tratar de curar la herida, o tratar de limpiar la sangre, no lo sé. Ese momento fue de tanta desesperación para Ruan, estaba tan inmerso en la ilusión, que no podía saber lo que estaba pensando. Lo que yo sí sé es que él retiró los dedos, cuyas puntas estaban rojas, de la cara de Irina.

El padre de Ruan gritó, fuerte y desesperado, desde el borde de la arena, y esos gritos lograron cruzar la ilusión. Ruan levantó la vista, miró a su padre, miró a la doble de Irina que estaba cerca de él, se recuperó de la ilusión y abofeteó la cara de Marysol.

La Bandolera no se separó de la ilusión, y la cara de Irina se volvió hacia el Maldito, todavía con ese agujero de bala en la frente, todavía con la sonrisa manchada por la sangre y, ahora, con la cara roja, luciendo los dedos de Ruan.

— Despacio, *bro*… Aun no te he mostrado la mejor parte.

Marysol luego transformó la arena en la Vila de Buen Retiro, más bien, en el cementerio de la Vila, exactamente donde estaban las tumbas de sus dobles en ese mundo. Al ver que la Bandolera levantaba la mano para dispararle a Irina, Ruan casi se rindió al primer impulso e intentó proteger a su hermana, pero él ya estaba más fuerte que la ilusión, por lo que se hizo a un lado y se quedó observando.

—Yo la quería mucho… —dijo Ruan, para mostrarle a la Bandolera que esa ilusión ya no tenía efecto—. Pero estoy seguro de que mi amor fraternal no es nada en comparación al tuyo. Además, fuiste rápida. Irina no sufrió… a diferencia de tu hermanita…

El escenario cambió de nuevo. Regresaron al México de Marysol, en la finca de Artek, donde los cuerpos de JB, Artek y Pele colgaban de sus cuellos en cuerdas, y Marysol miró a un lado, a la dirección en que Pablo venía arrastrando a Diana por el cuello. Estaba viva, con los hombros sangrando, las rodillas sangrando, sintiendo el dolor físico y sintiendo que aún era demasiado temprano para morirse.

Luego se hizo lo inimaginable ante los ojos de Marysol, y Pablo le disparó al vientre de la pistolera, y Marysol gritó, y Diana gritó, y Pablo volvió a disparar; y cuando Pablo volvió a disparar, una Marysol gritó; otra, que ya había gritado con el primer disparo, estaba de rodillas, paralizada, tratando de deshacerse del dolor, ni siquiera levantó la cabeza cuando escuchó el grito de la segunda; pero Pablo volvió a disparar, y había dos Bandoleras hincadas en el suelo, sufriendo, y una Bandolera gritando de dolor; luego hubo un cuarto disparo.

Siempre había una parte suya que gritaba mientras el dolor de la inevitabilidad se multiplicaba.

Fue aterrador, inevitable, ineludible.

El dolor se había convertido en materia, se estaba volviendo más denso, estaba envuelto alrededor del cuerpo de la Bandolera, estaba incrustado en sus poros. Se puso dificultoso levantarse del suelo sin saber cuál de las Bandoleras caídas era la versión real de ella misma.

Ya no se veía a sí misma, ya no se distinguía a sí misma, ya nada sentía.

Fueron los gritos de Danielle, tan similares, pero tan diferentes de los de Diana, lo que la trajeron de vuelta.

—¡Levántate, Mary! ¡Levántate, maldita sea!

Ella todavía tenía una hermana y necesitaba luchar por ella; ella todavía tenía un sobrino y necesitaba cuidarlo.

Lanzó su cabeza contra la enorme capa de dolor e hizo explotar su propia magia y derrocar la ilusión de Ruan. El patíbulo ocupado con los cuerpos de la banda de la Bandolera fue reemplazado por una única horca solitaria colocada en medio del sofocante desierto.

Una horca vacía.

En medio de una tierra vacía.

Y todo el escenario era la soledad.

Y la soledad era el elemento de la Bandolera.

Ella la entendía.

Ruan miró a su alrededor, a la arena que nunca terminaba, al sol que nunca descansaba, al horizonte que nunca se acercaba, y caminó hacia la horca. Lo único concreto en medio de tanto nada. Miró a su alrededor tratando de descubrir qué le deparaba en esa inmensidad, cuando sintió una soga alrededor de su cuello.

No tuvo tiempo de reaccionar. Su cuerpo comenzó a ser arrastrado, al igual que el de Diana. No pudo deshacerse de la tensión de la cuerda alrededor de su cuello, y de repente se encontró colgado de ese patíbulo solitario, sin nada que mirar, nada que desear, nada que perseguir. Era solo un cuerpo luchando colgado de una cuerda en el medio de la nada bajo el calor abrasador.

Luego, otra versión de sí mismo le disparó en la frente. Ruan pudo ver la bala, sintió la proximidad del disparo, el olor a pólvora, el pánico de la anticipación, pero antes de que el disparo lo golpeara, la cuerda se tiró de nuevo, y su cuerpo fue arrastrado hacia atrás por la arena, colgado, para siempre, sin poder deshacerse, sin poder recibir el disparo que podría libertarlo por la muerte.

En ese instante, el Maldito deseó la muerte.

Ruan se dio cuenta de que estaba negando la vida, y eso era peor que la muerte para los de su raza. Cada vez que la cuerda le rodeaba el cuello y

comenzaba a arrastrarlo, se apretaba cada vez más. Tan fuerte que comenzó a afectar a Rogelio.

Al borde de la arena, sentado en su silla de ruedas, el médico soportaba el dolor a medida que pasaban los segundos, pero cuando el aire dejó de fluir a través de su laringe y sus labios empezaron a ponerse azules, él gruñó.

—Mary… por favor…

Danielle entendió lo que estaba sucediendo y comenzó a gritar frenéticamente para que Marysol se detuviera, pero la Bandolera no escuchaba. Estaba disfrutando demasiado el momento.

Rogelio puso los ojos en blanco.

Danielle gritaba desesperada.

Thiago intentó entrar en la arena, pero Lenora lo detuvo.

Marysol apretaba la soga cada vez más.

Ruan no moriría por una cuerda alrededor de su cuello, pero la desesperación lo hacía desear la muerte una y otra vez; Ruan no moriría por esa cuerda, pero Rogelio, al borde de la arena, no tenía mucho tiempo más.

Fue entonces cuando una voz diferente cambió todo.

Solymar había logrado llegar al lugar del duelo e invadir a la arena sin que los jueces pudieran evitarlo. Se paró ante Marysol y suplicó:

—¡Párate! ¡Los estás matando a los dos!

Marysol miró a un lado, vio a Rogelio con las manos en la garganta y aflojó el agarre. Ruan cayó al suelo y todas las ilusiones desaparecieron. La Bandolera dio el primer paso hacia el médico, quería pedirle perdón, pero fue impedida por el campo de contención.

—Solo te irás cuando haya un vencedor —dijo Lenora.

Fue entonces cuando escuchó el sonido de dos armas siendo armadas. Miró hacia un lado y vio a Ruan, parado, listo para poner fin a todo.

—Tu magia está mejor, perra, veamos si tu gatillo sigue siendo tan rápido como antes.

Extendió ambos brazos para ajustar la mira del arma, apuntó con un revolver a Marysol y, con otro, a Solymar.

Marysol pensaba rápido. Sabía que las armas serían una mejor opción que la magia: la magia afectaba a Rogelio. Pero estaba preocupada por Irene, que estaba retenida como rehén. Si ella matase a Ruan, Raúl mataría a Irene. Miró a Solymar, cuyos ojos reflejaban el dolor de ser traicionada por Ruan.

—Eso es lo que te pasa por traicionarte a ti misma por un macho… —gruñó Marysol. Quería que la doble entendiera que el traidor no era Ruan, sino ella. Y créanme, la chica recibió el mensaje.

Si mil vidas Solymar vivir, recordará esa lección en todas.

Lentamente, Marysol dio dos pasos hacia la doble y se colocó entre ella y Ruan. Aceptó la mira de las dos armas.

—¿Vas a entregarte a la muerte, perra? No te queda… —dijo Ruan.

—Por supuesto que no, rata maldita. Todavía voy a terminar contigo y con tu papá de mierda.

—Y ¿cómo piensas hacerlo?

Marysol sonrió, sus ojos brillaron un rojo venganza que yo nunca más he visto en la Bandolera después de ese día; Ruan sonrió con ella, tratando de no distraerse, pero la sonrisa de la Bandolera se convirtió en risa, y antes de que Ruan o cualquiera pudiera entender de dónde sacaba tantas razones para reírse, ella sacó de los revólveres atrapados en su cintura.

Un disparo fue a Ruan.

Otro, a Raúl.



El disparo dirigido a Raúl lo golpeó en el brazo que mantenía cautiva a Irene. Thiago fue rápido y alejó a la chica, mientras que Danielle, también rápida, sacó su pistola y advirtió:

—La rehén es nuestra, ¡hazte pa'llá!

—Ora ¡por favor! —dijo Raúl—. Un humano no puede matar a un *daemon*.

—Así que me voy a divertir mucho disparándote. Cuando se acabar la munición, recargaré y empezaré de nuevo, ¿cómo ves?

En el centro de la arena, el cuerpo de Ruan yacía en el suelo, con un disparo en el centro de la frente. Solymar estaba postrada a su lado, llorando.

—¡Tú lo mataste! —gritaba ella—. ¡Sádica! ¡Asesina!

La Bandolera dejó de intentar convencer a esa humana de cualquier cosa, acomodó los revólveres en las fundas y caminó hacia su banda.

Con Ruan en el centro de la arena, el duelo se había terminado, el campo de contención se rompió y el aire empezó a vibrar.

El portal para que los jueces regresaran a su mundo estaba abierto.



Marysol se quedó un rato mirando el cuerpo sin vida del Maldito, pero sus instintos de cazadora permanecieron alertas, como si algo dentro de ella gritara que no había terminado, que todavía habría una pelea. Pero el portal para los jueces estaba abierto, y eso significaba que el duelo sí se había acabado. Ruan estaba muerto.

Irene estaba con Thiago y, aunque Raúl tenía el derecho a matarla según la justicia de los *daemons*, tendría que recuperarla, y la Bandolera sabía que haría lo imposible para evitar que esto sucediera y, se me pongo sincera para con ustedes, Raúl se había quedado tan perplejo por el resultado de esa pelea, que Irene no parecía figurar en su lista de preocupaciones.

La Bandolera fue a donde estaba su banda y descansó su cabeza sobre las piernas de Rogelio, que todavía se estaba recuperando. La jueza interrumpió ese breve momento de paz.

—Es hora de irnos, Marysol; el portal no estará abierto por mucho tiempo.

La Bandolera levantó la vista, se fijó en el médico y percibió que estaba en el lugar donde quería estar por el resto de sus días.

—Me voy a quedar —respondió.

—Me temo que esta no es una opción, hija.

—¿Por qué no? El crimen por el que me buscaban era el robo de la guitarra, una poderosa y antigua pieza de magia capaz de interferir en el equilibrio universal, pero esa guitarra es parte de mí, soy yo. Supongo que, dado que he recuperado algo que ya me pertenecía, no hay delito, ¿verdad, su señoría?

Los tres jueces hicieron un breve consejo, y el juez que llevaba el libro de la ley asintió tres veces. Lenora tuvo que rendirse.

—¿Seguro que quieres quedarte? ¿Sabes lo solitaria que puede ser la vida entre los humanos? No estoy hablando de ahora, pero, no sé, dentro de cincuenta años, cuando los tuyos perezcan y tu sigas viva…

—No me importa mañana, jueza. Cuando llegue, tomaré nuevas decisiones.

—Pues, que así sea —dijo Lenora—. ¿Y tú, Thiago?

—Se me voy, ¿necesito hacerlo ahora? —preguntó el chico.

—No sabemos cuándo se abrirá otro portal, a menos que quieras usar la sangre de Marysol como sacrificio…

—No. No. Está bien. Este mundo no es mi hogar, iré contigo.

Fue entonces cuando un pesado silencio cayó sobre la arena. Marysol levantó la vista y se dio cuenta de que todos los ojos estaban en el mismo lugar. Se levantó ya sacando su arma para ver qué estaba pasando, pero antes de que pudiera girar su cuerpo, escuchó un disparo y sintió un dolor agudo en el medio de la espalda. Se las arregló para girarse rápidamente y disparar al oponente que no se cayó, no se sacudió, ni siquiera sangró.

Ruan finalmente había conquistado su inmortalidad.



—¡Estoy inmune, perra! Ni siquiera la zorra de tu madre puede matarme.

El revólver cayó de la mano de Marysol, pero ella permaneció de pie, tratando de entender cómo era posible. Ruan se acercó, todavía con el revólver apuntado hacia ella, y le disparó en las rodillas, haciendo que la Bandolera cayera y se quedara allí, hincada frente a las piernas muertas de Rogelio.

—Marysol… —dijo Rogelio impotente.

—¿Te sientes inútil, doctorcito? ¿Quieres salir de esa silla para cuidar a la perra?

Soberano, Ruan se acercó. Pegó el cañón aún caliente de la pistola a la frente de Marysol.

—Ruan, no hagas esto, por favor —pidió Rogelio.

—¿Por qué no, doctor? —Ruan bajó el arma y señaló el cofre de Marysol—. ¿Por qué la amas?

Antes de que Rogelio pudiera responder, Ruan volvió a disparar, en el centro del pecho de la Bandolera, un disparo que no la mataría en el acto, pero que la haría sufrir mucho. Solymar miraba a todo llena de horror.

Ruan se arrodilló ante la Bandolera.

—Reconóceme como tu dueño y señor, y te perdono la vida, Marysol.

—¿Qué pasa si me niego?

Los ojos de Ruan se abrieron con desdén.

—Si te niegas, te mataré. Pero… —Miró a todos a su alrededor y luego a Marysol—. Antes de matarte, te obligaré a presenciar la muerte de este grupo de inútiles. Uno por uno, los verás sufrir por mi mano.

—¡Pobre de ti, rata asquerosa! —Escupió a la cara de Ruan, una saliva que salió roja de sangre—. Si me dejas con vida, te arrepentirás por el resto de tus días, y cuidaré para que tengas muchos. Si lo que quieres es un perro fiel, tómate la otra. Ella sí arrastra el alma por ti.

—Ella es solo una copia. —Solymar sintió que su pecho se abría, pero no pronunció una palabra, no dejó caer otra lágrima—. No seas rencorosa. ¡Vente! Ya te perdoné por matar a mi hermana.

Marysol sonrió con una sonrisa llena de dientes rojos, alcanzó el pecho de Ruan, quien aceptó el contacto.

—Prefiero la muerte —dijo.

—Vale. Entonces te vas a morir junto a este lisiado.

Ruan levantó la vista y miró la cabeza de Rogelio; Marysol clavó las uñas en el centro del pecho del Maldito hasta que sintió que sus dedos se hundían en la carne.

—Tienes razón, él es un lisiado, pero esto se puede arreglar… gracias a ti…, maldito.



Ruan trató de liberarse de las garras de Marysol, pero se le hizo imposible; ella manejaba una fuerza mayor que la fuerza de sus dedos. La otra mano de la Bandolera estaba arraigada a Rogelio, en sus piernas, por lo que el médico no entendía lo que estaba sucediendo, porque no lo sentía.

Aprovechando la sangre que fluía de su propio cuerpo, Marysol era, al mismo tiempo, el portal y el cordero del sacrificio. Sabía que se le quedaba poco tiempo, pero quería hacer que sus últimos minutos valiesen la pena. Usó su cuerpo como un canal a través del cual dos almas fueron obligadas a pasar para cambiar de cuerpo.

Echando un encantamiento desconocido incluso para los jueces, y que no repetiré a ustedes porque las palabras tienen poder, Marysol inició el intercambio de cuerpos que, esperaba, atraparía a Ruan en un cuerpo sin piernas y devolvería las piernas a Rogelio. Cada una de sus manos adquirió

un intenso resplandor de neón azul, y el resplandor se expandió, subió por sus brazos, alcanzó sus codos, invadió el torso de la Bandolera, uno a cada lado; cuando llegaron al centro de su pecho, en el lugar exacto donde Ruan la había golpeado, se convirtieron en un haz de luz que no fue percibido por la humana Danielle o por Rogelio, pero que habría cegado a los *daemons* presentes y a Solymar, si no hubieran protegido sus ojos.

Cuando esas dos almas se encontraron en ese centro, Marysol gritó al cielo, parecía estar en una agonía extrema, esos dos azules estaban girando en el centro de su pecho, la rasgaban, la rompían, jugaban dentro de ella, parecían reacios a terminar el viaje, pero la Bandolera se concentró, repitió el extraño hechizo y las luces se separaron, haciendo el camino contrario hacia las puntas de sus dedos, cada uno encontrando una nueva morada.

Cuando los gritos de la Bandolera se detuvieron, el cuerpo del Maldito cayó inconsciente en el suelo; y Rogelio permaneció, también inconsciente, en la silla de ruedas. Marysol, exhausta, se derrumbó entre los dos.

Danielle corrió hacia ellos, era la única que parecía tener control sobre sus movimientos. Todos los demás —aquellos que habían notado ese viaje de luces a través del cuerpo de la Bandolera— estaban inmóviles, tratando de entender lo que había sucedido. Marysol respiraba lentamente, y Danielle intentaba decidir cómo ayudarla, cuando el cuerpo de Ruan se agitó en el suelo, y el Maldito succionó el aire con fuerza, como si estuviera inhalando su primer aliento de vida.

—No se muere esta rata ¿o qué? —preguntó Danielle, llena de miedo, pero sin apartarse de la débil Marysol.

—No —dijo Lenora—. Ahora él es inmortal, su cuerpo está inmortal, pero no creo que aún sea él.

Danielle miró confundida a la jueza, y el cuerpo de Rogelio también se despertó, succionó el aire con fuerza y se despertó a una nueva vida.

Los ojos del cuerpo de Ruan miraban, ambiguamente, hacia el cielo.

La boca del cuerpo de Rogelio gritó un grito de condena.

Sobre el terreno, Marysol celebró lo que podría ser su última victoria en el mundo de los vivos.

—Lo hice, Dani. ¡Lo logré!

El cuerpo de Ruan se levantó del suelo y se inclinó sobre el cuerpo de Marysol.

—Mary, Mary, ¡por favor, no mueras!

—¿Rogelio? —preguntó Danielle, incrédula, y el doctor la miró asombrado.

—Soy yo… a lo mejor… Quiero decir, sé que soy yo, pero todo está diferente aquí —dijo, poniéndose una mano en la cabeza.

En la silla de ruedas, Ruan miró desesperadamente la longitud de su cuerpo casi inmóvil.

—¡Ella morirá si no la ayudas! —dijo Danielle.

—Yo… yo… no me acuerdo cómo hacerlo… es decir… sé que soy médico, todos los recuerdos están aquí, pero el conocimiento… pues… soy mago, no médico, pero tampoco sé cómo usar magia, porque solo recuerdo a la medicina.

Thiago se pegó al grupo, las lágrimas corrían por los ojos del niño. A pesar de las protestas de Danielle, abrazó a Marysol.

El portal entre los mundos empezó a cerrarse, y Lenora se acercó, vacilante.

—Tenemos que irnos, Thiago.

Disgustado, el niño miró con desprecio a la jueza.

—Mi madre era drogadicta, pero era más madre que tú.

Lenora bajó la cabeza, no respondió al niño, sabía que sería inútil, él estaba lleno de experiencias humanas, de ilusiones sobre el amor, de un calor que solo la compasión humana era capaz de proporcionar. Pero el mensaje que le envió a su hija estaba claro, y Marysol escuchó en sus pensamientos:

—Nunca te he olvidado, pero necesitaba seguir mi destino; era mi vocación, como la tuya es ser una viajera.

—El único lugar al que viajaré ahora es el mundo de los muertos.

—Pienso que no, hija.

A nosotros nos puede parecer la despedida más fría y repugnante de una madre a una hija moribunda, pero, créanme, Lenora había demostrado el máximo amor maternal que un *daemon* puede lograr. Las despedidas son… cosas humanas, así que la jueza le dio la espalda a Marysol y le ordenó a Raúl que se dirigiera al portal.

—Quiero que mi hijo tenga un juicio justo. Es suficiente penitencia ser condenado a vivir en este cuerpo inútil —dijo el *daemon*.

—Su hijo será enviado al solitario y no se irá de allí. Ahora, esta es mi última advertencia. Entre al portal, o vivirá entre humanos para siempre.

Guiados por los jueces, Raúl y Ruan cruzaron el portal de regreso a su mundo.

—¡Thiago! —advirtió Lenora.

—Voy a volver, tía; y sé que no te irás —susurró el chico al oído de la Bandolera.

—No, chavo. Yo me voy, y no volveré… —respondió Marysol.

—Sí, volverás.

—Thiago, tenemos que irnos pronto —interrumpió Lenora.

Sin más preámbulos, cruzaron el portal; Thiago miraba hacia atrás todo el tiempo, preocupado por el destino de Marysol, ya extrañaba a Danielle. Danielle se levantó para despedirse y tuvo su última visión del cierre del portal. Tuvo la certeza de que la figura de Thiago estaba más grande.

Llegó la ambulancia, y Marysol exhaló lo que parecía ser su último aliento. Con la Bandolera, se quedaron Danielle, Rogelio e Irene, esta última todavía muy nerviosa e incapaz de interactuar adecuadamente con otros humanos de un mundo diferente. La hija de Talita solo pudo agacharse y acariciar el cabello de Marysol en un intento de consolarla y hacerla darse cuenta de que no estaba sola.

Solymar ganó el camino a pie. Caminó hasta que no pudo soportarlo más, caminó hasta que no pudo sentir sus pies. Cuando finalmente llegó a casa, se sentó sola en la acera, y esperó que el tiempo pronto la curara o, al menos, la anestesiara.

—Soy una basura…



De camino al hospital, cuyo director era un amigo de confianza de Rogelio, Marysol entró en coma y comenzó un peligroso viaje a un mundo desconocido para ella hasta ese momento: el cruce que la llevaría al universo de los muertos.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 23

La Vila se retira

LOS FINES SON DIFÍCILES. Siempre hay lecciones que deben enmendarse, y alguien siempre se quejará, o pedirá una continuación, y siempre querrá saber más y más. Entonces, vamos al fin, vamos a las lecciones. Sé que será imposible satisfacer a todos, pero no estoy aquí para contarles nada más que los hechos.



Cuando Solymar dejó a Norberto en la estación para encontrarse con los combatientes, se topó con Ariana cerca del elevador. Bueno, Ariana estaba allí porque necesitaba hablar con Ruan. Al ver a Solymar salir corriendo de su despacho, titubeó antes de entrar: se estaba dando cuenta de que su relación no estaba bien y, a decir la verdad, no entendía las precipitadas olas de afecto que Ruan ocasionalmente le dirigía, por lo que no sabía si sería el mejor momento para hablar a su jefe.

Aun así, después de algunas deliberaciones, llamó. Una voz débil salió de la oficina pidiéndole que entrara. Abrió la puerta y encontró a Norberto tirado a la alfombra, jadeando y tratando de gatear. Era la decadencia de su cuerpo humano. Ariana no tenía forma de saber eso, así que pensó que el hombre estaba enfermo y corrió a su rescate.

Cuando Norberto la vio, sus ojos se iluminaron con esperanza. El anciano extendió su mano reseca hacia la chica, quien rápidamente se puso de rodillas y le preguntó qué sentía.

—Mi tiempo ha terminado… —dijo con voz débil y dolorosa—. Ningún médico puede ayudarme…

—No digas eso. Voy a marcar el…

Norberto estrechó la mano de la joven, que lo miró alarmada. Para un anciano que afirmaba estar al borde de la muerte, tenía una fuerza considerable.

—Usted sí puede ayudarme, señorita. —Él sonrió y sus ojos también sonrieron.

—No estoy en el campo de la salud, por Dios, Don Norberto, suéltame para que yo pueda…

—Te necesito… ¡ahora! —Casi gritó la última palabra. Sentía que su cuerpo se pudría, le faltaba el aire. Esa carcasa estaba expulsando su esencia, y la desesperación por sobrevivir, por muy vil que fuera, hablaba más fuerte.

—¿De qué hablas?

Los ojos humanos de Norberto revelaron el alma del *daemon* y brillaron la luz roja en sus iris haciendo que la chica palideciera de miedo. Cuando ella trató de gritar pidiendo ayuda, él apretó su mandíbula con fuerza, presionó su rostro contra el de ella y, mirándola fijamente, dejó salir la energía de sus ojos hacia los ojos de ella, las ventanas de su alma, y poseyó ese cuerpo joven.

Más tarde, cuando la secretaria entró en la oficina, encontró el cadáver de Norberto tirado en la alfombra y el cuerpo de Ariana desmayado a su lado.

Eso yo lo sé, porque *Ariana* logró contármelo cuándo, después de unos dos años más o menos, la encontré en un evento. Se vestía de manera diferente, más sobria y elegante, y su mirada mostraba una malicia que no debería tener.



Espero que no se les haya olvidado a Talita y a Jorge. Esta historia está llegando a su fin, y no puedo cerrar mi cuenta sin hablar de esos dos. Principalmente, porque los dos son importantes para *ella*.

Cuando Marysol dejó la Vila del Buen Retiro, el lugar ya no estaba en sus mejores condiciones: faltaba comida, faltaba infraestructura y el deslizamiento ya había empezado. Era un mundo condenado.

Apocalipsis, cataclismo, final de los tiempos, hecatombe, Armagedón… Los nombres son muchos, pero ninguno de ellos describe el

sentimiento de impotencia que invade a un pueblo por ver su mundo siendo destruido por una fuerza mayor y desconocida; por una fuerza que no pueden enfrentar; no pueden luchar en contra. La Vila del Buen Retiro languideció durante muchas, muchas, muchas lunas. Algunos habitantes del lugar sucumbieron temprano. Algunos (muy pocos), debido al hambre; algunos por la depresión; algunos murieron de corazón roto, tal fue el dolor de ver a su tierra apestarse a sí misma. Y muchos no sabían que tal no se estaba sucediendo solo en su lugar; sucedía en todo el país, en el continente, en el mundo.

Hectárea por hectárea, Vila del Buen Retiro resbaló; ella se tragó por un largo tiempo. Más tiempo que soportaría Talita si no tuviera otras preocupaciones. La tristeza por la doble desaparición de su hija la consumía. Talita también se estaba derrumbando. Tragándose a sí misma, cultivando su propio fregadero interior donde se drenaba un poco todos los días.

No saber era como la muerte. No. No saber era peor que la muerte. Muchas veces ella regresó al lugar donde había encontrado a la que se había presentado como Lolla, tratando de desaparecer allí como ella e Irene habían desaparecido.

Pero Talita nunca tuvo tanta suerte.

Marysol había tenido el cuidado para que ella no tuviera tanta suerte aislando las grietas, por lo que Talita siempre terminaba volviendo a su taberna. La taberna cada vez más desgastada y vieja; la taberna con cada vez menos clientes.

En la mañana del fin del mundo, sí, fin del mundo, ¿por qué fingir que no?, ella no tuvo mucho tiempo para actuar. Se las arregló para formular un pensamiento completo y arrepentirse por todo el tiempo que se había esforzado por cultivar su propia comida, hacer su propio pan, ayudar a las otras personas de la aldea a mantenerse saludables. Todo había sido en vano.

Todo había terminado.

Para todos.

Para ella.

El suelo delante de sus pies se abrió y no se resbalaría solo un poco como en otros días, el pueblo estaba siendo tragado por la tierra.

Miró hacia adelante, vio la nada hundirse en el medio de la nada, llevando las farolas que ya no iluminaban nada; cargando malezas secas que

ya ni siquiera funcionaban; llevando los cadáveres de los animales que se habían tratado de alimentarse de esa hierba seca.

Dio un paso más cerca del precipicio, y con el último aliento que uno podría llamar voluntad de vivir, gritó:

—¡Ireeneeeeeee! Irene, mija, ¡ya me voy!

Como si fuera una providencia divina, el deslizamiento se desvió de la taberna y atravesó el suelo a su derecha. Cuando la taberna comenzó a ser tragada, Talita no desperdició una lágrima, ni una mirada de soslayo a su pobre negocio. Ya había aceptado el fin. El sonido de la madera partiéndose y de los clavos tirados tampoco la movieron. Escuchó cada sonido de cada uña arrancada; disfrutó de la sinfonía de cada pieza que cayó. Su primera lágrima llegó cuando escuchó el sonido de los cristales rotos, pero no tuvo el valor de mirar hacia atrás.

El sonido del vacío que solo la inmensidad es capaz de producir invadió sus oídos, atravesó los costados de su cabeza como si fuera el viento, haciendo eco de sonidos que no provenían del exterior; sonidos de ecos producidos dentro de su propia cabeza. De repente, Vila de Buen Retiro era un túnel, y todos los sonidos golpeaban y regresaban a ella.

Volvió a mirar el abismo.

—Todo se va a quedar bien, ¡confía en mí!

Levantó el pie izquierdo del suelo para dar su último paso, pero de los restos de la taberna, un clavo gigantesco se rompió y voló hacia ella, se hundió en su talón, y ella gritó por el dolor que sintió, interrumpiendo el camino. No cuestionó la futilidad de quitarse esa uña oxidada puesto que pretendía saltar. Talita era una de esas: si había que hacer algo, ella lo hacía; y ella no saltaría a la eternidad con un clavo oxidado en el talón. Se arrancó el metal y lo arrojó a un lado.

—¡Talita! ¡Talitaaaaaaa! ¿Qué haces, vieja? ¡Sal de ahí! —gritó Jorge, agitando su sombrero.

—Suficiente pa’ mí, Jorge. ‘Toy cansada.

—¡Uno no se cansa de vivir, chula! Uno lucha, y lucha hasta la última señal del cielo. Yo no voy a permitir que te arrojes a ese agujero… Ello debe conducir directamente al infierno, y no pasarás la eternidad en el infierno.

Jorge pasó el brazo a la cintura de la tabernera para quitarla de lo que sería la muerte inevitable, pero ella luchó. Luchó porque era lo que hacía Talita: cuando quería algo, no se daba por vencida.

Un último golpe doloroso les llamó la atención, y la mujer finalmente miró a los escombros de su taberna. Los pocos escombros, ya que gran parte de ellos habían sido tragados por el sumidero que aumentaba rápidamente. Su hogar, su trabajo, su vida… todo estaba allí y se había convertido en madera podrida, vidrios rotos y polvo. Cayó de rodillas, encima del montón destruido sin importarle si se cortara, y una pieza perdida de la ropa de su hija escapó del caos. Talita vio ese trozo de tela que llevaba un ático de la esencia de su amada hija y trató de alcanzarlo. El vórtice se expandió y otro resto de su taberna fue tragado, pero el desplazamiento del aire envió la tela volando hacia ella.

Se aferró a esa pieza como si fuera una niña asustada aferrándose a su manta; y, al igual que los niños que dependen de sus mantas, ese pedazo de tela la llenó de coraje.

—Ven, Jorge —llamó—. Sé a dónde vamos.

Con agilidad insospechada, Talita tomó a Jorge de la mano y corrió. Corrió como el viento, corrió más rápido que el suelo que colapsaba bajo sus pies. La divina providencia, que había sido tan favorable para su supervivencia cuando había decidido morir, parecía haber cambiado de opinión, y era como si el sumidero estuviera persiguiendo a los dos fugitivos. Talita y Jorge ya corrían paralelos a la línea del tren cuando sintieron que el suelo se les escapaba.

Al final, había el nada.

Nada, polvo y una vía férrea rota.



Cindy, la primera creación del Maldito, se convirtió en una superestrella. El trabajo realizado por Ariana rindió sus frutos, y ella se convirtió en lo que la sociedad suele llamar una dama. No era raro verla desfilar su belleza y elegancia durante la noche en Río, en los bares más frecuentados de Leblon. El programa de televisión que había comenzado a presentar terminó demasiado modesto para ella, por lo que Cindy empezó a estudiar. Estudiaba para convertirse en una estrella como ella decía.

Lo logró.

Su fama y su belleza, al principio, le garantizaron pequeños papeles en telenovelas; con el tiempo y el talento que mostró, terminó

protagonizando su primera telenovela de alcance nacional, y hoy vive muy bien, muy feliz, muy realizada. No es el tipo de famosa que huye de los *paparazzi*. Ella los ama. Y ellos también la aman. De su antigua vida, lo único que quedó fue su amistad con Charlene.

Es decir, Alice.

A diferencia de su amiga Cindy, que siempre había aspirado al estrellato, Charlene era hogareña. Había vivido la mayor parte de su vida en el cuerpo equivocado. Nunca se había sentido como un hombre. Sus partes masculinas la molestaban. Cuando Ruan le dio el regalo de la feminidad, logró todo lo que siempre había deseado.

Como mujer, era hermosa y exuberante, podría alcanzar fácilmente la fama que su amiga había alcanzado. Pero esa no era la verdadera Charlene.

Ella quería una familia, un esposo. Quería hijos. Tal vez un trabajo como secretaria o vendedora de ropa. Tenía estilo, nunca necesitó que le enseñaran como lo hicieron a Cindy.

Una noche, todavía en la vieja cocina de Cindy, antes de la consagración de la pelirroja, pero después de la encuesta fallida que no pudo darle un nuevo nombre a Charlene, las dos amigas se estaban haciendo las uñas, cuando Charlene dijo:

—Necesito un mejor nombre para mí.

—¿Cómo cuál, maricón?

—¡No me digás maricón!

—*I'm sorry*, mana. Viejos hábitos tardan en morir.

—Pero tenés que hacer lo que Ariana te ha enseñado y dejar atrás ese vocabulario de puta.

—A ver, *bitch*, tú no me puedes decir vocabulario y puta en la misma oración, porque se ve que el viejo maricón aún sigue ahí y no lo puedes esconder.

Las dos se rieron a carcajadas, pero Charlene continuó:

—Creo que sí, que se pone difícil matar a los viejos hábitos, pero realmente quiero dejar atrás mi pasado. Quiero conocer a un buen hombre, casarme, tener un hijo.

—¡No jodas, Charlene! ¿Con ese cuerpazo? ¡Puedes convertirte en una *top model*! ¿Realmente te quieres arruinar esos chichis amamantando?

—¡Es todo lo que quiero!

—Estás *crazy*. Tienes el Síndrome de Alice.

—¿Qué dijiste, vaga?

—Síndrome de Alice. Vo-ca-bu-la-rio nuevo… ¿Cómo ves, *bitch*?

—¿De qué se trata?

—Se trata de personas con la mente engañada. Ven lo grande como si fuera pequeño, y lo pequeño como si fuera grande. Así estás tú. Estás mirando a tu futuro como una ama de casa discreta y piensas que es una gran cosa, pero la vida tiene mucho más que ofrecerte, Charlene.

—Pero esas cosas son grandes para vos, Cindy; para mí, no. —Se sopló las yemas de los dedos para secarse el esmalte y dijo—. Pero me gusta el nombre Alice.

Y así fue como Charlene Dayane lanzó su última mirada soñadora hacia el alto; todas las siguientes miradas soñadoras vinieron de Alice. Alice se casó poco más de un año después, con el gerente de la tienda donde trabajaba como vendedora. Ella vive feliz hoy. Ella, su esposo y sus dos hijos.

Nunca olvidó a Ruan; nunca perdió contacto con su mejor amiga; y su esposo nunca se dio cuenta de su pasado.

En la vida de Alice, Charlene Dayane nunca existió.



Lorena, la madre de Tico, es decir, Thiago, se quedó bien.

Cumpliendo una promesa que le había hecho al hijo de dos hembras, Febo se hizo cargo de la mujer. En su línea del tiempo, Lorena nunca tuvo un hijo llamado Tico; la historia vencedora en la que se presumió que su hijo había muerto en el hospital nunca existió; ese chico nunca existió.

Sí, perdió a Robson por el tráfico, y se lo enfrentó junto a su esposo, un buen hombre. Y cuando el cuerpo de Bulldog apareció desfigurado, se sintió vengada, pero nunca supo quién había sido el responsable de ese bien para la humanidad (sus palabras).

No la he visto en muchos años, pero sé, de una fuente confiable, que la única droga que consume hasta el día de hoy es su amor por Cristo.

OceanofPDF.com



CAPÍTULO 24

¡Suéltate el pelo, amazona!

Sé que la única razón por la que ustedes todavía están ahí, escuchándome hablar y hablar, es averiguar si Marysol sobrevivió. Créanme. Me gustaría tener un final feliz para contarles, me gustaría decir que Marysol regresó milagrosamente del coma, pero eso no fue lo que sucedió. Ella no murió. No. Pero un coma sin ninguna predicción de mejoría no es un final feliz, creo que todos están de acuerdo.

Rogelio todavía se estaba acostumbrando a sus fuertes piernas y a la magia que brindó su nuevo cuerpo cuando los médicos humanos dijeron que no había más posibilidades para la Bandolera. Pero lo dijeron para Rogelio, y ese era un hombre que no se rendiría. Sacó a Marysol del hospital y la llevó a su casa, donde ella siguió conectada al soporte vital, en el laboratorio que el doctor mantuvo durante varios años.

Le resultaba difícil armonizar el poder con el conocimiento científico que había acumulado durante los años de estudio y práctica médica. Como el espíritu tiene memoria, Rogelio no perdió su conocimiento, pero una parte de la habilidad había permanecido en las manos que ahora eran de Ruan y, para dominar la nave nuevamente, necesitaría tiempo.

Un tiempo que no tenía, porque necesitaba salvar a Marysol.

Danielle lo ayudaba en las vigilias y lloraba cuando no tenía nadie cerca, porque ver a ese ser magnífico, a quien había aprendido a admirar y a amar como hermana vegetando día tras día la ponía devastada. Rogelio resistía. Estaba seguro de que algún día sería capaz de resucitarla. El único temor que tenía era que el cuerpo de la Bandolera pudiera no soportar la demora.

Fue durante una de esas vigilias que Danielle, después de quedarse dormida, vio a Thiago salir de una grieta. Ya no era un niño. Llevaba ropa de sheriff o algo así. Era un hombre guapo, y todavía tenía las características del adolescente tramposo que lograba salirse con la suya de

cualquier problema. Danielle suspiró cuando se dio cuenta de que se parecía un poco a ella, o a Diana, lo que sea. El niño, mejor, el hombre, aún mejor, el *daemon*, se acercó y, con una voz extrañamente paternal, dijo:

—Ella morirá pronto si no haces algo.

—No sabemos qué más hacer, Tico.

—Thiago —corrigió, con serenidad.

—Sí… Thiago. —Ella sonrió—. Rogelio solo necesita un poco más de tiempo, sé que lo logrará.

—Solo existe una manera de que Rogelio consiga este tiempo, pero ella tendrá que dejar este cuerpo.

—No, no has venido hasta aquí para decirme que todo esto será en vano…

—No será, si haces lo que te digo…, pero dependerá solo de ella, de la otra.

—No te estoy entendiendo.

—Solo escúchame…



Había pasado mucho tiempo desde que Solymar había ido a la iglesia. Nunca había sido una católica ferviente, cultivaba sus hábitos, sí, pero no era lo que se llama una creyente. Pero en ese día, sintió que necesitaba confesarse. Tal vez pudiera obtener alguna absolución por sus pecados, tal vez pudiera obtener el perdón de Dios o de los Santos, ya que ella misma no podía perdonarse.

No había sabido nada más sobre Marysol, solo que era cuestión de tiempo antes de que ella se muriera; así que lloró por esa parte suya que estaba agonizando, o que tal vez ya hubiera muerto sin que ella se diera cuenta, por lo que estaba cada vez más deprimida, casi como atrayendo también la muerte, matándose un poco todos los días.

No una muerte literal, sino la muerte de esa parte de ella que representaba Marysol, su contraparte valiente, valerosa e indomable. Solymar estaba arrepentida, avergonzada de sí misma.

Estaba en la parroquia de la Virgen de Guadalupe. Cogió un folleto en la entrada donde se podía ver la imagen de la Santa, y meditó por un momento en el banco vacío de la iglesia, prestando atención a la medialuna

bajo los pies de la Virgen. Entonces tuvo la impresión de que la cara de la Santa era suya, más bien, la de Marysol. Parpadeó, pero el cambio en la imagen aún duró unos segundos.

Se bajó del banco, se arrodilló y suplicaba por perdón cuando algo, solo una sensación, la hizo levantar la cabeza y mirar en dirección al confesionario. Un sacerdote caminaba. Pensó que era hora de enfrentarse a sí misma, de echar la sucia, la temerosa e inútil, cuyo dedo podrido para los hombres le había hecho traicionarse a sí misma.

Se dirigió al confesionario, entró, miró de reojo la partición, pero no pudo ver una sombra de la cara del sacerdote. Satisfecha por el ambiente privado, respiró hondo y dijo:

—Perdóneme, padre, pues he pecado.



Solymar le contó al padre su historia, incluido todo lo que sucedió después de que Ruan y Marysol entraron en su vida. Ya no le importaba ser vista como esquizofrénica o lo que fuera, no le importaba si el sacerdote la creía o no. El simple hecho de abrirse a alguien la hacía feliz, la ponía más liviana. Entonces el sacerdote dijo:

—Según tengo entendido, te gustaría tener una segunda oportunidad para arreglar las cosas. ¿Verdad, hija?

Solymar se derrumbó en sollozos.

—¡Es lo que más quiero, padre! Pero es tarde, y no soy ni la mitad del valiente que hace falta para que yo pueda arreglarlo, ¡soy débil!

—No te pediré que reces, porque quieres y necesitas actuar; así que te digo que hagas algo concreto para sentirte mejor. No eres débil, puedes hacerlo, hija.

—No sé qué hacer, padre. Aunque milagrosamente me convierta en una persona valiente y esforzada como ella, ni siquiera sé qué hacer.

—¿Qué pasa si sucede un milagro? Si recibieras una señal, ¿la ayudarías?

—Yo… ¡Sí! —Solymar se secó las lágrimas con el dorso de la mano y de repente sintió curiosidad, pues el tono de voz del sacerdote se había puesto como que diferente.

—¡Entonces ve y confía! Si ella no tenía miedo, tú tampoco tendrás, después de todo, sois el mismo ser, ¿verdad? Una es una sombra de la otra, los talentos de ella están dormidos en ti, pero están ahí. Si ella aprendió a ser dulce y blanda como tú, ¿por qué no podrías ir a la pelea y enfrentarse al peligro como ella?

Solymar se sorprendió al escucharlo, ya que no había dicho que Marysol se había comportado como ella en ciertas ocasiones, entonces, ¿cómo lo sabía el sacerdote? Se levantó de la silla y dejó el confesionario, extendió su mano vacilante hacia la cortina que ocultaba el interior donde estaba el sacerdote y la abrió en un estallido. No había nadie ahí.



Solymar dejó de tratar de entender lo que había sucedido, lo aceptó como trabajo de los ángeles que sabían que necesitaba desahogarse, pero cuando salió de la iglesia, encontró a Danielle apoyada contra un automóvil. Rogelio estaba en la dirección. Sintió una opresión en el pecho cuando vio al hombre que habitaba el cuerpo de Ruan.

Apretó su coleta y se acercó a ellos. Estaba preparada para escuchar. Ella pensaba que merecía cualquier insulto que pudieran abordar. Solymar, la traicionada, la egoísta, la que se había suicidado. Ella asintió mientras se acercaba a Danielle, quien le devolvió el saludo, pero no tuvo tiempo de decir nada, porque Solymar se inclinó hacia Rogelio y dijo:

—Estoy esperando por mi penitencia, padre.

Él no contuvo la sonrisa.

—Tenías que desahogarte, nena, así que… bueno… valió la pena.

—¿Qué queréis?

—Necesitamos tu ayuda —dijo Danielle—. *Ella* necesita.

—Y quieres redimirte, así que… esta es tu oportunidad —continuó Rogelio.

—¿Qué necesitáis?

—Sube al auto; explicaremos en el camino.

Solymar no titubeó. Rogelio se fue a su casa y, durante el viaje, explicó al doble de Marysol sobre las chances que tenían, siempre dejando en claro que dependían de ella, Solymar, para que el plan funcionara.

Cuando llegaron a las instalaciones médicas de Rogelio, él dejó a las mujeres y a la hembra a solas.

Solymar miraba a Marysol; y Danielle miraba a Solymar.

Para la doble, era como verse a sí misma rota, en coma, casi muerta en la cama.

—Vi a Diana, que ya está muerta —dijo Danielle, como si leyera sus pensamientos—. Y, voy a serte sincera, no me hizo nada bien verme a mí misma como muerta. Deseé haberla conocido en vida, haber intercambiado experiencias, haber aprendido un poco más sobre un lado mío que existía y ni siquiera sospechaba. Es una experiencia única. Somos privilegiadas, ¿sabes?

—Yo quería ser como ella. —Cerró los ojos y giró la cabeza lentamente varias veces, en un gesto de arrepentimiento y contrición—. Pero no lo soy.

—¡Exactamente! No eres *como* ella; tú eres ella.

Solymar se acercó a la cama y se paró junto a Marysol. Miró la cara pálida, los labios secos y la sonda. Solymar estaba aterrorizada por la sonda. Se sentó en la cama y se quedó allí, contemplando, jugueteando nerviosamente con su coleta.

—¡Suéltate el pelo, Amazona! —dijo Danielle.

—¿Qué?

—Siempre he estudiado mitologías, pero prefería las griegas, especialmente la de las amazonas. Eran valientes, violentas y hasta crueles, y no temían nada, ni siquiera la muerte. ¿Te acuerdas a alguien? —Solymar asintió y Danielle continuó—: Las amazonas siempre fueron lideradas por una o más reinas, y leí una vez que, cuando una reina entraba en la batalla, cuando iba a combatir un oponente que estaba a su altura en fuerza y jerarquía, se soltaba el pelo. Era un gesto de soberanía, de desapego, quizás de poder, ¿ya ves? Se deshacían de los lazos con ese gesto. Un gesto simple, pero temido por los guerreros más valientes. Sabían que cuando una amazona se soltaba el pelo en la batalla, significaba que era de la realeza, que no era cualquiera, que incluso la muerte no la asustaba; que, incluso si tuviera miedo, avanzaría, porque era hija del dios de la guerra.

Las dos se quedaron allí por un rato, en silencio, mirando a la Bandolera. Danielle decidió darle tiempo a la chava para pensar, pero antes de irse, le dijo:

—Si nos vas a ayudar, no te olvides de soltarte el pelo…, amazona.



Rogelio regresó, y Solymar no se había soltado el pelo: tenía miedo. Pero siguió a su corazón y creyó que podía hacerlo. Rogelio la aconsejó sobre cómo actuar y le entregó un atuendo idéntico al que Marysol había usado el día del duelo. No es que la ropa fuera importante, pero ayudaba en el lado psicológico; haría que Solymar se sintiera más… bandolera.

—Sostén su mano. Esto es esencial para que vayas en la dirección correcta —dijo Rogelio, y le entregó la cuerda que le serviría como lazo.

—No sé cómo usar esto.

—Si ella lo sabe, tú lo sabrás. Al menos fueron las instrucciones que recibimos, nena.

—Si tú dices… ¿Y qué pasa con eso de decirme nena?

—Tráela. Comprenderá lo *nena* durante el viaje.

Antes de partir, Solymar dijo:

—¡Gracias!

—¿Por qué? Tú estás ayudando a nosotros…

—Gracias por darme la oportunidad de salvarme.

Rogelio tomó ambas manos, era hora de que ocurriera la magia. Los ojos del médico se sonrojaron por un momento y, cuando se despejaron para convertirse nuevamente en ojos humanos, esa luz escarlata fluyó de ellos a la cara, yendo al cuello, los hombros, los brazos y, finalmente, a las manos que estaban unidas a las dos mujeres. Sintió que el calor fluía y fue arrojado lejos cuando logró enviar a Solymar a la zona de transición.



Solymar cayó en medio del desierto. No le gustaba el paisaje, y al paisaje no le gustaba ella. Las fuerzas hostiles habitaban ese escenario y estaban listas para resistir a esa intrusa, pero la intrusa había llegado preparada, sabía que tendría que enfrentar sus peores temores para lograr su objetivo.

Se ajustó el sombrero y se levantó.

A lo lejos, oyó aullidos de lobos. Miró a su alrededor, sintió el viento helado que acompañaba la puesta de sol. Sabía a quién debía encontrar, pero no sabía a dónde ir. El aullido se hizo más fuerte, Solymar tenía miedo, pero no sabía cómo regresar.

—¿Qué hago? —Se dio la vuelta varias veces, buscando algún cambio en el paisaje, cuando escuchó al lobo nuevamente—. Tendré que luchar contra mis peores miedos… —le dijo a nadie más que a sí misma—. Como si tuviera pocos…

Respiró hondo y, como era necesario, se dirigió hacia los aullidos cada vez más agudos. La intensa niebla se estaba espesando y dificultaba ver lo que se avecinaba; ella apenas podía ver a sus pies; y era como si los aullidos vinieran de todos lados, eran horribles, horripilantes, aterradores. Pensó en lo delirante que era todo: estaba vagando por el mundo del medio, donde no estaba viva o muerta, donde no veía a otro ser humano, a donde había ido voluntariamente para luchar contra sus propios miedos para llegar a alguien que ella ni siquiera sabía si querría verla. Un fuerte rugido interrumpió sus pensamientos y se detuvo en la espesa niebla.

—Dios, Dios… ¡ayúdame! —susurró.

Un par de irritados ojos amarillos brillaron a través de la niebla, y el corazón de Solymar se aceleró. Había un lado de ella que pensaba que tal vez no estuviera tan malo, simplemente la asustaba porque no podía ver a través de la niebla, pero luego un viento más fuerte hizo que la niebla se disipara. Era peor que sus peores pesadillas, principalmente porque, a diferencia de sus pesadillas, esa criatura estaba cerca, era real, material, y Solymar podía oler su aliento.

La criatura avanzaba a un ritmo lento; Solymar retrocedió lentamente, incapaz de controlar sus lágrimas. Esa criatura, que ella solo podía definir como un hombre lobo, parecía a punto de saltar sobre ella y desangrarla. La chava no podía apartar los ojos de la boca llena de dientes afilados del animal que, de puntillas, avanzaba a través de la niebla. De repente, se puso sobre las dos patas traseras, y el aullido que soltó sonó como una risa, como si se estuviera burlándose de la pequeña y aterrorizada mujer.

Impulsada únicamente por el instinto, Solymar corrió hacia la bestia, se arrojó al suelo y se deslizó por la arena con el costado de las caderas, hasta que sus dos pies golpearon, al mismo tiempo, el costado de uno de los tobillos de la criatura, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera.

Con agilidad, Solymar se levantó y comenzó a correr. Corrió como nunca antes en su existencia. Cruzó la arena cubierta por lo que parecían huesos, huesos de todos los tamaños, y estaban en todas partes.

Escuchó el rugido del hombre lobo.

Estaba muy cerca.

Solymar giró la cabeza para ver cuán cerca estaba de ser desgarrada y terminó tropezando en uno de esos huesos. Cayó de espaldas al suelo.

Todo fue muy rápido. Vio avanzar a la criatura, vorazmente, hacia ella, tomó uno de los huesos afilados que estaba a su lado y, cuando la criatura se arrojó sobre ella, el hueso afilado le atravesó el corazón.

Solymar todavía miró a esa criatura por un tiempo, luego, para no ser aplastada por el peso, giró hacia un lado. Su respiración estaba dificultosa, y no podía creer que hubiera sido capaz de enfrentarse a un hombre lobo —o lo que fuera esa mierda— de tal tamaño. Echó un último vistazo a la criatura perforada y recordó que los hombres lobo solo podían ser asesinados por balas de plata.

Así que le volvió el miedo.

Y el miedo despertó a la criatura que se levantó del suelo, arrancó el hueso lleno de sangre del centro de su pecho y dijo:

—¡Mira no más! Arma equivocada…, Solymar.

Intentando tragarse el miedo, una vez más impulsada únicamente por sus instintos, Solymar miró el anillo de plata en su mano derecha y avanzó hacia el hombre lobo. Con el puño extendido, golpeó el área herida por el hueso, enterrando el anillo pegado en su dedo en el corazón de la bestia, que echó un aullido furioso y empezó a arder.

Solymar sacó la mano y miró con disgusto la sangre, pero para asegurarse de que había funcionado, volvió a meterla en la herida. La criatura aulló, Solymar comenzó a hurgar en el agujero hasta que sintió arder sus dedos, una señal de que la combustión había llegado al centro del hombre lobo.

Sacó la mano de la herida y, sintiendo la incomodidad de la quemadura en la punta de los dedos, se alejó y vio arder al hombre lobo.

De repente, el sol ya no se ponía: estaba alto en el cielo. Ella se ajustó el sombrero para protegerse y sintió que le picaba la mano quemada.

—A ver… si el sol abrasador está para hacerme incómoda y me dar miedo, ¿debo seguir al sol?

No había nadie que se le pudiera responder a su pregunta, así que ella siguió al sol.



En el laboratorio, Rogelio sintió a Solymar caliente, como si tuviera fiebre. Su experiencia médica le decía que debería enfriarla; sus instintos híbridos le decían que debía hidratarla.

Afortunadamente, el médico respondió a sus instintos.



Mientras caminaba, Solymar sintió la repentina hidratación y aceleró el paso. Fue entonces cuando, frente a ella, surgió uno de los temores más profundos de su adolescencia; el miedo a una persona a la que nunca había visto, pero a la que tanto temía, que sofocó parte de su vida durante muchos años. Alguien que le había quitado dos grandes amigos.

Fuera de la densa niebla, comenzó el canto en portugués:

Mulher pra ser bonita, Paraná
Não precisa se pintar, Paraná...

El recuerdo reprimido la marchitó. Más que eso, transformó el paisaje, y Solymar no solo lo vio, sino que se sumergió en ese recuerdo, en su adolescencia, en sus días de *capoeirista*. La ropa blanca, la coleta eterna, el birimbao, los amigos animados y esa canción.

O enfeite de uma cama, Paraná
É um homem e uma mulher, Paraná...

Patrícia y Danilo, los mejores amigos de Solymar, se rondaban, sonriendo, en la rueda. Los tres habían sido amigos desde el jardín de infantes y, a esa edad, Danilo ya había comenzado a mirar a su amiga Patrícia con otros ojos.

Paranauê, paranauê, Paraná...
Paranauê, paranauê, Paraná!

Ese mismo día, cuando Patricia y Danilo se fueron juntos, encontraron su triste destino después de ser secuestrados por un violador en serie que había estado aterrorizando a la ciudad durante días. Los cuerpos de los dos fueron encontrados abandonados en una espesura.

Contemplar la muerte tan de cerca a una edad tan ingenua no le sirvió de nada a Solymar; además, saber que sus dos mejores amigos habían sido atrapados por uno de esos matones que se ve en la televisión, que apenas se cree que realmente existen, o de lo contrario se cree que solo atacan a personas desconocidas… bueno… todo se le pegó como una castración a la niña Solymar, que dejó la capoeira y pasó muchos meses con miedo a salir de casa. Decisión que, en cierta medida, fue apoyada por sus padres, que también tenían miedo.

Aunque no fuera relevante para ese momento especial en la vida de Solymar —¡ella estaba en el umbral entre la vida y la muerte, por Dios!—, me parece muy interesante enfatizar que Danilo y Patrícia, los mejores amigos de la Sol Capoeirista, también fueron los dobles de JB y Pele en este mundo, pero, a diferencia de Pele y JB, que se hicieron adultos y tuvieron muchos momentos íntimos, sus dobles humanos intercambiaron, a lo sumo, un inocente beso horas antes de despedirse de nuestro mundo.

De todos modos, de vuelta al cruce de Solymar y su miedo, él estaba repentinamente allí. Él. El que había borrado las esperanzas de su infancia. Ella ni siquiera conocía su rostro, pero cuando lo vio en ese lugar, lo reconoció de inmediato.

—Los hombres lobo no existen, perrita… —dijo, abriéndose la bragueta mostrando el órgano sexual erecto—. Violadores y asesinos, sí.

—No eres él. ¡No puede ser! —dijo y trató de mantenerse alejada, pero el lugar se convirtió en un pasillo estrecho. La única forma de avanzar sería pasarlo.

—Tienes razón, ¡soy MUCHO peor que él, perrita! —La voz sonó como un trueno, y ella respiró hondo. El aullido del hombre lobo la había asustado menos.

Él sacó un cuchillo afilado de la cintura de sus pantalones, y las imágenes de Danilo y Patricia muertos aparecieron en la mente de Solymar.

Violados, torturados, asesinados.

—Sabes que los muertos no hacen magia aquí, ¿verdad? —dijo él.

Sintió un sobresalto, no estaba muerta, solo estaba en el lugar que se interponía entre los vivos y los muertos, y estaba allí porque quería, porque había elegido. No había mayor poder que ese.

—Pero sabes que no estoy muerta ¿verdad?

Aceptando el poder que tenía, Solymar enfrentó ese viejo miedo, abrazó el dolor de perder a sus amigos, tal vez eso era lo que le hacía falta: aceptación. Señaló con un dedo el cuchillo, que dejó la mano del violador y obedientemente voló hacia ella y se acomodó sobre su mano izquierda.

—¡Guau! La perrita tiene un cuchillo… —dijo, y avanzó hacia ella.

—Sí, y voy a cortar esa cositita que tienes entre tus piernas…

Él se acercó, pero ella no dio un paso atrás. Era como si hubiera regresado a sus días de capoeirista, y se movía, con movimientos rápidos, meneando el cuchillo de lado a lado. Él también era ágil y escapaba de los golpes con movimientos rápidos.

—Puedo hacer este baile por todo el día… y toda la noche —se burló —. Tú, por otro lado, te cansarás. Y voy a seccionarte y cortarte viva, como hice con tus compañeros de clase Pat y Dan. ¿No es así como los llamabas?

Solymar rugió con los dientes apretados.

Permanecieron allí un rato, uno frente al otro, en esa pelea de baile, hasta que él dejó de intentar atacarla y se metamorfoseó. Se convirtió en Ruan y, con su voz más seductora, dijo:

—¡No tienes el valor de matarme, Sol! ¡Tú me amas!

Solymar mantuvo el cuchillo en la mano, pero la vista la desconcertó.

—No te tengo miedo, no me impedirás de continuar.

—Tienes miedo, sí. No de mí, sino de lo que represento. Yo soy tu baja y vil debilidad, Sol, y lo sabes.

Ella quería llorar porque era verdad. No podía reunir la fuerza para matar a ese Ruan, por lo que recordó a Danielle y su último y extraño consejo: «¡Suéltate el pelo, amazona!»

Se llevó la mano quemada a la coleta y, aunque no lo creía, tanteó hasta que encontró el cierre de metal. Se enfrentó a su enemigo y sintió el peso de su largo cabello caer sobre su espalda. Se quitó el sombrero y dejó que el viento extendiera los hilos. Furioso, él sacó otro cuchillo y se lanzó al ataque.

Solymar dejó su sombrero en el suelo y echó un poderoso grito de batalla mientras saltaba sobre el falso Ruan. Ella lo hirió en el puño que

sostenía el cuchillo, él gruñó algo cuando sintió la herida, pero no dejó caer el arma y le devolvió el golpe con un codo en la cara.

Solymar se recordó del mayor poder de Marysol, que era la fuerza física y las habilidades de lucha, por lo que sabía que era hora de probar la teoría de que tenía los mismos talentos, aunque fuera una sombra. Tomó el brazo de la aparición y dejó fluir su fuerza.

Giró la muñeca del enemigo hasta que casi la aplastó, y el cuchillo cayó al suelo. Entonces Solymar arrojó su propia arma al suelo, se alejó y se puso en posición de lucha. Deseaba pelear. Justo como lo haría Marysol.

—¡Te destruiré, humanacita de mierda! No eres la mitad de lo que es la otra, eres una imitación barata.

—¿Imitación más barata que tú, Ruan chino? Me estás bromeando, ¿verdad?

Avanzaron el uno hacia el otro, y él se convirtió en un ser deforme, algo que no se podía describir. Solymar no pudo detenerlo y fue arrojada al suelo. Sintió que le dolía todo el cuerpo, el mundo se le giró. Luego, él empezó a rodearla, quería torturarla, dejaba las marcas en el suelo en un círculo donde ella era el centro. Solymar estaba acostada de lado, herida, mientras la criatura se movía de una manera extraña, casi bailando.

Y volvieron los acordes de la música de capoeira.

Solymar se preguntó por qué, ya que había vencido su miedo, y se dio cuenta de que no tenía miedo. La escena cambió, y ella estaba de vuelta en la rueda de capoeira, había un grupo de chavales, todos ellos a la edad de veinticinco años, es decir, incluso si eran jóvenes, estaban demasiado viejos para la niña, pero un enamoramiento adolescente aun es un enamoramiento, y ella quería impresionar a uno de los chavales. Uno con el pelo lacio y negro a un lado. Era alto y muy guapo, y estaba afuera de la rueda, apenas disfrutando del espectáculo que era el bailar de Solymar.

Al final, él aplaudió y gritó:

—¡Dale, nena!

—¡Rogelio!

En su corazón, ella siempre supo que ella y el médico deberían haberse encontrado en algún momento de la vida, era el destino, Ruan y Marysol y sus diferentes versiones siempre hallarían una manera de encontrarse. Pero descubrir que no solo se había encontrado con él, sino que él había sido su primer amor platónico adolescente fue aterrador.

—Sí, era él. Y tú, muy mensa, muy idiota, ahora te quieres morir y, ¿para qué?, para que la otra pueda tener su amor… —dijo el monstruo deforme.

Ella se levantó y corrió, corrió y siguió corriendo. Parecía que no había forma de salir de ese lugar. Luego se dio cuenta de que estaba corriendo en círculos, círculos que la llevaban de vuelta a todos sus recuerdos acumulados, y se dio cuenta de todos los días en que había pensado en el chaval de pelo negro. El deseo que ella había tenido de abandonar su prisión autoimpuesta por el miedo y regresar a ese lugar para tratar de verlo nuevamente.

La elección había sido suya, no de él.

—¡No hay otra! Yo soy la otra. Y tú tienes tus segundos contados, bestia.

Dejó de correr, se dio cuenta de que, a pesar de todo lo que había corrido, estaba en el mismo lugar y, como ya no podía posponer esa confrontación, voló hacia el monstruo, balanceándose y cantando esa canción arremolinada como si fuera un mantra sagrado. Esa era su pelea. Ya había dejado que ese miedo ganara una vez, no lo dejaría una segunda vez.

Le golpeó con una fuerte patada, él le devolvió el golpe con un golpe en el vientre; Solymar lo empujó e intentó suprimir el dolor, avanzó hacia él otra vez y le dio una serie de colas de raya, armadas, bajas, bofetadas, todos golpes que había aprendido en sus días de capoeirista. Cuando el monstruo estaba exhausto, ella tomó uno de los cuchillos del suelo, lo presionó contra el cuello de la criatura y exigió:

—¿Dónde está Marysol?

La criatura se echó a reír.

—Soy inmortal, no tengo miedo a morir como tú, tú… —No pudo completar la oración, porque Solymar le cortó la garganta de oreja a oreja.

—*Zum, zum, zum, capoeira mata um.*… —cantó Solymar, arrojó el cuerpo inerte al suelo seco, lo pateó a un lado y continuó su caminata.



En ese lugar indefinido que se encuentra entre el mundo de los vivos y de los muertos, Marysol vagaba por un camino muy similar al desierto donde había perseguido al Maldito por primera vez. Había cactus en el

paisaje, y cuando cayó allí, fue similar a como había caído en el mundo de Talita. La diferencia era que, esa vez, se apresuró a encontrar a su compañera, la conductora de su magia, la vieja guitarra que no sabía por qué había robado.

Recordaba todo, sabía que estaba entre la vida y la muerte, y que en la situación en que se encontraba, ella era como los humanos. Había poco que hacer sino caminar hasta que llegase a su destino, y cuanto más tiempo resistiera su cuerpo a sostenerla junto a ello, más larga sería su caminada y más indigna sería su muerte.

Cuando Marysol avanzaba, veía una línea de ferrocarril que aparecía debajo de sus botas, y cada vez que dejaba de caminar, el ferrocarril detenía su construcción.

Marysol llevaba la guitarra colgada a la espalda mientras admiraba el paisaje. Una brisa cálida agitó su cabello, y sintió una sensación extraña, como si su corazón quisiera abandonar su pecho. Era el deseo de llorar, pedirle a una fuerza superior que le diera una oportunidad más, desahogarse y dejar en claro que, aunque estaba contenta de haber castigado a Ruan, pensaba que merecía una recompensa y, perderse en el medio del valle medio no le parecía un premio.

Ella quería recuperar su vida.

Ahora entendía por qué los humanos se ponían tan emocionados y nerviosos: porque sus vidas eran frágiles, cortas y volátiles en comparación con las de un *daemon*.

Ella cerró los ojos con fuerza, no se humillaría a nadie. Si la quisiesen en el mundo de los muertos, si no había una segunda oportunidad para ella, ahí se quedaría sin quejarse. Había cumplido su misión, ahora tenía que caminar para descubrir qué había al final de ese camino. Miró hacia atrás porque había tenido la impresión de que alguien la llamaba, pero no vio nada más que una espesa niebla. Se volvió hacia donde iba, adelante, y vio aún muy lejos lo que la esperaba: un claro. A su alrededor, cuatro siluetas agachadas se calentaban al calor de las llamas que iluminaban un campo verde durante la noche adornada por cuatro lunas, cada una con una fase.

Marysol sonrió, sabía que la estaban esperando, así que aceleró el paso. Una vez más escuchó su nombre, o pensó lo haber escuchado, y fue entonces cuando las cuatro siluetas se dieron cuenta de su enfoque y se pusieron de pie al mismo tiempo.

La visión se hizo más clara cuando Marysol se dirigió hacia una puerta gigantesca e iluminada que separaba su paisaje del de su antigua banda. Instintivamente, o indecisamente, se detuvo antes de cruzar y los miró, uno por uno, empezando de la izquierda hacia la derecha. Estaban en la posición habitual, con los brazos cruzados y miradas desafiantes, aunque, de hecho, eran amables y acogedores.

Marysol sonrió ampliamente. Miró a Diana, luego a Jack *the* Artek, luego a Pele, y finalmente a JB. Los cuatro descruzaron sus brazos y golpearon sus pechos con los puños derechos sobre sus corazones para saludar a la exlíder. Ella bajó la cabeza, respiró hondo, cerró los ojos y, al ver que no había otra opción, ensayó el primer paso para entrar en ese nuevo mundo y unirse a la banda.

—¡NO! —Diana gritó, y Marysol dio un paso atrás, sorprendida por la orden.

—Estoy a punto de morir, ¿por qué no?

—A punto… —comenzó Pele— es decir, no significa nada.

—No puedo deambular por siempre. No puedo regresar ¿Crees que no lo intenté?

—¿Crees que no te queremos aquí? —preguntó Artek—. Sí te queremos, pero se hace demasiado temprano para ti, jefa.

—Hay mucho tequila en ese mundo, te mereces beberlo todo, ¡guapa! —dijo JB, provocando la risa a los demás.

—¡Hostia! ¿Qué queréis de mí? —Marysol arrojó la guitarra al suelo y la pisoteó con ira.

—Ya no necesitas esa guitarra. ¡Eres la guitarra! ¿Recuérdate? Pero, dado que preguntaste qué queremos de ti, es simple, solo una cosita más… —dijo Diana.

—¿Qué?

—Que nos toques una balada —dijo Diana, mirando un punto distante sobre el hombro de la Bandolera.

—La Balada de la Bandolera —completó Pele.

—Me quieres ver la cara, ¿verdad? Justo rompí la gui…—Marysol iba a patear los restos de la guitarra, cuando la vio, como nueva, a sus pies.

—Queremos escucharte, ¡porfis! —pidió Artek. Marysol se inclinó y cogió la guitarra y, frente a todos ellos, bastante molesta y cautelosa, empezó a tocar. No tardó ni dos minutos, y Diana le hizo un gesto para que

se detuviera. Ella, Artek y Pele se contuvieron, pero JB terminó por decir lo que todos pensaban:

—Sí, es cierto. ¡Sigues tocando mal!

—¡Vete al carajo, cabrón! Estoy a punto de morir, no hace falta tu burla —dijo la Bandolera, fingiéndose molesta.

—Vaya… no te pongas así… —dijo Diana—. Lo que pasa es que necesitábamos que tocases algo.

—Y ahora ya puedes regresar y tener tu segunda oportunidad —dijo Pele, siguiendo la mirada de Diana.

—Quiero regresar a vosotros, sois mi familia, mi banda —se lamentó Marysol.

—Hermana, lo que pasa es que tienes una nueva banda ¿cómo la ves? Nosotros no iremos a ningún lado; un día volverás a estar aquí, y ciertamente traerás tu nueva banda y aumentarás nuestro grupo.

Marysol frunció el ceño y recordó a cada uno de aquellos con quienes había vivido en el mundo humano, cada uno de los que abrazó su causa y, aunque humanos, actuaron como una familia, mantuvieron su código de honor, superaron sus prejuicios contra un «demonio», abrieron sus mentes a lo nuevo.

—Diana, no puedo volver. Mi cuerpo está pereciendo, no tengo más remedio —dijo y nuevamente dio el paso para ingresar al mundo de los muertos, mientras los cuatro compañeros observaban impasibles.



Solymar caminó un largo camino después de resistir a su último miedo; no enfrentó más desafíos, parecía que no quedaba nada más ante ella. Se detuvo en medio del desierto, donde no había cactus, incluso la tierra seca parecía haber desaparecido, y la niebla no le permitió ver lo que la esperaba. Fue entonces cuando escuchó esos acordes horribles, el sonido de esa guitarra desafinada.

—¡Marysol! ¡Marysol! —gritó exultante y siguió el sonido.

Luego comenzó a recordarse del invitado que aún no había llegado para la fiesta. Sucedió cuando vio el ferrocarril con una puerta gigantesca e iluminada al final, cuatro seres al otro lado y Marysol desde atrás, todavía

una vista minúscula y que la niebla escondía parcialmente. Intentó no desanimarse y repitió la canción:

—*Zum, zum, zum capoeira mata um…* —cantó hasta que se sintió fuerte.



—Rogelio, estoy preocupada, ¡han pasado tres días! —Danielle paseaba, mientras veía a Rogelio alimentar a Solymar.

—Lo sé… pero eso era predecible, Danielle. El tiempo es diferente en los mundos.

—Tiene un moretón en la cara, manchas, una mano quemada… Alguien…, algo la golpeó.

—¿Qué quieres que yo haga? —Rogelio explotó, sus nervios estaban alterados—. Estoy luchando contra el tiempo, no sé qué pasa con ellas, y los signos vitales de Mary… pues… ella tiene poco tiempo.

Se puso las manos en el pelo y lo alborotó. Pensó que la situación no podía empeorar, pero el monitor de signos vitales de Marysol indicó una caída significativa.

—No, no, no. —Corrió para empezar los procedimientos de emergencia, mientras Danielle miraba a todo, aturdida.



Solymar fue golpeada por una ráfaga de viento tan fuerte que la tiró al suelo. A un gran costo, logró levantarse, pero tuvo que llevar el sombrero en sus manos, y lo usó para cubrirse la cara y evitar que la arena entrara en sus ojos. Caminaba a pesar del viento.

—Puedes soplar, lobo malo, ¡no me detendré! ¡Vienta más, hijo de puta!

Solymar caminó empujando el viento, y cuando el viento paró, cayó al suelo a cuatro patas. Se secó las palmas de las manos, se sentía cansada y sucia, quería rendirse e irse a casa, pero sabía que su doble estaba por delante, muy cerca.

Se puso de pie resueltamente y sintió una caída del peso de su cintura y que algo se movía sobre sus botas. Su soga se había convertido en una serpiente que intentaba enroscarse en sus patas. Ella gritó de miedo, asco, terror. Tenía una fobia extrema a las serpientes, aunque nunca había sido atacada por una. Solo la imagen del animal la hacía casi desmayarse.

—¡Jodidos! —gritó para nadie. Parecía que su boca era la única parte de su cuerpo que podía moverse. Estaba paralizada—. ¡Aléjate de mí, cosa repugnante!

Sentía que se iba a desmayar en cualquier momento, o sucumbiría a la histeria, pero no podía, no tenía el derecho, estaba muy cerca de Marysol. Cerró los ojos para no verlo, pero sabía que estaba allí, y el simple hecho de saberlo la mareaba.

¡Recuérdate de la Virgen, ella pisó la cabeza de la serpiente! Recuerda a la Virgen…

La voz sonaba como la de su difunta madre cuando le contó cómo María había superado el mal representado por la serpiente. Tomó coraje, respiró hondo y abrió los ojos.

El animal ya no estaba en sus botas, estaba frente a ella, mostrándole sus colmillos, listo para el bote. Se concentró en la voz de su madre y nada más.

Después de eso, todo fue demasiado rápido, ella tenía que ser rápida o se desmayaría. Cuando la serpiente avanzó hacia ella, Solymar levantó su pie y pateó al animal.

—¡Vade retro, Satanás! La Virgen de Guadalupe es por mí, ¡regresa al infierno que es tu lugar! —recitó con autoridad.

La serpiente se sacudió en el suelo, volviéndose la soga de Marysol.

Sintiendo que la adrenalina subía rápidamente, Solymar se cubrió la boca con ambas manos, cerró los ojos, pero no contuvo el chorro de vómito. Hubiera preferido dos hombres lobo más u otro violador falso Ruan, pero las serpientes… la serpiente era acoso puro y duro. Se limpió la comisura de la boca, levantó la cara, miró ese cielo extraño y respiró hondo, intentando recuperar su centro. Sabía que tenía que recuperar la soga, pero de solo mirarla ya se temblaba.

Pateó la cuerda con desprecio; miró, estudió, analizó.

Después de unos segundos, tomó valor y sostuvo el final del bucle, en el lugar exacto donde, segundos antes, había estado la cabeza de la serpiente. Eligió esa punta con conciencia porque, si cambiaba de nuevo,

podría cortar con el cuchillo. Nada de esto sucedió. Solo sintió las fibras de la cuerda y su corazón se calmó. Reunió todas sus fuerzas y contó con la ayuda del viento que soplaba de nuevo, pero esta vez, en dirección a Marysol, y gritó el nombre de la doble.



—Diana, ya no puedo volver… Mi cuerpo está pereciendo, no tengo otra opción.

Con estas palabras, Marysol había dado el paso decisivo para ingresar al mundo de los muertos, pero Diana esbozó una sonrisa atípica y dijo:

—La caballería finalmente ha llegado.

Fue solo entonces que Marysol prestó atención a la mirada de su hermana, que intentaba ver a través de ella, sobre sus hombros, y escuchó, claramente, una voz, su propia voz, gritar su nombre. Miró hacia atrás, las nieblas todavía le impedían la visión, luego sintió un pesado lazo caer sobre ella y envolverla alrededor de su cintura. Sostuvo esa cuerda con ambas manos tratando de aflojarla, pero la soga la jaló con fuerza.

—Dijiste que no podías volver sola —dijo Diana con reproche—. ¿Prescindirás del respaldo, hermana?

Marysol entrecerró los ojos para tratar de ver algo a través de la niebla y, con gran esfuerzo, logró distinguir un par de botas negras. Prestó atención al cuerpo que se alzaba sobre ese par de botas y lo reconoció. Al otro lado de la cuerda, con el pelo suelto y una expresión seria, Marysol se vio a sí misma. Sin comprender, volvió la cara hacia la vieja banda: quería respuestas.

—Tu contacto prolongado con los humanos te ha hecho mensa ¿o qué? ¿Aún no lo entiendes? —preguntó Pele.

Marysol volvió a mirar a la mujer al otro lado de la cuerda.

—¡No puedo creerlo!

Era Solymar.

La chava estaba luchando contra el viento que intentaba evitar que avanzara hacia su doble; su cabello le azotaba la cara, la arena golpeaba sus ojos, y en esos ojos, Marysol ya no podía distinguir a la cobarde mortal.

Solymar estaba viva, la Bandolera lo podía ver claramente. La chica estaba allí de buena gana, y eso dejó a Marysol confundida. No podía

entender cómo era posible. Tampoco entendió cómo era posible que su doble estuviera repentinamente tan fuerte y valiente. Solymar rechinó los dientes y sostuvo la cuerda con una fuerza sobrehumana, dándolo todo para que Marysol no cruzara al mundo de los muertos.

—No te olvidaremos, hermana —dijo Diana—. Hasta que regreses, yo lideraré la banda.

La banda dio un paso atrás y se acomodó frente al fuego, dejando Marysol a merced de su doble en el umbral de los mundos. Lo último que vio la Bandolera fue que su banda se convirtió en siluetas, luego en figuras, hasta que finalmente desapareció bajo el cielo adornado por cuatro lunas. Se cerró el acceso al mundo de los muertos y la Bandolera se obligó a mirar hacia el futuro.

Solymar estaba tan cerca, que la Bandolera podía ver las abrasiones en su rostro y brazos, resultado de las confrontaciones que tuvo que atravesar para llegar allí.

—Viniste…

—Te están esperando —dijo Solymar.

—¿A qué? —dijo la Bandolera, desanimada—. No tengo forma de continuar en ese cuerpo, siento que me separaré de él en cualquier momento.

—Rogelio está casi descubriendo cómo resucitarte, solo necesita tiempo…

—¿Escuchaste lo que te dije? Ya no tengo tiempo, si lo tuviera, no habría logrado llegar tan lejos.

—Tú es que no me estás escuchando. Él congelará tu cuerpo hasta que puedas encontrar lo que necesitas, pero para que puedas volver a la vida, no puedes cruzar al otro lado.

—Tampoco puedo resucitar si me quedo en esta zona neutral. Siento que me estoy volviendo loca. Un cuerpo no me hará ningún bien si no me mantengo saludable.

—Necesitas un cuerpo para vivir, un anfitrión… Así lo dijo él.

—Me ofendes sugiriendo que me someta a ser el parásito de alguien.

—¡No será un parásito, maldita sea! ¿Por qué crees que vine a buscarte? —La mirada de Solymar era firme, y Marysol entendió lo que ella estaba proponiendo—. Te sacrificaste a ti misma. ¿Por qué no puedo hacer lo mismo? Al fin y al cabo, somos el mismo ser…

—No, no tienes ni idea de lo que estás ofreciendo.

—Mi casa es tu casa. Bienvenida, vieja. ¡Relájate! El contrato incluye solo el cuerpo, no el alma.



Marysol no se opuso más. Ella quería vivir, lo necesitaba. Tenía derecho a mantenerse con vida. Solymar la sostuvo firmemente por el brazo, y las dos caminaron lado a lado en el ferrocarril que se estaba desmoronando a medida que avanzaban de regreso al punto de partida.



En el laboratorio de Rogelio, los monitores de Marysol volvieron a echar pitidos que aullaban esperanza.



No hubo más apariciones, ya que Solymar ya había enfrentado sus peores miedos, mientras que Marysol no indicaba tener ninguno, excepto el miedo a morir antes de experimentar todo lo que quería, antes de comenzar una nueva vida, antes de ver a Rogelio.

Durante la mayor parte del camino, Marysol estuvo apoyada por Solymar sin molestarse por el hecho de que sus posiciones habían sido revertidas. Solymar estaba como fuerte, la base, el apoyo.

La fuerza de la doble solo comenzó a debilitarse al final del camino; cuanto más se acercaba a su cuerpo físico, más disminuía su fuerza sobrehumana.

Solymar las guio a las dos y supo que faltaba poco antes de que llegaran al pasaje, pero cuando llegaron, el pasaje ya no estaba allí. En el lugar, solo había un precipicio. Se acercaron cuidadosamente para verificar la altura. No podían ver el fondo, y era imposible saltar al otro lado, donde solo había una pared. Solymar prestó atención a la condición de Marysol: tenía fiebre y respiraba con dificultad.

—El cruce ya no está aquí…

—Es otra prueba… —dijo la Bandolera con voz débil y ronca.

—¿De qué?

—Estoy casi muerta del otro lado, lo siento. Si las dos no saltamos, moriremos y nunca saldremos de aquí. Si saltamos…

—No sabes qué pasará, o qué nos espera si saltamos.

—No sé, tienes razón, pero sí sé que no quiero estar atrapada aquí.

Solymar respiró hondo. A diferencia de la Bandolera, que ya se consideraba muerta, tenía mucho que perder. Se limpió una terca lágrima y pegó su cuerpo al de Marysol.

Después de un beso muy ligero en los labios, cayeron juntas por el precipicio.



Han pasado diez años desde que Solymar y Marysol dieron ese salto de fe; un salto que devolvió a Solymar su cuerpo y a Marysol la vida en un cuerpo prestado.

Durante diez años, la esencia de la Bandolera ha estado viviendo dentro… bueno… dentro de mí.

Mi nombre es Solymar, y llevo diez años siendo dos.

OceanofPDF.com



OceanofPDF.com



CAPÍTULO 25

A la posteridad

Cuaderno de notas del doctor y mago Rogelio

HOY ES EL DÍA.

El día decisivo; día D; hora H.

El momento en que todas las cosas que me importan sucederán, o no. Hasta tengo miedo de escribirlas, tengo miedo de cultivar la esperanza.

Justo yo, que soy esta mezcla de lo imposible con lo inimaginable, de repente me veo lleno de miedo, casi sin fe en mí mismo. Siempre he tenido tanta confianza en mi conocimiento, en mis propias habilidades, en mi certeza de saberlo todo, pero desde que Marysol me dio este nuevo cuerpo, todas mis certezas han sido cuestionadas día a día.

Todo lo que ya se veía demasiado para que yo almacenara en un solo cerebro se multiplicó de repente. Y tenía mis recuerdos de médico, pero ya no tenía mis habilidades médicas; y tenía las habilidades del mago que era Ruan, pero no tenía los recuerdos necesarios para consolidar ese conocimiento.

¡Ah, casi me vuelvo loco!

Si no lo hice, si no sucumbí y no me rendí a la locura —hubiera sido tan fácil dejarme llevar por la demencia—, fue por *ella*, por la luz de sus ojos, fue por mi Marysol.

Nuestra Marysol.

Solymar ya casi termina su presentación, es hora de olvidar mis miedos y poner mis manos en el más importante de todos los trabajos.



Solymar ha sido fundamental en este proceso. Francamente, al verla a través de los ojos de Ruan, débil, cobarde, una versión pálida y temerosa de Marysol, nunca esperé que aceptara ser parte de todo el loco plan ideado por Thiago para mantener viva a Marysol, pero debo admitirlo: la chica ha demostrado su valía y su valor día tras día. Por supuesto que, hoy, llevando la Bandolera adentro, todo está más fácil. Aun así, se necesita mucha disposición.

Quien Ruan recuerda como tímida y aburrida se está enfrentando a una delegación completa compuesta por doctores que yo ni siquiera sé por qué solicité que vinieran a este experimento.

Si fuera un hombre decente, lo haría solo, en mi laboratorio. Mis únicos testigos deberían ser las mujeres que hoy coordinan mi vida, que son mi familia: Danielle, la propia Solymar y, por supuesto, *ella*… la Bandolera.

Creo que todavía llevo dentro de mí ese deseo de ser grande, gigante, de ser algún tipo de dios. Todavía llevo esa vanidad de demostrar que lo sé todo. Y no puedo atribuir esta falla a Ruan; yo siempre he sido así. Necesito ponerme consciente y dominar este impulso primitivo de control y soberanía, pero, por hoy, los doctores ya están allí, así que iré hasta el final.



Algunos de los doctores estaban visiblemente molestos; otros se reían sin disfrazarse; y otros estaban boquiabiertos, como si no creyeran que yo, un hombre respetado por toda la comunidad médica en Brasil y en el extranjero, había podido reunir a tantos profesionales y tomarles su precioso y escaso tiempo con charlas de un posible esquizofrénico que intentaba justificar sus temores y traumas a través de una historia no creíble.

Solymar me cedió la palabra sabiendo que nadie le creía a nada de lo que había dicho, pero yo ya esperaba el escepticismo. Es probable que yo mismo hubiera reaccionado así si estuviera en su lugar, si no hubiera vivido todo lo que viví o hecho todo lo que hice.

— Rogelio, ¿qué estás jugando? —preguntó Alberto, un reconocido neurólogo que trabajó conmigo muchas veces; el famoso neurólogo que certificó la muerte cerebral de Marysol. Se sentía tan indignado que se levantó para irse. Yo podría haberlo dejado ir, pero vanidad, oh, mi vanidad… yo necesitaba demostrar que tenía razón, que había dominado la muerte, así que le pedí que se quedara un rato más y me diera el tiempo de demostrarle que Solymar había dicho la verdad.

—¿Tiene pruebas? —preguntó un médico. Su tono era el epítome de la incredulidad—. Admito, doctor, que su recuperación, eso de lograr caminar como de la noche a la mañana, es algo que nos hace pensar que los milagros existen o que es usted un genio, pero, doctor Rogelio, nos insulta con esta historia que más parece salida de uno de los libros de Stephen King.

Las miradas hacia el cuerpo de Marysol se pusieron indignadas.

—Me parece que esta mujer es la hermana gemela de tu paciente, es decir, eso es obvio —respondió Alberto—. Y ella está muerta, pero insistes en mantener su cuerpo. Ya te he dicho que esto es una locura. Somos doctores, no somos dioses. Si quieres mi opinión profesional: has perdido la cabeza.

Sus palabras no me conmovieron para nada.

Solymar se paró a mi lado, se volvió para mirar a la audiencia y, convocando a la Bandolera dentro de ella, habló con dos voces. Lo confieso, me asustaba un poco, y no fue diferente con los médicos.

—Damas y caballeros, ¿podéis nos oír, a cada cual, perfectamente? — El ojo izquierdo de Solymar cambió a rojo, y de la audiencia empezaron a retumbar interjecciones de miedo, sorpresa y una incredulidad persistente.

—¡Eso es un truco barato! —dijo un científico, cuyo nombre no recuerdo, con el dedo levantado.

—¿Lo crees? —preguntó la voz de Marysol, que resonó poderosa y firme a través de dos ojos rojos.

Por un tiempo, perdí la concentración. Esos ojos rojos sacaban lo mejor de mí y eran todo lo que yo quería por el resto de mi existencia, que, en ese cuerpo *daemon*, sería muy larga. Demasiado larga para estar sin esos ojos. Esa existencia que, tal vez, fuera eterna desde que Ruan había descubierto el secreto de la inmortalidad, a pesar de que yo aún no había logrado desentrañarlo. Ese secreto no vino con mi maldita herencia.

Mi lapso de concentración permitió a los primeros médicos darnos la espalda y dirigirse a las puertas abiertas; y mi deseo de presumirme se mostró fuerte nuevamente, tanto que extendí mi mano derecha y ordené que se cerrasen las puertas. Una mujer que estaba a punto de irse se dio la vuelta con aprensión y preguntó:

—¿Qué quiere con este circo, doctor Rogelio?

—Solo les estamos preparando a ustedes para lo que realmente importa. Les prometí, y cumplo mis promesas. Sol, ¿estáis listas?

—Sí, estamos listas.

—Alberto, ya conoces Marysol, es decir, su cuerpo preservado. Y tú, mejor que nadie, puede dar fe de que ha estado muerta durante diez años, ¿verdad?

—Sí… —confirmó, sin disimular su molestia.

—Han escuchado hasta ahora, ¿son unos minutos más tan preciosos? —pregunté y solté las puertas. La mitad de mi audiencia decidió abandonar el auditorio, y no los detuve. Los que se quedaron me miraban con pena; probablemente pensaban que me había vuelto loco. Por veces deseé que tuvieran razón: la locura sería una salida fácil—. Tenemos dos psiquiatras aquí. Si no pruebo lo que digo, pueden llevarme de aquí al manicomio. No resistiré

Al lado de la camilla en la que estaba alojado el cuerpo preservado de Marysol había otra, vacía. No me preocupé por esa camilla vacía. La vista del cuerpo de Marysol me abrumaba y yo le acariciaba el pelo negro.

—¿Queréis certificaros de que ella está muerta? —pregunté, y mi audiencia se reunió alrededor de la camilla ocupada.

—Más muerta que eso es imposible —dijo uno—. Rogelio, esto está mal, dale a esta mujer un funeral digno.

—Solymar… —interrumpí.

Sol ya sabía lo que tenía que hacer. Se tumbó en la camilla vacía y tomó la mano de Marysol, fría como la muerte.



Todo lo que Marysol necesitaba era un lugar para regresar. Un cuerpo sano y funcional. Y yo no podría haber le proporcionado eso sin la ayuda de Ruan.

Siempre he defendido el principio de que la magia y la ciencia andan de la mano, pero eran principios defendidos a partir de mis conocimientos; hoy puedo defender este principio con conocimiento y práctica. La magia que había venido con Ruan se unió a la ciencia que había en mí, y juntos —la magia, la ciencia y yo—, lo logramos.

La magia me había permitido curar todas las heridas del cadáver; la ciencia me había permitido preservar el cuerpo a través de la criogenia.

Era hora de la verdad.

Hora para demostrarme a mí mismo y a todas esas personas que los diez años que había pasado tratando de acomodar todo el conocimiento mágico que estaba en el cerebro de Ruan y ajustándolo a los recuerdos del médico no habían sido en vano. Era hora de poner en funcionamiento el equipo en el que había trabajado durante nueve de los últimos diez años: la parte de ese experimento que gritaría ciencia.

¡Ah! ¡Aparecería en todas las publicaciones médicas de todo el mundo cuando funcionase! Todos sabrían mi nombre. El nombre del médico que logró resucitar un cerebro muerto transformándolo en un cerebro funcional que podría decirle al cuerpo cómo trabajar, cómo respirar, cómo moverse. Conecté los electrodos a la cabeza de Marysol mientras le acariciaba el pelo. Intenté no sucumbir a la emoción, había muchas cosas importantes en juego.

Todavía en el campo de la ciencia, conecté los dispositivos que monitorearían los signos vitales de las dos —humana y *daemon*— demostrando, científicamente, que una estaba viva y la otra, no.

Era hora de la magia.

Me incliné sobre Marysol y alenté el aire de la vida en sus labios. Fue simbólico. Fue, tal vez, la manifestación de mi deseo de ser un dios. Cuando me puse de pie, mis ojos estaban rojos y sentí las exclamaciones de asombro de mi audiencia, pero no perdí la concentración. Ese cuerpo de *daemon* mágico sabía qué hacer, y extendí mis manos sobre el cuerpo sin vida de la Bandolera. Lo calenté, ordené que el corazón latiera nuevamente para que la sangre pudiera circular de nuevo, ordené que los pulmones se inflaran para oxigenar el cerebro sin vida; encendí el dispositivo que haría que ese cerebro recuperara sus sinapsis.

El cuerpo empezó a adquirir color, las mejillas se pusieron rosadas y, en unos minutos, noté que el vientre de Marysol principió a moverse por sí solo. Arriba y abajo. El aire entraba y salía.

Fue entonces cuando escuché el primer pitido redentor.

El pitido que anunciaba que el cuerpo estaba vivo, funcional, a pesar de que su cerebro estaba muerto. La concentración de oxígeno todavía era baja y el corazón todavía latía lentamente, pero estaba ahí.

Usando toda mi determinación, traje toda la magia de dentro de mi organismo y la tiré a mis manos, quería que el cuerpo de Marysol se acostumbrara a sus funciones. Para terminar, usé una magia restauradora para que ella no sufriera dolores musculares cuando regresara.

Bajé los brazos a mi lado y esperé.

Cuando el primer golpe del monitor cerebral apareció en la pantalla totalmente científica de LED, escuché el «¡oh!» de mi audiencia y caí de rodillas junto a la camilla de Marysol.

—Ahora toca a ti, Solymar, ¡trae de vuelta a mi Bandolera!

Usando magia, convertí la pared en una gran pantalla que mostraba el negro del abismo donde esas dos almas se habían arrojado diez años antes.



Poco a poco, la oscuridad se desvaneció y las dos aparecieron en el fondo del precipicio. Miraban a su alrededor, confundidas.

—Estamos de vuelta en el abismo —dijo Solymar.

—No creo que lo hayamos dejado —respondió Marysol—. Es el lugar simbólico donde compartimos espacio. Y ahora, ¿qué hacemos? Yo sé que tengo un lugar a que volver, pero no sé cómo llegar allí.

—Bueno… si este es el lugar simbólico donde compartimos el espacio, creo que lo más cierto sea que salgamos de aquí.

—¿Recuerdas de qué dirección saltamos?

—No… se me hace que había un río o algo así, pero no hay agua…

—Vaya. Yo supuse que sería una caída interminable.

—¿Qué hacemos? —Solymar levantó la vista.

—¡Subimos, pues! —dijo la Bandolera encogiéndose de hombros—. No hay nada aquí, tenemos que regresar hasta el momento de la caída… Creo que es la mejor manera de lograrnos separarnos y…

—¡Ah, no, no, no!

—Cuando caímos, me recuerdo que nos estábamos uniendo, así que, cuando alcanzamos a tu cuerpo, éramos prácticamente una.

—Ya veo… tú dices que tenemos que revertir el proceso, pero ¿cómo vamos a escalar esto?

—¡Bah! ¡Déjate de payasadas! El muro está irregular. Incluso hay un lugar para descansar tu viejo esqueleto.

Solymar se rió: al parecer, Marysol había retomado su delicadeza habitual.

—No podemos darnos al lujo de descansar —dijo Solymar y se posicionó para empezar la escalada—. Rogelio se está quedando sin tiempo… otra vez.

La pantalla mostraba la escalada de las dos. A medida que subían, a veces se mezclaban, se convertían en una; a veces eran solo un borrón; a veces eran una yuxtaposición, como una imagen borrosa y parpadeante; pero cuanto más cerca de la cima, más claras se volvían. Yo no podía apartar mis ojos de Marysol.

Cuando llegaron a la cima, miraron hacia atrás. El abismo ya no estaba allí, se había convertido en un río, y las dos se inclinaron para mirar el agua que corría muchos metros más abajo.

—Yo… yo… —tartamudeó Solymar, pero Marysol la interrumpió.

—Somos nosotras.

Curioso, hice que la pantalla mostrara lo que veían en el río.

Las aguas que fluían eran como un rollo de película y mostraban las dos, o más bien, las diferentes versiones de las dos en universos diferentes. Sus dobles. En las versiones de que me recuerdo, había una gitana que leía suerte en manos de una niña, la niña era Elisa; y una estudiante de derecho que escribía, con una velocidad inimaginable todo lo que le decía su maestro, mi doble y de Ruan, mientras se ajustaba las gafas sobre la nariz; una danzante de samba balanceándose en medio del desfile de una escuela de samba; una jugadora de fútbol que le daba un carrito al oponente, quien era doble de Danielle y Diana; una escritora entregando sus originales a los editores, dobles de Artek y JB; una loca, una puta, una ama de casa tradicional. Parecían fascinadas con sus dobles, con ese desastre, cada una de ellas viviendo sus vidas sin considerar la existencia de las demás; cada una de ellas siempre se topando con las mismas personas, de una forma u otra, para vivir historias diferentes.

No parecían querer continuar subiéndose.

Estaban encantadas, gozosas, casi hipnotizadas.

—¡Subid! —tartamudeé, esperando que me escucharan.

Fue entonces cuando Marysol, en un estallido, dijo:

—Se nos hace tarde.

—Lo sé, solo quería ver un poco más. ¡Esto está increíble, genial!

—Bah, lo siento, pero quiero estar en mi cuerpo. ¿No ves? Esto está como la canción de las sirenas, solo que cantada por la muerte: como ya no nos asusta, está tratando de encantarnos para que nos quedemos.

Solymar suspiró. Las dos se miraron la una a la otra: la mirada de despedida. Sabían que había llegado el momento de separarse.

—Entonces… nos arrojamos al agua, ¿es eso?

—Aceptemos el flujo de la vida…

Y ellas saltaron.



La pantalla se puso negra y sostuve la cálida mano de Marysol con fuerza. Escuché el profundo suspiro de Solymar en la camilla al lado, y Danielle corrió en su ayuda; pero Marysol no suspiró, no tembló, no se movió.

—Marysol… —llamé.

Fue entonces cuando su monitor cardíaco mostró una raya; y su monitor cerebral mostró… nada.

Ella estaba muerta.



Sabía que tenía poco tiempo. Necesitaba preservar el cuerpo nuevamente para intentarlo más tarde, quizás después de diez años más, después de más estudios para perfeccionar mi magia; después de no sabía qué.

Traté de llamarla hablando con Solymar para que me contestara por la boca de su doble. La pobre muchacha, confundida, todavía recuperándose de toda esa experiencia, me miraba sin comprender.

—Estoy sola, Rogelio… ¡lo siento!

—No es tu culpa, Sol —consoló Danielle.

Cuando me atreví a ojear a un lado, noté la mirada compasiva de Alberto. Pero él no se compadecía de mi dolor, se compadecía de lo que consideraba mi estado mental. Podía leer cada sílaba de la palabra demencia reflejando sus ojos mientras lentamente sacudía su cabeza de lado a lado.

Sin tener qué hacer, sin saber qué pensar, en ese momento, mi cerebro también era una raya en el monitor universal. Apagué todos los monitores porque ese pitido largo no paraba, y yo no podía pensar. Pero el silencio tampoco ayudó, así que llamé a Marysol, grité su nombre y lloré.

Un científico, cuyo nombre no vale la pena mencionar, se acercó y, con un tono condescendiente de lástima, dijo:

—Estoy seguro de que los colegas aquí estarán de acuerdo en que podemos resolver esto sin una intervención, pero usted necesita tratamiento, Rogelio. Lamento su pérdida, pero ella se murió y debe dejarla irse. Dele a esta chica un funeral digno.

—¡Qué funeral ni qué mis narices! —dijo una voz débil, pero que fue escuchada por todos.

—Yo no he dicho nada —advirtió Solymar, con su voz casi idéntica, cuando notó las miradas dirigidas hacia ella.

—Yo he dicho —dijo Marysol. Su cuerpo se movía lentamente, su piel estaba erizada, parecía fría. Ella abrió sus ojos rojos a la vida y sonrió —. Perdón por el retraso, pero no sé nadar.

¡Ah! ¡Cómo había extrañado esos ojos y esa sonrisa!

Solo quería mirarla, estar con ella. Danielle me llamó a la realidad.

—Rogelio, ¡lo lograste! —ella dijo.

Entonces recordé a los médicos, a mi audiencia, a las personas que ni siquiera deberían estar allí. Uno de ellos levantó el brazo, señaló a Marysol y, temblando, dijo:

—E-e-ella es realmente… ¡un demonio!

Fue en ese momento que entendí que no necesitaba una audiencia, no necesitaba ser publicado, no necesitaba glorificarme o magnificarme, maldito sea el Nobel. Todo lo que me importaba estaba ante mí.

Extendí mi mano derecha e hice que todos durmieran.

Danielle me miró inquisitivamente.

—Todavía no están listos —le dije.

—Vale, pero ¿qué vas a hacer con ellos?

—Borrárselos los recuerdos, devolvérselos a sus casas, lo de siempre… —bromeé.

—Ah, bueno.



—¿Por qué te tardaste? —preguntó Solymar.

Marysol, que parpadeó repetidamente, parecía avergonzada.

—Es que… que… tuve que enfrentar a mi miedo.

—¿Aún no había terminado? He pensado que tu único miedo era o de morirse.

—Yo te mentí —dijo la Bandolera, mientras sonreía torpemente—. A diferencia de ti, surfista, yo nunca he aprendido a nadar.

—¿Por qué no me dijiste? —protestó Danielle.

—Porque un *daemon* no revela sus debilidades, aún más en voz alta. Entonces te recordé a ti, Sol. Has superado tus miedos. Nunca tuviste poderes, pero para traerme de vuelta, incluso enfrentaste a una serpiente. Así que, inspirada en ti, enfrenté el río y logré cruzarlo.

Los cuatro nos quedamos en silencio. No puedo decir lo que cada uno pensaba, pero, francamente, yo estaba emocionado. Con la confesión; con el descubrimiento de que mi poderosa *daemon* tenía un miedo inconfundible; con el hecho de que había superado ese miedo; pero, principalmente, con el milagro de poder tenerla a mi lado después de tantos años. Finalmente, era un hombre realizado: tenía mis piernas y una compañera de por vida. Más que eso, de repente, yo tenía una familia. Esas tres mujeres, tan diferentes, tan iguales, casi la misma mujer, eran mi familia.

Besé a Marysol devotamente, hasta que un destello iluminó la habitación: era Thiago, y él cargaba una maleta. El chico miró a su alrededor, chasqueó los dedos y todos los médicos desmayados desaparecieron.

—Envié a los escépticos a sus casas, merecéis un descanso —dijo, y le di las gracias con un movimiento de cabeza.

—¡Tico! —dijo Marysol.

Me preguntaba cómo le parecería la visión de ese hombre pues, la última vez que Marysol había visto a Thiago, él solo tenía doce años. Los dos se abrazaron y el chaval dijo:

—Decidí pasar un rato contigo; al fin y al cabo, yo puedo —se jactó —. Y, tía Marysol, me digas Thiago.

—Y tú ¡no me digas tía!

—Tengo un regalo para ti, *tía*.

Abrió la maleta y tomó lo que parecía ser una foto restaurada. Se la entregó a Marysol, quien la examinó por un momento con una expresión seria, pero no pudo evitar sonreír después de unos segundos. En la foto, había cinco personas apoyadas contra una cerca. Al darse cuenta de mi curiosidad, ella explicó:

—Es mi vieja banda. —Miró a Thiago con los ojos llenos de gratitud y preguntó—. ¿De dónde has sacado eso?

—Fui a ver los lugares por donde pasaste, y en la granja del gran bebedor JB, encontré esta foto guardada en una bodega subterránea. Estaba mala, pero la restauré. Es mi regalo de bienvenida y resurrección.

Se quedó difícil a la Bandolera hacerse la ruda, pero lo logró, levantó la vista y dijo:

—Gracias, chico.

—¿Has gustado?

Marysol asintió con un sí nervioso.

—Creo que el tiempo dentro de mi cuerpo te hizo… mansa —dijo Solymar.

Thiago se rió, y tuve una idea. Aprovechando la cámara que estaba filmando toda esa experiencia, arreglé el trípode para que nosotros también pudiéramos tomar nuestra propia foto. Uno al lado del otro, pero en lugar de una cerca, teníamos una camilla para apoyarnos. Lo confieso: éramos una banda muy extraña.

Entonces Thiago recordó que tenía más regalos, volvió a abrir su maleta y, de dentro, sacó la ropa de los *daemons* vaqueros, que distribuyó a todos. Solo Solymar se negó a aceptar el sombrero: prefería su conocida gorra, una de las cosas que la distinguía de la Bandolera. Ella se puso la gorra, el resto de nosotros se arregló el sombrero y el siguiente retrato se quedó mucho mejor. Era casi un homenaje a la banda del pasado. Una nueva foto tan antigua como la anterior.

—A la posteridad —dijo Thiago.

—¿Vámonos a viajar, tía? ¿O estás demasiado vieja para divertirte después de regresar de entre los muertos?

—¿Viaje?

—La señora tu madre, la jueza, mi abue, me dio el regalo de viajar entre los mundos sin necesitar sangre *daemon*.

—Y ¿a dónde quieres ir?

—Puedes elegir el primer destino, pero luego, visitaremos un pequeño lugar que dejó a Solymar… ¿cómo puedo decirlo? Encantada.

Solymar miró al chavo con ojos largos y preguntó:

—¿Qué lugar?

—Ah, ¡ya sabes!

—Yo sí sé, pero ¿cómo tú lo sabes?

—Febo me lo dijo. ¡Ese ser es un tremendo chismoso! Él también fue quien me enseñó cómo vosotras dos podríais compartir el cuerpo.

—Pues ¡viajemos! —decretó Solymar con entusiasmo.

—¿Percibisteis que estamos en cinco? —preguntó Thiago.

—Por supuesto que sí! —dijo Marysol—. Una banda perfecta y, a excepción de la surfista, estamos en fachas y listos —bromeó, tirando del borde de la gorra de Solymar.

—¿Quién dijo qué, para viajarse entre mundos, hace falta vestirse como un vaquero? —protestó Solymar.

—Hacer falta, no lo hace; pero que nosotros estamos más chulos, sí lo estamos.

—Entonces, tía, ¿a dónde vamos?

—Sé que ese lugar que Solymar quiere visitar debe ser muy agradable, pero necesito visitar a otro lugar con urgencia. No debe haber mucho allí, pero…

Thiago conjuró el portal; Marysol, como líder, fue la primera en cruzarlo, y ese fue el primer viaje de muchos para la nueva banda.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

YO NUNCA HABÍA IMAGINADO que transformar mi experiencia con la Bandolera en ficción podría convertirse en algo tan rentable. Por supuesto, el dinero era súper bienvenido, pero se me ponía difícil lidiar con la fama. Siempre he sido una chava tímida, guiada por mis miedos y, aunque haya compartido mi cuerpo con una de las criaturas más valerosas durante diez años, ciertos hábitos son difíciles de perder. El hábito de esconderme de las personas es uno de esos.

Poco después de regresar de nuestro primer viaje, apasionada por la misión de contar esa historia, ya que mi audiencia ya no la recordaba, elegí el papel. No tenía grandes pretensiones. Solo quería contarla. Era como si contarla la tornara más real. O tal vez fuera mi miedo a olvidarla. No lo sé. Tampoco sabía que Danielle enviaría ese manuscrito a dos editoriales. Al principio, confieso, me molestó la intromisión, pero sentí que la gente realmente necesitaba saber esta historia y, como dije, el dinero es bienvenido.

Siempre.

Por supuesto, todos los nombres fueron cambiados, algunos hechos fueron romantizados, pero todo se quedó grabado allí, en mi primer libro que —¡increíble!— estaba a punto de convertirse en un *best seller*: La Balada de la Bandolera.

En una de las muchas tardes de autógrafos, ya me dolía la mano, y yo pensaba en la forma más educada de retirarme para un descanso rápido, cuando escuché una voz familiar, y ello me obligó a quedarme un poco más. Cuando llegó su turno, sonreí contenta, era la primera vez que la veía desde el viaje en que la rescatamos: nuestro primer viaje después del regreso de Marysol.

—Tu amá debe ‘tar bien, pero bien feliz —dijo Talita, y yo la abracé. Estaba con Irene, por supuesto.

—Así que ¿estamos en este libro? —preguntó Irene.

—Por supuesto que sí —respondí.

—Y ¿dónde ‘tán los otros? —preguntó Talita.

—Hoy, no lo sé. Pero lo que sí sé es que están divirtiéndose.

—¡Ah, Sol! ‘Toy muy feliz por ustedes. De verdad. Pero yo ya me voy, porque Jorge tiene una gripa, y ya sabes cómo se ponen los hombres

cuando se enferman; pero te espero en mi casa para un cafecito, ¿sí?

—Sí, Talita. ¡Promesa!

—Te tengo a ti y a Marysol como a dos hijas. Nunca estarán solas. ¿Entiendes, niña?

Sí, yo la entendía. Miré con amor a esa mujer que era tan parecida a mi madre en este mundo, su doble.

—El mundo es demasiado pequeño para que cualquiera pueda estar solo —dije—. Estoy bien, Talita, no te preocupes.



Más tarde supe que, mientras estaba allí, la banda estaba en un universo humano paralelo donde descubrieron que el doble de Ruan y Rogelio, un hombre llamado Ruggero, apenas había lanzado un libro de ciencia ficción.

Danielle obtuvo una copia, no solo porque había sido escrito por el doble de mi eterna pareja interuniversal, sino también porque la portada y el tema… bueno… la pusieron muy, muy nerviosa.

Cuando finalmente nos reunimos después de unos días, me lo entregó el libro con manos temblorosas, y no estaba segura si podía leer esas palabras en voz alta.

Como ya he dicho y repetido: las palabras tienen poder.

Aun así, estábamos todos juntos, y esa historia también necesitaba ser contada.

OceanofPDF.com

«... Todo empezó...

THIS WAY!



OceanofPDF.com

CAPÍTULO 1

El Bandolero

¡High Noon!

EL GRAN HECHIZO.

Mediodía, la hora programada para el duelo, el punto más alto del sol, el momento de la confrontación.

Hubo persecución, disparos, traición… y ¿qué más? De repente, se encontró tendido en un camino abandonado, cerca de un cruce de una vía de ferrocarril bastante antigua. No sabía en qué país o mundo estaba. Recordaba que había estado cazando a la **Maldita** en… ¿un desierto? Tal vez. Un desierto haría sentido. Sabía que los recuerdos se verían perjudicados por un tiempo, pero el desierto era predecible, casi cierto, porque todo en su vida parecía ser un desierto, y **él** se preguntaba por qué.

Lo pensó un poco más y decidió que a lo mejor hubiera sido en una playa. Pero ¿por qué no estaba seguro?

Recordaba que, antes de ser arrojado en ese camino, el calor era intenso, raras veces sintió una brisa agitar su pelo negro; cuando llegaba una brisa cualquiera, lo obligaba a protegerse los ojos porque, aunque suave, el viento arrastraba mucha arena.

¡Ah!, esa arena no dejaba sus pensamientos…»



Cuando terminé de leer, Thiago y Rogelio se pusieron de pie, perplejos, mientras Danielle y Marysol reflexionaban, aún sentadas. La *daemon* decidió servirse un trago de tequila que tomó de inmediato. Cerró los ojos y, cuando los abrió, buscó su reflejo en los espejos.

El reflejo era su rostro, pero su cabello estaba en una coleta. No era como mi coleta, era una coleta baja, casi formal. Los ojos del reflejo estaban maquillados y la boca estaba coloreada con un lápiz labial color café. En sus labios, además del lápiz labial, un cigarrillo hecho a mano que ella fumaba con la elegancia de las pasadas actrices de cine, pero que se parecía mucho a marihuana.

Ese reflejo sonrió de una manera odiosa; una forma odiosa que Marysol y yo deseamos que fuera desconocida, pero no lo era. Conocíamos bien esa sonrisa. Lanzó toda la malicia de sus ojos rojos sobre nosotras y dijo:

—Suponed que yo lo haga caminar de nuevo, Mary y Sol… —El reflejo pareció acercarse a la superficie del espejo, extendió aún más la sonrisa serpentina y concluyó—: Mucho gusto, soy Najara. Pero podéis decirme Naja.

OceanofPDF.com

Notes

[←1]

Grito festivo con el que los ménades o bacantes evocaban a Dionisio (Baco a los romanos).

OceanofPDF.com